WARHAMMER 40,000

EL LEGADO DEL CAPÍTULO

GRAHAM McNEILL



La guerra es algo que no tiene fin para un marine espacial. Tras derrotar a las fuerzas del Imperio Tau, el capitán Uriel Ventris de los Ultramarines regresa al planeta natal del capítulo, Macragge, pero allí no encuentra mucho respiro. Los Ultramarines son llamados de nuevo al combate pero, esta vez, el enemigo es la mayor némesis del capítulo. Los Guerreros de Hierro, traidores al Imperio, bajo el mando del herrero forjador Honsou, han reunido una gigantesca y brutal hueste cuyo objetivo son los dominios de Ultramar. Su propósito es la aniquilación total de los mismos. En un legendario enfrentamiento entre marines espaciales, Uriel Ventris tendrá que enfrentarse al poder de Honsou para salvar al planeta natal de su capítulo.



Graham McNeill

El legado del Capítulo

Warhammer 40000. Ultramarines 6

ePUB r1.0

epublector 05.08.13


WARHAMMER
40,000


ULTRAMARINES

Título original: *The Chapter's Due*
Graham McNeill, 2010
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández, 2010

Editor digital: epublector
ePub base r1.0



Estamos en el cuadragésimo primer milenio.

El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por él poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología.

Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los marines espaciales, supersoldados modificados genéticamente.

Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones le la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus por mencionar tan sólo unos pocos. A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Este es un relato de esos tiempos. Olvida el

poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo.

Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que el despiadado universo del futuro sólo hay guerra. No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.

El dolor y la muerte no son más que la ofuscación propia de una mente débil.

Mientras que su semilla genética regrese al Capítulo, un marine espacial no muere nunca.

Sin la muerte, el dolor pierde su importancia. Al que pueda luchar, curadle.

Al que no pueda luchar, concededle la paz.

Al que esté muerto, retiradle *El Legado del Capítulo*.

Aslon Malta,
Señor del Apothecarion.

PRIMERA PARTE
EN LA SENDA DE PEREGRINACIÓN DE ROBOUTE GUILLIMAN



UNO

En un Imperio compuesto por millones de planetas, ¿qué importancia tiene la pérdida de un mundo? Los dominios del Emperador se extienden hasta los rincones más lejanos de cada brazo de la espiral de la galaxia, y sus innumerables ejércitos mantienen su señorío sobre ellos mediante el poder del valor y de la devoción. Llegar a conocerlos a todos es una tarea imposible, pero a los miles de millones de escribas enfrascados en la penumbra polvorienta iluminada por velas de la Aexactoria Imperial no les importa la futilidad de su tarea. Los registros con cientos de años de antigüedad se actualizan a medida que los retazos de información se introducen con cuentagotas en esa maquinaria ciega pero, a pesar de todo ello, en el interior de los sepulcros sombríos que son las casas de cuentas del Emperador, algunos mundos brillan con más fuerza que otros.

Armageddon, el mundo llamado así por el fin de los tiempos; Fenris, el hogar de los salvajes Lobos Espaciales; Cadia, el planeta fortaleza situado en la entrada del Ocularis Terribus; Catachán, mundo letal y hogar de los luchadores infernales.

Incluso ante unos nombres tan famosos, existen planetas cuyo legado supera incluso los logros de unos mundos tan heroicos. A esos planetas se los conoce y se los respeta a lo largo y ancho de todo el Imperio, tanto entre los nobles de los gremios patricios de Terra como entre los pandilleros de las zonas inferiores de Necromunda.

Son los mundos de Ultramar, los faros gloriosos que llevan la luz de la civilización a los rincones más lejanos del Imperio. Allá donde el brillo del Emperador reluce con menos potencia en la oscuridad, los mundos de Ultramar la fortalecen. Allá donde las fronteras de los dominios del Emperador son débiles, las refuerzan.

Talassar, azotado por las tormentas; la troika reseca de Quintarn, Tarentus y Masali; el abrupto Espandor y el relajante jardín del propio Ultramar. La superficie arrasada de Calth oculta un entramado subterráneo increíble de cavernas tan luminosas y aireadas como cualquier paisaje abierto al cielo.

Los diferentes sistemas y planetas brillan en la oscuridad del espacio, pero todos están engarzados con la joya reluciente situada en el centro de

Ultramar, el orbe verde y azulado al que todos los demás deben lealtad. Es el único de los planetas del Imperio que tiene bajo su dominio a otros, ya que su señor es el gobernante de un imperio estelar propio. Ningún otro mundo imperial puede reclamar un poder semejante, y sólo debido a un acuerdo secreto antiguo, desconocido incluso para el propio Emperador, es posible que exista una entidad tan singular.

El planeta se llama Macragge, la gema situada en la oscuridad que es la soberana de todas las demás.

Sus océanos centelleantes son tan claros como el cristal y rebosan llenos de vida, aunque la mayor parte de la superficie del planeta está cubierta por gigantescas montañas quebradas de piedra clara que arañan el cielo. Estas cumbres son tan inhóspitas que ni siquiera los habitantes de Macragge, a pesar de lo resistentes que son, pueden vivir en ellas. En vez de eso, se apiñan en las llanuras fértiles que rodean al valle de Laponis y el enorme baluarte de los señores del planeta.

La Fortaleza de Hera se construyó en las montañas más altas, a partir de las siete cimas más elevadas, que fueron allanadas y alteradas para albergar el hogar de la legión más importante del Emperador, la de los Ultramarines. Incluso entre guerreros como los miembros del Adeptus Astartes, los nombres de los héroes ultramarines son sinónimos de coraje y honor: el Anciano Galatan, que portó los colores del Capítulo en la Brecha de Corinto; el capitán Ventanus, de la desaparecida Sexta Compañía, que conservó a Calth en manos imperiales frente a las fuerzas de los architraidores guerreros de los Portadores de la Palabra; Invictus, de la Primera Compañía, que marchó al combate a sabiendas de que moriría en la defensa de su planeta natal, al que asediaba una horda del Gran Devorador.

El primarca Roboute Guilliman organizó los dominios de Ultramar en siglos pasados, y sus guerreros defienden las fronteras del Imperio contra todos sus enemigos, derrotándolos con bólter y espada para conservar lo que su padre genético creó a partir de la oscuridad.

En un Imperio compuesto por millones de planetas, ¿qué importancia tiene la pérdida de un mundo?

Eso depende de cuál sea ese mundo.

Los mundos de Ultramar son prósperos y autosuficientes, todo lo alejados que se pueda imaginar uno de esos infiernos industriales que son tan comunes por todo el Imperio. Sus habitantes son individuos de cuerpos armoniosos, bien alimentados y satisfechos. Todos los miembros de la sociedad se educan en un entorno guerrero, por lo que no se admite a aquellos que no son capaces de cumplir con sus deberes. Aunque cada planeta es muy distinto, todos comparten cierto rasgo con Macragge: la determinación inquebrantable de ser un contribuyente valioso y trabajador para el bien de la humanidad.

En el corazón de Macragge, en el santuario más impresionante jamás construido, se encuentra el cuerpo de Roboute Guilliman. Sus restos mortales yacen inmóviles en un campo de estasis que al mismo tiempo le conserva la vida y le impiden seguir vivo. De la herida fatal causada por un hermano traidor todavía cuelgan suspendidas varias gotas de sangre, semejantes a rubíes centelleantes, y los ojos que antaño vieron al Emperador caminar entre los suyos están inmóviles y sin expresión alguna. Ciertos objetos admirables inspiran devoción, y desde que el cuerpo del primarca fue colocado en el Templo de la Corrección, miles y miles de peregrinos han acudido a postrarse ante él para honrar su recuerdo. Sin Guilliman, no habría existido Ultramar. Sin Guilliman, no existiría el Imperio.

Semejante deuda de gratitud nunca podrá pagarse por completo, por lo que decenas de miles de personas recorren la Senda de Peregrinaje de Roboute Guilliman, donde siguen sus pasos y respiran el aire de los planetas que salvó. Un millar de millares de capillas y santuarios salpican las rutas que cruzan Ultramar, y los peregrinos acuden desde todos los rincones de la galaxia para mostrar su devoción hacia el guerrero legendario que se enfrentó a la creciente oscuridad cuando la luz del Emperador disminuyó por culpa del Gran Traidor.

Cientos de naves fletadas para la ocasión viajan todos los días por las rutas que unen los mundos de Ultramar y llevan a miles de devotos para que puedan rezar a los pies del primarca. Encontrarse en presencia de uno de los hijos del Emperador es un honor que muy pocos pueden alcanzar en su

vida, por lo que muchos de los peregrinos gastan hasta su último crédito simplemente para llegar a aquel lugar. Muchos no se marchan, y mueren en Macragge tras haber cumplido su sueño de quedar bañados por la luz dorada que llena ese glorioso sepulcro.

Todos los mundos de Ultramar poseen sus propias leyendas, santuarios y razones para que los peregrinos desciendan a su superficie. Tallasa tiene las ruinas majestuosas de Castra Tanagra; Calth posee las maravillosas cuevas y los viejos campos de batalla de los tiempos de la Gran Traición.

La superficie reseca y azotada por tormentas ardientes de Tarentus no era diferente en ese sentido, pero la inmensa fortaleza orbital que entró en su órbita no había llegado para rendir tributo al primarca.

Nada ocurría en Tarentus. Esa verdad universal se había mantenido inmutable durante los seis años que habían transcurrido desde que Rufus Quintus fue nombrado prefecto de Tarentus, lo mismo que los sesenta anteriores a ese nombramiento; pero si la llamada urgente que había recibido del centro de mando orbital era la mitad de grave de lo que Nkiru había sugerido, era muy posible que los años de paz se hubieran acabado.

Quintus llevaba puesta una túnica de color azul oscuro sobre su cuerpo voluminoso y alterado genéticamente, y sobre ella tenía prendida la insignia de plata y oro de su cargo de prefecto. La túnica era amplia y estaba confeccionada a su medida de un modo elegante, pero no podía ocultar su fornida constitución de astartes, ni el modo en el que cojeaba al andar. Su porte era el de un guerrero; aunque su actitud mostraba cierta relajación que sugería que habían pasado muchos años desde la última vez que se había enfrentado a los enemigos del Emperador con un bólter.

—¿Se sabe algo más sobre lo que ha alarmado tanto al magíster Unathi? —preguntó Quintus.

—No, mi señor —le respondió Nkiru tras consultar de nuevo la placa de datos que siempre llevaba con él—. No determinó la naturaleza de la alarma, pero por su tono de voz, sospecho que se trata de algo grave.

—¿De su tono de voz? Unathi no tiene un tono de voz, ¿verdad?

—Esta vez sí, mi señor. Eso es lo que me hace pensar que se trata de algo serio.

Quintus soltó un exabrupto en voz baja. No era propio de Unathi provocar falsas alarmas, pero era muy lacónico a la hora de dar detalles sobre la naturaleza de los avisos. La concisión era un rasgo que Quintus admiraba, pero en este caso, la alerta de Unathi podría significar cualquier cosa, desde la aparición de un pecio espacial hasta la simple llegada inesperada de una lluvia de escombros estelares.

Se detuvo un momento y se asomó por la balaustrada del claustro.

La ciudad de Axum se extendía a su alrededor. Era una maravilla arquitectónica de precisión geométrica, llena de edificios coloridos y formas agradables a la vista. La había planificado el propio Roboute Guilliman, y se encontraba en la confluencia de tres ríos caudalosos, rodeada por millones de hectáreas de tierra cultivable. Muy por encima de él se alzaba la cúpula principal, que cubría toda la ciudad y llegaba cientos de kilómetros más allá, y que protegía la zona agrícola que rodeaba a la ciudad del clima árido y la tierra reseca que absorbían toda la humedad de la superficie del planeta.

Era un lugar muy agradable, con una población tan hermosa y trabajadora como la de cualquier otro planeta de Ultramar, pero seis años eran muchos para pasarlos en compañía de granjeros y ciudadanos comunes. Quintus alzó la mirada hacia la cúpula centelleante, hacia el cielo ocre del anochecer, en busca de cualquier señal que le indicara qué había provocado aquella alarma. No vio nada, pero tampoco esperaba verlo.

La cúpula era tan enorme que poseía su propio microclima. Un céfiro cálido llegaba en esos precisos momentos. Era un viento que había quedado suavizado por el paso sobre los amplios campos de cultivo de grano. Dejó que la sutil combinación de sabores se entremezclara en la glándula sensorial que tenía implantada en la parte posterior de la garganta.

—Comunícale a los comisionados de la irrigación que el suelo de la franja oriental es un poco ácido —dijo Quintus—. Los aditivos químicos que han empleado son demasiado fuertes. Harán que disminuya la cosecha.

—De inmediato, mi señor —le contestó Nkiru al tiempo que sacaba un estilo de la placa de datos y anotaba la orden.

Quintus meneó la cabeza con una sonrisa a medias en los labios.

—¿He dicho algo divertido, mi señor? —le preguntó su asistente.

—No, Nkiru. Solo pensaba en lo extraño que me resulta ocuparme de la acidez de la tierra cultivable en vez de preocuparme por la disposición de las líneas enemigas o de recitar las letanías de combate antes de asegurarme con los arneses de una cápsula de desembarco.

—Todos servimos al Emperador, pero de maneras distintas —se apresuró a contestarle Nkiru.

Rufus Quintus sirvió como sargento de combate de la compañía de veteranos del capitán Agemman durante más de un siglo. Había luchado junto a sus hermanos de batalla hasta aquel fatídico momento en Ichar IV, cuando una mina espora tiránida había estallado en mitad de su escuadra. Los corrosivos ácidos biológicos le habían derretido la armadura y le habían devorado las piernas mientras el veneno que transportaban le quemaba la superficie de los pulmones con cada respiración jadeante.

Que hubiera sobrevivido era todo un milagro, pero lo había conseguido, y aunque su servicio como guerrero de primera línea de combate se había acabado, todavía podría serle de utilidad a su Capítulo. Estaba demasiado indemne para que lo metieran en el sarcófago blindado de un dreadnought, pero demasiado dañado para seguir sirviendo como guerrero, Quintus fue recuperado para el Capítulo todo lo que pudieron lograr los tecnomarines y los apotecarios del mismo. Las piernas y los pulmones fueron reemplazados por implantes biónicos, y su largos años de dedicación al Capítulo fueron recompensados con el cargo de praefectus orae Tarentus.

Tarentus era uno de los tres planetas que orbitaban alrededor de un centro de gravedad común, un mundo agrícola que formaba parte del granero de Ultramar. Tarentus producía billones de toneladas de comida, y sólo mediante una agricultura a escala planetaria como aquélla podían desarrollarse otros mundos del Imperio.

A Quintus no le satisfacía que su prefectura fuese un engranaje vital en la maquinaria del Imperio, ya que lo que él deseaba era servir en combate a su Capítulo. Las mentes más brillantes del Imperio habían desarrollado la ciencia que lo había elevado por encima de los límites humanos, pero ya no podía cumplir el fin para el que había sido creado.

A pesar de todo ello, seguía siendo un guerrero ultramarine, un individuo con el que se podía contar para que cumpliera su deber y gobernara con una mente meticulosa.

—Vamos, Nkiru. Veamos cómo va a explicarnos el magíster Unathi el motivo de toda esta alarma.

El interior del centro de mando orbital era seco y desagradable, con el ambiente cargado por los olores empalagosos que surgían de las capillas mecánicas situadas en diversos huecos de las paredes y dedicadas al Dios Máquina. Una batería de artefactos que no dejaban de emitir zumbidos ocupaba por completo una de las paredes, y había una fila de servidores conectados directamente a cada uno de aquellos aparatos. Un trono de mando algo desgastado se alzaba en una de las esquinas de la estancia, y también estaba conectado con toda la pared de aparatos mediante un grueso manojo de cables. Desde allí, el magíster Unathi del Adeptus Mechanicum vigilaba Axum y Tarentus.

Unatbi estaba al mando de las defensas orbitales del planeta, que consistían en una serie de estaciones de misiles geoestacionarias, varias baterías de cañones y una pequeña flota de cañoneras de defensa. Cada una de ellas realizaba rastreos elípticos alrededor de los tres planetas, pero no se veía a ninguna de ellas en despliegue orbital del pictógrafo principal. En vez de eso, lo que se veía era la imagen borrosa de lo que parecía ser una fortaleza cubierta de pinchos y de torreones de aspecto horrible en mitad de la holografía de color verde mar. Quintus no conocía la existencia de ninguna fortificación semejante en Tarentus, y se preguntó por qué aquella estructura repugnante aparecía en el pictógrafo principal de su centro de mando.

La puerta de seguridad interior se cerró a su espalda.

—Muy bien, magíster Unathi, ¿qué os ha inquietado?

—Eso —repuso Unathi señalando con un serpenteante mecadendrito alargado la imagen de la fortaleza.

Quintus volvió a mirar la imagen del pictógrafo, y al hacerlo, notó cierta familiaridad en sus líneas y en sus torres almenadas. Aunque le pareció inquietante, no pudo evitar reconocer en parte el perfil de algo que antaño

había sido magnífico y honorable, y que en ese momento estaba enterrado bajo varias capas de adornos infernales.

—Por la sangre del Emperador… —musitó—. ¿Es lo que creo que es?

Quintus llevaba mucho tiempo ansiando algo, cualquier cosa, que le recordara lo que significaba ser un guerrero de los Ultramarines, pero aquello era más de lo que hubiera querido. Le vino a la mente una frase que se había convertido en el lema particular del sargento Patrobus, de la Quinta Compañía. Era una frase que Quintus no había terminado de entender nunca, hasta ese momento.

«Ten cuidado con lo que deseas».

—¿Mi señor? —dijo Nkiru al ver que el rostro del marine se quedaba blanco.

—¿Es lo que creo que es? —repitió Quintus, temeroso de la respuesta.

—Aclaración. ¿Qué creéis que es? —le contestó Unathi.

Quíntus recordó que todos los miembros del sacerdocio marciano tendían a ser muy literales.

—¿Eso es la *Indomable*?

—Afirmativo —le confirmó Unathi.

Quintus recorrió las murallas de la ciudad con Nkiru a su lado. Su cuestor tenía que caminar al trote para poder mantenerse a su lado al tiempo que esquivaba los preparativos apresurados que habían transformado Axum de un populoso centro de comercio industrial en un bastión defensivo. Miles de hombres y de mujeres defendían las murallas, y todo el personal llevaba una chaqueta de uniforme de color azul con las tres hojas de maíz entrelazadas, el emblema de Tarentus. Las fuerzas auxiliares de defensa de la ciudad habían respondido con una celeridad increíble, y la milicia ciudadana había acudido a la llamada a las armas con celeridad y decisión.

Eso era lo habitual en los mundos gobernados por los Ultramarines.

Quintus llevaba su armadura de combate, con placas de un azul reluciente. El marfil de los rebordes de las hombreras y el dorado del águila engastada en la placa pectoral brillaban bajo la luz del sol, y aunque sus

piernas eran del color apagado del hierro, no por ello dejaba de ser una visión impresionante. Tenía el bólter sujeto al muslo, y en la espalda una espada de empuñadura de ebonita, casi oculta bajo la capa de color crema con rebordes de dibujos geométricos.

Ya habían avisado a las demás ciudades de Tarentus y se había enviado un mensaje astropático de alerta a Macragge. Quintus se detuvo junto a un baluarte que sobresalía de la muralla para observar cómo los artilleros elevaban hacia el cielo el cañón de la torreta defensiva. A través de ese mismo cielo caía una multitud de chispas de luz en un espectáculo semejante a una lluvia de meteoritos dispuesta a cubrir las montañas del norte. Quintus habría disfrutado de aquel espectáculo cualquier otro día, pero aquello no era una lluvia de meteoritos.

Todas las defensas orbitales habían quedado destruidas, completamente arrasadas por la increíble potencia de fuego de la *Indomable*. Lo que caía por el cielo eran los restos destrozados de esas defensas, que se precipitaban contra la superficie del planeta envueltos en llamas. Las naves de defensa que quedaban ya estaban camino del planeta, pero Quintus no esperaba que supusieran ninguna diferencia en la batalla que estaba a punto de comenzar. Las dos naves que orbitaban de forma permanente alrededor de Tarentus habían sido perseguidas y cazadas por el enjambre de naves que acompañaban a la gigantesca fortaleza espacial.

Quintus sabía sin duda alguna que, tras la destrucción de las defensas planetarias, llegaría el asalto. Sin embargo, fueran quienes fuesen los atacantes, descubrirían que todas las ciudades de Ultramar tenían garras y dientes con los que sabían defenderse.

Les hizo un gesto de asentimiento a los artilleros y alzó la vista para mirar más allá de la superficie titilante de la cúpula que los cubría.

—¿Nos protegerá? —le preguntó Nkiru, quien había seguido la dirección de su mirada.

—La cúpula es resistente, y está protegida por varias capas de vacío, pero me temo que frente a las armas de una fortaleza estelar de la clase Ramilies quedará destruida en pocos instantes.

—Entonces, ¿estamos condenados?

—Si en lo único que piensan nuestros enemigos es en destruirnos, entonces sí, porque tenemos muy pocas posibilidades de sobrevivir a un bombardeo.

—Pero entonces, ¿por qué hemos ordenado que todos ocupen sus puestos de combate? —quiso saber Nkiru, y Quintus se enorgulleció de la falta de miedo que notó en la voz de su cuestor.

—Porque nos encontramos en presencia del enemigo, y es lo que nos indica que debemos hacer el Codex Astartes.

—Por supuesto —replicó Nkiru.

—Pero, aparte de eso —añadió Quintus—, la fortaleza estelar que está sobre nuestras cabezas es la *Indomable*, que se dio por perdida con toda su tripulación hace seis meses. Ha permanecido en los escondites más recónditos del espacio de Ultramar desde que lord Calgar derrotó a uno de los señores infernales de los Poderes Siniestros. Si ha regresado, sin duda los que están al mando querrán humillarnos y no se conformarán con una simple destrucción absoluta desde la órbita.

—¿Sabéis quién está al mando?

—No estoy seguro —admitió Quintus mientras se llevaba una mano al águila que llevaba engastada en la placa pectoral—. Sin embargo, después de ver la corrupción que se ha apoderado de la *Indomable*, me temo lo peor.

El planeta que se veía en la pantalla era un orbe resplandeciente de un color amarillo pálido y de un azul suave. Su contorno estaba borroso debido a lo cálido de su clima y a los sistemas atmosféricos. Había sido tremendamente fácil acabar con las defensas orbitales del planeta, y aunque el poder de la *Indomable* era tal que podía convertir ciudades enteras en un montón de cenizas ardientes, Honsou sabía que a sus defensores les esperaba un final mucho más terrible.

Se encontraba de pie en la capilla de mando de la *Basilica Dominastus*, la enorme ciudadela que se alzaba en el corazón de la fortaleza estelar que hasta hacía poco había sido el centro de mando de una guarnición de

Ultramarines. Todos esos guerreros habían muerto durante la toma de la *Indomable*.

Por debajo de él, en los huecos destinados a la tripulación, los guerreros que lo habían seguido desde Medrengard esperaban impacientes la orden de descargar todo el nuevo poder de la fortaleza estelar. Cadaras Grendel, el asesino cubierto de cicatrices horribles, abría y cerraba los puños por lo inminente de aquella oleada de violencia. El recién nacido lo observaba con el interés propio de un estudiante, mientras que Ardaric Vaanes se mantenía apartado de sus camaradas guerreros.

Honsou apartó la vista de su cábala de seguidores y dirigió la mirada hacia el hueco donde antaño se habrían conectado los tecnomarines a los sistemas de armas y de detección de la fortaleza estelar. Sin embargo, en vez de un tecnomarine, quien se encargaba de los guerreros y esclavos modificados que llenaban la capilla corrompida era una forma monstruosa, en parte orgánica, en parte máquina y en parte materia de la disformidad.

Aquel híbrido infernal de dreadnought y de engendro de la disformidad era el gran demonio M’kar, una masa enorme de hierro negro y carne fluida que burbujeaba llena de energía inmaterial y de una maldad de eones de antigüedad. Los pies, rematados por garras abiertas como las de un reptil, quemaban el suelo donde se posaban, y la superficie de su corpachón repugnante se ondulaba cargada de una vida antinatural en los puntos donde las placas blindadas del sarcófago del dreadnought eran incapaces de contenerlo. La cabeza rematada por cuernos mostraba un aspecto bestial y ulcerado, semejante al de un trozo de carne quemada dejado a la intemperie para que se pudriera. Sus colmillos eran enormes y curvados. De cada uno de los anchos hombros blindados de su masa colgaba un brazo que cambiaba de forma de un modo continuo. Aquellas extremidades, impulsadas por un poder surgido de la disformidad, por unos pistones y unas cadenas de color oscuro y siniestro, se retorcían como las de las del adepto Cycerin. Uno de los brazos, de un color negro reluciente, estaba rematado por un enorme martillo movido por pistones mecánicos, y el otro por un cañón giratorio de un calibre asombroso.

Unos ojos cargados de una luz impía contemplaron el planeta que aparecía en la pantalla con un odio tan puro que casi era tangible. Aquella criatura había caminado por los mundos de la humanidad cuando las legiones habían forjado el Imperio a partir de la materia prima de la galaxia, y había pasado milenios refinando ese odio. Era un ser creado a partir de la oscuridad más absoluta, un avatar elegido de los dioses primigenios del empíreo.

Para Honsou era un arma que podría utilizar para conseguir la destrucción de todo lo que le importaba a su némesis. Los mundos de Ultramar eran algo que Uriel Ventnis amaba profundamente, y el guerrero ultramarine era el único que lo había desafiado y seguía con vida, por lo que todos aquellos planetas se habían convertido en el objetivo de la furia de Honsou. A él le importaba muy poco la Larga Guerra, el conflicto que desde hacía milenios libraban los seguidores de Horus Lupercal, que se inició tras su derrota en un tiempo tan lejano que bien podría no haberse producido nunca.

Sin embargo, por su parte, M'kar seguía albergando el fuego abrasador del odio contra los Ultramarines, y eso era lo único que le importaba a Honsou.

Se había enterado de la existencia del gran demonio al leer unos textos antiguos que había conseguido recuperar de entre los restos destrozados de la fortaleza en ruinas de Khalan-Ghol, y había partido dispuesto a someterlo a su voluntad.

Con la ayuda de Moriana, la vidente condenada que guiaba las guerras del Saqueador, Honsou había descubierto el enigma del destino que le había acaecido a M'kar. La propaganda imperial había proclamado que Marneus Calgar, de los Ultramarines había derrotado a M'kar y lo había desmembrado por completo, y que de ese modo lo había desterrado de regreso a la disformidad, pero Moriana le había contado a Honsou lo que había ocurrido de verdad en ese combate. Era cierto que M'kar había sido derrotado, pero no había sido destruido. Marneus Calgar se había visto incapaz de destruir la esencia del demonio, por lo que se había visto obligado a encerrarlo en el interior de la *Indomable*, una fortaleza estelar de

la clase Ramilies que recorría los lugares más recónditos de las zonas más ignotas de Ultramar.

El poder del demonio había quedado sometido mediante una serie de horribles hechizos y runas, y cuanto más se esforzaba por liberarse, más le atenazaban. Allí había permanecido durante decenios hasta que Honsou había decidido dedicar todos sus esfuerzos a liberarlo. Los Guerreros de Hierro y los miles de soldados que Honsou había atraído a su bandera durante la Cosecha de Cráneos de Huron Corazón Negro habían asediado la fortaleza estelar y habían liberado al gran demonio de su encarcelamiento.

Honsou tenía por fin al alcance de la mano la venganza contra Uriel Ventris y los Ultramarines.

—Tarentus… —dijo M'kar con un siseo. Su voz era una mezcla repelente de ecos sin fondo procedentes de otro mundo y de gruñidos mecánicos—. Recuerdo cómo era ese planeta cuando el Imperio era joven. Nada ha cambiado.

Pronunció aquellas palabras con un siseo de disgusto, como si la idea de que un lugar así pudiera permanecer sin cambio alguno fuese un anatema para él.

—¿Necesitas a la *Indomable* para abrir antes la cúpula? —le preguntó Honsou.

El gran demonio volvió su mirada abrasadora hacia Honsou, y éste sintió toda la fuerza de su furia, toda una era de odio contra los hijos de Guilliman que no se había apagado jamás. El demonio sacudió la cabeza, lo que provocó el chasquido de la carne húmeda y el chirrido de los engranajes oxidados.

—¿Es que crees que una barrera tan débil sería capaz de resistirse a mi ejército demoníaco?

—No lo sé. ¿Podría hacerlo?

El demonio se echó a reír, y el sonido fue semejante a los estertores de una muerte por consunción.

—Siempre tienes que cortejar a la muerte, ¿verdad, mestizo? —le advirtió M'kar con un siseo al mismo tiempo que le señalaba con una garra —. Un día irás demasiado lejos.

—Me lo dicen mucho, pero aquí sigo.
—Desafíame y te destrozaré el alma —le prometió M’kar.
Honsou hizo un gesto negativo con la cabeza antes de girarse.
—No, no lo harás. Me necesitas.
—Ya lo veremos —le replicó el demonio.
Honsou señaló con un gesto del mentón el planeta de la pantalla.
—Estoy esperando. Quiero ver lo que eres capaz de hacer.

Quintus oyó las actualizaciones que le enviaba el magíster Unathi cada pocos instantes, y se sintió cada vez más intranquilo. A pesar de las palabras llenas de confianza que le había dirigido antes a Nkiru, no había señal alguna de que el enemigo se dispusiese a lanzar un asalto planetario. La noche ya había caído, y el aire estaba cargado con los olores de la tierra removida y de las cosechas recolectadas. Los brillantes chorros de luz de los focos escudriñaban el terreno que se abría al otro lado de las murallas de Axum y acuchillaban el cielo en busca de cualquier nave enemiga.

Todas las armas de la ciudad apuntaban hacia el cielo, y la tensión era cortante como el filo de un cuchillo. Aquel nivel de concentración no podría mantenerse durante mucho tiempo, y Quintus estaba a punto de ordenar una disminución en el nivel de alerta del sistema defensivo de la ciudad cuando captó algo rancio en el viento que llegaba desde el este.

Comenzó con un olor repugnante que le recordó las extensiones de organismos alienígenas muertos envueltas en llamas en Ichar IV que habían incendiado después que acabaran los combates. Las piras gigantescas de cadáveres alienígenas ardieron hasta convertirse en cenizas tras la batalla, y el hedor a carne quemada se pegaba al paladar, ya que ningún filtro era capaz de anularlo.

Quintus notó en ese momento un sabor similar, una pestilencia horrible a criaturas muertas y a corrupción, una hediondez que era antinatural. Se trataba de algo que era la antítesis de todo lo que era bueno y puro en el mundo, y Quintus no pudo evitar que le provocara arcadas.

Giró la cabeza hacia el este, y los sentidos automáticos del visor de su casco penetraron con facilidad en la oscuridad de los campos más lejanos.

El corazón le dio un vuelco cuando vio una hectárea tras otra de materia vegetal descompuesta, cientos de kilómetros cuadrados de cosechas cubiertas de moho y de campos podridos. Toda la zona oriental de la ciudad se había convertido en un mar de vegetación putrefacta y de tierra estéril.

Un foco cercano a Quintus estalló lanzando una lluvia de chispas anaranjadas a su alrededor, y el marine concentró de nuevo la atención en la ciudad cuando notó que aquel viento siniestro se extendía como un miasma. Notó el sabor a cenizas y la bilis amarga de la desesperación, una desmoralización desoladora que se extendió por todo su ser como sí fuera un virus. Quintus sacudió la cabeza con un gesto iracundo para librarse de aquella sensación, y apretó los dientes mientras se concentraba en su deber como comandante en jefe de aquel mundo.

Marneus Calgar le había entregado el cetro de la prefectura, y le había encomendado la defensa de Tarentus, y no estaba dispuesto a incumplir su deber.

Las luces empezaron a apagarse por toda la ciudad y un zumbido repelente comenzó a sonar, aunque apenas fue audible al principio. Era semejante a la estática de un millón de pictógrafos que emitieran todos al mismo tiempo una señal cargada de chirridos y aullidos.

Los soldados cayeron de rodillas cuando el sonido resonó. Nadie era capaz de determinar su procedencia. Y ningún medidor de decibelios habría registrado poco más allá de un ruido de fondo, ya que resonaba en el interior de la mente de cada uno de ellos. Era el sonido de la locura y del sufrimiento combinados en una cacofonía única. Los soldados acabaron disparando sus armas contra enemigos invisibles, y sus disparos cruzaron al azar la oscuridad. Los gritos de miedo se convirtieron en gritos de terror y dolor cuando los miembros de la milicia auxiliar de defensa se atacaron entre ellos con las espadas y las pistolas, y lucharon como si se enfrentaran a sus peores pesadillas hechas realidad.

Aquel viento cargado de oscuridad sopló con mayor fuerza todavía y el aire del interior de la cúpula se llenó de luz cuando unas tormentas de

colores antinaturales se formaron con una rapidez igualmente antinatural. En el interior de las nubes se movían unas siluetas borrosas, semejantes a tiburones que atravesaran nubes de sangre en mitad del océano. Quintus notó que una multitud de ojos hambrientos observaban la ciudad, ojos de unas criaturas gigantescas, de cuerpos tan enormes que no podían existir en aquel mundo. Eran unas bestias bestiales antes poseídas por un apetito horrible y una glotonería con eones de antigüedad que ansiaban las almas de los seres humanos. Unas carcajadas sobrenaturales resonaron en el viento, y las nubes se arremolinaron hasta formar un único cúmulo tormentoso gigantesco.

De esa misma nube surgió un relámpago de un fulgor imposible. Se estrelló contra el centro de la ciudad, pero en vez de desaparecer en un estallido momentáneo de luz, el rayo se quedó inmóvil, igual que la imagen congelada de un pictógrafo. El relámpago mantuvo unidos el cielo y la tierra mediante un entramado retorcido de reluciente energía.

Quintus notó que el aire perdía consistencia, como si la propia realidad se hubiera vuelto membranosa y una multitud de mundos invisibles se esforzaran por entrar desde todos lados. Se quedó mirando el rayo de brillo cegador y observó horrorizado cómo empezó a partirse como un desgarrón en la cortina de la noche.

Abrió la boca para lanzar un aviso, pero ya era demasiado tarde.

El desgarrón se abrió más todavía y un ejército imparable de criaturas de pesadilla surgió en tromba del relámpago.

—Es impresionante —admitió Cadaras Grendel.

Honsou se vio obligado a estar de acuerdo con su lugarteniente al contemplar las escenas de la matanza que se estaba produciendo en el planeta que tenían a sus pies. Unas bestias con cuerpos que parecían despellejados y con cuernos y garras de obsidiana se dedicaban a arrancar la carne de los huesos de los defensores mientras que otras criaturas sin forma concreta y con la consistencia de la gelatina, pero repletas de dientes, devoraban los cadáveres de los que ya habían caído. Unos seres con alas

semejantes a las de los murciélagos daban vueltas por el cielo y hacían vibrar el aire sobre la ciudad con sus chillidos apocalípticos.

Una feroz oleada de abominaciones engendradas por la disformidad llenaba la ciudad. Unos monstruos enormes de músculos de bronce demolían las construcciones mientras que las manadas de cazadores aullantes sacaban a rastras a sus víctimas sollozantes de los escondrijos donde se habían ocultado. Una avalancha de formas y siluetas horribles destrozaba la ciudad a placer, y los defensores no podían hacer nada por detenerla.

—Ese debe ser el jefe de todos —comentó Honsou al tiempo que señalaba la imagen de un guerrero de armadura azul que se enfrentaba a aquellas hordas con una espada envuelta en un campo de energía—. Uno de los lacayos de Calgar.

—Un veterano —añadió Ardaric Vaanes, el guerrero renegado de la Guardia del Cuervo que Honsou había reclutado antes de abandonar Medrengard—. Uno lisiado.

Honsou se fijó con más atención y vio los rebordes de color marfil de la armadura del guerrero y el brillo apagado de varios implantes bajo la masa de monstruos que lo atacaban. La espada del veterano se clavó en el cuerpo de un demonio membrudo con la piel del color de una herida infectada. Del cuerpo saltó un chorro de icor negro, pero antes de que el guerrero tuviera tiempo de sacar la espada, una criatura parecida a un minotauro escamoso de piel rojiza y con unos cuernos cargados de energía relampagueante lo destripó y arrojó su cuerpo desde lo alto de la muralla. Honsou perdió de vista al veterano cuando se estrelló contra el suelo y las manadas de depredadores se abalanzaron sobre él para destrozarlo con sus garras y sus dientes.

—¿Así es como vamos a conquistar Ultramar? —preguntó el recién nacido. Su piel muerta se veía iluminada por la luz reflejada de la muerte de la ciudad—. No parece muy… honorable.

—¿Honorable? —dijo Grendel entre dientes antes de soltar una risa llena de diversión cruel—. ¿Qué demonios tiene que ver el honor con todo esto?

—¿Y quién ha hablado de conquistar? —añadió Honsou.

—Entonces, ¿para qué hemos venido aquí? —quiso saber Vaanes.

—Hemos venido a destruir —le contestó Grendel con un placer evidente, y de las cicatrices que le rodeaban la boca y los ojos le salieron supurando varios hilos de fluido infectado. Vaanes torció la boca en un gesto de asco, y no sin razón.

El rostro de Grendel era una masa horrible de cicatrices mal curadas. Su capacidad como astartes para sobrevivir a las heridas más terribles se había visto llevada al límite por el daño que había sufrido en los últimos momentos de la toma de la *Indomable*. Un agente imperial le había disparado con una pistola de fusión de diseño arcaico, y aunque su armadura y su maldad intrínseca le habían salvado la vida, su cara había quedado quemada hasta un punto horrible. Verlo al lado del recién nacido era igual que ver a dos hermanos gemelos juntos, ya que el rostro de este último estaba tan deformado como el de Grendel.

La cara del ingénito estaba cubierta por una mescolanza de trozos de piel robada de los cadáveres de Medrengard. A través de dos huecos de aquella máscara repugnante se asomaban unos ojos de color gris tormenta que le resultaban demasiado familiares, y que lo miraban todo con una inocencia cargada de dolor. Honsou casi se echó a reír cuando se le ocurrió aquella imagen, ya que sabía las carnicerías atroces que había cometido en su nombre. Lo había creado la matriz de una de las madres convertidas en entidades demoníacas, lo habían sacado a la existencia los mortuarios bestiales y le habían colocado la armadura de los Guerreros de Hierro. No había nada inocente en el ingénito.

El único de los seguidores de Honsou que había logrado salir de todos los conflictos por los que habían pasado sin quedar desfigurado era Ardaric Vaanes, aparte de unos cortes rituales en las mejillas y un trío de cicatrices situadas sobre el ojo izquierdo, de donde le habían sacado los tachones que indicaban sus largos años de servicio. Todas las placas de su armadura eran negras, y en las hombreras no mostraba insignia o emblema. Los vientos arrasadores del planeta donde Honsou había consultado a Moriana le habían

dejado pulida la superficie de la armadura, y Vaanes había decidido no repintarlos.

—¿Eso es cierto, Honsou? —Quiso saber Vaanes—. ¿No hemos venido aquí más que para que tú te vengues?

—¿Y qué si es así?

Vaanes se encogió de hombros, como si el motivo en realidad no tuviera importancia alguna.

—Necesito saber por qué lucho. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que lo supe.

—Luchas porque eso es exactamente lo que él te ordena que hagas —le replicó Grendel—. Es una razón más que suficiente para matar imperiales, ¿o no?

—Será lo bastante buena para ti, Grendel —le replicó Vaanes.

Honsou dejó que se enfrentaran, a sabiendas de que un poco de disensión entre sus subalternos siempre le venía bien. Si se peleaban entre ellos, no podrían unirse para arrebatarle el mando. El ingénito observó todo aquello con gesto impasible. La lealtad que sentía hacia Honsou se había forjado a lo largo de meses de adoctrinamiento y de condicionamiento psicológico. Ni siquiera los ataques convulsivos, los de locura o las visiones de una vida que no había llegado a vivir habían conseguido mellar esa devoción.

—Hemos venido a matar a Uriel Ventris y a hacerle daño con lo que más le importa —dijo Honsou.

—No —dijo una voz que sonó por encima de ellos al mismo tiempo que una sombra los cubría con su contacto frío e impuro.

Honsou giró la cabeza y vio que la atemorizadora forma de M’kar se alzaba sobre ellos. Su piel blindada estaba cubierta de descargas de energía de la disformidad. Todavía se veían partes del dreadnought que había poseído bajo su ondulante carne de disformidad, y Honsou se fijó en los restos quemados de la omega invertida, el símbolo de los Ultramarines, que llevaba en el hombro.

—Tu venganza no tiene importancia alguna, mestizo —le dijo sibilante el demonio—. El corazón del Imperio de Guilliman debe arder. Los Poderes

Eternos lo exigen. Todo lo demás es irrelevante.

El demonio se dio media vuelta, y cada uno de los pasos que dio resonó como el golpe de un martillo que hundiera clavos en la madera de un ataúd.

Honsou se contuvo para no soltar una réplica iracunda mientras sentía los ojos de todos los guerreros fijos en él.

—¿Y ahora, qué? —le preguntó Grendel.

—Dejemos que ese monstruo tenga su momento y destruya todas las ciudades de este planeta —respondió Honsou señalando con un gesto de la barbilla el planeta que aparecía en la pantalla—. Este mundo no significa nada para mí, no es más que la llama para encender la mecha.

—¿Y después? —insistió Grendel.

—Esperaremos a que los Ultramarines reaccionen.

—Vendrán en gran número —apuntó Vaanes.

Honsou sonrió.

—Con ello cuento.



DOS

Ya es de mañana, pero aún no ha salido el sol y está oscuro. No puede impedir que un bostezo pugne por abrirse en su cara, con la misma inevitabilidad que un secreto largamente enterrado. Sube a las murallas de la Scelus Progeníum, y el frío le golpea el cuerpo delgado como un mazazo. Deja escapar un leve jadeo antes de seguir al comisario Coehoorn por la muralla cubierta de hielo. No despega la mirada de las piedras del suelo, resbaladizas por ese mismo hielo. Coehoorn ha azotado al último chico que dejó que la bandera de la scholam tocara el suelo. Su aliento no deja de condensarse mientras Coehoorn se dirige a las pesadas compuertas de la Torre Ursakar. Corre con pasos cuidadosos para seguir las zancadas del comisario.

Los cadetes de rango inferior todavía no tienen permiso para llevar los abrigos de invierno, así que el cuerpo le tiembla. Agarra con firmeza el asta de la bandera y aprieta todo lo que puede la mandíbula para que dejen de castañetearle los dientes. Los cadetes de rango superior, asignados a lo largo de las murallas, se protegen con grandes abrigos de rebordes de piel y patean el suelo con los rifles láser colgados a la espalda y las manos enguantadas metidas en los bolsillos.

Sin embargo, en cuanto apareció el comisario Coehoorn, sacaron las manos de inmediato y se pusieron los rifles de nuevo al hombro.

Las estrellas titilan en el cielo previo al amanecer, y recuerda lo poco habitual que es ver luces por encima de él que no sean las defensas orbitales o las naves estelares en órbita baja. Le gusta contemplar las estrellas, pero la vida en la Scelus Progenium deja poco tiempo para ello. En realidad, deja poco tiempo para divertirse en general.

Sólo lleva una semana allí, y ya lo odia profundamente. El cadete Miklo ha establecido su dominio sobre la nueva clase mediante una cruel demostración de fuerza, y la hinchazón que tiene sobre el ojo derecho todavía le dolía al tocarla. Ojalá que su madre no lo hubiera enviado allí Ojalá que su padre no hubiera muerto en una de las guerras que se libraban alrededor de la Fortaleza Cadia, hecho que lo había condenado a aquel lugar infernal y helado. Su madre insiste en que ese sitió lo convertirá en un hombre, pero él no hace más que maldecir la mala suerte

que había provocado el fin prematuro de su juventud. Tan sólo tiene doce años estándar y su vida como niño se ha acabado, o eso les encanta decir a los comisarios instructores todos los días.

Coehoorn ya ha llegado hasta la puerta, pero todo el reborde estaba cubierto de hielo, por lo que se ha quedado atrancada. El comisario aferra el pomo con sus dedos metálicos y tira con fuerza. La puerta se abre hacia fiera con el chasquido seco del hielo al partirse y una lluvia de fragmentos cristalinos cae en los peldaños.

—Date prisa, cadete Samuquan —le espeta Coehoorn—. Si esa bandera no está izada a las cinco cero cero, sentirás la punta del látigo en la espalda.

Asiente antes de contestar con los dientes castañeteando:

—Sí, comisario Coehoorn.

El comisario, duro como el cuero correoso, mira de arriba a abajo su cuerpo delgado como si estuviera pensando en quitarle la bandera, pero se limita a menear la cabeza con un gesto despectivo. El comisario Coehoorn sube los peldaños de la escalera en espiral. Los globos luminosos parpadeantes sisean mientras emiten una luz que apenas llega a tenue. Sigue con rapidez a su instructor y se siente agradecido de haber escapado del viento helado y penetrante como un cuchillo que azota las frías murallas de granito de la scholam. El resto de la clase todavía estará durmiendo en esos momentos, aunque no durante mucho tiempo más. En cuanto el estandarte del aquila ondee sobre las almenas, el toque de diana resonará por todos los dormitorios sin apenas mobiliario con un volumen ensordecedor.

Le resultaba extraño… Jamás creyó que llegaría a echar de menos las enormes torres y los inmensos conglomerados de habitáculos de Tracian Primaris, el ruido, el hedor y las masas del gentío. Al ser el hijo de un oficial, tenía derecho a la formación de una scholam, y su madre no hacía más que repetirle que debería sentirse agradecido de recibir semejante honor. «Menudo honor», piensa mientras sube los peldaños fríos y resbaladizos.

El camino de ascenso es estrecho, así que tiene que concentrarse en no arañar el extremo decorado del mástil del estandarte contra las goteantes paredes. El último chico que lo hizo acabó azotado. Muchos chicos acaban azotados en la Scelus Progenium.

Llega a la parte superior de la torre sin provocar daño alguno al estandarte y se le escapa un suspiro que se condensa cuando sale al techo almenado. A pesar de lo tremendamente temprano que es y del profundo cansancio que siente incluso en los huesos de las extremidades, se queda asombrado por el paisaje que se divisa desde allí arriba. Las montañas cubiertas de nieve se alzan hacia el cielo con un tamaño mayor que cualquiera de las torres de su planeta natal, y son completamente blancas, como si les acabara de dar una mano de pintura aislante.

Cien kilómetros al sur, una capa neblinosa sulfúrea y unas luces borrosas señalan la existencia de Scelium, la ciudad más cercana a la fortaleza de techos de mansarda que en esos momentos es su hogar. Los cadetes nuevos pasan por Scelium camino de la scholam, y aunque no es una ciudad tan enorme como las de Tracian Primaris, sigue siendo un lugar impresionante, con unas colmenas envueltas constantemente por el hielo y unas fábricas de titanes grandes como riscos.

—Cadete, no se trata de un paseo para admirar el paisaje —le bufa Coehoorn—. Cumple tu deber.

Asiente y se dirige al centro de la torre, donde le han dicho que habrá un hueco en el que meter el mástil de la bandera. El estandarte del aquila se baja cada noche y se iza cada mañana. No entiende por qué no lo dejan allí simplemente, pero incluso después de haber pasado tan sólo una semana en aquel lugar, sabe lo que le ocurrirá probablemente a cualquier chico que se le ocurra dejar la bandera allí de noche.

Baja la mirada y ve que no hay hueco alguno. El hielo ha cubierto todo el suelo, y busca lleno de desesperación un lugar donde plantar la bandera antes de que aparezcan los primeros rayos de sol por encima de las montañas. Siente la mirada de Coehoorn, que le taladran la nuca, y sabe que sólo tiene una oportunidad de no ser azotado.

Se fija en lo que parece ser una pequeña depresión en el suelo y utiliza el tacón de la bota para romper la capa superior de hielo. Empuña el mástil con las dos manos y empuja el extremo en punta contra el suelo. El hielo se parte y deja escapar un suspiro cuando el mástil se hunde en el hueco. Da un paso atrás y saluda a la bandera justo cuando el viento la comienza a hacer ondear y los colores rojo y negro chasquean sobre él. Los primeros rayos de sol se asoman por encima de las montañas e iluminan el águila bordada en oro con una luz fría y vigorizante.

Alza la mirada hacia la bandera y se siente orgulloso más allá de lo que puede expresar con palabras por el hecho de haber sido capaz de alzar la bandera sin problema alguno. Más allá de la tela ondulante ve las luces llameantes, y entrecierra los ojos al darse cuenta de que, en vez de atravesar el cielo, parecen hacerse mayores a cada momento que pasa. ¿Será una lluvia de meteoritos?

Antes de que pueda decir nada, las primeras notas del toque a diana resuenan. El eco de los trompetazos de una marcha triunfal sacude los pasillos cargados de corrientes de aire y los claustros helados de la scholam que se extiende bajo ellos. Inclina la cabeza hacia un lado al darse cuenta de que las luces del cielo dejan tras de sí unas estelas brillantes, como si estuvieran cayendo a gran velocidad.

—Vamos, cadete. Nada de entretenerse —le ordena Coehoorn. Señala al cielo.

—¿Comisario?

Un simple vistazo al rostro de Coehoorn le basta para darse cuenta de que ocurre algo muy malo.

El comisario se lanza corriendo hacia la escalera, pero los objetos ya están lo suficientemente cerca como para darse cuenta de que no se trata de meteoros. Son unas cápsulas metálicas que se dirigen hacia la scholam a una velocidad increíble, dejando unas estelas ardientes a su paso. Se lanza a la carrera en pos de Coehoorn, en dirección a las murallas.

Para cuando llega a ellas, el toque de diana ha sido sustituido por las sirenas de alarma. Las torretas montadas en las torres ya se están preparando para disparar, y los manteletes de energía se han activado. Una

neblina acre flota por encima de las murallas, y no logra ver dónde se encuentra el comisario Coehoorn. Siente por primera vez miedo de verdad, y alza la vista para mirar de nuevo a las cápsulas que caen.

Una de ellas se estrella con un impacto atronador contra uno de los extremos de la muralla, y él resbala sobre el hielo por la fuerza de la onda de choque. El fuego y el humo rodean el lugar del impacto, y sigue sin poder ver qué es. Oye gritos y el chasquido de los disparos de los rifles láser. Una serie de nuevos estruendos sacuden las murallas de piedra cuando una oleada de cápsulas de metal se estrella contra ellas.

Se pone en píe con dificultad mientras un miedo al rojo vivo le recorre todo el cuerpo al tiempo que distingue gritos y estampidos rugientes entre el humo. Unas sombras conforma humana se mueven entre ese mismo humo, pero algo debe distorsionar su tamaño, porque son demasiado grandes para que sean seres humanos normales. Echa a correr hacia las compuertas blindadas que conducen a la seguridad del interior de la scholam mientras por todos lados resuena el tableteo de las ráfagas de disparos que acribillan el aire del amanecer.

El comisario Coehoorn sale trastabillando del humo. Al cadete se le escapa un grito de terror al ver en medio del pecho de su instructor un tremendo agujero de huesos astillados y materia roja goteante. El comisario lo agarra por el hombro y se desploma de rodillas con una expresión de dolor incrédulo en la mirada. De la boca le sale un chorro de sangre y toda la cara se le tensa por el esfuerzo de hablar:

—Huye, cadete Samuquan —le ordena Coehoorn—. Huye para salvar tu vida.

No necesita repetírselo. Abandona al comisario moribundo y echa a correr. Las lágrimas de terror se le hielan sobre las mejillas mientras resbala y se desliza sobre la muralla. Otra oleada de cápsulas llameantes se estrella contra la scholam y se oye el crujir de unos pasos muy pesados que cruzan el hielo. Los rayos láser abrasadores se entrecruzan por todos los lienzos de las murallas, y se sobresalta cada vez que oye el tronar de las armas de los atacantes.

Corre sin rumbo alguno, sin saber hacia dónde se dirige, pero sabiendo que no debe dejar de correr. El simple hecho de correr calma el pánico que siente. El humo sulfuroso lo deja todo borroso y apenas ve nada. Se arriesga a volver la cabeza y choca de frente contra una pared que no estaba allí antes. Es una pared de hierro, pintada con una serie de rayas amarillas, y el golpe le hace caer de espaldas, con la cara dolorida por el impacto.

Alza la mirada y ve que no es una pared, sino una persona enorme.

Sin embargo, está claro que aquel trozo de hierro, que aquella armadura decorada de amarillo, es demasiado grande para albergar a una persona. Los hombros son demasiado anchos y empuña un arma de cañón humeante que sin duda pesa más de lo que un ser humano normal sería capaz de sostener.

Pero no es un ser humano normal. Es una pesadilla salida de las pictogramas de advertencia.

El casco, rematado por cuernos, se inclina para mirarlo. Sus ojos son de un rojo brillante. No hay emoción alguna en esos ojos, tan sólo un vacío carente de expresión y de alma. No se merece la atención de aquel guerrero, no se merece ni siquiera que lo mate.

—¿Quién eres? —le pregunta entre sollozos mientras siente que pierde el control de todas sus funciones corporales ante el terror que se apodera de él.

El guerrero no responde, sino que alarga una mano para levantarle del suelo igual que si no pesara nada. Luego lo lanza por el aire con un simple movimiento de muñeca, y aterriza con fuerza contra el suelo helado, sobre el que resbala. Se detiene por fin en el borde de la muralla empapada de sangre. Allí ve que no está solo. Los guerreros con armadura de hierro han reunido allí aproximadamente a unos treinta cadetes.

Mira sus rostros cubiertos de lágrimas y de mocos, y se da cuenta de que ninguno de ellos tiene más de trece años. A los cadetes de mayor edad los tiran por encima del borde de la muralla como si no sirvieran para nada. Cierra los ojos, se encoge sobre sí mismo como si fuera un feto y llora llamando a su madre.

El capitán Uriel Ventris abre los ojos de golpe. El aliento que había estado conteniendo en la garganta sale transformado en un jadeo de miedo. Esa sensación le resulta tan extraña que nota como una deslocalización momentánea cuando ve que no estaba en una de las salas de armas de los barracones de la Cuarta Compañía. Baja la mirada hacia las manos, con las que momentos antes, por lo menos, hasta donde él es capaz de recordar, estaba limpiando su bólter.

«El guerrero de armadura de hierro… El comisario Coehoorn… El terror que le helaba la sangre…».

La sensación de frío y de miedo desapareció, y los últimos rastros de la… No, no la visión, de la experiencia, se desvanecieron en su conciencia. No había sido un simple observador del destino sufrido por aquel chico. Lo había compartido, como si lo hubiera vivido con él. Recordó vagamente un nombre, la última orden de un comisario moribundo. ¿Qué era? ¿El nombre del chico?

—Cadete Samuquan —musitó Uriel—. Eso era.

La imagen del chico se mantenía con tanta fuerza en su mente que se quedó mirando las manos, como si le sorprendiera que fueran tan grandes. Uriel alzó la mirada y vio ante él una pared de mármol negro, con la superficie cubierta por una larga lista de nombres grabados en oro. Leyó el primer nombre, y supo sin necesidad de contarlos que había setenta y ocho en total. Lo sabía porque había sido él mismo quien los había tallado, casi en una vida anterior.

Estaba en el Templo de la Corrección, el sepulcro de Roboute Guilliman y el lugar más venerado de toda Ultramar. Las paredes de aquel enorme panteón circular estaban cubiertas por losas de mármol negro sacadas de las canteras sin atmósfera de Formaska, y en cada una de ellas se habían tallado los nombres de los guerreros del Capítulo que habían caído en combate.

Se encontraba de rodillas delante de la losa con bordes de bronce dedicada a los muertos en la batalla de Tarsis Ultra, una contienda desesperada que se libró para salvar al planeta de las hordas del Gran Devorador. Aunque el coste había sido muy elevado, habían conseguido la victoria, si bien se la habían arrebatado más tarde al Capítulo.

Tarsis Ultra ya no existía. Su corazón antaño industrioso lo había detenido una fuerza desconocida que había dejado el planeta tan desolado y falto de vida como Prandium. Nadie sabía todavía quién había destruido aquel mundo liberado por el propio Roboute Guilliman durante los embriagadores tiempos de la Gran Cruzada. El dolor que Uriel sentía en el corazón seguía siendo tan agudo como el día en el que el lord almirante Tiberius le había comunicado el destino del planeta. Los Ultramarines habían jurado defender Tarsis Ultra, y su muerte era una mancha en el honor que sólo quedaría borrada con la destrucción absoluta del enemigo que había destruido todo un mundo.

Quizás por eso estaba ante los nombres de los muertos. ¿Había acudido a ese lugar para asegurarles que su sacrificio no había sido en vano, que habían muerto por algo que merecía la pena? ¿O quizás había acabado allí para recordar cuál era su deber? Los vivos perduran, pero los muertos tienen una memoria muy larga.

Uriel se puso en pie mientras los datos sensoriales que recibía arrinconaban aquellas sensaciones hasta los lugares más recónditos de su mente. Captó el sonido de un murmullo cada vez mayor. Era el murmullo de miles de pies calzados con sandalias que rozaban el suelo de mármol. La masa de peregrinos que recorría el Templo de la Corrección. Oyó las exclamaciones de asombro mezcladas con los sollozos sobrecogidos, una respuesta emocional muy común ante la visión de la magnífica figura de Roboute Guilliman.

Se decía que nadie podía contemplar a uno de los hijos del Emperador sin sentirse inferior, pero el simple hecho de mirar la forma serena de Guilliman hacía que cualquiera se planteara si se era merecedor del don de pertenecer a la raza humana. Ninguno de los que realizaban el largo y arduo viaje hasta Macragge se marchaba sin verse embargado por una profunda sensación de paz y dé humildad.

Uriel se atrevió por fin a darse la vuelta y contempló los rasgos perfectos de su progenitor genético.

Roboute Guilliman no había cambiado ni un ápice desde el día en que había recibido aquella herida mortífera a manos de un guerrero que antaño

había llamado hermano. Estaba sentado inmóvil en un trono pálido colocado sobre un inmenso pedestal de mármol dorado. A su cuerpo cubierto por una armadura lo rodeaba un aura titilante. Así, congelado en el tiempo, el primarca de los Ultramarines vigilaba su planeta natal adoptivo y contemplaba con una mirada serena e imperturbable a aquellos que llegaban al lugar para rendirle homenaje.

Uriel deseó, como todos los Ultramarines, haber luchado junto a los héroes de aquellos días lejanos, cuando el Imperio tuvo que luchar por su propia supervivencia con las hordas del Architraidor. La Biblioteca de Ptolomeo estaba repleta de relatos emocionantes de aquella época, legendaria, aunque la participación de los Ultramarines en aquel conflicto de proporciones titánicas estaba tan envuelto en el velo del secreto y del mito que ni siquiera el bibliotecario Tigurius sabía toda la verdad al respecto.

El capitán apartó la mirada del primarca, ya que nadie puede mirar demasiado tiempo al sol. Concentró su atención en la gigantesca estructura que lo albergaba. Se trataba de un edificio magnífico, una maravilla arquitectónica tan singular que hasta los miembros con más talento del Adeptus Mechanicum acudían para sentirse maravillados ante sus secretos. La leyenda decía que se había utilizado la cima más alta de Macragge para sacar el mármol necesario para su construcción, y que se había desmantelado toda una flota de combate para conseguir el plastiacero. Semejante hipérbole era, por supuesto, falsa, pero servía para inspirar la actitud reverente que el sepulcro exigía de todos y cada uno de sus visitantes.

Los peregrinos, con la boca abierta por el asombro, deambulaban por las estancias interiores, dirigidos por los soldados de chaqueta azul de los auxiliares de defensa de Macragge, que también mantenían una guardia en todos los puntos de acceso al lugar de descanso del primarca. Esos soldados no eran la única defensa de la que disponía Guilliman, ya que varios guerreros escogidos y pertenecientes a la Primera Compañía, la del capitán Agemman, vigilaban aquel recinto sagrado con sus armaduras de color hueso de rebordes dorados.

Los ilotas del Capítulo, vestidos con quitones de color gris, acompañaban a los grupos de peregrinos por el templo y se dedicaban a señalar las numerosas maravillas arquitectónicas del edifico, aunque se tardaría una vida entera en catalogarlas todas. Los peregrinos, en estado de éxtasis, alzaban la cabeza una y otra vez para contemplar el Arco del Primarca, que estaba cubierto por rayos de luz espectral entremezclados procedentes de la Cúpula de Cristal. A los hombres y mujeres llorosos se les hacía pasar por la Puerta de Orphul para luego recorrer la Columnata Triunfal y llegar finalmente a la majestuosidad de la Galería de Hielo y su bosque de blanco y oro.

Todos los que pasaban por el Templo de la Corrección salían cambiados, ya fueran mortales o astartes, y aunque Uriel había visitado aquel lugar en muchas ocasiones, cada vez que caminaba entre sus recintos cargados de historia, también él salía cambiado.

Uriel sintió una presencia a su lado, y se dio la vuelta. Vio que se trataba de un individuo vestido con ropas de viaje manchadas y algo raídas. Estaba sin afeitar, y era extremadamente delgado. Era la viva imagen del peregrino que se ha gastado hasta la última brizna de sus riquezas para llegar hasta Macragge y poder contemplar al primarca. Llevaba al hombro una mochila sucia, y el hombre metió la mano en ella para sacar algo que reflejó la luz de la Cúpula de Cristal cuando se lo mostró a Uriel.

En la palma de la mano sostenía una pequeña pieza de esteatita tallada hasta tomar la apariencia de una torre con un águila sobre sus almenas. Era un trabajo de una calidad exquisita, equivalente a cualquiera que pudieran lograr los mejores artesanos de Ultramar. Cada una de las líneas estaba tallada con un cuidado infinito y luego pulida para que tuviera un acabado suave.

—Gracias —le dijo Uriel, conmovido por aquel gesto tan sencillo, pero el hombre ya se había dado la vuelta.

Uriel se dispuso a seguirle para alcanzarlo y saber cómo se llamaba el artista que había creado aquella obra y de dónde procedía, pero unos sonidos a su espalda le hicieron detenerse: eran las pisadas de unos marines espaciales.

—Hemos estado buscándote —le dijo una voz gruñona que parecía sugerir que la culpa de que no lo hubieran encontrado hasta ese momento era del propio Uriel.

—Se suponía que debías estar en una de las salas de armas de la compañía —dijo otra voz, seca y con el tono brusco inconfundible de los nativos de Macragge.

Uriel le dio la espalda a su anónimo benefactor y vio a dos guerreros equipados con armaduras de combate pulidas y con las insignias de sargentos de la Cuarta Compañía. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que aquellos dos guerreros estuvieron juntos, y Uriel sintió que el corazón se le henchía de orgullo al ver los lazos de hermandad renovados entre ambos.

Learchus, quien antaño había sido la némesis de Uriel en el campamento de entrenamiento de Agiselus, era la quintaesencia de un guerrero ultramarine. Era a él a quien pertenecía la voz de tono seco propia de un nativo de Macragge. Era un individuo por cuyas venas corría la sangre de héroes antiguos. Aunque había sido Learchus quien había provocado el juicio por el que Uriel acabó cumpliendo un juramento de muerte, la guerra en Pavonis le había proporcionado al sargento veterano una perspectiva única sobre las circunstancias que habían obligado a Uriel a tomar las decisiones que más tarde lo habían enviado al exilio. La adhesión inquebrantable de Learchus a la doctrina del Codex Astartes se había visto atemperada por los combates que había librado tras las líneas enemigas en Pavonis, y Uriel lo consideraba ya un verdadero hermano.

El compañero de Learchus, Pasanius, era el amigo más antiguo de Uriel. Habían crecido juntos, y Pasanius lo había ayudado cuando muchos otros le habían dado la espalda a aquel recluta taciturno y sombrío nativo de Calth. Pasanius era tan grande y fornido que su armadura llevaba incorporadas algunas piezas de otra armadura, pero de exterminador. Le sacaba cabeza y media a Learchus, y sus hombros eran mucho más anchos, lo mismo que su torso, más amplio incluso que el de los veteranos que solían recibir aquellas armaduras especiales.

Uriel sonrió al ver a Pasanius equipado de nuevo con una armadura de combate y con su rango de sargento, ya que se había visto obligado a marchar a la guerra en Pavonis sin él. Su camarada llevaba implantado un brazo de hierro y bronce, creado a partir de las especificaciones precisas del tecnomarine Harkus, ya que sus restos mortales habían acabado en el interior del sarcófago de un dreadnought.

Pasanius se acercó y le dio la mano. El brazo biónico era una verdadera obra de arte, un mecanismo poderoso pero a la vez delicado que aumentaba la ya de por sí enorme fuerza de Pasanius. Su superficie relucía bajo las luces de múltiples colores del templo. El metal estaba nuevo y brillante, pero Uriel captó una serie de arañazos cortos causados por un cuchillo de combate astartes.

—Harkus te sacará la piel a tiras si ve eso —le advirtió Uriel señalando los arañazos con un gesto del mentón.

—Lo entenderá —le respondió Pasanius—. Tenía que estar seguro de que no quedaba nada del Portador de la Noche en mi interior.

Uriel asintió, ya que comprendía muy el motivo de la precaución tomada por su amigo.

—¿Y bien? ¿Por qué no estabas en la sala de armas? —inquirió Learchus.

—Mira dónde estamos, Learchus. ¿De verdad que necesitamos una razón para venir a este lugar? —le dijo Pasanius.

—Supongo que no —contestó Learchus, y en la comisura de sus labios apareció la sombra de una sonrisa.

—Estaba en mi sala de armas ocupándome de mi equipo de combate —les aseguró Uriel, aunque de lo que no estaba muy seguro era de cuánto quería contarle a sus sargentos sobre el modo en que había acabado en el templo—. Pero tuve una sensación muy fuerte de que debía venir aquí.

—Eso es un buen augurio —apuntó Pasanius—. Una aeronave negra llega en mitad de la noche sin que apenas se difunda la noticia, y luego encontramos a nuestro capitán en la capilla del primarca. Te digo que es una señal. No tardarán en encomendarnos una nueva misión.

—No puedes saberlo con certeza. Te emocionas por nada —le replicó Learchus.

—¿De verdad? Fíjate bien en lo que te digo: la Cuarta Compañía recibirá órdenes de estar lista para el combate hoy mismo —le dijo Pasanius antes de volverse hacia Uriel—. ¿Te has enterado de algo? ¿Sabes quién ha llegado a Macragge?

—Todavía no: Sé tan poco como vosotros.

Una Thunderhawk de color negro mate había llegado en mitad de la noche a la Fortaleza de Hera, envuelta en el misterio y sin ninguna clase del típico recibimiento que solía producirse cuando llegaba la nave de unos astartes camaradas. Normalmente, cualquier clase de tráfico aéreo que aterrizara en la superficie del planeta natal de los Ultramarines iba acompañado de un aviso, pero los canales de comunicación se habían mantenido en silencio al respecto, como si la nave no hubiese llegado en ningún momento. Los guerreros de la Cuarta Compañía que estaban de guardia habían anotado la hora de aterrizaje de la cañonera, pero los mandos superiores no habían comunicado nada. Todo aquello era muy misterioso, y nadie tenía todavía una respuesta oficial para aquello.

—Pero eso no durará mucho —comentó Learchus, como si le hubiera leído el pensamiento a Uriel—. Te han convocado a una reunión en la cima de la montaña, por eso te buscábamos.

—¿En la cima de la montaña? —dijo Uriel mientras se dirigía a la entrada occidental del templo—. ¿A las estancias del señor del Capítulo?

—Así es —le confirmó Pasanius, que marchaba a su lado, a la altura del hombro derecho—. Nos han llamado.

—Han llamado al capitán —le corrigió Learchus desde el hombro izquierdo.

—Y estoy seguro de que eso incluye a sus sargentos veteranos. Lo razonable es que también nos quieran a nosotros en la reunión.

Uriel sonrió.

—Nada te incomoda más que un misterio, ¿verdad, Pasanius?

—Es que estoy impaciente por volver a entrar en combate —le contestó Pasanius de buen humor—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez

que estuve en el campo de batalla con la Cuarta Compañía.

—Ten cuidado con lo que deseas —le advirtió Learchus, y Uriel se estremeció cuando un soplo de aire frío recorrió el Templo de la Corrección.

Un millar de peldaños unían la última meseta con la cima de la montaña. Eran un millar de peldaños desgastados por el paso de incontables suplicantes que acudían al señor del Capítulo de los Ultramarines. Las paredes empinadas y agrestes del gran cañón ascendían serpenteantes por el valle de Laponis, y estaban cubiertas por abetos de montaña y de afloramientos de cuarzo. El valle estaba cubierto de varios arcoíris que se entrecruzaban debido a las cascadas de agua glacial que caían desde la cima de la montaña, formando grandes cortinas que se estrellaban contras las rocas de la parte inferior.

Uriel, Pasanius y Learchus subieron el último tramo de escaleras y contemplaron a Macragge desde el techo del planeta. Las montañas blancas se extendían hasta más allá de donde alcanzaba la vista en todas las direcciones, aunque en el horizonte occidental se distinguía el lejano centelleo de un océano.

La mayor parte de la inmensa estructura de la fortaleza monasterio se había construido alrededor de las cimas más altas de Macragge. Se trataba de una obra maestra gigantesca, llena de columnas, de elegancia, de fuerza. Una maravilla artística, en suma. Sus superficies externas eran blancas y prístinas, pero en el interior, las estancias espaciosas y los amplios andrones eran coloridos y animados, y todas las paredes estaban decoradas con mosaicos y murales tan realistas que daba la impresión de que eran ventanas a otras dimensiones llenas de luz y de maravillas.

Unas cúpulas geodésicas doradas remataban las fortalezas en miniatura cubiertas de balconadas elegantes, y varios puentes colgantes de cristal descendían hacia las laderas inferiores. Los delgados arbotantes de acero plateado daban al mismo tiempo una sensación de gran fuerza y ligereza, casi de ingravidez. Sin embargo, a pesar de toda aquella impresión etérea,

no había fortificaciones más resistentes ni estructuras más sólidas en todo el Imperio. Todos y cada uno de los edificios que albergaba tras sus altas murallas era una ciudadela por derecho propio, capaz de resistir con tan sólo un reducido número de defensores contra una fuerza muy superior.

—Continúa siendo la visión más hermosa —comentó Learchus, emocionado—. Podría quedarme aquí todo el día.

—Sí, es un paisaje grandioso —coincidió Pasanius.

Uriel tuvo que mostrarse de acuerdo con sus sargentos, ya que la visión era de una magnificencia asombrosa: una fortaleza con el tamaño de un continente, tan gigantesca que sólo existía otra estructura comparable en grandeza en toda la galaxia: el Palacio Imperial.

—Nunca he estado en Terra —comentó Uriel, siguiendo la línea de aquel pensamiento—, pero por lo que he oído decir de sus calles olvidadas y cubiertas por la oscuridad, de sus secciones abandonadas, de las estructuras que se han derrumbado y de los villorrios de peregrinos, sospecho que la Fortaleza de Hera es más impresionante.

Learchus lo miró de reojo, y Uriel se echó a reír.

—Lo sé. Sugerir que Macragge es mejor que Terra es algo que roza la herejía —declaró Uriel.

—No lo es —le respondió Learchus—. Es que me sorprende que no hayas pensado de inmediato que Macragge es superior. Roboute Guilliman en persona diseñó y construyó la Fortaleza de Hera.

Pasanius se echó a reír.

—Lo mismo que construyó todas y cada una de las estructuras increíbles que existen en Ultramar.

—¿Es que no ves la mano del primarca en este lugar? —quiso saber Learchus.

—Por supuesto que la veo, pero para que él diseñara y construyera todo lo que la gente dice, tendría que haber pasado toda la Gran Cruzada embarcado en esa tarea en vez de estar combatiendo.

Uriel dejó que los sargentos continuaran aquel enfrentamiento fingido lleno de buen humor y paseó la mirada por el valle de Laponis. Era poco más que una hendidura en la montaña en la época en que Roboute

Guilliman llegó a Macragge, pero en menos de diez años se había transformado en un cañón profundo de galerías escalonadas. Las enormes losas de mármol que formaban la estructura de la mayor parte de la fortaleza se habían sacado de aquel sitio, y aunque el paso del tiempo y del agua había suavizado los surcos provocados por las excavaciones, seguía siendo una brecha de un kilómetro de largo en mitad de la superficie del planeta.

—Vamos —dijo Uriel dándole la espalda al panorama—. Ya he hecho esperar demasiado a lord Calgar.

El capitán se dirigió hacia la estructura más elevada de Macragge: las estancias del señor del Capítulo. La cima de la montaña. Aunque era la residencia de un guerrero que estaba al mando de al menos ocho sistemas estelares, se trataba de una estructura abierta en la parte superior, de carácter modesto y con las paredes cubiertas de mármol blanco con vetas doradas. Dos guerreros con armadura de exterminador vigilaban la puerta de bronce de su entrada. Iban armados con unas alabardas de hoja larga y bólters de asalto.

Uriel hizo un gesto de asentimiento respetuoso cuando entraron en el pórtico sombrío. Luego pasaron a un vestíbulo de suelo de terrazo donde unos ilotas los esperaban con copas de vino aromático. Uriel tomó una cuando captó el reconocible aroma del vino de Calth. Pasanius y Learchus hicieron lo mismo.

Entraron en un patio interior de suelo hundido, y Uriel notó una infrecuente sensación de inquietud al ver quiénes estaban reunidos allí esperando a que él llegara. La última vez que estuvo en presencia de una reunión de héroes tan insignes fue cuando el señor del Capítulo lo juzgó por herejía.

El más poderoso de todos ellos era el gigante guerrero que estaba conversando con un individuo encapuchado que estaba de espaldas a Uriel. Se alzaba por encima de aquel hombre con su armadura del azul más intenso imaginable. Todas y cada una de las placas de la armadura relucían gracias a la aplicación de polvos de bruñido y de ungüentos sagrados. El cuarzo pulido de la omega invertida reflejaba la luz del sol, y los rebordes

de las hombreras brillaban como el oro fundido. La habilidad en combate de aquel guerrero había destrozado ejércitos enteros, y muchos planetas enemigos se habían rendido con tan sólo pronunciar su nombre, ya que era sinónimo de valores tales como el coraje y el honor, de la fuerza de carácter y de la nobleza de designio.

Marneus Augustus Calgar, señor del Capítulo de los Ultramarines.

Llevaba en la oreja derecha varios aros de adamantium, y su ojo izquierdo era un implante biónico de color escarlata, semejante a una joya, que estaba unido a los mecanismos implantados en la parte posterior de su cráneo mediante un finísimo entramado de cables de cobre. El rostro tallado en granito de Marneus Calgar no había perdido nada de su astucia ni de su sabiduría a lo largo de los siglos que llevaba dirigiendo a los Ultramarines de victoria en victoria, y la vitalidad que exudaba su enorme presencia era palpable.

Los capitanes de batalla de aquel dios mortal habían acudido a su llamada. Cada uno de ellos, algunos de los guerreros más poderosos de Ultramar, era un héroe por derecho propio.

Allí, de pie, cerca de la estatua del primer rey guerrero de Macragge, situada en el centro del patio, se encontraba el capitán Sicarius. El capitán de la Segunda Compañía, que en esos momentos se reía de una broma junto a sus sargentos, era el héroe de Franja Negra, al que muchos consideraban un temerario. A su lado, pero a la vez sutilmente alejado, estaba la enorme presencia del primer capitán Agemman, de la Compañía Veterana. El título de primer capitán era muy antiguo, pero se adecuaba a la perfección al Regente de Ultramar. Uriel conocía muy bien su temperamento sombrío y su sabiduría venerable.

Galenus, de la Quinta, caminaba arriba y abajo por el borde del patio con pasos rápidos, el rostro contraído por la rabia y los puños cerrados. Al otro lado de donde se encontraba Galenus estaban Epathus, de la Sexta, y Sinon, de la Novena. Ambos parecían un poco nerviosos por la reunión, ya no se solía citar a capitanes de las compañías de reserva, sino a los jefes de batalla de primera línea. Aunque los dos eran tan valientes y estaban tan capacitados para el combate como cualquier otro guerrero ultramarine, las

compañías de reserva sólo marchaban a la guerra en momentos de gran necesidad.

Por último, el capitán Antilochus y Tonas Telion, de la Décima, estaban bajo la sombra del claustro, como si no quisieran quedar expuestos a la luz del sol de Macragge.

Marneus Calgar alzó la mirada y Uriel vio que la expresión de su rostro era seria. Carecía de la calidez que había visto a su regreso tras la guerra contra los tau que libró en Pavonis. La mirada de Calgar era dura como el acero, y le hizo un breve gesto de asentimiento cuando entró acompañado de sus sargentos.

—Capitán Ventris —lo saludó indicándole con un gesto que se acercara—. Ya casi estamos todos los asistentes al consejo.

—Mi señor —le respondió con una reverencia rápida.

—Todos los capitanes presentes en Macragge… —susurró Pasanius mientras bajaban hacia el suelo del patio—. Debe tratarse de algo serio.

Pero antes de que Uriel tuviera tiempo de contestarle, tres guerreros con armaduras de un color negro apagado salieron del claustro trasero del patio. Habían estado a plena vista hasta ese momento, pero Uriel no se había percatado de su presencia, como si la oscuridad los ocultara mejor que cualquier camuflaje. La mano de Telion salió disparada hacia la pistola que llevaba al cinto, y Uriel se dio cuenta con un sobresalto de que ni siquiera el legendario sargento explorador había sido consciente de la presencia de aquellos guerreros.

En sus hombreras se veía la imagen de un pájaro de color blanco pálido, y Uriel recordó haber combatido mucho tiempo atrás al lado de un guerrero que llevaba un símbolo idéntico. El guerrero que marchaba en cabeza llevaba a los hombros una capa de plumas negras iridiscentes, y el casco de su armadura era una variante antigua, la Mark IV, que llevaba acopladas unas alas oscuras en la placa facial. La fluidez con la que se movía era increíble, como si sus pies apenas tocaran el suelo.

El guerrero saludó a Uriel con un gesto de asentimiento de la barbilla, pero fue casi imperceptible.

—La Guardia del Cuervo —dijo Learchus.

—Ya te dije que era algo serio —añadió Pasanius.
Uriel asintió.
—Creo que tienes razón.



TRES

Lord Calgar comenzó el consejo presentando a los asistentes que no pertenecían al Capítulo, aunque Uriel ya había reconocido a uno de ellos. El sacerdote de Marte, vestido con una túnica blanca, ya era conocido por los guerreros de la Cuarta Compañía, ya que habían luchado junto a su señor en los campos de batalla de Tarsis Ultra.

—Os presento a Vianco Locard, del Adeptus Mechanicum —dijo Calgar, y el sacerdote hizo una seca reverencia.

El magos llevaba al cuello un medallón dorado con forma de engranaje y, aparte del implante chirriante que le cubría el ojo derecho, su rostro, sin cabello alguno, no mostraba nada artificial. Tenía una serie de lentes de distinto tamaño acopladas a un artefacto que llevaba al hombro, y que zumbaba cada vez que se activaba. Cada una de esas lentes se encajaba en el reluciente implante visual de color rojo según la necesitara.

Uriel se acordó de cuando vio por primera vez al magos. Fue en la estancia que albergaba el famoso fresco de Tarsis, en la reunión donde se dedicaron a planear cómo enfrentarse a la fracción de la flota tiránida que los atacaba. Locard caminaba sobre unas patas metálicas delgadas semejantes a las de una araña que le sobresalían por debajo de la túnica.

Unió las manos metálicas, que chasqueaban cada vez que sus diminutos mecanismos internos se movían, y una leve sonrisa apareció en su pálido rostro.

—Capitán Ventris, me alegro de verlo de nuevo —le dijo con una voz que sorprendió a todos por su calidez y su sonoridad.

—Diría lo mismo, pero me temo que viene con malas noticias.

—Es lamentable, pero así es. Sin embargo, dejaré que sea vuestro señor quien comunique esas noticias.

Uriel asintió mientras el guerrero de la Guardia del Cuervo con el casco alado se reunía con Locard en el patio. Abrió los cierres que sellaban el casco a la gorguera, y de la abertura surgieron unos suaves chorros de aire antiguo, semejante al que saldría de una tumba sellada. Uriel notó un regusto a polvo y oscuridad en ese aire.

El rostro enjuto del individuo era el de un muerto, con la piel pálida como el alabastro y los labios del color azul cianótico que suelen tener los

ahogados. Los ojos eran amarillos y semejantes a los de los gatos, pero el cabello oscuro mostraba un brillo saludable y estaba recogido en una cola tensa y sujeto al cráneo mediante una diadema plateada colocada a la altura de las sienes.

Marneus Calgar le colocó una mano en el hombro y Uriel captó un levísimo gesto de irritación en aquel rostro blanquecino.

—Me parece que no es alguien acostumbrado a tratar con la gente —musitó Pasanius.

—No —le contestó en voz baja Uriel mientras lord Calgar seguía hablando.

—El capitán Aethon Shaan, de la Guardia del Cuervo, comandante de la ilustre Cuarta Compañía de ese Capítulo. Tanto él como sus mejores escuadras han acudido a Ultramar para pedirnos ayuda en un asunto muy delicado, así que espero la cooperación de todos.

Los capitanes Ultramarines asintieron como muestra de respeto, y la coincidencia de la compañía de Shaan con la suya no se le escapó a Uriel. Comenzó a sospechar que su convocatoria a aquella reunión se debía a algo más que su rango de capitán.

Se abrió una puerta a su espalda, y al darse la vuelta, vio que se trataba de Varro Tigurius, el bibliotecario jefe de los Ultramarines, que caminaba delante de una mujer con la piel de color caramelo y una melena de un blanco puro. Llevaba un abrigo de combate que le llegaba hasta los tobillos, y Uriel vio que debajo se protegía con un coselete de bronce, y que debajo de éste lucía un traje monopieza ajustado.

—Nuestra invitada ha llegado de Talasa Prime —anunció Tigurius, al tiempo que señalaba a la mujer que lo acompañaba y a su séquito de sabios, lógicos y soldados, todos vestidos con abrigos de combate idénticos. Ninguno de los soldados llevaba armas, y Uriel se dio cuenta de la incomodidad que sentían aquellos individuos habituados a combatir al acompañar desarmados a su señora.

Tigurius pasó al lado de Uriel con un breve gesto de asentimiento a modo de saludo, y éste se alegró de la rapidez con la que lo hizo, ya que era difícil sentirse cómodo con Varro Tigurius. Sus profundas cuencas oculares,

sus mejillas hundidas y sus rasgos angulosos indicaban que era diferente, pero eran sus portentosos poderes psíquicos lo que realmente lo diferenciaban de sus hermanos de batalla. No importaba que su lealtad y su valor estuvieran fuera de toda cuestión, o que hubiera salvado al Capítulo en muchas ocasiones gracias a su don: su capacidad de manipular el poder de la disformidad lo mantendría siempre apartado de aquellos que no poseían ese talento.

Uriel estudió a la mujer mientras ésta se dirigía hacia lord Calgar. Al igual que el capitán de la Guardia del Cuervo, sus movimientos eran ágiles y elegantes. Llevaba a la espalda una larga espada de hoja estrecha, y la abertura de su abrigo de combate cuando se sentó dejó entrever una pistola que colgaba de su cinto. Tigurius había mencionado a Talasa Prime, lo que indicaba que pertenecía a uno de los ordos sagrados de la Inquisición.

Uriel ya había colaborado con la Inquisición en otras ocasiones, y en cada una de ellas, había sentido emociones encontradas. Aunque eran unos fanáticos servidores del Imperio que se enfrentaban a unos enemigos tan terribles que era mejor ni siquiera pensar en ellos, su modo de luchar era demasiado absoluto, demasiado al estilo o blanco o negro, para el gusto de Uriel. El inquisidor Barzano casi había destruido Pavonis para impedir que el Portador de la Noche recuperara su nave primigenia, y el antiguo señor de Locard, Kryptman de la Ordo Xenos, había quemado todo el planeta Chordelis con sus habitantes para evitar que cayera en manos de los enjambres tiránidos.

—La inquisidora Namira Suzaku —anunció lord Calgar mientras la mujer paseaba la mirada por todos los guerreros allí reunidos.

Uriel tuvo que reconocer su entereza, ya que la inquisidora no pareció mostrarse impresionada por semejante reunión de personajes ilustres, una reunión que hubiera dejado sin habla a la mayoría de los mortales.

Uriel sospechó que Suzaku no era como la mayoría de los mortales al ver un pequeño tatuaje en forma de martillo en la parte inferior de una de sus muñecas.

La inquisidora inclinó la cabeza y Uriel captó el brillo de una luz artificial en el interior de sus ojos.

Una vez llegaron los últimos miembros de la reunión, lord Calgar se dirigió al centro del patio, y los únicos sonidos que se oyeron en el lugar fueron el gorgoteo del agua en la fuente y el susurro de los estandartes de hilo dorado que ondeaban al viento en las balconadas superiores.

—Seré breve, ya que el tiempo corre en nuestra contra —empezó diciendo lord Calgar—. Nuestros enemigos han sido los primeros en golpear, y no tenemos modo de saber dónde atacarán a continuación.

—¿Enemigos? ¿Qué enemigos? —lo interrumpió Sicarius.

—Las fuerzas de los Poderes Siniestros —le contestó la inquisidora Suzaku—. Un príncipe demonio del empíreo ha regresado de su exilio en la disformidad y ha arrasado Tarentus.

Uriel sintió la oleada de asombro que recorrió la estancia. Su propio corazón palpitó con fuerza ante aquella noticia espantosa. La idea de que un mundo de Ultramar sufriera un ataque sin que los capitanes de los Ultramarines se enteraran de ello era imposible.

—Eso es ridículo —exclamó Agemman—. El prefecto Quintus nos habría avisado de que los estaban atacando. No hemos sabido nada al respecto. Su información no es correcta.

—Me temo que lo es, amigo mío —le contestó Calgar antes de volverse hacia Suzaku—. Muéstreles Tarentus.

Suzaku le hizo un gesto a uno de sus ayudantes. Era un individuo de aspecto ascético con una varilla de proyección que estaba conectada a una máquina de edición que llevaba a la espalda y que recordaba al cargador de munición de un marine devastador. El ayudante movió la varilla en el aire, lo que cargó las partículas y dejó una chisporreante neblina a su paso. Suzaku asintió de nuevo y la imagen pasó de ser una estática granulosa a convertirse en una matanza.

La calidad de la imagen era pobre, ya que era evidente que la fuente de aquella grabación se encontraba en órbita alrededor de Tarentus y estaba funcionando a la mayor ampliación posible. Sin embargo, a pesar de la escasa calidad de visión de las escenas que se desarrollaban ante sus ojos, no había forma de confundir el horror que mostraban.

Se trataba de una ciudad construida con las líneas pulcras propias de un diseño arquitectónico de Ultramar, y estaba envuelta en una batalla. Uriel abrió la boca al ver los monstruos que recorrían sus calles. Eran bestias con cuernos y garras con multitud de formas diferentes, demasiado estrambóticas para ser producto de ninguna clase de proceso evolutivo. Eran unos monstruos de locura, y sólo había un lugar capaz de engendrar semejantes abominaciones.

—Demonios —susurró Uriel.

—Exacto —le confirmó la inquisidora—. Un ejército de demonios que atravesó las puertas del empíreo sin que apareciera una sola muestra de fragilidad en la matriz dimensional. Tan sólo un ser con un poder inmenso podría lograr algo así.

—¿Cómo se lograron esas imágenes? —quiso saber Tigurius.

—La Inquisición no revela sus fuentes de información —le contestó Suzaku con cierta altanería.

—Todos los mundos de Ultramar tienen al menos una cápsula de grabado en órbita que pertenece a la Inquisición —le informó lord Calgar, y Uriel disfrutó al ver que Suzaku entrecerraba los ojos en un gesto de enfado. Lord Calgar le sostuvo aquella mirada enfurecida—. ¿De verdad creían que no lo sabía?

—Pensé que los velos de ocultación serían demasiado sutiles —declaró Suzaku sin mostrar arrepentimiento alguno por aquella violación de confianza tan descarada.

Los Ultramarines permitían que la Inquisición mantuviera una base permanente en Ultramar, pero se suponía que aquel acuerdo estaba basado en la premisa de que ninguna de las dos organizaciones interferiría en los asuntos de la otra. El ambiente en el patio cambió de inmediato. Un momento antes, Suzaku era alguien con quien había que tener cuidado, y un instante después, era alguien del que directamente se debía desconfiar.

—¿Es que espían nuestros mundos? —declaró Agemman con voz beligerante.

—No hacemos más que cumplir nuestro deber —le replicó Suzaku.

—Eso no importa —les cortó Calgar para acabar con aquel enfrentamiento—. Han atacado un mundo de Ultramar. Eso es en lo que debemos concentrarnos todos.

—¿Sabemos cómo ocurrió? —Quiso saber Uriel—. ¿Cómo llegaron esos demonios a Tarentus?

—Siga mirando —le indicó Suzaku.

La panorámica que se veía en el aire cargado de electrostática cambió y la máquina centró el foco con mayor claridad en el espacio con una serie de chasquidos. La curva arenosa de Tarentus llenó la parte inferior de la imagen, pero en la esquina superior se veía una estructura gigantesca, el borde de algo tan inmenso que era inconcebible que no estuviese anclado a la superficie del planeta.

Sus líneas eran brutalmente angulosas, agresivas y estaban levemente tapadas por un velo de gases cristalizados. Se veía de forma difusa una especie de muralla almenada o unas enormes fortificaciones cubiertas por bosques de alambre de espino. La lente del aparato parpadeó una vez más y toda la estructura fue visible durante una fracción de segundo antes de que la imagen se quedara congelada sibilante y cargada de estática.

—¿Qué es eso? ¿Un pecio espacial? —preguntó Epathus.

—No, es algo mucho peor —le respondió Marneus Calgar, y Uriel captó un matiz de remordimiento en la voz del señor del Capítulo.

—Peor que un pecio espacial. Ya me gustaría verlo —comentó Sicarius.

—No, no te gustaría —le respondió Uriel al recordar el horror compuesto por garras afiladas que había salido de la oscuridad de la Muerte de la Virtud—. Fíate de mí.

Sicarius lo miró con ferocidad, pero no dijo nada. El capitán de la Segunda Compañía había sido uno de los más ardientes defensores de una condena firme contra Uriel después de la campaña de Tarsis Ultra, y también había sido el más reticente a aceptarlo de nuevo en el seno del Capítulo después de que cumpliera su juramento de muerte. La reciente guerra en Pavonis le había devuelto por completo la capitanía de la Cuarta a Uriel, pero había algunos que todavía sentían que su regreso se debía mirar con cierta suspicacia.

—No es un pecio espacial —confirmó Galenus, el capitán de la Quinta. La rabia que sentía era tal que casi le bullía bajo la piel—. Es la *Indomable*.

—¿La *Indomable*? ¿Cómo es posible? —exclamó Epathus.

—Es posible porque me vi obligado a tomar una decisión terrible —declaró lord Calgar con la cabeza bien alta mientras hablaba—. Todos habéis oído hablar del príncipe demonio M'kar.

—Sí, es la criatura demoníaca cuya flota destruí en el Abismo Halamar —contestó Sicarius a la par que se daba un golpe con el puño en la placa pectoral—. Vos también lo vencisteis, mi señor.

—Sí que lo hice, Cato —le confirmó lord Calgar volviéndose hacia Agemman—. Yo mismo en persona dirigí a los guerreros de la Primera Compañía, reconstruida tras la batalla de Macragge. Abordamos la *Indomable* y lo derrotamos.

—¡Lo despedazasteis! —rugió Sicarius.

—No. No lo hice.

Tigurius entró en el patio con la mirada desenfocada mientras contemplaba la imagen parpadeante de la *Indomable*. Alargó una mano, como si quisiera tocarla, pero cerró los dedos en el último momento. Se giró y Uriel se estremeció al ver la luz espectral que inundaba los ojos del bibliotecario.

—El Tres Veces Nacido. Ahora lo veo —musitó—. Derrotado en Halamar, vencido de nuevo en la *Indomable*… Ha regresado para provocar una matanza entre los hijos de Ultramar. El Centinela de la Torre ha regresado a nosotros y el Tres Veces Nacido está encarnado de nuevo…

—¿Es éste ese momento, Varro? —le preguntó Calgar, como sí temiese la respuesta.

—Así es, mi señor —le confirmó Tigurius.

La sangre se le heló en las venas a Uriel a oír las palabras de Tigurius. El hermano Leodegarius de los Caballeros Grises había realizado una sesión de Cartomancia en Salinas, y había sacado la Torre para representar a Uriel. Era una carta que simbolizaba el cambio, el conflicto y la catástrofe. Un giro absoluto del orden de cosas existente. Eso, unido a las palabras de Tigurius, era un mal presagio.

—¿El Tres Veces Nacido? ¿Ese es el señor demonio M'kar? —preguntó Galenus.

—Lo es —dijo Tigurius un momento antes de que sus ojos recuperaran su color habitual—. Sí, siempre lo ha sido. Ha permanecido atrapado en la *Indomable* durante sesenta años, encadenado al núcleo de disformidad con unos sellos místicos y con un rumbo a un punto desconocido a través del espacio.

—¿Cómo es posible? —exclamó Galenus—. Lord Calgar, volvisteis de la *Indomable* con la noticia de que el demonio había muerto. ¡Mis hombres estaban de guarnición en esa fortaleza estelar!

Lord Calgar asintió con lentitud.

—Para mi eterna vergüenza, me temo que ya estarán muertos. Olantor, Decimus, Sabbatina e incluso el venerable hermano Altarion —declaró mientras se volvía hacia sus capitanes—. Logré derrotar a M'kar con la ayuda de la Inquisición, pero no fui capaz de destruir su esencia. Para hacerlo habría necesitado una fuerza que ni siquiera yo poseo. Al final, lo único que pude hacer fue encadenar esa esencia al corazón del núcleo de disformidad de la fortaleza estelar, una prisión que se hacía más estrecha con cada uno de sus intentos enloquecidos por liberarse. Establecimos un rumbo para la *Indomable* que la llevaría hasta el olvido, donde se desvanecería para siempre en las profundidades de la disformidad. Sin embargo, el odio de M'kar era tan fuerte que no importaba el rumbo que trazaran los navegantes: siempre regresaba a Ultramar.

—Por eso siempre hemos mantenido una guardia —dijo Galenus. La pérdida de la mitad de su compañía fue demasiado para él—. No pudisteis libraros de él, así que había que vigilarlo.

Lord Calgar asintió. Uriel sintió que la roca sobre la que se cimentaban todas sus creencias se desmoronaba un poco más con cada palabra que pronunciaba el señor del Capítulo. La destrucción de M'kar formaba parte de la leyenda de lord Calgar, y esa narración inspiradora que se contaba a los reclutas para llenar sus corazones de ardor y de ambición. Enterarse de que les había mentido tanto a él como al resto del Capítulo era un golpe capaz de hacer que se tambaleara incluso la certidumbre del carácter más

fuerte. Miró a su alrededor, y vio una expresión dolida en el rostro de todos y cada uno de los guerreros. La idea de que un guerrero ultramarine tan respetado como lord Calgar hubiera faltado a la verdad era tan pasmosa como inimaginable.

—Entonces, alguien ha encontrado a la *Indomable* y ha liberado al Tres Veces Nacido —dijo Tigurius.

—Es la única explicación —dijo lord Calgar con tristeza.

—Pero ¿quién? —Quiso saber Sicarius—. ¿Quién habría sabido dónde encontrarlo?

—Creo que puedo arrojar alguna luz a ese respecto —intervino el magos Locard.

Las patas de Locard repiquetearon sobre las losas de mármol cuando se acercó al ayudante de la inquisidora Suzaku.

—¿Me permite?

Suzaku asintió y Locard se giró para pasarle una hoja de información al ayudante del pictógrafo. Este metió la hoja en la máquina de edición y movió de nuevo la varita de proyección. De inmediato apareció la imagen de un planeta junto a una serie de flujos de datos biométricos, geográficos y cartográficos. La vista se aproximó a la superficie del planeta, lo que reveló un mundo lleno de vegetación, cubierto de junglas y de enormes regiones dedicadas a la agricultura que se extendían por todas sus áreas fértiles.

Uriel no vio nada de particular en aquella imagen hasta que el campo visual se centró en unas instalaciones de diseño obviamente imperial. Sólo entonces se percató de la escala de las junglas y de los bosques que las rodeaban.

—El Complejo Golbasto —les informó el magos Locard—. Un puesto de avanzada de investigación bastante aislado establecido hace cincuenta y tres punto nueve años terráneos estándar para estudiar el efecto de diversos exacerbadores del crecimiento en las cosechas de alimentos más básicos. La investigación no tuvo demasiado éxito al principio, pero hace dos años, el magos Szalin informó de unos resultados muy prometedores con un nuevo agente vírico al que llamó la cepa Heraclitus.

La imagen fue recorriendo la superficie del planeta, y al saber Uriel lo que el Adeptus Mechanicum había estado intentando, se dio cuenta de la inmensa escala de la producción en Golbasto. Los gigantescos huertos de árboles producían frutos del tamaño del torso de un ser humano, las cosechas mostraban granos del tamaño de granadas de mano, y había campos de trigo y maíz de mayor altura que un Warhound. El potencial de semejante investigación era increíble, pero Uriel no conseguía ver la relación que tenía con la crisis en la que estaban envueltos en ese momento.

—¿Qué tiene eso que ver con esta situación? —exigió saber Agemman, que sentía la misma confusión que Uriel.

—Todo, capitán Agemman —le aseguró Locard—. Todo está relacionado y todos los detalles tienen su importancia. Permítame demostrárselo.

La imagen volvió a centrarse en el Complejo Golbasto, pero en esta ocasión, del puesto no quedaban más que ruinas. Y el humo de numerosos incendios que ya comenzaban a extenderse a los huertos y campos cercanos ascendía hacia el cielo.

—¿Qué ocurrió? —le preguntó Uriel.

—Las instalaciones fueron atacadas y destruidas, y todas las reservas de la cepa Heraclitus fueron robadas. Estas imágenes son todo lo que los filtros de datos consiguieron recuperar de las bobinas de memoria rotas del magos de tercera clase Evlame, el único cuerpo que logramos encontrar entre los restos del lugar.

La imagen cambió de nuevo, pero lo que se vio fueron una serie de tomas fijas cargadas de estática: una cúpula plateada del centro de la instalación envuelta en llamas; la silueta borrosa de un rostro cadavérico cosido con alambre, y por último, un grupo lejano de guerreros con armadura que sin duda eran marines espaciales. La mayoría de ellos llevaban armaduras con el metal de las placas al descubierto, pero uno de ellos destacaba entre los demás por el color negro lustroso de su armadura.

—¿Quiénes son? —preguntó Uriel, aunque ya había comenzado a sentir una terrible sospecha en el fondo del estómago.

Locard movió una extremidad artificial y los receptores táctiles manipularon la imagen para centrarse en cada una de las figuras. La grabación era demasiado borrosa para reconocer el rostro de cada individuo, pero la imagen era lo bastante clara para identificar las insignias. Los bordes de las Placas de cada armadura estaban decorados con conjuntos de rayas amarillas y negras, y en una de las hombreras se veía un odioso cráneo de hierro rodeado por una estrella de ocho puntas.

—No. Los Guerreros de Hierro. No puede ser —musitó Uriel.

—Pero ¿quién es el otro? El de la armadura negra —inquirió Learchus.

Uriel no le respondió, pero la postura del guerrero de negro le parecía extrañamente familiar. Su lenguaje corporal dejaba muy a las claras su fuerza, su capacidad y su habilidad en combate. Aquel guerrero era un asesino emboscado, un cazador que atacaba desde las sombras, y Uriel tuvo la certeza de saber dónde lo había conocido.

—Sospecho que existe en este asunto algo más personal que la ira de una entidad demoníaca —continuó explicando Locard—. Tengo la teoría de que el instigador del ataque contra Tarentus tiene un odio personal contra el capitán Ventris.

—¿Y cómo sabe eso? —le preguntó lord Calgar.

—Fue el ataque a otro mundo el que me llevó a descubrir la destrucción del Complejo Golbasto. Ese mundo resultó arrasado por la cepa Heraclitus.

—Tarsis Ultra —apuntó Uriel, quien ya sabía dónde acabaría todo aquello—. No me equivoco, ¿verdad?

—No, no se equivoca —le confirmó el magos Locard con un remordimiento muy humano—. Descubrimos trazas de la cepa Heraclitus en la poca vegetación que quedó en Tarsis Ultra. Al parecer, los atacantes se apoderaron del silo orbital de misiles y lanzaron una serie de cabezas de guerra cargadas con el virus.

—¿Tan peligroso era ese virus? Se supone que incrementaba el crecimiento de las cosechas. ¿Cómo fue capaz de arrasar todo un planeta? —preguntó lord Calgar.

—No podía hacerlo, a menos que ese planeta estuviera contaminado por los residuos de una invasión tiránida, mi señor —le explicó Locard—.

Aunque la flota tiránida fue derrotada, buena parte de la materia biológica depositada ya en Tarsis Ultra permaneció allí, a pesar de todos los esfuerzos de los programas de erradicación que se llevaron a cabo tras la victoria. Hay que entender que todos los organismos tiránidos tienden a propagarse de forma incesante, lo que es un rasgo hiperrevolucionario diseñado para cubrir cualquier planeta con crecimientos de esporas que ahoguen toda la vida existente y de ese modo los organismos de cosecha biológica puedan digerirlo todo con mayor facilidad. La cepa Heraclitus provocó que los organismos tiránidos iniciaran un crecimiento frenético, y nada pudo detenerlos. Cubrieron toda la tierra con algas corrosivas, infectaron hasta la última molécula de oxígeno y quemaron la atmósfera. A los pocos días, el planeta quedó consumido e indefenso ante la radiación del sol. Ahora no es más que una roca desolada.

Locard miró a Uriel y regresó al lado de la estatua de Konor, dónde se agachó para recoger una caja plateada.

—Sin embargo, en mitad de toda aquella destrucción encontramos algo que no nos esperábamos. También lanzaron un misil sin cabeza de combate desde la plataforma orbital, y lo utilizaron para llevar algo más a la superficie del planeta. Llevaba una baliza localizadora, así que era evidente que alguien quería que lo encontráramos.

—¿Eso contiene lo que transportó el misil? —quiso saber Uriel.

—Sí.

Locard abrió la caja y sacó un casco Mark VII, de clase Aquila, ya bastante desgastado. La pintura casi se había borrado por completo, pero todavía se veía con claridad el color original y un poco menos la omega invertida. Locard le dio la vuelta al casco y leyó la marca del armero grabada en el reborde interior.

—Seis Epsilon Gladius.

—Es mi casco. El que llevaba puesto en Medrengard. El que me dejé allí.

—Por lo que parece, estás más relacionado con esta guerra que se avecina de un modo más personal que la mayoría de nosotros. ¿Cómo es posible? —le preguntó lord Calgar.

—Sólo existe una explicación: Honsou —declaró Uriel.

Uriel pasó la siguiente hora contando de nuevo la narración épica de su juramento de muerte. Contó cómo Pasanius y él fueron llevados casi al otro extremo de la galaxia por el Omphalos Daemonium, hasta Medrengard, un mundo dejado de la mano del Emperador situado en el ojo del Terror, y cómo se vieron envueltos en la guerra que libraban dos herreros de los Guerreros de Hierro. También les contó el encuentro con los astartes renegados y con su líder, Ardaric Vaanes, de la Guardia del Cuervo, y en ese punto fue evidente que había captado toda la atención del capitán Shaan.

Aunque muchos de los Ultramarines que se encontraban en el patio ya habían oído aquel relato, escucharon de nuevo con atención. Uriel no dudó en ningún momento a lo largo de la narración, y siguió contando cómo Pasanius y él se habían infiltrado en la temible fortaleza de Honsou en mitad del asedio infernal para acabar siendo atrapados por la criatura llamada Onyx.

Honsou había creído que eran renegados al igual que Vaanes, por lo que les había ofrecido un puesto a su lado, algo que había horrorizado a los dos ultramarines. Hasta Sicarius sonrió cuando Uriel contó cómo le habían escupido a la cara al rechazar su oferta. Esas sonrisas se desvanecieron de inmediato cuando narró la guarida macabra de los mortuarios bestiales, su encierro dentro de una de las criaturas matriz llamadas daemonculati y el horror de su huida.

Más de uno alzó las cejas en gesto de reprobación cuando contó su alianza con los sinpiel y todos bufaron despreciativos al oír que Ardaric Vaanes había rechazado la oportunidad de redimirse que Uriel le había ofrecido.

Cuando contó cómo habían llevado a cabo la destrucción de la fortaleza de Honsou, un silencio denso y pesado cayó sobre todos los presentes, y ninguno se atrevió a hablar, ya que nada menos que los propios Caballeros Grises habían declarado que tanto Pasanius como Uriel estaban libres de toda impureza del Caos. En cuanto regresaron a Macragge, los capellanes y el apothecarion habían realizado una serie exhaustiva de pruebas físicas,

mentales y espirituales que confirmaron el dictamen de los Caballeros Grises.

Uriel y Pasanius habían regresado puros al Capítulo.

—Lo que no entiendo —declaró el capitán Galenus— es cómo sabía ese tal Honsou que debía atacar Tarsis Ultra. Cómo es posible que eligiera un planeta con una relación tan precisa con el capitán Ventris. ¿Cómo podía saberlo?

—No lo sé —respondió Uriel mientras bajaba de nuevo al patio—. Pero lo sabía, y quería que nosotros supiéramos que se trata de él. Este ataque no va dirigido contra mí, sino contra todos nosotros. Nuestro Capítulo juró por la Deuda del Guerrero que defendería Tarsis Ultra, y el honor de todos y cada uno de nosotros está mancillado por esa matanza tan impía. Pero si Honsou ha venido a Ultramar, debo ser yo quien se enfrente a él y quien lo mate. Han sido mis actos los que han provocado que esta venganza se desencadene contra nosotros, y no importa cómo ha logrado realizar todo lo que ha hecho. Está aquí, y hay que acabar con él como el perro rabioso que es.

Uriel sintió que el corazón le palpitaba con impaciencia por entrar en combate. Miró a su alrededor y observó a los guerreros a los que llamaba «hermanos» y a aquellos que habían acudido a Ultramar para combatir al lado de sus guardianes. Los capitanes ya estaban en pie, preparados para marchar al combate, aunque el bibliotecario Tigurius le miraba fijamente, sin ocultarlo, y con una intensidad que le resultó perturbadora.

Marneus Calgar se acercó a Uriel y le colocó uno de sus enormes guanteletes sobre un hombro. El señor del Capítulo clavó su mirada en las profundidades del alma de su capitán y vio la fuerza que existía en su interior, una fuerza que haría frente a aquel audaz enemigo y que lo derrotaría.

—Varro me ha dicho que serás una pieza clave en las batallas que se avecinan —le dijo lord Calgar.

—Pero ¿para bien o para mal? —preguntó Sicarius.

—¿Quién puede saberlo con seguridad? —le contestó Tigurius mientras rodeaba a Uriel y lo miraba con expresión valorativa—. ¿Será nuestra

salvación, o el portador de nuestra condenación? En cualquiera de esos dos casos, el destino de los Ultramarines está unido a la enemistad encarnizada que este enemigo ha traído a nuestro territorio. Sea lo que sea lo que ocurra a continuación, el capitán Ventris estará en el centro de la acción.

Uriel notó un reconocimiento por sus actos en las palabras del bibliotecario, y se giró hacia el capitán Shaan. Se quedó mirando a los ojos hundidos del guerrero de la Guardia del Cuervo, muy parecidos a los del guerrero renegado junto al que había combatido en Medrengard.

—Habéis venido en busca de Ardaric Vaanes, ¿no es así?

—Así es —le confirmó Shaan—. Ese traidor tiene la sangre de los míos en sus manos, y la Guardia del Cuervo no olvida a aquellos que la han ofendido.

Uriel alargó una mano.

—Entonces, venid conmigo a Tarentus, y juntos se lo haremos pagar.

Shaan asintió, la expresión de su rostro era sombría e inmisericorde. Estrechó la mano que Uriel le ofrecía.

—Acabaremos juntos con esos traidores. A la vieja usanza.



CUATRO

El sargento explorador Issam recorrió de nuevo con las lentes polarizadas de sus magnoculares las murallas oscurecidas de Axum y comprobó que había contado bien en las ocasiones anteriores. Sabía que había cinco en total, pero también sabía que existían dos tipos de exploradores: los que eran concienzudos y los que eran cadáveres. Veía en la oscuridad casi tan bien como a plena luz del día, pero el magnocular captaba la señal calorífica que escapaba de las armaduras.

—Cuento cinco —susurró por el comunicador.

—Coincido —le confirmó Daxian, su segundo al mando.

De los cuatro exploradores de su escuadra, Daxian era el que más experiencia tenía, y había combatido junto a Issam en Pavonis. Habían penetrado profundamente detrás de las líneas tau con el sargento Learchus al mando, y habían demostrado ser claves en la victoria final. Eso les había valido a Issam y a Daxian un Laurel Imperial, aunque los otros tres exploradores no habían conseguido sobrevivir a la misión.

Janek Lycean y Uriel Dio se habían ganado sus laureles junto a Learchus en Espandor, en la campaña contra los pielesverdes, y, además, también se habían ganado la aprobación del sargento, lo que era recomendación más que suficiente para Issam. El último explorador era un recién llegado, un nativo de Jax llamado Aurelio. Issam todavía no había tenido tiempo suficiente para valorar sus capacidades, pero lo cierto era que hasta ese momento se había mantenido al nivel de los demás y no había metido la pata.

Issam se quitó los auriculares de la cara y se los metió en el cinto, pero asegurándose de que no repiquetearían o harían ruido alguno al chocar contra la armadura o el resto del equipo. No debía delatar su posición, aunque la posibilidad de que le oyeran acercarse era mínima dado el aullido de las sirenas y el tableteo de disparos que llegaban desde el interior de la ciudad. Sin embargo, el enemigo disponía casi del mismo tipo de equipo que ellos, y no era sensato ser descuidados. Los cinco exploradores estaban en un campo de vegetación podrida, una alfombra esponjosa de materia orgánica muerta que parecía el resultado de la acción del virus llamado el Devorador de Vida.

Issam había visto los efectos de esa arma capaz de destruir planetas enteros, y no era un recuerdo agradable.

Por desagradable que fuera, el calor producido por las reacciones químicas del suelo en estado de putrefacción enmascaraba su propio calor corporal, lo que sería toda una ventaja a la hora de acercarse al enemigo.

—En marcha —susurró.

Empezó a arrastrarse sobre los codos con movimientos lentos y suaves, sin apresurarse. Avanzó con paciencia, y se detuvo en cada una de las ocasiones en las que captó movimiento sobre las murallas. Al ser cinco objetivos y cinco exploradores, necesitaban una posición de disparo óptima para asegurarse de que cada blanco fuera eliminado sin ruido y sin alboroto alguno.

Su escuadra no eran los únicos exploradores que habían bajado a la superficie de Tarentus. Se habían desplegado otras escuadras similares, pero Issam quería el honor de eliminar las defensas aéreas de la ciudad. Los augurios de la Vae Victus habían detectado una única fuente de actividad en todo Tarentus, una base establecida en las ruinas de Axum, que estaba ocupada por una fuerza enemiga de tamaño respetable. Los rastros caloríficos también indicaban que las armas pesadas de la ciudad seguían en estado operativo. El capitán Ventris había encargado a los exploradores que las eliminaran.

El suelo soltó una serie de chasquidos húmedos bajo ellos, y aquella materia pegajosa tiró de las placas azules de la armadura y de la tela oscurecida de su uniforme. Después de treinta minutos habían avanzado cien metros, y fue entonces cuando Issam divisó un canal de irrigación con las paredes excavadas por máquinas y un reborde cubierto de vegetación. Era el lugar perfecto desde el que disparar.

Toda la escuadra se dirigió hacia allí. Una vez dentro del canal, sacaron los rifles de francotirador de las bolsas de lona camufladas que llevaban a la espalda. Issam se pegó al fondo del canal y revisó con cuidado el rifle. La recámara estaba limpia, la célula de energía cargada al máximo y la mira telescópica en perfecto estado.

Daxian realizó una comprobación de distancia con los magnoculares.

—Doscientos quince metros —declaró.

—Como si estuviéramos en el campo de tiro de Agiselus —comentó Uriel Dio mientras tecleaba el alcance en la mira telescópica de su rifle. Issam hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No se parece en nada al campo de tiro, Dio. Esos objetivos responderán a tu disparo si fallas. Un disparo, una muerte. Sin excepciones.

Los exploradores asintieron, e Issam metió el cañón del rifle entre la fronda de vegetación. Luego lo apoyó en el borde de rococemento y cerró un ojo mientras apretaba el otro contra el extremo con el filo de goma de la mira telescópica. Inspiró profundamente y relajó todo el cuerpo, dejando que se adaptara a los lados lisos del canal antes de apretarse la culata contra la mejilla. La culata era de madera oscura, tallada de forma que se adaptara al contorno de su rostro a partir del tronco de un abeto que él mismo taló sesenta años atrás en una de las laderas del valle de Laponis.

La visión a través de la mira telescópica era de color azul pálido. Los diferentes lados de la muralla se mostraban oscuros y fríos, pero las siluetas de las figuras que caminaban en aquel tramo de la muralla aparecían en un color blanco suave pero brillante. Un casco del tipo Mark V cruzó por delante de la retícula de la mira telescópica, pero no era un guerrero del Adeptus Astartes. Era un traidor. Era un guerrero que había traicionado todo aquello que Issam y los Ultramarines defendían. Se merecía morir.

—Disparad cuando yo lo haga. Acabad con todos.

Issam leyó en los sensores de la mira la velocidad del viento, la temperatura ambiente y la humedad relativa. Siguió el icono parpadeante que le indicaba hacia dónde tenía que disparar para compensar todas aquellas condiciones. Luego inspiró profundamente, exhaló con lentitud y curvó el dedo sobre el gatillo.

El objetivo se desvaneció de la vista antes de que tuviera tiempo de disparar, como si algo lo hubiera arrastrado al suelo. Un chorro de luz brillante cruzó el aire hacia arriba. Issam mantuvo el rifle apuntado en esa dirección unos cuantos segundos más antes de recorrer con la mira telescópica todo el lienzo de muralla que su escuadra había escogido como punto de entrada en Axum.

La muralla estaba vacía, sin señal alguna de los astartes enemigos…

—¿Qué ha pasado? —preguntó Daxian con un susurro mientras se metía de nuevo en el canal para sacar los magnoculares del cinto.

Issam no contestó y siguió estudiando con atención la muralla. Estaba vacía. No se veía señal alguna de los centinelas.

—Nosotros nos hemos adelantado —dijo una voz suave al lado del hombro de Issam, quien se sobresaltó. El rifle se le escapó de una mano mientras intentaba desenvainar el cuchillo de combate con la otra.

Una forma fluida se alzó de la oscuridad de un desagüe oculto por las sombras.

—El camino hasta Axum está despejado, sargento Issam —le dijo el capitán Aethon Shaan con un leve tono de diversión—. Se acercaron con un gran sigilo, pero esto es trabajo para la Guardia del Cuervo.

Issam se tragó su orgullo cuando se dio cuenta de que la habilidad de infiltración de Shaan le había hecho quedar como un recluta patoso. Asintió.

—Pues acabemos con esto.

Los exploradores ultramarines y los guerreros de la Guardia del Cuervo entraron en Axum sin dificultad alguna. Issam se sintió sorprendido de la eficacia con la que los astartes de Shaan habían acabado con sus objetivos. Acercarse a un blanco tan bien equipado como un marine espacial, aunque fiera un traidor, requería una capacidad impresionante de sigilo.

Se arrodilló al lado de uno de los cadáveres. Lo habían decapitado. Le habían cortado la cabeza a la altura del cuello con una hoja de energía. Estaba seguro de que los demás centinelas habían muerto mediante unos golpes letales similares. Infligir unas heridas tan terribles en una sincronización perfecta indicaba una habilidad increíble y una coordinación perfecta.

—Sus guerreros son muy buenos —le susurró Issam a Shaan cuando éste se puso de rodillas a su lado.

—Lo sé —contestó Shaan.

Issam examinó con atención al marine renegado. Iba protegido con una armadura de tipo Mark V que mostraba signos de un escaso mantenimiento,

hasta el punto de que tenía reparadas las roturas de los cables con sellador líquido. Recorrió con la mirada el tipo de armadura y luego tiró de una de las hombreras para darle la vuelta. Se le torció el gesto en una mueca de asco, ya que tocarle el cuerpo al traidor le resultó extremadamente desagradable. Sin embargo, un buen explorador reunía toda información que podía. Después de todo, «conoce a tu enemigo» era una de las reglas principales de la guerra.

Las placas de ceramita estaban pintadas con grandes rayas de color naranja y negro, semejantes a las de un tigre. En la hombrera no se veía insignia alguna, tan sólo una repetición de aquel esquema a rayas.

—¿Reconoce esas marcas? —le preguntó Shaan.

—Creo que sí —contestó Issam mientras recordaba una de las escasas alertas sobre capítulos declarados «excomunicatus»—. Los Garras de Lorek.

—Están muy lejos del Torbellino.

—Sí que lo están —coincidió Issam.

Escondieron los cuerpos y bajaron en silencio de las murallas para adentrarse en las ruinas de la ciudad. A lo lejos se veían los destellos de varias luces, y el sonido de unos altavoces que blasfemaban alabanzas a unos dioses siniestros y sangrientos en mitad de la noche.

—Eso hace que nuestra misión sea más fácil —musitó Issam cuando Shaan apareció a su lado.

—Casi demasiado fácil —respondió el capitán de la Guardia del Cuervo, e Issam no tuvo muy claro si Shaan se sentía irritado o preocupado por aquella facilidad.

Antes de que Issam pudiera contestarle, Shaan se adentró en las sombras, y el explorador tuvo que echar mano de toda su pericia para seguirlo a través de las calles oscuras y sembradas de cadáveres de Axum. Los cuerpos de aquellos que habían muerto cuando la ciudad había caído en manos enemigas seguían allí donde habían sido asesinados, y el aire apestaba a podredumbre. Esos mismos cuerpos putrefactos estaban hinchados con gases nocivos y seguían descomponiéndose en aquel clima

cálido, y las nubes de moscas carroñeras se hartaban con aquel botín humano.

—Por Guilliman, ¡los han dejado pudrirse a la intemperie! —exclamó Janek Lycean con un siseo.

—Silencio —le ordenó Issam con otro siseo al tiempo que captaba la mirada de desaprobación de Shaan—. Contrólate, Lycean.

A pesar de su reprimenda, Issam compartía la rabia del explorador, aunque mantenía esa furia bajo un control férreo. Para aquella misión era necesaria una objetividad casi mecánica, pero eso era pedir mucho cuando uno se veía frente a una ciudad de Ultramar llena de muertos.

Shaan cerró el puño y luego realizó una serie de movimientos cortantes y rápidos. Los diez guerreros de la Guardia del Cuervo se pusieron en marcha, y cada uno de ellos avanzó con unos pasos ágiles y unos movimientos que eran simplemente asombrosos de tan fluidos.

Recorrieron la ciudad manteniéndose en las sombras y esquivando cualquier señal de actividad con la que se encontraban. Los sensores orbitales habían detectado que el grueso de la fuerza enemiga se encontraba en el interior de las ruinas de la Torre Prosperina, y los guerreros imperiales rodearon a la mayor distancia posible la entrada principal de esa estructura mientras se dirigían hacia los generadores, que se encontraban detrás de ella.

Llegaron en menos de una hora a la zona exterior de la fortificación de aspecto repulsivo que habían construido alrededor de los generadores. Aquella construcción estaba bañada por la luz agresiva de una veintena de focos, y era una creación repelente levantada a base de bloques rectangulares rematados por grandes y afilados pinchos de metal ensangrentados. De cada uno de aquellos pinchos colgaba un cadáver, e Issam notó que empezaba a perder el control ante las vejaciones que se habían infligido en cada uno de los cuerpos.

En la púa más alta estaba el cadáver ultrajado de Rufas Quintus. Al veterano tullido le habían despojado de su armadura y lo habían crucificado sobre un par de vigas cruzadas. Tenía los brazos extendidos y clavados con unos roblones disparados con una pistola remachadora. Le faltaban las

piernas, y el ángulo en el que tenía inclinado el cuello le indicó a Issam que el héroe de Ichar IV estaba muerto sin duda alguna.

Issam apartó la mirada de las horribles mutilaciones que había sufrido y se obligó a concentrarse en las defensas. Los sonidos de disparos, de gritos y de espadas sierra les llegaban desde la Torre Prosperina, aunque eran eclipsados en ocasiones por el bramido de la sirena de combate arrancada de un titán. Varios mortales con piezas de armaduras saqueadas y con máscaras atemorizantes estaban sentados en lo alto de aquellas murallas improvisadas, con los rifles echados al hombro en actitud despreocupada. Lo que llevaban puesto no se podía llamar «uniforme», aunque existía cierta cohesión en el hecho de que todos llevaran manchada de sangre la hombrera derecha.

—Ahí está —dijo Issam mientras se pegaba a un contrafuerte marcado con los surcos de unas garras—. Los generadores se encuentran ahí dentro. Si los eliminamos, las torretas defensivas no podrán funcionar.

—¿Cuánto tardarán los generadores de reserva en activarse? —le preguntó Shaan.

—No lo harán si ese artefacto del magos Locard funciona como debe.

—¿Y si no lo hace?

—Unos dos minutos.

—¿Será tiempo suficiente?

Issam sonrió.

—¿Para el capitán Ventris? Más que suficiente.

—¿El resto de las escuadras ya están en posición?

Issam bajó la lente de su visor y envió un rápido flujo de datos por una frecuencia preestablecida. En la lente aparecieron una serie de iconos parpadeantes. Cada uno de ellos representaba una de las cuatro escuadras de exploradores que se habían infiltrado por sectores distintos al suyo.

—En posición y preparadas para disparar —le confirmó.

—En ese caso, nos vemos en el interior —le dijo Shaan, e Issam captó el deleite en su voz.

El capitán de la Guardia del Cuervo se desvaneció entre las sombras, las pocas que existían bajo el brillo inmisericorde de los focos, e Issam centró

en el punto de mira un soldado enemigo con la cara tapada por una máscara de hierro con la forma de un oso rugiente.

—A todas las unidades. Disparad cuando yo lo haga —ordenó.

Contó hasta noventa sin dejar de mantener su objetivo en el centro de la retícula mientras el soldado recorría de forma predecible su tramo de muralla. Al llegar a noventa, apretó el gatillo, y el soldado salió despedido hacia atrás cuando el disparo le atravesó una de las rendijas oculares de la máscara y reventó la parte posterior del casco en una explosión casi muda de sangre y hueso.

Otros cayeron al mismo tiempo que el blanco de Issam, y éste cambió con rapidez experta de objetivo para abatir a un segundo soldado. Unos cuantos rostros con máscara se asomaron para mirar al otro lado de la muralla, e Issam acabó con ellos también. Otros tres murieron bajo los disparos letales del sargento mientras se movían de un lado a otro llenos de confusión, pero el resto aprendió la lección con rapidez y mantuvo la cabeza agachada.

Issam vio cómo los guerreros de la Guardia del Cuervo trepaban con rapidez por los bloques de la muralla y saltaban por encima del borde superior. Una vez allí, mataron a todos los soldados que se ocultaban detrás con una eficiencia brutal compuesta por mandobles de espada y tajos de garras de energía.

—¡Adelante! —ordenó Issam, y echó a correr encorvado y con el rifle pegado al pecho.

Llegó a las murallas y se echó el rifle a la espalda para subir por los bloques desiguales con una facilidad fruto de la práctica. Tardó pocos segundos en llegar a la parte superior con el cuchillo de combate en la mano, pero ya no quedaba nadie a quien matar. Sus escuadras habían sido implacables con la precisión de sus disparos de francotirador, pero la Guardia del Cuervo había sido igualmente concienzuda en su combate cuerpo a cuerpo.

Los exploradores ultramarines estaban asaltando aquella fortaleza improvisada por todos lados y al llegar a la parte superior de las murallas empuñaban el rifle, preparados para acabar con cualquier resistencia que

quedara, pero los últimos soldados enemigos ya estaban cayendo bajo las garras de la Guardia del Cuervo. Issam y los demás ultramarines bajaron con rapidez al espacio creado por aquellas murallas improvisadas y acabaron con todos los soldados heridos con los que se encontraron con rápidos tajos de los cuchillos de combate.

—Daxian —susurró Issam a la vez que le hacía un gesto a su segundo al mando para que se dirigiera hacia el edificio del generador principal—. Coloca las cargas y conecta la cápsula de disrupción en los cables del generador de reserva.

—A la orden, sargento —respondió Daxian, y echó a correr hacia el pórtico con columnas del edificio del generador.

El magos Locard le había entregado a los Ultramarines una cápsula de disrupción experimental. Se trataba de un artefacto que captaría cualquier clase de interrupción en el suministro de energía a las defensas aéreas. Si funcionaba tal y como proclamaba el magos, impediría que el generador de reserva se activase cuando se apagara el suministro de energía principal.

Issam desplegó las escuadras de exploradores en posiciones cubiertas a lo largo de las murallas mientras Daxian cumplía con su tarea. Los exploradores apuntaron hacia todos los vectores de aproximación en busca de alguna señal de que hubieran detectado aquel veloz asalto, aunque algo así sería bastante improbable, ya que tan sólo habían tardado veintiséis segundos desde el primer disparo en tomar la posición.

Algo no iba bien, pero Issam no era capaz de determinar qué le preocupaba, así de nuevo por la escabrosa inclinación que formaba la muralla de bloques y dirigió la mirada hacia la elegancia iluminada por llamas de la Torre Prosperina. El nombre se debía a una antigua diosa de la fertilidad, y aunque semejante denominación ya no era de buen gusto, se utilizaba desde los primeros días de Ultramar, y los Ultramarines respetaban enormemente las tradiciones, por lo que el nombre se había mantenido.

Uriel Dio estaba vigilando su zona de tiro al lado del soldado al que Issam había matado en la primera andanada de disparos, y le hizo un gesto de asentimiento al sargento cuando éste se agazapó a su lado. Issam le quitó la máscara destrozada al cadáver. La cara había desaparecido por completo

al quedar absolutamente aplastada por la fuerza del disparo. No quedaba nada que indicara de dónde era o el aspecto que tenía. Iba vestido con un uniforme de combate y una chaqueta acolchada, donde se veían marcas de hilos que Issam supuso que pertenecerían a las insignias de rango y unidad que el individuo había arrancado. Era evidente que era un desertor de la Guardia Imperial, aunque a Issam no se le ocurrió cómo había acabado al servicio del Archienemigo.

Recorrió con la mirada aquella fortificación improvisada y vio más cadáveres. Se sintió sorprendido por la estupidez de aquellos defensores.

—Sargento —le llamó Uriel Dio.

—¿Qué ocurre, Dio?

—Esto no tiene sentido —le contestó el explorador al tiempo que le daba un par de golpes leves al cadáver con la punta de la bota.

—¿El qué? —quiso saber Issam, aunque se sentía satisfecho de que el joven explorador compartiese su presentimiento de que había algo raro.

—Esto —insistió Dio señalando con el pulgar los generadores de energía—. El enemigo sabe con seguridad que éste es el punto más vulnerable de sus defensas; así que, ¿por qué han desplegado unos simples mortales en estas murallas? ¿Por qué no hay astartes traidores cerca de los generadores?

Issam se reprendió a sí mismo por no haber sido capaz de imaginarlo, pero antes de que pudiera contestarle, una explosión controlada destruyó el generador de las armas de defensa aérea. El estampido de la detonación quedó ahogado por el rugido de las sirenas aullantes y de los disparos que procedían del interior de la Torre Prosperina. El edificio del generador quedó intacto, y la cápsula de disrupción del magos Locard funcionó a la perfección: le envió una señal al generador de energía que engañó a su cogitador y le hizo creer que el generador principal seguía funcionando.

Noventa segundos más tarde, empezó el asalto a gran escala de los Ultramarines.

La Thunderhawk de Uriel llegó rugiente desde el este y pasó por encima de las murallas con el estruendo de sus cohetes a toda potencia. Le siguieron otras dos que machacaron con sus cañones de batalla la Torre Prosperina y dejaron su parte superior reducida a unos escombros envueltos en llamas que no tardaron en provocar el derrumbamiento de toda la estructura sobre sí misma.

Segundos más tarde, la cañonera de vanguardia aterrizó en la amplia plaza que se extendía delante de la torre. La rampa de asalto se abrió con rapidez y los astartes Ultramarines se desplegaron nada más salir en una serie de movimientos coordinados a la perfección para tomar sus objetivos.

Uriel puso pie en la superficie de Tarentus con el bólter echado al hombro y dirigió a sus guerreros hacia el cráter lleno de fuego y humo que era todo lo que quedaba de la Torre Prosperina. Notaba una sensación de profunda inquietud que le invadía todo el cuerpo, y no se trataba de que acabase de destruir un edificio antiguo que se había alzado en un planeta de Ultramar desde hacía miles de años.

No. Había algo más que le preocupaba, pero no lograba dar con lo que era.

Sobre el visor del casco apareció un mapa táctico parpadeante que le indicó la localización de todas las unidades de su fuerza. Los exploradores de Issam aparecían en color verde sobre las murallas de aquella fortificación improvisada y que tenía todos los detalles de simplicidad brutal propios de los Guerreros de Hierro.

—Issam, informa.

—Hay astartes traidores en las murallas exteriores de Axum, pero aquí sólo hay mortales rebeldes. Todos están muertos, pero no dispongo de datos sobre las fuerzas enemigas en el interior de la torre.

—Recibido. Mantén la vigilancia.

—Confirmado, aunque sospecho que encontrará poca oposición enemiga.

—Espero que no sea así —gruñó Uriel—. El enemigo ha asesinado a ciudadanos de Ultramar y ha profanado un mundo de Roboute Guilliman. Quiero que sientan la inclemencia de nuestro castigo.

Las dos cañoneras que lo seguían aterrizaron provocando una tormenta de polvo y de humo de motores. Una nueva oleada de guerreros desembarcó de ellas, y Uriel vio a Pasanius y a Learchus a la cabeza de sus respectivas escuadras. Junto a los exploradores, aquella fuerza representaba el total de los efectivos de la Cuarta Compañía, y cuando el Anciano Peleus desplegó el estandarte de brillantes colores de la compañía, Uriel sintió de nuevo el orgullo de estar al mando de las mejores tropas de la galaxia.

No hizo falta dar órdenes. El asalto ya se había planificado siguiendo los dictados del Codex Astartes, y todos y cada uno de los guerreros Ultramarines conocían el lugar donde debían colocarse. Las escuadras de devastadores se pusieron a cubierto mientras las escuadras de asalto avanzaban al lado de las escuadras tácticas, listas para lanzarse a la carga blandiendo espadas sierra y pistolas en cuanto sus camaradas encontraran la primera resistencia.

De la torre no dejaba de caer una lluvia de escombros llameantes que formaba una avalancha de chispas y de humo cegador.

El deseo de Uriel de hacer sentir al enemigo todo el peso de su ira se vio cumplido.

Unos guerreros con unas armaduras de aspecto antiguo y manchadas con la sangre de decenas de miles de víctimas salieron trastabillando de los restos humeantes, blandiendo hachas en alto y lanzando repugnantes gritos de guerra por los altavoces del casco. Muchos estaban terriblemente heridos, con brazos amputados o con lesiones horribles que habrían hecho caer incluso al marine más resistente, pero Uriel se dio cuenta de que aquéllos no eran traidores normales.

Eran berserkers, carniceros dementes que luchaban sin reparar en el dolor y sin temor alguno a la muerte. En un combate, cualquier guerrero busca matar a su oponente sin sufrir heridas él mismo, pero al berserker no le interesaba en absoluto su supervivencia. A esos guerreros tan feroces lo único que les importaba era matar, y su propia vida era irrelevante.

Avanzaron como una masa de rostros aullantes, de cascos cornudos y de horrores cubiertos de cicatrices. Sus armas eran una mezcla odiosa de espadas, hachas, machetes serrados de tamaño monstruoso y ganchos de carne cubiertos de pinchos. A Uriel le dio tiempo de calcular que eran unos cien antes de que sonaran los primeros disparos.

Un guerrero con la cara cubierta de sangre seca cayó de costado cuando un disparo de francotirador le entró por una sien y le salió por el otro lado del cráneo. Otro se desplomó con la garganta destrozada, ya que los exploradores Ultramarines disparaban contra los huecos de las armaduras para eliminar a los guerreros enemigos.

Uriel disparó una ráfaga corta con el bólter y abatió a un guerrero de armadura roja que llevaba una calavera de sonrisa burlona acoplada a la placa pectoral. Las andanadas de fuego de bólter acribillaron las líneas de los berserkers lanzados a la carga, pero eso apenas frenó el avance de los demás. Pasanius lanzó un chorro de promethium ardiente contra ellos, pero ninguno de ellos cayó, y los berserkers envueltos en llamas cargaron contra los Ultramarines con mayor ferocidad todavía. Los guerreros corrieron con los brazos amputados o colgando simplemente de trozos de carne y de tendones sanguinolentos. Uno de los berserkers recorrió diez metros con la mitad de la cabeza reventada antes de desplomarse por fin, cuando su vitalidad impulsada por la rabia se agotó.

Uriel disparó una última ráfaga antes de enfundar el bólter. Luego desenvainó la espada de pomo dorado de Idaeus y empuñó la pistola bólter. La hoja se activó y su filo resplandeció con una luz mortífera.

—¡A ellos! —gritó cuando la línea azul y la carmesí chocaron con un estruendo atronador de armaduras.

La ferocidad aullante se enfrentó a la precisión mecánica cuando la formación perfecta de los Ultramarines se estrelló contra la carga de los berserkers. Las hachas se alzaron y cayeron, las pistolas rugieron y las espadas sierra atravesaron las armaduras envueltas en una lluvia de chispas igual que los discos abrasivos del taller de un armero.

Uriel desconectó la imagen del despliegue táctico, ya que los iconos que representaban a sus tropas y a las del enemigo se habían entremezclado

hasta ser irreconocibles. En cuanto lo hizo, vio que el destello de un hacha se dirigía directamente hacia su cabeza. Se agachó para esquivarla y le propinó una estocada en el costado que quedó al descubierto de su enemigo, un guerrero con placas de armadura cubiertas de cráneos estampados y un casco demoníaco. Uriel sintió cómo la hoja de la espada atravesaba limpiamente la armadura, la carne y el hueso, y luego la sacó hacia un lado, lo que casi partió por dos a su oponente.

Otro se abalanzó contra él blandiendo un enorme gancho de hierro contra su cuello, y Uriel consiguió desviar el golpe, pero su oponente se estrelló contra él y logró clavarle el gancho por debajo de la hombrera. Ambos giraron sobre sí mismos, unidos como bailarines, y el berserker golpeó una y otra vez el costado de Uriel con un guantelete cubierto de pinchos. Los golpes, impulsados por una fuerza y un odio tremendos, acabaron agrietando la placa de la armadura, y Uriel sintió un dolor lacerante en las costillas.

Rodeó el brazo de su oponente con el codo y giró con más velocidad, aprovechando el impulso del berserker para lanzarlo al suelo. El guerrero enemigo, rápido como una bestia salvaje, se puso casi de inmediato en pie, pero antes de que pudiera lanzarse al ataque de nuevo, una figura negra pasó corriendo a su lado, y un guerrero armado con dos garras relámpago despedazó a aquel asesino enloquecido con una lluvia de tajos.

Aethon Shaan y su escuadra de la Guardia del Cuervo atravesaron la maraña de combatientes con movimientos ágiles y aparentemente despreocupados, como si los berserkers se estuvieran moviendo a paso lento. Esquivaron golpes mortíferos, y decapitaron cabezas y amputaron extremidades con barridos elegantes de sus garras y espadas, hasta el punto de convertir la furia de sus oponentes en una rabia ciega y torpe.

El modo de combatir de los Ultramarines era profesional, disciplinado e inmisericorde, pero la Guardia del Cuervo luchaba con una agilidad que no se parecía a nada que Uriel hubiera visto antes. El capitán Shaan se movía como si lo guiaran unos sentidos sobrenaturales. Abatía a sus enemigos sin esfuerzo aparente y esquivaba los ataques antes incluso de que se iniciaran.

Un guerrero aullante que empuñaba un hacha se lanzó contra Uriel, quien perdió de vista al capitán de la Guardia del Cuervo. Uriel rodó sobre sí mismo pata esquivar el ataque y luego blandió la espada en un mandoble de abajo a arriba que abrió al berserker de la entrepierna al esternón. Se puso en pie y captó la situación del combate de un solo vistazo.

Las fuerzas del Archienemigo se encontraban en una tremenda inferioridad numérica, pero seguían luchando con la furia asesina de unos guerreros a los que sólo les importaba la muerte, ya fuera la suya o la de sus enemigos. Learchus y Pasanius luchaban con una agresividad controlada y atraían a los berserkers para que formaran bolsas de resistencia aisladas que luego eran más fáciles de eliminar. Era imposible que los berserkers venciesen, pero eso a ellos les traía sin cuidado. Lo único que les importaba a aquellos asesinos enloquecidos era que se derramara sangre, y Uriel no fue capaz de imaginarse cómo era posible que un guerrero tan noble como un marine espacial cayera en un pozo tan profundo y degradante.

Uriel mató a otro berserker y le propinó una patada para sacar mejor la espada. En ese mismo instante sintió una tremenda sensación de peligro. Se giró en redondo con la espada en alto, preparado para atacar. No vio a ningún berserker cerca de él, pero la sensación de una amenaza inminente no desapareció. Miró a izquierda y derecha, pero no encontró nada que justificase aquella sensación de temor.

De repente, vio dos puntos de luz gemelos reflejados en la hoja de la espada y levantó la mirada a tiempo de ver dos resplandores en el cielo, como si unos ojos malévolos lo estuvieran observando desde allí arriba.

Se movían con rapidez y eran más brillantes que las estrellas que precedían al amanecer. La imagen le recordó a Uriel el recuerdo compartido que había vivido antes de llegar al Templo de la Corrección. Sin saber realmente cómo, se sintió convencido de que aquellas luces eran portadoras de la muerte.

Uriel activó el mapa de despliegue táctico y abrió un canal de comunicación con todos los guerreros que se encontraban bajo su mando.

—A todas las fuerzas imperiales, ¡retirada de emergencia! —gritó, sorprendido a su pesar de estar impartiendo aquella orden cuando la victoria

estaba al alcance de la mano—. ¡Prefijo de mando omicrón!

Era una orden fácil de dar, pero muy difícil de cumplir. Destrabarse de un combate cuerpo a cuerpo era una maniobra tremendamente peligrosa, pero si uno se enfrentaba a un enemigo como aquel, era prácticamente imposible. Los Ultramarines retrocedieron formando grupos disciplinados: una escuadra de combate se apartaba del combate cuerpo a cuerpo y corría a ponerse a cubierto mientras otra seguía luchando y mantenía al enemigo ocupado.

Los precisos disparos de francotirador de los exploradores de Issam proporcionaron los huecos necesarios para efectuar la retirada. Así, mientras las escuadras de asalto retrocedían, las de devastadores acribillaban a los enemigos con proyectiles de gran calibre o con misiles que estallaban en mitad de ellos. Uriel corrió al trote al lado de sus guerreros en una maniobra de manual que parecía un simple entrenamiento por la eficacia con la que se realizó.

Pasanius corrió para situarse a su lado. La bocacha de su lanzallamas estaba teñida de un marrón cobrizo por los numerosos chorros de promethium que había disparado.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué nos retiramos? ¡Ya los tenemos!

—Tenemos que marcharnos. ¡Aquí hay algo que va muy mal! —le replicó Uriel.

Pasanius se dispuso a preguntar de nuevo, pero Uriel levantó una mano para interrumpirle cuando oyó una voz que lo llamaba con desesperación. Una descarga de ruido estático acabó por convertirse en la voz de Lazlo Tiberius. El almirante estaba a bordo del crucero de ataque Vae Victus, la vieja nave de combate de la flota de los Ultramarines que se había encargado de transportar a la Cuarta Compañía desde hacía décadas.

—Aquí el capitán Ventris —dijo en un momento de relativa calma—. Repitan la última transmisión.

—¡Uriel, gracias al Emperador! —exclamó Tiberius—. Sal de ahí. Ya. Retrocede hasta las cañoneras y aléjate todo lo que puedas de Axum.

—Ya he dado la orden. Estaremos en el aire dentro de pocos momentos.

—¿Cómo lo ha sabido? ¡Nosotros acabamos de detectarlos!

—¿Detectar qué?

—Una batería orbital de torpedos ha lanzado dos cabezas de combate contra la superficie. El espacio está cargado de radiación electromagnética, y no los vimos por culpa de la nube de escombros que hay aquí arriba.

—¿Y la trayectoria? —preguntó Uriel, aunque ya sabía la respuesta.

—El objetivo es Axum. Tienes un minuto como mucho.

—Recibido. Corto y fuera.

Las Thunderhawks ya estaban acelerando los motores, y Uriel alzó la mirada hacia los dos puntos de luz que aumentaban de brillo a cada segundo que pasaba.

Las ráfagas disciplinadas de bólter acribillaron las últimas líneas de berserkers mientras los Ultramarines retrocedían por escuadras hacia las cañoneras. La aeronave de Learchus alzó el vuelo en cuanto el último guerrero subió a bordo, y Pasanius lo siguió de cerca. Ambas cañoneras iban sobrecargadas de personal, ya que los exploradores de Issam se habían desplegado utilizando Land Speeders, pero no tenían posibilidad alguna de alcanzar sus aerodeslizadores a tiempo.

Aunque iba contra la doctrina del Codex Astartes abandonar un equipo tan valioso, no tenían otra elección. En la superficie de Tarentus sólo quedaba la cañonera de Uriel, pero era la que más cargada estaba, ya que a la escuadra de Issam se unía la de Aethon Shaan, y tuvieron que esforzarse por caber todos.

Uriel efectuó disparos individuales desde la rampa de asalto de la Thunderhawk mientras Issam y Shaan disparaban con el bólter apoyado en la cadera mientras se retiraban. Los berserkers eran una masa aullante de asesinos enloquecidos por el ansia de matar y su absoluto desprecio por la propia muerte. Las armas de la Thunderhawk se unieron al estruendo acribillando a los berserkers que corrían en un último intento fútil de conseguir más víctimas con las que derramar sangre.

—¡Rampa arriba! —gritó Uriel un momento antes de pulsar el botón del mecanismo de cierre cuando el resto de la Guardia del Cuervo y de los exploradores subían a bordo corriendo.

En tierra sólo quedaba Issam, que abatía a los berserkers uno por uno con disparos certeros de la pistola bólter.

—¡Sube! —le ordenó Uriel.

El percutor de la pistola de Issam golpeó en una recámara vacía y de inmediato se lanzó al interior de la cañonera de un salto. Un instante después, un berserker aullante con una daga serrada saltó a su vez sobre su espalda y le clavó la hoja en el hombro al sargento explorador. Issam gritó, y tiraron de él para meterlo a bordo.

La rampa de asalto se cerró del todo y Uriel oyó los golpes furiosos que los berserkers empezaron a propinarle a la aeronave en su intento de entrar. Pulsó el intercomunicador que le ponía en contacto directo con el piloto.

—¡Vámonos! —gritó.

La cañonera dio un bandazo y el guerrero enemigo salió despedido de la espalda de Issam. Rodó para ponerse en pie, lo que dejó a la vista su rostro, una máscara de salvajismo demente tan cubierta de cicatrices autoinflingidas que apenas quedaba rastro alguno de humanidad en ella. El berserker escupió un chorro de sangre y alzó el cuchillo igualmente ensangrentado dispuesto a seguir matando enemigos.

Uriel le apuntó con el bólter, pero antes de que pudiera disparar, un guerrero de armadura negra se interpuso, y un chorro de sangre caliente manchó las paredes del interior de la cañonera como si se hubiera roto uno de los conductos hidráulicos.

El berserker se desplomó de rodillas. Allí donde debía estar su cabeza sólo quedaba un muñón que lanzaba sangre a chorro sobre el suelo corrugado de la nave.

Aethon Shaan se giró y quedó en posición de combate, pero ya no había que luchar más.

—Eso ha sido muy rápido —comentó Uriel.

—No lo bastante —contestó Shaan mientras ayudaba a Issam a ponerse en pie.

El sargento explorador torció la boca en un gesto de dolor. Su hombro era una masa de sangre reluciente y de trozos de armadura rota.

—¿Cómo tienes el hombro? —quiso saber Uriel.

—Me duele, pero viviré. El cabrón era rápido —contestó Issam.

—No lo bastante —repitió Uriel al tiempo que miraba a Shaan, que ya volvía con sus guerreros.

Segundos más tarde, Uriel contempló desde la cabina del piloto cómo las cabezas de combate impactaban en el centro de Axum. Habían oscurecido la cubierta de la cabina, y una luz cegadora destelló un momento antes de que se produjera una segunda detonación. Para cuando la cubierta recuperó la transparencia total, dos columnas de humo en forma de champiñón se alzaban hacia el cielo como la imagen de un final terrible.

Axum había desaparecido. Una ciudad que era un ejemplo magnífico de todo lo bueno y noble de Ultramar había quedado reducida a cenizas en un microsegundo. Cualquier rastro de la batalla que acababan de librar allí fue arrasado por unas cabezas de combate diseñadas para destruir naves estelares. La rugiente onda de choque sacudió con fuerza la cañonera, pero el piloto aceleró y las vibraciones fueron cesando poco a poco.

Si no hubiera sido por la afortunada premonición de Uriel, éste y la Cuarta Compañía habrían dejado de existir.

—Era una trampa —le dijo Aethon Shaan poniéndose a su lado.

—Sí. Sabían que vendríamos con una fuerza numerosa.

—Utilizaron como cebo a sus propios guerreros. A aquellos que no les importaría quedarse allí para morir.

—Suena como si eso le pareciese algo admirable.

—No, pero indica una falta de conciencia muy singular por parte de su jefe. Conocerlo es conocer sus debilidades, pero un guerrero como ése será un oponente muy peligroso.

—No tiene ni idea de cuánto.

—Ese tal Honsou debe odiarle mucho.

Uriel contempló los restos llameantes de Axum y cerró los puños.

—No tanto como yo.



CINCO

La superestructura del *Raza Guerrera* crujió debido a la presión de un giro tan cerrado, pero Honsou conocía lo suficiente a la nave como para saber que sería capaz de soportarlo. En uno de los puestos de los servidores de control comenzó a sonar una alarma, pero el adepto Cycerin la silenció con un gesto despreciativo de uno de sus mecadendritos orgánicos. El magos corrupto del Mechanicum estaba inmerso en el interior de un gel amniótico y había desarrollado sus mecaorganismos internos, de manera que ya no necesitaba trasladarse de un puesto de control a otro.

El titán que habían destruido en Majaax le había proporcionado a Cycerin ese gel bioconductor, y varios artefactos que había sacado de la *Basilica Dominastus* de la *Indomable* le habían permitido crear aquel modo repugnante de conectarse de un modo más efectivo con los sistemas internos del *Raza Guerrera*. El olor era asqueroso y las formas ondulantes que se movían bajo el fluido espeso y rosado llenaban el puente de la barcaza de combate de un hedor a leche agria.

—Dioses de la disformidad, ese mejunje apesta —exclamó Cadaras Grendel.

A Honsou le dio la impresión de que su subordinado hacía una mueca de asco por el espeso estanque que había tomado en el centro del puente de mando, pero cada vez era más difícil saber qué expresión tenía realmente Grendel en la cara.

—Si eso le ayuda a cumplir mis órdenes, por mí puede oler como un adorador del Padre de las Plagas —le replicó Honsou—. Y ahora, quédate callado.

Grendel se encogió de hombros y volvió a concentrarse en la cubierta de observación.

Honsou mantuvo la mirada fija en las imágenes cambiantes de la mesa de despliegue táctico, una placa con un marco de acero mellado que proyectaba un campo luminoso de estática roja. Los iconos resplandecientes representaban a los bailarines de aquel ballet mortífero, que se movían con lentitud a través de la neblina provocada por las interferencias. El mayor de todos era el que representaba a la *Indomable*.

Mientras las piezas menores de la flota de Honsou se enfrentaban a la pantalla de silos orbitales de torpedos y a las andanadas incesantes de los cientos de plataformas geoestacionarias de armas, las naves de sus lugartenientes luchaban con el verdadero enemigo: la flota de los Ultramarines.

Era una flota pequeña, compuesta tan sólo por tres fragatas y un destructor apoyados por una hueste de aeronaves de ataque y un par de naves de defensa de sistema, pero a pesar de ello, no se debía subestimar su fuerza.

A lo lejos se produjo una explosión de luz, y Grendel soltó una risotada.

—Una para Kaarja Salombar. Ese tiene que ser la *Daga Lunar*.

Honsou observó detenidamente las imágenes.

Las naves de la Reina Corsaria avanzaban muy por delante de las naves de los Guerreros de Hierro, ya que se habían adelantado de forma temeraria para provocar a las naves de los Ultramarines y que entraran en combate. Como era de esperar, las naves enemigas habían mordido el anzuelo y habían actuado según su más que predecible Codex Astartes. La lucha fue feroz, y los Ultramarines acabaron con tres naves de Salombar sin sufrir pérdidas. A pesar de ello, Salombar no era ninguna novata en los combates, y sus capitanes eran veloces e impredecibles.

Y eso estaba destrozando los planes de combate básicos de los Ultramarines.

La nave insignia de Salombar, la *Daga Lunar*, tenía una forma ahusada, larga y elegante, con una multitud de delicadas velas solares colgadas de la zona inferior del casco. Las numerosas baterías machacaban las naves de los Ultramarines. Una de las fragatas de la clase Nova recibía una andanada tras otra que la acribillaban de la proa a la popa.

Fue entonces cuando la *Intrusa* se unió al combate.

Era una de las naves que Huron Corazón Negro le había regalado a Honsou, un acorazado antiguo de la clase Apocalipsis, con más de la mitad de sus sistemas de armas inservibles. Sin embargo, a aquella vieja bestia todavía le quedaban algunos dientes, y su anónimo capitán-engendro sabía utilizarlos.

Las baterías de lanza de la *Intrusa* ya no funcionaban, pero su arma principal todavía era capaz de lanzar un disparo aniquilador con su cañón frontal, cuyo tubo prácticamente ocupaba toda la eslora de la nave. Los impulsores graviticos eran capaces de arrojar el mortífero proyectil contra las naves Ultramarines a una velocidad cercana a la de la luz. Así lo hizo, y la implosión resultante de cada uno de los impactos destrozó tres cruceros de ataque en rápida sucesión y dañó de gravedad a una nave de defensa de sistema que tuvo que retirarse al lado oscuro del planeta.

A cada minuto que pasaba aparecían más naves que se lanzaban contra los Ultramarines y los acosaban por todos los flancos para impedir que avanzaran.

Excepto que los Ultramarines no estaban dispuestos a cooperar para trabarse en combate. Siguieron avanzando para romper las líneas de combate de la Reina Corsaria.

—Los ha dejado escapar —comentó Grendel mientras contemplaba el baile de los iconos—. Ha dejado que sus líneas se extendieran demasiado y les ha dejado un hueco por el que escapar. Ha sido obvio.

—Es cierto —admitió Honsou—. Pero fíjate hacia dónde conduce esa ruta de escape.

Grendel siguió con la mirada el rumbo de la huida de los Ultramarines para descubrir hasta dónde los llevaría y gruñó con un tono de diversión siniestro.

—¿Estaba planeado así?

—Por supuesto. No creerías que íbamos a combatir según sus condiciones, ¿verdad?

Honsou volvió a concentrarse en la mesa de mapas y observó cómo los Ultramarines atravesaban los puntos débiles de las líneas de ataque de Salombar, y cómo destruían una nueva nave corsaria antes de salir al otro lado a través del hueco que habían abierto con sus armas.

—Qué mala suerte que su ruta de escape les lleve directamente hacia la *Indomable* —dijo Honsou.

—¿Pueden dañarla?

—Es poco probable, aunque una de las fragatas está armada con baterías de lanzas de energía —comentó Honsou—. Esas armas sí que podrían causar algún daño si logra pasar. Quizás incluso a la *Basilica Dominastus*.

—Y eso sería algo terrible, ¿verdad? —se rio Grendel.

—No sería agradable —respondió Honsou con una sonrisa—, pero al menos eso le demostraría a M'kar lo mucho que nos necesita si quiere poner de rodillas a los Ultramarines.

—¿De verdad es eso lo que quiere? —inquirió Grendel.

—Por supuesto. ¿Tú crees que no?

Grendel hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, yo creo que sólo quiere matar Ultramarines. No le importa nada la venganza. Incluso dijo que pensaba que la venganza era irrelevante.

Honsou miró durante unos largos segundos el rostro desfigurado de Grendel, incapaz de saber si estaba hablando en serio o no.

—¿Cómo lo sabes? ¿Desde cuándo te has convertido en el confidente de un demonio?

—Pero si está tan claro como el agua —le contestó Grendel, que parecía sorprendido de que Honsou no lo hubiera visto—. No le importa cómo acabe esto. Es una criatura de la disformidad. Siempre sobrevivirá, pero los Ultramarines estarán acabados cuando el estruendo de los combates se desvanezca. Harás que estemos todos muertos para cuando acabe esto si se lo permitimos.

—En cuanto Ventris sufra todo lo que puede sufrir y todo lo que ama haya quedado convertido en cenizas, ya no me interesará Ultramar —declaro Honsou mientras los grandes cohetes de maniobra del *Raza Guerrera* se encendían y obligaban a girar a su enorme masa—. Por mí, M'kar puede destruirse a sí mismo en su ansia de matar Ultramarines, pero yo no pienso caer con él.

Grendel dio un par de golpecitos en la pantalla táctica.

—No tendrás que preocuparte de eso si los Ultramarines logran atravesar las líneas.

Honsou no tenía intención alguna de permitir que la *Indomable* sufriera daño alguno, pero tampoco sería malo recordarle a M'kar que dependía de sus aliados mortales. Sin duda, la fortaleza estelar era un arma poderosa, casi inexpugnable y capaz de disparar un gigantesco potencial destructivo, pero sin la flota que la acompañaba, era un arma estática, y si algo le había enseñado el periodo de tiempo que había sido el señor de Khalan-Ghol era que cualquier objetivo estático acababa siendo destruido.

—*Atención: naves en rumbo de aproximación* —dijo la voz rasposa y húmeda del adepto Cycerin.

El sonido no procedía de ningún punto concreto identificable, ya que resonó al mismo tiempo en todos los conductos de ventilación y en los altavoces del puente de mando, además de surgir burbujeante de las profundidades de aquel estanque grotesco cubierto de espuma.

—¡Identifícalas! —le ordenó Honsou.

La señal de los motores, el tonelaje y los protocolos de comunicación entre ellas identifican las naves que se aproximan como sigue: la nave con rumbo cero uno nueve es la Espada de Ultramar*, una fragata de clase Gladius; la nave con rumbo cero tres siete es la* Gran Duque de Talassar*, una fragata de clase Gladius; la nave con rumbo cero dos seises la* Lanza de Guilliman*, una fragata de clase Nova; la nave con rumbo cero cuatro uno es la* Furia de Hera*, una fragata de clase Cazador*.

—Eso es mucha potencia de fuego —comentó Grendel.

—No tanta como la que tiene el *Raza Guerrera* —le aseguró Honsou.

Alerta: los augures externos detectan un lanzamiento de torpedos.

—Ahora empezamos en serio —exclamó Honsou con placer—. Prepara los cañones de defensa cercana.

Situación: todos los cañones están armados y en proceso de fijar sus objetivos.

—Aumenta la velocidad a toda máquina —ordenó Honsou.

Las palabras apenas habían salido de su boca cuando ya notó que la vibración del suelo metálico cambiaba en respuesta a la orden. Por muy repugnante que resultaran las modificaciones que había realizado Cycerin, a Honsou no le quedaba más remedio que admitir la mejora.

—Lanza un contraataque con torpedos. Objetivo, la *Furia de Hera*. Es la única nave que tiene torpedos.

Aunque eso no lo sintió, Honsou estuvo seguro de que los torpedos ya estaban saliendo de los tubos de lanzamiento de proa. Un momento después, en la placa apareció un grupo de puntos luminosos, aunque era imposible determinar cuántos se habían lanzado.

Una pantalla de aeronaves de ataque rápido maniobra para interceptar los torpedos.

—No importa. Seguro que pasan los suficientes.

Las naves de ataque rápido de los Ultramarines se dirigieron de inmediato en rumbo de interceptación hacia los torpedos y les lanzaron una lluvia mortífera de disparos. Las posibilidades de acertar a un objeto tan pequeño y veloz como un torpedo eran infinitesimales, pero los capitanes de las naves ya lo sabían, por lo que llenaron el espacio que se abría ante ellos con unas tormentas cada vez más crecientes de metralla explosiva y de destellos de radiación electromagnética.

Trece torpedos estallaron de forma prematura cuando sus espíritus mecánicos detectaron señales falsas, y las nubes de metralla en expansión destrozaron otra docena. Los capitanes de las naves de ataque se lanzaron en mitad del grupo de torpedos supervivientes para acribillar el sector por el que pasaban con fuego de batería. Aquella maniobra tan arriesgada eliminó más torpedos, aunque no todos.

De los cincuenta torpedos lanzados, apenas un puñado atravesó la pantalla de aeronaves, y las defensas de corto alcance de la *Furia de Hera* acabaron con todos los torpedos que quedaban, menos con uno. Un control de daños eficiente mantuvo la nave en estado de combate, con apenas una disminución perceptible en su capacidad de lucha.

La *Furia de Hera* atravesó junto a las demás naves de la flota ultramarines la primera línea de defensa de los Guerreros de Hierro, y la flota corsaria de Kaarja Salombar se reagrupó para comenzar a perseguirla.

El resto de la flota de Honsou se dedicó a completar la destrucción de las defensas orbitales de Talassar. La distancia que separaba la flota de los

Ultramarines y la *Indomable* se acortaba más a cada momento que transcurría.

Sólo una nave se interponía entre los navíos imperiales y la fortaleza estelar.

El *Raza Guerrera*.

Muy por debajo de Honsou, en los pasillos sombríos de las cubiertas inferiores del *Raza Guerrera*, Ardaric Vaanes avanzaba a través de la oscuridad con el silencio de un depredador. Era poco más que una silueta negra en lo más profundo de la oscuridad, con unos movimientos ágiles y medidos. La nave insignia de Honsou no tenía una tripulación muy numerosa. Apenas unos cien Guerreros de Hierro ocupaban sus pasillos de metal, y el resto de la tripulación la componía una mezcla de esclavos, servidores y criaturas desfiguradas de origen incierto.

Resultaba fácil moverse por la nave sin que nadie lo viera, pero a pesar de ello, Vaanes lo hacía como silo persiguieran un centenar de enemigos. Pasó por las cubiertas cavernosas de armamento, donde miles de esclavos encadenados entre sí tiraban de los enormes torpedos para montarlos sobre los raíles que los meterían en los tubos lanzadores. Atravesó como un fantasma los inmensos compartimentos de motores que proporcionaban energía a los mecanismos de la nave, y evitó ser detectado por los magos corruptos conectados al corazón palpitante del navío. El recorrido que siguió le hizo pasar por las cubiertas de la tripulación, donde los guerreros se enfrentaban en sus entrenamientos y se realizaban prácticas crueles para atraer el favor de los veleidosos dioses de la disformidad.

Vaanes sintió cierta emoción al ver aquellos rituales votivos, un tironeo insistente en el alma al que antaño le había dado la bienvenida, pero que había acabado temiendo. Era posible que los dioses que acechaban en las corrientes y en el oleaje de la disformidad fueran veleidosos, pero tenían muy buena memoria y no se tomaban bien ningún rechazo. Se alejó de allí y se adentró en la oscuridad de nuevo, donde dejó que el olor penetrante a

aceite, a metal caliente y a polvo le quitara de la cabeza los chorros de sangre, el aroma a incienso y el sabor a carne tibia en la punta de la lengua.

Aquellos pensamientos lo asaltaban por la noche y le recordaban sensaciones, un millón de éxtasis que podrían ser suyos si reconocía de nuevo quién era el propietario de su alma.

Vaanes se quitó aquella idea de la cabeza y concentró toda su voluntad de nuevo en evitar que nadie detectara su presencia mientras iba de un extremo al otro de la nave. Oyó los crujidos y los chasquidos que emitía la superestructura con cada giro que efectuaba siguiendo las órdenes de su comandante. Honsou no era mal capitán, pero tampoco un experto en la guerra en el vacío espacial. Vaanes dudaba mucho que la fuerza de los Ultramarines presente en Talassar fuera capaz de amenazar seriamente al *Raza Guerrera*, pero una parte de su ser tenía la esperanza de que llegara ese microsegundo de fuego y luz provocado por un torpedo o un disparo de lanza de energía que lo arrastrara al espacio y acabara con su patética servidumbre hacia Honsou.

Pero eso no iba a ocurrir. Las experiencias que había vivido al lado de Honsou le habían mostrado que existía un orden cósmico oculto en la galaxia. No se producían coincidencias en los acontecimientos de gran importancia, y ése era uno de esos momentos. Aunque no era un individuo arrogante, Vaanes sabía que él era demasiado importante en el desarrollo de aquel acontecimiento para que su vida acabara por culpa de algo tan arbitrario como aquello.

Salió de la oscuridad y dejó que su unión con las sombras se desvaneciera hasta que quedó a la vista bajo el brillo de los lúmenes sin protección de la cubierta de paredes metálicas. Dos siervos vestidos con túnicas grises desvaídas se sobresaltaron cuando apareció: un guerrero con una armadura de placas negras que incluían unos guanteletes en los que se veían las puntas de garras afiladas.

—Mí señor —le dijo uno de ellos al tiempo que hacía una reverencia.

—No me llames eso —le replicó Vaanes mientras pasaba a su lado para entrar en la bóveda de la cubierta de entrenamiento.

Allí había sido donde había entrenado al ingénito, donde le había dejado matar a Jeifar San y a Svoljard para demostrar su valía. Vaanes se dirigió hacia el borde de la cámara medio iluminada que se encontraba al lado de las estanterías para armas y se quitó con rapidez la armadura.

Antaño había llevado con orgullo aquella armadura. Disponía de una hueste de armeros personales y de escuderos que se aseguraban de que cada Placa se retirara, se ungiera y se tratara con respeto reverente. Había retirado o borrado todas las insignias y marcas identificativas, pero por mucho que intentase borrar su pasado, no podía borrar su recuerdo.

Vaanes llevaba debajo de la armadura un traje monopieza desteñido, con el tejido desgarrado en algunos puntos. Dejó las piezas de la armadura a su alrededor, se quitó también el traje monopieza y se quedó desnudo en mitad de la sala de entrenamiento. Vaanes resistió la tentación de mirarse el tatuaje que el propio Alcaudón le había grabado, que era una réplica exacta de la insignia que antes llevaba en la hombrera. Se había arrancado la imagen alada de la carne del músculo deltoides mucho tiempo atrás, y la zona clara del tejido cicatrizado era lo único que quedaba de aquella marca que antaño luciera con tanto orgullo.

Una vez desnudo, se movió por la sala de entrenamientos con rapidez mientras realizaba ejercicios sin armas. Saltó en el aire y giró sobre sí mismo a la vez que propinaba golpes feroces en todas direcciones con los pies y con las manos. Cada una de sus extremidades era un arma mortífera, y cada uno de aquellos golpes un tajo letal. Aunque a su alrededor se estaba librando una batalla espacial, a él sólo le preocupaba la perfección fluida de sus ataques.

Por último, cayó en el suelo sobre una rodilla y golpeó con un puño en el punto exacto donde un oponente se estaría ahogando con su propia sangre si hubiera sido un combate de verdad. Dejó escapar un largo suspiro, con todo el cuerpo tenso y la respiración jadeante.

Sintió la presencia del ingénito como una picazón infecciosa, y alzó la mirada para ver cómo lo contemplaba desde la entrada de la estancia.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —le preguntó Vaanes mientras se ponía en pie y dejaba que la tensión abandonase poco a poco su cuerpo.

—Lo bastante como para darme cuenta de que estás preocupado —le contestó el ingénito con una sinceridad cautivadora.

—No estoy preocupado.

La criatura inclinó la cabeza hacia un lado. Sin duda, estaba intentando averiguar por qué le mentía. Era increíblemente poderosa, creada en una de las matrices demoníacas de Medrengard en la que había quedado imbuida el poder sobrenatural de su nacimiento engendrado por la disformidad. A pesar del legado genético robado a Uriel Ventris que llevaba codificado en su propia estructura genética, el ingénito había sido, en muchos sentidos, un lienzo en blanco. Su mente fácilmente impresionable había sido moldeada por sus creadores hasta convertirse en algo monstruoso: un soldado del desorden. Vaanes había sido testigo de sus actos crueles y salvajes, y sabía que eran obra del lavado mental de Honsou.

—¿En qué te convertirías si te dejaran a solas por tu propia cuenta? —se preguntó en voz alta.

—No te entiendo.

—No, probablemente no puedas —le contestó Vaanes.

—Pues entonces, explícamelo —le replicó el ingénito—. Se supone que debías entrenarme, ¿no te acuerdas?

Vaanes meneó la cabeza, irritado por la falta de perspicacia del ingénito. Todo lo que era tenía su origen en Honsou. Hasta su rabia era fraudulenta apenas convincente. Vaanes se dirigió con su elegancia habitual hacia su armadura mientras oía cómo el casco de la nave soltaba otro gruñido provocado por una nueva maniobra cerrada.

—Ya no me queda nada que enseñarte —le dijo mientras empezaba a ponerse el traje monopieza por las piernas. Se colocó las presillas vulcanizadas por encima de los conductos para las conexiones que tenía en los muslos—. Eres un guerrero más letal de lo que yo jamás podría haber creado.

El ingénito se reunió con él al lado de las estanterías y señaló con un gesto de la mano el centro de la zona de entrenamiento.

—Ese estilo de lucha que has utilizado ahí. ¿Puedes enseñarme cómo matar así? Jamás te he visto combatir de esa manera.

—Ni siquiera tú podrías llegar a dominar ese estilo —le contestó Vaanes con un claro orgullo en la voz.

—¿Por qué no?

—Porque es un estilo de lucha secreto que tan sólo conocen unos pocos guerreros entrenados por los señores de la Guardia del Cuervo. Pocos pueden dominar su sutileza, y tú, amigo mío, careces de toda sutileza.

—Puedo aprender —insistió el ingénito.

—Esto no, no podrás —le aseguró Vaanes.

—Puedo intentarlo.

—¡Que no, maldita sea! —le gritó Vaanes—. He dicho que no.

—Estás inquieto. ¿Se trata de esta guerra contra los Ultramarines? ¿Lamentas tener que combatir contra guerreros al lado de los que quizás combatiste alguna vez?

—Hoy vienes lleno de preguntas. ¿A qué viene tanta curiosidad?

El ingénito se encogió de hombros, aunque ese gesto tampoco fue natural.

—Tengo la sensación de que ya he estado aquí antes. Ya sé que no es así, pero siento cierta afinidad por muchos de los planetas que estamos destruyendo.

—Así es Ventris. Lo que experimentas son sus recuerdos.

—Eso ya lo sé, pero a pesar de ello…

—¿Es que no quieres hacer esto?

—No estoy seguro —le contestó el ingénito mientras frotaba una mano contra la sien—. Lo único que conozco es el odio contra el Imperio y contra Ventris. Todo lo que me han enseñado me dice que es mi enemigo, pero todo lo que siento me habla de su nobleza y de los grandes ideales que lo impulsan en esta vida. Sé que acabaré matándole, pero me pregunto qué pensaría de él si yo no formase parte de este ejército.

—No puedes luchar contra lo que eres. Te han preparado para esta guerra desde que fuiste… empollado, desde que naciste o como sea el modo en que llegaste a este universo. Eres lo que eres porque ellos te hicieron de esa manera, pero nadie sabe lo que podrías haber llegado a ser.

—Pero ¿significa eso que esto es lo único que soy capaz de ser?

—¿Quién sabe? —se preguntó Vaanes—. Honsou y Grendel están disfrutando de esta posibilidad de luchar contra los Ultramarines, pero para mí, esta guerra no tiene gloria ninguna. La idea de que podría acabar enfrentándome a Uriel Ventris tan sólo me llena de temor.

—¿Temes que te mate?

Vaanes se echó a reír.

—No, puedo matar sin problemas a Ventris.

—Entonces, ¿qué te ocurre?

—Me recuerda lo que yo solía ser. Me recuerda lo que podría haber llegado a ser, pero a lo que le di la espalda.

—Entonces, quizás lo que te preocupa no es enfrentarte a Ventris, sino saber que tu antiguo Capítulo ha enviado a sus propios cazadores para perseguirte.

—Quizás —contestó Vaanes antes de darse la vuelta—. O quizás es que tengo miedo de pensar en lo que me puedo llegar a convertir si no me atrapan.

—Quizás no es demasiado tarde. Para ninguno de los dos —le dijo el ingénito.

—¿De qué estás hablando?

El ingénito alargó una mano y le dio unos golpecitos en el hombro. Vaanes bajó la mirada.

Bajo la piel pálida del tejido cicatrizado de la curva de su deltoides se veía con claridad el tatuaje de un cuervo negro.

Antiguamente fue una enorme sala de reuniones para la guarnición de la *Indomable*, pero las paredes de piedra clara y las grandes columnas de mármol de la Sala de los Ancianos albergaba en ese momento a unos guerreros muy distintos. Los estandartes azules y dorados que antaño ondeaban en los mástiles de adamantium habían sido arrancados, y los que no habían desaparecido quemados se habían convertido en sacos de dormir para los mercenarios kroot. Las estatuas de bronce de los portaestandartes Ultramarines yacían rotas sobre el suelo de terrazo. El aire apestaba a

excrementos alienígenas allí donde las fuentes de agua traída desde los ríos de Macragge habían sido profanadas.

Honsou sonrió al ver los iconos de sus enemigos tirados por el suelo, y disfrutó ante la posibilidad de humillar a los odiados Ultramarines. Grendel, Vaanes y el ingénito lo siguieron cuando entró en aquella espaciosa cámara. Mantuvo la barbilla en alto, como le correspondía al señor de aquella flota, y caminó ante las filas de guerreros con la arrogancia que se había ganado en dirección al gran estrado situado al otro extremo de la estancia.

Tal y como había prometido, las naves de los Ultramarines no disponían de la potencia de fuego suficiente para enfrentarse al *Raza Guerrera*, y había destrozado esas naves de menor tamaño en los primeros compases del intercambio de disparos. En esos precisos instantes estaban reparándolas y reconfigurándolas en los muelles de la *Indomable*, y Honsou sentía una tremenda satisfacción ante la idea de volver aquellas naves contra sus antiguos propietarios.

—¿Qué es tan importante para que nuestro nuevo… “aliado” nos haga reunirnos a todos? —le preguntó Vaanes, y Honsou captó la cuidadosa elección de las palabras.

—La siguiente etapa de nuestro ataque a Ultramar. Los Ultramarines ya saben de lo que somos capaces, y ha llegado el momento de desconcertarlos.

—¿Qué quiere decir eso? —inquirió Grendel.

—Se han acostumbrado a que ataquemos sus planetas uno por uno, así que tendremos que aumentar la velocidad.

Honsou se alejó antes de que tuvieran ocasión de hacerle más preguntas. M’kar había convocado a todos y cada uno de los comandantes para que acudieran a la *Indomable* tras arrasar Talassar. Honsou ni se había molestado esta vez en contemplar la destrucción del planeta. Le aburría la escena de decenas de miles de demonios arrasando las ciudades del gran continente, la única masa terrestre que sobresalía del océano que ocupaba el resto del planeta.

Las ciudades de Talassar se habían convertido en tumbas, cementerios llenos de carne desgarrada y de sangre, aunque ni uno solo de sus edificios

había quedado destruido o reducido a escombros por las andanadas de la artillería de asedio, algo que inquietaba el alma de guerrero de Honsou. Disfrutaba de la fuerza matemática aplicada con precisión que había en los bombardeos, en las trincheras de aproximación, en los trabajos de zapa y en las contraminas. Un asedio era tanto una ciencia y un arte como un asunto de fuerza bruta, y tras tomar en combate la *Indomable*, Honsou tenía la sensación de que estaban dejando una parte crucial de aquella guerra sin resolver.

Pasó al lado de la hueste de kroots apestosos de Ekoh. Aquellos alienígenas tenían la piel aceitosa y hedían a sudor bioquímico. Sus crestas mostraban una mezcla de amarillos y verdes muy intensos, mientras que sus picos tenían motas negras y púrpuras. Enfrente de ellos se encontraban las siluetas reptilianas de la horda guerrera de loxatls de Xaneant, y Honsou se dio cuenta de que incluso en una reunión como aquella, de piratas, mercenarios y renegados, existía una jerarquía. Las especies alienígenas se veían obligadas a mantenerse al fondo de la estancia, mientras que los grandes comandantes se encontraban en el centro, ante su demoníaco señor.

Kaarja Salombar lo saludó con cierta desvergüenza, y su cabello azul se arremolinó alrededor de sus rasgos enjutos. Honsou supuso que se la podía considerar hermosa con aquella piel pálida y esos ojos de forma almendrada y de un increíble color violeta. Algunos aseguraban que por sus venas corría sangre eldar, y Honsou veía difícil desestimar la idea. Su cuerpo alto y esbelto, y la elegancia inhumana de sus movimientos, sin duda sugerían cierto parentesco con esa raza antigua. El tejido de sus ropajes, de colores brillantes, se movía bajo el impulso de una brisa invisible, y lucía una armadura de piezas sueltas de cuero laqueado. Era una figura impresionante. Separó los labios para mostrar una sonrisa que era al mismo tiempo repelente y seductora.

Más cerca del estrado se encontraba Votheer Tark, el señor de la horda de máquinas de combate creadas en un mundo que antaño era sagrado para el Mechanicum, pero del que se había apoderado su contrapartida más siniestra. En sus fundiciones se forjaban un hierro maldito templado con el sacrificio de un millar de almas, y la maquinaria impulsada por los cuerpos

de los esclavos desechados le daba forma a ese metal con los martillos pilones manchados de sangre hasta crear vehículos temibles para su señor maligno. El propio Tark era poco más que unos trozos de carne y un cerebro que flotaban en el interior de un tanque lleno de fluido amniótico. La última vez que Honsou lo había visto subía por la ladera de escombros creada por una brecha abierta en el Bastión Guantelete, y formaba parte de una máquina monstruosa con forma de araña erizada de unas espinas que eran en realidad morteros. En ese momento, sus componentes orgánicos estaban acoplados a un chasis alargado con múltiples extremidades rematadas por cuchillas y pinzas que parecían absurdamente frágiles, pero que sin duda no lo serían.

Honsou pasó entre las filas de capitanes piratas y de renegados sin fama ni importancia alguna hasta que llegó a la altura de los Bailarines de las Espadas, que antes se encontraban bajo el mando de Notha Etassay. El paladín del Príncipe Oscuro había librado su último combate en la *Indomable* contra un asesino imperial, y había sido un duelo increíble a espada que había terminado mal para Etassay.

Honsou se había hecho con los servicios de la hueste guerrera de Etassay en Nuevo Badab, y su afición por las sensaciones le había parecido muy irritante, aunque lo cierto era que echaba de menos la frivolidad de sus palabras: Sin embargo, antes de que pudiera pasar de largo por delante de los bailarines, una mujer con una armadura plateada de reflejos ondulantes que le cubría todo el cuerpo salió de sus filas con una ágil pirueta.

Su casco, que estaba moldeado de forma exquisita para que mostrara unos rasgos perfectos y andróginos, se replegó con una serie de movimientos fluidos, como si no fuera realmente sólido, y a Honsou le recordó la superficie reluciente del brazo que le había robado al sargento ultramarine. El rostro de la mujer era oscuro, de unos rasgos tan delicados y pulidos que parecía una estatua de ónice. Sus ojos, de un incongruente color amarillo, le devolvieron fijamente la mirada, y cuando el casco se replegó por completo en la zona de los hombros de la armadura, vio que tenía el cabello rubio y cortado a cepillo.

—Honsou —lo saludó la mujer, y su voz fue un soplo de aire perfumado.

—¿Quién eres, y por qué debería importarme? —fue la respuesta de Honsou.

—Soy Xiomagra —le respondió la guerrera—. Soy la nueva señora de las espadas.

—Me alegro por ti —le replicó Grendel, y se dispuso a continuar su camino.

De repente, y sin que pareciera que la mujer se hubiera movido, dos espadas aparecieron en sus manos, una negra y otra plateada, y ambas quedaron con el filo apoyado en el cuello de Grendel. Con un simple giro de ambas muñecas, éste quedaría decapitado, y Honsou se sintió tentado de permitírselo.

—Son las espadas de Etassay —dijo al reconocer las hojas adornadas y grabadas, y las empuñaduras igualmente decoradas.

—Son las espadas de los bailarines —le corrigió ella—. Cuando muere un señor de los bailarines, quien le sucede empuña las espadas. Etassay murió a vuestro lado, y la Ley de las Espadas me obliga a ser vuestra sombra hasta que llegue el momento en el que pueda pagaros esa deuda.

—Ya tengo un guardaespaldas —le replicó Honsou señalando al ingénito con un pulgar.

Xiomagra soltó un bufido burlón.

—¿Ese desecho bastardo? Debería matar a esa abominación ahora mismo.

—Yo de ti no lo intentaría —le avisó Honsou—. Es más duro de lo que parece.

Xiomagra dejó ir a Grendel, y Honsou le agarró de la mano antes de que pudiera alcanzar la pistola.

—Ahora no —le ordenó, y Grendel lo miró con tanta ferocidad que tuvo la seguridad de que iba a golpearle, pero su lugarteniente se soltó de un tirón y se volvió hacia Xiomagra para llevarse un dedo de un extremo a otro de su garganta cubierta de cicatrices. Honsou se interpuso entre los dos—. Mátala más tarde; de momento, la necesitamos.

—De acuerdo —replicó Grendel mientras miraba de reojo a la mujer—. Puedo esperar.

Honsou dejó por fin a todos los comandantes mortales a su espalda y llegó al estrado donde se encontraba esperando la élite de aquella reunión de guerreros.

Los Guerreros de Hierro tenían el privilegio de ser los que estaban esperando junto al estrado, y Honsou notó una extraña sensación de orgullo por su porte erguido y su actitud arrogante. Eran los guerreros más importantes de su hueste, aunque muchos luchaban por conseguir esa posición. Los cascos con placas faciales con forma de calavera se giraron para seguirlo con la mirada mientras se acercaba, y él notó el respeto cauteloso que provocaba en ellos.

No era habitual que los Guerreros de Hierro apreciasen a sus comandantes, y la muerte de cualquiera de sus líderes solía producirse a manos de uno de sus subordinados. Los celos furibundos y la ambición más retorcida eran algo endémico entre los Guerreros de Hierro, pero así lo prefería Honsou. Aquella competitividad tan violenta creaba unos guerreros a los que las nociones de honor y conciencia les resultaban completamente desconocidas.

Junto a los Guerreros de Hierro se encontraban los comandantes y los líderes de los astartes renegados que se habían unido a su creciente ejército mientras se dirigía a Ultramar. Estaban los Garras de Lorek de Neshan Voor y los Cosechadores de Cráneos de Muscara. Honsou sentía muy poco respeto hacia ellos, ya que carecían de la cohesión de los Guerreros de Hierro, pero eran sin duda unos luchadores feroces. Había individuos de numerosos capítulos renegados, como los Apóstoles de Mithras o las Sombras de la Muerte, pero también algunos procedentes de otros capítulos más ilustres. Honsou distinguió a tres guerreros que eran sin duda lobos espaciales. Quizás eran los mismos traidores que se habían vuelto contra sus hermanos a bordo del Lobo de Fenris.

Sonrió al pensar en una traición semejante en el seno de aquel Capítulo mientras subía los peldaños del estrado. El aire se hizo más espeso y

quebradizo, igual que un viejo rollo pictográfico que se hubiera sacado de un sótano y se hubiera colocado en un proyector defectuoso para verlo.

El crujido pesado de los pasos de unos pies metálicos que agrietaban el mármol anunció la llegada de M'kar, y una sensación emocionada y palpable llenó la estancia cuando el demoníaco dreadnought salió de la oscuridad para predicar a sus seguidores.

—¡Hijos del Caos, hemos dado los primeros pasos de un camino glorioso! —empezó diciendo M'kar con los brazos alzados.

Un brillo oscuro surgía de toda su silueta poderosa e hinchada por la energía de la disformidad. La verdadera forma del demonio se enfocaba y desenfocaba a la vista, como si intentara desbordar la envoltura mecánica que se había visto obligado a ocupar.

Honsou observó cómo hablaba, y su voz rasposa y fúnebre rechinaba igual que dos barras de hierro oxidado al rozarse. Miró los rostros llenos de adoración de los guerreros, los asesinos, los monstruos y las criaturas alienígenas allí reunidas, y se quedó sorprendido momentáneamente cuando se dio cuenta de que la sensación que le revolvía el estómago era el odio contra aquella entidad demoníaca que había liberado del núcleo de disformidad de la *Indomable*.

Había tenido la intención de utilizarla como un arma, pero esa arma tenía sus propios planes, y se había apoderado más o menos de su ejército sin que él se hubiera dado cuenta. No debería haberse sentido sorprendido por ello, ya que se trataba de un príncipe del immaterium, un ser más antiguo que cualquier otra criatura de la galaxia, y aquellos que eran más débiles mentalmente siempre verían a un ser semejante como algo que se debía adorar. No sólo eso. Además, un príncipe demonio siempre intentaría convertirse en el señor de cualquier horda por la que hubiera sido invocado.

Una criatura con aquel poder no podía simplemente ser un seguidor de alguien. Y lo mismo le ocurría a Honsou.

Normalmente no sentía celos, ya que no necesitaba el amor de sus guerreros. Un comandante podía ser amado u odiado, pero no ambas cosas a la vez, y Honsou prefería ser odiado. Mientras sus guerreros mataran a sus enemigos, le importaba muy poco su afecto. Así era el modo de vida de los

Guerreros de Hierro, y él no veía necesidad alguna de cambiarlo, pero jamás había pensado que le robarían su propio ejército.

Pero ¿acaso eso importaba? Dos de los mundos de Guilliman eran ya unos mataderos ensangrentados, y eso era mucho más de lo que ningún otro enemigo había conseguido en diez mil años, incluido el Gran Devorador. Todavía caerían más bajo el ejército demoníaco de M'kar y el poder de los guerreros de Honsou.

Así pues, ¿de verdad importaba quién era el que lo controlaba todo? Por supuesto. Se trataba de su ejército, de su cruzada negra, de su venganza.

Honsou notó que sus emociones estaban a punto de apoderarse de él, y se mordió la lengua hasta llenarse la boca de sangre para controlar su creciente furia. Se obligó a sí mismo a escuchar cómo el príncipe demonio predicaba sus malignas enseñanzas mientras que el desprecio que sentía hacia esa criatura se cristalizaba como una bilis agria en el fondo de la garganta.

M'kar hablaba con la pasión del fanático poseído por una fe absoluta y un convencimiento total en la certeza de sus palabras. Hablaba con un fervor que Honsou encontraba repelente. Él jamás había sentido una necesidad imperiosa de rezar a ninguno de los dioses de la disformidad, salvo cuando les pedía el poder que sólo ellos podían otorgar. Se podían realizar pactos o llegar a acuerdos, pero la adoración… Eso era para los estúpidos o para los desesperados.

—¡Los mundos de Ultramar están maduros para que los guerreros de los Poderes Eternos arrasen a los infieles y los lleven a su condenación! —aulló M'kar—. Durante demasiado tiempo se han vanagloriado de su superioridad los hijos de Guilliman, durante demasiado tiempo han ostentado un lugar preeminente que no se merecen. Todos vosotros sois guerreros elegidos por unos poderes más allá de vuestra comprensión para que cumpláis sus deseos. ¡Marcharéis contra las ciudades plateadas de los impíos y purgaréis sus planetas con el fuego y el poder desatado de la disformidad!

La forma en ebullición de M'kar se retorció sobre sí misma, y unas alas oscuras llenas de sombras destellaron a su espalda, dejando un olor a

quemado tras ellas. Su rostro bestial se deformó en una mueca de furia, y de sus fauces surgió una luz torrencial que emanaba un hedor a metal caliente.

—Sois los soldados de una guerra santa, los guerreros que tienen la misión de llevar a los verdaderos poderes del universo a aquellos que le han dado la espalda a lo que realmente significa estar vivo. Están atrapados en unas vidas de una sola dimensión y persiguen a aquellos que estarían dispuestos a escuchar la sagrada palabra del Caos hasta acabar con ellos. ¿Quiénes de vosotros no ha sentido esa feroz persecución? ¿Quién de vosotros no volvería su espada y su pistola contra esos perseguidores?

»El universo pertenece a los Poderes Eternos, ¡y todos aquellos que no alaben su gloria y no les sacrifiquen lo que por derecho es suyo como tributo son herejes cuyo único destino será morir aullando en mitad de horribles tormentos!

Los comandantes allí reunidos agitaron en el aire un millar de espadas y le respondieron con una mezcla de voces mecánicas aullantes, de chillidos alienígenas y de rugidos humanos de lealtad. La Sala de los Ancianos se estremeció por la violencia de la respuesta afirmativa y sus paredes jamás habían conocido tanta maldad reunida.

—No sabía que las criaturas de la disformidad eran tan buenas dando discursos —musitó Ardaric Vaanes inclinándose un poco hacia Honsou. Los aullidos casi ahogaron sus palabras.

Honsou se encogió de hombros.

—Ninguna de las que yo he conocido lo era. Dice la leyenda que M'kar fue mortal antaño, algunos dicen incluso que era un astartes. Quizás en su encarnación anterior fue uno de esos predicadores fanáticos que prometían el infierno.

—Suenas amargado.

—No me gustan los discursos. Según mi experiencia, los guerreros que están dispuestos a combatir por ti lo harán, y los que no, no. Unas cuantas palabras bonitas no cambian eso.

—Yo creo que M'kar no estaría de acuerdo —apuntó el ingénito con la mirada fija en el príncipe demonio, que en ese momento alzaba sus brazos, mitad máquina, mitad carne, para reclamar silencio.

—Hemos provocado a la legión de Guilliman para que se pusiera en marcha, y lucharán para proteger lo que creen que es suyo, ¡pero descubrirán que nos hemos extendido por todos los rincones de Ultramar para llevar el fuego purificador del Caos a todos y cada uno de sus mundos! No dejáis ningún corazón palpitando, ni piedra sobre piedra, y convertid cada campo cultivado en tierra arrasada. Sólo cuando Ultramar sea una tumba y todos los hijos de Guilliman están muertos, sólo entonces habremos cumplido nuestra misión.

El demonio alzó los brazos y la oscuridad surgió de su forma monstruosa para llenar la estancia de sombras que se extendieron por doquier. Cada guerrero envuelto por aquella oscuridad soltó una exclamación al sentirse bendecido por el contacto con un señor demoníaco de la disformidad.

—¡El infierno de mi venganza os llena ahora! —rugió el demonio—. Os quemará, portadores de la palabra sagrada, llenará vuestras venas de poder y de fuego hasta que Ultramar quede convertido en cenizas. Puesto que mi poder fluye en vuestro interior, verá lo que veis, sentiré lo que sentís, sabré lo que sabéis. Con cada muerte me haré más poderoso. Con cada fortaleza quemada, mi poder llegará más lejos. Seréis mi ejército de oscura justicia. ¡Seréis los nacidos de la sangre y vuestro nombre provocara terror en el corazón de vuestros enemigos!

Los ojos del demonio relucieron con el brillo de su furia interna, un odio nacido miles de años atrás, cuando la galaxia era un lugar lleno de maravillas y de posibilidades.

—Extendeos por todo Ultramar y llevad mi fuego a los Ultramarines. Quemadlos en sus ciudades hasta que no quede rastro de ellos. ¡Esa es mi sagrada palabra!



SEIS

Tigurius cerró los ojos. Su respiración se hizo más profunda y su concentración se enfocó cuando entró en trance. Estaba sentado en sus aposentos privados de la Biblioteca de Ptolomeo, aquel depósito de conocimiento situado en la montaña que tenía el nombre del primer bibliotecario, y el más grande, de los Ultramarines. Se sabía muy poco de Ptolomeo, aunque algunos decían que había estado presente en el juicio a Magnus el Rojo, aunque nadie sabía con certeza si había sido uno de los acusadores o uno de los bibliotecarios que había intentado defender al primarca.

Varro Tigurius sentía fascinación por la figura de Magnus el Rojo. Aunque podía entender el ansia de conocimiento que impelía al primarca caído, lo que no era capaz de imaginarse era qué lo había impulsado a manipular las artes más impuras y creer que no lo afectarían. Semejante poder era corrupto de por sí, y nadie, ni un primarca ni un mortal, podría tocarlo sin ennegrecer su alma. La desconfianza que el Imperio sentía por todos los psíquicos era una de las hipocresías cruciales que impedían su completa unidad, pero Tigurius era incapaz de pensar en algo que solucionara aquella dicotomía.

¿Cómo podía una sociedad predicar la intolerancia contra algo que le permitía funcionar?

¿Qué diferencia había entre la hechicería y los poderes psíquicos? ¿Dependía de quién los utilizara, o dependía del resultado? ¿O eran los medios empleados para conseguir poder lo que realmente importaba? Tigurius sabía que todo eso no eran más que palabras.

En las esquinas de sus aposentos ardían velas votivas y los incensarios llenaban el aire con el olor a la esencia de mandrágora. Una neblina de vapores colgaba debajo del águila imperial tallada en la piedra del techo, y los cristales de fuego infernal, psíquicamente armonizados y engastados en el metal de su capucha blindada, emitieron un zumbido que imitaba el palpitar de su corazón.

El ritual adivinatorio que estaba a punto de intentar se podía conseguir sin toda aquella ceremonia, pero Tigurius había descubierto que todo eso le

ayudaba a concentrarse, y en todos los asuntos relativos a la disformidad, la concentración era la clave para la supervivencia.

Se sacó aquello de la cabeza de momento, y la dejó como idea para una lección que impartir a los codiciarios y a los más avanzados lexicanos. Tigurius inspiró profundamente para limpiar su interior y dejó que su cuerpo se relajara para absorber el poder de la disformidad hacia los circuitos protegidos del interior de su cuerpo. La energía era fría al tacto, como si fuera mercurio líquido que le recorriera las venas, y se estremeció.

Las sensaciones provocadas por el mundo que lo rodeaba se fueron desvaneciendo una por una, y su percepción de la realidad cotidiana se vio arrollada por un torrente de estática. Dejó que aquello lo invadiera y que su conciencia fuera arrastrada por las mareas y las corrientes siempre cambiantes de la dimensión fluida que se extendía más allá de las puertas del empíreo.

Algunos individuos eran capaces de liberar sus almas del cuerpo, pero atravesar las profundidades de la disformidad era una invitación para que se produjera un desastre o algo peor. Los bibliotecarios ultramarines sabían muy bien que arriesgar sus almas inmortales en semejantes saltos a lo desconocido era una temeridad, aunque Tigurius no podía negar que se había sentido tentado de aventurarse más allá de los confines de su cuerpo físico para sentir los flujos rugientes de la disformidad que sacudían su cuerpo etéreo.

Tigurius no hizo caso de las insinuaciones de la disformidad, y reconoció lo que era realmente aquel impulso. ¡Con qué facilidad se tentaba a las almas de los mortales!

Sonrió, y un momento después, notó los primeros movimientos del inmenso entramado que es el futuro, y cómo se solidificaba a su alrededor. Sus líneas temblorosas eran de un color dorado y muy finas. Toda la existencia se encontraba contenida en aquella red, un entramado inimaginablemente complejo que resonaba de forma constante debido a los impactos que los mortales causaban en él. La inmensa mayoría de los seres eran tan insignificantes en el gran desfile de la Historia que hasta el más

poderoso de ellos no provocaba más que un insignificante estremecimiento en sus fibras, pero de vez en cuando…

Los cabos que rodeaban a Tigurius zumbaban, y sintió la confluencia de diversos destinos en aquel momento. Las distintas vidas de cierta importancia se estaban reuniendo, y la fuerza de sus vibraciones a lo largo de la red era tal que Tigurius supo con certeza que muchos de ellos se quedarían quietos para siempre. Docenas de hilos dorados de su alrededor estaban en movimiento. Siguió el más cercano y dejó que los sutiles cambios en su frecuencia temporal lo guiaran hasta un futuro potencial.

Lo siguió hasta que el mundo se fragmentó a su alrededor, cuando el futuro tomó demasiados aspectos para ver ninguno de ellos con cierta claridad. El futuro de Ultramar pendía de un millón de hilos diferentes, y cada uno de ellos estaba tenso en una miríada de direcciones.

Tigurius vio un puñado de hilos entretejidos entre sí, y cada uno de ellos vibraba a medida que los acontecimientos impactaban contra ellos. Varios mundos de Ultramar ardían bañados en un fuego demoníaco, mientras que otros florecían tal y como había sido Prandium antaño.

Un mundo agreste de montañas cubiertas de bosques estaba envuelto en una feroz batalla. Tigurius reconoció el planeta. Era Espandor. Vio la gran ciudad que se alzaba a la ribera del río, el lugar bautizado con ese nombre por la muerte del Anciano Galatan. Sus antes orgullosas avenidas y paseos estaban repletas de fuerzas del Archienemigo que rodeaban a una cuita de guerreros de armadura azul. Su estandarte había caído, y Tigurius distinguió entre las imágenes de la matanza a un guerrero brillante asediado por toda clase de enemigos. La capa roja que llevaba puesta lo identificaba como Cato Sicarius.

Una bruja mestiza de cabello azul se lanzó al ataque contra Sicarius, pero los hilos vibraron de nuevo y Tigurius salió despedido de Espandor. Su visión se posó en un planeta lleno de muertos, con las ciudades convertidas en tumbas sin vida al haber quedado exterminadas todas sus gentes. Vio una ciudadela de épocas pasadas restaurada en su antigua gloria, y sus murallas de mármol defendidas por una hueste de guerreros con armaduras enormes. El estandarte del capítulo de los Ultramarines ondeaba en la más alta de las

torres, y la luz de la gloria resplandecía en aquella bandera heroica, una luz que era lo único que se interponía entre el declive inevitable y un surgimiento glorioso.

Vio rostros familiares sobre las almenas agrietadas de la ciudadela, pero antes de que pudiera ver más, los hilos oscilaron de nuevo y se vio lanzado hacia un mundo de oscuridad, un mundo de cavernas que jamás habían visto la luz del sol. A pesar de ello, en el interior de aquellos túneles sombríos, los seres humanos prosperaban en cuevas enormes, tan inmensas como cualquiera de los fértiles valles de Quintarn. Cuatro ríos subterráneos desembocaban en la caverna principal, y aunque Tigurius sabía que la superficie de aquel planeta era más mortífera que cualquier otro, su gente era tan feliz y estaba tan satisfecha como cualquier otro mundo de Ultramar.

De todos los planetas que había visto, Tigurius supo con certeza absoluta que aquél era el punto central alrededor del cual giraba todo lo demás. Aquel mundo albergaba la clave de la salvación de Ultramar, pero también podría ser el origen de su desaparición.

En cuanto se percató de ello, se desvaneció su percepción del entramado de futuros posibles, y Tigurius se vio poseído por una tremenda sensación de vértigo. Cerró los ojos y dejó que los sentidos de su cuerpo físico se ajustaran de nuevo al mundo material. Recitó todos los libros del Codex Astartes, y la relajante tarea de enumerar las obra más importante del primarca le calmó el alma antes de que abriera los ojos.

Aunque no era consciente de haberse movido, empuñaba el báculo de manera que estuviera delante de él y tenía los dedos de la mano derecha apoyados en los símbolos de los cuatro principios éticos.

—Incorruptibilidad, modestia, deber y el cumplimiento adecuado de la ceremonia —recitó Tigurius de memoria.

Hizo girar el báculo y se puso en pie con agilidad. Luego se giró hacia el gran escritorio tallado con una sola pieza de madera dorada de fax. Sus ojos te centraron de inmediato en su piedra de tinta duanshi, en su pincel de caligrafía, en la hoja de pergamino y por último, en la propia tinta.

—Los cuatro tesoros eruditos —dijo satisfecho de que al menos una parte de su visión tuviese sentido.

Se sentó delante del escritorio mientras las visiones seguían claras en su cabeza y comenzó a escribir en el pergamino todo lo que había visto. Tardó dos horas en anotar cada indicio y cada sensación, y gastó cuatro hojas de papel, cosa que no lo sorprendió.

—Siempre el símbolo de los cuatro… —susurró.

Una vez que acabó, Tigurius salió de la biblioteca y se dirigió hacia la cima de la montaña, donde encontró a lord Calgar reunido con el primer capitán Agemman y con Sicarius de la Segunda. El sol ya estaba bajo en el cielo, y provocaba largas sombras que cruzaban el patio. Calgar alzó la mirada cuando le vio entrar, su rostro era una máscara de agresividad bajo control.

Captó en Sicarius una tremenda oleada de furia, y Tigurius se sintió sorprendido al darse cuenta de que la rabia que el capitán sentía iba dirigida contra él.

—¿Os habéis enterado de lo que ha ocurrido en Talassar? —le preguntó Sicarius.

—Así es, y lamento esa pérdida tanto como vos, amigo mío, pero la gente de Talassar será vengada.

—¿Vengada? —le replicó Sicarius—. ¡No haría falta vengarla si hubierais previsto lo que iba a ocurrir! Supisteis de antemano lo de Behemoth, supisteis lo de Nidar, y supisteis la llegada de la flota pielverde. ¿Por qué no visteis eso?

—Decidme, capitán Sicarius —repuso Tigurius modulando el tono de voz para que fuera al mismo tiempo tranquilizador y comprensivo—, ¿de verdad estáis furioso conmigo, o simplemente soy un objetivo conveniente para vuestra rabia?

Por un momento, dio la impresión de que Sicarius estaba a punto de contestar con una réplica furibunda, pero luego apretó los dientes y le hizo una reverencia.

—Os pido disculpas, mi señor. Por supuesto, tenéis razón. Soy el *gran duque de Talassar*, y debería haber estado allí para defender a mi gente. Les he fallado.

—Todos les hemos fallado —intervino Marneus Calgar—. Nuestros enemigos nos tomaron por sorpresa, y reaccionamos tal como dicta el Codex Astartes. Quizás ése fue nuestro error.

—¿Nuestro error? —exclamó Agemman—. No lo entiendo.

—«Si te conoces a ti mismo y a tu enemigo, podrás vencer en cien batallas sin perder a nadie» —dijo lord Calgar citando al Codex Astartes—. Es evidente que nuestro enemigo conoce muy bien nuestros métodos de combate. Nos conoce lo suficientemente bien como para saber cómo reaccionaremos en cualquier circunstancia, y lo que nos hace predecibles nos hace vulnerables.

Tigurius se sintió impresionado. Para cualquier guerrero ultramarine, sobre todo al señor del Capítulo, admitir que el fiel seguimiento de las enseñanzas del Codex Astartes podía provocar una debilidad indicaba muy a las claras su humildad y su disposición a adaptarse.

—«El luchador inteligente impone su voluntad a su enemigo, y no permite que su enemigo le imponga su voluntad» —dijo Tigurius para completar la cita que había iniciado el señor del Capítulo.

—Así es —dijo Calgar al tiempo que le hacía un gesto con la mano para que se acercara a un rollo de pergamino desdoblado que era un mapa de Ultramar.

Tigurius estudió el pergamino y vio las posiciones de las unidades de la flota de los Ultramarines. El grueso de la flota estaba reunido cerca de Macragge, con diversos elementos dispersos por todo Ultramar realizando patrullas y tareas de guarnición. Del mismo modo, la mayoría de los guerreros Ultramarines estaban desplegados en Macragge, aunque había numerosas escuadras repartidas por todo Ultramar asignadas a otras misiones.

—Yo tengo las órdenes de misión de todas nuestras unidades, Varro —le dijo Calgar dando unos golpecitos en el mapa con uno de los dedos de su pesado guantelete—. Les he ordenado a la Tercera y a la Séptima que regresen, pero sospecho que todo habrá acabado aquí para cuando hayan llegado. Sin embargo, Ultramar es un imperio muy extenso, así que dime si

tus rituales adivinatorios te han revelado algún detalle de los planes de nuestros enemigos.

—Así ha sido, mi señor —le contestó Tigurius al mismo tiempo que colocaba las cuatro hojas de pergamino sobre el mapa.

Les explicó con paciencia todo lo que había visto y lo que significaba, y captó las miradas de escepticismo que intercambiaron los capitanes de combate mientras hablaba.

—No es mucho —dijo Calgar cuando Tigurius acabó de hablar.

—Existen huecos —admitió Tigurius—, pero es mejor tener cualquier plan que no tener ninguno. No existe un futuro determinado, ni siquiera existen futuros probables. Lo que todavía ha de ocurrir es semejante al agua y fluye por donde quiere, pero al igual que el trabajador de la tierra puede llegar a saber hacia dónde irá el agua, alguien que practique con astucia las artes sutiles es capaz de leer las sendas posibles del futuro.

Marneus Calgar sonrió.

—Y no hay nadie más astuto que tú, Varro.

—Me honráis, mi señor. Creo que lo que vi es cierto, y debo insistirte en que confíes en mí, Marneus.

Vio que Agemman y Sicarius torcían el gesto al oír que utilizaba el nombre propio del señor del Capítulo, pero necesitaba hacerle ver la seriedad de su petición.

—Tus visiones ya han ayudado mucho antes, Varro —le contestó Calgar sin dejar de mirar el mapa—. Si no hubiera sido por tu capacidad como vidente, Behemoth habría acabado con nosotros, y es incontable el número de otras amenazas que nos hubieran llevado al límite de nuestra resistencia. Por ello, confiaré en que lo que me dices ahora no es menos preciso que todo lo anterior.

—Así que vamos a basar nuestro despliegue en… ¿una visión psíquica? No pretendo ofenderos, lord Tigurius —declaro Sicarius.

—No hay ofensa. No os preocupéis —le contestó Tigurius—. A los guerreros a menudo les cuesta comprender las complejidades de las artes sutiles. No pretendo ofenderos, por supuesto.

Sicarius parpadeó un poco confuso, ya que no estaba seguro de si lo había insultado o no, pero sólo fue capaz de aguantar la mirada de Tigurius durante unos segundos antes de que el increíble peso del conocimiento que albergaban los ojos del bibliotecario le obligara a apartar la vista.

—¿Decís entonces que Calth es la clave? —le preguntó Agemman.

—Eso creo —le confirmó Tigurius tras apartar la mirada de Sicarius.

—Entonces, es evidente que ahí debería encontrarse el núcleo de nuestro despliegue —indicó Agemman—. Si la clave para la victoria se encuentra bajo su superficie, llevaré a la Primera hasta allí para defender el planeta.

Calgar hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No. Tú y tus guerreros seréis enviados a Talassar.

Agemman hizo ademán de protestar, pero Calgar le cortó en seco.

—Ya has oído lo que ha dicho Varro. Tú y yo lucharemos juntos, pero no será en Calth. Si no he entendido mal los vaticinios de esta visión, será otro el que cargue sobre sus hombros la pesada tarea de defender ese mundo. ¿No es así, Varro?

—Así es, mi señor. El Centinela de la Torre.

—¿Recuerdas la última vez que nosotros cuatro caminamos juntos? —le preguntó Pasanius mientras recorrían los pasillos envueltos en sombras del Vae Victus.

Uriel recordaba muy bien cuando ocurrió, pero fue el almirante Tiberius quien contestó con amargura.

—Lo recuerdo. Fue cuando nos dirigimos a reunirnos con los Mortificadores en la Basilica Mortis. Las cicatrices que esas malditas naves piloto hicieron todavía están sin reparar.

—¿No las arreglaron después de los daños sufridos en Espandor? —le preguntó Uriel.

—No, no hubo tiempo entre la batalla contra los pielesverdes y nuestra partida para combatir contra los tau.

—Esas especies alienígenas son muy maleducadas, ¿verdad? —comentó Pasanius.

Tiberius no contestó, y siguieron caminando en dirección a la cubierta de embarque, pasando por delante de capillas poco iluminadas y dedicadas al Emperador de la Humanidad, y de relicarios que contenían antiguos trofeos de batalla de los Ultramarines. De vez en cuando veían pasar a algún siervo del Capítulo vestido con una túnica azul, con pantalones de faena y equipo de combate, pero la mayor parte del recorrido la pasaron sin encontrarse con nadie más. Dada la naturaleza de los individuos que iban a subir a bordo del Vae Victus, Tiberius había restringido los movimientos de la tripulación.

El almirante era un gigante calvo equipado con una servoarmadura. Uno de los lados de su cara de piel correosa estaba cubierto de tremendas cicatrices, y sus rasgos ásperos encajaban a la perfección con el carácter de la nave que estaba bajo su mando desde hacía tres siglos. El Vae Victus había combatido en algunas de las batallas más heroicas de la historia de los Ultramarines, y lucía con orgullo sus cicatrices sin importar que Tiberius se quejara con amargura de la falta de atención que había sufrido en los astilleros orbitales de Calth. De los hombros del almirante colgaba la capa verde ceremonial propia de su rango, y aunque el cuello de piel de murciélago zorro le provocaba una irritación constante, simbolizaba su posición en la jerarquía: Señor de la Flota. En realidad, ese título debería haber recaído en Uriel, pero no era ninguna vergüenza que se le diera a un guerrero como Tiberius. Había muy pocas cosas que Lazlo Tiberius no supiera sobre la guerra en el espacio, y había aceptado ese rango como un honor.

Pasanius habló de nuevo cuando tomaron el ascensor que los llevaría a la cubierta de embarque.

—He oído decir que Sicarius y la Segunda se dirigen a Espandor. No debe estar muy contento después de lo que le ha ocurrido a Talassar.

—¡No lo culpo! —comentó Uriel—. Sé cómo me sentiría yo si algo ocurriera a Calth y la Cuarta Compañía no fuera la encargada de ofrecer su gente. Entiendo muy bien la decepción de Sicarius.

—Lord Calgar y la Primera Compañía se dirigen a Talassar —apuntó Learchus—. Seguro que Sicarius se sentirá satisfecho de que se produzca una respuesta tan poderosa al ataque.

—Entonces es que no conoces a Sicanius —respondió el almirante con un gruñido—. La idea de que será Agemman el que tenga la oportunidad de luchar al lado del señor del Capítulo y de salvar al planeta natal del propio Sicarius no le sentará nada bien. Él es el *gran duque de Talassar*, y es su deber luchar por su gente. A Sicarius no le gustará nada que deje de lado a la Segunda y que refuerce la posición de Agemman.

—¿De verdad cree que Sicarius desea el puesto del capitán Agemman? —le preguntó Pasanius.

—Cato le tiene echado el ojo a un puesto más importante que el de Regente de Ultramar —contesto Tiberius.

—Ya basta —les cortó Uriel—. Cato Sicarius es un guerrero honorable y no es nada honroso que ninguno de nosotros hable de él de ese modo.

Tras aquella reprimenda, el asunto de la ambición de Sicanius desapareció de la conversación y siguieron hablando de los demás despliegues que se iban a efectuar en Ultramar.

Lord Calgar y la Primera Compañía se dirigirían hacía Talassar en respuesta al mortífero ataque que había sufrido el planeta, mientras que la Segunda Compañía ya estaba de camino hacia Espandor. Varías unidades de la Quinta y de la Sexta viajaban hacia Quintarn bajo el mando del capellán Cassius, y en respuesta a la visión de Tigurius, Antaro Chronus se había unido a sus elementos blindados.

Uriel y la Cuarta Compañía recibieron órdenes de dirigirse a Calth, aunque no viajarían solos.

Varias naves de la flota de Ultramar tenían la misión de acompañar al Vae Victus. Se trataba de una pequeña flotilla de fragatas, destructores y de naves de ataque rápido. Cada una de esas naves poseía un legado de honor que era la envidia de la mayoría de los demás capítulos.

En mitad de todas ellas estaba anclado un crucero de la clase Gótica que había combatido en la guerra que llevaba ese mismo nombre, aunque quedaba muy poco de su silueta exterior que revelara ese pasado glorioso.

En la proa de la nave, semejante a una espada, se veía un cráneo mecanizado sobre una rueda de engranaje en blanco y negro. Los flancos de la nave estaban cubiertos de modificaciones que sus constructores originales jamás habían previsto.

Se trataba del Perpetuum Cogito, la nave insignia del magos Locard. Aquel navío emitía unas señales de energía tan extrañas que la tripulación del puente de mando del Vae Victus apenas era capaz de captarlas.

El resto de las fuerzas del Capítulo de guarnición en Macragge estaban bajo el mando del capitán Sinon, ya que para defender la Fortaleza de Hera hacía falta algo más que las fuerzas auxiliares y los siervos del Capítulo. El capitán Antilochus y Tonas Telion, de la Décima Compañía se habían desplegado en secreto, y nadie más que el señor del Capítulo conocía el lugar hacia el que se dirigía, pero eso era algo típico de aquellos que dominaban el arte de los exploradores.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo Pasanius cuando llegaron a las compuertas blindadas que conducían a la cubierta de embarque.

—¿Sólo una? —le preguntó Learchus con una sonrisa.

Pasanius hizo caso omiso de la pulla y siguió hablando.

—Después de lo que ocurrió en Tarentus, ¿por qué se preocupa el señor del Capítulo en ir a Talassar? Podría estar metiéndose en otra trampa.

—Lord Tigurius lo vio en Talassar —le explico Learchus—. Lo mismo que vio a Sicarius en Espandor. No se puede luchar contra el futuro.

—¿Desde cuándo te has convertido en un experto en la causalidad, Learchus? —le pregunto Tiberius.

Learchus negó con la cabeza.

—No lo soy, pero tiene sentido que si lord Tigurius vio al señor del Capítulo allí, entonces será allí donde estará.

—No creo que los poderes de un bibliotecario funcionen de ese modo —comentó Uriel—. Lo que lord Tigurius ha visto es sólo un futuro posible. Quizás el más probable, pero no el inevitable.

—¿Por eso hemos de tenerlo a bordo? ¿Para asegurarnos de que el futuro sea el que tiene que ser? —pregunto Pasanius.

—Eso lo que vamos a descubrir —dijo Uriel mientras las compuertas se abrían.

La cubierta de embarque estaba anormalmente tranquila. Lo habitual es que se desarrollara una actividad frenética semejante a la de una colmena, donde los servidores del Capítulo, los tecnomarines y los armeros se esforzarían por tener preparadas las Thunderhawks de la Cuarta Compañía o las cápsulas de desembarco listas para el lanzamiento. Su inmensidad gótica estaba inquietantemente silenciosa mientras los cuatro guerreros se dirigían hacia las luces parpadeantes de la plataforma de recuperación, un largo rectángulo de acero cubierto de manchas de quemaduras de motor que se encontraba delante del paisaje estelar que se veía al otro lado del campo de integridad.

El capellán Clausel los estaba esperando en el borde de la plataforma. El negro de su armadura se confundía con la oscuridad que llenaba la cubierta de embarque. El dorado de su crozius y el blanco hueso de su máscara de muerte relucían, y la solidez feroz de su presencia le confirmó a Uriel que recibiría a su invitado con un frente unido.

—Capellán, me alegro de que estéis de nuevo con nosotros —le saludó Uriel.

En las semanas posteriores al regreso desde Pavonis de la Cuarta Compañía, el capellán Clausel había pasado la mayor parte del tiempo en el solitarium más aislado de todo Macragge, donde había ayunado y meditado sobre su deber hacia el Capítulo. Había regresado tan sólo momentos antes de que la última Thunderhawk partiera de Macragge en dirección al Vae Victus. Uriel se alegraba de tenerlo a bordo. La Cuarta siempre combatía con mayor fiereza cuando el capellán Clausel encabezaba el ataque.

—Me alegro de haber vuelto, capitán Ventris —le contestó Clausel—. Sentí la llamada de las armas y supe que mi presencia era necesaria.

—¿Sintió todo eso allí arriba, en Illyrium? —le preguntó Pasanius.

—Así es. ¿No le ocurrió lo mismo?

—Supongo que sí —admitió Pasanius al tiempo que estrechaba la mano que le ofrecía Clausel—. Será un placer combatir a vuestro lado, capellán.

—Me alegro de que estés de vuelta entre nosotros. Confío en que tu exclusión de la guerra en Pavonis te haya enseñado el valor de la sinceridad por encima de todas las cosas.

—Sí, así ha sido —le aseguró Pasanius—. No tenéis nada de lo que preocuparos a ese respecto.

Clausel asintió y saludó al resto de sus camaradas guerreros de la Cuarta. Uriel notó una sensación agridulce en aquella reunión de héroes, la intranquilidad previa a un ataque destinado al fracaso. Se preguntó mientras oía sus palabras de camaradería renovada por qué nadie más lo notaba.

¿Se trataría acaso de otro momento de clarividencia, como el que los había salvado la vida a todos en Tarentus?

—Llega tarde —dijo Learchus en voz baja, aunque en la cubierta apenas iluminada resonó como si hubiera gritado.

—Es su prerrogativa —contestó Uriel mientras se pasaba una mano por la mandíbula para ocultar su preocupación.

—¿Por qué? ¿Por ser mujer o por ser una inquisidora? —se burló Pasanius.

—Por ser una inquisidora del Ordo Malleus —le aclaró Uriel.

—¿Malleus? ¿Cómo lo sabes? —le pregunto Learchus.

—Le vi el tatuaje en la muñeca cuando el señor del Capítulo nos la presentó. No la subestiméis, y cooperad con ella en todo lo que haga falta, pero no tengáis más tratos. ¿Entendido?

Los dos sargentos asintieron, más que dispuestos a tratar lo menos posible con un inquisidor, especialmente uno que se enfrentaba a todo lo demoníaco.

—Ahí viene —dijo Tiberius a la vez que señalaba con un gesto del mentón el campo de integridad.

Una nave en forma de cuña se deslizó a través de la oscuridad del espacio hacia el Vae Victus. Sus líneas eran limpias y sus superficies antirreflectantes parecían absorber la luz. Era una nave muy pequeña para un inquisidor, pero Uriel sospechaba que habría otra nave de mayor tamaño oculta en órbita en algún punto alrededor de Macragge.

La nave atravesó el campo y Uriel sintió el frío del espacio que emanaba de su casco mientras se posaba en la plataforma en medio del zumbido de los potentes motores. Varios chorros descontaminantes de vapor sobrecalentado cubrieron toda la nave, y en cuanto se apagaron, una rampa se extendió desde uno de los costados de la nave y se abrió una puerta.

La inquisidora Namira Suzaku salió y bajó por la rampa hacia ellos con los faldones del abrigo de combate revoloteando por los chorros de gases de purga que expulsaba su nave. Sus pasos eran largos y firmes, y su porte el de una mujer que sabía exactamente qué camino debía seguir. Su séquito de acólitos la siguió. Uriel reconoció a la mayoría, pues habían estado presentes en la reunión con el señor del Capítulo. Pero hubo uno al que no reconoció, y destacaba por encima de los demás. Se trataba de un hombre de piel oscura y cabello de color blanco recogido en una larga coleta. También portaba un traje monopieza negro y un abrigo de combate largo, idéntico al de la inquisidora, y Uriel se preguntó si aquella imitación del aspecto de su señora era un gesto de afectación o un uniforme.

Suzaku se detuvo delante de Uriel y lo saludó con un breve asentimiento.

—Capitán Ventris —le dijo con una voz afilada como un cristal roto, cada sílaba tan aguda como una púa—. He oído hablar mucho de usted. Sus logros son impresionantes. Pocos son capaces de regresar del ojo del Terror sin haber quedado corrompidos. Estaría encantada de escuchar cómo consiguió una hazaña tan increíble.

—Gracias —le contestó Uriel procurando mantener la voz tranquila ante la mención de sus sufrimientos—. Me mantuve fiel a las enseñanzas del Codex Astartes y sus palabras fueron mi guía.

—Eso me resulta muy interesante, dado que fue vuestra desobediencia de sus enseñanzas lo que provocó vuestro exilio. Muy intrigante. —Suzaku miró a la izquierda de Uriel—. Y vos debéis ser Pasanius Lysane. Es una pena que no regresaseis con esa pieza de implante corrupta. Conozco a muchos de mis hermanos que ansían estudiar ese tipo de artefactos. Se puede aprender mucho con la investigación de las armas del enemigo.

—Me alegré de librarme de eso —le contestó Pasanius—. Aunque me dolió como los fuegos de la misma condenación, todos los días le doy las gracias al Emperador porque esos monstruos me lo quitaran.

—Una metáfora muy interesante —comentó Suzaku—. ¿Conoce bien los fuegos de la condenación?

—No ha sido más que un modo de hablar —le contestó Pasanius con tranquilidad—. Sólo eso.

Suzaku se giró para mirar a Learchus.

—El sargento Learchus. El héroe de Herapolis que dirigió a la Cuarta Compañía de los Ultramarines en Espandor y que derrotó a las hordas de pielesverdes. Destruir con tu propia mano un gargante es toda una hazaña.

Uriel sonrió al ver que Learchus se sonrojaba.

—No se puede decir que le hiciera con mi propia mano. El capellán Clausel y muchos otros marines espaciales luchaban a mi lado. También se debería felicitar al gobernador Saul Gallow. Sus tropas de la fuerza de defensa lucharon con gran coraje.

Suzaku asintió, como si ya conociera todos los detalles de esa campaña, y luego se volvió hacia él capellán Clausel.

—Capellán, vuestra letanía de honores habla por sí misma.

Por último, la inquisidora se volvió hacia el almirante mientras Uriel procuraba ocultar su sorpresa ante el tono de voz diferente que Suzaku había utilizado al dirigirse al capellán.

—No hace falta que me recitéis mis honores de combate —le dijo el venerable almirante—. Los conozco mejor que vos, y no hace falta que nadie nos recuerde. Sois bienvenida a bordo del Vae Victus, pero os agradecería que os mantuvierais dentro de las zonas de la nave que os han sido asignadas. Las cubiertas de combate de una nave del Adeptus Astartes no son el lugar adecuado para nadie que no haya sido entrenado en Ultramar.

Suzaku sonrió e inclinó la cabeza hacia un lado en un gesto coqueto, como si estuviera decidiendo si debía recordarle al almirante que era una agente de la Inquisición, una organización que disponía de carta blanca en su misión de proteger al Imperio. Con una simple palabra, cualquier

inquisidor podía requisar ejércitos y flotas, deponer gobernadores planetarios o condenar a muerte a sistemas estelares enteros. Sólo los muy valientes o los muy estúpidos se atrevían a interponerse en su camino.

Daba la impresión de que la inquisidora Suzaku todavía no había decidido en cuál de las dos categorías entraba el almirante Tiberius.

—Sois muy osado, almirante, pero no esperaba menos de un veterano de la batalla de Circe. Accedo a vuestra petición.

—No es una petición —le replicó Tiberius.

Suzaku asintió y se volvió hacia el individuo de cabello blanco que estaba a su lado.

—Les presento a mi acólito interrogador, Soburo Suzaku —dijo. Al ver las miradas intrigadas de los Ultramarines, tuvo que explicarse—. Suzaku es un apellido muy común en nuestro planeta natal.

Uriel buscó algún rasgo de familia en ambos rostros, pero la cantidad de sutiles implantes que Suzaku tenía en el cuerpo hicieron que esa búsqueda no tuviera sentido. Le puso una mano en el hombro al almirante.

—Inquisidora Suzaku, el sargento Learchus les enseñará a usted y a su séquito las estancias que les hemos asignado. Deberían ser suficientes para sus necesidades.

—Estoy seguro de que lo serán. ¿Cuándo efectuaremos la transición a la disformidad?

Fue Tiberius quien contestó:

—Llegaremos al punto de salto situado en la franja exterior dentro de dos días, y luego no deberíamos tardar más de una semana en llegar a Calth si la disformidad no lo impide.

—Será entonces cuando veamos lo preciso que ha sido el bibliotecario Tigurius en su lectura de las líneas del destino —añadió Suzaku.

—Jamás se ha equivocado —le replicó Uriel.

Una sombra apareció en el rostro de la inquisidora.

—Siempre hay una primera vez.



SIETE

El convoy salió del túnel y avanzó retumbante por la ancha carretera que subía serpenteando por las laderas de las montañas. Un vehículo de exploración Salamander encabezaba la marcha, su arma principal giraba a cada instante para cubrir la siguiente curva que tenía delante. Entre el Salamander y el transporte de tropas Chimera que lo seguía fluía un chorro constante de datos.

Un segundo Chimera seguía al primero, y un vehículo de mando, también del tipo Salamander, se encontraba entre éste y un tercer Chimera. Ocho camiones cargados hasta arriba y con el símbolo de un cráneo alado y las pistolas cruzadas del Munitorum seguían por la retaguardia. Un último Chimera cumplía la función de artillero de cola.

Dos aeronaves sobrevolaban la zona por delante de ellos formando la figura de un ocho. Eran un transporte de asalto del tipo Valkyria y una cañonera Vulture. Ambas naves estaban pintadas con el color plata y azul claro de la fuerza auxiliar de defensa de Espandor.

El convoy avanzaba por allí ya que las autopistas que atravesaban las montañas Anasta habían demostrado ser una ruta peligrosa para las fuerzas imperiales. Muchos de los convoyes que viajaban desde la capital planetaria de Herapolis hacia las demás ciudades de Espandor habían sufrido ataques en estrechos cañones y laderas. El paisaje tenía un esplendor agreste. Grandes cataratas y enormes bosques cubrían las montañas, semejantes a torres de habitáculos con grandes franjas verdes y cristalinas.

En cuanto el vehículo que encabezaba la marcha dobló una curva, se activó un sensor remoto y una explosión sorda lo volcó, lo que dejó a la vista el agujero humeante que tenía en la panza. El polvo y los demás escombros cayeron como una lluvia ardiente mientras el primer Chimera aceleraba el motor para intentar salir de la emboscada. Las orugas chirriaron contra el pavimento cuando giró para evitar el cráter que se había abierto en el camino. De la línea de árboles surgió una cascada de disparos que rebotaron contra el blindaje mientras el artillero de la cúpula del vehículo giraba la ametralladora pesada hacia el enemigo.

Los disparos de gran calibre acribillaron la ladera arrancando ramas y astillando troncos por doquier. Se oyó otra explosión, y la superficie de la

carretera se estremeció formando una ondulación parecida a una ola. Varias grietas aparecieron en el asfalto y una enorme área de la carretera saltó hacia arriba antes de hundirse para formar un cráter gigantesco. El Chimera intentó esquivarlo también, pero estaba demasiado cerca e iba a demasiada velocidad para conseguirlo. Se quedó colgando del borde por un momento antes de volcar hacia dentro y finalmente quedar boca abajo en el fondo.

Los atacantes salieron en tromba de entre los árboles. Se trataba de una horda heterogénea de kroots salvajes y de corsarios que llevaban capas de colores brillantes, placas de distintas armaduras y máscaras terroríficas de gran detalle. Varios guerreros aullantes con uniformes harapientos, cada uno con una cinta para el pelo, una faja o un cinturón de color azul intenso, portaban en alto unos viles estandartes en los que se veía un tulwar curvado. Cientos de ellos salieron de entre los árboles disparando sin apuntar desde la cadera o lanzando granadas en forma de disco. Unos cuantos rayos de láser pesado impactaron contra los lados de los tanques que quedaban en el convoy.

Las tropas de las fuerzas de defensa desembarcaron de los Chimeras y empezaron a responder al fuego, lo que llenó el espacio que se abría entre ambos bandos con descargas de luz refulgente y proyectiles sólidos que rebotaban por doquier.

En el aire resonó un zumbido sordo, y aparecieron tres deslizadores pesados desde el otro lado de la curva que flotaban sobre masas de aire. En cada una de las proas de los aerodeslizadores había un guerrero que lanzaba grandes risotadas y que tenía la cara cubierta por una máscara en forma de calavera sonriente. Todos ellos manejaban un cañón pesado. De esas armas surgieron chorros de disparos que descargaron en el aire una tormenta mortífera de proyectiles explosivos. Los casquillos que salían de las recámaras caían contra el pavimento con un repiqueteo que casi era musical.

El primer aerodeslizador estalló en pleno aire cuando un par de cohetes disparados por la Vulture impactaron en mitad de su estructura. El morro del aparato chocó contra el suelo y abrió un surco en la carretera para

después lanzar cuerpos y armas a su alrededor cuando empezó a rodar sobre sí mismo en mitad de una lluvia de chispas y llamas.

Los artilleros de la cañonera apenas tuvieron tiempo de felicitarse por el derribo antes de que un trío de misiles surgiera de entre los árboles. El piloto inclinó con fuerza la nave hacia un lado, y uno de los misiles pasó por encima de la carlinga. De su papa surgió un chorro de bengalas incandescentes que engañaron al segundo misil, pero el tercero se estrelló contra la tobera y estalló.

La cañonera dio una sacudida y se desplomó casi en línea recta. Inclinó una de las alas antes de que la nave envuelta en llamas se estrellara contra la carretera con una explosión atronadora. El combustible incendiado se extendió por la zona y provocó unas grandes llamaradas.

Los vehículos imperiales empezaron a girar, pero no para intentar huir.

Las cubiertas de lona de los camiones cayeron, pero lo que quedó a la vista no fueron cajas de munición apiladas con gran cuidado, sino una carga mucho más mortífera. El segundo y el tercer camión transportaban a diez guerreros de la escuadra de asalto Ixion, mientras que en el cuarto y en el quinto iban los astartes de la escuadra devastadora Tirian. Con una rápida economía de movimientos, los devastadores empuñaron las armas pesadas y comenzaron a disparar contra la masa de guerreros enemigos.

Los misiles y los proyectiles de bólter pesado explotaron entre las filas de corsarios, y abatieron a una veintena de guerreros en un instante. Un guerrero con una capa roja escarlata y una armadura de color azul brillante con rebordes dorados saltó de la parte posterior del primer camión al tiempo que desenvainaba su espada talassariana, Tempestad. Cato Sicarius aterrizó en el camino y alzo la hoja reluciente por encima de la cabeza.

—¡Por Talassar y la Segunda! —gritó al tiempo que su escuadra se desplegaba a su alrededor.

Vandius desplegó el estandarte de la compañía mientras Prabian desenvainaba su espada de energía y Malcian preparaba su arma lanzallamas. Una horda desigual de corsarios y de kroots avanzaba a través, y Sicarius escogió a un kroot con una cresta de púas amarillas en la cabeza para que fuera su primera víctima.

No esperó a sus guerreros y se lanzó a la carga contra el grueso del enemigo a la vez que los astartes de Ixion encendían sus retrorreactores.

Empezaron a disparar contra ellos, pero su aparición había sido tan inesperada y veloz que ninguno de los disparos pasó cerca. La súbita presencia de los guerreros de la Segunda Compañía de los Ultramarines desconcertó al enemigo, pero no tardaron en recuperarse y en lanzarse contra aquel nuevo oponente.

Las líneas de los Ultramarines y de los guerreros alienígenas chocaron con un rugido de odio. Sicarius clavó su espada en el pecho del kroot de cresta amarilla y lo rajó del cuello a la cadera antes de girar sobre sí mismo y dispararle con la pistola del plasma en la cara a otro cacareante guerrero kroot. Torció la boca en un gesto de asco mientras sacaba la espada del alienígena. Ya se había enfrentado con anterioridad aquella especie mercenaria, pero su hedor repugnante y su aspecto grotesco le seguían provocando repulsión. Prabian luchaba a su lado, dando tajos y estocadas brutales. No había astucia o elegancia alguna en esos golpes. Prabian mataba, así de sencillo y de fácil.

Los rodeaban decenas de kroots. Era una masa aullante y chillona de salvajes de rasgos aviares. Sus extremidades eran nervudas y empuñaban sus rifles rematados por cuchillas afiladas y sus espadas de caza con una agilidad sobrenatural. Uno de ellos se lanzó a por él y le atrapó el brazo de la espada con el pico antes de intentar clavarle un cuchillo en el pecho. El metal de la hoja se partió al chocar contra el Eternium Ultra y Sicarius le propinó un golpe con el casco en la cara.

Aquello le partió el pico, y la criatura se retiró trastabillando, pero otras cinco ocuparon su lugar. Abatió a una con un disparo de la pistola, y a otra con un mandoble de la espada, pero antes de que tuviera tiempo de hacer nada más, Prabian ya estaba a su lado. La espada del paladín de la compañía partió en dos la cabeza de uno de los guerreros kroot, y antes incluso de que cayera el cuerpo ya había arrancado la espada del cadáver y decapitado a otro. Malcian abrió un hueco en las filas enemigas con unos cuantos chorros precisos de promethium inflamado mientras el sargento

Daceus obligaba a retroceder al resto con andanadas controladas de disparos de bólter.

—¿Es que intentáis ganar esto sí nosotros? —le preguntó Daceus, y su Implante ocular pareció hacerle un guiño.

Sicarius sonrió y negó con la cabeza.

—No me atrevería a hacerlo.

—Así es como tiene que ser —le contestó el sargento con la familiaridad de unos guerreros que llevaban juntos desde hacía decenios.

Unas nuevas explosiones retumbantes y más tableteos de disparos de bólter pesado acribillaron las filas enemigas. Una ráfaga segó los restos del aerodeslizador derribado cuando varios guerreros se pusieron a cubierto detrás de ellos. Sicarius alzó la mirada a tiempo de ver cómo descendía el trasporte Valkyrie utilizando los motores vectoriales en modo suspensión en vez de vuelo convencional. Vio a un puñado de soldados de asalto con armaduras azules asomados por los huecos de las compuertas laterales, ansiosos por entrar en combate.

Un individuo delgado equipado con una armadura negra y un casco con placa facial en forma de rostro de águila se encontraba entre ellos. Llevaba al hombro una escopeta de combate.

—Por lo que parece, el gobernador Gallow desea entrar en combate —comentó Daceus.

—Learchus dijo que era cabal. Parece que llevaba razón —respondió Sicarius.

Los torbellinos provocados por los chorros del descenso levantaron nubes de polvo y despejaron el humo creado por los vehículos incendiados. Sicarius vio que los dos aerodeslizadores supervivientes se alzaban detrás de la cobertura que les proporcionaban los restos del que había sido derribado. Ambos apuntaron sus armas contra la nave de asalto aéreo.

—¡Sargento Tirian, acabe con esos dos cacharros antes de que le vuelen el culo al gobernador!

—¡Ahora mismo! —contestó Tirian.

Unos instantes después, un par de misiles pasaron por encima del capitán e impactaron contra la proa de uno de los vehículos enemigos. Del

casco del aerodeslizador surgieron llamaradas y se desplomó de costado. El cañón de proa disparó una ráfaga de proyectiles trazadores que pasaron muy lejos de la aeronave del gobernador. Finalmente, el aerodeslizador se estrelló contra la superficie de la carretera y su quilla se partió en dos.

—Ixion, sube a bordo y tráeme algún superviviente.

—A la orden —respondió el sargento.

El campo de batalla ya estaba asegurado. Todos los renegados estaban muertos y sus cadáveres apilados en grandes piras improvisadas. A los kroots los quemaron en la dirección del viento, ya que el hedor que desprendían sus cuerpos al quemarse era demasiado alienígena y apestoso para soportarlo. Dos de los aerodeslizadores ya no eran más que cascos ennegrecidos acribillados con agujeros de bólter y de misiles. Las tropas de la fuerza de defensa auxiliar arrastraban los cadáveres de los soldados enemigos que habían intentado huir a través del bosque y las unidades lanzallamas los quemaban hasta reducirlos a cenizas.

No se podía permitir que quedara en el suelo de Ultramar ni un solo resto de unos guerreros tan impuros.

El tercer aerodeslizador había huido después de contemplar la horrible explosión que el segundo sufrió a manos de los guerreros de Ixion. Los marines de asalto aterrizaron sobre la cubierta doblada con las espadas sierra chirriantes y las pistolas retumbantes en las manos y no tardaron mucho en acabar con los supervivientes de la tripulación. Mataron a todos menos a dos en un sangriento combate cuerpo a cuerpo que duró siete segundos justos.

—Teníais razón. No pudieron resistirse a un objetivo tan tentador —dijo el gobernador Saul Gallow, un individuo atractivo con el cabello ensortijado de color castaño y una sonrisa encantadora.

—Su comandante se volvió demasiado confiado. Atacaron del mismo modo que las tres últimas veces, y se descuidaron —comentó Sicarius.

—¿Descuidados? —preguntó Gallow—. Pelearon con fiereza. Perdimos veinte hombres y bastantes vehículos.

—Son pérdidas aceptables —le replicó Sicarius—. Ahora el enemigo sabrá que no tememos llevar la lucha a su territorio, y eso hará que se comporten con cautela, y un enemigo cauteloso ya está derrotado.

Gallow se echó la escopeta al hombro.

—Espero que tengáis razón. Ya hemos perdido seis ciudades, y no parecen derrotados.

—Eso es porque pensáis en una guerra librada entre mortales. Ahora, los Adeptus Astartes luchan a vuestro lado. No luchamos como los humanos normales.

—Lo recuerdo muy bien. Luché junto al sargento Learchus y la Cuarta Compañía.

—Contra los pielesverdes. Este tipo de lucha es de un tipo diferente.

—También lo sé. Capitán Sicarius, no soy estúpido. Soy un gobernador planetario de un mundo de Ultramar, y quien me ha nombrado para el puesto ha sido lord Calgar en persona.

—Por muy cierto que sea eso, vuestras fuerzas están ahora bajo mi mando. Este planeta es un mundo de los Ultramarines. Debéis saber cuál es vuestro lugar.

—Eso lo sé muy bien, capitán Sicarius —le aseguró Gallow con un leve tono de dureza en la voz—. Pero esta emboscada se ha cobrado varias vidas, Cato, las vidas de mi gente. Quiero saber que no han muerto en vano. Lord Calgar no lo querría.

—Lo que quiere lord Calgar es la victoria —le replicó Sicarius, irritado porque el gobernador lo había llamado por su nombre de pila. Se dirigió hacia donde el sargento Daceus tenía a los dos prisioneros, y Gallow tuvo que trotar para igualar la velocidad de las zancadas del capitán.

—¿Qué esperas sacarles a esos dos desechos? —le preguntó Gallow.

—Quiero saber quién es su jefe. Si lo matamos, acabaremos con la horda. Funcionó en Franja Negra, y no veo por qué no ha de funcionar aquí.

—Creí que este tipo de guerra no sería como la que libramos contra los pielesverdes —comentó Gallow.

—Lo es, pero ése es un principio que nunca cambia —le respondió Sicarius sin dejar de mirar a los dos prisioneros.

Ambos llevaban unos uniformes llamativos compuesto de numerosos harapos de colores muy vivos: rosas, azules, verdes y dorados. Eran escandalosamente brillantes, y Sicarius frunció los labios en un gesto de asco. Enfrentarse a aquellas abominaciones ya era bastante malo, pero hablar con ellos…

Uno de ellos había llevado en combate un casco fijado a la cabeza con ganchos de hueso que le atravesaban la piel de las sienes, y tenía toda esa zona cubierta de sangre, ya que se lo habían arrancado. Sobre la mejilla le colgaba una tira de carne rematada por un gancho de hueso que parecía una pieza de joyería horrenda. El otro llevaba una indumentaria semejante, pero tanto sus armas como sus adornos eran de mayor calidad. La actitud desafiante que mostraba en sus rasgos enjutos indicaba que se trataba de alguna clase de oficial. Los dos lucían unas fajas de color azul brillante, que era lo único en común que mostraban ambos atuendos.

—Antes de que os mate, quiero que me digáis el nombre de vuestro comandante —le dijo Sicarius.

—¡Voshad netheryousanpothai! —le espetó el primero de ellos, y Sicarius le propinó un golpe con el dorso de la mano con la fuerza suficiente como para partirle unos cuantos huesos, pero no la mandíbula.

—Quiero que te quede clara una cosa —le dijo mientras se arrodillaba al lado del prisionero y le colocaba el cañón de la pistola de plasma debajo de la barbilla—. Vas a morir. Pronuncia otra vez palabras como esas, y tu muerte será lenta y dolorosa. Te lo preguntaré otra vez: ¿cómo se llama vuestro jefe de guerra?

—Somos nacidos de sangre. No te diremos de nada —le contestó el oficial con los dientes apretados.

Dijo aquellas palabras de un modo dubitativo, inseguro, como si hubiera pasado mucho tiempo desde que la última vez que había hablado el lenguaje imperial.

—Entonces no me sirves —dijo Sicarius.

La bocacha de la pistola destelló y la parte superior de la cabeza del oficial enemigo quedó vaporizada, y cubrió a su compañero de sangre hirviente y de trozos de hueso y cerebro. El hombre lanzó un grito y se

retorció inútilmente para soltarse de la presa de Daceus mientras Sicarius se volvía hacia él.

—¡Ustras mithoryushad merk! —barbotó. Las palabras le salieron de la boca con un balbuceo lleno de pánico.

—¡Háblame en gótico! Sé que me entiendes, ¡así que háblame! —rugió Sicarius.

—¡Sirvo a la Reina Corsaria! —gritó el prisionero.

Agachó la cabeza aterrorizado y Sicarius captó el olor acre de la orina. Meneó la cabeza ante la falta de coraje de aquel individuo.

—¿Y esa reina, tiene nombre?

—Salombar —gimió el soldado, desmoralizado—. Kaarja Salombar. Está al mando de la hueste de Nacidos de la Sangre que han enviado a saquear este mundo.

—¿Nacidos de la sangre? ¿Qué es eso?

—El ejército sagrado de los Poderes Eternos —le replicó el individuo, recuperó parte de su valor—. La Reina Corsaria es nuestra profeta, ¡y procurará que todos ardáis en el fuego de la ira de nuestro señor!

—No cuentes con ello. ¿Y qué es ella? ¿Humana, alienígena?

El hombre titubeó.

—Humana —dijo al cabo de unos momentos.

—¿Es que no lo sabes? —le insistió Sicarius apretando el cañón de la contra su sien.

El arma emitió un siseo cuando se recargó por completo.

—¡Nadie lo sabe con certeza! Algunos dicen que tiene sangre eldar. Es delgada como ellos, pero también es fuerte.

Sicarius se puso en pie.

—Cuéntame más cosas de esa Reina Corsaria. ¿De cuántos guerreros dispone? ¿Cuáles son sus puntos débiles y sus puntos fuertes?

—Ella es muy lista —le replicó el soldado riéndose. Se había resignado al hecho de que iba a morir—. Más lista que tú si crees que va a luchar contra ti en un combate cara a cara.

—¿Quién dijo que iba a luchar contra ella en un combate cara a cara?

—Eres un ultramarine. Eso es lo que hacéis. Eso es lo que siempre hacéis —le contestó el individuo entre dientes.

—Para que veas que no sabes tanto —dijo Sicarius antes de dispararle un rayo de plasma ardiente contra el cerebro.

El espacio que rodeaba Talassar estaba cargado de restos electromagnéticos y de descargas ardientes de energía residual que los sensores del Caesar captaban mientras la nave se dirigía hacia el último mundo que había sufrido la ira de los invasores. A la enorme barcaza de combare la acompañaban una pequeña flota de fragatas y destructores que se mantenían cerca, igual que lo harían unos peces carroñeros alrededor de un depredador oceánico. Marneus Calgar se encontraba en el strategium de la proa de la nave e intentaba calibrar la escala de la batalla que se había librado en el espacio que rodeaba Talassar.

Varios pecios espaciales iban a la deriva en órbita alta pero ya en una trayectoria de descenso, y las descargas cegadoras de los reactores dañados saltaban en los sensores de exploración, llenándolos de una estática sibilante. La tripulación del puente de mando y los servidores augures se esforzaban por limpiar la imagen, pero en aquella zona se había descargado una tremenda potencia de fuego, y unas armas semejantes dejaban una señal energética brutal.

—Por el Emperador, ha sido una batalla terrible —musitó, más para sí mismo que para ninguno de los guerreros que tenía a la espalda.

Varro Tigurius y Severus Agemman estaban en posición de descanso sobre la cubierta de madera noble, y ambos tenían los brazos cruzados sobre la placa pectoral de la armadura. Ambos conocían lo suficientemente bien al señor del Capítulo para saber que se trataba de un comentario retórico, y ninguno de ellos interrumpió su abatimiento.

Calgar contempló los campos de escombros y contó los restos de al menos trece naves, de las que cuatro eran de los Ultramarines. Era tal el estado de destrucción en el que habían quedado las naves enemigas que era

imposible saber con exactitud cuántos pecios flotaban en aquel sector del espacio.

—Capto señales residuales de motores —anunció Vibius, el oficial del puente de mando de la Caesar.

—No hace falta —le indicó Calgar—. Veo muy bien qué naves hemos perdido. Son la *Furia de Hera*, la *Lanza de Guilliman*, la *Espada de Ultramar* y la *Gran Duque de Talassar*.

—Las cuatro… —murmuró Agemman.

Calgar meneó la cabeza.

—Jamás pensé que sería testigo de semejante pérdida. ¿Qué hay del planeta? Dime que hay señales de vida.

Vibius negó con la cabeza.

—Lo siento, mi señor. No detecto nada, pero no puedo saberlo con certeza. Los efectos energéticos de la batalla están provocando demasiadas interferencia para saberlo con seguridad.

—No queda nada con vida, Marneus —le dijo Tigurius con tristeza.

—¿Estás completamente seguro?

—No, pero sí bastante —le contestó el bibliotecario jefe.

—Les vengaremos, mi señor —añadió Agemman—. Por mi honor que la Primera Compañía se cobrará una cantidad increíble de cadáveres enemigos en respuesta.

—Sé que lo haréis, Severus. Bueno, Varro, me dijiste que habías visto una batalla aquí, pero aquí no queda nadie contra quien luchar. ¿Cómo lo explicas?

—No puedo hacerlo, mi señor. Las visiones adivinatorias no son una ciencia exacta, pero creo que lo que vi llegará a pasar. Sé que lucharemos por Talassar, y que vengaremos sus muertos. De eso estoy seguro.

—¿Como puede ser? —exigió saber Calgar—. ¡Mira! Lo único que yo veo son pecios espaciales, las honorables naves de la flota de Ultramar y los restos destrozados de las del enemigo.

Tigurius miró atentamente hacia el espacio, y Calgar estaba a punto de reprenderlo por no contestar cuando el bibliotecario meneó la cabeza.

—No. El enemigo sigue ahí fuera. Oculto y herido, pero sigue ahí.

Calgar se volvió para mirar de nuevo al espacio mientras Tigurius se acercaba presuroso a los puestos de exploración y se agarraba al borde de la mesa de mapas. El señor del capítulo no vio más de lo que había visto antes: los pecios destrozados y a la deriva de las naves enemigas despanzurradas y las naves prácticamente destruidas de los Ultramarines, que mostraban la letra omega invertida en las proas destrozadas y rematadas por alas de águila.

Se reunió con Tigurius y con Agemman en la mesa de mapas y repasó con la mirada las señales que aparecían y desaparecían. Tigurius lo repasó todo con diversos espectros de parámetros de búsqueda, aumentó la magnificación y la centró en diversos puntos del campo de batalla espacial.

Captó descargas de energía en el extremo inferior de la ventana de detección. Eran poco más que la radiación de fondo que era de esperar tras un intercambio de disparos con aquellas armas.

—¿Qué ves? —le preguntó en voz baja.

—Están ahí —le respondió con un siseo y con una luz lejana en su mirada pérdida—. Son muy astutos, pero yo soy más sabio que ellos.

Calgar miró a Agemman, pero el primer capitán se limitó a encogerse de hombros, porque sabía tan poco como él. Tigurius pasó con rapidez por una docena de imágenes y mantuvo la palma de la mano apretada contra la placa de la imagen reluciente antes de detenerse en un sector del espacio cargado de torbellinos de radiación nuclear, el resultado del disparo de un cañón nova. Unas nubes enormes de restos que flotaban con lentitud llenaban el área. Era una neblina prácticamente impenetrable de estática física y electromagnética que colgaba como un velo.

—Ahí —exclamó Tigurius con voz triunfante—. Vibius, filtra la banda del eco de las descargas de radiación y lanza una onda sensora de exploración a través de esa nube. Mándala todo lo fuerte que puedas.

—Si hay algo ahí escondido, sabrá que lo hemos encontrado —advirtió Vibius.

—Lo sé. Tú hazlo —le ordenó Tigurius.

Vibius miró a Calgar, que asintió antes de hablar.

—Haz lo que dice.

La tensión en el strategium se disparó cuando los sensores de la Caesar lanzaron una tremenda onda de energía reflectante contra la nube. Buena parte de la energía se dispersó debido a los restos espaciales, pero llegó el eco suficiente como para que se dibujara una silueta borrosa en la mesa de mapas. Aunque las diferentes líneas que la formaban titilaban y no se veían con claridad, no había forma alguna de confundir esa silueta. Calgar inspiró profundamente ante aquella imagen tan repelentemente familiar y Agemman comenzó a dar las órdenes oportunas a sus guerreros.

—La *Indomable* —musitó Calgar al ver por completo la silueta amurallada de la fortaleza estelar.

Había cambiado desde la última vez que la había visto. Su forma, antaño regia y orgullosa se había visto modificada por baluartes de aspecto brutal, por torres elevadas de apariencia temible y por todas las trampas mortíferas y odiosas que conocían los arquitectos militares de los Guerreros de Hierro.

Vibius estudió con mayor atención la imagen.

—Las señales de energía sugieren que ha sufrido daños graves. Capto numerosas lecturas que indican múltiples brechas en los reactores y daños en el núcleo de disformidad.

—Casi acabaron con ella —exclamó Agemman—. Por el Emperador, casi lo consiguieron.

—Pues nosotros podemos acabar lo que ellos empezaron —declaró Calgar con el corazón convertido en un horno de rabia ardiente—. Que todas las naves formen alrededor de la Caesar. Vamos a atacar a esos cabrones y vamos a asegurarnos de que paguen por todas y cada una de las vidas que han tomado.

Agemman extendió una mano, y Calgar la estrechó.

—La Primera Compañía estará a vuestro lado, mi señor. Acabaremos esto juntos.

—Sí —le confirmó Calgar mientras notaba que la Caesar aumentaba de velocidad, como si estuviera impaciente por lanzarse al combate.

Miró la mancha borrosa de luz y de radiación desplazadas y notó la sensación habitual de emoción de marchar a la batalla de nuevo.

Acabaría la tarea que tendría que haber terminado mucho tiempo atrás.

—Esta vez no habrá aplazamiento de la ejecución —le dijo Calgar a la fortaleza estelar.

La Caesar se lanzó directamente hacia el campo de escombros que rodeaba Talassar y atravesó las tormentas de radiación y las nubes electroestáticas. Pasó al lado de las naves destruidas en la anterior batalla. Con sus cascos cubiertos de agujeros eran un testimonio sombrío de la naturaleza implacable de la guerra en el espacio.

La misión que lord Calgar se había impuesto a sí mismo era la venganza, y nada se interpondría entre él y su deber sagrado. La Caesar acababa de salir de una remodelación en los astilleros de superficie de Calth, y sus sistemas funcionaban con una eficiencia óptima. Además, su tripulación se había entrenado de forma más concienzuda e intensa que cualquiera de las naves de combate de la flota. Las luces del strategium brillaban con un color rojo, el color de la guerra, a medida que los sistemas de armamento se iban activando.

El capitán Agemman, que se encontraba en una cubierta muy por debajo del strategium, preparaba a sus guerreros para el combate que se avecinaba. Los exterminadores de la Primera Compañía realizaban las últimas comprobaciones previas a la batalla mientras los tecnomarines se ocupaban de las Thunderhawks y entonaban las bendiciones rituales en sus armas y en sus cascos.

Marneus Calgar contempló la imagen de la *Indomable* a medida que se acercaba. Recordó el día en que abordó la fortaleza estelar a la cabeza de la Primera Compañía, sesenta años antes. Fue una batalla que jamás olvidaría, por mucho que deseara hacerlo, ya que su desenlace había sido una mancha en su honor. Había sido imposible destruir a M’kar, por lo que había tenido que llegar a un acuerdo infernal con el inquisidor Mazeon para atraparlo en vez de eliminarlo. Lo que en aquel momento había parecido ser la mejor solución se había vuelto contra él y había descargado toda su ira contra sus hijos.

—Sobreviviste una vez —susurró mientras abría y cerraba los dedos de los poderosos Guanteletes de Ultramar—. Pero ahora no lo lograrás.

Calgar llevaba la Armadura de Antilochus, por lo que su masa destacaba incluso por encima de sus guerreros más poderosos. Las enormes placas de su armadura de exterminador eran muy gruesas y casi impenetrables. Toda la superficie de la armadura estaba cubierta de palabras diminutas grabadas, demasiado pequeñas para que se pudiera leer a simple vista. Eran las lecciones del Codex Astartes. En la armadura habían grabado cientos de miles de palabras, aunque aquello no era más que una pequeña fracción de todo aquel enorme volumen. Los simples mortales no podían plasmar con facilidad las enseñanzas de Roboute Guilliman, ni siquiera uno tan poderoso como Marneus Calgar.

—Nos acercamos al límite del alcance de las armas de la *Indomable* —avisó Vibius desde la mesa de despliegue táctico.

—Entendido. ¿Algún cambio en su situación?

—Negativo, mi señor. Sigue perdiendo energía, y las lecturas de su núcleo de disformidad fluctúan de un modo incontrolado. Si la dejáramos el tiempo suficiente, acabaría despedazándose a sí misma.

—Ni hablar. Esta vez no cometeré más errores. Me plantaré delante de su cuerpo y le arrancaré la vida yo mismo.

—Sí, mi señor —le respondió Vibius—. Todos estamos con vos.

Una oleada de gestos de asentimiento recorrió el puente de mando. Calgar sonrió al ver en todos los rostros la misma determinación de devolver los ataques a aquel enemigo demoníaco. Hasta los servidores conectados a los sistemas automatizados de la nave parecían llenos de energía ante la batalla que se avecinaba.

Calgar se acercó a la mesa de mapas y contempló la aparición de los datos que los numerosos sistemas sensores de la Caesar proporcionaban y cómo se combinaban con los datos que ya existían en el globo táctico. La imagen estaba cargada de destellos de radiación y borrosa por la estática resultante de las explosiones atómicas, pero la flota de los Ultramarines se veía con claridad. Eran unas cuñas de color azul claro que se dirigían a un fulgor rojo que representaba a la *Indomable*. A Calgar les recordó las

imágenes que había visto en el apothecarion. En ellas se veía a los invasores bacterianos en la corriente sanguínea de un paciente que estaban a punto de ser atacados por los leucocitos.

Pensó que la metáfora era muy adecuada.

—Detecto múltiples proyectiles de gran calibre a la deriva entre las nubes de restos —advirtió Vibius, que estaba revisando los datos de los sensores—. Tal y como establecen los protocolos de maniobra del Codex, recomiendo el aumento del espacio entre las naves de la flota, mi señor.

—Adelante —respondió Calgar de forma automática—. No quiero que varias naves queden afectadas por la explosión de una cabeza de combate que haya quedado sin estallar. Da la alerta y asegúrate de que todos los capitanes la confirman.

Unos momentos más tarde, los puntos azules en forma de cuña de la mesa de mapas se apartaron los unos de los otros y un brillante icono de confirmación apareció al lado de cada uno. Cualquier flota de los Ultramarines era un mecanismo bien engrasado, uno fiable, en el que se podía confiar para que funcionara tan bien en combate como en una simulación o en un entrenamiento. En cuanto pensó en aquello, se dio cuenta de que su orden había sido un error.

«Fiable» era otra palabra para «predecible», y sus enemigos ya habían demostrado que sabían cómo aprovechar las acciones predecibles.

—¡Anulen esa orden! —gritó justo al mismo tiempo que una serie de iconos aparecían en la mesa táctica.

Curiosamente, unos cuantos de esos iconos tenían el color azul claro de naves amigas, y tardó un segundo en darse cuenta del motivo. Las naves Ultramarines que habían quedado destruidas en la batalla no estaban destruidas en absoluto, ¡sino en manos enemigas!

—¡A todas las naves, tenemos al enemigo encima! —advirtió Calgar mientras más iconos aparecían parpadeantes en la mesa táctica.

Sin duda, estos últimos eran hostiles, y su color rojo indicaba que la amenaza era inconfundible. Lo que los sensores habían clasificado hasta ese momento como naves destruidas se activaron y calcularon trayectorias de disparo contra la Caesar.

—¡Torpedos! —gritó Vibius—. Rumbo uno nueve tres. Alcance seis mil kilómetros. ¡Que el Emperador nos salve! ¡Los ha disparado la *Furia de Hera*!

—Todo avante. Encended los impulsores de maniobra y quitadnos de su trayectoria —ordenó Calgar, aunque sabía que estaban demasiado cerca para evadirse.

También sabía que debería reprender a Vibius por una exclamación como aquella, pero era perfectamente comprensible el horror que había sentido al ver que una nave ultramarine disparaba contra otra de la misma flota.

—Calculad una solución de disparo utilizando la trayectoria de los torpedos —añadió Calgar al mismo tiempo que calculaba las diferentes permutaciones que se podría producir en la batalla que se iniciaba.

En cualquier enfrentamiento normal, las flotas enemigas maniobrarían para conseguir las mejores posiciones de disparo y así poder descargar toda la potencia de fuego de las baterías de costado o cruzar la línea del enemigo para disparar con todas sus armas, mientras que su adversario apenas dispondría de ángulo de tiro. Ese tipo de batallas se solía librar a enormes distancias, lo que le proporcionaba a cada comandante tiempo más que suficiente para calcular las diferentes estrategias y aprovechar al máximo los puntos fuertes de sus naves.

Aquella batalla se iba a librar en lo que, en términos de guerra en el espacio, se podía denominar a «quemarropa», y el enemigo había disparado en primer lugar. Aquello se iba a convertir en una situación muy difícil, muy peligrosa y muy sangrienta.

—¡Los torpedos enemigos están ya a dos mil kilómetros! —grito Vibius—. Las torretas defensivas de corto alcance ya están disparando.

—No será suficiente —dijo Calgar, y se aferró al borde de la mesa de mapas. El metal se dobló cuando apretó poseído por la rabia—. Lanza todas las contramedidas y bájanos hasta la atmósfera superior. Que todas las naves nos sigan.

—¡Más torpedos! La *Indomable* ha lanzado toda una andanada. Alcance, sesenta mil kilómetros. ¡Son al menos cincuenta!

Calgar volvió a mirar la mesa táctica y contempló cómo una pared de puntos rojos avanzaban hacia ellos.

—Lanza una andanada de respuesta. Desconecta todos los seguros.

—Sí, mi señor —respondió el jefe artillero—. Todos los seguros desconectados.

En condiciones normales, las naves de los Ultramarines no podían disparar unas contra las otras, pero al quitar aquel mecanismo de seguridad, cualquier nave podría ser su objetivo. Aunque le partía el corazón disparar contra naves junto a las que había combatirlo, la destrucción de más navíos de los Ultramarines era el único final posible para aquella batalla.

—Las naves de escolta ya se han trabado en combate. El Golfo de Konor está sufriendo impactos, el Ultramar Resiste, se enfrenta a tres naves de escolta enemigas, y la Prandium Memoriam informa que ha sufrido un daño catastrófico de los motores. No podrá seguir combatiendo.

—¡Preparados para el impacto! —gritó Calgar cuando las alarmas de proximidad sonaron por todo el strategium.

Allí en lo alto, en el puente de mando, los impactos se sintieron como poco más que un estremecimiento en las planchas del suelo, pero Calgar sabía que el daño en la popa de la nave sería importante.

—Informe de daños:

—Los motores de estribor son los que han sufrido el grueso de los impactos —le comunicó Vibius—. Hay brechas en el casco en los puentes que van del sexto al decimoséptimo y pérdidas múltiples de presión en las cubiertas de ingeniería. Perdemos potencia y los sistemas de maniobra están desconectados.

—Recupéralos, Vibius —le ordenó Calgar con una calma que no sentía —. Nos quedaremos inertes en el espacio sin ellos.

—Sí, mi señor. Los equipos de control de daños ya están en las zonas dañadas y todas las compuertas que dan a los compartimentos que pierden aire están cerradas y selladas. Las pérdidas estimadas se calculan en unos seiscientos muertos.

Calgar asintió y almacenó ese dato sombrío en la memoria. El duelo por los muertos podría esperar, ya que, si no, ellos acabarían en el parte de

bajas.

Las naves enemigas se arremolinaron a su alrededor, como lobos alrededor de un ciervo arrinconado, pero su impaciencia por dar el golpe de gracia había vuelto descuidadas a sus tripulaciones. Una nave identificada como la *Espada de Ultramar* se acercaba a la Caesar por su proa, y Calgar sonrió con ferocidad al ver la correlación respecto a las naves que se acercaban por cada flanco. Vio por las posiciones que tomaban que se disponían a lanzar una serie de andanadas devastadoras con sus baterías de costado.

—Puede que tengáis mis naves, pero no a los Ultramarines.

Movió los dedos con rapidez por encima de los controles, con un movimiento mucho más delicado de lo que debería haber sido posible con unos guanteletes tan grandes. Los siglos de experiencia, una comprensión innata de las singularidades de la guerra en el vacío y su inteligencia incrementada le permitieron calcular los movimientos de sus enemigos en cuestión de segundos.

—Jefe de artillería, le paso múltiples opciones de disparo. Ejecútelas a mi orden, por favor.

—Sí, mi señor —respondió el jefe de artillería, un tecnomarine llamado Estoca—. He recibido las soluciones y están introducidas. Las naves que tenemos a babor y a estribor han abierto fuego.

—Vibius, aumenta el ángulo de proa treinta grados y desvía toda la energía que puedas a los motores. Y hazlo ya.

—A la orden —respondió Vibius.

Segundos más tarde, las luces del strategium disminuyeron de potencia cuando la energía disponible se desvió a los motores dañados de la nave. Esta vez, la tripulación del puente de mando sí que sintió las protestas de la nave, ya que toda la superestructura chirrió debido a la tensión de la maniobra. Varios conductos de presión se partieron y las sirenas de emergencia sonaron cuando el sobreesfuerzo al que se vieron sometidos los motores provocaron un estallido que voló las compuertas presurizadas y abrió nuevas brechas en el caso ya destrozado.

Pero la estratagema funcionó. Ninguno de los disparos dirigidos contra la barcaza de combate impactó. Los proyectiles explosivos pasaron de forma inofensiva por debajo de ella y continuaron su recorrido. Calgar siguió la trayectoria de los disparos y lanzó un grito de triunfo cuando vio que impactaban contra las naves que estaban a ambos costados de la Caesar.

—Tienen las naves, pero no saben cómo utilizarlas, aparte de para lanzarlas contra nosotros en gran número —musitó, y guardó esa idea para emplearla otro día. Bajó la mirada a la mesa táctica y decidió que había llegado el momento—. Maestro Estoca, abra fuego con el cañón de bombardeo de proa.

—Ahora mismo.

Los cañones principales de la barcaza de combate dispararon unos proyectiles enormes, y las naves que se encontraban a su proa estaban demasiado cerca y demasiado lanzadas al ataque como para esquivarlos. Una de ellas, una fragata de la clase Sword que había prestado servicio en la flota de combate Pacificus, quedó prácticamente borrada de la vista de forma casi inmediata, ya que quedó desgarrada de proa a popa por una serie de expIosiones secundarias. La segunda, una fragata de origen desconocido, recibió numerosos impactos y se partió en tres trozos. Cada uno de ellos dejó escapar un breve chorro de oxígeno congelado y de llamas. La potencia de las distintas explosiones se fue sumando e incrementando a medida que el plasma se extendía y estallaban más cabezas de combate. Todo ello formó una nube en expansión de restos ardientes y de vórtices de radiación.

Calgar estudió la trayectoria de los torpedos que se acercaban procedentes de la *Indomable* y contuvo la respiración mientras la nube de restos y de radiación crecía hasta abarcarlos a todos. La imagen de toda aquella zona del espacio que aparecía en la mesa táctica se emborronó mientras los torpedos se adentraban en esa masa de gases volátiles, de plasma y de otros restos; pero tras unos segundos, Calgar dejó escapar un suspiro al ver que ninguno de los torpedos había conseguido sobrevivir a su paso por la nube de interferencias y escombros espaciales.

—¡Torpedos! —gritó Vibius—. ¡Otra vez de la *Furia de Hera*!

—Maldita sea —exclamó Calgar—. Siempre fue una atacante feroz cuando era nuestra, y no ha perdido nada de su agresividad. ¿Distancia?

—¡A quemarropa! ¡Se nos ha echado encima!

La Caesar se estremeció de nuevo cuando una andanada de torpedos se estrelló contra sus costados y sus motores. Las consolas estallaron en una tormenta de chispas y de llamas. Uno de los puestos de control situados en la zona delantera del strategium explotó y el fuego consumió en pocos segundos al servidor que estaba conectado al lugar. Calgar sintió las protestas de la nave y supo que ya no resistiría mucho más.

—¿Cómo estamos de mal? —preguntó.

Vibius repasó con rapidez la lista de luces de emergencia que parpadeaban y meneó la cabeza.

—Hemos perdido los motores y la presión en las cubiertas inferiores. Hay brechas por todo el casco de la nave, y las armas están desactivadas. Hemos recuperado la capacidad de maniobra, pero eso es lo único que tenemos.

Calgar asintió y estudió el mapa táctico en busca de un modo de salir de aquella situación, de un modo de evitar que aquella emboscada se convirtiera en una matanza. Ya había perdido a tres de sus naves de escolta, que estaban destruidas y a la deriva, mientras que otras dos seguían combatiendo, aunque las hordas de cazadores ansiosos las tenían rodeadas y las castigaban con andanadas terribles de baterías de costado. No tardarían mucho en caer también.

Había sido una lucha desigual desde el principio, pero era una en la que le habían puesto todo su orgullo y su ira. La rabia que sentía le había impedido ver las señales. Honsou o M'kar habían sido lo bastante astutos para sacar partido de su confianza en el Codex Astartes, pero también habrían sabido que lucharían embargados por el odio.

Lo que más le irritaba era saber que las naves que perdería en aquel combate probablemente serían recuperadas y reparadas en los muelles de la *Indomable*. Esas naves serían poco fiables y destartaladas, pero llevarían armas, y eso era lo único que parecía importarles a los invasores.

—Mi señor, ¿cuáles son vuestras órdenes? —le preguntó Vibius.

—Contacta con el jefe de ingeniería. Pregúntale si existe algún modo de recuperar el uso de los motores, aunque sólo sea por unos momentos.

—Mí señor… —Vibius parecía sentir incredulidad ante la idea de tener que transmitir una noticia tan terrible—. ¡Los motores ya no existen! Caemos hacia la atmósfera de Talassar, y nada podrá cambiar eso. La nave está perdida.

—Dijiste que habíamos recuperado los motores de maniobra.

—Apenas algo.

—Pues haznos atravesar la atmósfera de una sola pieza, Vibius. Eso es lo único que te pido.

—No podremos hacer aterrizar a la Caesar —le indicó Vibius.

—Lo sé. Vamos a abandonar la nave.



OCHO

No estaba allí. Sicarius había examinado todos y cada uno de los cadáveres, y no estaba allí. Soltó el cadáver con gesto decepcionado y el cuerpo cayó boca abajo de nuevo. Se puso en pie y se limpió los guanteletes en un trapo que llevaba precisamente para eso. De la ciudad en ruinas surgían columnas de humo bajo la luz anunciadora del amanecer. Sus edificios, antaño orgullosos, se habían convertido en tumbas.

Sicarius apretó la empuñadura de su espada, Tempestad. Había acabado con muchos de los Nacidos de la Sangre, a los que se negaba llamar «guerreros» por no considerarlos merecedores de ese título. Sin embargo, nunca le parecería que hubiera matado a los suficientes. Aquella pequeña ciudad se llamaba Olynthus. Había sido una próspera avanzadilla comercial en la zona sudeste de los grandes bosques de Espandor. Sus edificios eran sencillos y rústicos, característicos del carácter agreste y del estilo de vida primario propio del planeta.

Espandor poseía una belleza primigenia y natural que muy pocos otros planetas podrían igualar, pero Sicarius era nativo de Talassar, y prefería que sus planetas poseyeran un mínimo de actividad cultural. Olynthus terna un aspecto terriblemente pobre comparado con la majestuosidad arquitectónica de Talassar.

¿Dónde podría encontrar en Espandor algo que igualara al magnífico espectáculo que ofrecían las Torres del Arrecife, o las grandes torres doradas que se alzaban sobre las aguas de la línea costera septentrional de Glaudor? ¿Qué habría en aquel mundo fronterizo que pudiera rivalizar con las ciudadelas de mármol de los gremios consulares de Perusia? Se sintió invadido por la tristeza al preguntarse cuánta de aquella belleza habría sobrevivido.

Unas inmensas montañas se alzaban por encima del bosque, en la lejanía. Parecían muy agrestes, y era evidente que no habían sufrido cambio alguno a manos de la humanidad. Algunas partes de ese mismo bosque estaban envueltas en llamas, y unas grandes columnas de humo gris se alzaban hacia el cielo. Praxor Manorian había enviado a algunos hombres de los Portadores del Escudo para que apagaran los incendios que ardían en

las zonas exteriores del asentamiento, y los astartes de Ixion estaban cortando árboles para formar un cortafuegos.

Le dio la espalda a Olynthus. Las paredes blancas de muchos de sus edificios habían quedado manchadas por las runas impías que los soldados enemigos habían pintado mientras ocupaban la ciudad. El Orgullo de Cato, el Land Raider que llevaba a Sicarius al combate ya había demolido esos edificios. La pala excavadora de adamantium que tenía incorporada no había tardado en derribar aquellas estructuras contaminadas.

Lo poco que quedaba en pie estaba ardiendo o tan acribillado por los disparos de bólter y fragmentos de misiles que era casi irreconocible. Había casi mil cadáveres apilados como trozos de corcho en el centro de la ciudad. Eran los cuerpos de los viles soldados enemigos que habían formado la guarnición del lugar. Los astartes del sargento Tirian estaban colocando explosivos en los vehículos de la unidad enemiga, y en menos de una hora no quedaría nada de aquella fuerza.

—¿La has encontrado? —le preguntó el sargento Daceus mientras avanzaba esquivando las pilas de cascotes.

El sargento llevaba el bólter, el acero plateado del cañón del arma y el bronce de las placas laterales brillaban como si acabaran de sacarlo del taller del armero.

—No. No está aquí. Un millar de cuerpos, y no está aquí —respondió Sicarius.

Daceus meneó la cabeza.

—Ya te dije que no estaría. Nadie que se llamara a sí misma «reina» querría estar rodeada de semejante escoria.

—Ya hemos acabado con seis de estos destacamentos de avanzada, y todavía no he visto señal alguna de ella. Empiezo a sospechar que posee el poder de la videncia de los eldars.

—O quizás sólo sea que tiene suerte —sugirió el sargento mientras se arrodillaba al lado del cuerpo que Sicarius acababa de inspeccionar.

—No me gustan los adversarios afortunados.

—¿Y a quién le gustan? Deberíamos irnos, capitán. Este humo seguro que provoca la llegada de refuerzos.

—Tienes razón. Tenemos que efectuar un reconocimiento de nuestro próximo objetivo.

Daceus no le contestó de inmediato, y se volvió hacia las ruinas de Olynthus.

—¿Sabías que en este lugar murieron casi seiscientas personas?

—Vi los cuerpos —le contestó Sicarius, y recordó el horrible espectáculo de sus cuerpos destrozados.

—Algunos de los habitantes huyeron a Herapolis, pero la mayoría se negaron a marcharse. Empuñaron las armas y se quedaron para defender su hogar.

—No me esperaba menos de unos ciudadanos de Ultramar. ¿Qué me quieres decir?

—Que fue una lucha noble y heroica pero, a la larga, inútil —le contestó Daceus—. Debemos regresar a Herapolis.

—¿Retirarnos? No cuando todavía quedan enemigos por destruir.

—No tenemos elección, capitán —le insistió Daceus con firmeza—. Hemos extendido demasiado nuestras líneas. Disponemos de menos munición de la que me gustaría, y nuestros transportes van escasos de combustible. Si seguimos mucho más, no dispondremos del suficiente para regresar a Herapolis. Tenemos que regresar y tenemos que hacerlo ya.

Sicarius contuvo la frustración que sentía. Hubiera querido discutirle, pero sabía que Daceus tenía razón. Habían avanzado demasiado, estaban peligrosamente expuestos a un contraataque enemigo y muy lejos de cualquier ayuda. Sonrió al tomar la decisión.

—Soy lo que soy, Daceus —dijo Sicarius finalmente—. No puedo cambiar eso.

—Tampoco querría yo que lo hicierais.

—Algunos me consideran alguien ávido de gloria —dijo Sicarius mientras contemplaba el bosque—. Sirvo al Capítulo al máximo de mis posibilidades. Mi modo de combatir es avanzar deprisa y no proporcionarles nunca a mis enemigos un objetivo estático. Y el mejor modo de hacer eso es matar a la Reina Corsaria. Ella es la clave, Daceus. Estoy seguro.

El capitán le dio una patada al cadáver que tenía a sus pies antes de seguir hablando.

—Mira esta escoria. ¿Crees que esta clase de soldados seguirían luchando sin la fuerza que les proporciona esa tal Salombar y que los mantiene unidos? Una de las máximas de combate en las que más creo es que si matas a la cabeza, el cuerpo morirá.

—La encontraréis, y entonces la mataréis. Estoy convencido.

La conversación se vio interrumpida por la llegada de Gaius Prabian, quien llevaba la espada de energía y el escudo colgados a la espalda. El paladín de la compañía había matado a más de cien enemigos ese día, y a Sicarius seguía sorprendiéndole la aparente facilidad con la que lo hacía.

—¿Qué ocurre, Gaius? —le preguntó al notar la inquietud del paladín.

—Hemos recibido un mensaje de Scipio Vorolanus. Nuevos destacamentos de los Nacidos de la Sangre se dirigen hacia aquí.

Al no disponer de escuadras de exploradores, los guerreros de Vorolanus actuaban a menudo como unidad de reconocimiento de la Segunda Compañía. Estaban desplegados en las colinas situadas al oeste de aquel asentamiento, y habían sido los ojos y los oídos de Sicarius en aquel combate.

—¿Por dónde? —le preguntó Daceus mientras Sicarius ya se dirigía hacia el pueblo en ruinas.

—Son dos grupos. El de mayor tamaño viene directamente hacia aquí, y se encuentra a unos seis kilómetros al este. Son blindados y astartes traidores. De un tamaño mayor que una compañía.

—¿Y el otro? —quiso saber Sicarius.

—A unos cinco kilómetros al norte, pero éste se dirige hacia el sudeste, hacia el puente del desfiladero Actium.

—Quieren cortarnos la retirada —dijo Daceus.

—Tenemos que irnos ya —ordenó Sicarius.

Uriel observó con ojo crítico a los guerreros que tenía ante él y no halló nada que le desagradara. Eran los mejores y más valientes de la Cuarta

Compañía, guerreros que habían demostrado una y otra vez su coraje y honor ante los enemigos más horribles que se podía imaginar. Cada uno de ellos era un héroe que había realizado proezas legendarias, y que tenían volúmenes enteros en la Biblioteca de Ptolomeo dedicados a sus hazañas.

Uriel jamás había sentido la necesidad de ponerse al mando de una escuadra desde que era capitán, ya que había preferido combatir entre las filas de sus guerreros, pero el capellán Clausel le había instado a que capitaneara una escuadra de nueva creación en la batalla que se avecinaba.

—Nuestros guerreros necesitarán un héroe al que seguir —le había dicho Clausel—. Y un héroe necesita una guardia de camaradas. Elige bien a esos guerreros, y tus hombres lucharán con mayor fiereza todavía para emular sus proezas y ganarse un sitio a tu lado.

Uriel se había dado cuenta de que aquello tenía mucho sentido, por lo que había elegido a los guerreros que formarían su escolta en la batalla de Calth tras una larga deliberación, ya que todos los guerreros de la Cuarta Compañía eran merecedores de ese puesto. Learchus le había ayudado a elegir, y Uriel se sentía agradecido por esa ayuda.

El Anciano Peleus portaba el estandarte de la compañía, un icono resplandeciente del glorioso legado de la Cuarta que había participado en las batallas más feroces y que jamás había caído en combate. Aquella tarea sagrada tan sólo se le podía encomendar a los mejores y a los más valientes, y Peleus había justificado más que de sobra aquella elección, ya que había defendido el estandarte contra enemigos de toda clase con una habilidad excepcional.

El apotecario Selenus le había salvado la vida a todos y cada uno de los guerreros de la compañía en más de una ocasión, y las placas de color marfil de su armadura relucían. Aunque la misión de un apotecario era de vital importancia para mantener la integridad física de la compañía, Selenus era por encima de todo un guerrero, y Uriel había sido testigo de lo letal que su conocimiento de los puntos débiles del cuerpo podía llegar a ser.

Uriel había elegido a Petronius Nero para que fuera el paladín de la compañía. Siempre había sabido que era un guerrero muy hábil con la espada, pero sólo había llegado a apreciar lo realmente diestro que era

cuando había participado en el asalto con cápsulas de desembarco que habían realizado contra el campo de prisioneros de Pavonis. Blandía una espada de hoja estrecha que se había forjado siguiendo al pie de la letra sus instrucciones. Era un arma con el equilibrio y el peso perfectos para convertirse en mortífera en el cuerpo a cuerpo.

El resto de la escuadra de mando lo componían Livius Hadrianus y Brutus Cyprian, dos guerreros que habían destacado en la guerra librada contra los pielesverdes en Espandor y también en Pavónis. Uriel los conocía a ambos por las batallas que habían librado juntos en Tarsis Ultra, y su valor era comparable al acero bien templado. Hadrianus iba armado con un rifle de fusión, y Uriel recordaba que había acabado con todo un escuadrón de tanques tau. Cyprian era un guerrero de gran fuerza, casi tan grande como Pasanius, aunque no tanto como para que su servoarmadura incluyera piezas de armadura de exterminador. Uriel recordaba haberle visto trabarse en cuerpo a cuerpo con uno soldado con armadura de los tau. La había abierto en canal con sus propias manos y había estrangulado a la criatura alienígena que albergaba.

—Seréis mis lanceros —dijo Uriel, orgulloso de dirigir a aquellos guerreros a la batalla contra sus enemigos más odiados—. Y seréis conocidos como los Espadas de Calth.

Uriel había escogido ese nombre para honrar al mundo al que iban a defender en combate, y por el modo en que se irguieron más todavía, vio que sus guerreros aprobaban ese nombre. Clausel tenía razón. Cualquier guerrero de la Cuarta Compañía se esforzaría al máximo para igualar las hazañas de esos héroes.

Sonrió levemente antes de indicarles que se retiraran y se volvió para contemplar los preparativos para la guerra que abarrotaban la inmensa estructura en la que se encontraba. La luz fría y azul bajaba desde las lejanas claraboyas, y en las paredes cavernosas del lugar resonaba el eco de los pasos apresurados, de los gritos de los estibadores y de las carretillas de carga que no dejaban de hacer sonar el claxon a medida que desembarcaban centenares de contenedores.

Habían pasado muchos años desde la última vez que Uriel estuvo en su planeta natal, pero nada más respirar la primera bocanada de aire, a pesar del filtro de reciclado del hangar de montaje Septimus Oravia, notó una profunda sensación de regreso, como si el propio Calth le estuviera dando la bienvenida a uno de sus hijos predilectos. Ese hangar de montaje no era más que uno de los miles de astilleros situados uno al lado del otro a lo largo de la mayor metrópolis de Calth. Su nombre oficial era Ultimus Prime, pero todos los habitantes de Calth la conocían por el nombre de Ciudad Alta.

Los últimos suministros, equipo y máquinas de guerra de la Cuarta Compañía ya estaban siendo descargados de las Thunderhawks por los servidores de enormes músculos del muelle, a quienes dirigían los tecnomarines hacia las zonas de distribución. Miles de soldados y operarios abarrotaban el hangar, un espacio enorme y mecanizado lleno de maquinaria pesada por encima de la cual se alzaban grandes plataformas.

La luz habitual en aquel hangar de montaje era la producida por los sopletes de soldadura y por los cortadores de plasma utilizados por los operarios navales y los tecnoadeptos del Mechanicum que trabajaban en el casco de las enormes naves espaciales. El hangar de montaje Septimus Oravia era una instalación que se utilizaba para la construcción de naves capaces de efectuar saltos interestelares, pero aquella estructura de kilómetros de largo servía en ese momento como área de reunión para un ejército.

El aire apestaba a aceite, a metal quemado y a incienso, ya que para la construcción de una máquina tan complicada hacía falta algo más que un simple conocimiento técnico: requerían también rituales y ceremonias. Los astilleros de Calth eran famosos, y con motivo, por todo lo largo y ancho del Imperio, y la habilidad y la maestría de sus artífices no tenían parangón. Curiosamente para una instalación dedicada a la construcción de naves de aquel tamaño colosal, no estaba situada en órbita, sino en la superficie plana de Calth.

Al otro lado de aquellas paredes blindadas y selladas se encontraba la superficie del planeta, fría y letal, absolutamente incapaz de albergar vida

alguna, ni siquiera la de un marine espacial. Un antiguo enemigo había bombardeado el sol de Calth con descargas letales que habían provocado la desaparición de la atmósfera del planeta, lo que había dejado su superficie expuesta por completo a una radiación exterminadora. La población de Calth vivía en el subsuelo, lejos de los rayos mortíferos de la estrella.

Los Ultramarines habían sido los primeros en desembarcar junto al pequeño grupo de ayudantes y guerreros de la inquisidora Suzaku, además de otros servidores. El resto de las fuerzas recién llegadas estaban desembarcando en el interior del inmenso hangar. Del interior de los compartimentos de carga de las naves de desembarco cuadrangulares del Perpetuum Cogito salieron armazones rotatorios de los que descolgaron una fila tras otra de protectores mechanicus, unos soldados cibernéticos con el aspecto de tecnosacerdotes de combate que llevaban numerosos implantes de armas. El magos Locard supervisaba el descenso de los manípulos formados por servidores adaptados para tareas de combate que marchaban con una sincronización perfecta. Eran poco más que torsos mecanizados a los que habían incorporado distintos modos de locomoción: patas múltiples, unidades de tracción oruga o grandes ruedas todoterreno.

Detrás de ellos llegaron miles de skitarii, unos guerreros brutales cubiertos de pellejos y pieles de reptil que mostraban unos implantes metálicos de combate acoplados quirúrgicamente en su cuerpo. Marchaban bajo una bandera ondeante de piel verde moteada en la que se había grabado el símbolo del cráneo con el engranaje del Mechanicum. Estaban equipados con multitud de armas, desde cañones pesados hasta rifles de gran calibre, pasando por todo un abanico de armas de combate cuerpo a cuerpo: alabardas, hachas y destripadoras de dientes de sierra. Aquellos guerreros de aspecto salvaje entonaban un grito de guerra que era un cántico binario repetido, y si no fuese por la enorme cantidad de iconos imperiales que les cubrían las armaduras, Uriel hubiera pensado que eran una creación del enemigo.

La Guardia del Cuervo se desplegó en la superficie de Calth montada en un único Rhino, y aunque su estructura no difería de los vehículos de igual tipo de los Ultramarines, parecía más pulcro, más oscuro y menos voluminoso.

—Hemos reunido una fuerza impresionante, ¿verdad? —dijo Pasanius, que se acercó tras inspeccionar a su escuadra. Learchus caminaba a su lado, aunque no parecía estar muy impresionado por su primera visión de Calth.

—Sí que lo es —admitió Uriel—. Ya he combatido al lado de las fuerzas del Adeptus Mechanicum, pero jamás en semejante número. Me alegra de que estén de nuestro lado.

—Sí. No me gustaría ser el que tuviera que enfrentarse a ésos —comentó mirando a la hueste de skitarii.

—¿Tus guerreros ya están preparados?

—Los Llameantes están listos —le confirmó Pasanius—. Ya pueden venir esos cabrones a intentar apoderarse de este mundo.

No era habitual en la Cuarta Compañía que las escuadras tuvieran un nombre de combate, pero algunas se habían ganado un sobrenombre durante la campaña de Pavonis. Uriel sospechaba que el nombre de la escuadra de Pasanius tenía más que ver con su sargento que con ninguna batalla concreta en la que hubieran luchado.

—¿Learchus?

—Los Guardianes están preparados —respondió Learchus.

Uriel había estado al mando de la escuadra de Learchus mientras el sargento se dedicaba a buscar al gobernador de Pavonís, capturado por los tau. Learchus se había sentido muy halagado al saber que les habían puesto el sobrenombre de los Guardianes en honor al asalto en cápsulas de desembarco que había derrotado a la invasión tau.

—Espadas de Calth —dijo Pasanius al tiempo que señalaba con la barbilla la escuadra de mando de Uriel, que en esos momentos se retiraba —. Me gusta. Suena bien.

—Gracias. Me pareció apropiado teniendo en cuenta el planeta que debemos defender.

—Sienta bien estar de vuelta, ¿verdad?

—Así es —respondió, y le estrechó la mano a su amigo.

—De modo que fue de aquí de donde salisteis rumbo a Agiselus —comentó Learchus mientras contemplaba la luz mortífera de Calth, que atravesaba las claraboyas blindadas.

—Sí —le contestó Uriel.

—Ahora comprendo por qué eras un cadete tan agresivo. Es un lugar deprimente.

—No habías estado nunca aquí, ¿verdad? —le preguntó Uriel con una sonrisa burlona.

—No, aunque, por supuesto, he leído sobre las ciudades de las cavernas.

—Ah, pues entonces seguro que vas a disfrutar, amigo mío —le dijo Pasanius un momento antes de que un estruendo colosal llenara el hangar de montaje.

Uriel y los dos sargentos veteranos se dieron la vuelta y vieron que un vehículo inmenso salía por uno de los costados semejantes a riscos de un transporte del Mechanicum. Era más alto que un bloque de habitáculos, un leviatán montado sobre unas orugas que eran más anchas que tres Land Raiders juntos. Se trataba de un vehículo oblongo y sin ninguna elegancia, una fortaleza móvil que dejaba pequeñas incluso a las máquinas de batalla de cualquier Legio Títanicus. En el interior de su casco tremendamente grueso podía transportar varias compañías de soldados además de sus vehículos blindados de apoyo.

—Un Capitol Imperialis —musitó Pasanius—. No he visto ninguno en acción desde Tarsis Ultra. El coronel Rabelaq estaba al mando. ¿Os acordáis?

—Me acuerdo —contestó Uriel mientras recordaba el sacrificio desesperado del coronel frente al biotitán tiránido en aquel campo de batalla cubierto de nieve—. Y pensar que en Salinas tenían tres, y que los tenían abandonados…

Aquel tipo de vehículos se solían desplegar detrás de las líneas de combate, donde actuaban como centros de mando para los oficiales superiores, además de proporcionar instalaciones médicas de urgencia.

—¿Eso va a combatir en la superficie? —se preguntó Learchus. Uriel y Pasanius se miraron extrañados.

—No, por supuesto que no —le aclaró Uriel.

—Pero seguro que eso no cabe en las cavernas de Calth.

Uriel sonrió.

—Ya lo verás.

El microrreceptor que llevaba en la oreja emitió un chasquido, y Uriel se llevó una mano allí cuando oyó la voz del almirante Tiberius.

—Uriel, tenemos compañía. No sé cómo lo han hecho, pero acabo de captar señales de una flota enemiga que ya se ha adentrado mucho en el sistema. Sus naves ya han adoptado una formación de combate. Son una barcaza de batalla y al menos quince naves de otros tipos, sobre todo destructores y fragatas, pero también hay algunas de una clase que jamás había visto.

—¿Puedes detenerlas?

Tiberius dudó.

—Puedo conseguiros algo de tiempo con el apoyo de las defensas orbitales, pero no les podré impedir que lleguen a la superficie.

—Entendido. Haz lo que puedas, pero mantén al Vae Victus a salvo.

—Así lo haré, Uriel. ¡Coraje y honor!

—Tenemos problemas —dijo Pasanius al verle la expresión de la cara —. ¿Son muy graves?

—Lo bastante graves para que nos tengamos que dar prisa. Informa a todos de que saldremos hacia la Puerta de Guilliman en menos de una hora.

Honsou contempló cómo la flota de los Ultramarines se desplegaba en formación de batalla. Las líneas aullantes de código corrupto pasaban por la superficie de la cubierta de observación del *Raza Guerrera*, lo que ocultaba buena parte de la visión exterior. Aquellos símbolos no tenían sentido ni para él ni para el resto de la tripulación, pero puesto que Cycerin controlaba prácticamente todo el manejo de la nave, era realmente innecesario que los miembros de la tripulación mortal los comprendieran. La sensación de que

aquella nave se estaba convirtiendo en un ente vivo, con Cycerin en sus entrañas, era algo inquietante, aunque el uso de los poderes de la deformidad por parte del magos había ocultado su presencia a los ojos del enemigo el tiempo suficiente para llegar a las zonas más interiores del sistema Calth. Si no hubiera sido por una línea de vigilancia formada por boyas augures, incluso podrían haber llegado a la órbita de aquel planeta azul en total secreto.

—Así que éste es el planeta natal de Uriel Ventris —comentó Cadaras Grendel mientras miraba con expresión ávida el planeta helado que giraba lentamente ante él.

—Sí —le contestó Honsou antes de mirar por encima del hombro al ingénito, que se estremecía mientras Cycerin se adentraba en las profundidades de su mente con unos mecadendritos invasivos.

—No parece gran cosa.

—Es una roca envenenada —le respondió Honsou procurando mantener un tono tranquilo—. Es inhabitable a menos que vivas con un troglodita de las profundas cavernas que se abren en el subsuelo, pero ahí abajo hay algo que debemos destruir. Es una antigua capilla de los tiempos de Horus Lupercal.

—¿Una capilla? ¿Qué capilla? —quiso saber Vaanes.

Honsou dudó unos instantes.

—M'kar me lo dijo antes de que la flota se dispersara. Es una capilla relicario dedicada a un capítulo perdido de los Ultramarines. Supongo que se trata de algo simbólico de los días de Horus. Sea lo que sea, M'kar quiere que la capilla y todo lo que hay en su interior sea destruido.

—Así pues, ahora nos dedicamos a obedecer las órdenes de ese demonio, ¿no? —preguntó Grendel con una sonrisa burlona.

—No —replicó Honsou con voz cortante—. Calth y Ventris son nuestras prioridades.

—Si esa capilla es tan importante para M'kar, ¿por qué no ha venido él mismo a destruirla? —inquirió Vaanes.

Honsou lo miró con frialdad e intentó ocultar el interés que él mismo sentía por la capilla. Vaanes era el más inteligente de todos sus

lugartenientes, y siempre lo había sido. El propio Honsou le había hecho esa misma pregunta a M'kar, pero la respuesta del señor demoníaco había sido un tanto críptica.

«Ese mundo es anatema para mí», le había dicho.

Honsou le dio la espalda a Vaanes sin hacer caso de su pregunta, y se dirigió hacia el borde de la cuba de fluido amniótico gelatinoso de Cycerin. Unos tentáculos palpitantes parecidos a unas serpientes gordas de superficie aceitosa salían retorciéndose del tanque de líquido y cruzaban ondulantes el suelo del puente de mando para conectarse a la deformidad. Cada uno de ellos estaba iluminado por una luz verde palpitante, enfermiza y podrida.

Un tentáculo goteante serpenteaba en el aire con su extremo puntiagudo enterrado en la parte posterior del cráneo del ingénito. Al igual que ellos, llevaba la armadura, aunque estaba por ver si realmente estaba preparada para soportar una batalla. Tenía los ojos cerrados, pero debajo de los párpados se veía una luz de color esmeralda que también se escapaba por las junturas de su armadura.

Grendel y Ardaric Vaanes lo siguieron mientras contemplaban cómo la distancia que separaba a las dos flotas se acortaba por momentos. Haber logrado acercarse tanto a Calth era todo un logro, y Grendel se arrodilló al lado del tanque que contenía la esencia de Cycerin.

—No está mal —dijo el lugarteniente desfigurado, e incluso esa pequeña alabanza la dijo a regañadientes.

—Me sentiré más impresionado si de verdad es capaz de hacer lo que dice que puede hacer —dijo Honsou.

—¿Sería un problema que no pueda hacerlo? —quiso saber Vaanes mientras miraba las naves de los Ultramarines, que estaban cada vez más cerca—. Eso de ahí no son simples naves de defensa, son navíos de guerra del Adeptus Astartes.

—No será un problema. Simplemente tardaremos más —contestó Honsou antes de quitar de en medio a Grendel de un empujón. Se sentía idiota por dirigirse a una silueta hinchada metida en un estanque gelatinoso, pero Cycerin ya no salía de ese contenedor—. ¿Estás preparado?

«Afirmativo» —respondió el magos con su cántico gorgoteante.

—Pues empecemos ya.

Unas columnas de color esmeralda de código corrupto inundaron la pantalla principal.

El magos Secundus Lacimae se encontraba a bordo de la plataforma de defensa orbital Heliotropus Tres Nueve y efectuó las comprobaciones previas al combate. Los espíritus de la máquina repasaron mil veces por segundo los algoritmos de lanzamiento, y los datos de telemetría remota de los augures informaron de un margen de error de 0'00000034, lo que se encontraba dentro de los límites de tolerancia aceptable.

Alrededor de su trono de mando circular se encontraban veinte servidores monotarea que supervisaban los rituales de mantenimiento adecuados de las diez baterías de macrocañones emplazadas en Heliotropus Tres Nueve. Cada uno de ellos se ocupaba de los ritos necesarios para efectuar la rápida recarga y el disparo preciso de aquellas armas tan difíciles de manejar. El aire del centro de mando estaba cargado de vaharadas de humo de incienso, y las líneas con los rituales de precisión y destrucción fueron avanzando por los cogitadores de puntería en lenguaje binario y hexadecimal.

El globo hololítico que flotaba sobre el puesto de exploración mostró el despliegue de la flota de los Ultramarines, aunque Lacimae se dio cuenta de que el Sol Azul estaba nueve punto cuatro kilómetros fuera de su posición, una distancia insignificante en términos espaciales, pero importante para un sacerdote de Marte.

Incluyó la desviación de aquel navío ultramarine en sus soluciones de disparo, ya que sabía que cualquier nave que se atreviera a adentrarse en el mortífero campo de alcance de sus armas quedaría convertida en un pecio destrozado.

Uno de los servidores se estremeció en su puesto. Su cabeza y sus hombros se movieron de un modo convulsivo mientras de la consola saltaba un chorro de chispas verdes. Esa descarga de rayos se pasó de una consola a otra como una infección virulenta, y soltó más chispas y chasquidos a medida que se abría paso en todos los sistemas.

Lacimae centró sus sentidos noosféricos en el interior del sistema para rastrear el origen de aquella intrusión. Los campos de códigos binarios se solaparon sobre su visión, una oleada interminable de unos y ceros dispuestos con una elegancia fluida que formaba una corriente sin fisuras de conceptos matemáticos. Sin embargo, algo negro y supurante estaba saliendo en mitad de aquel flujo, como lo haría el aceite de un desagüe.

Intentó aislar aquel código, pero con cada cierre y bloqueador que interponía, más y más números impuros se esparcían por los sistemas operativos de los espíritus de la máquina. Sintió un dolor empático con cada línea hermosa de código que se retorcía y se ennegrecía para luego reproducirse de un modo interminable en su fórmula incorrecta, hasta que el mago supo que no había forma alguna de detener aquello.

—Aviso: la plataforma de defensa Heliotropus Tres Nueve, magos Secundus Lacimae, informa que sufre un ataque de código hostil. Somos incapaces de mantener el estado operativo de combate.

El sistema de comunicaciones barbotó y por toda respuesta dejó escapar un chillido furioso de estática. El magos fue incapaz de determinar si habían oído su advertencia. Lacimae retiró sus sentidos de los sistemas internos y vio que aquel resplandor verde fluía por todo el centro de mando.

Sintió que aquello empezaba a explorar sus propias defensas y reforzó sus barreras aegis para mantenerlo fuera.

Aunque había perdido muchas respuestas emocionales a lo largo de su ascenso en las filas del Adeptus Mechanícum, no había avanzado tanto en la senda de la mecanización como para no sentir miedo al ver cómo el código corrupto realineaba las armas de la plataforma de defensa del Heliotropus Tres Nueve.

Extendió un mecadendrito hacia una de las clavijas de conexión, pero en cuanto la introdujo, un salvaje relámpago verde lo dejó inmovilizado. Fue incapaz de romper la conexión con los sistemas de la plataforma de defensa, por lo que tan sólo pudo ser testigo horrorizado de cómo sus soluciones de disparo, diseñadas con un cuidado extremo, comenzaban a cambiar.

—Almirante —le llamó Philotas, el oficial de cubierta del Vae Victus—. He captado el intercambio de una serie de señales inquietantes entre la flota enemiga y las plataformas de defensa orbitales.

Tiberius se encontraba en el atril de mando. No dejaba de mover con rapidez los dedos sobre la placa hololítica acoplada que utilizaba para enviar órdenes por toda la nave. El puente de mando del Vae Victus, iluminada con luces suaves, era un lugar de eficiencia silenciosa. La tripulación estaba bien entrenada y motivada, y los servidores entregados a su mantenimiento.

La instalación de aquellos servidores era un cambio en una nave tan venerable. Las batallas contra los pielesverdes y los tau le habían demostrado a Tiberius sin lugar a dudas lo útiles que eran. Aunque él prefería una tripulación viva capaz de actuar según su propia iniciativa, no le quedaba más remedio que admitir a regañadientes que los servidores eran muy eficientes.

—¿Qué clase de señales? Envíamelas al atril.

—Son éstas —le dijo Philotas mientras le transfería los datos de los sensores al almirante.

Tiberius observó el flujo de código máquina ininteligible que pasaba por la pantalla. Tenía un color verde bilioso y de algún modo parecía erróneo, como si aquellos números violaran todas las leyes matemáticas.

—¿Qué es esto? —exigió saber Tiberius—. Philotas, estamos a punto de enfrentarnos a una flota enemiga, no tengo tiempo que perder viendo curiosidades aleatorias en los datos.

—¡Mi señor, es código corrupto! —exclamó Philotas al reconocer horrorizado lo que era en realidad—. ¡Es el lenguaje del Mechanicum Oscuro!

Tíberius llegó a la misma conclusión cuando aquellos números impuros parecieron apiñarse en la placa. El temor se apoderó de él, ya que había sido testigo en más de una ocasión del enorme daño que el código corrupto podía causar en los delicados motores lógicos de una nave estelar. En la placa apareció una serie de iconos advertencia, y se apresuró a cortar el flujo de números sibilantes y furiosos.

—En nombre de Terra, ¿qué…?

—¡Nos apuntan! —gritó el jefe de artillería al tiempo que las luces tomaban el color rojo propio del zafarrancho de combate—. La plataforma de defensa Heliotropus Tres Nueve ha establecido soluciones de disparo contra nosotros.

—¡Torpedos! —gritó Philotas—. La plataforma de defensa Arca Siete Siete ha disparado una andanada completa de torpedos de cabeza perforante contra nosotros. Capto un mínimo de diecinueve torpedos dirigiéndose hacia aquí.

Tiberius bajó los peldaños que llevaban a su atril y se apresuró a situarse al lado de la mesa de mapas. Allí vio que los veloces iconos de la andanada de torpedos cruzaban el espacio que separaba las plataformas de defensa de Calth de la flota de los Ultramarines.

Otras seis plataformas parpadearon cuando los augures detectaron lanzamientos similares. Las sirenas de alarma resonaron cuando también detectaron que más sistemas de puntería los tenían en su punto de mira.

—¡Contramedidas! —ordenó Tiberius de inmediato—. ¡Maniobra evasiva! ¡Sacadnos de aquí!

—¡Sí, señor! —contestó Philotas un momento antes de comenzar a dar las órdenes pertinentes.

Las planchas del puente de mando crujieron cuando los motores de la nave se encendieron a toda marcha y los cohetes de maniobra atmosférica se activaron. Cualquier crucero de ataque de los marines espaciales era mucho más ágil de lo que su enorme tamaño podía sugerir, pero ninguno sería capaz de girar y esquivar ese ataque con la rapidez necesaria en esos momentos.

Las alarmas de impacto inminente resonaron cuando las andanadas de torpedos se acercaron a toda velocidad. Quienquiera que fuera el que se hubiera hecho con el control de las defensas orbitales, conocía bien su tarea, ya que todas las naves de la flota imperial se enfrentaba a una horda de cabezas de combate preparadas para estallar.

—¡Preparados para el impacto! —gritó el jefe de artillería—. ¡Disparos de batería!

El puente de mando se estremeció cuando los proyectiles explosivos, del tamaño de edificios, se estrellaron contra los escudos. Tiberius supo que no tardarían en colapsarse.

—¿Es que nos han traicionado? —quiso saber.

—No, mi señor —le respondió Philotas mientras se acercaba a la carrera. Al llegar, sacó una clavija de bronce conectada a la mesa de mapas y se la insertó en un orificio de conexión que tenía detrás de la oreja—. No hemos sido traicionados, hemos sufrido un fallo de seguridad. El enemigo debe disponer de un servidor lógico que conoce los protocolos de mando de la flota de Ultramar.

—¡Por todos los…! ¿Cómo podrían conseguir algo así?

—No lo sé, mi señor.

Tiberius dejó a un lado esa pregunta por irrelevante, y se increpó a sí mismo por perder el tiempo de ese modo cuando había problemas más urgentes que resolver. Volvió a concentrarse en la mesa de mapas, y se desesperó al ver a las naves enemigas avanzar aprovechando las explosiones y los daños que estaban sufriendo los navíos imperiales.

Le había prometido a Uriel que le conseguiría algo de tiempo, pero a medida que aparecía un informe de daños tras otro en el mapa táctico, Tiberius se dio cuenta de que se trataba de una promesa que no iba a poder cumplir. La flota estaba destrozada: ya había seis naves fuera de combate, y otras tres flotaban a la deriva, alejándose de la línea de batalla. Aquel combate ya estaba perdido, y ellos ni siquiera habían llegado a efectuar un solo disparo. Abrió un canal de comunicación con toda la flota.

—A todas las naves. Soy el almirante Tiberius —dijo con una calma que no sentía—. Todos aquellos capitanes que puedan deben retirarse del combate. Repito, retírense. Alejen sus naves del combate y reagrúpense en el punto de reunión Última Seis Ocho. ¡Que el Emperador los guíe! Cambio y cierro.

Cerró el canal de comunicación con el corazón pesaroso por haber tenido que dar una orden como aquella. Tiberius miró a Philotas y señaló con el dedo la imagen de Calth en el mapa.

—Contacta con todas las fuerzas terrestres. Adviérteles de que el enemigo se les echará encima en cualquier momento.

SEGUNDA PARTE
LA FORTALEZA
ULTRAMAR



NUEVE

El asalto contra Calth comenzó con un bombardeo masivo con la intención de eliminar todas las defensas antiaéreas de Ciudad Alta. En cuanto las naves imperiales se retiraron, la flota de Honsou descendió hasta una órbita baja para apuntar las armas con mayor precisión, y no tardaron en brillar los rayos de luz verticales de las armas de energía al tiempo que las luces estroboscópicas de los cañones. Su precisión no se vio disminuida por los cambios de temperatura del aire, ya que Calth carecía de atmósfera, por lo que los resultados fueron devastadores.

Los proyectiles del cañón de bombardeo del *Raza Guerrera*, guiados por el conocimiento absoluto del adepto Cycerin de todas las trayectorias balísticas posibles, impactaron en sus objetivos con una exactitud que ni siquiera los mejores artilleros de la Armada Imperial o de los Adeptus Astartes hubieran logrado. Los Guerreros de Hierro necesitarían la Ciudad Alta, y la destrucción se produjo con una precisión quirúrgica.

Las defensas de la Ciudad Alta habían sido destrozadas por aquel bombardeo. Tras los disparos procedentes del espacio llegaron las cápsulas de desembarco, que descendieron hacia Calth sin dejar a su paso las estelas llameantes habituales. Al no existir la fricción atmosférica, aquellos proyectiles de hierro bajaron a una velocidad terrorífica, seguidos por una hueste de aeronaves. Las naves de desembarco, los transportes pesados y otra clase de embarcaciones que normalmente no podrían atravesar la atmósfera sin arder por completo se posaron en la superficie del planeta. Todas iban repletas de guerreros de los Nacidos de la Sangre y de todo lo que éstos necesitaban para llevar a cabo el ataque contra Calth.

La mayoría de los defensores de la ciudad ya no estaban allí, y en esos momentos se dirigían a marchas forzadas hacia la Puerta de Guilliman. Cualquier unidad que se hubiera quedado para defender la Ciudad Alta no sobreviviría mucho tiempo, y Uriel no estaba dispuesto a pedirle a nadie que hiciera ese sacrificio cuando las batallas más importantes todavía estaban por llegar. Pero la ciudad no estaba indefensa, ni mucho menos.

El magos Locard había ofrecido un regimiento de servidores armados para defender la Ciudad Alta y había programado el córtex biomecánico de cada uno de ellos de forma apresurada con los programas básicos de

búsqueda y destrucción No serían capaces de adaptarse a las circunstancias cambiantes propias de cualquier campo de batalla, pero jamás se retirarían y no dejarían de luchar hasta que los destruyeran. Quinientos skitarii se ofrecieron voluntarios para permanecer en la ciudad y retrasar todo lo posible el avance enemigo.

Las primeras cápsulas de desembarco atravesaron las claraboyas del hangar de montaje Septimus Oravia y se posaron en el mismo punto donde había aterrizado la primera Thunderhawk procedente del Vae Victus. Los servidores armados no tenían capacidad para apreciar la coincidencia de aquel momento, así que se limitaron a abrir fuego contra los primeros guerreros de armadura de hierro que salieron de las cápsulas.

Honsou sintió el placentero cosquilleo provocado el combate cuando salió de un salto de la cápsula de desembarco y notó la punzada cáustica de aquella atmósfera mezclada con el olor a piedra quemada y a metal que rodeaba la pequeña nave de asalto. Pisar un planeta de Ultramar con la mente puesta en provocar una matanza era una hazaña que muy pocos habían logrado, y se preguntó qué pensarían Kroeger y Forrix de semejante logro.

Había doce cápsulas repartidas por aquel amplio hangar, y de cada una de ella bajaban guerreros con armaduras de placas de hierro bruñido y decoradas con líneas negras y amarillas. Los bólters rugían en un estruendo casi continuo y llenaron el hangar de destellos provocados por los fogonazos de los disparos. Ocho guerreros lo siguieron saltando al suelo de planchas de la zona de desembarco. Eran los más feroces de su ejército. El ingénito saltó a su lado disparando su bólter con una facilidad fruto de la práctica y una puntería infalible.

El ojo artificial de Honsou se cargó de estática y captó la esencia de Ventris en los ágiles movimientos de la criatura. Recordó el disparo que casi lo había matado y que lo había dejado con aquel implante primitivo en la cara.

Grendel encabezaba aquel asalto inicial, ya que el carácter de su lugarteniente era el más apropiado para la violencia desenfrenada de ese tipo de combates. No podía existir sutileza alguna en un desembarco. Era

necesario eliminar a los defensores con rapidez, hacerles salir de la zona de aterrizaje por la fuerza bruta para permitir la llegada con seguridad de nuevas unidades de apoyo. El enemigo al que se enfrentaban no era nada corriente, pero los Guerreros de Hierro disponían de armas de tal potencia de fuego que la falta de miedo de sus oponentes no representaba ventaja alguna.

Dos dreadnoughts salieron de unas grandes cápsulas de combate blindadas y aterrizaron con un estampido en el suelo y lanzando aullidos mecanizados, imbuidos de un ansia enloquecida por derramar sangre, por los altavoces que llevaban montados sobre los sarcófagos. Aquellos gigantes de hierro ennegrecido eran poco más que psicópatas encadenados en el interior de una envoltura blindada a la que se habían acoplado las armas más destructivas imaginables. Que de vez en cuando atacaran a sus aliados era un precio muy pequeño por disponer de semejantes rompedores de líneas. De los hombros les colgaban cadenas cubiertas de pinchos y una luz cegadora que casi ocultaba las cabezas cornudas talladas en la cubierta de sus respectivos sarcófagos. Los disparos rebotaban en su blindaje. Avanzaron con pasos retumbantes y pesados contra sus enemigos. Honsou se adentró en el humo del combate con la culata del bólter apretada contra el hombro, a la búsqueda de objetivos.

No había plan alguno en un desembarco, simplemente una masa de combatientes que luchaban por prevalecer. La estrategia no tenía sentido, y las tácticas no servían para nada. Todo dependía de la ferocidad y de la voluntad de vencer. Los soldados cubiertos de implantes del Adeptus Mechanicum y protegidos por unas armaduras tan extravagantes como las de los corsarios de Kaarja Salombar se enfrentaban cuerpo a cuerpo con los Guerreros de Hierro. Los servidores de combate acechaban a sus objetivos a través del humo, y su presencia quedaba anunciada por los chorros de fuego y las ráfagas de disparos. La batalla se había convertido en una masa de guerreros aullantes, hojas que tajaban por doquier, disparos apresurados y explosiones estremecedoras.

Varia descargas de plasma sobrecalentado pasaron cerca de Honsou, quien sintió el calor de los disparos incluso a través de las placas de la

armadura. Si el combate que había librado para tomar la *Indomable* le había renovado su amor por llevar el hierro contra la piedra, éste era un recordatorio de la alegría salvaje que se podía llegar a sentir en el ardiente caldero de la lucha. Captó el brillo de un láser en la placa pectoral, y se giró hacia su origen.

Algo se estrelló contra él y Honsou cayó derribado al suelo a la par que una tormenta de proyectiles de gran calibre cortaba el aire por encima de él. Tres de sus guerreros de hierro salieron despedidos, y dos de ellos quedaron convertidos en una masa de carne y huesos astillados.

Se giró y vio que quien estaba encima de él era el ingénito. Tenía un lado del casco destrozado por un proyectil. Uno de sus ojos de color gris tormenta lo miraba a través de la masa de metal retorcido. Todavía parpadeaba ante la repentina luz.

El ingénito alargó una mano y se quitó de un tirón el casco ya inservible, lo que dejó a la vista su repugnante piel parcheada. De la cabeza le salió sangre y una luz aceitosa, pero mientras Honsou lo miraba, la herida de aquella piel correosa comenzó a soldarse hasta que sólo quedó la mancha de sangre. Los poderes regenerativos del ingénito también parecían incluir la capacidad para respirar en aquel medio ambiente tan tóxico.

—Te estás descuidando —le dijo el ingénito con lo que quedaba del comunicador de su gorguera. Sonó igual que un instructor de combate regañando a un cadete especialmente estúpido—. ¿No has visto el peligro?

—¡Quítate de encima! —le gritó Honsou.

Varias figuras avanzaron por el espeso humo, pero era imposible saber a qué bandos pertenecían.

—Servidores de combate —le informó el ingénito en cuanto el humo se despejó un poco—. De la clase Pretoriano. Con cañones de asalto.

Honsou giró el bólter cuando tres guerreros máquina surgieron del humo. Cada uno de ellos era más alto que un marine espacial, y la carne dura y grisácea de sus torsos estaba acoplada a una oruga, semejante a las utilizadas en las piezas de artillería. Sus cráneos eran unas máscaras de la muerte, blancas y negras, y la musculatura de esos torsos era exagerada, gracias a la manipulación genética y a los implantes cibernéticos que les

permitían manejar los cañones de asalto que sustituían a sus antebrazos. Los enormes cargadores de munición que llevaban acoplados escupieron chorros de casquillos de cobre cuando las armas abrieron fuego.

Honsou apretó el gatillo y acribilló al pretoriano que tenía más cerca. La criatura se tambaleó y de su cuerpo salieron despedidos trozos de carne muerta y de armadura. Pero aquellas máquinas se construían para que duraran. Los láseres de puntería atravesaron las volutas de humo y se centraron en Honsou y en el resto de su escuadra.

Sin embargo, antes de que los pretorianos pudieran abrir fuego, una silueta negra atravesó el humo y aterrizó sobre el cargador de munición de la máquina situada más a la izquierda. Unas garras envueltas en relámpagos cortaron el aire y uno de los pesados brazos resonó al estrellarse contra el suelo tras ser cercenado. De la herida surgió un chorro de chispas y de sangre oscura mientras la silueta negra le clavaba las garras en el cuello.

Ardaric Vaanes saltó sobre la segunda máquina y blandió las garras para decapitarla antes de apoyarle los pies en el pecho para tomar impulso y aterrizar en los hombros del tercer pretoriano. El acero plateado relució de nuevo y la máquina se desplomó cuando el guardia del cuervo le desgarró la garganta y le arrancó el corazón con una serie de rápidos tajos. Todo aquello le había llevado menos de cinco segundos.

Honsou no pudo evitar sentirse impresionado. Sabía que Vaanes era un depredador increíble, pero verle hacer aquello le había servido como un recordatorio muy eficaz de ese hecho.

—Eso ha sido un comportamiento descuidado —le dijo Vaanes al mismo tiempo que se le acercaba y le ofrecía una mano para ayudarle a levantarse.

Honsou hizo caso omiso de la oferta y se encogió de hombros con un gesto displicente. El ingénito asintió.

—Eso mismo es lo que le he dicho yo.

—Yo me crezco con el peligro —le replicó Honsou—. Lo que tú consideras un acto descuidado yo lo considero un acto de arrojo.

—Pues el arrojo hará que te maten —le contestó Vaanes.

Honsou se echó a reír.

—Y eso te haría llorar, ¿verdad?

—No creo, pero ésa no es la cuestión. Sin ti no existiría ejército alguno, tan sólo una horda de asesinos sueltos. Si sigues buscando la victoria de ese modo podrías acabar triunfando y muerto, y entonces ya podríamos dar por terminada esta campaña. ¿Es que eso no te importa?

Honsou metió un cargador nuevo en el bólter, y sintió que el hacha que llevaba a la espalda se despertaba por el olor a sangre que flotaba en el aire.

—Eso es lo que nunca has llegado a entender de mí. No me importa. Hago lo que quiero porque así es como soy. Cualquier otra cosa sería mentira, y si hay algo que puedo decir de mí mismo es que nunca me traicionaré. Ni por todos los poderes de la disformidad, ni por M'kar y sin duda alguna, tampoco lo haré por ti. Sólo estoy realmente vivo cuando la muerte está a un latido de mí.

Honsou se dio vuelta, ya que de repente se sintió muy incómodo con aquel arranque de sinceridad.

—Es el único modo de vivir que conozco. ¿Acaso existe otra manera? —añadió al cabo de un momento.

Lex Tredecim, el inmenso Capitol Imperialis de lados como paredes de acantilado, avanzaba retumbante a través de un desfiladero en el centro de un gran convoy de blindados y de transportes de tropas. El camino atravesaba las Montañas del Crepúsculo en dirección a la Puerta de Guilliman, el gigantesco portal fortificado que conducía al entramado de cavernas que se extendían bajo la superficie. Aquella era la única ruta que a través de las montañas permitiría a las fuerzas imperiales llegar a su destino con completa seguridad.

Uriel, que se encontraba en el puente de mando del vehículo, contemplaba la imagen que les llegaba desde Ciudad Alta en la esfera holográfica que flotaba en el centro de aquella larga cámara del Lex Tredecim. El interior del vehículo del Adeptus Mechanicum no se parecía a ningún otro leviatán de mando en el que hubiera viajado Uriel, ya que sus accesorios le resultaban completamente ajenos y casi inhumanos. Nada del

interior del enorme vehículo parecía diseñado para que lo utilizaran humanos sin implantes mecánicos. Todos y cada uno de los paneles de control estaba atendido por un servidor o por un tecnosacerdote tan poco humano que era difícil distinguirlos.

Los paneles de sus máquinas lógicas y de sus mandos de control eran de acero y de bronce pulidos, y relucían por la aplicación reciente de aceites sagrados. Era evidente que resultaría imposible utilizarlos sin los implantes cibernéticos adecuados. Una neblina acre provocada por el incienso adecuado para los espíritus de las máquinas del interior de cada terminal bajaba flotando de los conductos de reciclado de aire, y Uriel sintió el regusto a aceite y a metal en la parte posterior de la garganta.

Pasanius y Learchus lo flanqueaban, mientras que Shaan paseaba arriba y abajo por el puente de mando como un depredador al acecho. La inquisidora Suzaku contemplaba la matanza que se desarrollaba en el interior de la esfera con gesto impasible. Tenía las manos unidas a la espalda, y el cabello blanco recogido con una cola de caballo.

Las extremidades del magos Locard chasquearon sobre las placas de acero pulido que formaban el suelo al cambiar de posición. Unos cuantos de sus mecadendritos exteriores se conectaron a la unidad de proyección situada bajo la reluciente holoesfera. Todos quedaron reunidos alrededor de la esfera brillante para contemplar a través de la cámara que llevaba incorporada uno de los pretorianos las imágenes fragmentadas y temblorosas del combate.

Los objetivos de las armas de los servidores de combate quedaban ocultos por el resplandor de los disparos un momento después de que quedaran a la vista, pero el fuerte contraste entre sus armaduras de color hierro y las bandas amarillas y negras pintadas sobre ellas era imposible de confundir. Aunque Uriel ya sabía de antemano los enemigos a los que se iban a enfrentar en Calth, siguió asombrado ante la visión de los Guerreros de Hierro en un mundo de Ultramar.

—¿Cuánto tiempo nos harán ganar? —preguntó Uriel con una voz dura como una piedra.

—Según la tasa de desgaste actual, no quedará ninguno vivo dentro de veintisiete punto tres minutos —le contestó el magos Locard.

En la base de la esfera apareció una barra parpadeante que disminuía de tamaño a cada instante que pasaba, y Uriel se dio cuenta de que era un modo de mostrar el número de guerreros imperiales que quedaban en Ciudad Alta.

—Quite eso. Confío en lo que me diga.

—Ah, encontráis desagradable la enunciación numérica/visual de la vida.

—Así es —le replicó Shaan—. Esos guerreros están dando su vida para que a nosotros nos dé tiempo a llegar al subsuelo. Deberíamos recordarlos como algo más que unos simples números.

Locard pareció mirarle con cierto recelo.

—Y lo serán, capitán. Sus designaciones quedarán guardadas en los cilindros de memoria del Lex Tredecim, y el Adeptus Mechanicum jamás borra nada.

—No es eso a lo que se refiere —le explicó Pasanius.

—Les pido disculpas, pero ¿los Ultramarines no anotan las designaciones de sus muertos en las piedras del Templo de la Corrección? —preguntó Locard.

—Así es —respondió Uriel, que ya veía adónde quería llegar el magos.

—Pues esto no es diferente —le indicó el magos—. Sólo que el modo de hacerlo del Mechanicum es más permanente.

Uriel vio que sus sargentos veteranos estaban a punto de ofenderse ante la idea de que Macragge no existiría para siempre, y siguió hablando para impedir que expresaran su rabia.

—Todos, recordamos a nuestros muertos a nuestra manera, magos. ¿Quién puede decir cuál de esos modos es el mejor?

Locard pareció a punto de contestar, pero la humanidad que le quedaba dentro del cráneo decidió sabiamente considerar que era una pregunta retórica.

—Como decís, capitán, el recuerdo de los muertos adopta muchas formas.

Una vez concluido el debate, Uriel contempló de nuevo impasible la batalla, en la que los servidores de combate y los skitarii libraban una lucha desesperada contra los Guerreros de Hierro. Aethon Shaan lo miró.

—¿Veintisiete minutos serán suficientes para que lleguemos a la Puerta de Guilliman? —le preguntó.

—No, pero nos dará la ventaja suficiente para llegar antes de que ningún perseguidor le dé tiempo a alcanzarnos.

—Nos vale —contestó Shaan antes de volver a centrar la atención en la feroz batalla que se estaba desarrollando en el interior de la esfera.

Un grupo de Guerreros de Hierro salió del humo, con su líder lanzado a la carrera contra la máquina que llevaba la cámara incorporada. Uriel notó de inmediato y con horror cierta familiaridad en las arrogantes zancadas del guerrero.

—¡Por los huesos de Hera! —exclamó Pasanius al reconocer el reluciente brazo plateado del guerrero, una extremidad artificial que no le debía su brillo a las atenciones de ningún tecnosacerdote.

El destello de los disparos volvió a ocultar a esos Guerreros de Hierro, pero Uriel dio un paso de forma involuntaria hacia la esfera reluciente a la vez que llevaba la mano a la empuñadura de la espada.

—Honsou… —musitó sin dejar de mirar al guerrero que ocupaba la fluctuante imagen—. Maldita sea, esperaba que no fuera verdad. A pesar de todo lo que sabíamos, no pensaba que pudiera ser él.

—Sin duda es él —añadió Pasanius antes de mirar a Learchus—. Reconocería ese maldito brazo en cualquier sitio.

La imagen se emborronó cuando algo oscuro se colocó delante de la cámara. Se vio un chorro de chispas y unas líneas relampagueantes que cruzaron la imagen al tiempo que ésta se inclinaba.

—¿Qué ha ocurrido? —exigió saber Uriel.

Detrás de los ojos de Locard brilló un destello estroboscópico, y una serie de iconos rojos parpadearon en la superficie de la esfera.

—El servidor ha quedado inactivo, los daños que ha sufrido superan su capacidad de mantener el funcionamiento —dijo.

—Alguien lo ha matado —tradujo Learchus. Pero ¿quién?

La imagen siseó por la estática y se estremeció a la vez que se enfocaba y se desenfocaba, hasta que un guerrero de armadura negra apareció en ella. Tenía los hombros anchos y se movía con una elegancia que a Uriel le recordó la agilidad de Shaan. La figura llevaba unas garras acopladas a cada guantelete.

—Supongo que él —comentó Pasanius.

Uriel lo reconoció con un sobresalto horrorizado, pero fue Aethon Shaan quien le puso nombre al asesino del servidor de combate.

—Vaanes —dijo Shaan como si escupiera el nombre.

Las propias garras del capitán salieron de los guanteletes con el chasquido seco del acero al deslizarse contra otra superficie metálica. La imagen destelló por la estática y por las líneas de interferencia cuando el fluido mecánico negro apareció en la superficie de la esfera antes de parpadear una última vez antes de congelarse.

La temblorosa escena se mantuvo fija en la esfera holográfica, que encuadró a los provocadores de aquella matanza. Una maraña de puntos de luz cubrió al guerrero de la armadura negra para calcular su masa corporal y compararla con las existentes en los archivos.

—Los archivos de los Adeptus Astartes muestran una concordancia en el análisis biométrico —confirmó el magos Locard—. Ardaric Vaanes, capitán de combate, Cuarta Compañía del capítulo de la Guardia del Cuervo. Declarado Excomunicatus Mortis el 934.M4 1.

—No necesito que ninguna máquina me lo diga —bufó Shaan—. Reconocería a ese traidor en cualquier sitio.

Learchus se inclinó cuando el destello provocado por el fogonazos de los disparos se apagó.

—Si ése es Honsou, entonces, ¿quién es el que está con él? —preguntó.

Uriel estudió la imagen borrosa y se quedó sin respiración al darse cuenta de que estaba contemplando un reflejo de su propio rostro, pero muerto. Locard congeló la imagen y los mandos imperiales se quedaron mirando horrorizados y con la boca abierta la máscara de piel muerta que les devolvía la mirada.

Era sin lugar a dudas el rostro de Uriel Ventris.

La fría luz de la luna refulgía al iluminar las montañas de granito de Talassar, lo que provocaba destellos en las franjas de azurita que salpicaban todas las rocas. En una noche normal, Varro Tigurius habría considerado aquel espectáculo muy hermoso, merecedor de ser plasmado en una pintura salvaje y con fuerza, donde los púrpuras encendidos y los azules fríos del cielo contrastarían de forma vívida con la palidez de la piedra de las montañas.

Pero aquella noche no existía belleza alguna, sólo muerte y sangre.

El único continente de ese planeta oceánico se llamaba Glaudor, y en ese momento, los supervivientes de la destrucción de la Caesar ascendían por las laderas de la Montañas Lirianas, muy cerca de donde Roboute Guilliman había destrozado a la horda de pielesverdes en los años siguientes a la Gran Traición.

Abandonar la Caesar había provocado una gran pesadumbre en todos los guerreros y tripulantes, pero el dolor tendría que esperar si querían sobrevivir. El enemigo no tardaría en atacarlos de nuevo, y mantenerse en terreno abierto equivalía a morir. Poco más de dos mil tripulantes de la Caesar habían logrado escapar de la moribunda barcaza de combate. Habían descendido hacia la superficie de Talassar en las cápsulas de salvamento o en las cañoneras Thunderhawk. No se produjo pánico alguno, ya que eran ciudadanos de Ultramar. Aunque tan sólo un centenar pertenecían a los Ultramarines, los siervos del Capítulo, los ilotas y los miembros de las fuerzas auxiliares de defensa eran hombres y mujeres que se entrenaban todos los días para ser merecedores del legado de Roboute Guilliman.

A pesar del estoicismo y el autocontrol de aquellos corazones, ninguno de los supervivientes pudo evitar sentirse conmovido por el fin de la Caesar.

La poderosa barcaza de combate había descendido hacia la superficie del planeta como un cometa brillante, con el casco envuelto en las llamas provocadas por la entrada en la atmósfera. Tigurius se había obligado a sí mismo a contemplar su vuelo final antes de que se desvaneciera sobre el

horizonte para hundirse en el inmenso océano que cubría la mayor parte del planeta.

—Nunca volveremos a ver una nave como ella —dijo Marneus Calgar, y el primer capitán Agemman lloró al ver destruida una nave tan poderosa. Unos momentos más tarde, los demonios los atacaron.

Surgieron del mismo aíre, como manchas de sangre en una tela blanca, y se lanzaron contra los supervivientes con la furia de sus garras y de sus colmillos. Decenas de tripulantes murieron antes de que nadie se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo; pero la disciplina férrea de la Primera Compañía aplastó cualquier sensación de pánico antes de que tuviera tiempo de apoderarse de sus corazones, y acabaron con la vanguardia de la horda demoníaca de M'kar con ráfagas disciplinadas de disparos.

La única esperanza de supervivencia residía en alcanzar las montañas, por lo que habían comenzado una marcha agotadora hacia aquellas altas cimas, con jaurías de criaturas demoníacas acosándolos a cada momento. Las columnas de supervivientes siguieron ascendiendo con un cansancio inimaginable en las extremidades, más todos los hombres y las mujeres de la tripulación estaban decididos a sobrevivir y a vengar la destrucción de su amada nave.

Aquel ataque era el sexto que sufrían desde que habían aterrizado en Talassar, y mientras los mortales seguían subiendo, los veteranos Ultramarines se dieron la vuelta para luchar.

En las paredes del cañón retumbó el eco de las ráfagas de disparos de los bólters de asalto. Las descargas de proyectiles convirtieron en pulpa la carne cubierta de escamas tras estallar en el interior con su tremenda fuerza explosiva. Los chorros de promethium que disparaban los lanzallamas pesados y las andanadas de proyectiles de los lanzamisiles Ciclón machacaron el punto más estrecho del cañón, donde una horda de abominaciones engendradas en la disformidad avanzaba en una marea poseída por un ansia inhumana de sangre.

Las bestias conjuradas a partir de las pesadillas más siniestras de la humanidad chillaban y aullaban mientras trepaban con las garras por las rocas. Los depredadores demoníacos de cuerpos reptilianos y cabezas

cornudas escalaban gracias a sus zarpas y a sus colas prensiles. Unas criaturas monstruosas de cráneos alargados y fauces erizadas de colmillos hasta lo grotesco subían con grandes saltos sobre las rocas, mientras unos engendros de músculos poderosos y extremidades rematadas por garras y ventosas se dirigían hacia la línea de batalla de los Ultramarines.

Ninguno sobrevivió a las andanadas de disparos de los veteranos de la Primera Compañía del capitán Agemman.

Marneus Calgar se encontraba en el centro de esa línea de batalla, y de los bólters acoplados con gran pericia en la parte inferior de sus famosos guanteletes surgía un torrente de disparos. El señor del Capítulo elegía sus objetivos con una precisión veloz, y tal era su puntería que ninguno de los proyectiles se desperdició.

Tigurius sintió el valor de los guerreros que lo rodeaban como una fuerza física, un poder que era más resistente que el adamantium y que jamás podría romperse. Los guerreros de la Primera Compañía luchaban hombro con hombro junto a su capitán y al señor de su Capítulo. Ninguna fuerza de aquella galaxia podría derribar su determinación.

El jefe bibliotecario lanzó un rayo tras otro de fuego abrasador contra los demonios. Su poder era todo un anatema para la existencia impura de aquella horda. La carne de la disformidad se derretía bajo ese fuego, y Tigurius se regocijó al oír los gritos de aquellas criaturas condenadas cuando eran arrojadas de regreso a su dimensión infernal.

La horda demoníaca disminuyó con cada andanada, hasta que el estruendo de los disparos se apagó y el silencio se adueñó de nuevo de Talassar.

Los Ultramarines se dieron media vuelta y siguieron adentrándose en las montañas sin que nadie tuviera que darles orden alguna, subiendo por los cañones serpenteantes y cruzando unos abismos, enormes. Agemman encabezaba la marcha en la vanguardia de la columna.

Tigurius se colocó al lado de Marneus Calgar mientras caminaban, y éste le hizo un gesto de asentimiento.

—Una vez más tu capacidad adivinatoria ha salvado muchas vidas.

Tigurius aceptó el cumplido con elegancia.

—¿Nos dirigimos hacia donde yo creo? —le preguntó.

Calgar volvió a asentir.

—Es nuestra única esperanza de supervivencia, Varro. A mí también me repugna conducir a nuestros enemigos hacia allí, pero ¿qué otra elección tenemos?

—Es una buena decisión. Es un lugar de leyenda para los Ultramarines, un episodio histórico con una victoria imposible que se les cuenta a los neófitos del Capítulo para inspirarles la apreciación adecuada de la gloria de nuestro primarca.

—Es un riesgo, y lo sabes.

—Es verdad, pero es nuestra mejor esperanza para sobrevivir. Y si debo ser franco, mi señor, debéis sobrevivir. Si caéis, todo Ultramar caerá.

—Entonces tendrás que esforzarte para mantenerme vivo. Todavía queda mucha ladera por subir.

—Contad con ello, mi señor.

Calgar alzó la mirada hacia las cimas iluminadas por las estrellas antes de hablar de nuevo.

—Primero tendremos que llegar allí, y sólo eso será toda una hazaña.

—Llegaremos —le aseguró Tigurius—. Os he visto en sus murallas y luchando con coraje y honor. Os enfrentaréis a los demonios y debéis contenerlos el tiempo suficiente para que el Centinela de la Torre cumpla su destino.

—¿Cuánto tiempo será eso?

—No lo sé, pero si hay algo que Uriel Ventris ha demostrado desde que tomó el mando de la Cuarta Compañía es que es un individuo de recursos ante la adversidad.

—Entonces todavía tenemos esperanzas, amigo mío —le respondió Calgar con una sonrisa apagada.

Tigurius torció el gesto al notar una sensación de náusea familiar en el estómago, algo que sólo podía significar una cosa.

—¡Demonios! —gritó.

La imagen parpadeante del guerrero con la cara de Uriel temblaba en la esfera holográfica. El magos Locard había acercado aquella parte de la imagen todo lo que había podido, y las matrices de interpolación de los cogitadores del Lex Tredecim definieron todo lo que pudieron la imagen. No había forma alguna de equivocarse con aquella faz aquilina de rasgos nobles y enjutos o con esos ojos de color gris tormenta.

Si no fuera por la palidez de la piel o por la armadura, era como si estuvieran mirando a Uriel.

—No lo entiendo. ¿Tenéis un gemelo? —preguntó Suzaku mientras miraba a Uriel y a la imagen de la esfera de forma alternativa.

—No, por supuesto que no. No sé qué es eso —replicó Uriel, horrorizado por aquella violación de su identidad.

Sin embargo, apenas dijo aquello, supo de repente lo que era aquella abominación, por qué tenía su rostro y cómo había acabado allí. Recordó de nuevo la visión que había tenido mientras estaba inmerso en los viles fluidos y en el abrazo carnoso de la criatura matriz demoníaca de Medrengard. Mientras se hundía con rapidez en aquella suspensión amniótica, su mente había huido a los días idílicos de su juventud. Había caminado por las cuevas de Calth, donde había revivido viejas glorias y donde había paseado con su antiguo capitán.

En aquel entonces, estaba seguro de que no se podía tratar de Idaeus, pero en ese momento y lugar, ya no estaba tan seguro.

—El Hijo Oscuro… —susurró Uriel—. Idaeus intentó avisarme.

—Idaeus —repitió Suzaku, y un leve destello luminoso en la parte posterior de los ojos le indicó a Uriel que estaba accediendo a la información que tenía almacenada en los cilindros de memoria que tenía implantados en el cerebro—. El anterior capitán de la Cuarta Compañía.

—Así es —le confirmó Pasanius—. ¿De qué estás hablando, Uriel? Idaeus murió hace ya mucho tiempo.

—Lo sé, pero también sé que lo vi. En Medrengard, cuando aquellos monstruos me metieron en una de esas criaturas incubadoras demoníacas.

No sé… Tuve algo parecido a una visión, o a un sueño febril. Creo que estaba intentando avisarme de que esto ocurriría, pero no comprendí lo que quería decirme. Salí del monstruo abriéndome paso a desgarrones, pero mientras estuve allí dentro, tuve la sensación de que…

—¿De qué? —lo urgió Locard, siempre ansioso por conocer detalles sobre la xenobiología más aberrante.

—De que había algo más allí dentro conmigo —terminó de decir Uriel, horrorizado por las implicaciones que tenía aquello—. Lo sentí a mi lado, y que intentaba alcanzarme. En ese momento no entendía lo que estaba ocurriendo, pero que el Emperador me perdone, debía ser esa… cosa.

—Interesante —comentó Locard—. Una gestación engendrada por la disformidad en la que se toman muestras biológicas del espécimen superior y se implantan en la criatura inferior. Excepto en el sentido literal de la palabra, capitán Ventris, ese individuo es vuestro hermano.

—No digáis eso —le replicó furioso Uriel—. Estos son mis hermanos, no ese monstruo aberrante.

—Os pido disculpas por elegir esa palabra, pero a todos los efectos, este ser, cuya existencia no se puede negar, comparte con el capitán Ventris una relación genética rudimentaria. Ahora creo saber cómo han logrado nuestros enemigos vencer las defensas de Ultramar con tanta facilidad.

El magos extendió una serie de sondas semejantes a varillas que le salieron de la espalda y las introdujo en varios orificios de una consola que estaba a su espalda y que estaba cubierta de botones parecidos a gemas y de numerosas pantallas con información binaria.

—¿Qué queréis decir? —le preguntó Suzaku.

—Un momento, inquisidora. Estoy descargándome la telemetría de la batalla librada en el espacio, algo que creo me confirmará lo que sospecho que es la respuesta.

Una columna continua de datos binarios cruzó la superficie de la esfera holográfica y ofreció una información que a Uriel le resultó ininteligible, pero que al magos pareció servirle de ayuda.

—Ah, sí, es tal y como me temía —dijo Locard.

—¿El qué? —quiso saber Uriel.

—Las defensas orbitales fueron infectadas por el ataque de un código corrupto. Se trata de una versión corrompida y degradada de la bendita lingua technis, uno de los lenguajes de la familia Mechanilingua que se utiliza en los programas de los servidores. Esta versión de código es muy dañina, muy avanzada, pero no podría haber descifrado el código aegis sin un conocimiento previo de los protocolos de defensa de Ultramar.

—Y vos creéis que esta criatura donada conoce esos códigos —indicó Suzaku.

—Los conoce porque el capitán Ventris los conoce.

—¿Me estáis diciendo que sabe todo lo que yo sé?

—No, eso me parece muy improbable. Me imagino que habrá absorbido fracciones aleatorias de vuestra química cerebral y de vuestros recuerdos. Y según el principio de intercambio, es posible que usted haya absorbido parte de su vida anterior. ¿Es ése el caso?

Todos se volvieron para mirarlo, y Uriel dudó por un momento antes de contestar.

—Quizás. Últimamente he tenido unos sueños muy extraños.

—¿Qué clase de sueños?

Uriel hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Nada que pueda recordar de verdad, tan sólo fogonazos. Más que sueños parecen recuerdos de hechos que le ocurrieron a otra persona. Supongo que son exactamente eso.

—¿Qué es lo que ocurre en esas visiones? —Quiso saber Locard—. Podría ser la clave para descifrar lo que es esa criatura y cómo actúa.

Uriel se esforzó por recordar lo que le había pasado por la mente en el Templo de la Corrección, y revivió el terror del ataque contra la scholam y la captura de los jóvenes cadetes.

—Soy un chaval. Un cadete en una scholam, pero no sé de dónde. Sufrimos un ataque de los Guerreros de Hierro y me capturan… Lo capturan a él. No veo nada más aparte de eso.

—Es fascinante. Es posible que hayáis experimentado el recuerdo que ese chico tiene de su secuestro, que es previo a su implantación en la criatura matriz en la que más tarde os metieron a vos.

—Tiene sentido —apuntó Shaan, cuyos rasgos pálidos estaban teñidos de verde por la luz de la esfera holográfica—. Un cadete de esa edad sería un candidato apropiado para la implantación de la semilla genética.

—Sin duda se trata de un método muy primitivo —explicó Locard—. Me imagino que sufrirán una proporción de muertes terrible con semejante procedimiento, pero al Archienemigo le importan muy poco esos detalles.

—Pero entonces, ¿por qué no he sufrido estas visiones hasta ahora?

Locard se desconectó de la consola de mando y rodeó la esfera sobre sus patas, parecidas a compases, que repiqueteaban con cada paso, hasta situarse delante de Uriel.

—Vuestra arquitectura cognitiva estaba completamente formada cuando os metieron allí, por lo que el dominio que tenéis sobre vuestra psique es completo. La del chico era maleable y fácil de convertir en algo monstruoso.

»Sus recuerdos propios y su personalidad deben luchar para conseguir el dominio contra todo lo que tomó de vos, capitán, y me imagino que eso sería suficiente para hacer enloquecer a cualquiera.

—Lo habéis llamado «chico», pero eso no es un chico —dijo Shaan señalando con un dedo la imagen.

—Una vez lo fue —le respondió Locard con un tono de voz comprensivo—. Una vez tuvo un nombre y toda una vida por delante de él, pero ahora es un monstruo con la mente degradada por el adoctrinamiento de los Poderes Siniestros. ¿Quién sabe en lo que podría haberse convertido si sólo hubiera tenido la influencia genética del capitán Ventris?

—Una criatura nacida de semejante abominación sólo puede ser una criatura de la oscuridad. El Caos corrompe todo lo que toca —declaró la inquisidora Suzaku.

—Como digáis. Es evidente que este asunto requiere una investigación más profunda.

—Sin duda —respondió la inquisidora y se volvió hacia Uriel—. ¿Por qué no mencionasteis esto con anterioridad, capitán Ventris? Esto podría muy bien influir en este conflicto. Si esta conexión funciona en ambos sentidos, es evidente que se trata de algo que podríamos aprovechar.

—Alto ahí —dijo Pasanius al tiempo que se interponía entre Suzaku y Uriel.

—El capitán Ventris fue declarado puro por los Caballeros Grises —indicó Learchus a la vez que también se interponía—. Y nuestros propios apotecarios y capellanes lo confirmaron.

Suzaku contempló divertida aquella muestra de solidaridad, pero Uriel vio más allá de aquella máscara de beneplácito. Se dio cuenta de que la inquisidora veía cierto potencial en aquella conexión con el clon monstruoso, y si quería ser sincero consigo mismo, él también lo veía.

—A un lado, sargentos —les ordenó—. Si consigo revelar más recuerdos de esa criatura, quizás encontremos algo que nos ayude a enfrentarnos a los Guerreros de Hierro. ¿Podríais hacerlo, magos Locard? ¿Podría sacarme esos recuerdos?

Locard asintió con el rostro iluminado por aquella expectativa.

—Dispongo de un equipo neuroinvasor a bordo que me podría permitir extraer de vuestra mente cualquier traza residual del clon —dijo con una sonrisa llena de regocijo—. Por supuesto, esa maquinaria se diseñó para su uso en criaturas alienígenas, pero aun así, debería ser un proceso razonablemente seguro.

—¿Razonablemente? Eso me suena algo impreciso viniendo de vos, magos —le dijo Uriel antes de cruzarse de brazos sobre la placa pectoral de la armadura—. Defina «razonablemente».

—Tendrá una probabilidad de supervivencia del sesenta y siete punto seis tres cuatro nueve por ciento —le contestó el magos Locard.



DIEZ

A pesar de todo lo que le había contado el ingénito a Honsou sobre la Puerta de Guilliman, sobre su descomunal escala e increíble poder, éste se asombró al ver lo gigantesca que era aquella inmensa estructura. Era visible desde cincuenta kilómetros de distancia, como un reflejo de bronce en la cara de las montañas de color índigo, pero la magnitud de su tamaño no fue del todo evidente hasta que el ejército de los Nacidos de la Sangre escaló las escarpadas laderas de las Montañas del Crepúsculo.

Toda una ladera de la montaña había sido excavada para formar una gigantesca puerta, un abismo vertical tallado en la roca con las caras interiores esculpidas con decenas de miles de estatuas, relicarios, capillas y arcadas. La mayor de todas era la estatua dorada del capitán Ventanus, el salvador de Calth, que tenía cien metros de altura. La puerta se encontraba en lo alto de una amplia calzada de granito pulido que conducía a los desolados yermos de la superficie. Construido a dos mil metros de altura y comparable a cualquiera de las grandes puertas de Terra, era una pieza monumental de arquitectura defensiva. Los héroes de los Ultramarines se erguían sobre plintos con poses heroicas a lo largo de la calzada, con sus escudos y las cabezas alzadas hacia el letal sol.

Los guerreros kroot relucían con las secreciones aceitosas que les permitían respirar subidos a las estatuas y manchaban con sus excrementos las pálidas caras de mármol. Los mercenarios alienígenas graznaban con estridente placer ante su vandalismo, con la piel oscurecida por la influencia del mortífero sol de Calth. Los soldados mortales dispararon contra las estatuas con sus primitivas carabinas láser de cerrojo, mientras que los vehículos blindados las golpeaban por el flanco y las derribaban para hacerlas caer rodando hacia las llanuras inferiores.

La propia puerta estaba situada en el extremo más alejado de un abismo sin fondo, sus dos hojas, creadas a partir de dos gigantescos bloques de bronce y adamantium, se mantenían unidas por el centro mediante un par de símbolos entrelazados de los Ultramarines. Cada uno de los paneles mostraba una representación ridículamente pretenciosa de héroes de los Ultramarines donde mataban dragones, pielesverdes o demonios cornudos. Los búnkeres y los bastiones sobresalían de las caras interiores de la cueva,

creando un área de defensa de la que apenas nadie sería capaz de salir con vida. Llegar hasta la puerta era una gesta, pero atravesarla requería mucho más que fuerza bruta.

Honsou estaba en la cúpula abierta de su Land Raider, con la empuñadura del bólter pesado del vehículo sostenida entre sus guanteletes. Se balanceaba con el movimiento del tanque, disfrutando de la sensación de poder que el vehículo le confería. Anteriormente ya había aplastado a los Ultramarines bajo sus orugas y esperaba ansioso oír los gritos agónicos de muchos más antes de finalizar este conflicto. Aunque no era una medida inteligente, su vehículo formaba parte de la vanguardia de los Nacidos de la Sangre, una caótica mezcla de poderosos tanques de batalla, transportes de tropas y de extrañas máquinas híbridas fabricadas por Votheer Tark y su cábala de magos lunáticos.

Por poderoso que fuera el tanque de Honsou, era como una hormiga ante un grox en comparación con el vehículo que atronaba por encima de los desiertos de cuarzo de Calth por detrás de él, un leviatán con orugas hecho de acero e hierro negro. Con una altura de cien metros, su estructura básica tenía la forma característica de una raza que anteriormente se había contado entre los aliados del Imperio, hasta que fue traicionada y condenada a su extinción. Antaño, estas fortalezas móviles habían luchado por el Emperador Carroñero, pero ahora, en esta era oscura, servía a los guerreros de los Dioses Oscuros.

Este leviatán era la Basílica Negra, y aquellos soldados de los Nacidos de la Sangre que no disponían de respiradores viajaban en el interior de su casco blindado y cubierto de aceites. De ese casco sobresalía un cañón gigantesco, mientras sus niveles inferiores estaban cubiertos de alambres de espino electrificados y cubiertos de suciedad. Era tanto el atronador símbolo de una sanguinaria destrucción como un ídolo y un templo a los Poderes Ruinosos.

El adepto Cycerin viajaba en el interior de la Basílica Negra, con su apestosa cuba de fluidos trasladada desde el strategium del *Raza Guerrera* hasta su puente de mando, donde sus mecadendritos se habían conectado a

los sistemas hasta el punto que no se podía diferenciar al magos de la máquina.

Varias decenas de miles de Nacidos de la Sangre seguían a la Basílica Negra, una hueste como ninguna otra que la legión de Honsou hubiera comandado desde la derrota de Horus Lupercal. Miles de mutantes, de mercenarios alienígenas, de piratas, de astartes renegados, de parias, de monstruos, degenerados y criminales permanecían atentos a sus órdenes para desencadenar un infierno sobre el mayor símbolo del Imperio.

Incluso cuando Abaddon emergió del Gran ojo con sus huestes, los Guerreros de Hierro habían luchado formando bandas aisladas, temerosas de verse arrastradas a otro desastroso conflicto que los condujera a la derrota bajo el rodillo de la venganza imperial.

En esta ocasión, Honsou se encargaría de que uno de los pilares de ese Imperio fuera destruido.

Uriel estaba tendido en la argéntea camilla de la cubierta médica del Lex Tredecim, mirando las líneas lumínicas del techo. Mientras, el magos Locard estaba ocupado con una serie de armazones metálicos que tenían el aspecto de pertenecer a una docena de ramas de tecnologías alienígenas. Un cable extensible emergió de una caja cuando las mecadendritos del magos Locard activaron el conector para permitirle conectarse con la clavija de entrada en la parte posterior del cuello de Uriel.

Normalmente esta clavija permitía a los sentidos automatizados de su armadura interconectarse con su físico genéticamente potenciado, proporcionando a Uriel una percepción de la situación mucho más intuitiva y más reactiva ante el peligro.

—¿Estás seguro de esto? —le preguntó Pasanius inclinándose sobre la mesa para mirarlo.

—El enemigo está a las puertas —dijo Uriel enfáticamente—. Contra cualquier otro, no albergaría ningún temor, pero los Guerreros de Hierro son unos maestros en el arte del asedio, y Honsou está dominado por el odio y el ansia de venganza. Así pues, sí, estoy seguro.

Pasanius observó a Learchus, y Uriel se emocionó por su preocupación, pero lo que había dicho era cierto. Si arriesgar su vida de esa manera podía ayudarles en la batalla que se avecinaba, entonces estaba más que dispuesto a permitir que Locard intentara alcanzar los recuerdos heredados que estaban enterrados en lo más profundo de su cerebro.

—No me gusta —insistió Pasanius—. No es algo natural.

—No me pasará nada —le contestó Uriel tratando de parecer tranquilo.

—Pero ¿y si te pasa? —dijo Pasanius—. ¿Quién mandará la Cuarta Compañía?

Uriel giró la cabeza para mirar a Learchus.

—Learchus ya lo ha hecho una vez anteriormente, y si es necesario lo volverá a hacer.

Learchus negó con la cabeza.

—Quiero llegar a ser capitán, pero no de esta forma.

—Yo dije lo mismo cuando Idaeus murió —le respondió Uriel—, pero he aprendido que a la vida le importa muy poco lo que queremos o lo que nos merecemos.

Pasanius gruñó y señaló con el pulgar las zumbantes cajas de circuitos.

—A mí no me parece que sea seguro. Tienen un aspecto demasiado alienígena para mi gusto.

—Lo es —dijo el magos Locard sin girarse—. Buena parte de ellas utilizan tecnología recuperada de entre las ruinas de Golgotha tras la derrota de los pielesverdes.

—¿Es tecnología de los pielesverdes? —exclamó Pasanius—. ¿Lo ves? ¡Ya te dije que no parecía seguro!

—No, sargento Pasanius —dijo Locard—. Es mucho más antigua que eso, son vestigios de la raza que los pielesverdes exterminaron al reclamar Golgotha. Tranquilícese, su capitán está en buenas manos.

Uriel esperaba que Locard tuviera razón, pues las mecadendnitos habían acabado su manipulación de la clavija y oscilaban por el aire hacia él mientras el magos se le aproximaba.

—¿Está preparado, capitán Ventnis? —le preguntó Locard.

—Lo estoy. ¿Cuánto tiempo le tomará? —quiso saber Uriel.

—Es pura especulación, pero no demasiado —dijo Locard mientras la clavija se encajaba limpiamente en el conector de su cuello—. Los sujetos experimentales experimentaron una recuperación de memoria en pocos segundos. Sospecho que esto no será muy diferente.

El conector de su cuello parecía muy frío y hubo un instante en que notó un sabor metálico en la boca, como si una corriente eléctrica de bajo nivel lo recorriera. Había oído el clic de la conexión y el zumbido de los ganchos de sujeción cerrándose alrededor de la conexión abierta en su cráneo. Una adormecedora frialdad lo asaltó mientras las fibras invasivas se entrelazaban con su córtex cerebral.

La inquisidora Suzaku apareció en su visión periférica. Uriel no la había oído entrar en la bodega médica.

—Voy a estar observando —dijo ella—. Por si se manifiesta alguna cosa aparte de los recuerdos de la criatura.

—Comprendo —dijo Uriel viendo la firme decisión en los ojos de Namira Suzaku.

Locard se inclinó sobre él. Lo que quedaba de sus rasgos orgánicos luchaban por ocultar la emoción que sentía por utilizar esta tecnología de una forma tan singular.

—¿Podemos empezar? —le preguntó.

—Adelante —dijo Uriel.

Oyó un ligero chasquido, y un terrible dolor le golpeó el cráneo, mientras los reprimidos horrores se apresuraron a llenar todos los rincones de su mente.

El dolor es intenso, como un agudo pinchazo que te hace llorar de agonía. Él cierra los ojos y trata de recordar alguna cosa buena, algo placentero, pero no queda nada. Todo lo que recuerda ahora es el dolor y la degradación. Recuerda jaulas, látigos y la brutalidad sin sentido, hasta tal punto que los que comparten su jaula a veces se vuelven los unos contra los otros.

Todo lo que conoce es el dolor, el hambre y la enfermedad.

La nave espacial era un ataúd de metal, sin mamparos. Y las pesadillas conducen a docenas de ellos hasta la locura y el suicidio. Apenas queda un

puñado, aunque no puede recordar cuántos eran al empezar ese terrible viaje. Viven en la oscuridad, alimentados con sobras y subsistiendo gracias a la condensación que lamen de las frías paredes de hierro.

Y pese a todo este horror, la nave espacial es un paraíso comparado con el sofocante infierno de la caverna. Él trabaja duro día y noche en esa morgue llena de cadáveres, alimentando con extremidades destrozadas y cuerpos ensangrentados las rechinantes máquinas que aúllan ansiosas de sangre y criban los valiosos bocados. Sus amos lo azotan y castigan con hojas afiladas, desollándole la piel de la espalda y lamiéndole la sangre con sus filos.

Son mucho más grandes que él, unas horripilantes criaturas de la disformidad con cuerpos esqueléticos tan mutilados por la cirugía que semejan poco más que remendadas creaciones. Recorren la caverna sobre extremidades como cuchillas y con sus cabezas encastadas en armaduras de bronce, hablando roncamente en su inconexo lenguaje mezcla de máquina y gótico fragmentado.

Sus ojos son fríos y llamarles la atención significa la muerte segura.

Se autodenominan «los mortuarios bestiales.

Sabe que ellos pronto lo matarán, al igual que sabe que se alegrará de que llegue ese día.

Empuja una pesada camilla cargada de cuerpos hacia las máquinas trituradoras. Otros chicos han sido arrastrados hacía las máquinas y han muerto, aunque él piensa que algunas han saltado deliberadamente. Él piensa hacer lo mismo. Cualquier cosa será preferible a esta pesadilla.

Otro chico empuja la camilla junto a él, pero no sabe cómo se llama. Piensa que puede haberlo conocido alguna vez, pero nada permanece en su memoria, a excepción de su existencia bañada en sangre. Ambos empujan la camilla hacia el pozo que conduce a las chirriantes profundidades y la levantan hasta que los cadáveres resbalan y desaparecen entre los retumbantes martillos de las máquinas. La carne explota y los huesos se parten. Los rodillos gruñen de placer por el festín.

El otro chico se gira para mirarlo y dice algo, pero está demasiado entumecido para oírlo.

—Samuquan —dice el chico.

—¿Samuquan? ¿Será ése su nombre?

Pensando que puede serlo, se gira hacia el chico, y ve como en un espejo su misma entumecida desesperación en sus ojos.

—¿Qué? —le pregunta.

—Vamos —dice el chico señalando hacia el pozo—. No puedo soportar esto ni un segundo más.

—¿Qué? —pregunta nuevamente él, con el cerebro demasiado lento para procesar las palabras que escucha.

—Hagámoslo juntos —solloza el otro chico cogiéndole la mano.

Él mira la mano aturdidamente, sin verla en realidad, y totalmente incapaz de dilucidar el sentido de las palabras del chico. Este lo mira suplicante pero él no puede moverse, no puede hacer nada.

Entonces, por encima del chirrido de los martillos de carne les llega el sonido de unos pasos punzantes, el sonoro y metálico ruido de unas piernas arácnidas. El chico levanta la mirada aterrorizado y da un paso hacia el pozo.

—Ellos van a tirarte a ti esta vez —dice el chico antes de saltar al chirriante pozo.

Él observa cómo el chico cae, sin sentir nada mientras oye los monstruosos ruidos de un cuerpo humano siendo destrozado por las máquinas demoníacas. Él sabe que eso debería horrorizarle, pero no puede sentir nada, excepto irritación, porque a partir de ahora tendrá que empujar la camilla sin su ayuda.

Una sombra lo envuelve, todo ángulos y cuchillas, y un silbante aliento que apesta a sus podridas interioridades. Él levanta la vista, aunque le han advertido muchas veces que no debe hacerlo, y se encuentra con la mirada de una criatura con una cara envuelta en vendas empapadas de sangre y ojos de bronce. Va vestido de negro, y con el icono de un cráneo partido cosido en su carne expuesta. Sus extremidades de mantis se mueven por encima de él, y una multitud de oxidadas cuchillas entrechocan como uñas rotas.

Una feroz raja como una boca sin labios y llena de dientes como agujas le devolvieron la mirada. Una negra lengua sale de detrás de los dientes y cata su miedo en el aire.

—Carne hace nuevo cuerpo —dice la cosa con una voz zumbante como el ruido de un insecto.

Él no responde, esperando que esté refiriéndose al otro chico. Las lágrimas le caen por las mejillas mientras reza para que tomen el cuerpo del otro chico. La vergüenza y el miedo arden en su corazón. «Por favor —piensa—, por favor, tomadle a él y no a mí». Entonces se da cuenta de que el otro chico no está. Está solo, y no hay nadie más al que puedan coger.

Cae de rodillas, el terror de su nuevo destino supera las reacciones automáticas que le habían permitido seguir poniendo un pie delante del otro todo este tiempo. Unas pinzas cubiertas de cuchillas lo cogen y levantan del suelo, y es llevado, casi tiernamente, a través de esta visión del infierno, todos los lagos fundidos, los demonios encadenados y las aullantes máquinas que se alimentan de carne.

Siente la presencia de otros en las cercanías, pero lo único que oye son sus propios sollozos ahogados.

Las garras lo dejan en el suelo, pero él no puede moverse. No tiene energías para correr, ni siquiera para levantarse. Algo gigantesco y cubierto de supurantes y ulceradas llagas se cierne sobre él. Y oye cómo una chorreante humedad se vierte en el suelo mientras las cuchillas cercenan la carne. Gira la cabeza y puede ver un gran cuerpo, grotescamente hinchado pero con su forma original aún reconocible. Tiene una cara femenina, está abotargada y horripilantemente desfigurada, pero es una mujer al fin y al cabo.

Él piensa que es su madre y llora, mientras las garras se le acercan y lo levantan en su dirección. El hedor a sangre le asalta, algo habitual en este lugar, pero éste es cálido, fresco y húmedo. Una carne cálida lo envuelve, y oye un contenido suspiro surgiendo de la temblorosa boca de la mujer, como si ella le diera la bienvenida a su útero demoníaco. Ella necesita este chico para que madure y se desarrolle, aunque él sabe que para él no habrá ningún maravilloso nacimiento.

Él ha visto los deformes vástagos de estas criaturas infernales. Él ha sacado sus mutantes cadáveres de esta sala en numerosas ocasiones, expulsando sus deformes y retorcidos cuerpos de la fortaleza como si fueran basura. Este será su destino: él se convertirá en un monstruo, y todo lo que era será pervertido en algo horripilante.

Colocan unas pesadas hojas de carne maltrecha sobre él, lo envuelven en la oscuridad, y finalmente puede dar voz a los gritos que han estado formándose en su interior en los últimos seis meses. Sus pulmones se llenan de ellos mientras lucha al sentir cómo se ahoga.

Pero no llega a ahogarse, y ahora flota en el calor del vientre del demonio durante lo que parece una eternidad. Está solo. Con cada instante que pasa, su cuerpo cambia y crece mientras su vil madre lo alimenta con el horrible preparado que transformará su cuerpo en un engendro odioso en o una cosa repugnante.

Está solo, sus huesos se alargan y su psique oscila, pero hay algo que falta, algún elemento esencial que todavía no se ha incluido en su forma cambiante para que llegue a estar completo.

Entonces, mientras el cuerpo de su madre demoníaca se abre de nuevo, se le añade ese elemento, y ya no estará nunca más solo.

La nueva carne lucha mientras es implantada, pero él quiere decirle que no debe preocuparse.

La muerte será rápida de esta forma.

Pero ellos no mueren.

—¿Y cómo se supone que debemos pasar a través de esto? —preguntó Cadaras Grendel mientras otra andanada de proyectiles impactaba en los manteletes de las trincheras. Los fragmentos llovieron sobre el improvisado puesto de mando de Honsou—. Incluso Perturabo dejaría de lado su obra para abrir esa puerta. ¿Y, aun así, adónde nos llevará? ¿A través de las montañas?

—Conduce bajo la superficie —dijo el ingénito, limpiando el polvo del detallado mapa que había trazado en un trozo de papel de cera—. La

población de Calth vive en grandes cuevas subterráneas. Estas son tan grandes que tienen sus propios climas, y algunas son tan fértiles que puedes vagar durante días entre sus ecologías y olvidarte de que estás bajo tierra.

Honsou ya sabía todo eso, pero era escalofriante oírselo decir al ingénito como si hubiera caminado bajo esos techos de roca y pasado una vida entre ellos. El mapa que había trazado les mostraba la distribución del sistema de cuevas más allá de la puerta, como si lo hubiera dibujado después de tomar medidas muy precisas. De hecho éste era mucho mejor que un simple mapa, parecía como si hubiera sido trazado a partir de la experiencia personal, aunque se tratara de una experiencia heredada de otro. Aunque el ingénito recordaba perfectamente el terreno, Honsou le había hecho dibujarlo todo, prefiriendo la seguridad de un mapa que pudiera sostener con sus propias manos.

El suelo tembló ante un nuevo impacto de otra andanada. Los cañones de la Puerta de Guilliman castigaban el extremo de la calzada, pero los Guerreros de Hierro eran expertos en resistir este tipo de castigo. Tres disparos del gran cañón de la Basílica Negra habían abierto grandes cráteres en el extremo de la calzada, suficientemente grandes para que los Guerreros de Hierro construyeran con los cascotes una serie de trincheras tras las que los acorazados pontonros de carretera se fueran extendiendo por encima del abismo que se abría bajo el ángulo de disparo de los cañones de la puerta.

—¿Hay alguna otra forma de entrar? —le preguntó Ardaric Vaanes auyentando la mirada del mapa—. ¿Algo que no esté indicado en este mapa?

—Ciertamente hay otros caminos de entrada —asintió el ingénito.

—Entonces, ¿por qué no los utilizamos para llegar ahí abajo? —quiso saber Grendel, que siempre había sido un guerrero partidario de las acciones directas—. Sería muchísimo más sencillo que tratar de derribar esas malditas puertas.

El ingénito sonrió despectivamente, y Honsou captó un destello de dolor y de locura, en sus ojos. La última andanada de tortuoso interrogatorio mental del magos Cycerin le había arrancado buena parte de su control, y

sólo era cuestión de tiempo que el constante dolor de su existencia lo volviera irremediablemente loco.

—¿Creéis que los Ultramarines dejarían que fuera tan sencillo rodear su mejor defensa?

—Dímelo tú —siseó Grendel mientras acercaba una mano a la pistola que llevaba al cinto.

—¿Podéis dejar los dos de pelearos por un par de segundos? —les espetó Vaanes—. No puedo pensar con vuestras tonterías.

El guardia del cuervo renegado estaba mirando a las inmensas puertas mientras hablaba. Honsou sabía que estaba calculando los ángulos de aproximación, las zonas muertas y un centenar más de estratagemas que no fueran dirigirse directamente hacia la puerta.

Grendel le lanzó una mirada asesina, pero el ingénito simplemente asintió.

—Existen otros caminos, pero ninguno que permita a los ejércitos de los Nacidos de la Sangre pasar —dijo sin notar la amenaza en las palabras de Grendel ni la exasperación del guardia del cuervo.

—No utilices esa expresión —le espetó Honsou—. Nacidos de la Sangre. No la pronuncies.

—¿Por qué no? —se regodeó Grendel olvidando la animosidad que sentía contra el ingénito—. ¿No te gusta? Yo creo que suena bien.

—Ese es un nombre de M'kar, no mío —dijo Honsou—. Esta es nuestra guerra, y no quiero que sea asumida como propia por un maldito demonio simplemente porque ha decidido darle a unos guerreros un nombre.

—Nombrar algo te confiere poder sobre ello —dijo el ingénito. Honsou golpeó con el puño el mapa.

—Pues ésa es otra buena razón para no utilizar ese nombre.

—Yo no tengo nombre —dijo distraídamente el ingénito—. Aunque creo que alguna vez tuve uno.

—¿No lo recuerdas? —le preguntó Vaanes.

—No —dijo antes de encogerse de hombros—. Y no estoy seguro de quererlo. Si recuerdo quién era, ¿qué haré con el que soy ahora?

—¿Y a quién le importa eso? —Le soltó Grendel—. No necesitas ninguno. Eres lo que eres, y nada puede cambiar eso, con o sin nombre. Ahora, como ya he dicho, ¿cómo demonios vamos a atravesar esa puerta?

—No te preocupes, Grendel —dijo Honsou—. Esa puerta no será un problema.

Un viento frío recorrió toda la longitud del Valle del Sol y barrió las llanuras de aluvión doblando los retoños en sus laderas. Un río caudaloso fluía desde el principio del valle, donde residía el poder imperial en Espandor, la ciudad de las torres de mármol de Herapolis.

Una muralla curvada de piedra pálida recorría el valle a lo ancho, con su gran altura culminada por torres de techo argénteo, del que sobresalían baluartes y baterías de cañones. Pese a su formidable aspecto, era una ciudad de gran belleza, como un gigantesco glaciar de plata, oro y mármol colocado para toda la eternidad en el extremo del valle. Eterno e inamovible.

Había sobrevivido a una invasión no hacía demasiado tiempo, y ahora tendría que sobrevivir a una segunda.

Praxor Manorian y Scipio Vorolanus subieron los escalones tallados en la parte posterior de la muralla en dirección a los baluartes, gigantes formas blindadas de azul brillante ribeteadas de oro. Tras ellos iba Iulius Fennion, y Scipio vio cómo su mirada se desviaba continuamente hacia los soldados que estaban haciendo instrucción en los amplios campos de entrenamiento que había detrás de las murallas de la ciudad.

—Mejores que los de Ghospora —dijo Iulius aprobadoramente.

—Esto es Ultramar —dijo Scipio, con eso bastaba como explicación—. Tú estaríais ahí abajo con el capellán rompiendo cabezas si no fuera así.

—Cierto —convino Iulius—. Gallow ha cumplido su deber.

—Relájate, hermano —le dijo Scipio—. No cubras al hombre con demasiadas alabanzas.

Iulius Fennion gruñó y meneó la cabeza.

—Siempre se puede mejorar, especialmente con las fuerzas mortales. Yo lucharé junto a ellos, pero no los dejaré atrás.

—Entonces tal vez deberíamos asignar a los Inmortales la defensa de la ciudad —dijo Praxor Manorian tratando en vano de no reflejar su propio interés en la voz. Tanto Scipio como Iulius intercambiaron una mirada que los trasladó de nuevo al Risco Negro.

—Eso no depende de mí, hermano —dijo Iulius diplomáticamente, sorprendiendo a Scipio, pues el sargento de los Inmortales no era conocido por su tacto. Directo y beligerante, Iulius Fennion era un guerrero que hablaba sin tapujos y cuya devoción al deber y al Capítulo eran de sobra conocidos—. Es el capitán quién debe decidirlo.

Praxor asintió, pero no dijo nada, sabedor de que enemistarse con Fennion tan sólo podría conducir a una nueva discusión. Scipio había visto cómo la melancolía se cernía sobre los hombros de Praxor como un peso cada vez mayor desde el Risco Negro. No importaba que hiciera casi medio siglo de aquella gran victoria, o que hubieran librado una docena de campañas desde entonces, la mente de Praxor Manorian estaba fija en su desliz durante esa breve guerra. Le habían dado órdenes de defender Ghospora en vez de seguir a Sicarius a la gloria. Praxor jamás había olvidado el momento en que había sido dejado atrás, como un soldado de guarnición en vez de como un cruzado.

—Como bien dices, hermano Fennion —dijo Praxor—. Será lo que el capitán ordene.

Un atronador rugido, como el de los dragones que se decía habitaban los mares de Talassar, resonó por encima de sus cabezas, y Scipio levantó la mirada para ver a una de las Thunderhawks de la Segunda Compañía pasar por encima de ellos para luego girar hacia las elevadas torres del Domus Invictus, el palacio del gobernador imperial, al que se dirigía para aterrizar.

—El Gladius —dijo orgullosamente Iulius, pues ésa era la nave de asalto del capitán Sicarius.

—Mirad cómo se refleja el sol en el dorado de sus alas —dijo Scipio—. Se diría que está en llamas.

—Cierto, es como un pájaro de fuego de la Antigua Tierra —dijo Tulius.

—¿El pájaro de fuego? —inquirió Praxor.

—Sí, un ave legendaria que renacía de sus cenizas tras su muerte para levantarse de nuevo y ser aún más gloriosa que antes. Este es un buen augurio, hermano.

—Si tú lo dices… —replicó Praxor mientras la cañonera desaparecía de su vista.

Las Thunderhawks de la Segunda Compañía estaban atracadas en refugios acorazados dentro del Domus Invictus, pero sus tanques y sus transportes se encontraban perfectamente ordenados a ambos lados de la amplia puerta.

Sólo habían ocho Rhinos en vez de los diez habituales, pues dos se habían perdido en la carrera para cruzar la Garganta Actium. Las fuerzas traidoras casi los habían aislado del puente y se había producido un corto pero brutal tiroteo cuando los Ultramarines se esforzaron por abrirse paso a través de la garganta. Aunque los guerreros transportados en su interior habían escapado con vida, se habían perdido dos vehículos durante el combate, para disgusto del tecnomarine Lascar.

Subieron el resto de las escaleras en silencio, llegaron finalmente a las murallas, donde se encontraron con el capitán Sicarius y los Leones de Macragge reunidos en una de las barbacanas. La escuadra de mando de Sicarius era un grupo de héroes que habían acumulado tal cantidad de victorias que eran la envidia de cualquier escuadra del Capítulo.

Desde su privilegiada posición, el valle del Sol tenía bien merecido su nombre, pues la luz dorada lo recorría en toda su longitud mientras la puesta del sol resplandecía en el lejano horizonte. Las laderas del valle eran de piedra desnuda, pues los bosques habían sido talados por los invasores pielesverdes para alimentar los hornos de sus traqueteantes máquinas de guerra. Una cuidadosa replantación estaba logrando repoblar los bosques, pero la tierra estaba mancillada por los alienígenas, y haría falta mucho tiempo antes de poder restaurar la antigua gloria del valle.

Sicarius se giró al oír que se aproximaban, y los tres sargentos se pusieron firmes, golpeándose el pecho con el puño.

—Saludos —dijo Sicarius devolviéndoles el saludo—. No podemos perder ni un instante.

Iulius habló el primero:

—¿Ha sucedido algo? ¿Ha traído el Glaclius noticias de la Reina Corsaria?

—No —dijo Sicarius con una sonrisa—. Eso no, pero si vosotros y vuestros guerreros queréis un poco de acción, creo que podréis conseguirla bastante pronto.

—Siempre la queremos —dijo Praxor Manorian un poco demasiado precipitadamente.

—Siempre estamos dispuestos para servir al Capítulo —dijo Iulius.

—¿Y tú, Scipio? —le preguntó Sicarius—. ¿Te unirás a tus hermanos en esta misión?

—Sería de gran ayuda si conociera la naturaleza de la misión, mi señor.

—Ah, Scipio, tú siempre tan cauteloso —dijo Sicarius haciendo que sonara como un insulto—. Pero por eso eres tan bueno en lo que haces.

—Gracias, mi señor —dijo Scipio—. Vivo para servir al Capítulo, y sea cual sea la misión, me uniré a mis hermanos.

—Eso está bien —dijo Sicarius indicándoles que se unieran a su escuadra.

En el centro de la barbacana había una amplia mesa sobre la que se veía un mapa del continente occidental de Espandor donde se mostraban los principales asentamientos agrícolas y los centros de población. Estos eran pocos y muy separados unos de otros, pues Espandor no era, un mundo demasiado poblado.

—Estamos aquí —dijo Sicarius señalando el icono que representaba Herapolis—. El asentamiento más grande de Espandor y el centro del poder de los Ultramarines. Si esta ciudad cae, Espandor cae, así que no vamos a dejar que eso suceda. Las murallas de la ciudad son altas y fuertes. Incluso las zonas que fueron derribadas por el gargante durante la última guerra han recuperado la solidez de antaño.

—Con todo respeto, mi señor, ¿un asedio? —Dijo Scipio—. Estamos dispuestos para lo que haga falta, pero permanecer ocultos detrás de las murallas no es el tipo de guerra para el que hemos sido entrenados.

—Exactamente —dijo Sicarius—. Somos los Adeptus Astartes. No esperamos que el enemigo venga a nosotros, nosotros llevamos la lucha hasta él y lo ahogamos antes de que pueda sentir nuestra mano en su cuello. Mirad este mapa, estudiad las posiciones de las fuerzas de los Nacidos de la Sangre y decidme qué veis.

Los ojos de Scipio estudiaron el mapa y captaron la posibilidad de una guerra de movimientos que tanto le gustaba a Sicarius. Levantó la mirada y vio una expresión en la cara de su capitán que no era exactamente de admiración, aunque tampoco de aversión. ¿Era posible que realmente se sintiera encantado de enfrentarse a un enemigo tan astuto?

—Los hemos frenado, pero no los hemos detenido del todo —dijo Praxor.

—Están marchando hacia Herapolis —dijo Iulius—. Eso es más que evidente.

—Todo eso es obvio —dijo Sicarius—. Pero mirad más de cerca, mirad con los ojos del enemigo.

Por desagradable que fuera, Scipio apartó de su mente la idea de que aquél era un mundo de Ultramar y se imaginó que Espandor era un mundo que debía ser conquistado. Pensó que las flechas rojas y los indicadores de tiempo eran sus propias fuerzas, trazó el plan de lo que se había logrado y de lo que era necesario hacer a continuación. La forma de la invasión se volvió fluida en su mente, su intuitivo conocimiento de las estratagemas de infiltración le permitió mirar el mapa con unos ojos que veían más allá de los campos de batalla más ventajosos o los sitios perfectos para emboscadas. Vio la mente que había tras el ejército, comparando los tiempos de cada asalto con los movimientos previstos de cada división.

—Está moviéndose entre sus fuerzas —dijo—. Por eso nunca la hemos encontrado. Imparte sus órdenes ya continuación se mueve hacia el ejército con la misión más difícil. Busca la gloria.

—Scipio tiene razón —dijo Sicarius dándole unos golpecitos en el borde dorado de la hombrera—. Esta Kaarja Salombar es muy astuta. Oh, sí, muy astuta, pero está acostumbrada a enfrentarse a aficionados lentos y pesados. Cato Sicarius la ha calado, pero necesito saber dónde está si he de atravesarle el cuello con mi espada.

—Y ahí es dónde entramos nosotros —dijo Praxor.

—Exacto, sargento Manorian —dijo Sicarius—. No puedo matar lo que no puedo encontrar, y como Gaius siempre me está recordando, no puedo lanzar un golpe decisivo hasta que esté seguro de que voy a alcanzar el objetivo deseado.

—¿Qué queréis que hagamos, mi señor? —preguntó Scipio.

—Salid con vuestras escuadras ahí fuera y convertíos en mis batidores. Encontradme la Reina Corsaria e informadme de dónde se encuentra. Lanzaré toda, la furia de la Segunda Compañía contra ella y su cabeza colgará de la punta de una pica antes de que acabe el día.

Scipio golpeó con el puño su placa pectoral, satisfecho de tener una misión en la que sabía que sus guerreros destacarían.

—La encontraremos para vos, mi señor —le prometió, y sus hermanos sargentos repitieron su declaración.

—Encontradla rápidamente —dijo Sicarius mientras el sol desaparecía tras el horizonte y caía la oscuridad.



ONCE

Con una garra haciendo cuña en la roca, Ardaric Vaanes se balanceó en un saliente en forma de cabeza de águila situado a casi ochocientos metros de altura. Las cuchillas de su puño derecho se clavaron en la roca mientras liberaba la presa de su otra mano para girar sobre sí mismo y asegurarse sobre el muro con los pies. Se puso rígido al sentir el barrido del augur de la tronera más próxima pasando por encima de él. Amoldó su cuerpo a la cara interior de la puerta y dejó sólo activas las emisiones de energía esenciales para su armadura.

A su alrededor, los loxati de la partida Xanean permanecieron totalmente inmóviles siguiendo su ejemplo y alteraron la química de su cuerpo para fundirse con la piedra de la montaña y reducir su calor corporal al mínimo. Los alienígenas reptilianos eran unos asesinos natos y, con sus pieles camaleónicas, se convertían en excelentes operativos de infiltración. El eslabón más débil de su cadena de aproximación era el ingénito, pero éste había demostrado de lo que era capaz a bordo de la *Indomable*, por lo que le habían permitido tomar parte en esta misión.

Veinte metros por encima de ellos y diez a la derecha, la tronera de los Ultramarines situada sobre la gigantesca puerta de bronce tronó al disparar nuevamente una andanada sobre el campamento de los Guerreros de Hierro que había a sus pies. Los fogonazos de los cañones eran cegadores y el ruido ensordecedor. El retroceso se disipaba por la montaña, y Vaanes apretó el puño y se asió con más fuerza cuando las violentas vibraciones trataron de hacerle caer. El sonido de esos cañones desde el campamento era increíble, pero a esa distancia era prácticamente insoportable.

Los proyectiles alcanzaron las elaboradas trincheras construidas en el limite de la castigada calzada, levantando columnas de fuego y piedras pulverizadas, pero causando apenas daños en la construcción. Era un esfuerzo inútil; una vez que Honsou se había atrincherado, se necesitaba mucho más que la artillería para sacarlo de allí. Vaanes estaba seguro que la doctrina de los Ultramarines permitía realizar salidas sólo en condiciones muy específicas, y las actuales no coincidían con ninguna de ellas.

Aprovechando el tronar de los cañones para cubrir su movimiento, Vaanes devolvió toda la energía a los fibrosos músculos de su armadura y

clavó su garra para seguir su camino por el abrupto precipicio. Con ágiles movimientos, se dirigió hacia la abertura mientras los largos cañones se retiraban y su escudo de impacto se desactivaba. Sus movimientos eran rápidos y seguros, parecía una indistinguible mancha negra moviéndose por la cara de roca, lo mismo que una sombra al anochecer.

Su equipo de asesinos había necesitado cuatro horas para escalar hasta allí, pero Vaanes no quería apresurarse. Esta era su especialidad, y aunque en esos momentos se planteaba por qué había llegado a luchar junto al ejército de Honsou, la posibilidad de poner a prueba sus letales talentos era demasiado buena para dejarla pasar. Además, era la única oportunidad de llegar hasta la puerta, y Honsou lo sabía.

Había elegido esa forma de aproximación con mucho detenimiento, escalando por zonas de la puerta donde las sombras en los sensores, debidas a las gigantescas estatuas, le proporcionaban la máxima cobertura ante los augures y los cañones antipersona emplazados para impedir que un enemigo hiciera precisamente lo que él estaba intentando.

Vaanes sonrió para sí. Contra cualquier adversario que no hubiera estudiado en la Torre del Cuervo, sin duda habría sido suficiente protección. En su caso era poco más que un ejercicio de prácticas. Habían pasado muchos años desde que se había entrenado con sus hermanos, pero no había perdido ni un ápice de experiencia. Se abrazó a la cara de roca bajo la tronera mientras los loxati se desplegaban para rodearlo. El ingénito se agarró a las rocas por debajo de ellos, su cuerpo tembloroso por el esfuerzo de mantenerse totalmente inmóvil.

Hizo una señal con la cabeza al ingénito y sacudió la cabeza en dirección al escudo de impacto mientras mantenía tres dedos en alto. Hizo la cuenta atrás con sus dedos, y cuando el último de ellos se cerró sobre su puño, el escudo de impacto empezó a levantarse con un gemido neumático de mecanismos.

Vaanes esperó hasta que el escudo se hubo levantado lo suficiente para permitirle entrar y se abalanzó hacia el interior por el borde de la tronera. Rodó sobre su costado, evitando los grasientos raíles de los compensadores de retroceso. Cuatro cañones, cada uno de un metro y medio de ancho,

estaban desplazándose ya por los raíles para colocarse en posición de disparo. Tenía que moverse con rapidez. Si los cañones disparaban antes de encontrarse totalmente en el interior, la onda de presión le desgarraría todos los órganos de su cuerpo y rompería sus huesos hasta convertirlos en polvo.

El ingénito se arrastró tras él, y pudo oír el movimiento susurrante de los loxati mientras los seguían a ambos. El rugido de los pesados motores y las cadenas se hizo más fuerte a medida que Vaanes se acercaba a los puertos de ventilación que debían disipar la gran cantidad de gases de propulsión. La pesada silueta de la entrada estaba justo delante de él cuando una serie de parpadeantes luces de advertencia se encendieron en medio de las nubes de siseante vapor. Vaanes se puso de rodillas y saltó, lanzándose sobre la parte superior del cañón más cercano. Se deslizó hacia delante hasta alcanzar las bajadas compuertas que separaban el control de fuego del arma y que evitaban que la dispersión de los gases de propulsión se dirigiera hacia los propios artilleros.

—Seguidme —dijo—. Matad a todo el que veáis, y hacedlo rápido. No debe haber supervivientes ni alarmas. ¿Entendido?

El ingénito asintió y los loxati proyectaron un ondulante esquema de colores violeta y oro por su cuerpo escamoso. Vaanes lo reconoció como una señal de asentimiento, y extendió las garras de su guantelete. El sonido de una apagada sirena le llegaba desde el otro lado de las compuertas tras haber alcanzado los cañones su posición de disparo.

Dos rápidos golpes de sus garras y las compuertas se vieron reducidas a retorcidas tiras de metal. Vaanes se lanzó por el agujero y cayó sobre el control de fuego de los poderosos cañones. Los loxati se escurrieron tras él, deslizándose por las paredes y el techo como insectos de un panal apedreado.

Aproximadamente dos docenas de operativos llenaban la sala de control, servidores y miembros de las fuerzas auxiliares de defensa en su mayoría, pero también había un guerrero ultramarine con un torso parcialmente potenciado conectado a la consola de mando para autorizar cada disparo. Varias caras de sorpresa se dirigieron hacia él, y Vaanes

disfrutó de ese instante en que los mortales fueron conscientes del terrible peligro en que se encontraban.

Él se abalanzó sobre el ultramarine con las garras extendidas. El guerrero levantó su bólter, pero Vaanes lo partió por la mitad con un despreocupado giro de su muñeca izquierda. Su garra derecha se hundió en el cuello del guerrero. La sangre manó entre las cuchillas hasta su guantelete mientras retorcía el brazo para aumentar la gravedad de la herida. Se oyeron algunos disparos a su alrededor, y Vaanes se liberó del cadáver para alejarse de los disparos láser.

Varios chorros de agujas destriparon a los soldados enemigos antes que éstos pudieran volver a disparar, y aun así multitud de dardos rebotaron por la sala de control mientras los asesinos alienígenas acababan con los enemigos, que se habían tirado cuerpo a tierra. El ingénito golpeó a un soldado con una demoledora patada y derribó a otro con su puño. Una andanada de proyectiles rebotó en su armadura, pero no pareció darse ni cuenta.

Vaanes corrió hacia la fuente de los disparos, agachándose mientras una nueva ráfaga de proyectiles le pasaba por encima de la cabeza. Golpeó a ambos lados y destripó a los que disparaban con sus garras. Los cuerpos cayeron al suelo, y todo acabó. La batería de cañones estaba en su poder.

Vaanes se puso en pie y se dirigió al ingénito.

—¿Puedes hacer lo que debes hacer desde aquí?

—Puedo —dijo éste apartando al ultramarine muerto de la consola—. Envía la señal.

Desde la privilegiada posición del nivel superior de la plataforma de observación, Uriel observaba el detestable avance de los Guerreros de Hierro con una mezcla de temor e impaciencia. Por horripilante que fuera ver a los sirvientes de los Poderes Siniestros mancillando el suelo de Calth, ansiaba la batalla.

Las imágenes que había visto mientras estaba conectado a las máquinas de Locard lo perseguían. Por mucho que quisiera odiar a la criatura que llevaba su cara, no podía hacerlo tras haber vivido los agonizantes momentos de su vida. Las palabras de Locard resonaban en su mente, y

Uriel se preguntaba en qué se habría convertido el chico de haber tenido la posibilidad de tener una vida normal.

¿Un comisario? ¿Un general? ¿O tal vez habría estado destinado a una vida de soldado raso? Era imposible decirlo, pero los Guerreros de Hierro le habían arrancado todo lo que el chico podría haber llegado a ser. Habría sido mucho mejor que lo hubieran matado.

—¿Habéis recordado algo más? —le preguntó la inquisidora Suzaku acercándosele desde la parte posterior de la plataforma de observación.

Su acólito la seguía. Uriel recordaba que su nombre era Soburo, y tuvo la sensación de que el hombre llegaría a ser un miembro de pleno derecho de los ordos. Suzaku había hablado largamente con Uriel después del procedimiento de Locard, y él había descrito parte de sus recuerdos, así como sus propias experiencias en las salas de los mortuarios bestiales.

—No —dijo Uriel sin girarse—. Ya he contado todo lo que sé.

Suzaku se unió a él junto a la pared de cristal polarizado, observando las construcciones de asedio a sus pies. Desde el exterior, la plataforma de observación era invisible, y ellos permanecieron en silencio por un instante mientras estudiaban al enemigo. Las nubes de polvo oscurecieron los atrincheramientos cuando las armas de Honsou iniciaron una nueva descarga, pero la odiosa forma de la fortaleza que había tras éstas podía verse claramente. Mirarla durante demasiado tiempo provocaba en Uriel un sentimiento de terror glacial, y se veía obligado a apartar los ojos.

Tras el terrorífico leviatán, los yermos de Calth se extendían formando ondulantes dunas y bosques petrificados de rocas desnudas. Un ejército conquistador de miles de efectivos atravesaba el yermo paisaje, procedente de los capturados campos de aterrizaje y las fábricas de montaje de Ciudad Alta, en dirección a la Puerta de Guilliman. Allí fuera, en algún lugar, Learchus encabezaba una punta de lanza de tanques blindados y de tropas de las fuerzas auxiliares. El protocolo del Codex indicaba que debían enviarse una determinada cantidad de unidades para acosar la línea de avance del enemigo, trabajando en las sombras para destruir convoyes de abastecimiento, emboscando a los refuerzos y bloqueando las comunicaciones. Este tipo de misiones normalmente habrían recaído en

Issam y sus exploradores, pero la letal luz del sol de Calth imposibilitaba que nadie que no estuviera equipado con las armaduras de los astartes o que se encontrara en un entorno sellado como el interior de un vehículo blindado pudiera sobrevivir.

Gracias a su reciente experiencia tras las líneas enemigas de los tau en Pavonis, Learchus había solicitado estar al mando de los numerosos voluntarios dispuestos a embarcarse en esta peligrosa misión. Mientras la fuerza acorazada de Learchus se despegaba de la columna principal hacia la puerta, Uriel le había recalcado la naturaleza crítica de la misión, sabiendo que quizás no volvería a ver con vida a su camarada.

La voz de Learchus había sonado orgullosa al responder:

—No te fallaré.

—Sé que no lo harás —dijo Uriel antes de añadir—: Vuelve de una pieza. La Cuarta Compañía te necesita.

—Cuenta con ello —dijo Learchus y el comunicador quedó en silencio.

—¿Resistirá la puerta? —inquirió Suzaku sacando a Uriel de su ensoñación.

Este se sorprendió al oír una nota de inquietud en su voz. Uriel estudió las acciones de los Guerreros de Hierro y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Sí. Ni siquiera los Guerreros de Hierro pueden abrir una brecha en la puerta con un asalto directo.

—Estoy seguro que Rogal Dorn dijo lo mismo en las murallas de Terra —dijo Suzaku—. ¿Sabéis que su legión tenía a su cargo las fortificaciones del Palacio del Emperador? Tal y como es actualmente, el palacio no se parece ni remotamente a su glorioso aspecto anterior. Era una maravilla, ya lo sabéis, una arquitectura continental y un objeto sobrecogedor de una punta a otra de la galaxia.

—Y todavía lo es —dijo Uriel.

—¿Lo habéis visto? —preguntó ella antes de añadir—: No, evidentemente no lo habéis visto. Yo sí. Menzo de Travert necesitó treinta años de trabajo para acabar los grabados de orbis y lazulita sobre la elevación Dhawalagiri, y ahora no hacen otra cosa que acumular polvo en las bóvedas. Vi dos bestias de oro, cada una de ellas dé un centenar de

metros de altura, enfrentadas en posición de lucha. Creo que antaño formaban parte de la Puerta de Lion, pero es difícil saberlo con certeza.

—¿Sois una estudiosa de la historia?

—Algo así —dijo Suzaku—. Estudio los tiempos antiguos para aprender cómo evitar los errores del pasado. —Ella sonrió levemente y se llevó una mano a la cara—. He obtenido resultados ambiguos.

Uriel estudió el perfil de Suzaku, fijándose en la elegante línea de su mentón y los esculpidos huesos de las mejillas, que indicaban algún tipo de cirugía potenciadora. Un ligero destello metálico en el rabillo del ojo era todo lo que podía verse de los mecanismos colocados detrás de su retina.

—Perdí un ojo en Medinaq —le aclaró ella—. Junto con buena parte de mi cara.

—El trabajo de reconstrucción es excepcional.

—Yo lo valgo —dijo ella sin ningún rastro de arrogancia.

—¿Tan buena sois en lo que hacéis?

—Desde Medinaq lo soy —dijo Suzaku—. Fui entrenada por Mazeon, y su muerte me enseñó una valiosa lección acerca del precio de la vacilación.

Suzaku se rascó distraídamente la mejilla mientras hablaba, como si reviviera las heridas que le destrozaron el ojo. Uriel no creyó que ni siquiera fuera consciente de aquel gesto. Volvió a observar el ejército atacante y el gigantesco templo que se cernía sobre la hueste de los condenados.

—Todo esto es por mí —dijo Uriel—. Parece mentira que nadie pueda odiarme tan profundamente.

—¿Pensáis que todo esto es por vos?

—Todo lo que Honsou ha hecho ha sido para satisfacer su venganza —dijo Uriel—. La destrucción de Tarsis Ultra se debió a que quería hacerme saber que venía a por mí. Y que él esté aquí, en Calth, mi mundo natal, habla por sí mismo. ¿Por qué? ¿Por qué creéis que está aquí?

—Todavía no lo sé —dijo Suzaku girándose finalmente hacia él—. He descubierto que los Poderes Siniestros raramente confinan sus designios al destino de un mortal. Siempre existe un propósito más siniestro tras todas sus acciones.

—Con Honsou al mando de este ejército no estoy muy seguro de que estéis en lo cierto. Me ha seguido hasta aquí desde el ojo del Terror en busca de venganza.

—En una galaxia en la que el destino de una única vida es irrelevante, ¿realmente pensáis que un señor de la guerra al mando de una hueste como ésta realmente se preocuparía por una muerte en concreto?

Uriel asintió, recordando la última vez que había visto a Honsou en las cavernas bajo la fortaleza maldita de Khalan-Ghol. Un odio como ése atravesaría una docena de galaxias antes de saciarse.

—Lo creo. Destruí su fortaleza y rehusé su ofrecimiento de unirme a él. Me odia más que a ningún otro ser. Y vos estáis equivocada.

—¿Sobre qué?

—Sobre eso de que el destino de una sola vida sea irrelevante. Cada vida es fundamental, no importa lo insignificante que parezca. Si olvidamos esto, no seremos mucho mejores que la chusma de ahí afuera.

Suzaku sonrió.

—Habla como un auténtico héroe —le dijo.

Uriel no escuchó el resto de sus palabras, pues un repentino vértigo lo atenazó. Su visión se nubló, y por un instante le pareció como si estuviera al otro lado del cristal blindado. Se sujetó para mantenerse en pie, mirando a través de los ojos de otra persona mientras miraba hacia el suelo, a miles de metros bajo sus pies.

Era como si estuviera sosteniéndose sobre un precario saliente de la cara interior de la puerta.

—Algo va mal —dijo mientras otro atronadora andanada disparaba sobre los atrincheramientos de los Guerreros de Hierro. A la plataforma de observación, el ruido llegaba apagado, pero el oído potenciado de Uriel captó una sutil diferencia en el sonido.

—¿Qué? —preguntó Suzaku, inmediatamente alerta.

—Una de las baterías de cañones no ha disparado —dijo, comprendiendo lo que esta extraña sensación de vértigo significaba—. ¡El enemigo está dentro!

Las manos del ingénito bailaban sobre la consola de mando, moviendo los dedos más por memoria que por conocimientos. A cada segundo que pasaba, Ardaric Vaanes se volvía más y más impaciente. Había disfrutado de las muertes, saboreando la constante presencia que había sido su eterna compañera desde que se unió al ejército de Honsou. Esta se deleitaba con su alegría, pero Vaanes obligó a aquellos insidiosos susurros a callarse.

Las muertes eran una medida de su habilidad. Él no se deleitaba con la muerte.

«Sigue engañándote a ti mismo», parecía que le dijeran los susurros.

—¿Cuánto más vas a tardar? —Quiso saber—. Los Ultramarines no tardarán en darse cuenta de que uno de sus cañones ha dejado de disparar.

El ingénito se encogió de hombros. Su cara era como una máscara de incomprensión. Sus ojos estaban cerrados y un brillo verdoso surgía de debajo los párpados. Vaanes había visto luces de ese color anteriormente, y se estremeció al pensar en el abotargado monstruo en que se había convertido el adepto Cycerin.

—Marcadores genéticos confirmados —dijo una voz átona desde la consola de mando.

—Estás dentro —dijo Vaanes dando la vuelta a la consola, para ver cómo las pantallas cobraban vida con la información de la matriz de puntería y los datos del cañón que habían capturado. Los números parpadearon y se distorsionaron a medida que los dedos del ingénito volaban por encima de la pantalla de introducción de datos.

Y los sistemas de la puerta se abrieron ante él.

Desde el puente del Lex Tredecim, los ojos del magos Locard parpadearon y danzaron bajo los párpados de piel sintética. El torso mecánico con el que podía desplazarse estaba desconectado detrás de él; su cuerpo suspendido sobre una gran número de cables de cobre. Uno de ellos, muy grueso, surgía del suelo y estaba conectado a su red espinal a través de la pelvis artificial.

Su cuerpo se movía nerviosamente, como si estuviera atenazado por una pesadilla. Su boca se abrió con un silencioso jadeo. Expandir su consciencia noosférica por toda la red imperial era un trabajo agotador que ponía a prueba incluso sus formidables capacidades. Evidentemente había otros magos en Calth, y él se introdujo en sus conexiones a la red, viajando por las doradas autopistas de datos e información tan fácilmente como un tren en tránsito atraviesa la superficie del Bendito Marte.

Empezó como un pequeño pitido en una de las máquinas lógicas que controlaba los cañones de la Puerta Guilliman, una errática fila sistémica que casi escapó a su atención hasta que reconoció la distorsionada frecuencia en el ancho de banda de la Lingua Mechanicus. Ya había visto ese código aberrante anteriormente, en un ataque mediante un código corrupto a las defensas orbitales de Calth. Los sistemas adrenales situados en su médula y los potenciadores cognitivos bombeados por su sistema de fluidos aumentaron su percepción y afinaron sus ya de por sí asombrosos poderes analíticos.

Cargó la grabación de esta información en una espiral de memoria segura, una prisión de datos para almacenar códigos inestablemente peligrosos, y empezó a ejecutar todas las rutinas purgativas de su arsenal. Simultáneamente, erigió bloqueadores aegis en un intento de prevenir la propagación de la infección.

—Mando de la puerta —dijo abriendo un canal con el subterráneo centro de mando que supervisaba todas las operaciones de la Puerta de Guilliman—. Aquí el magos Locard, a bordo del Lex Tredecim. Advertencia: aíslen todos los cogitadores conectados a los controles de fuego de la batería tres-ultra-nueve. Su código de control ha sido infectado.

—¿Infectado? —dijo una voz cuya secuencia de reconocimiento indicaba que pertenecía al magos Ultris.

—Así es —dijo Locard mientras veía cómo caía un bloqueador aegis tras otro, abrumado por un instante por la rapidez con que se replicaba y mutaba el código—. Repetición/Clarificación/Énfasis: desactive y aísle todos los cogitadores conectados a los controles de fuego.

—Entendido —dijo Ultris—. Desconectando, ahora.

Locard comprendió inmediatamente que eso no iba a ser suficiente. La agresividad del código corrupto era increíble, como la plaga más virulenta imaginable. Se conectó directamente a los sistemas infectados, copiando y aislando sus sistemas activos en datos interceptables independientes antes de sumergirse a sí mismo en el flujo de corrupción.

El código giraba y aullaba a su alrededor, como una caótica ofensa a las leyes euclidianas de la matemática. Con todos los rasgos característicos del Mechanicum Oscuro, la destrucción aleatoria del código violaba todas y cada una de las dieciséis leyes del Mechanicum. Bullía como un ser vivo, pero no estaba vivo, era artificial, y nada artificial es realmente aleatorio. Lo bloqueó, lo desvió a sistemas redundantes y lo dirigió en círculos autodestructivos, pero por cada cepa que destruía, otra surgía de entre los restos numéricos. Como una hidra de la Antigüedad, se regeneraba a sí mismo con la rapidez de un virus, y en cuanto purgaba un sistema, surgía otra infección. Infectaba los sistemas de la puerta a ritmo geométrico, propagándose a los sistemas de soporte vital, las conexiones de energía, los sistemas de ventilación… Con reciente terror, descubrió su objetivo final, los sistemas que controlaban la propia puerta. La Puerta de Guilliman era tan gigantesca que no existían sistemas manuales capaces de abrirla. Los pistones y motores activados por una poderosa maquinaria controlaban el mecanismo de apertura de la puerta, y ésos eran los sistemas que estaban cayendo bajo el control del código.

Locard sabía que no podía vencer, pero con cada ataque, parada y respuesta de datos, crecía su comprensión de la metodología del código, y la guardaba en protegidas espirales de memoria para un futuro estudio.

—Magos Ultris —dijo al captar la confusión y el pánico en el centro de control de la puerta—. Los sistemas operativos que controlan el mecanismo de apertura de la puerta están comprometidos. Alerte a todas las posiciones, que retrocedan inmediatamente.

—Magos Locard —le replicó Ultris, incapaz de ocultar pese a su sintetizador de voz el miedo que sentía—, no puedo comunicar esta orden. No tengo tanta autoridad.

Locard desconectó su conexión con el centro de control de la puerta al empezar a notar la balbuceante corrupción en la voz de Ultris. La puerta estaba perdida, y emitió una señal general de evacuación. Todos los comunicadores en los alrededores de la Puerta de Guilliman recibirían la orden de retirada. Sólo podía esperar que lo hubiera hecho a tiempo.

Había una conciencia maligna tras ese ataque, una mente potenciada llena de conocimientos prohibidos y mancillada por los engaños del Caos. En el pasado había sido una mente no muy distinta de la suya, formada por los mejores arquitectos cognitivos de Marte, pero al contrario que otras mentes corrompidas que Locard había encontrado, ésta no era ni remotamente tan experimentada. Había una frescura en su mente que hablaba de un origen mucho más joven que cualquiera de los tecnosacerdotes caídos que se habían aliado con el architraidor Horus.

—Sois muy hábil —dijo, utilizando su voz corporal por temor a repetir elementos del código corrupto—. Pero sois impetuoso, y yo aprendo rápido. Ahora os conozco, y el conocimiento es poder.

Cortó su conexión con la puerta, cerrando todas las conexiones con los datos corruptos que había grabado y los almacenó en prisiones seguras de memoria. Más tarde los estudiaría pero, de momento, su contribución a la defensa de Calth requería unas acciones de cariz más marcial.

Con un siseado canto binario, el magos Locard activó los sistemas de armamento del Lex Tredecím.

Honsou observó mientras la luz verde se propagaba desde el estanque de Cycerin a los, orificios de aspecto orgánico en los muros de la Basílica Negra. Esa sala había sido antaño su puente de mando, pero ahora era un templo de piedra negra y hierro. Varios acólitos encapuchados del Dios Máquina Oscuro realizaban sus cometidos, todos ellos sin cara, con un mero vacío negro bajo sus capuchas. Un gran altar de arenisca con vetas rojas vibraba con un lento latir, y su superficie parecía iluminada por una luz de color esmeralda.

—No me lo puedo creer —dijo Grendel—. Lo han logrado.

Honsou sonrió y abrió un canal de comunicación con su ejército, aunque sabía que no era necesaria ninguna orden, pues todos los guerreros habían visto lo que Grendel había visto.

La Puerta de Guilliman se estaba abriendo.

Las pisadas de Uriel resonaron a lo largo de los amplios corredores del otro lado de la puerta. La desesperación proporcionaba fuerza y velocidad adicionales a sus extremidades. La puerta se estaba abriendo, y sus cañones se habían acallado. De todas las estratagemas que había pensado que los Guerreros de Hierro podían utilizar, la sutileza no era ninguna de ellas, y se maldijo a sí mismo por no prever que Honsou lo sorprendería.

La evacuación de la Puerta de Guilliman ya se había iniciado, un millar de vehículos de todo tipo estaban replegándose ordenadamente por la carretera interior, hacia la primera de las grandes cuevas. La sección frontal del Lex Tredecim ardía con la luz de sus múltiples sistemas de armamento, disparando a los enemigos que atravesaban la puerta abierta. Nada podía sobrevivir a un vendaval como ése de disparos láser y proyectiles pesados, pero a medida que la puerta se abría más, la tormenta enemiga se iba convirtiendo en una marea cada vez más imparable.

Los Espadas de Calth corrían junto a Uriel, y varias unidades de las fuerzas auxiliares ya habían sido enviadas a la posición que el magos Locard habían identificado como el origen de la infiltración. Petronius Nero había desenfundado su sable y un creciente resplandor se iba formando alrededor del cañón del rifle de fusión de Hadrianus. Aunque eran más útiles para destruir vehículos blindados, las armas de fusión seguían siendo un arma formidable para limpiar edificios. Si se disparaban en un lugar cerrado, la detonación vaporizaría el oxigeno y aspiraría el aire de los pulmones de cualquiera que se encontrara alrededor.

El curvado corredor estaba construido con permacemento pretensado, y sus paredes estaban perfectamente pulidas y adornadas con bajorrelieves que mostraban símbolos de los Ultramarines y frescos devocionales. Las

puertas blindadas conducían a los arsenales, templos, posiciones de tiro y galerías de defensa.

Un esquema sobreimpreso mostraba la ruta por la que el enemigo se había infiltrado, pero Uriel no necesitaba esa guía, pues obedecía a un instinto mucho más primario. Aunque no podía explicarlo, sabía exactamente por dónde había penetrado el enemigo, igual que sabía quién había allí, el vástago bastardo de la daemonculati.

Lo había visto a través de sus ojos, y podía sentir su presencia con tanta seguridad como los latidos de su corazón. Se oyeron unos tiros un poco más adelante, el actínico crepitar de los proyectiles láser golpeando el permacemento y el ensordecedor estallido de los proyectiles bólter. La escuadra de Uriel dobló una esquina del corredor y hubo un violento intercambio de disparos y humo.

Las tropas de las fuerzas auxiliares disparaban contra una puerta de contención parcialmente abierta que daba acceso a una de las principales baterías de defensa de la puerta principal. Bajo la cobertura de sus compañeros, un valiente soldado avanzó con una carga de demolición para destruir la puerta y franquear el camino. Una devastadora andanada de agujas se dirigió hacia él desde el interior de la batería. En el mismo instante en que fue alcanzado, los dardos explotaron y el soldado quedó reducido a trozos de sangre y de carne.

Una controlada ráfaga de bólter abatió a tres soldados más, y el resto se puso a cubierto.

—Dejadme acercar a esa puerta y mataré a todos los que hay en el interior —dijo Hadrianus.

Uriel asintió, pero añadió una orden antes de que Hadrianus pudiera moverse.

—Destruye sólo la puerta. Quiero a quienquiera que esté ahí dentro con vida.

Hadrianus asintió y dobló la esquina corriendo agachado hacia la puerta. Uriel y el resto de los Espadas de Calth lo siguieron, separados para no atraer una andanada concentrada de proyectiles, y con los bólters apoyados en el hombro. Uriel desenfundó su pistola y su espada mientras una

tormenta de agujas salía al encuentro de su escuadra. Pero aquellos proyectiles fragmentados no podían penetrar las servoarmaduras. Brutus Cyprian y Peleus dispararon hacia el agujero en la puerta, siendo recompensados con agudos aullidos de dolor alienígena.

—¡Ahora! ¡Livius, Brutus! —ordenó—. ¡Derribad esa puerta!

Hadrianus disparó dos rápidas ráfagas de su arma de fusión y los goznes de la puerta desaparecieron en un destello de acero fundido. Las gotas de metal anaranjado resbalaron por los bordes de la puerta, y Brutus Cyprian se lanzó contra ella con un rugido de oso. Golpeó con su bota la pesada puerta, que se dobló hacia el interior con un crujido. La puerta cayó hacia dentro. Uriel y Peleus se parapetaron a ambos lados, disparando hacia el interior mientras los soldados enemigos salían de la brecha. Uriel vio unas veloces criaturas reptilianas dirigiéndose hacia la gigantesca y ahora silenciosa masa de la batería de cañones, todos ellos con largas garras y siseantes caras draconianas. Su piel mostraba todo un arco iris de colores mientras disparaban nuevas andanadas de sus proyectiles de aguja hacia ellos.

Uriel se agachó mientras la entrada se llenaba de fragmentos de metralla. Peleus se arrodilló y efectuó tres precisos disparos, derribando a los tres reptiles. Para el ojo desentrenado podría parecer que Peleus ni siquiera había apuntado, pero Uriel le había visto disparar en las galerías de tiro de Macragge y sabía que su portaestandarte era un excepcional tirador, posiblemente el mejor del capítulo.

—¡Vamos! —gritó mientras atravesaba la puerta con la pistola bólter sacudiéndose en su mano al disparar a otra de las criaturas alienígenas. Su carne explotó en húmedos fragmentos grisáceos y murió en medio de un alarido de dolor. Otro alienígena saltó sobre él, pero su espada le atravesó el tórax y le cercenó las extremidades en medio de una silbante lluvia de órganos.

Petronius Nero se movía en medio de la veloz masa de alienígenas como si fuera un bailarín, con su espada convertida en una difuminada forma argéntea mientras se movía siguiendo una intrincada secuencia de movimientos. Las garras alienígenas lo arañaban, pero desviaba todos los

ataques con aparente facilidad, haciendo saltar miembros amputados con cada grácil golpe de su sable.

Peleus y Hadrianus disparaban precisas ráfagas, apoyándose mutuamente mientras limpiaban un sector tras otro. Brutus Cyprian clavaba en el suelo a los asesinos alienígenas con los puños a medida que éstos saltaban contra él, tratando de atravesar con sus garras la armadura, y sus fauces tratando de perforarle el visor. Otro guerrero se habría acobardado, pero Cyprian arrancaba metódicamente de su cuerpo a cada uno de sus atacantes y le aplastaba el cuello, le pisoteaba el pecho, o le machacaba el cráneo contra las paredes.

Más proyectiles de aguja rebotaron por la sala de la batería mientras las últimas criaturas reptilianas luchaban hasta la muerte. Mientras mataba a otra, Uriel se dio cuenta de que ni siquiera estaban tratando de escapar, eran la retaguardia. Con ese pensamiento, desenfundó sus espadas y saltó hacia una protuberancia. Desde allí se izó hacia la superficie superior.

Dos individuos se escabullían por encima de los cañones de la batería hacia el extremo abierto del escudo de impacto.

Uno llevaba las bruñidas placas de los Guerreros de Hierro, el otro las intensamente negras de lo que antaño había sido la Guardia del Cuervo. La figura de negro volvió la cabeza y sus ojos se encontraron a través de las lentes de sus cascos de batalla.

—Vaanes… —siseó Uriel levantando su pistola.

Apuntó al renegado con la pistola y Ardaric Vaanes se detuvo en su huida.

El momento se alargó, pero Uriel no disparó. No podía ver la cara de Vaanes, pero sentía su deseo de permanecer atrás para enfrentarse a él. No, enfrentarse a él no… enfrentarse a su propia redención prohibida. La sensación era distinta a cuanto Uriel hubiera experimentado jamás. Ese era un enemigo que había traicionado todo lo que el Adeptus Astartes representaba, y aun así no podía dispararle.

Las garras surgieron de los guanteletes de Vaanes y éste se abalanzó sobre Uriel con un aullido petrificador. Uriel disparó, partiendo con el disparo las garras del puño derecho del guardia del cuervo. Uriel retrocedió

mientras el guerrero se lanzaba sobre él. Una garra se dirigió hacia su costado, y Uriel rodó para evitarlo. Las garras de energía le arañaron la armadura, y él golpeó con la culata de la pistola la cabeza de Vaanes.

Ambos rodaron por el confinado espacio como si se tratara de una simple reyerta, golpeándose con los puños, clavándose rodillazos y utilizando los codos como armas mientras se agredían con la furia de antiguos camaradas que acaban de descubrirse en bandos opuestos. Uriel golpeó con la bota la cintura de Vaanes. El guerrero se estremeció y golpeó el casco de Uriel con la palma de la mano, haciendo que la cabeza le retrocediera con un crujido sonoro. Una vez más, las crepitantes cuchillas se dirigieron hacia Uriel, pero éste rodó a un lado y se lanzó hacia las piernas de Vaanes.

Los dos cayeron entre los cañones de la batería, y se estrellaron contra el suelo con un fuerte crujido de ceramita. Uriel hundió un codo en la garganta de Vaanes, pero el guardia del cuervo se libró retorciéndose mientras las garras de su guantelete surgían de sus nudillos con un siseo de crepitante energía.

Uriel había logrado mantener empuñada su pistola y lo apuntó una vez más con el arma.

—Adelante, Ventris —dijo Vaanes con su puño en posición para asestarle el golpe de gracia—. Acaba de una vez.

Brutus Cyprian cayó sobre Vaanes y lo aplastó contra el suelo, sometiéndolo con su increíble fuerza. Vaanes luchó para librarse de la presa, pero contra tamaño poder sus esfuerzos fueron en vano. Uriel se irguió mientras Livius Hadrianus se acercaba con su rifle de fusión preparado.

—No —le ordenó—. Shaan le quiere con vida.

Hadrianus asintió y Petronius Nero ayudó a Cyprian a poner en pie al guardia del cuervo, que seguía debatiéndose. Mientras Uriel dejaba escapar un suspiro, levantó la mirada hacia los cañones y recordó la segunda figura que había visto.

El guerrero de hierro estaba a horcajadas en el extremo del cañón, con la cabeza inclinada a un lado, con un gesto de asombro embelesado. Uriel no necesitó ver su desfigurada cara para saber que esa criatura llevaba su

material genético en el interior de su violado cuerpo. Tenía el arma levantada pero no disparó.

—¿Tú eres Ventris? —preguntó con una voz que era a la vez chirriante y vil, pero que contenía una horripilante familiaridad en su tono.

—Yo te conozco —dijo Uriel—. Sé lo que te hicieron.

—Tú no sabes nada —siseo el guerrero de hierro justo antes de disparar a Uriel en la cabeza.

La boca de la cueva más allá de la puerta abierta estaba bloqueada por una masa de rocas desprendidas y restos del techo de la caverna que hacían imposible el paso. Varias toneladas de roca habían caído del techo de la cueva, lo que había bloqueado la ruta hacia el interior de Calth tan por completo como si ésta jamás hubiera existido. Mezclados con los cascotes había tanques destruidos y cuerpos despedazados, los de aquellos más ansiosos por perseguir a los Ultramarines.

—¿Cuánto tardaremos en atravesar eso? —preguntó Grendel.

—¿Atravesarlo? —exclamó Honsou mientras el suelo temblaba por la aproximación de cinco poderosos vehículos—. No vamos a atravesarlo, vamos a pasar por debajo.

Surgieron de las engrasadas bodegas de la Basílica Negra como si se trataran de gordos gusanos de boca cónica. Las cinco máquinas de guerra eran cilíndricas y tenían unos veinte metros de diámetro, con multitud de cortadores láser, perforadores de fusión y taladros de rayos de conversión montados en su sección frontal.

—Máquinas como éstas derribaron las murallas de Hydra Cordatus y un millar de fortalezas antes de ésta —dijo Honsou—. No tendrán ningún problema en abrirnos un camino a través de la roca de Calth. Estaremos al otro lado en pocas horas.

Grendel asintió mientras los Guerreros de Hierro dirigían las gigantescas brocas hacia el terreno despejado delante de la avalancha. Las bombas hidráulicas levantaron sus secciones posteriores en medio de

agudos quejidos de metal engrasado, y las brocas cónicas empezaron a perforar en medio de una explosión de ruido y luz.

Honsou se volvió hacia el ingénito, viendo la mirada perdida en los ojos de su grotesco campeón. Este había regresado de la misión de abrir la puerta junto al loxati, pero Ardaric Vaanes había sido hecho prisionero por los Ultramarines. Honsou todavía no había decidido si eso era algo malo o no.

—¿Tú lo viste? —quiso saber Honsou. No consideró necesario clarificar más la pregunta.

—Vi a Ventris —confirmó el ingénito, observando cómo centenares de los Nacidos de la Sangre se arrastraban por la caverna cubierta de polvo que la avalancha había bloqueado.

—¿Y no lo mataste? —le espetó Grendel—. Te estás volviendo blando con la edad.

—No se presentó la oportunidad —dijo el ingénito—. Vaanes se interpuso.

—Jamás pensé que fueran capaces de capturar a un astartes de la Guardia del Cuervo —dijo Grendel moviendo un pulgar en dirección al ingénito y mirando directamente a Honsou—. Pensaba que antes tratarían de capturar a esa cosa. ¿O hay algo que no nos has contado?

Honsou no respondió y el ingénito se giró hacia Grendel.

—¿Sospechas que Vaanes se dejó capturar?

—Tal vez —confirmó Grendel—. Pero no estoy seguro de quién puede haber sido la idea.

—¿Qué quieres decir?

—Tal vez Vaanes se dejó capturar porque todavía piensa que puede ser salvado —dijo Grendel. Una mirada maliciosa se reflejó en sus cicatrizados rasgos—. O tal vez Honsou ha pensado que Vaanes podría dejarse capturar para así tener un hombre en el interior…

Honsou hizo caso omiso de la insinuación.

—O tal vez Vaanes tenía alguna esperanza de clemencia. Después de todo, si una cosa sabemos de Ventris es que siempre piensa lo mejor de todo

el mundo. Él piensa que los pecadores todavía pueden ser salvados, y eso lo hace débil.

—Si todavía sigue con vida —apuntó Grendel—. El ingénito le disparó a bocajarro con un proyectil bólter.

—Está vivo —dijo el ingénito poniéndose en cuclillas detrás del grupo con la cabeza hacia atrás—. Puedo notarlo. Quiero que siga con vida.

—En ese caso, ¿por qué te molestaste en dispararle? —inquirió Grendel—. No parece una acción lógica para alguien que dice que quiere conocer a su creador.

—Quiero conocerle, pero primero quiero que sufra —dijo el ingénito—. Sin él yo no existiría. Sin sus genes no me habría convertido en uno de los sinpiel, una monstruosidad abortada abandonada a su suerte en Medrengard.

—Suena a que le estás agradecido —se burló Grendel.

—¿Agradecido? —rugió el ingénito poniéndose en pie de golpe—. Mi vida es fragmentaria. Soy los restos de dos personas y vivo dolorosamente cada instante que pasa. ¿Agradecido? No, Ventris me condenó a la agonía de una vida que no quería. Él me hizo lo que soy y no existe suficiente dolor en el mundo para el dolor que él debe sufrir a cambio.

—Este es mi chico —dijo Honsou con una mueca.



DOCE

Los últimos rayos del atardecer bañaron la lejana fortaleza con una luz dorada, y aunque las murallas tenían siglos de antigüedad y lo único que quedaba de su puerta de acceso era una desgarrada brecha de rocas desmoronadas, Tigurius nunca se había sentido tan feliz de mirar el antiguo templo fortaleza de Castra Tanagra.

Erigida cuando Roboute Guilliman era joven, sus muros habían resistido la furia de una invasión de los pielesverdes tras la Gran Herejía, y el primarca en persona había defendido sus murallas desafiando a los salvajes invasores. Construida en forma circular, con una de sus cuatro torres edificada sobre la cara de un acantilado, Castra Tanagra era una estructura elegante, con murallas curvas de veinte metros de altura construidas con bloques de mármol negro extraído de los desfiladeros de Prandium.

Marneus Calgar dirigió a los supervivientes de la Caesar por el valle rocoso hacia la brecha, el lugar donde las leyendas decían que Roboute Guilliman se había enfrentado al brutal jefe ogro de los pielesverdes y lo había derrotado con las manos desnudas.

—Castra Tanagra —dijo Severus Agemman, maravillado—. No había estado aquí desde que era joven.

—Tú nunca fuiste joven, Severus —le replicó lord Calgar—. Tú fuiste tallado en la roca de Macragge y cobraste vida en medio de una tormenta.

Agemman sonrió. La fatiga de la escalada por las montañas se desvaneció ante la visión de la antigua fortaleza.

—Sí, es cierto, mi señor, —dijo—. Vos estabais allí para ponerme el bólter y la espada en las manos.

Tigurius sonrió al ver el asombro en sus caras, como niños en el aniversario de su nacimiento. De todo neófito del capítulo se esperaba que realizare el peregrinaje a Castra Tanagra antes de su ascenso a las filas de los guerreros, pero las exigencias de la guerra implicaban que eran muy pocos los que regresaban allí.

En sus muros estaban grabados las imágenes de los primeros días del Imperio, gloriosos y heroicos frescos mostrando a los astartes a millares, lanzados en su cruzada por los cielos, con el Emperador a la cabeza. Las

imágenes que se habían grabado al pie de esos astartes ya hace mucho tiempo que habían sido eliminadas. Tigurius recordaba haber tocado el pintarrajeado mármol, viendo el ligero rastro de una fila tras fila de mortales encapuchados. Cada uno había portado un objeto artístico: una pluma, un pincel, un pergamino, un cincel de escultor o una batuta de compositor.

Tigurius nunca llegó a comprender la razón por qué nadie sintió la necesidad de eliminar esos grabados, pero recordaba una fuerte sensación de vergüenza al visualizar las ahora invisibles filas de artistas, escritores y cronistas.

El paso de la marcha se aceleró al ver la fortaleza, y en menos de treinta minutos los muros se cernían sobre ellos, brillando como el mármol pulido con aceite. La maleza crecía junto a la base de las murallas, pero en el interior del templo fortaleza no crecía nada. Estaba oscureciendo, y las montañas eran terriblemente frías por la noche. Apenas disponían de mantas o refugio, y aunque los marines espaciales no precisaba de ese tipo de protecciones, la tripulación de la Caesar sí.

Aunque Castra Tanagra era un lugar sagrado para los Ultramarines, los daños causados durante su última batalla jamás se habían reparado, pues Roboute Guilliman había decretado que permaneciera para siempre así, como recuerdo de aquellos que habían perdido allí la vida.

Agemman echó un vistazo con ojo crítico a la brecha en las murallas.

—Vamos a tener muchísimos problemas para defender este lugar. Esa brecha es demasiado ancha, y apostaría a que ninguna de esas torretas artilleras funciona.

—Creo que tienes razón —respondió Calgar—. Pero disponemos de los veteranos de la Primera para resistir en las murallas. ¿Qué fuerza en toda la creación podría superar tamaña defensa?

—Ahorradme los halagos, mi señor —dijo Agemman—. Mantendremos a los demonios a raya, pero no hay forma de salir de este valle si rebasan las defensas. O triunfamos, o morimos todos. No existe término medio.

—En ese caso será mejor que no desfallezcamos —contestó Marneus Calgar subiendo por las rocas caídas de la brecha.

Agemman lo siguió, y Tigurius siguió al primer capitán al interior de la fortaleza. Trepó por bloques ciclópeos, sintiendo el peso del tiempo y de la historia entrelazados en ellos, pero en cuanto puso un pie sobre sus murallas tuvo la fuerte sensación de que no eran los primeros en llegar a Castra Tanagra.

—Esperad —dijo levantando la mano—. No estamos solos.

Desde el interior de las murallas, Castra Tanagra era muy similar a cómo Tigurius se había imaginado que habría sido en su apogeo. Las pulidas murallas de mármol de la torre interior no se habían visto afectadas por el paso de los siglos, y el brillante cristal tintado de sus altas torres brillaba bajo los últimos rayos de luz solar. Mientras los mortales se reunían alrededor de la brecha, los exterminadores de la Primera Compañía se desplegaban por la amplia explanada con sus bólters de asalto preparados, vigilando cualquier posible amenaza y dispuestos a acabar con ella sin piedad.

—¿Qué notas? —le preguntó Calgar. Los alimentadores de munición de los Guanteletes de Ultramar se activaron al ponerse en posición de fuego—. ¿Quién más hay aquí?

Tigurius proyectó su conciencia, encontrando dificultades para lograr una clara impresión.

—Es difícil de decir, mi señor, pero siento el pulso de muchas almas en el interior de la torre.

—¿El enemigo?

—No lo sé —dijo Tigurius—, pero no lo creo.

Calgar hizo una señal con la cabeza a Agemman, que golpeó con la bota la puerta. Esta se abrió de golpe, y un exterminador penetró por ella, un tanque con piernas, la cabeza gacha y el arma levantada. Otro lo siguió, y otro. Entonces Agemman entró, seguido de lord Calgar. En la torre resonaron unos disparos y Tigurius identifico las armas como rifles láser Mark IV modelo Konor. Un bólter de asalto rugió con un sonido ensordecedor en comparación con los rifles láser, y Tigurius oyó gritos. No eran gritos de batalla ni aullidos de demonios, sino las voces aterrorizadas

de los mortales. Antes de que resonaran más tiros, Tigurius entró en la torre, viendo perfectamente en la oscuridad con su visión mejorada.

—¡Deteneos! —gritó. Su báculo brillaba con una deslumbrante luz blanca—. Ultramarines, bajad vuestras armas.

El primero en llegar al santuario de Castra Tanagra no había sido el enemigo.

Habían sido los ciudadanos de Talassar.

Los dos Rhinos estaban parados a la sombra de los árboles, al borde de una profunda garganta. Sus motores gruñeron como protesta. Un espeso humo aceitoso surgió de sus tubos de escape, un aliento cargado de toxinas que apestaba a impurezas. Scipio Vorolanus captó el hedor del aceite quemado y combustible. Esos motores no podrían soportar mucho más ese ritmo.

Podía sentir la punzante rabia de Laenus junto a él. El más joven tenía un don para las máquinas, y ver a guerreros que deberían saber cómo tratar mejor a un precioso Rhino utilizándolos con tanto desprecio lo enfurecía. Laenus era un buen guerrero, pero Scipio sabía que estaba predestinado a la forja ya hacer carrera como tecnomarine.

—¿Es que son incapaces de darse cuenta que los motores van a agarrotarse si siguen así? —preguntó Laenus, meneando la cabeza.

—Sólo podemos esperar que el resto de su disciplina sea igual de laxa —apuntó Scipio, observando cómo las puertas en el costado del vehículo se abrían y emergía una escuadra de marines espaciales. Sus armaduras eran de un vívido color naranja, manchado con rayas semejantes a las de un tigre, lo que hizo que Scipio frunciera los labios en señal de disgusto.

—Los Garras de Lorek —musitó para sí mismo—. Renegados.

Sintió la misma rabia por los guerreros de la escuadra Relámpago, ocultos entre los matojos que rodeaban la formación rocosa, y cuyas posturas se volvieron más rígidas. Su odio hacia esos guerreros era tangible, y Scipio vio más de un dedo acercándose al gatillo.

El odio podía ser una emoción útil en la batalla, pues confería al guerrero más fuerza y determinación, pero propiciaba los descuidos.

—Quietos —dijo manteniendo su voz autoritaria—. Esperad a mi señal. Vamos a hacerlo como dicta el Codex.

Ante la mención del sagrado libro de su primarca, los componentes de su escuadra relajaron su actitud, y Scipio hizo otro tanto. Desde que abandonaron Herapolis trece días antes, no habían dejado de moverse hacia el este, siguiendo el curso del río Konor en su recorrido desde las montañas hasta las verdes llanuras de Espandor.

Unas ligeras columnas de humo se divisaban desde un extremo del horizonte al otro. Iulius Fennion había conducido a sus hombres hacia el nordeste, Praxor Manorian hacia el Sudeste, y Scipio había tomado la ruta directa hacia el corazón del territorio enemigo. Las fuerzas de Nacidos de la Sangre de la Reina Corsaria eran numerosas y feroces, pero incautas, y avanzaban como si ya hubieran conquistado el planeta. Sus ejércitos no tenían vanguardias, batidores o retaguardias, no eran más que una masa de soldados, vehículos y horrores innombrables que se movían en dirección a Herapolis.

Los Relámpagos habían evitado cualquier enfrentamiento hasta entonces, pues Scipio no podía atraer la atención hacia su avance hasta haber identificado la localización exacta de la Reina Corsaria.

Sus guerreros estaban ansiosos por entrar en acción, y Scipio no los culpaba, el comportamiento de esos Adeptus Astartes caídos mostraba una gran arrogancia.

Scipio y los Relámpagos les harían pagar por ella.

Los marines espaciales de ahí abajo habían patrullado ese camino anteriormente, era una de las pocas unidades basadas en la gran ciudad fluvial de Corinto que poseía un módico sentido táctico. Y aun así habían permitido que sus rutas fueran predecibles, pues aquel camino a través de las colinas que rodeaban la ciudad era la ruta más obvia por la menos difícil. Esos guerreros habían seguido la misma senda tres veces en los últimos cuatro días, deteniéndose siempre en ese mismo lugar para realizar algún impuro ritual en el improvisado templete que habían colocado en el interior del habitáculo del primer Rhino.

Ocho guerreros se reunieron alrededor de la rampa abierta, y una luz oscura, de color rojo sangre y en cierta forma impura, salió de su interior, bañando sus armaduras con un resplandor rojizo.

Scipio hizo una señal con la cabeza hacia el hermano Helicas, que aprestó su lanzamisiles y se apostó sobre una roca. El resto de los guerreros de Scipio prepararon sus bólters, el pie izquierdo hacia delante, y el derecho hacia atrás, girados noventa grados respecto a sus cuerpos.

—¡Ahora! —gritó Scipio, y Helicas se puso totalmente en pie para disparar su lanzamisiles.

Los guerreros de abajo se giraron al oír el sonido del arma, pero ya era demasiado tarde. El cohete del misil se encendió con una cegadora descarga mientras salía disparado hacia abajo, y golpeó en el caparazón de un guerrero atigrado. La cabeza explosiva detonó en el interior de su cavidad torácica con un crujido atronador, lanzándolo contra el Rhino y haciendo añicos el templete. Otro guerrero fue abatido por la metralla, su garganta cortada por un letal fragmento de armadura.

Los demás guerreros se dispersaron mientras los ecos de la detonación se desvanecían.

Una precisa andanada de proyectiles bólter acribilló a los seis guerreros supervivientes, Scipio conectó su espada sierra y salió de la cobertura mientras otro misil impactaba colina abajo, explotando en medio del enemigo. No mató a ninguno, pero tres de ellos salieron despedidos por la fuerza de la explosión.

Los guerreros que habían combatido en la carretera Anasta eran corsarios, pobremente equipados y mal dirigidos, pero estos guerreros, pese a todas sus fallos, eran marines espaciales. Empezaron a devolver el fuego inmediatamente con ráfagas de supresión disparadas contra el linde del bosque. Uno de los guerreros de Scipio cayó bajo una lluvia de trozos sanguinolentos que lo alcanzó por debajo de la hombrera protectora.

Un dardo de plasma ardiente salió del arma de Coltain e incineró a otro de los enemigos, cuyo cuerpo se desplomó sobre un matojo en dos mitades. Los demás corrieron a buscar la cobertura de los Rhinos, pero Scipio había previsto ese movimiento y había orientado su carrera de forma que los

llevara a la parte posterior del vehículo más cercano. El motor del vehículo rugía como si estuviera rabioso y vomitaba vapores de apestosas sustancias químicas a través de sus corroídos tubos de escape.

Los disparos silbaron arriba y abajo, y Scipio rodeó el Rhino. Al hacerlo, prácticamente chocó de cara con un guerrero enemigo. Ambos se miraron el uno al otro durante una fracción de segundo antes de que Scipio levantara la pistola y disparara un proyectil a través del visor del guerrero. Este cayó hacia atrás, pero había otro justo detrás de él que atacó con un hacha dentada el cuello de Scipio. Se agachó y el hacha sierra mordió el acero del Rhino.

Scipio le disparó al guerrero en la rótula. El proyectil rebotó limpiamente, pero hizo trastabillar al renegado. Aprovechó y clavó la espada en las entrañas del traidor, y los dientes de adamantium gimieron al atravesar la armadura y morder la débil carne que había debajo. La sangre resbaló por la espada de Scipio mientras éste la hundía más profundamente en el cuerpo del renegado, sintiendo cómo le partía la columna vertebral.

El guerrero cayó sobre él, pero Scipio lo apartó a un lado. El último renegado se abalanzó contra Scipio, pero una letal ráfaga de proyectiles de bólter de asalto le voló la cabeza y buena parte del torso mientras los guerreros de la escuadra Relámpago cerraban el lazo sobre los Garras de Lorek.

Scipio se giró y dio las gracias con la cabeza a su escuadra. Acto seguido arrancó un puñado de hierba para limpiar la sangre del renegado del filo de su espada. Cuando la hoja estuvo bien limpia, la envainó y se quitó el casco para respirar profundamente. El hollín y el hedor químico de los Rhinos contaminaban el aire, pero agradeció respirar nuevamente la atmósfera de Espandor.

Rápidamente situó centinelas alrededor del lugar y llamó a Laenus.

—¿Lograron enviar algún tipo de señal? —le preguntó.

—No, mi señor —dijo Laenus—. Al menos ninguna que hayamos podido detectar.

—Eso está bien —dijo Scipio, y se volvió hacia los Rhinos. Uno estaba inservible y vomitaba una espesa columna de humo negro por la escotilla

abierta; el otro bullía y se estremecía como un toro ante su verdugo. Ordenó que el Rhino destruido fuera tirado al interior de la garganta y reunió a sus guerreros.

El guerrero herido, el hermano Nivian, se había amputado el miembro inservible a la altura del hombro con un machete y lo llevaba colgando bajo el otro brazo.

—¿Estás en condiciones de combatir? —quiso saber Scipio.

—Puedo luchar —aseguró Nivian—. Simplemente deme una pistola o una espada.

Scipio asintió y le entregó su propia pistola, cogiendo el bólter de Nivian a cambio.

—Laenus —dijo Scipio, señalando el Rhino superviviente—. ¿Eres capaz de conducir esa cosa?

Laenus observó el Rhino con la aversión claramente marcada en su cara, como si Scipio le hubiera pedido que mutilara una estatua del Emperador.

—Es impuro —dijo—. Pero sí, puedo conducirlo.

—Bien, porque vamos a necesitarlo si queremos tener alguna posibilidad de acercarnos más a Corinto.

Notó con claridad el disgusto entre los miembros de su escuadra al pensar que iban a viajar en el interior de un vehículo enemigo, pero atajó cualquier objeción.

—El Codex Astartes nos dice que toda guerra se basa en el engaño, así que vamos a aprovechar todas las oportunidades que nos proporcione el enemigo.

Se dio cuenta de que seguía sin gustarles la idea, pero lo que les gustaba o no era irrelevante. Tenían una misión, y si la localización de la Reina Corsaria impedía que el capitán Sicarius tomara una decisión arriesgada, aquello no sería más que un inconveniente que él y los guerreros de su escuadra deberían soportar. Se reprendió a sí mismo por la deslealtad del pensamiento, y golpeó con el puño la pared del Rhino.

—Montad —ordenó—. Debemos estar en posición al anochecer.

El líder de los civiles era un hombre robusto llamado Maskia Volliant, el prefecto de una pequeña comunidad minera denominada Tarentum. Un hombre brusco cubierto de cuero y pieles. Tigurius pensó que tenía el aspecto de un tipo habituado al trabajo duro, con una cara profundamente marcada y manos callosas por los largos años de trabajo manual.

Había conducido a sus paisanos hasta Castra Tanagra tras ser testigo de la destrucción de las ciudades de las tierras bajas bajo las garras y las fauces de las hordas demoníacas. Allí había casi seiscientos hombres, mujeres y niños. Se apiñaban en la torre del templo, con la vana esperanza de que toda esa pesadilla acabara.

—Pensábamos que eran los demonios —les explicó Maskia—. Oímos cómo se aproximaban y creímos que habían venido a acabar con nosotros.

—No somos demonios, loco —le espetó Agemman, furioso porque una de sus armaduras de exterminador tuviera rasguños de láser—. Nosotros somos la auténtica salvación que buscabais al venir aquí.

—Lo siento mucho, mi señor —dijo Vollíant, acobardado por la rabia del primer capitán.

—Un error comprensible —dijo Marneus Calgar, poniendo una mano sobre la hombrera de Agemman—. Y no se ha producido ningún daño.

Agemman parecía dispuesto a rebatir eso, pero la severa mirada del señor del Capítulo detuvo su lengua. El mismo exterminador había sido asignado a tareas punitivas por una disciplina de disparo laxa. Afortunadamente su disparo había salido demasiado alto en el último momento y nadie había muerto, pero se trataba de un disparo que jamás debería haberse efectuado.

Calgar puso una rodilla en tierra ante Maskia Volliant, poniéndose así a la misma altura que la cara del hombre.

—Dinos cómo habéis llegado hasta aquí, maese Volliant. Cuando llegamos a Talassar no detectamos ningún signo de vida. ¿Cómo es posible que todo Talassar haya sido devastado y vosotros sigáis con vida?

—No sé qué deciros, mi señor —dijo Maskia—. No somos más que un pequeño asentamiento en la meseta alta junto a la Colmena Capena. Somos unas mil almas. Vimos las luces en el cielo hace unas semanas, y cuando perdimos el contacto con Colonia Serdica, que es la ciudad refinería a la que vendemos nuestra producción, tratamos de contactar con Perusia.

—Perusia —dijo Agemman—. Sicarius es de allí.

—Lo sé —dijo Calgar—. Seguid, Maskia. ¿Qué sucedió después?

—Seguimos escuchando cosas por el comunicador, cosas terribles. Escuchamos que se habían lanzado alertas por todo Talassar porque estábamos bajo ataque. Al principio no podíamos creérnoslo. Quiero decir, ¿quién en su sano juicio atacaría un mundo de Ultramar? Habíamos oído algunos rumores sobre Tarentus, pero nadie los había creído realmente.

»Y después oímos toda esa cháchara sobre monstruos y demonios, pero no logramos obtener una respuesta directa de nadie. Nadie parecía saber exactamente lo que estaba sucediendo y después de un tiempo todas las estaciones de comunicaciones se quedaron en silencio, y fuimos incapaces de contactar con nadie. Perusia fue la última en quedarse en silencio, así que pensamos que estaban muy ocupados luchando para contestar a nuestras llamadas, pero a medida que pasaban los días supimos que no es que estuvieran ocupados, sino que estaban muertos.

—Eso no responde a por qué estáis aquí —dijo Agemman con hostilidad—. Este es un lugar sagrado para los Ultramarines. No deberíais haber entrado.

—Le suplico perdón, mi señor —dijo Maskia—. No teníamos ningún otro lugar al que ir. Aproximadamente una semana después del silencio de Perusia, vimos las mismas luces en el cielo y nuestros peritos determinaron dónde estaban. Todos los otros asentamientos a lo largo de la Garganta Capena estaban dejando de dar señales de vida uno tras otro, así que sabíamos que no era más que cuestión de tiempo antes de que nos tocara a nosotros.

—Así que vinisteis aquí —dijo Maneus Calgar.

—Sí, mi señor —dijo Maskiá—. Algunos no quisieron venir, y no pude decirles nada para hacerles cambiar de idea. Sus familias tenían derechos

que se remontaban a miles de años, y no estaban dispuestos a renunciar a ellos, ni por demonios ni por nadie.

—Entonces seguramente ya están muertos —le soltó Agemman.

La hostilidad de Agemman hacia los civiles irritó a Tigurius, que se dirigió hacia el exterior. El aire de la noche era fresco, y el viento que soplaba del sur tenía una buena dosis de culpa. Algunos de los supervivientes de la Caesar se habían refugiado en el interior de la torre, pero otros muchos se habían unido a los guerreros de la Primera Compañía sobre las murallas de Castra Tanagra, armados únicamente con rifles láser y con valor. Subió por los desgastados escalones de mármol hacia la muralla y se abrió paso entre los combatientes de la Primera Compañía. Mirando hacia la oscuridad de las montañas, recordó los altos picos de lax, el mundo que antaño llamó su hogar. Conocido como el Jardín de Ultramar, era un mundo bellísimo, se decía que el favorito de Roboute Guilliman.

Tigurius saludó con la cabeza al sargento de los exterminadores, pero no dijo nada cuando el hombre se giró para vigilar los accesos a la fortaleza. Tigurius sabía que no gustaba a la gente, pues sus poderes lo separaban de sus hermanos de batalla. Hacía mucho que había hecho las paces con este aislamiento respecto de la hermandad del Capítulo, encontrando su propio lugar entre las tropas y centrándose en el deber.

Hizo una pausa junto a una almena curvilínea. Posó las manos sobre el frío mármol de la misma y sintió el antiguo poder del interior de la construcción. Hasta ese día siempre había atribuido eso a la habilidad de sus constructores y al legado del primarca, pero ahora ya no estaba tan seguro. No había sido capaz de determinar que los supervivientes estaban dentro de la torre hasta que puso un pie en el interior de los muros de la fortaleza. Incluso sus poderes de discernimiento se habían visto reducidos, como si un psíquico enemigo estuviera entorpeciendo sus habilidades.

Tigurius colocó la otra mano sobre la piedra y dejó que su conciencia fluyera hacia el interior de la fortaleza.

Oyó el sonido de unos pasos a su espalda y volvió a sus sentidos mortales.

Marneus Calgar estaba junto a él, con una mirada de acero sobre la magnífica vista de las altas y nevadas cimas.

—Debería venir más a menudo —comentó Calgar.

—Cuando expulsemos a los demonios iré con vos —dijo Tigurius.

—Dime, Varro —dijo Calgar, repentinamente serio—. ¿Qué ves?

—Veo que estamos atrapados en un valle sin salida, esperando a que un ejército de demonios se lance contra nosotros. Y que hay muy pocas esperanzas de rescate.

—Me gustaría no haber preguntado —dijo Calgar.

—Pero, por desesperadas que parezcan las cosas, existe una destacable ausencia de miedo entre la nueva guarnición del templo fortaleza. Estos son los mejores guerreros de Ultramar, mi señor, y aquí hay un gran poder, imbuido en la propia estructura de la fortaleza. No hemos acabado en este lugar por accidente.

Calgar no dijo nada. Su mirada se dirigió a la tenue lágrima de un relámpago que apareció en el otro extremo del valle. Esta se fue haciendo más ancha a cada segundo que pasaba, y el rancio olor de lo demoníaco impregnó en el aire.

—Espero que estés en lo cierto —dijo Calgar.

Cuando Uriel abrió los ojos, sintió como si el mundo se hubiera desenfocado. Su ojo derecho le ardía lo mismo que si le estuvieran aplicando una antorcha, y una brumosa corriente estática le llenaba la cabeza con un ruido parecido a un millar de avispas furiosas. Se sentó, repentinamente consciente de que estaba tumbado sobre una mesa metálica como la de los mortuarios. Una luz brillante le atravesó los ojos y pateó con las piernas.

—Tranquilo —lo calmó una voz áspera pero amistosa.

Uriel sacudió la cabeza, e inmediatamente se arrepintió de ello. Unos martilleantes golpes de dolor y unas luces brillantes le explotaron en el interior del cerebro. Se sujetó para no caerse. Una fuerte mano lo agarró,

manteniéndolo erguido. Se apoyó en ella, sintiendo como su equilibrio iba y venía.

—No se mueva —advirtió otra voz, una con un suave zumbido mecánico en las sílabas—. Se necesita tiempo para que las fibras ópticas del implante ocular se ajusten al tejido orgánico. Pero no se preocupe, el malestar y las nauseas desaparecerán.

—¿Que me está pasando? —exigió saber Uriel, luchando por controlar las náuseas.

Unas sombras se movían a su alrededor, pero no podía distinguir ninguna de ellas. Le eran familiares, pero le costó cierto tiempo identificarlas, como si la gran cantidad de información requerida para procesar su percepción visual estuviera bloqueada. Se apoyó sobre la superficie metálica, respirando lentamente para calmarse.

—Recibió un disparo de pistola bólter en la cabeza —dijo la voz—. Afortunadamente, el ángulo en el que su casco estaba colocado cuando el proyectil impactó desvió gran parte de la energía cinética.

Uriel se tocó la sien derecha, sintiendo el frío metal allí donde esperaba encontrar carne. Retrocedió ante ese contacto mientras su equilibrio se afianzaba. Recordó las fracturadas imágenes del enfrentamiento con la criatura que llevaba su cara, sus palabras de odio y el atronador estallido de un disparo.

Después de eso, todo era confuso. Su visión se inundó de rojo, después de gris, y finalmente se volvió negra. Recordaba voces gritando, gritos desesperados y campanas de emergencia sonando. La voz de Selenus cortó todo aquel caos, las órdenes tajantes del apotecario llevando orden al caos. Una calidez relajante se apoderó de sus extremidades y recordó los efectos soporíferos de un fuerte bálsamo para el dolor que se propagó por su sistema.

Y después aquello. Una visión granulada cargada de estática y una aturdidora falta de percepción. Jadeó cuando el suelo repentinamente se volvió claro y vio las agrietadas losas claramente, cada muesca en la cerámica y cada imperfección del mortero revelándose tan claramente como a través de un microscopio.

Se levantó nuevamente, esta vez con más cuidado, y exploró el costado de su cara con los dedos. Su cabello bien rapado había sido afeitado en el costado derecho, y podía notar varias de las suturas todavía frescas, que recorrían su cara desde el borde del globo ocular hasta la oreja.

Uriel levantó la mirada y vio a Pasanius, al magos Locard y al apotecario Selenus de pie ante él. Se encontraba en una zona médica de algún tipo, una dedicada a implantes, por el aspecto de las mesas de trabajo, las herramientas y las extremidades a medio construir que había por doquier.

—¿Cuánto recuerdas? —le preguntó Pasanius, al que vio la cara con una agudísima precisión, como si en el pasado hubiera estado viéndolo a través de un cristal turbio.

—Recuerdo la lucha para recuperar la batería de cañones —dijo Uriel. Repentinamente animado, dijo—. ¡Vaanes! ¡Luché con Ardaric Vaanes! ¿Está…?

—En una celda de la que ni siquiera una Callidus podría escapar —le aseguró Pasanius—. Shaan y Suzaku están ahora mismo interrogándolo.

—No hablará con ellos —dijo Uriel.

—No lo está haciendo —le confirmó Pasanius—. Dice que sólo hablará contigo.

Uriel asintió. No habría esperado menos del renegado, pero aun así no estaba seguro de cómo se sentía ante la perspectiva de enfrentarse nuevamente al guerrero que antaño había llamado «hermano de batalla», y que lo había abandonado a su suerte. Pero Vaanes estaba allí, y sus últimas palabras angustiaban a Uriel.

—Trataré con él más tarde —dijo, dejando a un lado el tema por el momento—. Tenemos preocupaciones más importantes ahora.

Pasanius pareció aceptar eso, y Uriel se estremeció cuando un instante del combate en la batería le vino a la mente.

—Vi a esa cosa, al guerrero con mi cara. Fue él quien me disparó.

—Es tan mal disparando como tú —dijo Pasanius, y Selenus gruñó, disconforme con tanta familiaridad.

—Esto no me parece que sea a causa de un mal disparo.

—Estás vivo, ¿o no? —apuntó Pasanius—. Estabas demasiado cerca para que el proyectil se activara, pero aun así te ha quedado una fea cicatriz.

—La cicatriz desaparecerá —dijo Locard, molesto porque su trabajo hubiera sido criticado—. El apotecario Selenus y yo tratamos de salvar el ojo, pero los daños sufridos eran demasiado severos. Tuve que sustituirlo por un implante mucho mejor, uno que he diseñado yo mismo.

—Mostrádmelo —dijo Uriel.

Locard sostuvo un espejo delante de él, y Uriel estudió con atención el pálido y aguileño semblante que le devolvió la mirada. Los rasgos eran más delgados de lo que recordaba. El ojo que le quedaba estaba hundido y mostraba la expresión de quien lleva una pesada carga. El trabajo de Locard había sido bueno. La prótesis había quedado moldeada en el interior del globo ocular para igualar la forma y la posición del ojo izquierdo. Mientras que un iris era del color gris de las tormentas, el otro brillaba con un frío y metálico tono azul.

—Es un buen trabajo —dijo Uriel, aunque la idea de haber perdido un ojo le dolía.

—Lo es —le confirmó Locard—, y mucho más eficiente que su predecesor. Ahora tenéis acceso a una amplia gama de longitudes de onda del espectro visual, una mejor percepción espacial, una conexión con el sistema de puntería del bólter más eficiente y, lo mejor de todo, la capacidad de capturar imágenes y almacenarlas.

—Gracias —dijo Uriel tratando de no quedar como un desagradecido.

A medida que era más consciente de su entorno, se dio cuenta que se encontraba en los niveles inferiores del Lex Tredecim. El vehículo se estaba moviendo, y su equilibrio mejorado le indicó que estaban moviéndose hacia abajo, en un ángulo de cuatro grados. En cuanto se formó ese pensamiento, un torrente de información apareció en el campo de visión de su ojo derecho.

Tres mil quinientos siete metros bajo el nivel de la superficie.

Posición local: Garganta de los Cuatro Valles. Nivel de precisión 94%. Temperatura ambiente externa: 23 grados centígrados.

Nivel de luz exterior: 85 Lux.

Gradiente del contorno…

Uriel cortó el torrente de información con un pensamiento, sin ni siquiera saber que era capaz de hacerlo. Conocía la Garganta de los Cuatro Valles suficientemente bien. Era una de las cavernas subterráneas más grandes de esta región de Calth, una zona artificialmente creada que comunicaba con las Cavernas Draconi, un sistema natural de cuevas que se pensaba eran las más antiguas de Calth. Las leyendas locales decían que las Cavernas Draconi habían sido excavadas por la mítica serpiente que había horadado el lecho rocoso de Calth en la Antigüedad.

—La Garganta de los Cuatro Valles —dijo—. Estamos retirándonos. ¿La puerta cayó?

—Lo hizo —dijo Pasanius, apesadumbrado—. Utilizaron algún tipo de infección en las máquinas para que el sistema se volviera contra nosotros.

—Esa sería tal vez una explicación muy simplista —añadió Locard—, pero por ahora bastará.

Uriel aceptó las palabras de Locard y se giró hacia Pasanius y Selenus.

—¿Cuál es el estado de nuestras fuerzas? ¿Están en condiciones de luchar?

—Están suficientemente bien —dijo Pasanius—. Conservamos el terreno elevado en los valles así como los puntos estratégicos. Esos cabrones van a dirigirse directamente a una zona de supresión en cuanto atraviesen la avalancha que el cañón principal del Lex les tiró encima. Las fuerzas auxiliares están preparadas, y nosotros tenemos a nuestros guerreros y a los del capitán Shaan desplegados donde es más probable que el enemigo nos golpee con mayor dureza, y la inquisidora Suzaku dice que tiene un par de sabios especializados que serán capaces de advertirnos de cualquier truco de la disformidad.

Pasanius hizo una pausa y miró al magos Locard.

—Y el magos tiene sus servidores de combate y los skitarii apostados para recibir lo más duro del golpe.

Uriel frunció el cejo.

—El enemigo utilizó nuestras propias máquinas contra nosotros en la puerta. ¿No podría volver a hacerlo? ¿Vuestros servidores y pretorianos no

acabarán atacando a nuestros propios soldados?

Locard se frotó las manos, como si disfrutara ante la oportunidad de exponer su ingenio. Negó con la cabeza y una pictopantalla se iluminó con una ráfaga de interferencias que molestaban como un raptor enjaulado. Locard la estudió por unos instantes antes de apagar el volumen y girarla hacia Uriel.

—Hay un sacerdote del Mechanicum Oscuro entre nuestros enemigos. Sin duda uno muy hábil, pero ahora he tomado mis precauciones —dijo Locard—. Dispongo de parte de su código corrupto para estudiarlo, y, si viene de nuevo a por nosotros con su código impuro, se va a llevar una desagradable sorpresa.

—¿Puede garantizárnoslo? —insistió Uriel—. No voy a colocar sus fuerzas en la línea de batalla si no puede afirmar sin margen de error que lucharán por nosotros y no con el enemigo.

—Las máquinas están a salvo —le aseguró Locard—. Le doy mi palabra de sacerdote de Marte.

Pasanius sostenía las armas de Uriel, quien las tomó agradecido. Se ciñó la vaina de la espada y enfundó la pistola. Armado una vez más, se sintió como un verdadero guerrero del Emperador, y recorrió con la mano la recién afeitada calva.

—No disponemos de mucho tiempo antes de que nos ataquen los Guerreros de Hierro —dijo dirigiéndose hacia las puertas de la enfermería —. He de salir de aquí y estudiar el terreno.

Pasanius y Selenus lo siguieron, pero Uriel se detuvo de golpe al ocurrírsele una idea.

—¿Alguna noticia de Learchus?

Pasanius negó con la cabeza.

—No —dijo—. Nada. No sabemos nada de él.



TRECE

Los demonios atacaron cuando la luz del sol empezaba a ocultarse sobre las Montañas Lirianas, bañando la Garganta Capena con una luz rojiza. Tigurius se esforzó por controlar el malestar de sus entrañas y se obligó a concentrarse en la horda que avanzaba. Venían desde el rayo inmóvil que había aparecido, y formaban una oleada de carne demoníaca, una hueste de monstruosidades de todo tipo.

—¡Primera línea, abran fuego! —dijo un grito desde las murallas.

Tigurius levantó la mirada para ver las crispadas caras de los defensores mortales de Castra Tanagra: una variopinta mezcla de civiles y siervos del Capítulo, que permanecían hombro con hombro, unidos en la defensa de ese mundo. Sacó fuerzas de su valor. Sus líneas estaban reforzadas por la presencia de los marines espaciales veteranos y el primer capitán Agemman. El Regente de Ultramar era una clamorosa presencia, una roca sobre la que reposaba la defensa de las murallas.

Una andanada sincronizada de disparos alcanzó a la horda demoníaca. Los proyectiles bólter y los rayos láser atravesaron las filas enemigas, pero por cada monstruo destruido había muchos más para ocupar su lugar.

Tigurius se movió hacia el centro de la gran brecha, donde Marneus Calgar y su guardia de honor se habían desplegado. El señor del capítulo era una visión magnífica con su Armadura de Antilochus y los Guanteletes de Ultramar preparados para entrar en acción.

—¿Preparado para volver a hacerlo? —le preguntó Calgar cuando Tigurius ocupó su lugar junto a él.

—Lo estoy —replicó Tigurius, aunque en realidad sentía una fatiga que le llegaba hasta la médula de los huesos.

Las dos últimas semanas habían sido extremadamente agotadoras para todos ellos, pero Tigurius había notado el agotamiento de forma mucho más aguda que los demás. Sus poderes eran anatema para los demonios, pero cada vez que los utilizaba le robaban más y más de él mismo, mucho más de lo que su prodigioso físico podía recuperar fácilmente. Sin la calmante reflexión del Librarius, tras cada batalla le costaba más tiempo recuperarse, y los demonios apenas les daban un respiro entre ataque y ataque.

—Sé que es mentira —dijo Calgar—, pero te necesitamos. Ahora más que nunca.

Tigurius asintió. Ya habían muerto centenares en la defensa de Castra Tanagra, y docenas de heridos llenaban la torre, que se había convertido en un improvisado Apothecarion. Los demasiado viejos o los demasiado jóvenes para luchar atendían a los soldados heridos, pero con sus escasos suministros médicos, la mayoría sin duda moriría.

Era una idea deprimente, y Tigurius volvió su atención a los demonios.

Estos eran escamosos y horripilantes, aullando con un hambre y un paroxismo demenciales, sus cuerpos rebosados de una energía antinatural. Eran desechos, cosas nacidas del aire, alimentadas por la energía del señor de los demonios que habitaba en el corrupto fuerte estelar que permanecía por encima de ellos. Algunos estaban armados con espadas negras que podían cortar con igual facilidad la carne y las armaduras, pero la mayoría utilizaban simplemente sus garras y su fuerza disforme para desgarrar y despedazar.

Pero ante ellos se encontraban los mejores guerreros de la galaxia.

Un sólido muro de Ultramarines cubría la brecha con tanta solidez como una barrera de piedra, cada uno de los guerreros equipado con una fabulosa armadura ornamentada y empuñando una deslumbrante espada.

No había dos de esas armas que fueran iguales, pues cada una de ellas era una de las más sagradas reliquias de Macragge. Esas armas habían sido cuidadosamente forjadas por maestros artesanos y portadas por los más grandes héroes de los Ultramarines. Tigurius contó dos armas procedentes de los tiempos de la Apostasía, y al menos una de la era en que Roboute Guilliman caminaba entre sus guerreros.

Los demonios cargaron a través de una letal cortina de fuego, saltando por encima de las rocas para llegar hasta sus víctimas. La mayor parte se dirigieron a la brecha, pero miles más escalaron las murallas de mármol con sus garras. El poder entrelazado en la misma esencia de las murallas los abrasaba, pero aún así seguían escalando. Su impura carne siseaba y se fundía, pero el dolor tan solo parecía exaceraban su furia.

—¡Guerreros de Ultramar! —gritó Marneus Calgar con la cabeza expuesta a los elementos—. ¡Coraje y honor!

Todos los guerreros repitieron el desafiante grito de guerra, y la guardia de honor se aprestó para recibir la carga de los demonios, preparando las armas para enfrentarse a sus enemigos. Una jauría de feroces mastines saltó entre las rocas apiladas en la brecha y un ardiente torrente de proyectiles bólter acabaron con tres de ellos en medio de un salto cuando Marneus Calgar abrió fuego. Sus guanteletes dispararon a derecha e izquierda, creando un torrente de destrucción que a pocos dejó indemnes.

Tan sólo seis mastines sobrevivieron para llegar hasta el interior de la brecha, y Tigurius los apuntó con su báculo, entonando la Letanía del Odio mientras lo hacía. Unos rayos de energía actínica surgieron del cráneo cornudo de su punta, y tres de las bestias se desvanecieron en medio de explosiones de cenizas negras. Otro murió con una lanza de filo dorado atravesándole el pecho, un segundo cuando una alabarda le partió la columna.

La última bestia saltó hacia el señor del Capítulo, pero se encontró con lord Calgar a medio salto. El parpadeante guantelete saturado de energía le golpeó la cara y le atravesó el cuerpo. La bestia fue destripada mientras emitía un aullido que resonó en los oídos de Tigurius. Unos monstruosos señores de las bestias subieron con dificultad por las barricadas, unos demonios escamosos con cabezas embotadas y angulosas aperturas llenas de dientes por bocas. Empuñaban espadas negras y se lanzaron sobre la guardia de honor con desgarradores gritos de odio.

Tigurius golpeó con su báculo al más próximo. Unas llamas azules surgieron de la herida, y la criatura aulló mientras se consumía. Lord Calgar golpeó con sus puños a los demonios, cada golpe era preciso y asestado con una económica fluidez de movimientos. Para ser un hombre equipado con las pesadas placas de una armadura de exterminador, Marneus Calgar se movía como un guerrero equipado simplemente con ropas de entrenamiento. Las espadas cortaban el aire lejos de su cabeza, y las garras tan sólo encontraban un espacio vacío donde antes estaba su cuerpo.

Tigurius era un guerrero soberbio, con instintos potenciados por sus formidables poderes psíquicos, pero ni siquiera él podía ser rival de los rápidos reflejos sobrenaturales del señor del Capítulo. Era como si se moviera un latido de corazón por delante del resto de la batalla, no en vano se consideraba a Marneus Calgar uno de los mejores guerreros conocidos. Ningún arma podía alcanzarle, ninguna bestia podía herirle, y los que lo intentaban eran destruidos. Sus puños eran armas de destrucción absoluta.

Y su guardia de honor no era menos letal. Su habilidad se había forjado a lo largo de siglos de guerra, templada en los conflictos más violentos y afinada por los mejores guerreros de la galaxia. Únicamente a unos guerreros tan superlativos como éstos se les confiaría la seguridad del señor del Capítulo. Luchaban como una unidad cohesionada, avanzando y matando como un solo individuo. Las décadas de entrenamiento conjunto habían logrado crear una máquina de matar tan eficiente como letal. Sus antiguas armas atravesaban a los demonios, haciéndoles retroceder con cada contraataque.

Los siseantes demonios de piel coriácea se escabulleron por la brecha. Sus largos brazos estaban culminados en garras como cuchillas, y se movían realizando saltos que les llevaron fácilmente por encima de los derruidos bloques de mármol. Unas bestias cornudas con horripilantemente mandíbulas los seguían. Su velocidad era increíble, como fantasmas que aparecieran y desaparecían de la vista, y se movieran de un punto a otro con un simple parpadeo.

Rodearon a Marneus Calgar y a su guardia de honor con su frenesí, y unas mandíbulas corruptas por la disformidad se clavaron en los acorazados astartes. Las placas de armadura se combaron y abollaron, pero resistieron. Marneus Calgar golpeó a los demonios, unas relampagueantes descargas de energía surgían de sus puños a medida que los golpeaba a diestro y siniestro. Uno de los guardias de honor fue derribado por un demonio, que le clavó las mandíbulas en el casco para arrancarle la placa facial y la mitad delantera de su cráneo.

Tigurius alanceó con su báculo la espalda del demonio y su piel se consumió al lanzarle una descarga de energía psíquica. Se alejó del

demonio, golpeando con su báculo a derecha e izquierda. Cada impacto causaba la destrucción de un demonio, pero su fuerza iba agotándose y cada muerte le costaba más y más esfuerzo. Sin embargo, imperceptiblemente, Tigurius pudo notar que el curso de la batalla iba volviéndose a favor de los Ultramarines.

Los demonios no lograron penetrar las defensas, y cada instante que pasaba su poder flaqueaba, consumido por el esfuerzo de mantener su presencia ante el implacable coraje de los defensores. Marneus Calgar también pudo notarlo, y se lanzó contra los demonios con un rugido de odio, convertido en un ariete de destrucción y desolación.

La guardia de honor siguió a su señor, formando una lanza con él como punta. Tigurius recurrió a sus últimas reservas de energía para mantener el paso del señor del capítulo y sus guerreros, haciendo retroceder a los monstruos con destructores rayos de fuego incandescente. Juntos se lanzaron contra los demonios y los alejaron de la brecha hasta que no quedó ninguna criatura con vida.

Tígurius apoyó su báculo en el suelo, tanto para sostenerse como un gesto de desafío. Sus fuerzas estaban casi agotadas, y el cansancio lo invadió. Sus párpados se cerraron y una neblina gris se acumuló ante sus ojos.

Vio a Marneus Calgar retrocediendo hacia él con la armadura cubierta de icor negro.

El señor del Capítulo tenía el puño en alto y Tigurius oyó vítores.

—Lo hemos logrado, Varro —exclamó Calgar.

Tigurius pudo ver las poderosas energías vivas que emanaban de él. Allí donde triunfaba Calgar, los hombres podían sentir cómo sus corazones se aliviaban y su valor se reforzaba. Su presencia equivalía a un millar de hombres sobre el campo de batalla, y Tigurius trató de sonreír en respuesta.

—Hemos sobrevivido a este ataque —dijo con una voz que apenas era un susurro—, pero mañana regresarán.

—De eso ya nos preocuparemos mañana —dijo Calgar al intensificarse los vítores—. Esta noche estamos vivos y la luna nos sonríe. Cada ataque

que rechazamos nos vuelve más fuertes, y cada derrota debilita a nuestros enemigos.

—Estos demonios no eran más que los desechos del señor de los demonios —dijo Tigurius—. Cuando estemos más débiles es cuando M’kar vendrá a por nosotros.

—Y cuando lo haga lo mataré —le prometió Calgar.

—No es tan sencillo —dijo Tigurius.

—Sí, Varro, lo es —dijo Calgar pasando un brazo por encima de un hombro de Tigurius—. El señor de los demonios vendrá y, o lo destruyo yo, o él me mata a mí. Es así de sencillo.

—No, mi señor —insistió Tigurius—, no lo es.

Un Rhino no es un vehículo cómodo de montar en ninguna circunstancia, pero el que Scipio Vorolanus y los miembros de su escuadra habían capturado a los Garras de Lorek era especialmente odioso. El interior apestaba a contaminantes y a falta de limpieza, y sus filtros de aire estaban saturados de vapores que se habían desprendido del bloque del motor. Y no sólo eso, sino que además el suelo estaba cubierto de casquillos gastados, de paquetes de raciones tirados y de huesos.

Todo ello podían soportarlo, pero mientras que un Rhino Ultramarine era portador de reliquias y templetes al Emperador y su primarca, los Garras de Lorek habían grabado toscos símbolos de origen desconocido que Scipio había ordenado eliminar fundiendo el metal. A pesar de la desconfianza de Learchus, el motor del Rhino no había fallado, aunque sin duda era sólo cuestión de tiempo.

Habían cruzado las montañas evitando las carreteras más utilizadas, y se habían abierto camino a través de vías secundarias por los valles superiores. No se habían encontrado con fuerzas enemigas, pero eso estaba a punto de acabar.

La carretera que estaban siguiendo estaba pavimentada, pero para disgusto de Scipio el asfalto se había dejado deteriorado. Descendía entre

los árboles y, si su sentido de la dirección no estaba atrofiado, al final de ese tramo llegarían casi a las puertas de Corinto.

—Recordad —dijo dirigiéndose a sus guerreros, sentados en bancos a ambos lados—. Esta no es una misión ofensiva, sino de reconocimiento. Estamos aquí para averiguar si la Reina Corsaria está ahí. Para nada más.

Ellos murmuraron su conformidad, aunque Scipio vio la reticencia en su rígida postura y su lenta respuesta. Él los comprendía, pues ni siquiera parecía ya uno de ellos. Su armadura estaba guardada en las cajas de almacenamiento, y llevaba una escabrosa colección de harapos para cubrirle los tatuajes de la Segunda Compañía de Ultramarines. También llevaba la cabeza descubierta y se había sacado las marcas que habitualmente tenía clavadas en la frente. Su reticencia era comprensible, pues ¿quién de entre todos ellos no quería liberar la furia de los Ultramarines sobre esos invasores?

Scipio se cogió a un asidero cuando el Rhino se tambaleó.

—Sargento Vorolanus —dijo Laenus a través de la rejilla que lo separaba del compartimento de transporte—. Corinto a la vista.

Scipio asintió y se colocó en la escotilla de mando. Hizo girar la rueda que la cerraba. Estaba dura y oxidada, pero pronto cedió. Salió al exterior y miró hacia la gran ciudad fluvial de Corinto.

—¡Por Guilliman! —exclamó viendo las ruinas cubiertas de humo de lo que anteriormente había sido la segunda ciudad de Espandor.

Famosa por una gran victoria conseguida por los Ultramarines contra los píelesverdes, Corinto había sido una ciudad dorada para la cultura y la educación. A pesar de lo rústicos que eran a veces los habitantes de Espandor, Corinto demostraba la falsedad de aquel tópico, ya que contaba con numerosos templos de mármol blanco, casas de baño, bulliciosos mercados y asombrosos teatros. En ella se habían criado algunos de los mejores arquitectos de Ultramar, y muchas de las estructuras del interior de la Fortaleza de Hera lucían diseños corintios.

Y todo eso había desaparecido. Corinto había sido arrasada.

El cielo por encima de la ciudad estaba cubierto de cenizas y humo, las nubes lloraban una suave lluvia sobre la ciudad que había albergado a

Marneus Calgar durante un mes en los días siguientes a su proclamación como señor del Capítulo. Sus antiguamente poderosos templos habían sido derribados, quemados hasta los cimientos por los que odiaban al Emperador, y sus magníficos erarios, palacios y exquisitas mansiones ya no eran más que minas vacías, sus grandiosos interiores devorados por el fuego y saqueados por los guerreros de los Nacidos de la Sangre.

El odio invadió a Scipio, pues no se trataba de la destrucción indiscriminada propia de los salvajes pielesverdes o de unas bestias sin mente, sino de un metódico vandalismo. La gente que lo había hecho debería pagar.

Una curva cerrada del río Konor dividía la ciudad en dos, y ahora sus diáfanas aguas estaban contaminadas con manchas de combustible e innombrables contaminantes que se vertían desde sus orillas. Antaño tres puentes habían cruzado el caudaloso río, pero ahora unos meros tocones de piedra ennegrecida sobresalían del agua. El sargento Learchus de la Cuarta Compañía había destruido esos puentes para detener el avance de la invasión pielverde, una estratagema que había salvado la ciudad de Corinto, pero que le costó a la ciudad una buena parte de su herencia. Amarrado a los restos del arco central, un amplio puente de pontones oscilaba con la corriente, soportado sobre vacíos bidones de promethium. Hacia esta estructura temporal se dirigía el Rhino capturado de Scipio.

El Rhino patinó y aceleró colina abajo, sobrepasando los últimos árboles mientras la carretera se acercaba a la intersección con una autopista. Cientos de camiones y transportes de tropas que vomitaban hollín se movían por ella, pero Scipio no pudo deducir ningún tipo de orden o propósito en todo ese tráfico, no era más que una masa de blindados, vehículos saqueados y columnas de infantería empujándose por encontrar un sitio en la vía.

—¿Qué quiere que haga, sargento? —dijo Laenus desde abajo.

—Ve hacia esa autopista —le indicó Scipio—. Tengo el presentimiento de que nos van a hacer hueco.

Estaba en lo cierto, pues los camiones de los Nacidos de la Sangre redujeron la velocidad para permitirles unirse al tráfico. Los soldados de los

Nacidos de la Sangre se apartaron rápidamente, hincando la rodilla y desenfundando sus espadas a modo de saludo. Scipio observó con odio a su mortales enemigos, hombres pintarrajeados con pinturas de guerra y vestidos con extravagantes vestidos más adecuados para el Theatrica Imperialis que para un campo de batalla. Ellos confundieron su odio por desprecio y bajaron la mirada.

Los astartes debían ser temidos, incluso entre el Archienemigo.

El Rhino rugió, moviéndose contra el flujo del tráfico, pero a mayor velocidad que los que se movían siguiendo esa dirección. Los camiones se apartaban, la infantería se echaba a un lado y los blindados revolucionaban sus motores mientras trataban de abrir un camino para ellos, creyendo que eran los paladines de sus odiosos dioses.

Laenus giró hacia los pontones, y el estómago de Scipio se rebeló mientras el puente crujía alarmantemente bajo su peso. Habían clavado palos y hierros a los bidones, podía verse la espuma del agua a través de los amplios agujeros. El Rhino siguió aproximándose a las puertas en ruinas de Corinto en medio de las oscilaciones del puente.

Había empezado a albergar alguna esperanza acerca de que lograrían cruzar sin ningún incidente cuando vio a dos Rhinos atravesando la puerta y dirigiéndose hacia los pontones.

Sus cascos eran de un apagado marrón rojizo, pero era imposible discernir si lo que cubría sus superficies era pintura o sangre. Los motores de ambos tanques gruñeron como depredadores hambrientos. Un guerrero con armadura del mismo color se mantenía erguido en la escotilla de mando del Rhino que iba en cabeza. Su armadura brillaba con sangre recién derramada, y sostenía un hacha con un pesado guantelete. Afortunadamente, el guerrero llevaba un casco. Scipio no creía que pudiera resistir ver a alguien tan corrupto cara a cara. Mirar a un demonio como ése a los ojos y no matarlo habría sido superior a sus fuerzas.

—¿Sargento? —le llamó Laenus.

—Lo he visto —dijo Scipio manteniendo la voz queda—. Sigue conduciendo.

El Rhino llegó a su nivel y el guerrero del dios de la sangre sostuvo el hacha en dirección a Scipio en un gesto de saludo. Scipio respondió de la misma forma, sosteniendo su puño cerrado y golpeándose en el pecho con lo que esperaba que fuera un adecuado rugido bestial. Su rugido fue contestado y los Rhinos enemigos siguieron adelante.

Scipio cerró los ojos y dejó escapar aire mientras los otros desaparecían en el caótico tránsito. Había necesitado toda su fuerza de voluntad para no sacar la pistola de debajo la escotilla y dispararle un proyectil bólter entre los ojos al traidor. Levantó la mirada al notar que las orugas del Rhino habían llegado nuevamente a terreno firme. La grava y las piedras rotas crujieron bajo las orugas mientras se dirigían montaña arriba, hacia la destruida puerta de la ciudad. El Rhino pasó bajo su demolida arcada y penetró en las ruinas de Corinto, controladas por el enemigo.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Scipio.

—El vientre de la bestia —susurró al ver los fuertemente armados guerreros Nacidos de la Sangre que llenaban las calles y las avenidas de Corinto—. Que el Emperador nos proteja.

Aunque por todo Calth, Espandor y Talassar podían verse las huellas de la invasión de los Nacidos de la Sangre, las batallas libradas por todo Ultramar no se limitaban a estos mundos. En Quíntarn, la Quinta y la Sexta Compañías se enfrentaron con las máquinas de guerra de Votheer Tark y un ejército de miles de hombres de los Nacidos de la Sangre. Mientras otros planetas habían visto sus destinos coronados por los campeones, el destino había decidido hacer girar la rueda de la galaxia. La guerra en las fértiles planicies de Quintarn se caracterizaba por demoledores choques en los que ambos ejércitos se machacaban entre ellos antes de retirarse sin que surgiera un claro vencedor.

VotheerTark no era un general, más bien era una furiosa masa de conexiones neurales unidas a una conciencia artificial fragmentaria infectada por un código corrupto y una entidad demoníaca menor. Por ello, los capitanes Ultramarines tenían pocas dificultades en superar a sus

máquinas de guerra. Pero mientras que los Ultramarines tenían una clara ventaja táctica, Tark parecía la habilidad de un carroñero para convertir casi cualquier cosa en una letal máquina de guerra.

Los Ultramarines eran guerreros superiores, pero la cantidad de efectivos de Tark tenía cierta cualidad en ella misma.

Los adeptos del Mechanicum Oscuro de Tark saqueaban las ciudades agrícolas en busca de maquinaria, convirtiendo máquinas de cultivo y crecimiento en armas de destrucción y erradicación. Las gigantescas máquinas recolectoras eran blindadas y equipadas con todo tipo de armas y enviadas al campo de batalla junto con tanques pediculares provistos de lanzallamas que anteriormente habían sido pulverizadores de pesticidas.

Las batallas en Quintarn eran una informe masa de tanques híbridos chocando contra la ordenada línea de batalla de los Ultramarines y lo que quedaba de las fuerzas auxiliares de Quintarn tras la invasión inicial. Esas batallas brutales permitían ganar poca gloria y no creaban héroes, pues ¿quién podría vanagloriarse de destruir esas máquinas tanque? Galenus y Epathus dirigían batallas perfectamente coordinadas, luchando conforme al Codex Astartes, pero contra ese enemigo monstruoso sus estratagemas servían de poco.

A pesar de ello, algunos guerreros se encontraban en su elemento.

Antaro Chronus, el hermano sargento encargado del arsenal de los Ultramarines era un táctico excelente en la guerra blindada, y dirigió numerosas contracargas en medio de batallas que corrían el riesgo de convertirse en sangrientos puntos muertos. Pese a que perdió cuatro tanques mientras estaba al mando de ellos, cada uno de esos blindados fue capaz de destruir a muchos enemigos antes de caer.

A pesar de su valor y fortaleza, la guerra en Quintarn no estaba yendo bien para los Ultramarines. Mientras que las bajas de Tark podían ser fácilmente reemplazadas, cada vehículo imperial fuera de servicio disminuía en gran medida la fuerza de los Ultramarines. Por mortificante que resultara decirlo, las fuerzas enemigas en Quintarn eran demasiado poderosas.

Tan sólo cuando tres de los complejos fabriles de Tark quedaron destruidos, el curso de la batalla se volvió a favor de los Ultramarines. Esas odiosamente transformadas ciudades agrícolas eran las cadenas de montaje del Mechanicum Oscuro, y supusieron que esas forjas de pesadilla habían sido víctimas de las oscuras prácticas de sus creadores.

Esa idea fue descartada con la llegada al centro de las fortificaciones imperiales de Thorias Telion y cuarenta y tres exploradores Ultramarines.

Ninguno de los capitanes había sido consciente de la presencia de Telion en Quintarn, pero el veterano sargento de exploradores se quedó el tiempo mínimo necesario para reabastecerse de munición, de comida y de explosivos, antes de volver a desaparecer entre los campos de Quintarn.

La repentina aparición de los exploradores de Telion dividió a los comandantes ultramarines. Algunos agradecieron su presencia, mientras que otros le exigieron que se uniera a su orden de batalla. El capitán Galenus quiso reprender al barbudo Telion por no reconocer la cadena de mando, pero las cabezas más sensatas del capellán Cassius y del capitán Epathus lo convencieron de lo contrario.

Mientras los tanques de la Quinta y de la Sexta volvían a prepararse para la batalla, todos sabían ya que Thorias Telion los estaba apoyando.



CATORCE

La Garganta de los Cuatro Valles estaba bañada por una luz dura creada por los generadores que había en el techo y que creaba profundas sombras al iluminar la gigantesca boca de la caverna que conducía a la Puerta de Guilliman y a la superficie de Calth. Aquella coespelunca gigante era un lugar de tránsito, por el que los viajeros procedentes de la superficie descendían al interior de la roca del planeta e iniciaban su viaje hacia las Cavernas Draconis.

Tres amplios valles partían de la garganta, uno hacia el oeste, otro hacia el sur y otro hacia el este. Castra Occidens bloqueaba el acceso al valle occidental, Castra Meriden el meridional y, finalmente, Castras Oriens el oriental. Allí habían surgido numerosas estructuras a lo largo de las amplias carreteras para ofrecer la gran diversidad de servicios que los viajeros de Calth podían necesitar. Hosterías, combustible y templos cubrían los valles, un paisaje que parecía fuera de lugar con su localización subterránea.

Los bosques se extendían por la parte norte de la caverna y una cascada caía desde una brecha en la roca, a casi setecientos metros de altura por encima del suelo de la caverna. En cualquier día normal la garganta sería un maravilloso lugar de encuentro para los viajeros, viejos y nuevos amigos, o peregrinos que quisieran rendir culto en una de las numerosas capillas solitarias excavadas en los túneles más profundos de Calth.

Pronto se convertiría en un campo de batalla.

Uriel observó las cohortes de skitarii desde la cúpula de su Rhino mientras éstos se atrincheraban al oeste de la entrada principal de la caverna. Estos salvajes sirvientes del Dios Máquina serían muy importantes cuando los Guerreros de Hierro atacaran. Ellos y los Ultramarines defenderían el centro del valle, desplegados en las colinas y estructuras fortificadas que había delante de Castra Meriden. La gran fortaleza estaba construida con mármol verde de vetas negras, su puerta con capas de acero y el oscuro armaplas.

En los riscos entre las fortalezas, numerosas piezas de artillería con los colores de la fuerzas auxiliares de Calth estaban emplazadas y preparadas para disparar, mientras que las laderas estaban cubiertas por los soldados de chaqueta azul apoyados por docenas de vehículos blindados. La Garganta

de los Cuatro Valles era una trampa mortal, con las carreteras cubiertas por líneas de fuego entrecruzadas, y las intersecciones entre las estructuras se habían convertido en zonas de fuego libre. El Lex Tredecim se situaba en una zona muerta delante de Castra Meriden, oculto a la vista para la coordinación en la batalla.

Pasanius y Clausel estaban junto al Rhino de mando, ambos con los brazos cruzados y estudiando el campo de batalla con ojos expertos. Clausel se había adscrito a los Llameantes, y Pasanius agradecía que se hubiera unido a ellos.

—Estamos tan seguros como se puede estar en este lugar —dijo Pasanius—. Aunque esto ya lo hemos dicho anteriormente. Estamos preparados y esperando sus órdenes.

Las escuadras de Ultramarines se habían atrincherado junto a sus Rhinos tras elevados montículos de tierra, preparados para salir al encuentro de los invasores. La dura luz manchaba el suelo a través de las copas de los árboles, y Uriel notó la ausencia de trinos de pájaros, algo inquietante, como si las criaturas de Calth conocieran bien el terrible enemigo que iba a convertir ese lugar en un infierno.

—Sigo pensando que hay algo que nos hemos olvidado —dijo Uriel examinando el suelo.

—He repasado los planes de despliegue —dijo el capellán Clausel—. Todo está dispuesto según el Codex.

—Eso es lo que me preocupa —dijo Uriel—. Honsou nos ha demostrado que puede pensar de nosotros, y si puede pensar como nosotros, puede evitarnos.

—¿Dudáis de la sabiduría del Codex? —preguntó Clausel—. Creía que ya habíais aprendido a creer en sus enseñanzas en Pavonis. ¿Estaba equivocado?

—No, capellán, en absoluto, pero nunca es bueno que el enemigo sepa cómo vas a reaccionar a una situación dada.

—Estáis en lo cierto —dijo Clausel—. En ese caso tal vez sea hora de pensar como el enemigo.

—¿Qué queréis decir?

—Los Custodios del Emperador una vez practicaron una forma de seguridad interna denominada Juegos Sangrientos, en la que los guerreros de su propia hermandad trataban de burlar la seguridad del Palacio Imperial —dijo Clausel—. Haciendo que sus propios pretorianos buscaran debilidades o brechas en las defensas, crearon una red de seguridad aún más fuerte alrededor del Emperador.

—¿Qué estáis sugiriendo?

Clausel recorrió con el brazo las defensas colocadas en la Garganta de los Cuatro Valles.

—Que observéis estas defensas y que os preguntéis cómo las derrotaríais.

Uriel estudió los campos de tiro superpuestos y las numerosas posiciones desenfiladas. Nada estaba fuera de lugar, todo estaba en las posiciones adecuadas, la disposición de los miles de defensores podría haber salido directamente de un manual de instrucciones de campo.

—Es simplemente esto —dijo—. No sé lo que yo haría. Estas defensas deberían ser imposibles de superarse siguiendo la doctrina estándar.

Y ése era el problema. Honsou no prestaba atención alguna a la doctrina estándar. Combatía sobre la marcha y con un terrible poder intuitivo sobre la naturaleza de cualquier batalla. Su conocimiento sobre la situación real en un enfrentamiento no tenía parangón, y podía leer sus flujos mejor que nadie Saber cuándo consolidar, cuándo avanzar, cuándo flanquear y cuándo amagar, ésas eran las cualidades que la mayoría de los líderes de los hombres debían aprender en las amargas masacres, pero que Honsou poseía de forma innata.

Fuera cual fuese la forma en que Honsou presentara batalla, sería impredecible.

Empezó con los aullantes proyectiles de artillería disparados desde el gran túnel de la Puerta de Guilliman. Los Guerreros de Hierro habían necesitado todo un día para atravesar el desprendimiento causado por las armas del Lex Tredecim, pero en esos momentos la batalla por Calth estaba en pleno auge.

Los proyectiles impactaron en el centro de la caverna, en medio de las posiciones avanzadas de las fuerzas auxiliares. La tierra salió volando por los aires en una serie de explosiones que se propagaban en forma de onda. Bien atrincherados en pozos de tirador y reductos, fueron pocos los que cayeron víctimas de estas explosiones. Las gruesas capas de tierra compactada dispersaron la fuerza de las explosiones. Tan sólo las posiciones que recibieron un impacto directo fueron destruidas.

Cuando todavía no se había desvanecido el primer eco, una segunda y tercera andanadas de proyectiles cayeron sobre ellos, propagando aún más la destrucción y abriéndose para formar un arco de explosiones. El humo y los proyectiles incendiarios se combinaban con los proyectiles de alto poder explosivo, y el valle empezó a llenarse de asfixiantes nubes grises. Uriel cambió su visión a térmica, y vio el paisaje en forma de diversas capas de marcas de calor. El valle era casi uniformemente gris, con sólo unas pequeñas variaciones en el gradiente de temperatura, excepto allí donde los proyectiles habían explotado, pero detectó las brillantes señales de la infantería enemiga avanzando desde la boca del valle bajo la cobertura del humo.

—Infantería avanzando —dijo por la red de comunicaciones de la artillería—. Inicien fuego sobre las redes objetivo Primus y Secundus. Preparen las cabezas explosivas para descarga aérea.

En cuanto dio la orden los cañones de las fuerzas auxiliares abrieron fuego con una atronadora andanada. Los Whirlwind, escondidos tras las depresiones del terreno, dispararon cohetes que cayeron sobre la boca del valle y aniquilaron innumerables soldados enemigos en una centelleante serie de detonaciones que desgarraron el aire. Los proyectiles explotaban a unos treinta metros por encima del suelo, proyectando una nube de fragmentos de metralla que descuartizaba a los guerreros de los Nacidos de la Sangre. Docenas murieron inmediatamente, convertidos en masas de carne sanguinolentas.

El duelo artillero prosiguió durante varios minutos, durante las cuales los guerreros de Honsou no fueron capaces de conseguir afianzar su posición en la caverna o avanzar más de un centenar de metros. Mientras

que la artillería de los Guerreros de Hierro tenía un restringido ángulo de disparo, los defensores de Calth podían machacar incansablemente a los invasores.

—Creo que sobreestimasteis las habilidades de Honsou —dijo Clausel observando el bombardeo de las fuerzas enemigas con entusiasmo.

Uriel asintió, ausente. Ese asalto directo no era para nada lo que había esperado. Demasiado obvio, demasiado poco imaginativo y le faltaba el sello característico de un herrero de guerra como Honsou.

—Eso es lo que me preocupa —dijo.

A lo largo del día, los Guerreros de Hierro siguieron presionando a medida que pasaban las horas. Aunque cada centímetro ganado les costó centenares de vidas, la cabeza de puente en la boca del valle iba agrandándose cada vez más. En las pausas entre andanadas, pesadas excavadoras empujaban las grandes montones de cascotes y tierra para formar resistentes promontorios tras los que un número creciente de guerreros podían ponerse a cubierto.

Las piezas de artillería móviles rugían desde el túnel y se apostaban tras las posiciones preparadas, ampliando los ángulos de disparo hasta llegar a abarcar toda la garganta. Era la guerra en su forma más brutal y metódica, presionando hacia delante y ganando cada centímetro de terreno sin importar el coste en vidas. El valor de la estrategia era asombroso, y tan sólo la más férrea de las voluntades podía obligar a sus hombres a avanzar bajo un fuego enemigo tan poderoso sin protestar.

Los altiplanos se extendían formando un amplio arco de un extremo de la boca el túnel al otro. Cientos de pesados bloques rectangulares formados por piedras excavadas del suelo de la garganta y sujetas por mallas eran desplazados por encima de los atrincheramientos para formar una cobertura irregular que servía para proteger de los ataques artilleros. El enemigo plantaba malignos estandartes en los extremos y vertía metales fundidos pendiente abajo para formar placas blindadas de hierro. Uriel observó la línea de feos bloques y se dio cuenta con horror de lo que los Guerreros de Hierro estaban construyendo.

—Es el muro de una fortaleza —dijo—. Nos están asediando.

De pie sobre las murallas de Castra Occidens, la inquisidora Suzaku observaba el intrincado ballet de maniobras militares con una mezcla de interés profesional y estudiado aburrimiento. Como guerrera de los oídos sagrados, evidentemente había sido educada en el arte de la guerra, pero buena parte de su trabajo tenía lugar entre las sombras, por lo que tamaña muestra de poder casi le era extraña. Le disgustaba trabajar de forma abierta, sabiendo que gran parte del poder de su organización se basaba en el miedo a su naturaleza desconocida.

Las miradas que estaba atrayendo al permanecer en pie en la línea de fuego eran de curiosidad y respeto, pero no había el miedo que estaba acostumbrada ayer. Soburo sintió su inquietud, y se giró hacia ella con una ligera sonrisa en la cara.

Soburo era un émpata, y uno muy bueno.

—Ellos no la temen —dijo—. Eso debe ser algo inusual.

—Lo es —confesó Suzaku.

—Tal vez los ciudadanos de Ultramar son realmente inocentes y por tanto no tienen ningún motivo para temer a la Inquisición.

—Eso convertiría este sitio en uno realmente inusual.

—Único diría yo —replicó Soburo, ajustándose la cartuchera en la cadera.

Al igual que Suzaku, Soburo tenía la piel oscura y el cabello blanco, aunque él era mucho más alto y fornido. Tenía las características de un buen acólito, pero Suzaku no creía que tuviera la entereza necesaria para convenirse en un inquisidor. Sus habilidades empáticas le conferían compasión y entendimiento, características que no siempre eran deseables en un inquisidor. Esta campaña respondería a muchas de las preguntas de Suzaku respecto a la idoneidad de su acólito.

Un viento frío azotó las murallas de la fortaleza, un baluarte de piedra negra con elevadas murallas, y Suzaku se arrebujó en su abrigo de combate. La fortaleza presentaba la típica arquitectura de los Ultramarines: fuerte, impasible e inmutable. Suzaku había visto marcas de artesanos de la época de la Gran Traición.

Su séquito estaba reunido a su alrededor, una variopinta combinación de sabios, calculus logi y guerreros acorazados. Sus guardaespaldas antaño habían sido tropas de asalto de los Merodeadores Jacintinianos, pero desde entonces habían sido potenciados con numerosos bioimplantes militares para convertirlos en terribles asesinos cibernéticos. Tenían nombres, o eso suponía, pero Suzaku los conocía tan sólo por sus denominaciones. Su achaparrado sabio Milotas estudiaba una placa de datos labrada en forma de espejo, del que surgía una creciente tira de papel mientras murmuraba catecismos para complacer a los espíritus estadísticos de su interior.

Únicamente los gemelos permanecían apartados, un par de anormalmente altos y esbeltos machos, con extremidades muy delgadas. Las superiores estaban sujetas por camisas de fuerza de cuero aseguradas con hebillas de plata y candados de hierro colado. Ambos eran albinos, de piel traslúcida y ojos del color del invierno. Suzaku los había rescatado de su mundo natal, donde su peculiaridad había hecho que los de su especie hubieran sido cazados hasta casi su extinción por los supersticiosos salvajes debido a los supuestos efectos medicinales que sus órganos internos podían producir al ser ingeridos.

Dados los tormentos mentales que habían sufrido al servicio de Suzaku, Soburo muchas veces había afirmado que habría sido más humano haberles dejado morir. En sus momentos más reflexivos, Suzaku estaba inclinada a estar de acuerdo con él, pero sus prodigiosos poderes psíquicos eran demasiado útiles para dejarlos perder por simple compasión. Cuidadosamente controlados, los gemelos eran capaces de leer las oscilantes corrientes del immaterium y avisar de cualquier intrusión disforme. Pero, al igual que todos los psíquicos, debían ser vigilados estrechamente en busca de signos de corrupción, y siempre con el dedo junto al gatillo de la pistola.

—Han estado nerviosos desde que llegamos aquí —dijo Soburo.

—Deja de hacer eso —dijo Suzaku—. No me leas los pensamientos.

—Lo siento, pero es difícil no hacerlo —se disculpó Soburo—. No ocultáis demasiado bien vuestros pensamientos.

—Entonces endurécete ante ellos —advirtió Suzaku—. Concéntrate en los ojos blancos. Guíalos y lee sus emociones.

Suzaku miró hacia arriba y vio pasar una nube bajo el techo de la caverna gigante. El tiempo en Calth podía cambiar en un instante, y entre la gente se decía que, si no te gustaba el tiempo que hacía tan sólo tenías que esperar cinco minutos a que cambiara. Aun así le parecía extraño que pudieran formarse nubes en esos lugares subterráneos, pero Locard le había dicho que los modelos climáticos se habían potenciado tecnológicamente en épocas remotas. Algunos se rumoreaba que eran de manufactura alienígena, pero ningún miembro del sacerdocio de Marte había obtenido jamás permiso para examinarlo.

Ella se levantó el cuello del abrigo de combate y se estremeció, sus dientes castañeaban por el frío. La temperatura había descendido considerablemente y su aliento se condensaba en el aire a medida que la escarcha cubría las murallas de mármol.

La verdad le llegó como un mazazo. ¡Ese no era un cambio natural! Suzaku volvió la cabeza y vio que Soburo trataba de formar palabras a través de una boca rígida por el frío.

—¡Soburo! —gritó Suzaku.

—Magia de disformidad… —susurró Soburo, cuyos dientes castañeaban terriblemente por las torvas energías que saturaban su cuerpo—. Poderosa. ¡Oscura! O no… es magia de la sangre. ¡Aquí!

Él cayó al suelo con los ojos enturbiados y el frío de la muerte envolviendo su cuerpo. Suzaku cayó al suelo junto a su acólito y levantó la mano para tocarlo. Se estremeció por el aire frío que lo rodeaba. Una sombra los cubrió y al levantar ella la mirada vio a los gemelos de pie junto a ella.

—Nosotros lo sentimos todo, señora. Todas las corrientes —dijo uno.

—Fluye como un río a través de su mente —acabó el otro—. La sangre de los inocentes corre.

—Como lluvia por las calles.

—Como una ola en primavera.

—Viene para barrer a los enemigos de los Nacidos de la Sangre.

—Basta de adivinanzas —exigió Suzaku—. ¿Qué tipo de magia disforme sentís?

—Las puertas del empíreo se abren.

—Los terrores del más allá responden a su invocación.

—Lo que fue soñado en pesadillas pasadas.

—Florecerá sanguinariamente en las mentes de los vivos.

Suzaku vio cómo todo rastro de albinismo desaparecía de los ojos de los gemelos y cómo sus iris se inyectaban en sangre. Soburo gritó de dolor.

—Y los muertos superarán en número a los vivos —dijeron ambos gemelos al unísono.

Las hebillas de plata que sujetaban sus brazos se iluminaron, fundiéndose sobre las camisas de fuerza de cuero y los cerrojos de hierro se partieron con un sonoro crujido. La piel de los gemelos se oscureció y sus caras se deformaron para convertirse en demoníacas máscaras. Sus ligaduras se aflojaron de sus cuerpos como un par de serpientes que mudaran su piel para revelar al monstruo que llevaban dentro.

La pistola de Suzaku estaba en su mano un segundo después y disparó una bala a través de los aullantes rasgos del primer gemelo sin parpadear. El segundo se liberó de su camisa de fuerza y dirigió hacia ella uno de sus brazos esqueléticos, que en esos momentos estaban acabados en largas garras. Giró el arma, pero justo antes de poder disparar, la rugiente hoja de un arma de sierra implantada en el puño de uno de sus guardaespaldas jacintino le atravesó el pecho.

El arma siguió cortando hacia arriba, hasta llegar al cuello, y el psíquico de cara pálida cayó en medio de un montón de entrañas sobre las almenas. La escarcha de la muralla desapareció, y Suzaku abrió rápidamente un canal de comunicación para hablar con los Ultramarines.

—Capitán Ventris —jadeó con los pulmones todavía doliéndole por el amargo frío—. Esté atento. El enemigo está utilizando una hechicería muy poderosa. Los soldados mortales son la última de sus preocupaciones. Es muy probable que esté a punto de enfrentarse a criaturas de la disformidad traídas del otro lado del velo.

—¿Demonios? —preguntó el capitán Ventris con la voz distorsionada por una repentina descarga de estática.

—Muy probablemente —dijo Suzaku—. La magia de la sangre invoca a las peores criaturas.

—Comprendido. Ventris fuera.

Suzaku cortó la comunicación mientras Soburo se ponía, tambaleándose, en pie. Suzaku estaba a punto de ofrecerle una mano cuando vio la persistente rojez en los ojos de su acólito. La mancha de la disformidad era insidiosa, e incluso la más leve traza podía crecer hasta consumir al que era tocado por su corrupción. Ella dio un paso atrás y levantó el arma.

Soburo vio la pistola y leyó las emociones de Suzaku lamentando la fría necesidad del momento. Sus rasgos se endurecieron, pero había sido bien entrenado por los adeptos de Talasa Prime, y asintió con hastiada aceptación.

—Hazlo —dijo Soburo—. Sabes que tienes que hacerlo.

Suzaku asintió y amartilló la pistola con el pulgar.

—Ahora ellos la temerán, hermana —dijo Soburo.

El disparo de Suzaku quedó engullido por el rugir del trueno cuando gruesas nubes oscuras cubrieron la garganta. Los cambios climáticos en Calth no eran nada nuevo, pero la velocidad con que creció la oscuridad distaba mucho de ser natural. Los crepitantes relámpagos cobraron vida, proyectando una enfermiza luz sobre la horripilante muralla y los iconos de los Nacidos de la Sangre.

Los solumens fueron apagándose uno tras otro y la gigantesca caverna quedó sumida prácticamente en la oscuridad mientras unas gélidas ráfagas aullaron desde el túnel septentrional, como los vientos gélidos de un mundo muerto cubierto de hielo. Unas formas fantasmagóricas se movían entre el viento y las nubes, reptilianas y aladas, con la piel pálida y unas rendijas amarillentas por ojos.

Los relámpagos saltaban de nube en nube y el aire de la caverna se saturó de enfermizos y actínicos estremecimientos. El miedo se propagó

como un contagio, las aullantes nubes despertaron fobias, terrores reprimidos o miedos que se creían olvidados desde la infancia.

Unos tambores resonaron, como un corazón enfermo esforzándose por dar sus últimos latidos. Un horripilante cántico se unió a los tambores con un quedo y rítmico sonido que crecía de volumen al unísono con los latidos del corazón que resonaba. Era más fuerte que los truenos, e iba acompañado del entrechocar de espadas contra escudos y el raspado de las bayonetas fijadas a los cañones de las armas. Ningún hombre ni mujer de las fuerzas auxiliares dejó de imaginarse esas torvas cuchillas clavándose en sus tripas o desgarrándoles el cuello.

Los sargentos y capitanes trataban de alentar a sus guerreros con palabras de deber y coraje, pero sus propias palabras estaban cargadas de temor y tan sólo servían para clavar más profundamente el gélido miedo en los corazones de los soldados.

Con un choque titánico, las nubes sobre sus cabezas liberaron toda su furia. Cayó un diluvio de lluvia negra y cegadores destellos de relámpagos golpearon las fortificaciones. Como mazazos lanzados desde naves orbitales, las fortificaciones desaparecieron en medio del fuego y una docena de piezas de artillería explotaron. Las detonaciones secundarias se sucedieron rápidamente cuando los almacenes de munición fueron alcanzados. Los proyectiles salían disparados dando vueltas salvajemente sobre el campo de batalla, cayendo aleatoriamente entre los defensores mientras nuevos relámpagos de luz los golpeaban.

Los comandantes de las baterías ordenaron que la artillería móvil se refugiara en hangares reforzados tallados en la propia roca, pero era demasiado tarde para muchos de ellos. Los retorcidos rayos de fuego se burlaban de las gruesas placas de blindaje y los chorros de plasma inundaban todos los tanques con un fuego abrasador que incineraba a sus tripulaciones en un instante. En cuanto la mayor parte de la artillería imperial fue silenciada, los resonantes cánticos alcanzaron nuevas cotas.

Con unos aullidos llenos de rabia y el tronar de discordantes cuernos de guerra, miles de soldados de los Nacidos de la Sangre y de tanques de batalla emergieron hacia la Garganta de los Cuatro Valles.



QUINCE

Uriel observó cómo las abrasadoras llamas engullían las posiciones artilleras. Sus defensas habían sido planificadas esperando tener que enfrentarse a un ejército convencional, uno que lucharía con tácticas lógicas y que reaccionaría ante los cambios de las circunstancias de formas predecibles. Eso había sido un error, las fuerzas de los Poderes Siniestros eran todo menos predecibles, pues su propia existencia derivaba de los flujos del caos en el immaterium.

Iluminados por los fuegos de los tanques ardiendo y los estroboscópicos destellos de los relámpagos, los soldados de los Nacidos de la Sangre cargaron por las pendientes de la garganta hacia los defensores imperiales. Uriel había esperado una masa de guerreros poco preparados y sin disciplina, pero en ese momento supo que eran soldados bien entrenados, no simples asesinos. Un grupo avanzaba mientras otro los apoyaba con fuego de armas automáticas.

Los tanques chocaron contra las barricadas y abrieron fuego sobre las posiciones de las fuerzas auxiliares con sus cañones principales, aprovechando los compensadores de inercia para evitar el retroceso. Una onda de explosiones detonó entre las filas de los defensores. Un intenso fuego respondió a la carga de los Nacidos de la Sangre, pero era descoordinado y sin convicción. La desesperación que les roía el alma conjurada por la magia disforme del enemigo y la lluvia negra que seguía cayendo mantenía a muchos paralizados, y sólo lentamente iban soltándose esas garras que les oprimían el corazón.

Uriel tuvo que reconocer que las tropas auxiliares estaban recuperando su coordinación y valor con más celeridad que la mayor parte de los mortales afligidos por esa hechicería, pero también sabía que eso no representaría ninguna diferencia si no actuaba rápidamente.

—¡Ultramarines! —ordenó Uriel lo más erguido que podía sobre la cúpula del Rhino—. Adelante. Avance general. Formación Gladius.

Su Rhino se apartó de su posición protegida y aceleró el motor, levantando grumos de tierra y salpicaduras de agua negra cuando sus orugas trataron de ganar adherencia en el terreno empapado. El vehículo avanzó, siguiendo un camino veloz entre los árboles, en dirección a la primera línea

de batalla. Uriel había esperado poder mantener a sus guerreros en reserva el tiempo suficiente para adivinar los puntos débiles del ataque y partir el avance enemigo, pero las circunstancias se estaban precipitando.

Los Rhinos de la Cuarta Compañía se colocaron en posición detrás del suyo, la hoja del gladius, con dos Land Raiders formando los aguilones y los Thunderstrikes de la compañía, la empuñadura. Uriel aferró los disparadores de la empuñadura del bólter de asalto y dejó que los mecanismos de su nuevo ojo biónico se conectaran con los espíritus del vehículo.

—Un trabajo excepcional, magos —dijo Uriel cuando la retícula de la diana apareció en el centro de su visión. Los mecanismos internos del ojo compensaban el movimiento del tanque y las pobres condiciones de luz. Apretó el gatillo apuntando el arma a un grupo de enemigos que corrían en busca de cobertura en un templo. Dos ráfagas acabaron con ellos, y giró el arma para buscar otro grupo. Guiado por su retícula, otra ráfaga bien dirigida mató a otros seis guerreros del adversario.

Los soldados de las fuerzas auxiliares empezaron a luchar con fervor justo en el momento adecuado; el enemigo casi había llegado a sus posiciones. Los disparos centelleaban en todas direcciones, en desesperadas ráfagas, partiendo árboles y agujereando los sacos terreros. Los Nacidos de la Sangre eran un ejército de monstruos, con máscaras de hierro y bronce forjadas con formas de aullantes horrores demoníacos. Los que no tenían cascos se habían desfigurado los rasgos con cuchillos y garras, obteniendo caras grotescas que eran aún peores que las máscaras.

No había dos iguales, pero, luchaban como un todo cohesionado. Estaban bien dirigidos y se habían entrenado para ese tipo de combate. Uriel disparó su bólter de asalto sobre un grupo de enemigos que avanzaba en zigzag, acabando con ellos con una sola presión del gatillo. Su Rhino se detuvo a la sombra de un hangar para tanques vacío.

Saltó del Rhino, y cerró la escotilla detrás de él mientas las puertas blindadas de los laterales del vehículo se abrían. Petronius Nero fue el primero en salir, seguido del Anciano Peleus, que inmediatamente extendió el estandarte de la Cuarta Compañía. Los Espadas de Calth desembarcaron

del Rhino con rapidez y eficacia, y Uriel los condujo hacia la barricada más próxima, donde examinó el devenir de la batalla.

Era consciente de la localización exacta de cada uno de sus guerreros, sus ángulos de disparo y la posición de las fuerzas enemigas dentro de su alcance. La información que se mostraba en su nuevo ojo era filtrada a través de su mente potenciada para proporcionarle la apreciación táctica más precisa imaginable. En segundos había trazado todas las líneas de combate.

—Sargento Aktis, fuego de supresión sobre los templos de carretera en ruinas hacia el este, el enemigo tiene armas pesadas emplazadas allí. Nestor y Theron, defended las barricadas situadas delante de vosotros y seguid disparando contra esos bosques. Pasanius, presiona hacia delante por la izquierda. Hay Nacidos de la Sangre reuniéndose en las ruinas delante de ti. Expúlsalos de allí y presiona hacia el este para obligarlos a cruzar por delante de las líneas de tiro de Aktis. El resto de las escuadras deben apoyar a los auxiliares y estar preparados para cerrar cualquier brecha en la línea. —Uriel cambió de red de comunicaciones—. Land Raiders Artemis y Capitalinus, hagan caso omiso de la infantería. Apunten a los tanques de batalla enemigos. Divídanlos por la mitad.

—¿Y qué hay nosotros? —Quiso saber Brutus Cyprian, golpeando con el dedo el símbolo de los Ultramarines en el lado de su bólter—. ¿No vamos a participar?

—Todo lo contrario, Cyprian —dijo Uriel, arriesgándose a mirar la parte superior de la barricada mientras una serie de balas perdidas levantaban chispas del metal.

Las atronadoras andanadas barrían las laderas y los misiles explotaban entre los ennegrecidos tocones de madera. Uriel vio a Pasanius y al capellán Clausel encabezando a sus guerreros en medio de una tormenta de disparos en dirección a las ruinas que protegían a un pelotón de unos cincuenta Nacidos de la Sangre.

—Se acercan blindados —dijo Livius Hadrianus, y se colocó el rifle de fusión a la altura del hombro.

Varios tanques enemigos, unos cacharros de mecánica casi improvisada que perdían aceite y con cubiertas de pinchos de hierro, avanzaban por el suelo destrozado de la ladera, tratando de apuntar a las posiciones de los Ultramarines con sus cañones.

—Olvídalos —dijo Uriel, viendo la masa de soldados de los Nacidos de la Sangre que avanzaban junto a los tanques—. Nos encargaremos de la infantería.

Desviados de su trayectoria original por los disparos de las escuadras tácticas de Nestor y Theron, los Nacidos de la Sangre trataban de avanzar al abrigo de la protección de sus blindados. Fue un tremendo error.

Uriel observó que el corrupto Leman Russ explotaba cuando un achicharrador rayo láser atravesó su torreta y destrozó las armas de sus costados. Una docena de los Nacidos de la Sangre cayeron a causa de la metralla, y el suelo tembló cuando los dos Land Raiders de los Ultramarines atravesaron los huecos en las defensas destruidas por el duelo artillero con el objetivo de atacar a los tanques enemigos. Se intercambiaron unos atronadores torrentes de proyectiles entre ellos, pero el blindaje de los Land Raiders era a prueba de casi cualquier impacto.

—Ahora —gritó Uriel—. ¡Espadas de Calth! ¡Seguidme!

Uriel saltó por encima de la barricada y avanzó con la espada cobrando vida y siseando bajo la lluvia negra. El suelo bajo sus pies era fangoso y resbaladizo, pero con los nuevos sistemas incorporados en su ojo comprobó que podía mantener el equilibrio tan fácilmente como si estuviera marchando en un desfile. Los disparos de bólter de asalto procedentes de los Rhinos silbaron por encima de su cabeza, realizando fuego de supresión sobre el enemigo.

La lluvia lo convertía todo en sombras iluminadas por los destellos estroboscópicos de los disparos y de las explosiones. Los tanques ardiendo y los destellos de las detonaciones de los misiles iluminaban aquel atardecer antinatural, pero los sentidos de los marines espaciales podían fácilmente orientarse en ese infierno. Los proyectiles bólter acabaron con cuatro Nacidos de la Sangre que abandonaron un tanque en llamas. Una ardiente

lengua de fuego engulló la parte posterior de la jauría. Tal vez unos veinte de ellos sobrevivieron para lanzarse contra los Ultramarines.

Visto desde lejos, las tropas de los Nacidos de la Sangre parecían perversiones de soldados, pero de cerca eran mucho, mucho, peor. Apestaban a sudor, sus raídos uniformes estaban rígidos por los excrementos, como si deliberadamente trataran de hacerse lo más repugnantes posible. Pero por muy desagradables que fueran sus Máscaras y sus uniformes cubiertos de porquería, eran mortíferos. La advertencia de la Inquisidora Suzaku le había llevado a pensar en lo peor que los Poderes Siniestros eran capaces de enviarles, pero esos guerreros eran frágiles. Cuando llegaran los demonios no tenía duda alguna de que la cosa sería completamente distinta.

Un guerrero con una máscara demoníaca se lanzó contra Uriel. Una bayoneta aserrada lo golpeó, pero Uriel bloqueó el ataque con facilidad, y giró la muñeca para hundir la espada en la garganta del hombre. Luego se agachó y cercenó con su arma las piernas de otro, y después se volvió a levantar para golpear a un tercero con el puño.

Los enemigos los rodeaban, pero los Espadas de Calth luchaban formando una cuña que penetraba en las filas enemigas. Su presencia era como un imán, que atraía a más aullantes asesinos con cada movimiento.

—¡Son muchos! —gritó Livius Hadrianus.

—¡Así podremos matar a más! —replicó Brutus Cyprian, al tiempo que aplastaba la cara de un Nacido de la Sangre con la culata de la pistola.

—Y aún vendrán más —respondió Hadrianus.

—Deben tener la promesa de una recompensa por cada uno de nosotros —dijo Uriel.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Petronius Nero ensartando a los Nacidos de la Sangre con gráciles golpes de su espada. Mientras que Nero era un artista, Cyprian y Hadrianus luchaban sin finura alguna y abatían al enemigo con golpes demoledores, con tajos salvajes de las espadas sierra y disparos a bocajarro.

—Porque es lo que yo habría hecho si fuera su comandante —respondió Uriel a las últimas palabras que Clausel le había dirigido.

Selenus luchaba junto a Uriel, disparando ráfagas cortas de pistola para apoyar al resto de la escuadra. Los Espadas de Calth se movían como un solo organismo, avanzando y matando todo lo que encontraban a su paso con torva eficiencia. Uriel perdió la cuenta de cuántos enemigos había matado. Su espada estaba ensangrentada desde los aguilones hasta la punta.

La línea había resistido, y los Nacidos de la Sangre estaban lanzándose a su propia destrucción contra los guerreros de Uriel.

Varias potentes detonaciones resonaron por todos los confines de la caverna cuando los vehículos enemigos explotaron tras ser cuidadosamente seleccionados por los devastadores de Aktis o los poderosos cañones de los Land Raiders. Unos vientos cálidos soplaban por la espelunca, apestando a metal quemado y carne cocida. El espeso humo dificultaba ver lo que sucedía. La suerte del enfrentamiento estaba cambiando, y Uriel sintió que la voluntad de los Nacidos de la Sangre de lanzarse contra los dientes de los Ultramarines se estaba mermando a cada segundo que pasaba.

—¡Anciano! —gritó—. ¡Levanta bien alto el estandarte!

Peleus asintió y enfundó la pistola para levantar el estandarte de la compañía bien alto con ayuda de ambas manos para que todos los defensores pudieran verlo. Incluso en medio de la lluvia negra, el estandarte de la Cuarta Compañía captó la luz de los fuegos y una gran ovación surgió de las garganta de las fuerzas auxiliares en cuanto lo vieron. En un instante de calma entre muertes, Uriel miró atrás, reconfortado al ver que las filas de soldados mortales volvían a ocupar sus posiciones y que estaban disparando al enemigo con su habitual diligencia.

Una gigantesca bola de fuego surgió de las ruinas situadas al este. Uriel vio cuerpos ardiendo cayendo desde las destruidas torres y almenas. Por encima de él, en una ladera, los Nacidos de la Sangre estaban retrocediendo desde los bosques hacia la carretera. Detrás de ellos, Pasanius, Clausel y los miembros de su escuadra ocuparon posiciones de tiro en el lindero del bosque y empezaron a acabar con ellos con disparos certeros. No era que quedaran demasiados. Los guerreros de Pasanius habían expulsado a los Nacidos de la Sangre hacia los sectores de Theron y Nestor, y el demoledor fuego por el flanco había dejado a muy pocos con vida.

—¡El enemigo se retira! —gritó Nero.

—¿Los perseguimos? —preguntó Hadrianus, ansioso de dar rienda suelta a su furia.

Uriel realmente deseaba acabar con el enemigo, para aprovechar esa oportunidad y expulsarlo de Calth de una vez por todas, pero perseguir alocadamente al enemigo no era una cosa que el Codex Astartes aprobara. En cualquier caso, la pregunta quedó resuelta por lo que surgió de la tosca muralla que habían construido en el extremo de la Garganta de los Cuatro Valles.

Era una hueste de ingenios cibernéticos mecanizados armados con rugientes espadas sierra y armas de gran calibre, y protegidos por gruesas placas de blindaje. Los horripilantes aullidos de código corrupto salían vomitados de unos toscos emisores fijados a sus pechos y cabezas. Se movían como ruidosos insectos sobre múltiples extremidades. Eran una horrible mezcla de componentes orgánicos y mecánicos animada por la voluntad demoníaca para convertirse en infernales armas vivientes.

Esa era la amenaza demoníaca de la que Suzaku le había advertido. Como una plaga de langostas, se dirigieron a miles hacia los Ultramarines.

Honsou bajó las barras del arnés de seguridad y las aseguró en su lugar con un duro chasquido de metal contra metal. Le disgustaba estar tan confinado, especialmente cuando Cadaras Grendel todavía no había bajado su arnés, pero él era el líder, y un líder debía liderar. A su alrededor, los Guerreros de Hierro siguieron su ejemplo, y en pocos instantes cuarenta de sus mejores guerreros estaban formados a su alrededor. No le gustaba la idea de ir a la batalla de esa forma, confinado en un largo tubo de metal, pero suponía que eso no era muy distinto a un torpedo de abordaje o las naves de asalto Dreadclaw. Y los Guerreros de Hierro no estaban solos, ya que los Bailarines de las Espadas de Xiomagra también estaban presentes en esa misión.

Grendel y el ingénito ocuparon sus posiciones frente a él. Honsou hizo una señal con la cabeza a su teniente y su campeón mientras éstos se aseguraban. Grendel no llevaba su casco, y su desfigurada cara lo miró desde el otro lado del compartimento.

—No me gusta esto —dijo mirando los Bailarines de las Espadas—. Ya es suficientemente malo que seamos los chicos de los recados de M'kar, pero ¿tenemos que llevar a esos afeminados con nosotros?

Honsou se inclinó hacia delante.

—Diles eso a la cara. Te reto a que lo hagas.

Grendel no dijo nada, recordando la humillación que había sufrido a manos de Xiomagra. Lo cierto era que Honsou tampoco estaba contento con la idea de que se les sumaran, pero había suficiente espacio para ellos, y era muy probable que unas espadas adicionales fueran de gran utilidad.

Los Bailarines de las Espadas se sentaron en silencio en la parte posterior del compartimento, con las cabezas inclinadas y sus largas espadas sujetas, con la punta hacia abajo, delante de ellos. Honsou pensó que parecía peligroso, dadas las vibraciones que les esperaban en su viaje, pero sonrió ante la idea de que uno de los guerreros de Xiomagra se cortara la cabeza por accidente. Mantendría los ojos fijos en ellos por si eso sucedía.

Meneó la cabeza y devolvió su atención al frente cuando el ingénito le habló.

—Estoy de acuerdo con Grendel, pero no porque no me fíe de los Bailarines de las Espadas.

—Ah, entonces, ¿por qué? —quiso saber Honsou.

—Me parece… mal abandonar el campo de batalla de esta forma. Dejar la lucha cuando el resultado aún no está decidido.

—Ahí está de nuevo el ultramarine que hay en ti —se rio Grendel.

—El resultado final no importa —dijo Honsou—. Nunca ha importado. Ya no, en cualquier caso.

—¿De qué estás hablando? —Quiso saber Grendel mientras el creciente rugido de los motores del vehículo y los generadores de potencia se activaba—. Pensaba que dijiste que esta misión era secundaria.

—Os mentí —le contestó Honsou—. Es necesario que se lleve a cabo, y cuanto antes mejor. Mientras la atención de los Ultramarines está centrada en la garganta, nosotros podemos estar en cualquier otro lugar.

—¿Y sabes dónde está el templo? —le preguntó Grendel al ingénito.

—Lo sé —le contestó este—. En una cueva de dragones. Los muros están cubiertos de murales y mosaicos de ellos. Son toscos, como dibujos realizados por niños. Existe un muro de roca y un camino secreto que conduce a una caverna oculta que hay más allá. Nadie sabe que está allí, al menos ya no.

—¿Y así es como vamos a encontrarlo? —bufó Grendel con soma—. No son unas coordenadas muy exactas, la verdad…

—Son lo suficientemente precisas —dijo Honsou—. Perforaremos las cavernas por debajo y proseguiremos a partir de ahí. Veamos qué nos depara el destino.

—Magnífico —le espetó Grendel—. Y yo que me preocupaba porque no tuvieras un plan.

—Yo siempre tengo un plan —sonrió Honsou.

Con un estruendo de engranajes engrasados y el aullante chillido de los sistemas hidráulicos, la parte posterior del compartimento empezó a elevarse y las luces rojas se iluminaron. Honsou notó la familiar emoción de ir a una misión en la que las probabilidades de éxito estaban en su contra. Los agudos chirridos de los perforadores y los láseres mordiendo la roca resonaron por todo el compartimento de las tropas cuando la máquina de guerra excavadora empezó a atravesar la roca de Calth.

—Sin duda Obax Zakayo habría dicho que esta misión era temeraria —gritó Honsou cuando el compartimento tembló violentamente por la fuerza del descenso.

—Y habría tenido razón —afirmó Grendel.

—Sí, es posible —replicó Honsou—. Pero sienta bien el intentarlo.

La holoesfera se iluminó con las indicaciones de los movimientos del enemigo y la disposición de las tropas mientras el magos Locard procesaba los miles de datos que recibía de la miríada de augurios y equipos de vigilancia de que disponía a través de las superficies del Lex Tredecim. Un Capitol Imperialis era una vasta red con capacidades de mando y control, pero uno construido por el Adeptus Mechanicum era mucho más que eso.

Equipado con máquinas diseñadas para detectar elementos, longitudes de onda y fenómenos físicos hasta un punto increíble, la información de sus sensores habría desbordado a los estrategas mortales y a sus ayudantes militares. Treinta servidores multifunción se movían por el puente de mando del Lex Tredecim, reuniendo información y subiéndola directamente a la holoesfera.

En esos momentos estaba siguiendo los movimientos de un millar de corrompidos pretorianos que estaban surgiendo de la improvisada muralla que habían erigido los Guerreros de Hierro. Aunque muchas de las emociones que los mortales daban por sentado habían sido sustituidas por facultades lógicas muy superiores, Locard sintió una profunda y amarga aversión por el magos corrupto que había pervertido de esa forma esos perfectos especímenes del Omnissiah.

Tan sólo un minúsculo fragmento del antaño poderoso fuego del Dios Máquina brillaba todavía en esas abortadas pesadillas. Un parásito movía sus músculos tejidos con fibras y animaba sus mecanizados armazones. Lo que antaño había sido bello y magnífico por su lógica distribución ahora no era más que una aberración a la que odiar y, lo más importante, a la que había que destruir.

Locard abrió una línea de comunicación con el comandante Trejo, líder de la hueste de skitarii. Situados al oeste de la entrada principal de la garganta, estaban situados en la posición ideal para contraatacar.

—Comandante Trejo, ¿está viendo eso?

—Lo veo, magos —gruñó Trejo. Su acento de la parte inferior de una colmena todavía era discernible a pesar de la gran cantidad de cirugía potenciadora que había sufrido su mandíbula—. Déjenos actuar, se lo suplico.

—Considérese libre de hacerlo —dijo. No era necesario aclarar contra qué fuerza. El odio del Adeptus Mechanicum hacia esas máquinas corruptas no era menos intenso para sus sirvientes—. Sirvan a la voluntad del Omnissiah.

—Comprendido. Trejo fuera.

En cuanto la comunicación se cortó todos los iconos dorados que representaban la hueste skitarii se movieron hacia el este, acompañados por sus servidores de combate. Los Ultramarines ya estaban trabados con las máquinas enemigas, y por mucho que deseara ver destruidas esas corruptas máquinas, era más adecuado que las inutilizaran los verdaderos servidores del Dios Máquina.

Y no existía nadie más idóneo para esa justa venganza que Trejo.

Un icono de advertencia centelleó en la holoesfera. Se trataba de un detector de temblores sísmicos, y Locard movió una mano táctil sobre la pantalla, llevando a primer plano las lecturas. Unas descargas de energía regulares atravesaban la roca. Eso, por sí mismo, no era nada inusual, especialmente en un planeta tan lleno de cavernas y túneles, pero esas lecturas eran demasiado regulares y demasiado artificiales para tratarse de un movimiento general como el que podría haberse esperado durante el curso de una batalla.

Con movimientos veloces refinó los parámetros de búsqueda de los detectores sísmicos, filtrando los movimientos locales de las placas tectónicas y los impactos de la artillería pesada. Cinco rastros estaban moviéndose por el interior de un túnel en el extremo más alejado de la garganta. Sólo podía existir una explicación para esas señales tan específicas.

—Identificar —dijo realizando una serie de análisis de rastros y vibraciones por medio de las máquinas lógicas del Lex Tredecim—. Refinar a un margen de error no superior al diez por ciento.

Como había sospechado, la respuesta no tardó en llegar, los rastros eran tan específicos e inconfundibles que no habría necesitado realmente los cogitadores para deducir qué estaba viendo.

Una nueva pantalla se abrió en la holoesfera, mostrando una brillante imagen que rotaba lentamente en tres dimensiones. Largo y cilíndrico, cubierto de ganchos y pinchos en toda su longitud, como un salvaje depredador submarino con un pico cónico.

Hizo desaparecer la pantalla con un chasquido y activó una fantasmagórica representación topográfica de la Garganta de los Cuatro

Valles. Las unidades de las fuerzas auxiliares estaban marcadas en blanco, los Ultramarines en azul y las fuerzas del Adeptus Mechanicum en dorado. Locard había asignado a la Guardia del Cuervo iconos verdes, pero por razones que no podía comprender, no aparecían en la holoesfera. Curiosamente, el único icono plateado, que representaba a la inquisidora Suzaku, estaba moviéndose desde Castra Meridem hacia la línea del frente.

El rastro sísmico estaba moviéndose hacia lo más profundo del lecho rocoso del planeta, pero Locard sabía que eso no duraría mucho tiempo. Sus dedos bailaron por el aire mientras introducía numerosos escenarios posibles para su ruta de movimiento según la densidad de las rocas de la Garganta de los Cuatro Valles.

—Proyectar posibles puntos de emergencia basándose en la trayectoria actual —siseó—. Interrogante: ¿Por dónde van a salir a la superficie?

Una luz parpadeante iluminaba el horror de las máquinas de la muerte, las escalofriantes máscaras de los pretorianos poseídos por demonios y lo horripilante de su carne mutada. Componentes orgánicos y artificiales se unían en una grotesca fusión que recordaba a Uriel las heridas gangrenosas.

El diluvio negro no dejaba de caer, y el suelo se había convertido en un barrizal a través del cual cada paso representaba un gran esfuerzo. Cientos de cuerpos yacían en charcas de lluvia aceitosa y sanguinolenta. Los truenos resonaban por encima de sus cabezas y la visibilidad se limitaba a un centenar de metros o menos. Unas formas trastabillantes se movían entre las sombras, cazando grupos de servidores armados con bastones aturdidores y cortadores electrificados que crepitaban y burbujeaban con la lluvia. Otros disparaban repiqueteantes armas similares a máquinas de remaches energizadas, mientras otras más estaban equipadas con ardientes armas láser que disparaban irregulares explosiones de brutal energía.

Las máquinas demonio acechaban las ruinas y los bosques quemados de la Garganta de los Cuatro Valles, pasando de una cobertura a otra mientas avanzaban hacia las líneas imperiales. Cientos de ellas cubrían el terreno fangoso, sus cuerpos blindados machacados por los proyectiles de artillería

que caían peligrosamente cerca de las líneas imperiales, pero centenares más seguían acercándose como una marea demencial.

Los Rhinos vomitaban proyectiles bólter hacia el enemigo, y los dos Land Raiders seguían luchando a pesar de los graves daños sufridos. Sus superficies blindadas estaban abolladas y quemadas, Artemís tenía una oruga dañada, y Cap Italinus había perdido una de sus barquillas laterales. Ambos seguían luchando con el enemigo, pero sus reservas de munición y energía estaban peligrosamente bajas. Las demoníacas máquinas chocaron contra la línea de los Ultramarines en medio de una tormenta de espadas y aberrantes máquinas. Explosiones, disparos y aullidos mecanizados ansiando sangre se mezclaron con un terrible y profundo grito de odio eterno.

Uriel atravesó con su espada la poca carne que quedaba en un corrupto servidor de combate, haciendo manar un hediondo icor que apestaba a aceite de motor y a sangre infectada. La máquina chirrió con un crepitante estallido de dolor y cayó al suelo con sus abotargadas extremidades. Una explosión y un discordante estallido de estática en la línea de Ultramarines indicó la muerte de otra máquina. Uriel no necesitaba ver los iconos de situación en el borde de su visión para saber que los Ultramarines también estaban muriendo.

Los Espadas de Calth luchaban a su lado, con las armas cuerpo a cuerpo enfundadas para poder utilizar los bólters. Las ráfagas coordinadas de proyectiles bólter eran lo único que podía abatir a esas monstruosas máquinas. Estas estaban fuertemente acorazadas y eran capaces de resistir un castigo muy duro antes de caer.

—¡Enemigo a la derecha! —gritó el apotecario Selenus cuando un aullante grupo de máquinas gigantescas con forma de escarabajo abandonó la cobertura de lo que había sido un Hellhound, aunque en esos momentos no era más que un montón de chatarra ardiendo. Sus caparazones eran brillantes por la lluvia, y sus cabezas, similares a las de los tiburones, tenían forma de proyectil y estaban cubiertas de metal encornado.

Peleus apuntó su pistola y atravesó con dos rápidos disparos el visor de la máquina demoníaca más cercana antes de que ésta se derrumbara sin

emitir ni un sonido. Cyprian y Selenus se encargaron de la siguiente, disparando ráfagas sostenidas hasta el que blindaje cedió y los proyectiles de masa reactiva lo partieron por la mitad. Un tercero cayó bajo el rifle de fusión de Hadrianus, y Uriel vació su pistola bólter en el pecho de la cuarta, hasta trastabilló, pero siguió avanzando, su cuerpo convertido en una sanguinolenta masa de cráteres allí donde los proyectiles habían detonado. Otros tres sobrevivieron para alcanzar los Ultramarines, y Nero cambió a su sable en un abrir y cerrar de ojos.

Las máquinas demoníacas chocaron contra los Espadas de Calth y Livius Hadrianus salió despedido por un demoledor golpe de un pesado brazo con una espada sierra. De su armadura saltaron chispas anaranjadas cuando los dientes mordieron su placa pectoral, pero antes que la espada pudiera perforar, Brutus Cyprian destruyó la máquina con una ráfaga.

Petronius Nero se agachó para esquivar las sacudidas de sus extremidades, y pareció que se adelantaba a cada uno de sus movimientos antes de clavarle el arma en un pequeño hueco en el blindaje. Hizo girar la espada y el monstruo cayó con un grito ahogado. Hadrianus rodó sobre su espalda y vaporizó una chirriante máquina con un disparo de su rifle de plasma.

Cyprian lo puso en pie cuando la batalla se intensificó a su alrededor. Uriel y Nero se acercaron a un monstruo con una cara de lobo de plata animada por una luz fantasmagórica. Una incontrolable avidez de sangre ardía en sus ojos rojos, y aulló con una voz artificial que era totalmente inhumana en su odio.

—Por la izquierda —dijo Nero, y Uriel obedeció inmediatamente la orden del espadachín.

La criatura golpeó con un puño martillo potenciado neumáticamente, y Uriel se agachó para evitar el golpe. Rodeó hasta ponerse en pie y cortó con su espada los cables que conectaban el puño a los crepitantes generadores de su espalda. Nero paró un golpe de costado lanzado por sus enormes cortadores y le hundió la espada en el tejido blando que había bajo el hombro del monstruo. Su espada cercenó arriba y abajo, cortando los tendones recubiertos de metal que le permitían mover el brazo. El arma

cayó inerte mientras golpeaba a Nero con una de sus piernas cubiertas de pinchos.

El espadachín se apartó a un lado, y Uriel aprovechó la ventaja para saltar sobre el caparazón de la bestia. Esta se encabritó y trató de tirarlo, pero Uriel se agarró a su cornuda columna y clavó la espada, destripando al demonio desde la base del cráneo hasta la clavícula. La bestia se desplomó sobre el barro, y Uriel saltó.

Nero lo miró y meneó la cabeza.

—Esa ha sido una maniobra muy arriesgada —dijo—. ¿Y si hubiera rodado al caer? Habrías quedado aplastado.

Uriel asintió.

—Lo sé, pero está muerto, y eso es lo único que importa.

Se reagrupó con su escuadra, satisfecho al ver que todos habían logrado salir del ataque indemnes. Incluso Livius Hadrianus había evitado quedar gravemente herido, aunque manaba un poco de sangre por el agujero abierto en su placa pectoral. El resto de su escuadra estaba cubierta de barro, pero mostraban un aspecto magnífico y una actitud desafiante. Aunque la lluvia negra no había dejado de caer desde el inicio de la batalla, la tela del estandarte de la Cuarta Compañía seguía impoluta, sin ni siquiera una sola mancha.

Diez Ultramarines estaban fuera de combate, y tres de ellos no volverían a luchar nunca más. Su línea había resistido la primera oleada de máquinas demoníacas, pero al mirar hacia la garganta, vio que se estaban reuniendo para un nuevo ataque.

—Pronto van a volver a por nosotros —dijo Nero, moviendo su espada para masajear los músculos del hombro.

—Que vengan pues —respondió Cyprian golpeando la palma de la mano con el puño—. Será un combate digno de mi fuerza. Los Nacidos de la Sangre no sirven ni para entrenar. Doy las gracias al primarca por ello, pero aun así…

—Incluso tú puedes ver terminado tu trabajo ante estas criaturas —dijo Hadrianus, cargó una nueva célula de energía en su rifle de plasma.

—¿Apostarías por ello?

—No. Odiaría ver cómo una de esas cosas te arranca la cabeza sólo para demostrar que tenía razón.

—No se atreverán —advirtió Cyprian.

—Nadie puede arrancarle la cabeza a Cyprian —dijo una voz—. No tiene cuello por el que cogerla.

Uriel conocía bien esa voz, y sonrió al ver a Pasanius dirigiendo a los llameantes junto a sus Espadas de Calth. La escuadra táctica Nestor mantenía la posición a la izquierda de Uriel, y el capellán Clausel dirigió la escuadra de Pasanius hacia sus posiciones de la derecha. Sus amigos estaban fatigados por el combate contra los Nacidos de la Sangre y las máquinas demoníacas. Ninguno había caído, pero todos mostraban unos agujeros impresionantes en sus armaduras.

—Suerte que estáis con nosotros —dijo Uriel, sorprendido de lo mucho que había encontrado a faltar tener a Pasanius a su lado en la batalla. Pese a lo coordinada que era una unidad de combate como los Espadas de Calth, no tenían las décadas de familiaridad compartidas por Uriel y Pasanius.

—Me necesitabais aquí —dijo Pasanius—. Seguro que añorabais mis poco sofisticados consejos y mis sabias advertencias. Después de todo, esto no es diferente a la Guardia. Son los sargentos los que realmente hacen que las cosas funcionen, ¿no? ¿No es eso cierto, Nestor?

El sargento Nestor asintió.

—Es tal y como decís, sargento Pasanius.

Pasanius señaló el campo cubierto de cráteres.

—Parece que aquí es donde nos van a golpear con más dureza cuando vengan nuevamente a por nosotros, así que he buscado un poco de ayuda.

Tres gigantescas formas avanzaban entre los Rhinos, acorazados gigantes de ceramita acero y carne, con un arsenal de letales armas acopladas a sus poderosos puños.

—He traído los dreadnoughts —dijo Pasanius.

Hasta ese momento de la batalla, los dreadnoughts de la Cuarta Compañía habían realizado funciones de apoyo, pero este combate sin duda sería personal, cuerpo a cuerpo y muy rápido. Tener su fuerza en la línea de

batalla aumentaría la resolución y el coraje de todos los guerreros que lucharan a su sombra.

La Cuarta Compañía había llegado a tener cuatro dreadnoughts, pero el hermano Barkus se había perdido en Espandor, en la defensa de Corinto. Su muerte había sido un duro golpe, pues había servido lealmente al Capítulo durante casi un millar de años, y acumulaba una sabiduría y valor como probablemente jamás volvería a verse.

El hermano Speritas y el hermano Zethus hacían empequeñecer a los marines espaciales. Sus sarcófagos blindados estaban, decorados con laureles dorados, guanteletes e iconos ultramarines revestidos de cuarzo reluciente. Ambos habían cambiado sus armas por otras más adecuadas para una batalla cuerpo a cuerpo. Speritas tenía en un puño un pesado lanzallamas de cuya bocacha ya salían pequeñas llamas azules, mientras que en el otro puño llevaba una arma neumática en forma de martillo capaz de abrirse paso a través de varios metros de adamantium en pocos segundos.

Zethus, que siempre había sido un guerrero más sutil, contaba con un crepitante puño de energía y un cañón de asalto.

Ambos dreadnoughts habían luchado junto a Uriel en la campaña de Pavonis, aunque él nunca los había conocido. Al último dreadnought de la Cuarta Compañía, sin embargo, Uriel lo conocía desde hacía muchos años.

El tecnomarine Harkus había resultado mortalmente herido en Pavonis, pero su determinación para vivir había logrado que su maltrecho cuerpo fuera mantenido en estasis y devuelto a Macragge, donde se había decidido concederle el honor de ser enterrado en una de las más sagradas reliquias del Capítulo. Su forja había sido reconstruida en Macragge, y uno de los brazos había sido reemplazado por un servobrazo multifuncional equipado con letales taladros y cortadores de energía.

—Hermano Harkus —dijo Uriel con una inclinación—. Nos honra con su presencia.

—Ha pasado mucho tiempo desde que luché junto a mis hermanos de batalla —dijo Harkus, avanzando más allá de Uriel para ocupar su posición en la línea de batalla. Uriel le observó marcharse.

—Tan parlanchín como siempre —dijo Pasanius.

—Harkus nunca fue uno de los guerreros más comunicativos —dijo Uriel—. Ni siquiera cuando caminaba entre los guerreros de la Cuarta en su forma corporal.

—Cierto, parece que su internamiento no ha contribuido en nada a cambiar ese aspecto —obervó Pasanius.

—No, pero no lo valoro por su locuacidad —dijo Uriel.

—También es cierto. Ese brazo de los taladros parece muy útil —replicó Pasanius—. Y su cañón de plasma puede hacer muchísimo daño.

Uriel miró por encima de las ruinas y el abrasado terreno de la garganta cuando los demenciales tambores sonaron por detrás del muro que los Guerreros de Hierro habían construido. Sus constructores no habían permanecido ociosos durante la lucha. Habían erigido nuevos bastiones dentro de la estructura, y su visión mejorada le permitió ver que habían sido traídos desde el interior del túnel, devorando así aún más de la preciosa tierra de Calth.

Una rabia biliosa subió por la garganta de Uriel al ver tanta destrucción en un mundo que ingenuamente creía que estaba a salvo de todos los ataques. Las ruinas ennegrecidas por el fuego lloraban lágrimas negras por sus rotas ventanas, y en los bosques incendiados saltaban chispas cuando las máquinas demoníacas surgieron del lindero del bosque. En ese mismo instante, una línea de estandartes apareció entre las almenas de la muralla y una hueste de los Nacidos de la Sangre se lanzó a la carga desde las puertas.

El suelo tembló con un rugido sordo, como los temblores iniciales de un violento terremoto, y Uriel se agarró al tubo de escape del Rhino que había junto a él. Los guerreros miraron alrededor, aturdidos, lanzando ansiosas miradas hacia el techo de la caverna cuando fragmentos de roca y polvo cayeron al suelo. Los terremotos en las cavernas no eran desconocidos en Calth, pero el sostenido ruido y las profundas vibraciones les decían que no se trataba de un temblor natural.

—¡Que Guilliman nos proteja! —susurró Brutus Cyprian, y Uriel vio la gran sombra de la Basílica Negra surgir por encima de la muralla.

Su enorme masa era aún más negra que la noche más oscura. Algunos proyectiles pasaron silbando por encima de sus cabezas procedentes de las piezas de artillería de las fuerzas auxiliares que habían sobrevivido a los relámpagos, pero unas descargas de relámpagos carmesíes centellearon con cada impacto, destruyendo los proyectiles. Su cañón frontal tronó y una sección de un centenar de metros de la línea defensiva se desvaneció en un ardiente maremoto de fuego.

El comunicador en su oreja se activó, y Uriel reconoció el icono del magos Locard en su visor. El mensaje del icono parpadeaba con un rojo furioso mientras abría la comunicación.

—Magos, éste no es el mejor momento.

—Capitán Ventris, he de informarlo de que cinco máquinas de guerra enemigas están excavando por debajo de su posición en estos mismos instantes. Mis cálculos indican que van a emerger a unos trescientos metros por detrás de su posición actual. No puedo determinar su cargamento, pero por el peso y la velocidad, sospecho que son astartes traidores.

—Como si esta batalla no estuviera ya siendo suficientemente difícil luchando en un solo frente —maldijo Uriel.

—He enviado al comandante Trejo y sus skitarii en su dirección —dijo Locard—. Estarán temporalmente con usted.

—Comprendido, Ventris fuera. —Uriel se giró—. Ultramarines, ¡preparados! Que las escuadras pares retrocedan doscientos cincuenta metros y esperen a que emerjan desde bajo tierra transportes subterráneos a nuestra retaguardia. Que las escuadras impares mantengan la posición y se preparen para la batalla. ¡Coraje y honor!

Y la matanza volvió a empezar.

TERCERA PARTE
EL LEGADO DEL CAPÍTULO



DIECISÉIS

Aunque la artillería no dejaba de machacarlos y los disparos de las fuerzas auxiliares hacían caer a cientos, no había forma alguna de detener la carga de los Nacidos de la Sangre y de las máquinas demoníacas. Desplegada con disciplinada precisión, la horda de enemigos se estrelló contra las líneas de Ultramarines con un estruendo semejante al ritmo de los tambores. La Cuarta Compañía se preparó para recibir la carga y cuando ésta llegó, su línea se combó como un arco que se curva demasiado y se parte.

Los estampidos de las armas, los chirridos de las sierras y los chisporroteos de las espadas le conferían a la lucha luz como la de los sopletes de los astilleros. Las máquinas demoníacas dejaban escapar chillidos y aullidos mientras se abrían camino a través del centro de la línea, apartando hombres a ambos lados como si se tratara de briznas de paja. Cada vez que se producía una ruptura de la línea, allí acudía al momento una reserva que se movía con fluidez, un ariete de veteranos con escudos que marchaban hacia las mismas fauces de cada asalto con un coraje estoico.

Las andanadas destructoras barrían las primeras líneas desde las decenas de armas montadas en la Basílica Negra: ensordecedores cañones automáticos, munición explosiva y arcos relampagueantes de rayos de energía. Arrojaban una terrible pared de fuego que salía de la tierra como si fuera una gran cortina que quemaba armaduras y carne sin distinción alguna. El chirrido atronador de sus orugas cortaba el aire mientras avanzaba hacia el arco en las paredes de la fortaleza. Era un monstruo negro que se arrastraba hacia delante de forma inevitable.

Los Nacidos de la Sangre pululaban por el campo de batalla como hormigas en medio de una lucha entre gigantes. Esos guerreros mortales no podían superar a los Ultramarines en habilidad o fuerza, pero los acosaban como perros a un oso, con la esperanza de acabar con sus enemigos gracias a su superioridad numérica.

Y al parecer, la táctica estaba funcionando.

Uriel mantenía juntos a los Ultramarines frente a la furiosa tormenta de espadas y furia demoníaca, pero había poco que pudiera hacer para contener aquella marea sedienta de sangre.

Entonces llegaron los skitarii.

Yesyl Trejo había liderado a los skitarii de las fuerzas expedicionarias desde hacía casi una década y había ido ascendiendo poco a poco por todos los rangos durante otros veintidós años antes de eso. En todo ese tiempo, su cuerpo se había visto modificado, su armadura había aumentado y lo habían rearmado treinta y seis veces. Poco quedaba ya de su cuerpo original, pero eso no le importaba. Lo fundamental era que ahora era más grande, más rápido, más duro y más despiadado que nunca.

Él y sus mil guerreros pululaban por las pendientes occidentales resbaladizas por el barro de la Garganta de los Cuatro Valles: una marea creciente de asesinos aullantes ataviados de un modo tan extravagante como cualquiera de los del ejército contra el que cargaban. Llevaban una colección de placas brillantes cubriendo sus músculos sobredesarrollados, y pieles y calaveras extrañas les adornaban las hombreras. Cada uno de esos hombres era un asesino feroz, mejorado con maestría tecnológica y entrenado para ser un segador de vidas superlativo.

La mandíbula de acero de Trejo estaba llena de espuma por su ira alquímica, y la niebla roja producto de la furia propia de los berserkers estaba encadenada a los procesos de pensamiento rígidamente lógicos propios de un guerrero del Mechanicum. Aun con todo su salvajismo, la suya no era una masa informe de guerreros. Mezclados entre los skitarii había cientos de pretorianos, servidores montados sobre orugas y provistos del armamento más mortífero conocido en el sacerdocio marciano.

Unas líneas continuas de fuego cegador hostigaban los flancos enemigos, abriendo grandes boquetes en el cuerpo de los Nacidos de la Sangre. De las mochilas que llevaban a la espalda surgieron estandartes telescópicos y un bosque de armas de fuego apuntó hacia el enemigo, mezcla de rifles de Plasma, de cañones rotatorios y de lanzas láser. Desenvainaron espadas y hachas que lanzaron relámpagos de energía, los cuales, unidos a las andanadas de proyectiles sólidos que cruzaban las filas de los Nacidos de la Sangre, actuaron como una mortífera tormenta.

El enemigo acusó el impacto de aquel ataque, pero los Nacidos de la Sangre eran soldados bien entrenados guiados por oficiales con la cabeza fría, que realinearon los flancos para poder encajar un nuevo ataque con una rapidez encomiable. Se movieron con velocidad, pero no con la suficiente para que la consciencia táctica mejorada de Trejo no viera inmediatamente el punto débil de la nueva formación. No necesitó dar órdenes; una unidad de mando neural unía su mente con la subred cortical de todos los guerreros de su fuerza, de modo que los guerreros más feroces de su horda se movieron de forma ordenada para crear una punta de lanza letal un instante antes de impactar en la masa de enemigos que constituía su objetivo.

Los dispensadores de estimulantes y derivaciones adrenales llenaban sus cuerpos de un combustible químico volátil, aumentando la agresividad y la velocidad de los reflejos hasta niveles casi iguales a los de los Adeptus Astartes. Las hojas de las espadas cayeron sobre los Nacidos de la Sangre cuando la fuerza skitarii alcanzó su objetivo. Era una horda mecanizada de guerreros salvajes que mataban sin remordimientos, sin miedo y sin pausa. La cuña de skitariis penetró en las líneas de los Nacidos de la Sangre y la batalla se convirtió en una masa en ebullición de miles de cuerpos que se lanzaban unos contra otros con armamento mecanizado, ferocidad desenfrenada y precisión clínica.

El barro se le pegó a los pies, y la lluvia le limpió la sangre del cuerpo a Trejo mientras se introducía en la masa de guerreros enemigos más cercana. Varias andanadas de disparos láser impactaron en su armadura y una ráfaga de proyectiles rebotó contra su mandíbula. Soltó una risotada dura y despiadada cuando llegó al centro de aquella acumulación de cuerpos.

Trejo golpeó con la máscara de acero que tenía por cara al soldado de los Nacidos de la Sangre que estaba más cerca de él y le hizo pedazos el cráneo. Luego disparó a otros tres con el arma de plasma que llevaba montada en el hombro. Su espada atravesó el pecho de otro a la vez que su brazo armado soltaba una andanada y segaba la vida de otro puñado de soldados. Lanzó un alarido mientras se adentraba más en las líneas enemigas, con su escolta de pretorianos disparando rápidas ráfagas que acababan con enemigos en todas direcciones.

El dispensador de su otro hombro escupió unas cuantas granadas por encima de las cabezas de los enemigos que tenía delante de él y vio un par de máquinas demoníacas desaparecer tras un fragor de fuego al rojo. Unas cuantas columnas de negra energía salieron proyectadas hacia el cielo, y Trejo saboreó esas muertes tanto como lamentaba la corrupción y la pérdida de tales mecanismos. La carnicería seguía desarrollándose a su alrededor, imposible de leer sin los implantes de visión especializada, y Trejo supo que esa carga había propinado un sangrante mordisco en el flanco enemigo. Hizo una mueca ante la vulgaridad de su visceral metáfora biológica.

Los Nacidos de la Sangre huían ante él, tropezándose unos con otros en su apresuramiento. Dejó escapar una risa dura y crispante mientras los veía huir. Una descarga repugnante del código binario corrupto de una máquina le hizo girar a la vez que su esfera sensora detectaba la presencia de tres máquinas demoníacas tras él.

Dos de sus pretorianos explotaron y el tercero quedó partido en dos por una espada sierra tan larga como dos hombres altos. Una titánica máquina demoníaca apareció detrás de él, de cuatro metros de alto y con la forma de un gigantesco escorpión metálico. Su cola cargó directa contra su espalda, pero él levantó su espada a tiempo para bloquear la cuchillada de aquel aguijón cubierto de energía. Su hoja despidió brillantes chispas y una tormenta de descargas.

El arma de su hombro soltó una descarga de plasma hacia el vientre del monstruo y un conjunto enmarañado de piezas de maquinaria y cableado cayó en una amalgama de metal y plástico requemado, pero a la bestia pareció no importarle. De repente otra máquina le golpeó el costado con una de sus patas metálicas. Trejo sintió que sus costillas reforzadas se hacían pedazos. Varias descargas de bálsamos contra el dolor le inundaron el sistema corporal, pero no con la velocidad suficiente como para evitarle el sufrimiento agónico que le produjeron los dientes de metal al perforarle el pulmón de plastiacero, pero sí con lo rapidez necesaria para que consiguiera mantenerse en pie. Rodó hacia un lado cuando la tercera máquina fue a por él y maldijo cuando sus indicadores de calor interno le

informaron de que su arma de plasma no se había enfriado suficiente aún para poder volver, a disparar de forma segura.

—¡Al diablo! —dijo y disparó una larga ráfaga a pesar de la información de los indicadores.

Cuatro dardos azules atravesaron el cuerpo de la máquina y ésta soltó un mecánico grito de muerte en medio de un caos de códigos binarios. Un vapor abrasador salía del arma de plasma y tres de sus bobinas explotaron, desparramando un plasma que le achicharró el hombro. Su armadura se fundió bajo ese calor intolerable y él intentó alejarse tambaleante de las máquinas que iban a por él.

El furioso relámpago de un disparo dividió en dos a una máquina demoníaca, y Trejo gruñó cuando un trozo ardiente de metralla le produjo un corte en la frente. La sangre empezó a caerle sobre los ojos y la máquina escorpión rugió con furia demoníaca cuando una nube de disparos la envolvió. Saltaron chispas de su caparazón blindado, pero eso sólo hizo que su rabia antinatural alcanzara nuevas cotas.

Trejo retrocedió, pero sintió una repentina presencia a su lado. Sólo una lectura en menos de un segundo de su biométrica evitó que la partiera en dos con su espada.

Se limpió la sangre de los ojos y vio que se trataba de una mujer con un abrigo oscuro cuyos largos faldones se agitaban de tal forma que parecía que llevaba una capa de terciopelo azul hinchada por el viento. Tenía el pelo de un blanco puro y se lo apartaba de la cara un viento aullador que no tenía nada que ver con las tormentas antinaturales que conjuraba el enemigo.

Las tropas de asalto imperiales la flanqueaban, disparando a la máquina demoníaca con el armamento que llevaban implantado, que era, como mínimo, igual al que portaban los skitarii de Trejo. No reconoció la insignia que lucía ella en las hombreras, pero los injertos multiespectrales de sus ojos pudieron ver los electrotatuajes invisibles que tenía la mujer bajo la piel.

—La Inquisición… —masculló.

Ella le oyó a pesar de los truenos, los tambores y la lluvia, y su mirada modificada se encontró con los gélidos ojos azules de la mujer, que

rebosaban un poder apenas contenido. Dijo una sola palabra que hizo que una oleada de miedo llenara el organismo de Trejo.

—Malleus —pronunció en voz baja.

Llevaba un bastón de marfil veteado con algo verde que parecía mármol y lo agitó en dirección a las máquinas demoníacas.

—Mantenlos lejos de mí —ordenó—. Eso hará tu trabajo más fácil.

Trejo tiró del mecanismo del cañón que llevaba implantado en el brazo y asintió; no quería hablar con una agente de los sagrados oídos si no era estrictamente necesario. Ordenó reunir a más pretorianos y lugartenientes skitarii mientras dos soldados de las tropas de asalto armados con largos atrapahombres llenos de pilas empujaban hacia la mujer a un par de acólitos que entonaban algo.

Iban vestidos con unas túnicas atadas con cordones plateados, y tenían la cabeza despejada. La lluvia caía sobre sus cráneos afeitados y las gotas resbalaban por sus caras, que miraban hacia el cielo como lágrimas negras. Trejo vio que tenían los ojos sellados con quemaduras de láser para cerrarlos, y unos collares de frío hierro que silbaban y chisporroteaban por la energía contenida.

Se apartó de la mujer cuando los collares de los acólitos estallaron y un punzante sabor metálico le llenó la boca, haciendo que se le llenara de saliva acre. Escupió, pero no pudo librarse del sabor. Mandó un flujo de datos codificado a sus guerreros para que se mantuvieran alejados de esa bruja.

La criatura con forma de escorpión se cernió sobre ella, pero ni se inmutó.

Le dedicó a Trejo una mirada rápida mientras su bastón se iluminaba con un fuego etérico.

—Será mejor que te apartes —le dijo mientras sus ojos despedían un fuego azul—. Esto no va a ser agradable.

Unos enormes géiseres de tierra deshecha empezaron a manar hacia el cielo, anunciando que iban a emerger los dispositivos de perforación sobre

los que Locard le había advertido. Uriel había sentido los atronadores temblores anteriores a su inminente aparición, pero no estaba preparado para la terrible violencia con que la atravesaron. La tierra se elevó y se sacudió antes de implosionar finalmente hacia abajo cuando el lecho de roca que la sostenía quedó pulverizado.

Una ráfaga de roca molida y polvo explotó hacia el exterior a la vez que emergían cuatro morros cónicos de debajo de la tierra. Las ondas expansivas que produjo su llegada tumbaron todo lo que había a cien metros a la redonda. La que estaba más cerca de Uriel salió al exterior a través de una estación de suministro en llamas, con su piel metálica ennegrecida, abollada y arañada tras su viaje bajo la superficie. Un vapor sobrecalentado salió despedido en chorros abrasadores por sus dos lados, cociendo vivos a los que tuvieron la mala suerte de estar demasiado cerca.

La tuneladora surgió como un misil que saliera de un silo bajo tierra, despidiendo terrones de roca y tierra mientras se inclinaba como una torre con malos cimientos. Se tambaleó durante un momento antes de encontrar su centro de gravedad. Después cayó lentamente y sin gracia, y al golpear el suelo provocó una reverberación estruendosa al demoler la enorme estación de suministros.

—¡Rápido! —gritó Uriel—. ¡Antes de que salgan!

Los Ultramarines se acababan de girar para enfrentarse a esa nueva amenaza cuando aparecieron los skitarii. Dejando una fuerza testimonial de marines espaciales para apoyar con su fuego a la marea de soldados de las fuerzas auxiliares, Uriel guió a los Espadas de Calth y a los Llameantes hacia la tuneladora. Las andanadas barredoras de la Basílica Negra estaban haciendo enormes agujeros en la línea defensiva y su arma principal dirigía hacia los muros del Castra Occidens unos bombardeos asesinos que ya habían derribado una parte y que pronto conseguirían reducir a escombros toda la fortaleza. El Lex Tredecim todavía no había entrado en la batalla, pero eso no sorprendía mucho a Uriel. El Mechanicum se resistía a enviar tales elementos a la batalla si no llevaban un apoyo abrumador, y Locard, aun teniendo en cuenta su estrecha relación con los Ultramarines, seguía siendo, en primera instancia y por encima de todo, un sacerdote de Marte.

La lluvia estaba dispersando las nubes de vapor, y a Uriel se le retorcieron las entrañas al ver las franjas amarillas y negras en los bordes de la tuneladora. No había confusión posible ante la iconografía de los Guerreros de Hierro y sintió que se le formaba un nudo de aprensión al pensar en volver a verse cara a cara con Honsou.

Una de las tuneladoras explotó cuando una salva particularmente bien dirigida de proyectiles capaces de atravesar blindajes traspasó el de la máquina y la hizo explotar. El aire presurizado de su interior se incendió y vaporizó a sus ocupantes en una tremenda deflagración que no dejó nada más que cenizas y huesos fundidos tras ella.

Las puertas de asalto bajaron con un ruido seco y las rampas se extendieron. Las ráfagas de fuego láser mellaron el flanco de la tuneladora y un misil explotó sobre sus placas blindadas. Una compañía de fuerzas auxiliares estaba más cerca que los Ultramarines y un capitán con una capa blanca y una coraza de bronce dirigió una carga de soldados con casacas azules para enfrentarse a los invasores en la rampa.

Las lanzadores de asalto dispararon y barrieron la rampa con ráfagas silbantes de proyectiles de fragmentación. El capitán fue el primero en morir, reducido a desgarrados pedazos de carne, y una docena de sus hombres fallecieron con él. Una segunda oleada de explosiones se llevó por delante a la mitad de la compañía y el resto retrocedió entre ráfagas de disparos desde las torretas automáticas.

Los pelotones de infantería enemiga salieron en masa del interior del transporte subterráneo, pero no eran Guerreros de Hierro, sino una mezcla híbrida de astartes traidores y mercenarios alienígenas, que se desplegó por la tierra de Calth disparando la colección más irregular de armamento que Uriel había visto en su vida. Reconoció carnívoros mercenarios kroot y algunos soldados de los Nacidos de la Sangre más, pero los que lideraban el asalto eran guerreros de al menos dos capítulos de los astartes caídos.

—Por la gracia del Emperador… —exclamó entre dientes Livius Hadrianus al verlos—. Los veo, pero casi no puedo creerlo.

Los primeros en descender por la rampa fueron guerreros con una armadura de color rojo sangre, la misma que lucían los berserkers contra los

que habían luchado en Tarentus. Los registros del Librarius los habían identificado como Cosechadores de Cráneos, un capítulo renegado que se había visto por última vez en los alrededores de Estrellas Necrófagas. Los Garras de Lorek con su armadura con rayas de tigre avanzaban tras ellos, disparando contra las fuerzas auxiliares. El fuego de bólter convertía a los hombres en vacíos sacos de sangre y los berserkers cogían puñados de vísceras mientras cargaban entre pilas de restos humanos.

—El Emperador los ha abandonado —dijo Brutus Cyprian apuntando su bólter y haciendo blanco con su disparo—. Y mejor que nadie hable hoy de misericordia alguna.

Los guerreros de Uriel estaban deseando meterse en la batalla, pero mientras apuntaba al berserker que guiaba a los demás, Uriel supo que ese asalto no tenía sentido. Los ataques sorpresa repentinos y devastadores eran justo el tipo de tácticas sorpresivas en las que los marines espaciales destacaban, entonces ¿por qué enviar una escoria como los mercenarios xenos para hacer ese trabajo?

Esa era una pregunta que tendría que responder en otro momento, así que apretó el gatillo. Un berserker cayó con un lado del casco arrancado, pero fue el último disparo que pudo hacer Uriel.

Los berserkers cayeron sobre los soldados de las fuerzas auxiliares con un frenesí de hojas que no dejaban de cortar. No era una batalla, era una carnicería; parecían niños ante una marea creciente de asesinos. Aunque estaban arañadas, abolladas, las armaduras de los Cosechadores de Cráneos resistían ante la mayoría de las armas de los soldados que no conseguían acercarse. Las hojas de las hachas sierra cercenaban brazos a la altura del hombro y partían pelvis y columnas con la misma facilidad. La sangre y las vísceras se desparramaban por el suelo y se mezclaban con el hedor mortífero de los vientres y los intestinos abiertos.

—¡Pelotones, preparados para disparar! —ordenó Uriel.

—Capitán, el riesgo de daños colaterales es alto —apuntó Petronius Neto.

—Lo sé —admitió Uriel—. Pero las tropas de las fuerzas auxiliares que están luchando con los Cosechadores de Cráneos ya están perdidas. Morir

por nuestro fuego puede que sea una bendición para ellos.

Nero asintió y se colocó el bólter contra el hombro.

—¡Todos los pelotones, fuego! —gritó Uriel, y una ola de disparos de bólter rompió sobre la carnicería que tenía lugar ante sus ojos. Un puñado de berserkers cayeron, al igual que varios de los defensores de Calth. A Uriel le dolió tener que dar una orden como esa. Había pasado toda su vida luchando en defensa de la humanidad, pero lo que le había dicho a Neto era cierto; ésa era una muerte mucho más fácil que la que podían ofrecer los berserkers.

Los Espadas de Calth se lanzaron contra los supervivientes de los enemigos mientras los mercenarios xenos empezaban a desperdigarse y los Garras de Lorek intentaban perderse entre las ruinas.

Pasanius fue corriendo hasta él, con la lluvia negra corriendo por el apagado metal de su brazo. El depósito de su lanzallamas estaba abollado por impactos de bala y la boquilla del quemador estaba pegajosa por una sangre oscura y untuosa.

—¿Dónde quieres situar a los Llameantes? —le preguntó Pasanius.

—Quiero que tú y Clausel os dirijáis a la derecha para contener a esos kroot —le dijo Uriel—. Si los perdemos, nunca dejaremos de mirar atrás.

—Hecho —respondió Pasanius, e hizo un círculo con el puño para reunir a su pelotón.

Uriel se giró hacia el portaestandarte.

—Anciano, asegúrese de que ninguno de esos cabrones se acerque a nuestro estandarte —le dijo.

—No mientras me quede aliento —le aseguró Peleus.

Uriel asintió.

—Vamos —ordenó.

Ezlavo Artiliero agarró la cadena que subía del polvorín y tiró del mecanismo oxidado para subir otra caja de proyectiles para el cañón giratorio del lado de estribor de la Basílica Negra. Su espalda encorvada le proporcionaba una estatura simiesca que lo mantenía alejado de las líneas

de batalla, pero que lo convertían en un cargador ideal para esas armas diabólicas. Era una tarea que le encantaba, porque le daba la oportunidad de devolver el golpe a ese Imperio que lo había expulsado por ser mutante y que lo que más deseaba era verlo quemado. Su físico tenía unas proporciones fuera de lo normal: retorcido y desgarbado, pero increíblemente poderoso y estaba mejorado con refuerzos musculares y un arnés de elevación neumático que siseaba al funcionar.

Había pasado mucho tiempo desde que escapó de la horca que había fuera del templo del confesor Malachai, y ya ni recordaba cuánto llevaba sirviendo en los ejércitos de los Poderes Eternos. Se acordaba de la larga huida hacia el interior de los bosques de su mundo natal y el aullido de los cazadores que habían mandado a por él pero, aparte de eso, no había en su memoria mucho más que chillidos de venganza que se convertían en gritos aterrorizados cuando los guerreros estelares descendieron de los cielos.

Él estuvo a punto de morir también, pero uno de los guerreros estelares vio cierta utilidad en él y había estado sirviendo a esos guerreros con absoluta lealtad desde el día que redujeron su mundo natal a un páramo humeante. Su viejo nombre era algo de lo que había que deshacerse como si fuera una piel enferma, porque era un nombre imperial. Sus señores no se dignaron a darle uno nuevo; lo llamaban simplemente el Esclavo Artillero, pero debido a su fuerte acento, la primera y la segunda parte del nombre se habían transformado en «ezlavo artiliero» y así había nacido su nueva identidad, que llevaba con un orgullo perverso.

Cubierto con ropas negras, iba de acá para allá por las rampas superiores de la Basílica Negra con su característica forma de andar, arrastrando los pies. Los truenos que salían de las nubes y la lluvia negra eran una bendición para él, y los atronadores ecos de los tambores, el sonido de la felicidad absoluta. Era su deber asegurarse de que las armas de todos los niveles de la Basílica Negra tuvieran munición.

Rodeó el borde de una caja de munición con sus dedos deformes y la arrastró hacia las criaturas mecánicas ennegrecidas que eran tan parte de las armas como cualquiera de sus piezas móviles. Las criaturas atolondradas con cara de calavera lo miraban con avidez mientras colocaba las brillantes

cintas de proyectiles en el tintineante alimentador de la recámara. Cada proyectil era tan largo como su antebrazo y estaba tocado por los dioses de la disformidad para que se convirtiera en un instrumento de venganza. La recámara se cerró de golpe, y casi se lleva varios dedos de Ezlavo. Él sonrió.

—Esta vez no, bonita —dijo con una boca sin dientes y deforme.

Caminó medio cojeando, medio deslizándose de vuelta hacia el escudo de impacto que cubría el conducto del polvorín en la parte de atrás del nivel superior de la Basílica Negra. La enorme catedral estaba en movimiento de nuevo, aplastando la tierra que había bajo ella mientras avanzaba con una inevitabilidad inexorable. Las armas de los flancos aullaban pidiendo más munición sin dejar de lanzar chisporroteantes andanadas de impacientes chorros de lenguaje binario.

El escudo de impacto era una escotilla con blindaje en la cubierta de ese nivel y estaba asegurado con gruesos cerrojos y una pesada rueda de cierre. La escotilla era tan enorme que ni siquiera los astartes de músculos reforzados que servían a los verdaderos dioses podían abrirla sin un equipo especializado. Pero a Ezlavo levantar y abrir la escotilla le costaba tan poco esfuerzo como respirar.

Tiró de la escotilla para abrirla y bajó la vista hacia la negrura del interior de la Basílica Negra. Una poderosa fetidez, mezcolanza de olores, llegó hasta él: una maloliente mezcla de aceites estancados, a leche agria y a carne quemada. Para algunos podía resultar desagradable, pero Ezlavo se había acostumbrado a él a lo largo de los años. Nunca se había parado a preguntarse qué sería ese olor: Simplemente estaba ahí.

Oyó un golpe amortiguado de algo pesado que aterrizaba sobre la cubierta que había detrás de él, pero no le prestó mucha atención. Siempre había ruidos extraños por allí, no merecía la pena molestarse mucho en saber lo que los causaba. Además, el elevador de municiones ya estaba subiendo por el conducto, cargado con nuevas cajas de proyectiles cubiertos de cobre, baterías de energía de alto rendimiento y botes de promethium concentrado.

Entonces oyó los gritos guturales de las criaturas con cara de calavera. Ezlavo giró todo su voluminoso cuerpo. Frunció el ceño. Las cosas no iban como debían.

Primero, las armas del nivel superior no estaban disparando. Eso era fácil de explicar.

Unos guerreros con armaduras negras, que parecían sombras que habían cobrado vida, estaban haciendo una carnicería allí con unas garras de color hueso que brillaban a la luz parpadeante. Unos cuantos más estaban subiendo por las empinadas rampas del nivel superior de la Basílica. La mente de Ezlavo no podía procesar lo que estaba viendo. ¿Cómo podían haber subido por los lados de la Basílica? Era imposible por muchas razones, y la menor de ellas no era que los lados estuvieran cuajados de armas defensivas o que la Basílica se hallara tras los muros que los maestros de los Nacidos de la Sangre habían construido.

Había diez poderosos guerreros vestidos con una armadura de tal negrura que parecían las estatuas de basalto que había junto a la boca del templo del Abismo Carmesí.

Eran Adeptus Astartes. El enemigo. Los más odiados.

A Ezlavo le hirvió la sangre y sus embotadas funciones cognitivas finalmente procesaron que se veía ante un enemigo que él podía matar. Ya no tenía que observar cómo las criaturas con cara de calavera mataban con los proyectiles que él les procuraba.

Rugió de odio y avanzó pesadamente por la cubierta, pero antes de que le diera tiempo a dar más de media docena de pasos, una de las figuras negras se giró y apuntó hacia él un arma con una superficie mate que no reflejaba la luz. Esta escupió descargas de fuego que atravesaron su cuerpo, arrancándole trozos sangrientos de carne. Sintió el dolor, pero no le importó. Su sistema nervioso estaba tan insensibilizado por los implantes y las drogas de estimulación que su respuesta al dolor era prácticamente nula.

Cargó contra los guerreros, pero eran escurridizos como las sombras con las que los había confundido en un principio, y se escabullían con facilidad de su torpe apresuramiento por atraparlos.

Sus garras le cortaron, clavándose como los picos de las aves carroñeras sobre un cadáver reciente. La sangre corrompida empezó a manar de sus heridas, pero tenía suficiente para derrochar. Que se llevaran toda la sangre que quisieran, Ezlavo los mataría antes de que pudieran dejarle sin nada. Sus poderosas extremidades atraparon a uno de esos pájaros carroñeros y lo golpeó con un puño como una enorme roca. El guerrero salió despedido hacia atrás, impactó contra el parapeto del nivel superior y salió volando por encima del borde.

Algo aterrizó sobre sus hombros. Notó un gran peso y la repentina sensación de unas hojas que se le clavaban y que la carne le quemaba. El dolor no significaba nada para él, pero extendió la mano hacia atrás para agarrar lo que se lo estaba provocando. Notó que sus manos se cerraban sobre una placa dura y apretó, sintiendo que algo crujía bajo, su presión.

Entonces llegó un dolor que no podía ignorar.

Esas garras cortantes habían penetrado en su cuello, rasgando todas las capas de grasa, músculo y nervios, hasta llegar al duro hueso de su columna. Retorció todo su cuerpo sin soltar a la figura negra que tenía encaramada sobre el hombro y que no dejaba de provocarle cortes.

—¡Ezlavo te matará! —gritó, pero en ese mismo momento sintió un último chasquido caliente, como un material elástico. Que hubiera sobrepasado su punto de ruptura. Tuvo un segundo de torturada agonía antes de que ese chasquido hiciera que nada importara, porque las garras del pájaro carroñero finalmente le habían cortado la columna.

El capitán Aethon Shaan cayó con agilidad sobre la cubierta mientras el enorme ogro mutante moría con la médula espinal cercenada. Le había costado atravesar el hueso y la criatura se había tomado su tiempo en morir.

Retrajo sus brillantes garras y observó cómo sus hombres acababan el trabajo de matar a todos los artilleros enemigos. La tarea era deshonrosa pero necesaria, ya que el tiempo era ahora de vital importancia. Les había llevado un buen rato abrirse camino a través de las ruinas llenas de boquetes de proyectiles, cruzar las hordas de los Nacidos de la Sangre y de máquinas demoníacas, y saltar el muro.

Las máquinas demoníacas habían sido lo más duro, incluso hubo un momento en que estuvieron a punto de ser detectados, porque las entidades que animaban las máquinas híbridas percibían el mundo con sentidos que iban más allá de los cinco de los mortales. Shaan sonrió al pensar en utilizar sólo cinco sentidos.

Fereid Laotz se colgó de la rampa de hierro para subir a reunirse con sus compañeros. Se lo veía algo avergonzado tras casi haber sido aniquilado por el puño del monstruo.

—Ha sido un descuido imperdonable —le dijo Shaan—. Cuando volvamos, tendrás que asignarte alguna penitencia.

Laotz se inclinó.

—¿Durante cuánto tiempo, señor?

—Eso te lo dejo a ti —le respondió, sabiendo que Laotz se asignaría la penitencia adecuada y un poco más para asegurarse.

Una vez resuelto el asunto de la negligencia de su guerrero, se giró hacia la escotilla abierta que había al fondo de la cubierta. Revys Kyre, su sargento veterano se le acercó y se quedó mirando el pozo negro como la tinta.

—Soltemos las cargas y larguémonos —le dijo Kyre—. No pasará mucho tiempo hasta que los señores de esta abominación se den cuenta de que sus armas están en silencio. El contraataque tardará sólo unos minutos, en el mejor de los casos.

—Lo sé —dijo Shaan—. Pero quién sabe lo que habrá ahí abajo: otro escudo de impacto, un escudo de energía. Alguna protección infernal de la disformidad. No, tenemos que hacerlo de la forma tradicional.

—Usted siempre quiere hacer las cosas «de la forma tradicional», capitán —rezongó Kyre.

—Entonces deberías saberlo y no intentar disuadirme —le dijo Shaan dejándose caer en el interior de la oscuridad del conducto del polvorín.

Shaan cayó. Y siguió cayendo hasta que empezó a sentirse como si estuviera introduciéndose en un abismo tan profundo que no tuviera fondo. Eso era imposible, claro; la Basílica Negra sólo tenía unos cien metros de

altura, pero él seguía cayendo. La oscuridad era absoluta, impenetrable y sólida, como si fuera algo vivo que lo envolviera en un abrazo cálido.

Él estaba acostumbrado a la oscuridad, pero esa sensación era desagradable y extraña. Pero Shaan lo soportó hasta que sus sentidos espaciales notaron un suelo sólido. Metió las piernas debajo de su cuerpo y rodó al caer sobre un deflector de onda expansiva, inclinado, hasta acabar sobre una rodilla y con sus relampagueantes garras desplegadas. Los rayos de energía iluminaron el conducto, un pozo con una inclinación extraña que subía hacia una oscuridad completa, aunque la abertura tenía que estar con seguridad justo encima de él.

En la luz blanca y azulada se veía la silueta de un elevador neumático y unos rieles engrasados que lo transportaban hacia la verticalidad del pozo. Pasaba por una abertura iluminada por un fuego en una pared metálica y una pesada compuerta blindada de adamantium resonaba al bajar para sellar el polvorín. Tan rápido como el pensamiento, Shaan caminó por los rieles hacia la compuerta y se subió a la tambaleante plataforma del elevador, pegándose bien y rodeándose con las piernas cuando la compuerta se cerró de golpe.

Se bajó de la plataforma y se encontró en una amplia cámara que le recordaba a las forjas del infierno que una vez habían mantenido cautivas a las gentes de Deliverance, esclavizadas por los maestros de esclavos de Kiavahr. En un lugar como aquél había aprendido el primarca Corax su arte como asesino silencioso, el de cazador en las sombras. Aquellos hornos que rugían y despedían una luz carmesí y las paredes se elevaban cientos de metros por encima de él, desafiando lo que la lógica le decía a Shaan que era posible.

Unos servidores de carga deformes y esclavos contrahechos transportaban cajas metálicas de municiones mientras unos supervisores que parecían gorgonas, vestidos con hábitos negros con capucha, dirigían el trabajo. Para reforzar la voluntad de los supervisores había templarios con armaduras negras y chisporroteantes látigos de energía. Tenían curvados tulwars envainados tras los hombros y chillaban desde caras que estaban compuestas en su totalidad por altavoces.

Presidiendo ese infierno había una monstruosa cara hecha de cables y carne pálida que parecía haber crecido en la misma pared del fondo. Hinchada y bestial, la poca humanidad que quedaba en esas facciones eran fofa e infantiloide. Unos agudos himnos en código binario salían de sus labios blandos y las corrientes de datos contaminados pasaban por las órbitas cerámicas de sus ojos.

Shaan examinó todo ese horror de un solo vistazo, pero no había ninguna sombra allí donde pudiera esconderse y resultaba claramente visible en esa sofocante mezcla de fábrica, armería y polvorín. La cara fofa que había en la pared soltó un estruendo chillón de código binario y todos y cada uno de los que habitaban aquella cámara llameante se volvieron hacia él. Los templarios aullaron con todas sus voces multicadenciosas y los sacerdotes que parecían gorgonas sacaron las hojas acabadas en ganchos que guardaban en las amplias mangas de sus túnicas.

Y todos a la vez se lanzaron hacia el capitán de la Guardia del Cuervo.



DIECISIETE

La sangre chorreaba por la hoja de la espada de Uriel mientras éste trataba de arrancarla de la coraza de un berserker que tenía la boca llena de espumarajos. Giró la espada, cortándole los dedos al guerrero mientras éste intentaba incorporarse apoyándose en la hoja. Uriel ya había cercenado uno de los brazos del berserker, pero eso no había conseguido detenerlo. Sólo la destrucción de su corazón primario había logrado ralentizarlo, e incluso después de eso su corazón secundario y, todo su odio lo habían seguido sosteniendo.

Un destello plateado pasó como una exhalación junto a la cabeza de Uriel y la hoja de Petronius Nero separó limpiamente la cabeza del berserker de sus hombros. Al fin la criatura cayó y Uriel pudo sacar su espada para seguir avanzando bajo la lluvia y los disparos.

—¡Proyectiles acercándose! —gritó el Anciano Peleus señalando con el puño al sureste.

Uriel los vio un segundo después. Unas estelas de fuego convergían hacia su avance desde las torretas defensivas de la tuneladora. Empezaron a aparecer boquetes en el suelo cuando unos proyectiles pesados machacaron las rocas dirigiéndose hacia ellos.

—¡Espadas de Calth! —gritó para llamar la atención de sus soldados mientras se dirigía a una capilla en ruinas con gruesas paredes de mármol. Corrió hacia allí para ponerse a cubierto mientras los proyectiles atravesaban el aire y sintió los tremendos impactos incluso a través de aquellos muros de piedra de un metro de grosor.

La advertencia de Locard y la llegada de los skitarii habían estado a punto de llegar demasiado tarde.

Las fuerzas auxiliares estaban esforzándose en volver a alinear sus defensas para cercar la amenaza, pero ya era tarde para las unidades que estaban más próximas. Con la plétora de edificios hechos añicos y tanques destrozados, los Cosechadores de Cráneos y los Garras de Lorek tenían suficiente cobertura para colocarse a distancia de disparo de tres secciones de las fuerzas auxiliares de defensa. Abrieron una brecha entre ellos en cuestión de minutos, y exponiendo las entrañas de la Garganta de los Cuatro Valles.

Uriel había previsto el peligro y había llevado a sus guerreros hacia el centro del fuego.

Ahora todo era una confusa masa de humo negro como la brea, de fuegos aullantes y ráfagas de disparos. Esa batalla eran un infierno tan propio de una pesadilla como los que conjuraban los poetas de la Antigüedad. Uriel se arriesgó a mirar por un lado de un altar con intrincados grabados e, incluso con su ojo recién implantado, le resultó difícil saber lo que realmente estaba ocurriendo.

—¿Qué ves? —le preguntó Pasanius, que había puesto a cubierto a los miembros de su escuadra junto con los Espadas de Calth, y llevaba el lanzallamas colgando y la espada sierra desenvainada. A su amigo le encantaba la y destrucción primaria que provocaba el lanzallamas, pero le gustaba aún más la destrucción total de un golpe mortífero de esa espada.

—Es difícil de decir —reconoció Uriel—. Los Garras de Lorek han penetrado entre las unidades más cercanas de las fuerzas auxiliares y los berserkers se están desparramando como termitas saliendo de un nido destruido.

—Bonita metáfora —dijo Pasanius—. ¿Y qué me puedes decir de los berserkers?

—¿Quién sabe? —Contestó Uriel con desdén—. Atacan aleatoriamente y matan a todo el que se cruza en su camino. No consigo entender cuáles son sus planes y así no puedo idear una forma de contenerlos.

—Estás asumiendo que tienen algún plan…

—Cierto.

—¿Y los alienígenas? ¿Dónde están?

—Reunidos en el arboreto destrozado con los Garras de Lorek. Creo.

—¿Y nuestras fuerzas?

—Los pelotones de Nestor y Dardanus están disparando desde el este y el oeste fuego de supresión sobre el enemigo. Protus está preparado para lanzar un contraataque si se me ocurre algún lugar adonde enviarlos.

—Y también está Zethus —dijo la voz atronadora del dreadnought, que pareció emerger del humo.

Su potente puño estaba salpicado de sangre y un humo acre salía de los tubos que rotaban en su cañón de asalto.

—¡Hermano Zethus! —exclamó Uriel—. Agradecería cualquier sugerencia táctica que pudieras ofrecer.

—Capitán Ventris —respondió el dreadnought—, nuestros pelotones tácticos tienen al enemigo controlado de momento, pero los berserkers que avanzan pronto les obligarán a cambiar la dirección de su fuego. Cuando eso ocurra, los Garras de Lorek tendrán a tiro la línea de las fuerzas auxiliares. Hay que destrozarlos antes de que eso ocurra. Deles un objetivo para que Nestor y Dardanus puedan dirigir su fuego a los berserkers.

—¿Un objetivo? —preguntó Uriel.

—Yo —contestó el dreadnought.

Uriel asintió.

—Como siempre, hermano, es un placer recurrir a tu sutil sabiduría.

El dreadnought no tenía otro modo de expresión que su voz artificial, pero su humor resultó evidente cuando una estruendosa risa mecánica resonó entre las ruinas de la capilla.

Zethus inclinó su sarcófago hacia Uriel.

—Estén preparados.

El dreadnought se irguió mientras su arma de asalto volvía a activarse con un rugido, y sus cañones giraron tan rápido que se emborronaron a la vista, mientras su poderoso puño se iluminaba con una luz asesina. Zethus no salió de la capilla. Dio dos pasos adelante y atravesó con un atronador golpe de su puño una de las paredes. Varios bloques de mármol cayeron al suelo mientras él caminaba hacia la creciente cuña de astartes traidores.

—¡Es hora de morir, perros rebeldes! —bramó Zethus mientras su cañón de asalto soltaba un huracán de proyectiles. Los cartuchos cayeron como una lluvia tintineante del puerto de eyección del arma y el arboreto explotó en una tormenta de impactos. Empezaron a sonar crujidos ensordecedores de las placas de blindaje rotas, y los muros de piedra se fueron desintegrando bajo el volumen castigador de ese fuego. Zethus siguió andando hacia delante sin dejar de enviar un manto continuo de proyectiles hacia las posiciones del enemigo. El humo y el polvo se

elevaron desde la tierra arrasada mientras los Garras de Lorek se dispersaban ante el avance del dreadnought.

Los guerreros kroot se echaron cuerpo a tierra o buscaron la cobertura de los árboles, aunque muchos de sus cuerpos delgados quedaron desgarrados por la tormenta de fuego. Pero los Garras de Lorek soportaron el infierno de proyectiles porque su armadura era capaz de aguantar las andanadas de Zethus, y Uriel vio cómo unos cuantos guerreros con la armadura naranja y negra apuntaban al dreadnought con armas capaces de atravesar su blindaje.

—¡Peleus! —gritó Uriel—. ¡Armas pesadas!

—¡Las veo! —confirmó el portaestandarte, y apuntó el bólter hacia la brecha que había abierto el dreadnought. Peleus miró por encima del arma y apretó el gatillo seis veces. Cinco guerreros cayeron. El sexto escapó para ponerse a cubierto, llevándose su arma antitanque con él. Era una muestra impresionante de habilidad, pero Peleus había sido entrenado por Tonas Telion, así que Uriel no esperaba menos.

Ahora Zethus ya estaba entre los enemigos, blandiendo su potente puño a derecha e izquierda y lanzando cuerpos rotos por el aire. La tormenta integral del bólter llenó el espacio a su alrededor con impactos explosivos y sus altavoces emitieron a todo volumen el himno de batalla del Imperio mientras seguía luchando con una precisión sin concesiones.

—Ya está —dijo Uriel—. ¡A mí, Espadas de Calth!

El pelotón que comandaba Uriel se levantó y salió de las ruinas, cargando junto con los guerreros de la escuadra de Pasanius. Se movían con rapidez, aprovechando todas las oportunidades que les surgían para llevarse por delante a los berserkers, borrachos de carnicería. Uriel vio que los kroot estaban retrocediendo muy lentamente ante el dreadnought. Sus guerreros no necesitaban ánimos para apuntar a esos fibrosos cuerpos alienígenas con sus proyectiles. Sólo unos pocos consiguieron escapar hacia el bosque en llamas.

Zethus estaba rodeado de enemigos que le acuchillaban y lo disparaban con una furia desesperada. La mayoría de sus armas resultaban inútiles, pero Uriel vio que uno de los traidores estaba armado con un puño enorme

que podría atravesar el blindaje de Zethus. Los guerreros que luchaban por alcanzar al dreadnought se giraron al oír la carga de Uriel y las dos fuerzas chocaron con un ímpetu impresionante. La espada de Uriel cortó a un traidor por la mitad a la vez que Neto atravesaba una garganta con su sable y después dividía expertamente el cráneo en dos mitades.

Pasanius golpeó al enemigo como un martillo de combate, enviando cuerpos hacia todas direcciones. Sacó la espada y partió en dos a uno de los Garras de Lorek. Su nuevo brazo blandía el arma con una fuerza mayor de la que Uriel podía reunir, y aunque el filo de la hoja no era ni mucho menos tan letal como la de Idaeus, penetraba en las armaduras con igual salvajismo.

Uriel se fue abriendo paso entre los Garras de Lorek. Estos respondieron con una fuerza fruto de la desesperación. Sabían que su ataque sorpresa estaba a punto de fracasar y luchaban para mantener la iniciativa. Con Pasanius a un lado y Petronius Nero al otro, Uriel fue creando un camino entre los enemigos hacia la masa de guerreros que se había congregado alrededor del hermano Zethus.

Justo en el momento en que el guerrero con el potente puño echaba atrás el brazo para golpear a Zethus, Uriel le clavó la espada en la parte baja de la espalda. La hoja se introdujo profundamente y separó la mitad superior del cuerpo del guerrero, de la inferior. Zethus se giró para enfrentarse a Uriel, incluso levantó el puño, pero lo bajó al instante en cuanto reconoció el color de la armadura.

La batalla continuó durante varios minutos brutales pero, con la carga de Uriel y Pasanius, el destino de los Garras de Lorek había quedado sellado. Las incansables descargas de bólter que llegaban de más allá de la batalla le decían a Uriel que sus pelotones tácticos habían logrado contener la amenaza de los berserkers. Las recién realineadas baterías disparaban proyectiles a las tuneladoras. En cuestión de momentos las cuatro se convirtieron en carcasas agujereadas, incendiadas desde sus potentes motores de propulsión.

El visor de Uriel no dejaba de mostrarle actualizaciones de la situación de sus pelotones, confirmándole lo que sus instintos ya le habían dicho.

Limpió su espada de sangre mientras los Espadas de Calth se ocupaban de ejecutar a todos los enemigos supervivientes con mandobles de sus espadas. A pesar de que esa parte de la batalla la habían ganado, intercambios furiosos de disparos y golpes de espada seguían resonando al norte.

A la batalla de la Garganta de los Cuatro Valles todavía le quedaba mucho para llegar a su fin.

Pasanius se acercó a Uriel y se quitó el casco. Uriel vio que sonreía con inconfundible placer ante la devastación que habían causado. Su armadura estaba arañada y la sangre que se coagulaba despacio manaba de un profundo corte que tenía en el muslo.

—Una batalla dura, amigo —le dijo Uriel.

Pasanius rio entre dientes.

—Las he visto peores —respondió—. ¿Recuerdas la batalla para entrar en la fortaleza de Honsou?

—Preferiría no recordarla.

—Ah, había pasado mucho tiempo desde la última vez que blandí una espada —dijo Pasanius—. Sé que es culpa mía, pero me ha sentado bien. Todos los días que pasé de penitencia sabiendo que me estaba perdiendo la batalla de Pavonis fueron una tortura.

—Estoy seguro, pero ¿qué mejor manera de terminar con esa penitencia que matando traidores?

—¿Quién, esos muchachos? No pertenecían a la primera generación —contestó Pasanius dándole una patada a un cuerpo desmembrado que había a los pies de Uriel, un guerrero que no recordaba haber matado—. Provenían de mucho más abajo. Copias de copias de copias. No se puede diluir la sangre de los astartes durante miles de años sin que acabe volviéndose clara y débil.

Uriel quería decirle a Pasanius que se equivocaba, que a los muertos no les importaba sí habían caído a manos de copias inferiores de los primeros astartes o de los genuinos. Apartó la vista para mirar la tuneladora más cercana, que finalmente había cedido bajo las castigadoras cargas de artillería. Las chispas y los trozos en llamas incendiaron las paredes de la

caverna con un brillo naranja, y Uriel vio que salía humo de todos los restos.

Inspiró hondo sabiendo lo cerca que habían estado de perder esa batalla, cuando un pensamiento repentino le hizo sudar. Examinó las dañadas líneas de batalla por donde habían salido las tuneladoras y apretó la mano contra su oreja.

—Magos Locard, confirme lo que decían las lecturas sobre cuántos vehículos venían hacia nosotros —pidió.

El comunicador de su oreja siseó hasta que el magos Locard respondió.

—Los augures sísmicos detectaron cinco vehículos, capitán Ventris —dijo Locard.

Uriel cortó la comunicación.

—¡Vamos, Pasanius! —exclamó.

Echó a correr hacia Castra Meridem, donde la enorme forma del Lex Tredecim estaba oculta tras una montaña de tierra.

—¿Adónde vamos? —le gritó Pasanius.

—¡Cinco vehículos! —Contestó Uriel—. ¡Locard detectó cinco tuneladoras acercándose!

—Sólo hay cuatro carcasas aquí —le dijo Uriel—. Así que, ¿dónde, en nombre de Guilliman, está la quinta?

Aethon Shaan saltó sobre la pared del fondo de la Basílica Negra y soltó una carga magnética desde el lanzador que tenía incorporado en la parte superior de su guante. Se impulsó con las piernas y se lanzó por encima de las cabezas de los tres templarios armados con látigos. Shaan aterrizó detrás de ellos. Le clavó las garras en la espalda al primero y le rompió la columna de otro con una patada tremenda.

Un tulwar trazó un arco dirigido a su cabeza mientras las criaturas templarias lo rodeaban. Se apartó a un lado y esquivó el arma que volvía con un grácil golpe de revés que hizo añicos la hoja y envió fragmentos hacia la cara del guerrero. Su grito continuado quedó interrumpido cuando

Shaan se dejó caer al suelo, por debajo de las hojas, que no dejaban de dar mandobles, y los atravesó a la altura del vientre con sus garras.

Los enemigos cayeron y él soltó más granadas magnetizadas desde su guante.

Un látigo chasqueó y agarró el brazo derecho de Shaan. Tiró de él hacia atrás, lo que le hizo perder el equilibrio. Uno de los templarios de negra armadura intentó atravesarlo, pero Shaan bajó el hombro y la hoja se hizo pedazos al impactar en su hombrera. Otro látigo le agarró el brazo izquierdo, pero Shaan giró las muñecas y rasgó los látigos de energía.

Unas tremendas descargas eléctricas le recorrieron los brazos a Shaan y le hicieron apretar los dientes por el dolor cuando su sistema nervioso recibió la sobrecarga. Cayó sobre una rodilla mientras dos templarios corrían hacia él ladrando un odio ininteligible. Unos brazos poderosos lo rodearon.

Identificó la musculatura sobredesarrollada de un servidor, pero antes de que la criatura pudiera cerrarlos, él saltó hacia arriba impulsándose con todas sus fuerzas e incrusto la parte superior de su casco contra su mandíbula La cabeza del esclavo cibernético se vio despedida hacia atrás con un crujido horrendo y cayó con el cuello roto.

Shaan se revolvió para zafarse y se tiró a un lado porque más templarios y servidores de carga se le acercaban. Tiró una ráfaga de granadas hacia las hileras de munición y fue saltando de una caja a otra, hacia el fondo de la cámara donde estaba la cara hinchada y chillona integrada en la pared de hierro.

El engendro gritó algo en código binario, pero le resultó imposible decir si era una advertencia, un chillido o una exclamación de miedo. Un látigo lo alcanzó en el costado y tuvo que tragarse un grito porque atravesó su armadura y se le hincó en la carne.

Shaan aterrizó y se subió sobre un pedestal de metal ante la enorme cara de la pared. Los supervisores gorgona rápidamente lo rodearon y sus brazos se convirtieron en espadas que blandieron contra él a una velocidad cegadora. Eran rápidos, pero Shaan lo era más, y fue parando cada una de sus estocadas y respondiendo con otra más potente. Los fue acuchillando

uno tras otro, abriéndose camino entre ellos con una habilidad sólo posible para aquellos que se habían entrenado en la Torre del Cuervo.

El último de los sacerdotes gorgona murió con un grito de código corrupto. Shaan saltó por encima de su cuerpo hacia la cara. Golpeó el puente de la nariz con el puño enfundado en el guante erizado de garras y fue subiendo. Toda la estructura de la armería tembló y un repugnante fluido blanco salió de la cara destrozada. Los templarios chillaron en armonía con la muerte de la cara y dos cayeron muertos allí mismo. Los servidores se quedaron parados en seco.

Acababa de matar al señor de la armería, pero se había quedado encerrado dentro. Un pecado mortal, lo sabía, pero se había arriesgado en el momento del ataque y ese riesgo calculado ahora se iba a cobrar su precio.

Cuando el resto de los templarios acortaron distancias, de repente un preciso fuego de bólter los detuvo desde detrás. Cada disparo había sido hecho con precisión, porque un solo proyectil mal dirigido lo habría matado a él. Las paredes seguían temblando con los estertores agónicos de la cara y Shaan retrajo las garras de sus guantes.

Revys Kyre y el resto de su escuadra de la Guardia del Cuervo se desplegaron por la armería, sin necesidad de que les dieran instrucciones sobre los mejores sitios para poner sus cargas.

—Te has tomado tu tiempo… —dijo Shaan—. Unos segundos más y puede que hubiera llegado a estar en peligro.

—Ha sido difícil cortar la escotilla —respondió Kyre.

Shaan se volvió hacia las hileras de proyectiles, cargas de energía y bidones de fyceleno y promethium.

—Bien, dejemos que las cargas hagan su trabajo —dijo Shaan—. De la manera tradicional, ¿eh?

—La manera tradicional es descuidada —dijo Kyre, mirando la herida que tenía Shaan en el costado—. Yo prefiero las cosas rápidas y limpias. Dentro y fuera antes de que el enemigo sepa que estamos aquí.

—Pero eso no va a ocurrir esta vez.

—Supongo que no —admitió Kyre—. Pero deberíamos acabar aquí antes de que esto se ponga peor.

Shaan sonrió.

—Oh, se va a poner mucho peor antes de que acabemos con esto.

Locard vio cómo las líneas de batalla fluían y refluían por toda la holosfera y se fijó en los confusos cúmulos de iconos como si así pudiera conseguir que los azules y blancos expulsaran de la batalla a los odiosos rojos. El dorado de los skitarii de Trejo estaba tan tremendamente enmarañado con el color de las máquinas demoníacas y de los Nacidos de la Sangre que era casi imposible decir lo que estaba pasando. Incluso las imágenes pictográficas en tiempo real resultaban inútiles. Locard no era un guerrero y por eso no podía decir qué fuerza tenía la ventaja en esa lucha en ebullición.

—Añadir la capa encriptada del Mechanicum —ordenó, y uno de los servidores de datos del puente de mando del Lex Tredecim tocó una campana para confirmar la orden.

Un suave desenfoque de estática se superpuso a las imágenes de la batalla en el exterior de la holosfera y corrientes de datos noosféricos empezaron a pasar de un lado a otro a una velocidad increíble entre los skitarii, los pretorianos y los cogitadores de combate del Lex Tredecim. Intercambiar información de esa forma permitía un nivel de coordinación inimaginable para cualquier otra fuerza armada del Imperio. Locard procesaba la información en sus implantes situados en la parte posterior del cerebro, pero se mantenía al margen de la miríada de comunicaciones que pasaban entre los pretorianos y los skitarii. La lingua technis era un lenguaje de máquinas agresivo y robusto, y resultaba doloroso para aquellos poco acostumbrados a tales combinaciones primarias de binario.

Más allá de la capa de control del Mechanicum, la información más fácilmente accesible se mostraba en una capa más baja de la esfera, y Locard centraba su atención en ella. Los Ultramarines hacían incursiones en la masa de fuerzas enemigas, pero muy a menudo se veían obligados a retroceder por miedo a ser rodeados y neutralizados. El único rayo de luz en medio de las máquinas demoníacas era el icono plateado parpadeante de la inquisidora Suzaku. Ella y sus acólitos estaban vaciando máquinas de sus

hordas demoníacas con su poderosa maestría psíquica. Locard movió sus pictógrafos para verla.

Protegida por los soldados modificados de sus tropas de asalto, Suzaku dirigía las energías de dos psíquicos de combate sometidos con brillantes ráfagas de pirotecnia que ni sus pictógrafos multiespectrales podían interpretar sin que la esfera se llenara de estática. Las máquinas con extremidades acabadas en hojas cortantes, que no dejaban de disparar con el resto de sus armas, se lanzaban a por ella, pero los soldados que estaban más cerca habían reconocido rápidamente el valor de su presencia, y los pelotones de las fuerzas auxiliares habían formado improvisadamente junto a sus flancos para protegerla.

—Mantenedla a salvo —susurró Locard, aunque no había necesidad de hablar en voz baja. Los oídos y los miembros del Adeptus Mechanicum tenían una relación difícil, como mínimo, pero Locard se alegraría de ver toda una cohorte de inquisidores subiendo por la colina en ese momento.

La Guardia del Cuervo finalmente había aparecido en la holosfera. Y de todos los lugares donde podían aparecer, lo hicieron sobre la Basílica Negra ¿dónde habría que buscarlos sino en el lugar en el que menos se esperaba encontrarlos?

—Me gustaría saber cómo conseguís no ser detectados —dijo, sabiendo que los guerreros de la Guardia del Cuervo nunca divulgarían tal secreto.

Sin embargo, cuanto más miraba, más parecía que la marea de la batalla estaba volviéndose a favor de las fuerzas imperiales, aunque muy lentamente. La cuña de los skitarii y los pretorianos estaba penetrando más en la masa de Nacidos de la Sangre, mientras que las secciones de las fuerzas auxiliares comenzaban a forzar al enemigo a volver a su línea original. Cada incursión de los Ultramarines se introducía más en la horda demoníaca y por momentos empezó a parecer que había una probabilidad de que consiguieran unirse con las fuerzas del Mechanicum.

Cada brazo de la defensa imperial trabajaba unido y la curva de probabilidades de victoria apareció en la holosfera cuando las variables para sus cálculos se volvieron más manejables.

Cuando llegó el contraataque, fue tan repentino que Locard estuvo a punto de perderse los primeros signos.

El flujo constante de datos noosféricos de repente dobló su intensidad cuando una punzante lanza de código corrupto inundó la trama de la red. Las sangrantes corrientes rojas de paquetes de datos corruptos explotaron en la noosfera y geometrías no euclidianas y números enteros antinaturales contaminaron la rápida transferencia de información, enviando metralla de datos infectados hasta lo más profundo de la red.

El asalto se produjo con una fuerza brutal, con la intención de sobrecargar la red del Mechanicum con su volumen y su fuerza. Varios servidores empezaron a convulsionarse, como si fueran presa de un ataque mecaléptico, arrancándose de la red con sus estremecimientos. Una luz color esmeralda surgió de varias estaciones de trabajo y corrientes calientes de binario fluyeron por la holosfera.

Locard dirigió su consciencia interna hacia las carcasas ardientes de los pretorianos. Uno por uno pararon en seco, sus armas quedaron en silencio mientras intentaban procesar las instrucciones confusas que llenaban sus cerebros ciborgánicos.

—Muy inteligente, amigo mío —dijo Locard apagando los receptores que alimentaban a los pretorianos y activando unas purgas de datos especialmente diseñadas por él—, pero muy poco sutil.

Las manos de Locard bailaron sobre la superficie de la holosfera, enviando sus buscadores a la caza del código corrupto en las prisiones de datos en las que había contenido parte de la infección original.

—Tu estructura es caótica y primitiva, pero el código no es del todo aleatorio. Nada lo es nunca. Hay un orden en el universo que ni el Aniquilador Primordial puede deshacer —prosiguió Locard.

Soltó los infoeméticos que había creado a partir de los ataques de los códigos corruptos originales y les dio rienda suelta en la noosfera.

Cayeron inmediatamente sobre las ondas atacantes de códigos corruptos. Eran unas líneas doradas de datos puros que atravesaron la niebla de códigos binarios infectados y echaron abajo franjas enteras de datos corrompidos. Locard dejó escapar un suspiro de alivio, aunque no tenía

verdadera necesidad de inhalar oxigeno con un método tan primitivo Sus sistemas de filtración de sangre y sus pulmones artificiales podían suministrarle aire con facilidad.

—Es raro lo fácil que resulta volver a nuestra biología primitiva —dijo con una carcajada nerviosa de risa artificial—. Apunte para estudio posterior.

Y entonces el código corrupto opuso resistencia.

Como un musculoso guerrero con un hacha que luchara contra un duelista, el código corrupto respondió con una flexión brutal de código. Aunque los infoeméticos de Locard daban gráciles estocadas, la fuerza del código corrupto era mayor. Las principales avanzadillas de corrupción se quemaron y murieron ante el empuje de los diseños de Locard, pero había demasiada voluntad y fuerza tras ellos.

Locard miró nerviosamente la holosfera y se introdujo entre las capas hasta los datos primitivos de la imagen pictográfica. Los pretorianos se estaban bloqueando por el ciberataque, y aunque sus escudos aegis los estaban protegiendo de la infección, también los obligaban a permanecer inactivos.

Además, esos escudos ya estaban fallando, erosionados con una rapidez impresionante por una infección tan poderosa. La interrupción en el ataque les había dado a los Nacidos de la Sangre la pausa que tan desesperadamente necesitaban y ahora se estaban revolviendo contra las fuerzas imperiales como lobos acorralados.

Locard miró el gráfico de probabilidades de victoria. La línea proyectada Se estaba curvando hacia la derrota y su proyección era cada vez más precaria con esa variable tirando de ella hacia abajo. Sin el potente poder de disparo y las monstruosas habilidades de combate de los pretorianos, era poco probable que las fuerzas imperiales siguieran prevaleciendo, pero si el código corrupto conseguía convertirlos en guerreros corruptos del enemigo, las consecuencias serían desastrosas.

—Vamos, vamos… —dijo entre dientes, observando el baile de números que se producía mientras sus infoeméticos batallaban contra el código corrupto. Sus diseños funcionaban como él sabía que lo harían, pero

había demasiadas corrientes de datos corruptos para que su purga fuera efectiva.

Por muy mortificante que le resultara admitirlo, parecía que su promesa al capitán Ventris de que podía garantizar la lealtad de los pretorianos iba a acabar siendo un costoso error de juicio.

Los astartes de la Guardia del Cuervo utilizaron sus garras de energía como frenos de fricción y se deslizaron por los altos flancos de la Basílica Negra, dejando rasgaduras y estelas de chispas tras ellos. Aethon Shaan cayó suavemente sobre la tierra entre un grupo de corrompidos sacerdotes mecánicos. Mató al primero y al segundo con pasadas de sus guanteletes erizados de garras mientras el resto de sus guerreros iba aterrizando tras él en el pegajoso lodazal que rodeaba a aquel engendro monstruoso.

El trueno resonó sobre sus cabezas y una franja de claros relámpagos proyectó una fuerte luz sobre el paisaje de pesadilla que rodeaba la Basílica Negra. Junto al muro, decenas de ogros golpeaban unos tambores de hierro gigantes con barras metálicas. Los cráteres llenos de promethium habían estallado en llamas y ardían con una luz naranja a la vez que enviaban negras columnas de humo que apestaban a grasa quemada. Unos monstruos saltarines con armaduras sangrientas bailaban al son de una música que sólo ellos podían oír y sacerdotes con túnicas negras maldecían las armas en rituales oscuros.

Un trío de sacerdotes máquina, con unos hombros descomunales e implantes sobredesarrollados, parecidos a las alas de unos ángeles negros, se giraron para enfrentarse a ellos. Sus ojos llameaban con una luz color jade, y un grito horripilante, ensordecedor hasta límites insospechados, salió de sus bocas.

—Hasta aquí llegó nuestra intención de volver por donde habíamos venido… —dijo Kyre.

—Te dije que se iba a poner peor —le recordó Shaan.

—Creí que te referías a que se iba a poner peor para ellos.

—A eso me refería —fue la respuesta de Shaan.

Eso era tierra maldita y, como si fueran tropas aerotransportadas que hubieran aterrizado en medio de una fuerza enemiga, los astartes de la

Guardia del Cuervo necesitaban mantener la iniciativa y evitar que sus enemigos se recuperaran de la tremenda sorpresa. Habían asestado un buen golpe pero, con el enemigo consciente de su presencia, ahora tenían que seguir igual para mantenerse con vida.

—¡Dispersión de combate! —ordenó Shaan—. Haced tanto daño como podáis en la huida. ¡Adelante!

Como una bandada de cuervos asustados, los miembros de la Guardia se separaron y se dispersaron en la oscuridad de la tormenta antinatural. Cada guerrero tendría que encontrar su forma de salir de allí, pasando de una sombra a otra y siempre eligiendo el camino dependiendo del daño que pudiera causar. Habían llegado con la oscuridad como aliada, pero ahora se les negaba esa cobertura, porque los relámpagos brillaban una y otra vez, como si conspiraran para desenmascararlos en venganza por la confusión que habían provocado allí.

Shaan se dirigió hacia el muro, alternando los momentos en los que estaba a cubierto y los que no. Colocó una granada en una pila de munición y ésta explotó con una llamarada de luz, desperdigando a los hombres que iban en busca de las armas que había allí almacenadas. Volaron por los aires, y Shaan disparó una ráfaga con su pistola en dirección a un grupo de los Nacidos de la Sangre que iban en su persecución Dos cayeron y los demás se echaron cuerpo a tierra.

Se dirigió hacia la izquierda y se escondió tras una máquina de flancos aceitosos y manchados de sangre. Varios disparos rebotaron contra las protecciones de las orugas y rodó hacia un lado tras dejar una granada fijada al bloque del motor. Detonó con un estampido seco mientras él corría en busca de cobertura, directo hacia un grupo de soldados con sus rifles láser levantados. Otra granada salió de su guante y explotó en el aire ante ellos, derribando a los que estaban delante con una ráfaga de fragmentos como una guadaña. Saltó hacia los sorprendidos supervivientes sacando las cuchillas de los guanteletes y haciéndolos pedazos con movimientos cruzados.

Sus cuerpos aún no habían caído cuando una ráfaga de fuego láser lo alcanzó en el costado. El dolor surgió de un disparo especialmente

afortunado que había dado en el trozo de su armadura que le había desgarrado el electrolátigo del templario. La piel le ardió y sintió que el órgano que había debajo se cauterizaba. Se tambaleó, escapando por poco a una repiqueteante andanada de proyectiles que desgarraron una estructura llena de materiales de construcción.

Se escondió detrás de los restos, cayó sobre una rodilla y se levantó con un gruñido de dolor. La pared de los Guerreros de Hierro estaba a menos de treinta metros, pero los ogros habían dejado los tambores y habían formado un sólido muro de músculo y hierro entre él y su ruta de escape. El sonido de los tambores había parado, la única buena noticia. La velocidad y el espacio eran sus armas en aquella huida semejante al vuelo de un cuervo, pero se estaba quedando rápidamente sin ambas.

Por suerte tenía otra arma.

Shaan dejó de moverse y se puso a caminar tranquilamente hacia las criaturas con las manos levantadas en gesto de rendición.

—De verdad que sois criaturas extremadamente feas —dijo Shaan—. Bastante repulsivas, de hecho.

Una de las criaturas dijo algo en su lengua corrupta, pero para Shaan no era más que un sonido gutural con sílabas que no significaban nada. Miró atrás. Treinta soldados de los Nacidos de la Sangre avanzaban hacia él. No disparaban, lo que era una estupidez por su parte. Querían un prisionero, pero no lo iban a conseguir.

—Lo malo de encontrar enemigos en medio de tus fuerzas es que nunca puedes estar seguro del tiempo que llevan entre tus líneas —prosiguió Shaan—. No puedes saber lo que han saboteado antes de que los vieras.

Cuando la última palabra salió de sus labios, envió el impulso de detonación a los explosivos que había colocada en el depósito de municiones de la Basílica Negra.

La desesperación inundaba al magos Locard. Sus infoeméticos funcionaban, hacían lo que tenían que hacer, pero no eran más que una vela parpadeante intentando vencer a un relámpago. Las barreras aegis de los

pretorianos sólo tardarían unos minutos en caer y volverían sus armas hacia los que hasta entonces habían sido sus aliados. La Garganta de los Cuatro Valles se llenaría de sangre y el camino a Calth quedaría expedito.

Desenrolló uno de los mecadendritos de su torso y lo conectó a la red de comunicadores para advertir a las fuerzas imperiales que los pretorianos debían ser considerados combatientes enemigos. En ese momento la oscuridad de la caverna desapareció momentáneamente en medio de una luz cegadora que hizo desaparecer todos los colores de la realidad, y una vibración atronadora atravesó la roca.

El lector sísmico se salió de la escala durante un segundo.

«¿Con qué nuevo engendro de la disformidad tenemos que enfrentarnos ahora?», se preguntó. La frustración y la desesperación habían roto su último resquicio de control.

Miró la holosfera, pero se dio cuenta de que no necesitaba los pictógrafos remotos para ver lo que había ocurrido. Una brillante columna de fuego se elevaba desde detrás del muro de los Nacidos de la Sangre, absorbiendo deshechos, soldados enemigos y rocas sueltas, y mezclándolos en una creciente nube de vapores sobrecalentados.

—La Basílica Negra —murmuró Locard—. ¡La Guardia del Cuervo!

Tras el muro se estaba produciendo un infierno de proporciones cataclismicas y la bola de fuego se extendía más allá de éste como un océano rugiente que impactara en un rompeolas totalmente inadecuado. La batalla que se desarrollaba en la caverna cesó cuando la fuerza de la explosión se llevó por delante hombres y árboles y la onda expansiva golpeó la tierra. Multitud de trozos de roca cayeron del techo y enormes nubes de polvo salieron despedidas.

Locard apartó la vista de la obra de Shaan y vio que el poder del código corrupto se iba desvaneciendo a la vez que sus infoeméticos se activaban de nuevo, haciendo desaparecer ese código corrupto que infestaba los sistemas operativos de los pretorianos.

Locard activó la capa noosférica de la holosfera y cerró los ojos cuando vio lo cerca que habían estado de caer las barreras aegis. Quedaba menos del tres por ciento, lo que significaba menos de quince segundos de

resistencia ante las líneas infectadas de código. Entonces, como un crono-gladiador a cuyo reloj de muerte le hubieran añadido un último minuto, las barreras aegis empezaron a reconstruirse mientras los infoeméticos de Locard seguían limpiando sistemáticamente el código infernal.

Cuando las barreras en reconstrucción alcanzaron el quince por ciento, Locard envió un código de reactivación manual a los pretorianos. En pocos segundos, todos aquellos servidores de combate podrían de nuevo seguir matando enemigos con una eficiencia incansable.

—¡Que el Emperador os bendiga, capitán Shaan! —exclamó el magos Locard.



DIECIOCHO

La noche caía y los gritos de los traidores habían cesado, lo que significaba que se habían desmayado por el dolor o habían muerto. A Scipio Vorolanus no le importaba mucho a cuál de las dos posibilidades se debía, pero ya le estaba resultando agotador oír tantos gritos en la lengua de esos malnacidos invocando a sus dioses caídos para que los salvaran. Levantó la vista hacia el cielo, que se estaba oscureciendo por momentos, vio la luz de las estrellas a través de las nubes y se preguntó cuál habría sido el destino de sus hermanos de batalla.

—¿Cómo iría la guerra en Calth? ¿Habría conseguido el señor del Capítulo destruir al señor demoníaco? ¿Estarían cinco compañías de Ultramarines en ese momento apresurándose hacia Espandor para terminar con la amenaza de una vez por todas?

Scipio dibujó con aire ausente patrones en el polvo, las formaciones de batalla y planificaciones defensivas que aconsejaba el Codex cuando se estaba ante un enemigo superior en número pero de inferior calidad. Dibujó los diagramas sin pensar. Los tenía tan grabados en la mente que ya le resultaban de lo más natural.

La factoría bombardeada en la que se refugiaban los miembros de su escuadra estaba situada en un cuadrante poco frecuentado de la ciudad, uno que había sufrido mucho durante la invasión. La mayoría de las estructuras no tenían tejado o no disponían de los servicios básicos, lo que hacía que no resultaran alojamientos adecuados para los Nacidos de la Sangre. El Rhino capturado estaba cubierto con una lona y Laenus estaba intentando infundirle un poco de vida al motor torturado. Sus guerreros estaban sentados, limpiando sus armas o terminando con lo que les quedaba de sus raciones. De una forma u otra iban a tener que acabar con eso pronto, porque Scipio no haría a sus guerreros comer alimentos del vertedero en que se había convertido Corinto.

Todos los guerreros se habían quitado la armadura, así que sólo llevaban sus prendas color caqui y se habían cubierto con ropas raídas que les habían quitado a los muertos. Había pasado una semana desde que llegaron a esa ciudad, aunque les parecía toda una vida. En ese tiempo habían matado a

veintisiete soldados de los Nacidos de la Sangre en su intento por determinar si la Reina Corsaria tenía o no su base en Corinto.

Todos los Nacidos de la Sangre que habían capturado parecían creer que ella estaba allí, reuniendo sus fuerzas para lanzar un ataque sobre Herapolis, pero ninguno de ellos la había visto. Aunque alguno había afirmado saberlo con certeza, Scipio no estaba seguro de que pudiera confiar en su palabra. Sólo después de ver a Kaarja Salombar con sus propios ojos se arriesgaría a contactar con el capitán Sicarius.

Para ese fin, él y el hermano Nivian, que había perdido el brazo en la lucha por capturar el Rhino enemigo, se habían aventurado a recorrer la ciudad. Fingiendo que eran astartes renegados, habían caminado por las calles de la ciudad cautiva, horrorizados ante la degradación y el vandalismo innecesario. Los templos de paredes plateadas eran ahora letrinas y los edificios civiles de la ley, la justicia y el comercio estaban cubiertos de cuerpos torturados sólo por la diversión pasajera que eso proporcionaba.

Pero la gratuita falta de disciplina que reinaba entre los Nacidos de la Sangre era lo que más ofendía a Scipio. Sabía que esa actitud del enemigo debería alegrarle, pero le irritaba ver que la fuerza armada que controlaba Ultramar era tan descuidada. La ebriedad era una epidemia y las peleas muy comunes. Había reyertas a todas horas y las calles estaban cubiertas de cadáveres con las gargantas cortadas o disparos en la cara.

—¿Cómo puede alguien querer vivir así? —había preguntado Nivian mientras miraban a un grupo de Nacidos de la Sangre enmascarados que se lanzaban sobre dos de los suyos sin razón aparente. Scipio no tenía respuesta para eso y giraron una esquina mientras los borrachos acababan con la vida de los que hasta un momento antes eran sus amigos.

La ciudad yacía en la degradación y la ruina, sus calles repletas de los deshechos y la basura de un ejército al que no le importaba nada el lugar donde se alojaba. El hedor que subía del río era repugnante, y Scipio necesitó hasta la última pizca de su voluntad para refrenarse y no sacar la espada y ponerse a matar a todos los Nacidos de la Sangre que se cruzaran en su camino.

¿Cómo una fuerza como ésa podía amenazar el Imperio? Eso escapaba a la comprensión de Scipio. ¿Dónde estaba la infraestructura, la organización y la rutina que hacía que funcionara un ejército? En los mundos que habían sido conquistados por los Poderes Siniestros, ¿cómo podía funcionar una sociedad sin reglas? Seguro que los mundos del Archienemigo debían tener alguna forma de orden impuesta desde escalones superiores de mando. ¿Cómo, si no, se alimentaban, se equipaban y se movilizaban sus ejércitos para la guerra? Todo el libertinaje ebrio que estaba viendo Scipio lo convencía de que tenía que haber en alguna parte un nivel de mando que se ocupara de la organización y que todavía no había detectado.

La herida de Nivian les permitía hacer más convincente su identidad fingida como parte de aquella horda, y fuesen donde fueran percibían el respeto de los Nacidos de la Sangre. Gritaban juramentos y bendiciones malditas al verlos pasar y todos y cada uno de ellos le hacían sentir a Scipio impuro y sucio. Cada vez que veían a otro astartes se ocultaban, metiéndose en algún edificio en ruinas o en algún callejón lleno de suciedad.

Pero hasta el momento sus esfuerzos habían sido en vano. Habían visto signos de que existía una estructura de mando, pero no un comandante supremo. Nivian, Laenus y Helicas lo estaban presionando para que salieran, pero había algo en la energía que mostraban los Nacidos de la Sangre que había convencido a Scipio de que Salombar estaba allí. No tenía nada en lo que basarse más que sospechas pero, si no, ¿por qué iba a haber tantas unidades enemigas reunidas en aquel lugar?

Perouna sospecha no era suficiente para informar al capitán Sicarius. El miedo acuciante de haber fallado en su misión lo desgarraba. Scipio Vorolanus nunca había fallado en nada. Desde las pruebas de reclutamiento en Tarentus hasta los fuegos de Risco Negro, siempre se había distinguido en todas las tareas. Su estatus de sargento veterano no era cuestionado por nadie y muchos ya hablaban de él para ascender en el escalafón de la Segunda Compañía. Todo eso podía peligrar si esta misión fracasaba, aunque Scipio odiaba la ambición que acababa de reconocer en sí mismo.

Se sintió furioso y se levantó de la caja en la que estaba sentado para encaminarse hacia donde Helicas tenía al prisionero. El hombre estaba

tumbado de costado y la sangre se encharcaba alrededor de su cabeza con una velocidad que le dejó claro a Scipio que no iba a volver a levantarse. Su cuerpo estaba cubierto con un uniforme de retales de muchos colores, lo que le hacía parecer más un arlequín de alguna corte que un soldado. Tenía una faja azul brillante alrededor de la cintura, un detalle que Scipio había aprendido que denotaba que era un oficial o, como los corsarios los llamaban, un haexen.

—¿Algún mensaje de los otros sargentos? —le preguntó Helicas.

Scipio sacudió la cabeza, irritado porque no dejaban de hacerle siempre la misma pregunta. Inspiró profundamente antes de contestar.

—No, es demasiado peligroso establecer contacto ahora que estamos en la ciudad. Sería fácil para el enemigo triangular nuestra posición.

—Claro. Pero no vamos a ninguna parte con lo que hemos obtenido de estos prisioneros. Y los reconocimientos a pie tampoco parecen estar acercándonos a la Reina Corsaria.

Scipio ignoró el deseo de acción que Helicas no expresó abiertamente.

—¿No te dijo nada antes de matarlo? —le preguntó Scipio, aunque ya sabía la respuesta. Si Helicas hubiera averiguado algo, ya se lo habría dicho.

—Cabrón inútil… —masculló Helicas como si lo ofendiera la obstinación del muerto. Se alejó del cuerpo y se limpió los puños ensangrentados con un trapo sucio empapado en antiséptico—. Igual que todos los demás, sargento. Siguió diciéndome que la Reina Corsaria está aquí, pero que no sabía dónde. Que no la había visto nunca y que me deseaba mil muertes en el mismo infierno donde está mi madre, lugar en el que aparentemente arde por haber copulado con perros.

—Precioso —dijo Scipio mientras se arrodillaba junto al muerto.

Con la muerte, sus facciones se habían suavizado, las líneas de odio habían desaparecido de su cara para dejar paso a una expresión casi serena. Si no fuera por los odiosos iconos que tenía grabados a fuego en las mejillas, ahora oscurecidos por la sangre seca y los moretones, podría haber sido uno de los muchos ciudadanos del Imperio.

—Si le quitáramos el uniforme, podría parecer un simple ciudadano de Ultramar —apuntó Scipio.

—¿Empatizando con el enemigo, sargento? —rio Helicas—. Nunca es un buen síntoma.

—No empapizo. Me lamento —explicó Scipio—. Podría ser uno de nosotros, pero tomó un camino diferente y ahora está muerto.

—Entonces tomó muy malas elecciones en su vida.

—Esa al menos lo fue —concedió Scipio—. Pero me pregunto si estaba corrompido de nacimiento o si se convirtió en un traidor al crecer. ¿Cuándo se produciría ese momento en el que decidió que ya no quería ser más un servidor del Emperador y prefirió dedicar su vida a los Poderes Siniestros?

—¿Acaso importa?

—Creo que sí, Helicas. Identificar ese momento nos permitiría evitarlo. Los Nacidos de la Sangre están malditos más allá de la redención, eso es seguro, pero ¿cuántos otros, ahora mismo, están haciendo equilibrios en el filo entre la lealtad y la traición? ¿Cuántos de esos hombres nacieron malvados y cuántos acabaron convertidos en eso por los mundos que los rodeaban?

—Yo sólo soy un simple guerrero, sargento —respondió Helicas—. Es tarea de los capitanes y de los señores del Capítulo pensar así.

—Es tarea de todos pensar así —exclamó Scipio—. O al menos debería serlo.

Sacudió la cabeza al ver que Helicas no comprendía. Como artillero y soldado, Helicas era eficiente y concienzudo pero, como acababa de admitir, no era un pensador.

—Lo siento, sargento —se disculpó Helicas.

Scipio sintió que la ira y la tristeza se mezclaban en la superficie de su mente y dijo:

—Un astartes debería ser un pensador, porque nuestras mentes y nuestros cuerpos han sido diseñados para ser superiores a los de los mortales. Es un desperdicio que cualquiera de nosotros no intente alcanzar la plenitud de su potencial como individuo. ¿No es eso lo que Ultramar ofrece a sus habitantes, una posibilidad de mejorarse y prosperar en un ambiente que fomenta que la gente sea productiva?

Los demás miembros de la escuadra se volvieron hacia él y Scipio abundó en el tema.

—He luchado contra cientos de mundos diferentes y he visto miles de culturas distintas. En los peores mundos me vi enfrentado a la imposibilidad del cambio, al potencial perdido que veía en la abyecta pobreza y desesperación del pueblo. El Imperio tiene millones de vidas que aprovechar para su mejora, pero la mayoría de la gente simplemente se pudre en extremos olvidados de mundos cubiertos de cenizas y sumidos en la desesperación. ¿Qué oportunidades tiene esa gente? ¿Cuántos son arrojados a los brazos del Archienemigo por el terrible horror de sus vidas cotidianas?

—No lo sé, señor —respondió Helicas que no entendió el carácter retórico de la pregunta. Scipio notó su incomodidad al ver que le hablaba así.

Scipio se irguió en toda su estatura y miró con dureza a sus guerreros. Vio su frustración y sintió su necesidad de entrar en acción. Las reconoció porque él también las sentía. Un plan empezó a formarse en su mente y, aunque llevaba el sello distintivo de uno urdido por el capitán Sicarius, le entusiasmó la idea de presentar batalla. Y sabía cómo hacerlo.

—Llevamos parados demasiado tiempo —anunció marchando hacia el Rhino y arrancando la lona que lo cubría—. Pero se acabó.

Nivian dio un paso adelante saliendo del grupo con la pistola bólter de Scipio agarrada en la mano que le quedaba.

—¿Qué está sugiriendo, sargento? —preguntó.

—Si no podemos encontrar a la Reina Corsaria, haremos que ella venga a nosotros.

Los muros de Castra Tanagra estaban en silencio. La muerte tenía la costumbre de hacer así las cosas. Tigurius caminó por las murallas de la fortaleza santuario más cansado de lo que podía expresar y con un dolor en su alma por la presencia constante de los demonios. Se reunieron como una niebla en el borde de su campo de visión, bañados de una luz energizante

proveniente de los odiados y siempre presentes relámpagos que partían el horizonte. Los demonios eran una miasma saltarina de horribles formas que miraban con voracidad a los defensores de la fortaleza.

—No deberíais estar aquí —dijo—. Esto no está bien.

Hombres y mujeres se apiñaban al abrigo de las murallas, bien envueltos en sus capas o en mantas. Un viento helado bajaba desde Montañas Capena. El invierno en Talassar era duro y los fríos habían llegado pronto ese año. Los copos de nieve flotaban ya en el aire y se veían salir volutas de vapor de todas las bocas.

Mil trescientas almas llenaban Castra Tanagra, un poco más de la mitad de las que había antes de la batalla. Habían muerto cientos, y muchísimos tenían heridas demasiado graves para combatir. Pero los que seguían en las murallas luchaban con desesperación y coraje. Eran magníficos pero, con cada ataque, el número de los que defendían los muros disminuía, y el espectro de la derrota que se cernía sobre ellos crecía cada vez más.

Tigurius miró hacia la torre del homenaje, cuyas numerosas estancias estaban llenas de heridos y muertos. Sintió que el dolor lo inundaba como una niebla negra e intentó apartar la desesperación que traía con él mientras seguía caminando.

Los soldados lo saludaban con la cabeza al verle pasar, pero ninguno le habló porque él era un guerrero del Adeptus Astartes y estaba tocado por los mismos poderes que los atacaban a diario. Incluso los Ultramarines sólo le hablaban cuando era absolutamente necesario, así que la soledad envolvía a Tigurius. Hacía mucho que había aceptado que seguiría un camino solitario en la vida, pero verse ante su fin en una ciudadela olvidada, con pocos hombres a los que pudiera llamar «amigos», tocaba una fibra sensible del bibliotecario, y sintió momentáneamente una punzada de resentimiento.

Miró hacia el patio, donde vio a Marneus Calgar rodeado por los sargentos de la Primera Compañía, que tenían asignada la defensa de la parte oriental de los muros. El señor del Capítulo había sido decisivo en la resistencia de Castra Tanagra, porque había luchado contra los demonios con un coraje tan furioso que todos cuantos lo veían redoblaban sus esfuerzos. Calgar levantó la vista y lo saludó con la mano, con los

Guanteletes de Ultramar agrietados y apagados después de tanta lucha. Tigurius le devolvió el gesto y se volvió hacia otra parte, con una oleada de náuseas subiéndole por la garganta.

Aunque su armadura de batalla lo protegía de los elementos, un frío helador se había instalado en lo más profundo de su corazón. Miró hacia otro lado y siguió caminando por las murallas para acercarse hasta donde se encontraba Agemman. El primer capitán estaba compartiendo bromas con uno de sus veteranos, pero se interrumpió en el mismo momento que vio a Tigurius.

—Bibliotecario —dijo Agemman, y su cara se convirtió en granito cuando Tigurius llegó a su lado—, ¿qué lo trae hasta esta sección de la muralla?

—Hay que reforzar las barreras psíquicas —dijo Tigurius, dando golpecitos con un dedo sobre el símbolo dorado que había grabado en el borde inclinado del parapeto. Su brillo estaba muy apagado, casi había desaparecido—. Los demonios van minando poco a poco el poder de estas barreras que los constructores de la fortaleza grabaron en sus mismos huesos.

Agemman miró el sello dorado con el ceño fruncido.

—Creía que era algo simplemente decorativo.

—No, primer capitán —le aseguró Tigurius—. Son vitales para nuestra supervivencia.

Agemman se encogió de hombros y se giró hacia otro lado.

La furia surgió en Tigurius al ver la conducta despreocupada de Agemman, y aunque sabía que el que hablaba era su infinito cansancio, no pudo evitar que las palabras salieran de sus labios.

—Sin esas salvaguardas psíquicas socavando la fuerza de los demonios, esta batalla se volverá mucho más dura.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó Agemman volviéndose de nuevo hacia él.

—Digo que deberíamos replegarnos hacia la torre. La muralla es demasiado larga para cubrirla con tan pocos hombres. El Codex dice…

—Sé lo que dice el Codex —exclamó Agemman—. He escrito gran parte de él.

—Según los principios del Codex, no hay suficientes guerreros para defender una muralla de esta longitud —prosiguió Tigurius como si Agemman no hubiera dicho nada—. La lógica dicta que nos repleguemos hacia la torre.

Agemman parecía dispuesto a discutir, pero sabía que las enseñanzas del Codex apoyaban a Tigurius.

—¿Ha dado lord Calgar esa orden?

—Todavía no, pero lo hará.

—Entonces esperaré a que la dé para replegarnos. A la Primera Compañía no le sienta bien tener que retirarse.

—¿Y la derrota les sentaría mejor?

Agemman lo miró con el ceño fruncido y sacudió una mano cubierta con un guantelete en dirección al sello que había inscrito en la muralla.

—Haga lo que tenga que hacer, bibliotecario, y después váyase. Estoy cansado de su compañía.

—Si no se repliegan, la muralla caerá —aseguró Tigurius y notó que la temperatura bajaba de nuevo. Su aliento pareció envolverlo y notó un sabor metálico. Unas voces enfadadas subían desde el patio y Tigurius vio que varias peleas a puñetazos surgían entre los soldados mortales.

—¿Cómo? —preguntó Agemman volviéndose con una mirada furiosa.

—Sin mis poderes no podrá seguir manteniendo el control de la muralla —insistió Tigurius—. Debería estar suplicando mi ayuda.

—Yo no le suplico a nadie, brujo —masculló Agemman con la cara a centímetros de la de Tigurius y soltando chispas de agresividad apenas controlada—. Este muro está guarnecido por guerreros de la Primera Compañía y son los mejores luchadores en toda la galaxia.

—Eso no importará. Si luchan, caerán.

—¡Está insultando el honor de esta compañía!

—No hay honor alguno en la estupidez —fue la respuesta de Tigurius.

Agemman estiró el brazo de repente y agarró a Tigurius por la garganta. Sus dedos se cerraron como la garra de un dreadnought alrededor de su

tráquea. Tigurius dejó escapar exhalaciones de aliento vaporoso y tensó los músculos del cuello cuando la escarcha delineó los bordes de las hombreras de Agemman. Una luz asesina brillaba en los ojos del primer capitán. Era una furia cegadora que sólo buscaba destruir.

Tigurius cayó como si todo su cuerpo estuviera inmerso en un lago helado, con las extremidades pesadas e insensibles. Tenía los pensamientos helados, lentos y borrosos. Qué curioso que su vida fuera a acabar a manos de uno de sus hermanos de batalla. Ese sí que era un destino que nunca sospechó. Agemman le obligó a ponerse de rodillas, asfixiándole más a cada momento.

Resonaron disparos en la muralla y el derramamiento de sangre del patio se extendió como una infección transportada, por el aire. Tigurius dejó caer su bastón y cerró las manos sobre las muñecas de Agemman cuando los cristales entretejidos en la capucha de la armadura cobraron vida y parpadearon.

El calor inundó su mente, fundiendo la fría sujeción de furia irracional que lo mantenía sujeto. Vio con total claridad, y su cuerpo dejó atrás esa agresividad antinatural que lo empujaba a la violencia. Tigurius abrió su mente a la luz psíquica que había alrededor de la fortaleza y vio la niebla roja que se colaba en la fortaleza sagrada a través de las grietas en las piedras y se instalaba entre las murallas como una niebla sigilosa. En todos los sitios donde tocaba encendía hogueras de resentimiento, celos y amargura. Debilitaba la nobleza de la humanidad y alimentaba las llamas de la ira y el odio.

Tigurius apartó la niebla roja, sacándola de su propio cuerpo y enviando luz dorada hacia Agemman, limpiando su espíritu de la brujería del enemigo en un segundo.

El capitán perdió toda la fuerza con la que agarraba a Tigurius, y la luz furiosa de sus ojos quedó reemplazada por una comprensión horrorizada. Soltó la mano con la que agarraba a Tigurius. Este se puso de pie a la vez que Agemman se apoyaba en el muro.

—Varro… —balbuceó Agemman—. Yo… ¡Por la sangre del Emperador, perdóneme! Yo…

—Discúlpese más tarde —contestó Tigurius con voz rasposa—. Los demonios se acercan.

Agemman asintió, recuperando la compostura con una velocidad que le recordó a Tigurius por qué era el Regente de Ultramar y el capitán de la Primera Compañía. Tigurius extendió la mano para colocarla sobre el sello gastado del muro y sintió cómo su fuerza se erosionaba ante la brujería del enemigo.

Quedaba muy poco poder.

—Estúpido —balbuceó—. Debería sentirlo, debería saberlo… Estaba demasiado cansado para…

Tigurius cerró los ojos y dejó que su consciencia fluyera hacia el sello, extendiéndose por las murallas hasta los demás símbolos que había grabados en la piedra. Volcó su energía en aquellas protecciones, rellenándolas de poder y reforzándolas contra el ataque. Por toda la longitud de la muralla los sellos brillaron y la amenaza roja que se cernía sobre la fortaleza se desvaneció como una niebla matutina.

Quedaron algunos retazos, pero Tigurius sabía que eran pocos y que no estaban unidos. Sólo permanecerían el tiempo que les llevara a los mortales más agresivos darse cuenta de lo horrible de su conducta. Las temperaturas heladoras también se retiraron y Tigurius se estremeció al sentir que el poder maligno del enemigo se disipaba. La confusión y la vergüenza se aprovecharon de la fortaleza, pero Tigurius se obligó a hacerles caso omiso mientras sentía que una oleada de repulsión le llenaba el vientre de bilis. Abrió los ojos y se le cayó el corazón a los pies al ver lo que había ante él.

Miles de demonios con cuernos, teñidos de sangre o recubiertos de escamas, cargaban contra Castra Tanagra con espadas despidiendo humo negro. Monstruos saltarines con pieles lívidas y brazos acabados en pinzas los seguían, y en su estela llegaban monstruosidades que parecían cadáveres recién sacados de una plaga. Un vigor demoníaco les daba fuerzas, y Tigurius se dio cuenta de que nunca podrían proteger la muralla ante tal horda.

—¡Primera compañía! —gritó Agemman—. ¡Preparados! ¡Coraje y honor!

—No —dijo Tigurius recogiendo su bastón del suelo de la muralla—. Prepárense para replegarse.

Agemman apretó los dientes, pero asintió, y Tigurius se recostó encima del borde de la muralla mirando hacia la brecha. Marneus Calgar ya había reunido a sus guerreros, y una pared de hojas en ristre estaba lista para enfrentarse a los demonios. Tigurius saltó de la muralla y aterrizó tras la brecha con un atronador crujido de piedras. Corrió hacia el señor del Capítulo.

—No estará considerando seriamente enfrentarse a esa carga, ¿verdad?

—¿Y qué otra cosa podríamos hacer? —Contestó Calgar—. Lo hice en Zalathras y puedo hacerlo aquí. ¿Recuerda esa batalla? Luché contra los pielesverdes día y noche y ninguno consiguió escabullirse de mi espada.

—Esto no es Zalathras y esos no son pielesverdes —dijo Tigurius—. Debemos retirarnos hacia la torre. Es nuestra única salida.

Calgar miró las murallas, escasamente protegidas por los guerreros de la Primera Compañía: los pocos soldados mortales supervivientes de la Caesar y un puñado de civiles. Con un solo vistazo se dio cuenta de que las palabras de Tigurius eran ciertas.

—¿Puede darnos el tiempo que necesitamos?

—Sí —prometió Tigurius—. ¡Ahora márchense!

Calgar asintió y emitió una comunicación a toda la fuerza.

—¡Todo el mundo a la torre! ¡Repliéguense por pelotones, pero no dejen a nadie atrás! ¡Coraje y honor! Corto.

Desde todos los lugares de la muralla, hombres y mujeres se dirigieron hacia la seguridad de la torre del homenaje mientras los guerreros de la Primera permanecían en los muros. Empezaron a resonar disparos de bólter y los misiles salieron de los tubos de lanzamiento.

—¡Váyase, señor! —repitió Tigurius—. Yo mantendré a raya a los demonios el tiempo suficiente.

El señor del Capítulo le colocó una mano en el hombro.

—Me voy a quedar con usted, Varro.

Tigurius inspiró hondo y entró en la brecha, colocando su bastón a su lado. Su poder era enorme, con una conexión con el immaterium que no

podía igualar ningún otro talismán. Iba a necesitar toda la ayuda que pudiera reunir. Los demonios ya casi estaban en la fortaleza, una estruendosa marea de pesadilla traída desde la disformidad por un poder más allá de la comprensión. Mantener una horda como ésa requería una vasta reserva de poder, y Tigurius sabía que cuando el Tres Veces Nacido decidiera acudir a aquel campo de batalla, habría una carnicería que los Ultramarines no habían presenciado desde la batalla de Macragge.

Tigurius esperaba que esta batalla no tuviera las mismas consecuencias para la Primera Compañía.

Reunió todas sus reservas de poder utilizando su bastón para absorber las energías de la disformidad. Unas mareas extrañas inundaron su cuerpo, frías y profundas, pero él acogió abiertamente el creciente poder, convirtiéndolo en un fuego tenue que encendió su carne y que llameó alrededor de la calavera que coronaba su bastón.

Los demonios ya estaban casi sobre él. Podía ver las luces mortíferas de sus ojos y sentir el intenso calor de sus cuerpos antinaturales. La oscuridad les proporcionaba su poder, pero la luz los destruiría. El fuego rugía en el interior de Tigurius, un incendio que lo consumiría si no lo vigilaba.

Tigurius levantó el bastón cuando los demonios se lanzaron hacia él y lo bajó para golpear el suelo.

Un fuego al rojo salió despedido del impacto, una pared ardiente de llamas blancas que parecieron surgir como una erupción de la roca de las montañas. Los demonios que estaban más cerca de Tigurius se convirtieron en cenizas y sus cuerpos quedaron totalmente destruidos, sin esperanzas de reutilización. Como una cerilla que cae en un bote de promethium, las llamas corrieron por toda la circunferencia de Castra Tanagra, subiendo por los muros como un ser viviente. Los sellos dorados despidieron rayos de luz, magnificando el poder mortífero del fuego brillante. Su contacto era letal para los demonios, quienes chillaban y aullaban de rabia cuando esos fuegos purificadores ardían con una luz cegadora. Todos los seres salvajes de la horda se lanzaron contra los muros sólo para acabar chillando en su agonía mortal cuando el fuego los atrapaba y se extendía por sus cuerpos para devorarlos.

Tigurius luchó para aferrarse al poder que fluía a través de él y sintió que el fuego se alimentaba de sus propias esencias vitales. Levantó la vista hacia los muros y vio que los guerreros de la Primera Compañía se retiraban. Agemman fue el último en abandonar los muros y Tigurius pudo sentir su vergüenza.

Los demonios se arrojaban al fuego y las montañas se estremecían con sus gritos agónicos. Con cada uno que moría, Tigurius sentía que su control sobre la energía que provocaba ese fuego se debilitaba. No podría aguantar mucho más sin que hubiera consecuencias terribles y sintió que el enorme poder que estaba en órbita alrededor de Talassar posaba su funesto ojo en él.

Era como si mirara hacia el fondo del abismo más oscuro, un vasto vacío del que nunca se podía retornar. Tigurius tembló ante el horror que le producía la oscuridad absoluta y supo que no se podía salir victorioso ante un poder como aquel.

Había perdido lo que le quedaba de fuerza y sintió que caía en el inmenso abismo.

Unas manos poderosas lo agarraron y notó que se lo llevaban. Las hojas entrechocaban y los bólter disparaban, pero todo lo que Tigurius podía sentir era la fría desolación del absoluto vacío.

Los ojos se le fueron cerrando lentamente y oyó una voz que lo llamaba.

—Le tengo, Varro —le dijo Marneus Calgar—. Le tengo.

El Rhino se fue abriendo paso a través de las calles de Corinto con las escotillas bien cerradas y el motor soltando lo que seguramente serían sus últimas y agónicas exhalaciones. Scipio tocó una gastada placa metálica en la parte trasera del compartimento del conductor. Laenus había dibujado con algo afilado una cruda representación del engranaje del Mechanicum. Juraba que era eso lo que hacía que el vehículo funcionara.

Scipio no tenía intención de contradecirle y le dio las gracias al poder que fuera por hacer funcionar la máquina.

Miró a través del periscopio de mando. El cristal del exterior estaba lleno de marcas y partido, aunque lo habían limpiado. Los Nacidos de la

Sangre eran pocos y estaban desperdigados, la mayoría de ellos se estaban muriendo de estupores alcohólicos en sus agujeros o caían sobre los muros pintarrajeados con pintadas profanas. Los que aún estaban en pie se apartaron de su camino, les hicieron reverencias y se golpearon el pecho con los puños. Scipio vio sólo unos pocos astartes traidores, pero incluso ésos parecían distraídos.

A pesar de todo el desorden, se notaba un cambio, como si hubiera una organización cada vez más sofisticada cuanto más penetraban en la ciudad. El pretor de Corinto había habitado en una estructura casi discreta, cuyo pórtico con columnas y su tejado en forma de cúpula se elevaban en la distancia. La luz del sol brillaba sobre las murallas plateadas de su torre de entrada, y Scipio esperó que Salombar fuera lo suficientemente pretenciosa para haberse instalado allí, ya que era, con diferencia, la estructura más grandiosa que todavía quedaba en pie.

Las calles que llevaban al corazón de la ciudad tenían patrullas y había barreras de madera colocadas para bloquear las vías de entrada a las zonas interiores. Sólo guerreros de los Nacidos de la Sangre se ocupaban de los puntos de control y al ver a un Rhino de los astartes, apartaron rápidamente las barreras de la calle.

—Qué descuidados —dijo Scipio al cruzar—. Ni siquiera se han acercado a comprobar quién hay dentro.

—Yo prefiero a los enemigos descuidados que a los eficientes —le dijo Helicas.

Tenía el lanzador de misiles apoyado entre las rodillas con una cabeza de combate azul y roja ya cargada. Era una violación de todos los protocolos de seguridad del Codex, pero cuando llegara la hora de la batalla, Scipio no quería que hubiera ningún retraso al necesitar fuego de apoyo.

—¿Está seguro de que es una buena idea, sargento? —le preguntó Coltanis con su arma de plasma cruzada sobre el regazo.

Scipio se giró para mirar al guerrero. Vestido con la armadura de batalla completa, Coltanis era un guerrero de Ultramar en todo su esplendor. El

dorado de los bordes de sus hombreras brilló en el compartimento de las tropas; el lustre de su placa quedaba claro.

—No, pero me he quedado sin ideas, y ya era hora de que nos hiciéramos cargo de la situación. Estoy cansado de merodear en las sombras. Ese es trabajo de los exploradores.

Sus palabras fueron recibidas con gruñidos de aprobación, porque reflejaban exactamente lo que sentían sus guerreros. Eran los mejores soldados de la galaxia en una ciudad atestada de enemigos. Ya era hora de soltar a esos perros de guerra. Aunque él y su pelotón actuaban como los ojos y los oídos de la Segunda Compañía, era en lo más crudo del combate cuando daban lo mejor de sí mismos.

Todos los miembros de la escuadra estaban protegidos por sus servoarmaduras, y Scipio se sintió renovado al estar de nuevo metidos en esas placas de ceramita y armaplas. Ser un guerrero de los Ultramarines no era cuestión de llevar la armadura, pero estar vestido de azul y dorado le daba a Scipio una sensación de determinación y pertenencia de la que carecía cuando no la llevaba. Tocó el icono de la calavera de su coraza, cerró los ojos y ofreció una bendición al espíritu guerrero que había en el interior de su armadura.

Ninguno de los prisioneros que habían capturado les había dado ninguna información que sugiriera que la Reina Corsaria estaba en Corinto, pero la misma ausencia de información le hacía creer a Scipio que su sospecha era correcta. Kaarja Salombar se encontraba en Corinto. Estaba seguro.

Ahora pondría a prueba esa teoría.

—Sargento, vea esto —le dijo Laenus desde el asiento del conductor. Scipio apretó los ojos contra el periscopio una vez más.

Vio otro control, pero éste estaba vigilado por los astartes traidores con el uniforme naranja y negro de los Garras de Lorek. Había seis, cada uno con un arma colgada junto a la cadera. Su líder caminaba en ese momento hacia el centro de la carretera y levantaba la mano para que pararan.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó Laenus.

Scipio giró la rueda de cierre de la escotilla del comandante.

—Sigue adelante, y si puedes pasarle por encima a un par de esos cabrones, mejor.

Empujó para abrir la escotilla y activó la alimentación de energía de los bólter montados en la montura del techo.

—Llegó el momento, Relámpagos —dijo—. Hora de luchar.

Privado de su armadura y atado a una silla de tortura con forma de cruz, Ardaric Vaanes ofrecía una imagen lastimosa. Su cuerpo estaba pálido, despojado de todos los colores patrimonio de su capítulo, y Uriel se dio cuenta de que era incapaz de pensar en nada que decir que no sonara trillado.

—Me han dicho que sólo hablarás conmigo —dijo al fin.

Vaanes levantó la vista y Uriel intentó leer su expresión. Odio, alivio y en parte… alguna otra emoción que no podía identificar. Cruzó tan rápido la cara del renegado que ni siquiera estuvo seguro de haberla visto, pero algo había ahí que él había intentado ocultar.

—Así es —dijo Vaanes—. Sé que habrá otros escuchando, pero quería hablar contigo de nuevo cara a cara.

La sala de interrogatorios era una caja cuadrada en las profundidades del Lex Tredecim de cuatro por cuatro metros, con una amplia colección de invisibles aparatos de grabación incorporados en las paredes, el suelo y el techo. Nada de lo que dijera, hiciera o sintiera el prisionero pasaba desapercibido.

—¿Dónde están Honsou y sus Guerreros de Hierro? —preguntó Uriel dando un paso para acercarse al renegado de la Guardia del Cuervo—. No han pisado el campo de batalla y Honsou no suele perderse ninguna carnicería.

—¿Ha acabado la batalla?

—Este episodio sí —respondió Uriel—. La Basílica Negra ya no existe y con ella han desaparecido sus magos corruptos. Él intentó hacerse con el control de los pretorianos, pero lo vencimos y vuestras fuerzas retroceden hacia la cabeza del puente.

—Evidentemente te das cuenta de que todo esto no era más que una distracción…

—La quinta tuneladora —dijo Uriel—. Honsou y sus Guerreros de Hierro van dentro, ¿verdad?

Vaanes asintió.

—Él y los Bailarines de la Espada de Xiomagra. Honsou no creía que te fueras a dar cuenta.

—Siempre me subestimó.

—Todos lo hicimos.

—¿Y hacia dónde va? No me mientas o te dejaré a merced de la gente que hay al otro lado de esa puerta. Quieren que seas ejecutado cuanto antes —lo amenazó Uriel.

Eso sólo era parcialmente cierto. Namira Suzaku había presionado para que Vaanes fuera ejecutado, pero Aethon Shaan, herido y con quemaduras tras el combate en el interior de la Basílica Negra, había sido categórico: Vaanes tenía que ser devuelto a Deliverance para ser juzgado por la Guardia del Cuervo.

—Eso no me sorprende —contestó Vaanes—. El Imperio siempre ha sido muy poco imaginativo con los castigos. Deberías ver las muchas y variadas formas que tiene un señor de la guerra del Caos de mantener el orden. No son agradables, pero mantienen a los subordinados en su sitio.

—¿Y eso es de admirar?

Vaanes meneó la cabeza.

—No me estás escuchando. Solamente oyes lo que quieres oír. Si quieres matarme, hazlo y deja de perder el tiempo. Creí que podría hablar contigo porque era posible que utilizaras el cerebro en vez de pasar directamente al lugar de ejecución más cercano.

—Entonces dime adónde ha ido la quinta tuneladora.

Vaanes no dijo nada y Uriel dio otro paso hacia él.

—Te lo diré, pero primero tienes que ofrecerme algo —dijo Vaanes.

—Eres un traidor —le escupió Uriel—. ¿Por qué debería ofrecerte nada?

—¿Cómo puedes preguntarme eso? —contestó Vaanes—. ¿No somos antiguos camaradas de armas? ¿No hemos cruzado juntos un mundo de los condenados? ¿No asaltamos una fortaleza de los Guerreros de Hierro? ¿Sabes cuánta gente que aún respira puede decir eso?

—Sí, hicimos todo eso juntos —concedió Uriel—. Y te ofrecí una posibilidad de redención una vez que vencimos al enemigo, pero la rechazaste.

—¿Redención? Eso no es para los hombres como yo, Uriel. Lo he intentado, pero no funcionó.

—¿Prefieres la condenación?

—Creía que sí, pero parece que tampoco es para mí.

—¿De qué estás hablando?

—De esto —dijo Vaanes girándose en la silla de hierro y mostrándole la curva de su músculo deltoides. Uriel se agachó y vio un claro cuervo negro tatuado en la piel de Vaanes—. Por eso me rendí ante ti.

—Un tatuaje del Capítulo que no eres merecedor de llevar —le dijo Uriel—. ¿Y qué tiene que ver con esto?

—No lo entiendes, lo sé. Yo no estoy seguro de comprenderlo tampoco.

—¿Y qué es eso de que te rendiste? Nosotros te capturamos.

—¿Crees que podéis capturar a un guerrero entrenado en la Torre del Cuervo? —rio Vaanes—. Os dejé capturarme.

—Digamos que te creo, aunque no es así, ¿por qué ibas a hacer eso?

Vaanes apartó la vista y suspiró.

—Tampoco lo sé, al menos no estoy seguro, pero cuando te vi supe que no quería volver con los Guerreros de Hierro.

—¿Y por qué luchaste con tanta furia?

Vaanes se encogió de hombros.

—No podía dejar que el ingénito viera que me dejaba atrapar sin luchar.

—¿El ingénito?

—La cosa que fabricaron a partir de tu material genético en Medrengard.

—¿No tiene nombre?

—Nunca ha parecido querer uno —explicó Vaanes—. Creo que tuvo nombre alguna vez, pero no quiere recordarlo. Nosotros nunca le pusimos uno porque… bueno, a nadie le importaba demasiado.

—Yo conozco su nombre —dijo Uriel—. He visto lo que le hicieron. Sentí su miedo y su dolor.

—Así que no fue un camino fácil después de todo —dijo Vaanes—. También sabe de ti. ¿Cómo crees que los Guerreros de Hierro han ido todo el tiempo un paso por delante?

—¿Conoce mis pensamientos?

—Algo así. Piensa como tú, igualito, de arriba abajo, y no importa cuánto intenten Honsou y Grendel llenarle la cabeza con su cháchara sobre el Caos, no puede escapar de lo que le diste.

—¿Y qué es eso?

—Nobleza —dijo Vaanes, y Uriel vio en la cara del renegado la sincera necesidad de que le creyera—. Quiere ser mejor de lo que lo crearon para ser, pero todo aquello que lo rodea lo supera y estropea todos sus intentos por salir de ese horror. Si me hubiera parado a pensar en todo eso, habría sentido lástima, pero he visto las cosas que puede hacer y lástima es lo último que necesita el ingénito. Es un monstruo, pero no tiene por qué serlo.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Uriel—. ¿Eres todavía un monstruo?

—Probablemente, no lo sé —respondió Vaanes señalando con la barbilla el tatuaje de su hombro—. Tal vez no. Me arranqué ese tatuaje hace mucho tiempo. Pero ahora ha vuelto. Dime qué significa eso.

—No significa nada —dijo Uriel agarrando a Vaanes por debajo de la barbilla y echándole atrás la cabeza. Durante una centésima de segundo lo que más deseó fue girársela bruscamente a un lado y romperle el cuello. Podría hacerlo, podría matar a ese renegado que estaba ante él en ese mismo momento, pero no lo hizo. Matar a un prisionero era algo indigno.

Soltó a Vaanes y se apartó.

—¿Qué crees que significa?

—No lo sé, pero no estaba ahí hasta que nos dirigimos a Calth. Tal vez sea un signo de que estoy más allá de la redención. Quizás Corax se asegura de dejar su marca en mi cuerpo. ¿Quién sabe?

—La redención no es algo se que le ofrezca a alguien más de una vez —dijo Uriel—. Hiciste tu elección y ahora es el momento de enfrentarte a las consecuencias. Te atrapamos y vas a pagar por todas las vidas con las que has acabado. En Tarsis Ultra y en Tarentus.

Mientras Uriel hablaba, Vaanes apartó la vista, incapaz de mirarlo a los ojos mientras enumeraba sus crímenes. Tal vez era sólo culpa, no remordimiento. Pero ¿había alguna diferencia?

—¿Qué quieres, Vaanes? —le preguntó Uriel.

—Quiero morir —pidió el renegado—. No soy lo bastante fuerte para volver al camino de la rectitud y no quiero condenar mi alma a la disformidad. No hay camino intermedio para los que son como yo, así que cuando esto acabe, prométeme que me matarás, y te mostraré adónde han ido.

Uriel miró fijamente a los ojos de párpados caídos del hombre que había luchado a su lado y vio lo que significaba volver la espalda a todo lo que una vez se había sido. En el interior de Vaanes había un gran hombre, pero uno que había sufrido la maldición de tener un defecto fuertemente arraigado en él que lo había acabado destruyendo.

—¿Qué te ha ocurrido? —quiso saber Uriel.

—No te lo voy a decir —respondió Vaanes—. ¿Hacemos trato?

Uriel consideró mentirle a Vaanes. Después de todo, ¿qué era una promesa hecha a un traidor? Ningún juramento que se le hiciera a alguien como él podía ser vinculante, pero en cuanto la idea cruzó su mente supo que mentirle a Vaanes era rebajarse a si mismo.

Asintió.

—Dime adónde ha ido Honsou.

Vaanes vio su sinceridad y asintió, agradecido. Dejó escapar un largo suspiro de alivio. A Uriel le dio la impresión de que le había quitado un peso terrible de los hombros. Vaanes se irguió en el asiento y pareció mucho más un guerrero de los Adeptus Astartes que antes.

—No —le dijo—. Te lo mostrare.



DIECINUEVE

Los disparos de bólter y las andanadas de rifle láser impactaron contra los flancos blindados del Rhino y repiquetearon contra el blindaje. Un proyectil consiguió penetrar por la guarda oxidada de la oruga y rebotó por el interior del compartimento de las tropas, pero había perdido la mayor parte de su fuerza y las armaduras de los astartes evitaron que sufrieran ningún daño.

Scipio disparaba con los bólter acoplados de la cúpula del vehículo, barriendo el horizonte de lado a lado y sólo realizando disparos cuando sabía que alcanzaría a varios enemigos. Y no es que escasearan los objetivos. Hacía muy poco que Scipio había derribado a tres enemigos con andanadas de fuego concentradas y Laenus había aplastado a otro bajo las orugas del Rhino tras embestir contra el control de la calle.

Acababan de penetrar en la zona más interior de la ciudad cuando Scipio se vio forzado a reconsiderar su opinión sobre el ejército de los Nacidos de la Sangre. La plaza central de Corinto estaba repleta de estructuras prefabricadas situadas con precisión militar. Pendones de todos los colores ondeaban al viento y un estandarte azul chillón colgaba de una de las torres del palacio. Lo que una vez fue un espacio abierto donde los ciudadanos de Corinto tomaban el aire y visitaban un museo o una galería, era en esos momentos un campamento armado. Prácticamente hasta el último metro cuadrado estaba ocupado por almacenes de munición, depósitos de armas, barracones o instalaciones de entrenamiento.

Había una organización y una disciplina que rivalizaría con la de cualquier regimiento de la Guardia Imperial. Eso era un verdadero ejército de conquista y ver tal competencia logística le heló la sangre a Scipio. Su maltrecho Rhino, que no dejaba de escupir humo, pasó por encima de tiendas, instalaciones de tiro y comedores, dejando a su paso un sendero de destrucción. La lona quemada de las tiendas arrolladas lo seguía como la vela de un barco condenado a la perdición al estar rodeado de una flota enemiga.

La metáfora era perfecta, pensó Scipio.

Multitud de guerreros de los Nacidos de la Sangre empezaron a salir de un de un cuartel, hombres y mujeres vestidos con todo tipo de colores y

armaduras. Scipio vio varias fajas azules de oficiales y sintió una oleada de felicidad. ¡Eran corsarios de Kaarja Salombar!

Scipio giró los bólter hacia ellos, disparando largas andanadas. Siete hombres cayeron desgarrados por las balas y los demás se dispersaron. Rodeados por tantas estructuras, a los Nacidos de la Sangre les costaba apuntar al Rhino, pero los que lo habían logrado estaba devolviendo el fuego sin escatimar disparos.

Una ráfaga de láser rozó el hombro de Scipio y un proyectil golpeó contra el borde de la escotilla que quedaba a su izquierda. Otros pasaron silbando al lado de su cabeza. Scipio giró los bólters y disparó a una hilera de tiendas de los Nacidos de la Sangre cuando sus ocupantes salieron corriendo en busca de sus armas y armaduras.

—¡Por Guilliman y el Emperador! —gritó sin dejar de disparar.

Estar en la lucha de nuevo le hacía sentir bien, le proporcionaba venganza por los sufrimientos que esos guerreros habían infligido a la gente de Espandor. El Rhino seguía hacia delante cuando Scipio oyó un terrible chirrido y el inconfundible sonido de un motor fallando.

Se atrevió a mirar atrás y vio que llamas y gruesas columnas de humo negro salían de la parte trasera del Rhino. Laenus había hecho maravillas sacando hasta el último resquicio de vida del vehículo, pero su espíritu estaba agotado y ya no podía más. Que los hubiera conducido hasta allí ya era un milagro. Había llegado el momento de desembarcar y continuar la lucha a pie.

Scipio examinó el terreno, lleno de estructuras añadidas por los Nacidos de la Sangre. Rápidamente eligió un destino, pero que el Rhino consiguiera alcanzarlo era otro tema.

—¡Laenus, dirígete hacia la torre de entrada del palacio del pretor!

—No sé si llegaremos tan lejos, pero lo intentaré —contestó Laenus.

Un grupo de soldados vestidos con muchos colores había formado una línea de disparo ante el Rhino y Scipio tuvo que esconderse en el interior cuando una andanada de fuego láser impactó en la parte delantera. Un misil se estrelló contra la parte frontal del Rhino, pero Helicas y Coltanis habían fijado una placa de metal sobre el frontal del vehículo y el misil rebotó sin

llegar a detonar. Más pelotones con armas se estaban preparando para disparar. Los astartes de Scipio tenían segundos, en el mejor de los casos, antes de que el vehículo quedara reducido a chatarra retorcida.

—¡Todo el mundo fuera! —grito Scipio.

Nivian abrió las puertas y Coltanis saltó del vehículo en movimiento. Scipio lo siguió y el resto de los miembros de la escuadra aterrizó en el suelo justo detrás de él. Laenus fue el último en salir, pero el Rhino siguió avanzando, soltando humo y llamas, directo hacia los Nacidos de la Sangre.

El enemigo se separó para que pasara entre ellos, pero el Rhino se detuvo de repente y, un segundo después, el bloque del motor explotó, lanzando por los aires a los Nacidos de la Sangre y despidiendo chorros de combustible ardiente en todas direcciones.

Tal vez el Emperador estaba mirándolos o simplemente fue una coincidencia o incluso que el espíritu guerrero del Rhino se estuviera vengando por lo mal que lo habían tratado. Scipio siempre creería que fue eso último.

Scipio utilizó el humo y la confusión para ocultarse y guió a los guerreros de su escuadra a través del desastre de tiendas quemadas y de barracones de madera. Los incendios empezaban a extenderse por toda la plaza y desde los edificios que había en los extremos se oían gritos. En medio de las lonas grises y marrones y el acero prefabricado, el brillante azul de la armadura de los Ultramarines era una pincelada de color entre toda aquella monotonía.

Una andanada llegó hasta ellos y Scipio sintió los impactos en la espalda y en los hombros. Se giró para buscar la fuente de los disparos y pudo ver a un grupo de corsarios comandados por una mujer con fajas azules cruzadas sobre el pecho y un sombrero de tres picos con una escarapela.

—¡Disparad con precisión! —gritó—. Tenemos poca munición, cada disparo cuenta.

Él disparó y la mujer corsaria cayó hacia atrás, el hombro y la cabeza desaparecidos en una explosión de fragmentos de hueso y una niebla roja.

Una rápida ráfaga mató a media docena o más e hizo que los demás tuvieran que ponerse a cubierto.

—¡Seguidme! —ordenó Scipio—. Intentemos llegar a la torre del palacio.

Scipio salió corriendo hacia su objetivo con el bólter junto al hombro.

El tejado dorado brillaba como el más cálido de los soles y su fachada de piedra despedía brillos multicolores. Aquel lugar le pareció a Scipio el edificio más grandioso y magnífico que hubiera visto en su vida. Aunque los Nacidos de la Sangre habían dañado su parte baja era fácil imaginarse el edificio en todo su esplendor.

Un alto muro de granito gris rodeaba el palacio, embellecido con altas torres de elegante mármol y estatuas de heroicos Ultramarines cuyo linaje podía seguirse hasta llegar a Espandor. En la curva más meridional del muro había una torre de entrada flanqueada por otras dos torres circulares. Los muros coronados de plata de esas torres ahora albergaban grotescas armas antiaéreas cuyos cañones apuntaban hacia arriba.

Los Nacidos de la Sangre se estaban desplazando para interceptarlos, pero de nuevo lo atestada que estaba la plaza parecía ayudar a Scipio. Los guerreros de la escuadra formaron una cuña y se lanzaron hacia el corazón del enemigo con una furia sin igual. Unos guerreros enmascarados se enfrentaron a ellos con unos rifles acabados en bayonetas o con espadas curvadas y pistolas. Scipio sacó su espada sierra y fue acuchillando a los Nacidos de la Sangre con tajos brutales de su rugiente hoja.

Nivian disparaba con la pistola que le había dado Scipio, mientras que Coltanis apuntaba a los equipos de apoyo enemigos y los iba destruyen con ráfagas controladas de plasma. Se abrieron camino entre el enemigo s detenerse y sin permitir que los Nacidos de la Sangre restaran impulso a carga.

Scipio vio seis Rhinos y un Land Raider entrando como una tromba en la plaza, iban pintados con llamativos naranjas y negros. Otros dos del color de la sangre propio de los Cosechadores de Cráneos iban directos hacia ellos, aplastando soldados de los Nacidos de la Sangre en su frenético deseo de alcanzar a los hombres de Scipio.

La plaza era un hervidero de llamas, disparos y gritos de moribundos. La torre había lucido orgullosamente con anterioridad una puerta blindada de hierro y roble, pero nada quedaba ahora, aparte de las bisagras retorcidas y las marcas de una explosión. Un aerodeslizador corsario estaba maniobrando para atravesar la puerta y sus artilleros apuntaban los cañones proa hacia los astartes de Scipio.

—¡Coltanis! —gritó Scipio—. ¡Deshazte de él!

—El plasma todavía se está cargando —fue la tensa respuesta del artillero.

No había forma de evitar el cañón, así que Scipio sólo esperaba que su seguidor tuviera demasiada prisa, o poca habilidad. El arma tronó y se llenó de luz. Scipio se lanzó a un lado cuando un huracán de disparos láser cruzó la plaza adoquinada. Una lluvia de fragmentos de piedra rebotaron contra la armadura de Scipio. Este sintió un dolor agudo en uno de sus muslos, donde le había alcanzado un rayo.

Rodó para ponerse de costado y vio que dos de sus guerreros habían caído: Seius y Asellio, cuyas armaduras se veían llenas de boquetes a los que nadie, ni siquiera un marine espacial, podía sobrevivir. Los Nacidos de la Sangre y los corsarios cargaron contra ellos, y el artillero del aerodeslizador se preparó para volver a disparar.

Una ráfaga de energía azul y blanca rebotó contra la tierra y atravesó la parte inferior del aerodeslizador. Cruzó toda su armazón y quemó las células de energía de sus mecanismos antigravitatorios. Una gruesa columna de fuego llenó el hueco de la puerta acabando en un cono de llamas naranjas que pasó por encima de los Ultramarines y prendió fuego a los Nacidos de la Sangre.

Scipio se puso en pie sabiendo que habían tenido mucha suerte una vez más.

—Buen disparo, Coltanis —dijo Scipio mientras corría hacia la puerta envuelta en llamas.

Pasó por encima de una docena de cuerpos carbonizados y ennegrecidos. Los guerreros de su escuadra lo siguieron, y sus armaduras los protegieron de las llamas. Scipio tiró a patadas la puerta de la torre que

estaba más a la izquierda. Diez corsarios ocupaban la cámara inferior, pero la primera ráfaga de Scipio acabó con cuatro de ellos. Respondieron a sus disparos y él gruñó de dolor cuando uno penetró en su armadura pectoral. Entonces Laenus y Nívian aparecieron a su lado.

Los Nacidos de la Sangre murieron tras una sucesión de disparos y Scipio subió las escaleras de la torre en dirección al tejado. Una mezcla de corsarios y Nacidos de la Sangre ocupaban la torre, cuarenta en total, pero en el estrecho hueco de la escalera y el espacio reducido de las cámaras laterales no resultaban rivales para los marines, que fueron acabando con ellos con una eficiencia letal.

Scipio oyó gritos que llegaban desde abajo, pero para entonces ya había alcanzado el tejado de la torre. Los artilleros que se ocupaban de las baterías antiaéreas giraron los cañones de sus armas cuádruples, pero fue demasiado tarde para que eso cambiara su destino. Los perseguidores que los seguían sólo podían ser astartes traidores. ¿Qué otros guerreros podrían cruzar las llamas de la puerta?

Scipío miró el caos de la plaza desde arriba. Había incendios por todo el centro de la ciudad y aunque le apenaba ver en llamas la ciudad, sabía que era por un bien mayor. Miles de soldados de los Nacidos de la Sangre y de corsarios estaban acuartelados allí. Y cada vez llegaban más a la plaza.

—Coltanis, Helicas —llamó—. Vigilad la puerta de las escaleras. Vamos a tener astartes enemigos intentando cruzarla en cualquier momento.

Scipio señaló las enormes armas antiaéreas.

—¡Laenus! Trae a Natalis, Isatus y Bradua y girad esas armas. Las vamos a necesitar.

Laenus asintió y se puso manos a la obra.

—¡Sargento! —gritó Nivian—. Tiene que ver esto.

Scipio corrió hacia el lado de la torre que daba al palacio y miró en la dirección que señalaba el brazo extendido de Nivian.

Del palacio salían tres aerodeslizadores, mejor armados que el que habían destruido y adornados con estandartes, guirnaldas y una iconografia tremendamente extravagante. Sus brillantes colores molestaban a la vista,

pero había una figura de pie en la cubierta de mando del vehículo del centro que llamó la atención de Scipio.

Era una mujer, escasamente vestida con tiras de cuero pintado y telas de colores vivos que reflejaban la luz y hacían parecer que brillaba llena de colores. Tenía un claro parecido a los inhumanos eldars en su ágil figura y de su salvaje melena azul celeste, que le caía sobre los hombros. Era imposible, no reconocerla.

—Kaarja Salombar —murmuró Scipio—. La Reina Corsaria.

Nivian se acercó a su lado.

—Parece que la hemos irritado, sargento.

Scipio sonrió.

—Creo que tienes razón, Nivian.

El comunicador de su casco, tanto tiempo inactivo mientras acechaban a su presa, emitió unos crujidos cuando lo activó para emitir por la frecuencia de emergencia que había elegido el capitán Sicarius.

—Aquí Scipio Vorolanus —dijo esquivando un relámpago de disparos que dio en el parapeto—. Situación: centro de Corinto. ¡Código Suzerin! ¡Código Suzerin! Tengo confirmación visual de la presencia de la Reina Corsaria. Repito, tengo confirmación visual de la presencia de la Reina Corsaria.

El comunicador silbó y crujió. Scipio ya temía que el mensaje no hubiera llegado cuando una voz que reconoció como la del sargento Daceus de los Leones de Macragge interrumpió la estática.

—Recibido —dijo Daceus—. Mantengan su posición y estén preparados. Corto.

—¡Aquí vienen! —gritó Helicas al ver a los traidores astartes aparecer en el tejado de la torre.

Las Cavernas Draconis atravesaban el manto superior de la tierra de Calth en un laberinto de túneles que nadie había conseguido cartografiar del todo. Aparecían nuevos túneles cada año, y como los hundimientos eran más que

comunes, la mayoría de los mapas quedaban obsoletos a los pocos años de su realización.

Los cuatro Rhinos descendían ahora hacia el corazón de Calth, introduciéndose en esa red laberíntica de cuevas guiados por un traidor. La batalla para tomar la Garganta de los Cuatro Valles estaba en suspenso ahora, porque los Nacidos de la Sangre se habían replegado para lamerse las heridas y reagruparse después de la destrucción de la Basílica Negra. El capellán Clausel dirigía en esos momentos a los Ultramarines, un papel que había aceptado con rígida formalidad cuando Uriel le transfirió el mando.

Dos Rhinos de los Ultramarines abrían la marcha; uno llevaba a los Espadas de Calth y el otro a los Llameantes de Pasanius. Detrás iba otro Rhino de color negro con el distintivo de la Guardia del Cuervo y otro de color marrón con la «I» y la calavera de los sagrados oídos grabada en un lado. Namira Suzaku prefería trabajar en las sombras, pero cuando actuaba a las claras quería que todo el mundo supiera quién era.

Ardaric Vaanes estaba bien custodiado en el vehículo de cabeza, sentado junto a Uriel y encadenado a los montantes de los mamparos con unos grilletes irrompibles Dos de los acólitos de Suzaku estaban sentados frente a Vaanes, cada uno con un atrapahombres fijado alrededor del cuello del traidor. Sólo con pulsar un botón, los collares con pinchos se contraerían y apretarían la garganta del renegado. Los pulgares de los acólitos no se apartaban de esos botones. Su parte racional le decía a Uriel que no confiara en Vaanes, pero sus entrañas le indicaban que era posible que el guerrero quisiera salvar los jirones de honor que le quedaban.

El capitán Shaan y la inquisidora Suzaku habían sido difíciles de convencer, pero con el tiempo en su contra, habían concluido a regañadientes que no tenían más elección que acceder a que Vaanes los guiara por las profundidades. Habían partido inmediatamente, cruzando en los vehículos los restos destrozados de Castra Occidens para después entrar en los túneles levemente iluminados que llevaban bajo la superficie del planeta.

Viajaron durante nueve horas y pararon sólo una vez para repostar en una de las ciudades de las cavernas de Calth, una desorganizada comunidad

agrícola llamada Apamea Ragiana. Situada entre una cordillera de ondulantes colinas y espesos bosques, la ciudad se arremolinaba alrededor de una alta catedral dedicada al Emperador cuya aguja mostraba una imponente representación de una águila con las alas desplegadas.

Siguieron adelante y el pequeño convoy dejó los caminos principales que unían las cavernas y pasó a los túneles laterales frecuentados normalmente por los equipos de minería y prospección. La temperatura fue subiendo cuanto más profundamente iban entrando y cada giro los llevaba más lejos de cualquier vestigio de civilización.

Los túneles se iban haciendo cada vez más abruptos cuanto más penetraban, y finalmente dejaron atrás todo signo de construcción artificial y transitaron por sitios que parecían simples hendiduras provocadas en la roca por los movimientos tectónicos. Había algo en esos túneles que le resultaba familiar a Uriel, como si hubiera viajado por allí antes. Su memoria eidética revisó las veces que había vuelto a Calth desde que se había convertido en guerrero de los Ultramarines, pero no pudo encontrar más que recuerdos borrosos de escaladas y traicioneros salientes rocosos.

—Coged el túnel de la derecha y seguidlo durante tres kilómetros —dijo Vaanes. Su voz sonaba cansada por el esfuerzo que le costaba hablar.

—¿Adónde nos llevas? —le preguntó Uriel, mirando la imagen de la placa pictográfica de las cavernas—. Estas cuevas llevan siglos abandonadas.

—Lo descubrirás muy pronto —se limitó a decir Vaanes.

—Si nos estás guiando una trampa…

—¿Qué? ¿Me matarás? —rio, aunque el sobreesfuerzo le provocó una mueca de dolor—. Si quisiera eso, te habría hecho matarme en la superficie. ¿Por qué molestarme con esta payasada?

—¿Para ayudar a Honsou a matarme? —sugirió Uriel.

—No necesita la ayuda de nadie para eso —dijo Vaanes—. Además, no es sólo cuestión de matarte. Honsou quiere destruir todo lo que amas y no le importa la forma de hacerlo. Hay un señor demoníaco que cree que todo es sólo un espectáculo, pero únicamente es porque Honsou le deja creerlo. Él quiere destruir Ultramar tanto como los demás.

—¿Y por qué? —preguntó Uriel—. ¿Por qué específicamente Ultramar?

—¿Crees que me lo ha contado? —Contestó Vaanes—. Es un señor demoníaco, ¿necesita más razón?

Uriel sacudió la cabeza.

—No pretendo decir que conozco las mentes de los demonios, pero ésta es la tercera vez que ataca Ultramar. Tiene que haber una razón para que lo odie tanto.

—Tal vez Roboute Guilliman lo haya mirado mal.

—¡No pronuncies su nombre! —gruñó Brutus Cyprian—. No eres digno de hablar del primarca.

—Qué susceptible… —se burló Vaanes.

—Tiene razón —intervino Uriel—. No deberías atreverte ni a pronunciar su nombre.

Vaanes se encogió de hombros y se sumió en el silencio. El viaje continuó durante otra hora, haciendo muchos giros en el interior de la roca, hasta que finalmente los Rhinos emergieron en una caverna de unos trescientos metros de ancho con empinadas paredes volcánicas de brillante roca negra. El calor era increíble, el vapor salía de grietas en el suelo. Gotas de humedad caían del techo formaban chorros que se extendían en regueros.

Vaanes se inclinó para estudiar la pantalla de la placa pictográfica y luego se fijó en las infantiles representaciones de las paredes: dibujos tallados en la pared o pintados con anchas pinceladas de verde y azul.

El renegado se arrellanó en su asiento.

—Ya hemos llegado.

Uriel frunció el ceño y abrió la escotilla del Rhino para salir y examinar la caverna en la que se encontraban. Las gotas de condensación inmediatamente penaron su armadura y sintió una humedad extraña en la piel de la cara.

—Conozco este sitio —dijo, y su mente se abrió a los recuerdos infantiles.

Bajó del vehículo, recordando haber corrido por allí cuando era un niño con sus amigos. Las paredes estaban cubiertas de imágenes de dragones, grandes y pequeños. Desde el lugar por donde habían entrado a la caverna

hasta donde alcanzaba la vista, cada metro cuadrado de pared estaba cubierto de ellos.

Los pasajeros de los Rhinos fueron desembarcando y reuniéndose alrededor de Uriel, mirándolo en busca de una explicación de por qué habían parado allí.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Suzaku mirando los miles de dibujos de dragones tallados o pintados.

Uriel se volvió hacia la inquisidora. Había cambiado desde la batalla de la Garganta de los Cuatro Valles. Su acólito había resultado muerto durante la lucha, y, por lo que parecía, habían estado más unidos de lo que imaginaba. Tal vez no era tan fría y distante como quería parecer.

—La Garganta de los Dragones —explicó Uriel—. Así llamábamos a este lugar.

Pasanius sonrió, levantó la vista hacía el techo con una mirada de asombro y sus francas facciones se arrugaron por el efecto de una amplia sonrisa.

—Creíamos que este lugar era la boca de un dragón enterrado —explicó Pasanius—. Era una especie de aventura para los niños bajar aquí y pintar en las paredes dibujos de dragones. Los niños de Calth lo han estado haciendo durante siglos.

Pasanius le dedicó a Uriel una mirada llena de complicidad.

—Y si no recuerdo mal, tú pintaste el que estaba más arriba.

—Seguro que me han superado desde entonces —dijo Uriel. Vaanes rio.

—No puedo imaginarte siendo niño, Ventris. Seguro que resultabas muy gracioso con esas maneras tuyas tan serias.

—¡Cierra el pico, Vaanes! —le gritó Pasanius.

—Por mucho que disfrute escuchando recuerdos de infancia, no veo cómo esto nos acerca a la derrota de Honsou —dijo Aethon Shaan.

Uriel se apartó del grupo y dejó que su mente se retrotrajera a cien años atrás, cuando era un niño que corría por esas cuevas. Recordó los juegos, los desafíos y los concursos de fuerza, velocidad y resistencia que organizaban los niños y las niñas de Calth para prepararse para las pruebas

de selección en las que los Ultramarines elegirían quién merecía ir con ellos a Macragge.

—Era una prueba de coraje ver lo alto que podías pintar tu dragón —dijo Uriel, dejando que sus recuerdos de antes de ser Adeptus Astartes seguirán volviendo. Almacenados antes de que se rehiciera su arquitectura cerebral mediante la ciencia antigua, esos recuerdos le iban llegando lentamente—. Yo quería ser el que dibujara un dragón del que se hablara durante muchos años venideros, así que subí cien metros por la pared con dos botes de pintura colgando del cinto.

—¿Aquí? —preguntó Suzaku mirando las paredes—. ¿Cuál es el tuyo?

—El mío está unos tres kilómetros más allá —dijo Uriel, señalando—. Fue una locura: las rocas resbalaban por el agua y eran afiladas como cuchillos. Si me hubiera caído, me habría matado, pero había visto un saliente que creí que sería seguro para situarme y pintar. Estuve a punto de caerme tres veces, pero lo logré, aunque me desollé las manos por el esfuerzo. Me temblaban los brazos y apenas podía sujetar el pincel, pero pinté un dragón rojo y dorado con anchas alas y una columna erizada de púas mucho más alto de lo que había logrado nadie antes. Cuando acabé mi dragón y ya me preparaba para bajar, vi una hendidura en la pared que llevaba todavía más adentro de la caverna, un túnel oscuro que serpenteaba por el interior de la roca unos cientos de metros hasta…

—¿Hasta dónde? —preguntó Shaan.

—¡Por el trono de Terra! —exclamó Uriel volviendo al Rhino a la carrera—. ¡Ya sé por qué Honsou está aquí!

Tres kilómetros más allá se encontraron con una escena de devastación. El suelo de la caverna se había hundido bajo una especie de estanque y trozos de la pared habían caído hacia dentro formando una pendiente escarpada y llena de piedras que llevaba a un cráter. Una tuneladora gigantesca se alzaba en medio del agua, con los flancos abollados y arañados. Vapor y gases calientes salían de su morro y polvo de roca pulverizada cubría su blindaje.

Las puertas estaban abiertas. Quien fuera que había penetrado en aquellas profundidades de Calth, hacía mucho que se había ido.

Y Uriel sabía exactamente adónde.

Los Rhinos se detuvieron en la base de la pendiente y Uriel saltó del compartimento de las tropas con los Espadas de Calth tras él. La escuadra de la Guardia del Cuervo ya iba por delante, hacia la hendidura en las paredes rocosas. Uriel escaló con dificultad por la pendiente hacia el saliente de roca en el que se había encaramado cuando era niño.

—¿Qué hay más allá? —preguntó Shaan cuando Uriel llegó al saliente.

—Algo olvidado —respondió Uriel, y se giró para mirar a Vaanes, que trepaba trabajosamente por la pendiente entre los dos acólitos de Suzaku—. Algo que nunca le he contado a nadie.

—No hacía falta —replicó Vaanes—. Lo sabías, así que el ingénito lo sabía, aunque no supiera por qué.

Uriel casi sonrió al ver el dibujo desvaído de un dragón rojo y dorado pintado en la pared al lado de un agujero causado por una explosión. Pasanius se arrodilló junto al dibujo del dragón.

—No está mal —dijo tocando la roca—. Parece que el tuyo sigue siendo el que está más alto.

—Calth ya no los criará tan duros como tú… —dijo Vaanes.

Uriel no le hizo caso y examinó el agujero en la roca. Unas cargas habían volado la abertura y la habían hecho lo suficientemente grande para cupieran tres marines espaciales en fondo. Dio un paso hacia la boca de la caverna, pero antes de que pudiera entrar en el túnel, Aethon Shaan le agarró el brazo.

—Será mejor que vayamos nosotros delante —dijo—. Caminar en la oscuridad es la especialidad de la Guardias del Cuervo.

Uriel quería decirle que estaban en Calth, lo que convertía aquello en la especialidad de los Ultramarines, pero entendió que las palabras de Shaan eran sensatas. Asintió a regañadientes.

—Bien —dijo—. Adelante.

Shaan se volvió a su inmediato subordinado.

—Kyre, ala izquierda, garras fuera. La sombra del cuervo, alta y oscura.

Kyre asintió, aunque Uriel no tenía ni idea de lo que Shaan acababa de ordenarle.

Los guerreros de la armadura oscura se deslizaron hacia el interior del túnel. Tras sólo unos instantes, Uriel los perdió de vista en la oscuridad. Parpadeó para mejorar la visión de su ojo biónico, pero la Guardia del Cuervo era invisible.

—¿Cómo lo hacen? —preguntó Pasanius, que estaba a su lado—. Ni el viejo Telion es tan bueno.

—Le diré que has dicho eso —le contestó Uriel echando a andar para seguir a la Guardia del Cuervo.

Entraron en el túnel con la inquisidora Suzaku y su séquito emparedados entre sus Espadas de Calth y los Llameantes de Pasanius. El brillo del lanzallamas de Pasanius bañaba las paredes negras, dándoles un color morado a la vez que parpadeaba por la humedad que caía de las paredes.

Uriel recordó haber caminado con cuidado por ese túnel en la oscuridad, la emoción de la exploración volvió a él, aunque ciento dieciséis años lo separaban de aquel niño. Recordó cuando volvió a casa lleno de orgullo por su logro, aunque sabía que alardear de ello no le serviría de nada. Lo que había visto más allá de las paredes de la Garganta de los Dragones era su secreto, sólo suyo. O así había sido hasta que los demonios habían creado esa abominación con su semilla genética.

El túnel se estrechó; esas paredes habían sido separadas miles de años atrás por las formidables fuerzas subterráneas que habían formado ese mundo bajo la superficie de Calth. Entonces Uriel emergió del túnel, como si saliera de una habitación a oscuras hacia la luz. E igual que ciento dieciséis años atrás, se quedó sin aliento.

La caverna estaba iluminada por un resplandor bioluminiscente, como un olvidado lecho marino de color jade. Con cientos de metros de altura y de anchura, no era una formación natural, sino un espacio excavado en la roca hacía unos diez mil años por hombres con gran habilidad y mayor determinación.

En el centro de la caverna había un edificio de mármol pulido. Era una estructura magnífica, de forma cuadrada y coronada por una cúpula brillante aparentemente fabricada a partir de un solo zafiro enorme. A cada una de las fachadas del edificio se llegaba por unos escalones triunfales tallados a partir del suelo de roca de la caverna y se accedía a la entrada a través de grandes pórticos apoyados sobre pilares tan gruesos como las patas de las máquinas de batalla más grandes creadas por el Mechanicum. En todos los pedestales había coloridos murales que habían sobrevivido al paso de los siglos sin que sus imágenes hubieran perdido brillo. Los murales se dividían en paneles, cada uno de los cuales mostraba aun noble capitán Ultramarine llevando a sus guerreros a la batalla contra malvados enemigos de armaduras rojas.

La fachada este se hallaba derruida porque un trozo del techo de la caverna se había derrumbado. Unos bloques, mayores que un Land Raider, estaban desperdigados como piezas de un juego infantil de construcción y dos de los pilares yacían en el suelo como gigantes caídos. A pesar de lo magnífico que era, había un aire de melancolía en el edificio que no tenía nada que ver con sus ruinas. La tristeza se cernía sobre su arquitectura sepulcral como una mortaja, transmitiendo un dolor infinito.

Aunque no supo apreciarlo cuando era niño, Uriel comprendió en esos momentos a qué se debía.

Era una tumba, el lugar de descanso de un gran héroe.

Pasanius observó los murales comparando las imágenes con sus conocimientos de la historia del Capítulo. Uriel vio en los ojos de su amigo que había reconocido de quién se trataba.

—¿Es esto lo que yo creo que es? —preguntó Pasanius.

—La tumba perdida de Ventanus —dijo Uriel—. El Salvador de Calth.

Mirando abajo desde las sombras del gigantesco pórtico, Cadaras Grendel vio a los Ultramarines y sus asistentes mortales entrando en la enorme caverna. Sonrió al imaginar la desesperación que debería haberles provocado saber que llegaban demasiado tarde.

Grendel se echó al hombro su rifle de fusión y habló por el microcomunicador de la gorguera.

—Está aquí —dijo. No dio más explicaciones.

—¿Ventris? —preguntó Honsou con voz granulosa por la estática.

—¿A quién crees que me refiero? —exclamó Grendel—. Él y ese sargento grande. Dieciséis, los que esperábamos. Hay unos cuantos mortales con ellos y… maldita sea… tienen a Vaanes.

—¿Vaanes? ¿Estás seguro?

—¡Claro que estoy seguro! —Respondió Grendel—. ¿Crees que no reconocería a ese cabrón arrogante nada más verlo? Está aquí, pero lo tienen prisionero.

—No estés tan seguro de eso —le dijo Honsou—. Envía a los Bailarines de las Espadas de Xiomagra para deshacerse de los Ultramarines, pero quiero que tú mates a Vaanes.

—No será problema —rio Grendel—. ¿Qué tal va todo por ahí?

—Estamos colocando las cargas para hacer desaparecer del mapa este lugar, acabaremos pronto.

Grendel asintió, apagó el comunicador y se giró para mirar a la guerrera con una armadura plateada que estaba de pie detrás de él. Ella y sus quince guerreros tenían las espadas desenvainadas, largas y elegantes hojas con sutiles curvas en toda su longitud.

—Ya lo habéis oído —le dijo Grendel, señalando con el pulgar sobre su hombro—. Id a matarlos.

Xiomagra se deslizó para pasar a su lado con tal agilidad que Grendel no fue capaz de percibir del todo los movimientos de sus extremidades. Vio que sus ojos de gata brillaban por la impaciencia de la batalla que estaba por llegar antes de que el metal líquido de su casco le cubriera las facciones. Mostró la espada de hoja negra ante Grendel.

—La Ley de las Espadas me obliga a obedecer —dijo Xiomagra—, pero ten en cuenta esto: si tu maestro cae, tu alma será la siguiente que reclamará esta espada.

—Te estaré esperando —le dijo Grendel, mostrándole su rifle de fusión —. No te tengo miedo.

—Pues deberías —fue la respuesta de Xiomagra.

Antes de que Grendel pudiera responder, la Señora de las Espadas dio un grácil salto para bajar los escalones de la tumba, seguida por su grupo de Bailarines de la Espada.

—Es hora de matar con mis propias manos a un guardián del cuervo —dijo Grendel.



VEINTE

Helicas lanzó un misil a través del hueco de la puerta que explotó en la cavidad torácica de un guerrero vestido del rojo óxido de los Cosechadores de Cráneos. Los fragmentos de hueso y de armadura atravesaron al guerrero que había detrás de él, y la onda expansiva hizo que el resto cayera por las escaleras. La explosión les había dado unos momentos más, pero sin tiempo para recargar, Helicas soltó el lanzamisiles y cogió su bólter.

Scipio disparó el suyo hacia el hueco de la escalera y oyó los ecos de las detonaciones cuando los proyectiles hicieron blanco. Coltanis no disparó hasta que otra silueta cruzó el umbral. El berserker murió con medio torso menos y un rayo cegador de plasma destruyó su cuerpo con un siseo de sangre hirviente y ceramita fundiéndose.

Más guerreros fueron llegando por las ruinas del pasaje que llevaba al tejado de la torre, y se encontraron con una tormenta de fuego de bólter y cuchilladas de espada.

Scipio cambió de arma y cortó el cuello de un berserker con su espada sierra, blandiendo el arma con ambas manos para asegurarse de que la herida era fatal. Liberó la hoja y le dio una patada al guerrero que venía detrás, tirándolo escaleras abajo.

—¡Esta torre será siempre de Ultramar! —gritó.

Las furiosas andanadas de proyectiles que venían desde abajo intentaron demostrar que estaba equivocado mientras los Nacidos de la Sangre se reunían y rodeaban la torre como una marea inquieta. Arrojaron granadas que explotaron contra los muros plateados de la torre, y cientos de rifles láser descascarillaron las piedras cuando el enemigo intentó bajarlos de su improvisado pedestal. Las esquirlas de piedra llenaron el aire y el sonido de los disparos resonó como un rugido en sus tímpanos.

Scipio blandió su espada contra un berserker lanzado a la carga. La hoja se clavó en la garganta del guerrero y un chorro de sangre salió disparado formando un arco. Empujó hacia atrás al traidor muerto, haciendo tropezar a otro enemigo al que Helicas se encargó de disparar. Las estrechas escaleras estaban frustrando los intentos del enemigo de llegar hasta ellos, pero era tal la superioridad numérica de los que presionaban desde abajo, que había una especie de inevitabilidad desesperada en esa batalla. Otro

disparo de plasma desde donde estaban los atacantes y a Scipio le llegó el olor a carne quemada.

Una cortina de humo cubría la plaza central de Corinto, las llamas seguían expandiéndose y devorando más partes del campamento de los Nacidos de la Sangre. Aunque ellos no eran más que diez guerreros, le habían causado al enemigo una importantes pérdidas.

Nivian disparó la pistola que le había dado Scipio y después, cuando el percutor golpeó en una cámara vacía, la utilizó como porra. Los cuatro Ultramarines pelearon con toda la fuerza que les habían imbuido los genetistas del capítulo y el coraje que tenían por naturaleza todos los guerreros de Ultramar. Lucharon con más denuedo de lo que lo habían hecho en sus vidas, echando mano de sus reservas internas de fuerza para mantener a raya al enemigo.

Una y otra vez los astartes enemigos llegaron hasta donde estaban ellos, y todas las veces consiguieron repelerlos. Los Nacidos de la Sangre intentaron escalar la torre con la ayuda de ganchos y cuerdas, pero Nivian, con nada más que un brazo, tuvo la fuerza suficiente para ir tirándolos al vacío. Scipio perdió la noción del tiempo que llevaban luchando, pero el sol se estaba poniendo cuando el ultimo berseker cayó ante una andanada combinada de proyectiles de bólter. Detrás del guerrero muerto, Scipio vio los uniformes naranjas y negros de los Garras de Lorek cayendo por las escaleras de la torre.

—¡Por el coraje! —gritó Scipio.

—¡Por el honor! —le imitó Helicas.

—¡Por Ultramar! —pronunciaron a la vez Nivian y Coltanis.

Scipio nunca había estado más orgulloso de ser su sargento. Unas nuevas ráfagas de disparos les hicieron buscar la cobertura del parapeto, pero Scipio sabía que sólo tendrían unos momentos antes de que los astartes traidores intentaran volver a subir a la torre. Miró el cronómetro que tenía en su visor, sorprendido de que hubieran pasado cerca de treinta minutos desde que habían tomado la torre.

—Helicas, prepara tu lanzamisiles para disparar de nuevo —le ordenó —. Nivian, dame la pistola para que te la vuelva a cargar. Volverán pronto.

—Que vengan… —contestó Nivian pasándole la pistola.

—Maldita sea, le has hecho un buen destrozo a mi arma —le dijo Scipio —. Los armeros pedirán mi pellejo por esto.

—Lo siento, sargento, pero esos berserkers tienen las cabezas duras. Ha hecho falta insistir para abrírselas.

Scipio sonrió y recargó la pistola. De repente, un rugido ensordecedor atravesó los sentidos automáticos protectores de su armadura y eclipsó el repiqueteo constante de los disparos. Como una serie de relámpagos en un día claro, la parte superior de la torre se vio repentinamente iluminada por las ardientes lenguas de fuego de las armas antiaéreas.

Mil proyectiles por minuto rugieron al salir de cada uno de los cañones de las armas cuádruples, abriendo grandes claros en el grupo de enemigos que se arremolinaba alrededor de la torre. Cientos murieron cuando Laenus y Bradua rotaron la torreta de su arma, y secciones enteras del campamento se desintegraron bajo la furiosa tormenta de fuego. Empezaron a surgir explosiones en líneas paralelas por todo el campamento de los Nacidos de la Sangre cuando el fuego de las armas diseñadas para derribar naves blindadas caía ahora sobre los cuerpos blandos y carnosos.

Natalis e Isatus escupieron el fuego de la segunda arma encima de los Nacidos de la Sangre, cortando dos aerodeslizadores por la mitad en medio de una terrible tormenta de proyectiles. El aerodeslizador más pesado de los de la Reina Corsaria se apartó de las líneas de fuego y giró las armas de su proa y de su popa hacia la torre. Los proyectiles aullantes impactaron en el parapeto y atravesaron los manteletes que protegían las armas antiaéreas. Natalis murió al instante, con el cuerpo arrasado en una bola de fuego y sangre. A Isatus lo arrancaron del asiento del artillero y cayó por el aire para aterrizar en medio de los Nacidos de la Sangre.

Scipio gritó, pero no había nada que pudiera hacer por sus dos guerreros.

Laenus giró su arma para interceptar el aerodeslizador de la Reina Corsaria, pero ya habían anticipado esa respuesta y se habían acercado a la torre para situarse en la zona muerta que quedaba bajo el ángulo de inclinación del arma. Al ver imposibilitado su blanco principal, Laenus se

volvió para disparar a los depósitos de armamento que había en el borde de la plaza. Un fuego brillante surgió de las estructuras destrozadas y las explosiones consumieron una veintena de pelotones que disparaban cerca de allí. A Scipio se le cayó el corazón a los pies cuando vio docenas de otros pelotones preparando morteros de gran calibre. Detrás de ellos, media docena de tanques estaban tomando posiciones en el borde de la plaza.

—¡Por la sangre del Emperador! —exclamó al comprender por qué los astartes traidores habían abandonado sus intentos de subir a la torre. Los morteros atronaron con sus toses metálicas y Scipio oyó el silbido de los proyectiles.

—¡Al suelo! —gritó Scipio.

Rodó y se apretó contra la cara interior del parapeto cuando una lluvia de granadas cayó sobre ellos. La primera andanada pasó de largo. Los estremecedores impactos lanzaron por los aires cuerpos y adoquines, y la torre se sacudió.

Sin embargo, dos proyectiles dieron de lleno en la torre, y Scipio se vio elevado en el aire por la fuerza de los impactos. Dejó de ver cuando su casco se partió al golpear contra el muro, y unos trozos de cristal blindado se le clavaron en la cara. La metralla hundía el aire. Scipio gruñó cuando un fragmento de metal al rojo de un palmo le cayó en el brazo, por encima del codo. Se lo quitó a la vez que explotaba otro proyectil que envió un abanico de esferas metálicas hacia abajo.

Laenus chilló cuando le perforaron la armadura y cayó de su asiento. Se arrastró a gatas hasta el parapeto, dejando un rastro de sangre brillante detrás de él. Nivian y Coltanis también gritaron cuando sus armaduras se agujerearon bajo una tormenta de metralla.

La armadura de Scipio tenía varias brechas y sintió que la piel le quemaba por culpa de algunos fragmentos humeantes. Se arrancó el casco destrozado y lo tiró a un lado. El humo acre envolvía la torre, el aire apestaba a propelente quemado. La sangre manchaba la piedra pintada de los muros y Scipio tosió y escupió saliva manchada de rojo.

Otro proyectil impactó en el tejado y cayó hacia las entrañas de la torre.

Una columna de fuego y humo se proyectó hacia el cielo tras la detonación. Llovieron piedras y la estructura se quejó de forma alarmante cuando otro proyectil impactó en la segunda torre. Uno tras otro siguieron impactando los proyectiles de los morteros, la mayoría explotando en el interior, pero algunos detonando por encima y desperdigando sus trozos. Proyectiles incendiarios en el tejado y Scipio tuvo que meterse bajo un bloque caído de piedra resquebrajada cuando la bola de fuego se precipitó sobre él.

Scipio perdió de vista a sus hombres y adivinó que estarían enterrados entre los escombros o vaporizados por la tormenta de explosiones. Rodó en busca de cobertura, sacando la espada cuando un rugido ensordecedor resonó por encima de su cabeza.

—Si voy a morir, que sea de píe —se dijo, y se apoyó en el bloque caído para incorporarse y blandir la espada en alto. Unas sofocantes nubes de humo oscurecieron el atardecer, pero un viento caliente creó una suerte de vacío entre la tierra y el cielo. En ese vacío, Scipio vio algo que podía haber salido directamente de las leyendas del Capítulo.

Eran cuatro naves Thunderhawks con el distintivo de la segunda compañía: Gladius, Spatha, Pilum y Xiphas.

Llegaron como ángeles vengadores mostrando el azul de los Ultramarines. Scipio Vorolanus pensó que nunca había visto algo mejor.

Era Sicarius.

A pesar del hecho de que se trataba de un templo dedicado a un héroe de los Ultramarines, Honsou estaba impresionado por el carácter monolítico de la tumba de Ventanus. Desde el exterior resultaba impresionante, pero quien lo diseñó (sin duda los Ultramarines dirían que había sido su primarca) sabía que el verdadero valor de un edificio estaba en la funcionalidad de su interior.

Aunque una parte de la fachada se había derrumbado, la enorme joya que constituía la bóveda seguía intacta y el techo no se había visto afectado. La planta de la tumba era circular, diseñada como un gran anfiteatro o salón

de reuniones. Pero en vez de gradas o asientos, alrededor del espacio central había cientos de sarcófagos de piedra colocados en círculos concéntricos, cada uno de un miembro de algún capítulo de los Ultramarines del tiempo en que se organizaban como una legión. En el centro de la tumba, directamente bajo la cúpula de la bóveda, había un brillante sarcófago de mármol negro y milagrosamente sin una mota de polvo después de todos aquellos siglos de abandono.

El sarcófago no tenía ninguna ornamentación, aparte de la placa de plata que llevaba el nombre del guerrero allí enterrado. Y eso era lo que M'kar les habían enviado a destruir: la última morada del capitán Ventanus de los Ultramarines. M'kar no le había dado muchas explicaciones cuando le dio la orden a Honsou de que el templo debía reducirse a escombros. Sólo había especificado que tenía que asegurarse de que el cuerpo de Ventanus y todo su equipo de guerra quedaran totalmente consumidos.

—Me parece una lástima destruir este lugar —dijo el ingénito siguiendo la mirada de Honsou, que observaba a los Guerreros de Hierro mientras se desplegaban por toda la estructura. Los equipos de demolición estaban colocando los cables de enormes cantidades de explosivos en cadena que harían que la estructura se viniera abajo en una avalancha de fuego y cascotes.

Honsou se encogió de hombros.

—¿Y por qué te importa?

—No me importa. Sólo aprecio el esplendor arquitectónico de este lugar.

—¿Eres una autoridad en arquitectura?

—No, pero puedo reconocer un espacio armonioso cuando lo veo.

Honsou rio.

—Escúchate. Eres una criatura de la disformidad y un asesino, pero te estás lamentando por la destrucción de una estructura enemiga, ¿porque es bonita?

—Supongo que sí. ¿Es raro eso?

Honsou no respondió y volvió su atención hacia los equipos de demolición. Preparar el edificio para su destrucción estaba llevando más

tiempo de lo que le hubiera gustado. El arquitecto, fiera Guilliman o no, conocía bien su oficio. Era una estructura tremendamente estable.

Pero no había mejores artistas de la demolición que los Guerreros de Hierro, y una cosa que Honsou sabía era que cualquier edificio se derrumba silo llenas con los explosivos suficientes y bien colocados.

—¿No te preocupa que Uriel Ventris esté ahí fuera? —le preguntó el ingénito.

—¿Debería preocuparme? —preguntó Honsou—. Creo que los Bailarines de las Espadas y Grendel pueden manejar a ese heterogéneo grupo de héroes.

—¿Y si no pueden?

—Entonces te tengo a ti para protegerme —dijo Honsou.

El ingénito ladeó la cabeza y lo miró sorprendido.

—Creo que quieres que Grendel y los Bailarines de la Espada fracasen.

—Tal vez —admitió Honsou—. Me parece una lástima haber venido hasta aquí y no matar a Ventris con mis propias manos. Pero ¿por qué tanta preocupación? Creía que querías volver a ver al hombre que te originó…

—Y quiero —afirmó el ingénito.

—Entonces esperemos que los dos tengamos lo que queremos.

Vaanes los había llamado Bailarines de la Espada y ése era un nombre adecuado. Uriel casi creyó que los enemigos que salían de la tumba parecían un grupo de acróbatas. Pero eran diecisiete amenazas. De extremidades delgadas y sólo vestidos con placas sueltas y cuero, parecían una fuerza absurda para ser enviada a enfrentarse contra veintisiete astartes y una inquisidora de los sagrados oídos. De sexo indeterminado, cada uno de ellos empuñaba una espada brillante, mientras que su líder, una figura andrógina con una armadura plateada, llevaba espadas de oscuridad y de luz.

Un guerrero que llevaba una armadura con el color metálico y el amarillo rayado de los Guerreros de Hierro también iba hacia ellos. Se movía lentamente en comparación con el grupo de las espadas. Sus

movimientos le resultaban familiares, pero Uriel vio inmediatamente que no se trataba de Honsou. No conocía a ese guerrero, no obstante, pretendía matarlo igualmente.

—¡Espadas de Calth, disparad a la derecha! —ordenó Uriel—. ¡Llameantes, a la izquierda!

Los bólter se elevaron a la vez cuando los Ultramarines avanzaron. Shaan dividió su escuadra de la Guardia del Cuervo y lideró un grupo, que se dirigió a la derecha, por encima de los bloques de piedra. Revys Kyre dirigió un segundo grupo hacia el exterior.

—¡Fuego! —gritó Uriel, y los bólter de los guerreros tronaron. No derribaron ni a uno solo del grupo.

Fallaron todos los disparos y Uriel se quedó atónito. Los bailarines se movían como el mercurio, apartándose del camino de los proyectiles como si éstos fueran a cámara lenta. Otra andanada demostró ser igualmente ineficaz, pero la tercera abatió a dos de esos ágiles enemigos. Los disparos volvieron a resonar en las paredes de la caverna, pero al momento siguiente los bailarines estaban otra vez entre ellos.

Las espadas salieron disparadas como si fueran las lenguas de acero de una serpiente, acuchillando con la velocidad de un látigo y cortando las armaduras con una facilidad pasmosa. Dos de los guerreros de la escuadra de Pasanius cayeron con las cabezas separadas limpiamente de sus cuellos, y Uriel vio cómo Livius Hadrianus dejaba caer su rifle de fusión cuando una de esas hojas segadoras le cortó el hombro. Brutus Cyprian rugió y lanzó el puño a la cara del atacante de Hadrianus, giró sobre sus talones y le incrustó el codo en el pecho a otro bailarín, lanzándolo por el aire. Uriel esquivó un mandoble que tenía la intención de abrirle la yugular y paró desesperadamente una serie de estocadas y contragolpes, veloces como rayos. El Anciano Peleus plantó el estandarte para ponerse a disparar en dirección a la melé en constante movimiento. Sólo un tirador superlativo se atrevería a hacer disparos como esos, pero cada uno de ellos acabó con uno de los Bailarines de las Espadas.

La inquisidora Suzaku se movía con agilidad en mitad del combate, tan elegante como cualquiera de sus enemigos. Luchaba con un bastón de

marfil con vetas verdes en cuya punta chasqueaban arcos de energía psíquica. Con la excepción de sus guardaespaldas, el resto de su séquito se mantenía apartado de la batalla. Los acólitos, con Vaanes sujeto con los atrapahombres, mantenían una distancia prudencial. No querían tener a un traidor cerca de ninguna lucha desesperada por la supervivencia.

Selenus fue abriéndose camino para llegar hasta los guerreros caídos, matando a un bailarín con una ráfaga de bólter. Dos guerreros del pelotón de Pasanius lo acompañaban mientras él se aseguraba de recuperar la semilla genética de los guerreros muertos.

El único de los Espadas de Calth que podía hacer frente en igualdad de condiciones a esos atacantes era Petronius Nero. Hadrianus y Cyprian luchaban espalda contra espalda para repeler a los espadachines, pero Nero se desplazaba fácilmente entre sus filas y su espada se movía tan rápido como la de sus oponentes. Normalmente luchaba con cierta espectacularidad, pero ahora no había nada de eso; sólo los eficaces golpes asesinos de un espadachín consumado. En cuanto acababa con un enemigo, Nero pasaba al siguiente.

Uriel estaba maravillado con la habilidad del guerrero, porque él tenía que utilizar toda la suya para mantenerse con vida. Frenó una estocada que pretendía decapitarle y se lanzó contra el guerrero para tirarlo al suelo. No había ningún refinamiento en esa táctica, ni era un movimiento que le hubieran enseñado los maestros de esgrima de Macragge, pero funcionó. Le incrustó el casco en la cara a su oponente y le pulverizó las facciones bajo la máscara plateada. Se zafó de él mientras otro bailarín aterrizaba a su lado y le ponía una espada en el pecho.

Uriel rodó antes de que la punta pudiera penetrar más y golpeó la hoja con la palma de la mano, haciendo que se rompiera a la altura de la empuñadura. Soltó una patada que le partió la rótula al espadachín y le agarró de las tiras de cuero mientras caía, para después empujarlo hacia el suelo y golpearle la cabeza contra las rocas, hasta que oyó el crujido húmedo de un cráneo partiéndose.

Uriel se puso en pie rápidamente y observó que el guerrero de hierro había llegado por fin a donde se estaba desarrollando la batalla. Al principio

Uriel pensó que llevaba una monstruosa máscara para asustar, pero después se dio cuenta de que la cara del hombre estaba terriblemente quemada y ennegrecida por el fuego. Llevaba un rifle de fusión y lo disparó con un jubiloso bramido de odio en dirección a la masa de guerreros que luchaban. Un rugido de aire hirviente resonó y dos de los guerreros de Pasanius cayeron con medio cuerpo abrasado y despidiendo un fétido vapor.

Pasanius rugió de odio y se abrió paso hacia el guerrero de hierro, apartando a los Bailarines de las Espadas de su camino con las manos desnudas en su furia por llegar hasta el asesino lleno de cicatrices. Uriel los perdió de vista cuando dos bailarines se lanzaron a por él. Una era la líder de la armadura plateada, una mujer con una belleza tan repulsiva que Uriel apenas podía mirarla. Sus espadas gemelas dibujaban un patrón resplandeciente de luz por encima de ella, y Uriel se dio cuenta en ese mismo momento de que no podría vencerla.

Aún estaba pensando en ello, cuando los guerreros de la Guardia del Cuervo atacaron.

Aunque no habían hecho ningún intento de ocultarse, Uriel se había olvidado de que estaban ahí, unas sombras mezclándose con la penumbra reinante. Las lanzas negras fueron atravesando los órganos vitales de un enemigo que no los esperaba. Atacaron desde el flanco y desde detrás, abriéndose camino con sus garras hasta los Bailarines de las Espadas con las resplandecientes hojas de sus guantes. Shaan se movía como un depredador, todo estocadas, cuchilladas y brillo de garras. Los guerreros iban cayendo a su alrededor, heridos de muerte o mutilados.

Revys Kyre luchaba con más refinamiento, dirigiendo las cuchilladas con una medida precisión, siempre consciente del espacio a su alrededor y del lugar adonde lo llevaría el siguiente paso. Los Bailarines de las Espadas fueron cayendo mientras la Guardia del Cuervo atravesaba sus filas y los Ultramarines se beneficiaban del repentino ataque por el flanco. En unos instantes, el impulso de sus gráciles atacantes quedó aniquilado y éstos tuvieron que pelear por sus vidas. No podía haber rendición; sólo la aniquilación acabaría con ese combate.

Uriel se lanzó hacia dos Bailarines de las Espadas que había delante de él, esperando que su repentino salto los sorprendiera. Pero ellos simplemente se apartaron a un lado y sus espadas rozaron su coraza y su hombro. La sangre empezó a salir de los cortes y Uriel sintió un dolor caliente en sus extremidades, como si las mismas hojas ardieran. Bloqueó una estocada que se dirigía a su vientre y giró las muñecas sobre la hoja, haciendo que la punta atravesara a un atacante entre los ojos.

—¡Tú eres el líder! —le dijo la bailarina de las espadas que quedaba, volteando las hojas sobre su cabeza en lo que Uriel supuso que sería un ritual de desafío—. Uriel Ventris, ¿no?

—Ese soy yo —dijo levantando su espada—. ¿Y quién eres tú?

—Xiomagra, señora de los Bailarines de las Espadas —respondió ella —. Las espadas exigen un nombre antes de matar.

La Gladius descendió justo encima de las ruinas aníbeladas de la torre, con sus propulsores rugiendo y sus armas creando un camino mortífero entre los Nacidos de la Sangre. La rampa de asalto bajó con un golpe seco y allí estaba: Sicarius. Regente de Talassar y paladín de Macragge. Su capa escarlata ondeaba a su alrededor por el aire caliente que provocaban los Thunderhawks al aterrizar y el dorado de su armadura brillaba como el sol de la mañana. Los Leones de Macragge lo siguieron en su descenso, sin dejar de disparar a los Nacidos de la Sangre que rodeaban la zona de aterrizaje.

Scipio salió del precario refugio que le proporcionaba el bloque de piedra y escaló sobre los restos y los escombros producidos por los impactos de artillería. Helicas estaba tendido boca abajo sobre su lanzamisiles, que tenía el tubo aplastado e inutilizado. Coltanis estaba a su lado y Nivian tirado sobre los restos del parapeto.

—¡Arriba! ¡Arriba! —les gritó—. Sicarius ha llegado.

Helicas fue el primero en levantarse, quitándose los restos de piedra y ayudando a Coltanis a ponerse en pie. Su especialista en armas recuperó su

arma de plasma, comprobó sus mecanismos y luego apoyó a un Nivian maltrecho en el parapeto.

—No estoy muerto —dijo éste como si no pudiera creérselo sin pronunciar las palabras.

Scipio miró hacia el arma antiaérea, su armazón destrozado y ennegrecido por el impacto de un proyectil. Por mucho que estuviera deseando ir a buscar a Laenus y Bradua entre las ruinas, era imposible que hubieran sobrevivido.

Spatha, Pilum y Xiphos rugieron al aterrizar junto a Gladius y el corazón de Scípio se llenó de orgullo cuando los guerreros de la Segunda Compañía cargaron. Cerca de cien guerreros de los Adeptus Astartes, una fuerza que no tenía igual en la galaxia, masacró a la masa de Nacidos de la Sangre en una carnicería gloriosa.

—Vamos —gritó Scipio—. ¡Es nuestro momento! ¡Hemos ganado esta batalla!

Rodeado por lo que quedaba de su pelotón, Scipio bajó corriendo de la torre que tanto habían luchado por mantener. Los escalones estaban cubiertos de cuerpos rotos y las paredes chorreaban sangre. No encontraron resistencia durante el descenso y emergieron del umbral destrozado para contemplar una matanza espectacular.

La Segunda Compañía avanzaba en cuña hacia las asombradas tropas de Nacidos de la Sangre. Al ver tantos astartes, el enemigo había vacilado un poco, pero se estaban reagrupando más rápido de lo que Scipio hubiera creído si no lo hubiera visto con sus propios ojos.

—¡Relámpagos, adelante! —gritó, no queriendo perderse la batalla.

La Segunda Compañía no había luchado así desde Damnos, y combates como aquél eran los que alimentaban la leyenda del capítulo. Perderse una batalla como ésa sería un peso que un guerrero llevaría durante el resto de su vida.

Dos rugientes cañones de asalto anunciaron la presencia de los hermanos Agnathio y Ultracius, los dos dreadnoughts que acababan de salir del vientre de la Pilum y que habían formado un segundo frente con los devastadores de Tirian y Atavian detrás.

La punta de la lanza era Sicarius, el guerrero magnífico que acuchillaba enemigos por docenas con su espada, Tempestad. El pelotón de asalto de Ixion formaba en su flanco derecho y Strabo en el izquierdo. Todos juntos formaban una punta de flecha letal rodeada de hojas que se abrían paso a cuchilladas entre los Nacidos de la Sangre hacia el palacio. Los proyectiles de mortero caían en medio del asalto, pero no estaban bien dirigidos y sólo derribaron a un puñado de guerreros. Todos excepto uno pudieron volver a la batalla y la cuña penetró aún más.

Las fuerzas de la Reina Corsaria se reagruparon a su alrededor, una masa de soldados que formaban en líneas apretadas con las armas levantadas disciplinadamente. A pesar de lo sorprendente y feroz del asalto, las fuerzas de Kaarja Salombar estaban listas para enfrentarse a él.

Scipio vio que el aerodeslizador blindado de la reina disparaba a uno de los cañones láser de Tirian, pero una onda de energía pulsátil disipó su poder lo bastante para que el impacto no causara daños. El aerodeslizador huyó para ponerse a cubierto, pero no sin antes soltar una andanada de disparos de gran potencia con su cañón de proa. Una docena de marines espaciales cayeron y ninguno de ellos pudo volver a levantarse.

Scipio y su pelotón alcanzaron la Spatha y su cara se iluminó al ver a Iulius Fennion formando con los Inmortales. Marchaban por la rampa de asalto con los bólter preparados. Scipio llamó a Iulius, que se volvió a oír su nombre.

—¡Scipio! —dijo Iulius—. ¡Maldita sea, nos has dejado a todos impresionados con esto!

—Si quieres que un trabajo se haga bien, encárgaselo a los Relámpagos.

—Y después llama a los Inmortales para que lo terminen —rio Iulius.

—¿Dónde está Manorian?

—¿Praxor? Al otro lado de la torre —le dijo Iulius—. Evitando que el resto de estos cabrones no nos dejen matar a esa bruja.

—¿Un pelotón contra toda un ciudad?

Iulius se encogió de hombros.

—Lo sé, es Ghospora otra vez. Casi me parece injusto para nuestros enemigos. Pero basta de hablar de Manorian, el capitán Sicarius te pide que

te unas a él. Dice que tiene que matar a una reina y que te quiere a su lado cuando reclame su cabeza.

Xiomagra se lanzó hacia Uriel como una exhalación, y sus espadas gemelas soltaron una estocada tras estocada. Uriel las bloqueó y se defendió con desesperación, sabiendo que lo superaba. Dos veces intentó contraatacar, pero ella cada vez rechazó su ataque con desdén y le clavó una de las hojas en la carne. Uriel sangraba por una docena de heridas, pero la bailarina de las espadas no tenía ni una. Intercambiaron estocadas durante un rato; ninguna de las de Uriel la alcanzaba y las de ellas siempre lo herían. Estaba jugando con él, saboreando su muerte lenta y disfrutando de su creciente desesperación.

La furia llenó a Uriel y dirigió su hoja hacia el corazón de Xiomagra.

Era el movimiento que la mujer había estado esperando; se echó a un lado, arrancándole la espada de la mano con un giro de su hoja plateada. Uriel se giró a tiempo para ver su espada describiendo un arco en dirección a su cuello, y supo que el juego se había acabado.

Un sable curvado que despedía chispas de energía apareció delante de él para interceptar la hoja con una tormenta de chispas azules.

—Yo me ocupo, capitán —dijo Petronius Nero girando su hoja y cortando una de las hombreras de Xiomagra. Uriel vio cómo la señora de los Bailarines estudiaba a su campeón y que sus ojos se abrían de par en par por la sorpresa.

—Soy Petronius Nero —dijo el guerrero—. Has intentado matar a mi capitán. Prepárate a morir.

Nero y Xiomagra se dedicaron el uno al otro una brillante demostración de estocadas, cada uno un maestro en su propio arte. Xiomagra luchaba con sus hojas gemelas, que parecían extensiones fluidas de sus extremidades, mientras que Petroníus Nero manejaba su espada y su escudo en perfecta armonía. Intercambiaron a toda velocidad una serie de estocadas demasiado rápidas para seguirlas, y después se separaron de nuevo. Era imposible ver quién llevaba ventaja, pero el combate acabó tan rápido como había

empezado. Nero, calmado y frío ante las florituras de Xiomagra, soltó un mandoble y le cortó la garganta con la punta de la espada.

La sangre salió en un chorro mientras Nero mostraba la hoja en un breve saludo ante su enemiga. Xiomagra cayó con las manos en la garganta, intentando en vano detener el flujo de sangre que se le escapaba. Nero se apartó y volvió a la batalla sin molestarse siquiera en presenciar los últimos momentos de Xiomagra.

Antes de que Uriel pudiera ir tras su paladín, un borrón de hierro amarillo lo derribó. Una pesada figura con armadura lo tiró al suelo y un puño impactó en su casco. La cabeza de Uriel golpeó contra las rocas y la visión de un ojo se le emborronó momentáneamente.

Levantó el brazo para protegerse del siguiente golpe y miró la cara llena de cicatrices del guerrero de hierro que estaba de rodillas sobre él. El rifle de fusión del guerrero había desaparecido y ahora amenazaba a Uriel con sus puños de nudillos erizados de púas. Un tremendo derechazo aplastó la parte delantera del casco de Uriel y después le clavó las púas, astillándole la lente. Con otra púa afilada cortó los cierres que sujetaban el casco al cuello de Uriel. El guerrero se lo arrancó para mirarlo a los ojos.

—He oído de todo sobre ti, Ventris, pero no eres para tanto —le escupió sin detener la sucesión de puñetazos. La sangre empezó a correr por las mejillas y los labios de Uriel mientras intentaba bloquear los golpes. Una de sus manos encontró la hoja de combate que llevaba en la cadera y rodeó su mango.

—¡Grendel! —gritó una voz, y el guerrero levantó la vista con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

Uriel se aprovechó de la distracción para sacar la hoja de combate de la funda y clavársela en la unión entre el muslo y la pantorrilla, mientras una silueta que se movía con rapidez golpeó al guerrero en la cara llena de horribles cicatrices.

El guerrero que su salvador había llamado Grendel cayó hacia atrás y Uriel se zafó de su cuerpo. Con una velocidad impresionante Grendel rodó para ponerse de pie y bloqueó una cuchillada con el codo. Acto seguido, se agachó para darle un puñetazo a su agresor en el vientre. Uriel se puso en

pie cuando el guerrero dirigía un gancho cruzado de derecha hacia la mandíbula de su atacante.

Ardaric Vaanes encajó el puñetazo y se giró delante de Grendel. Rodeó el cuello de su oponente con el brazo y se lo retorció. Pero la armadura y los poderosos músculos del cuello de Grendel eran demasiado fuertes y consiguió quitarse a Vaanes de encima con facilidad.

Uriel se quedó mirando con la boca abierta al renegado de la Guardia del Cuervo que esquivaba como podía los golpes brutales de las manos de Grendel. Cualquiera de esos golpes podría romper una extremidad, incluso a un astartes duro como el hierro. El collar de pinchos que llevaba Vaanes había desaparecido, pero había dejado una sangrienta línea de pinchazos en su garganta, la sangre seca le cubría el cuello y empapaba los hombros de su uniforme de prisionero. Los dos acólitos de Suzaku estaban en el suelo, inconscientes, detrás de él, y Uriel se maldijo sabiendo que no debería haber creído que un astartes podía ser custodiado por dos soldaditos de hojalata como aquellos.

Grendel consiguió darle un golpe a Ardaric Vaanes y lo tiró de rodillas. Uriel oyó el crujido como de madera seca del hueso y vio que Vaanes hacía una mueca de dolor cuando se le rompieron las costillas.

—Siempre he querido matarte, Vaanes —gruñó Grendel.

—El sentimiento es mutuo —contestó Vaanes.

Aunque tenía delante a dos guerreros enemigos, Uriel supo que sólo había una forma de intervenir en esa pelea. Echó a correr y se tiró sobre Grendel, clavándole un codo en un lado de la cabeza. Grendel se tambaleó, pero logró girarse e impactar con su puño en la mandíbula de Uriel. Este intentó absorber el impacto, pero era enorme, como si lo hubieran golpeado con un martillo de asedio. Consiguió esquivar el gancho siguiente y se apartó hacia la izquierda mientras Vaanes se situaba a la derecha.

Se lanzaron sobre él a la vez, Uriel con una sucesión de golpes dirigidos al vientre de Grendel y Vaanes atacando desde arriba. Grendel logró agarrarle el brazo a Uriel y se lo retorció, haciendo que cayera de rodillas. Sin perder ni un segundo lo golpeó en la cara con el muslo. Uriel se tambaleó, pero encontró el mango de la hoja de combate que le había

clavado antes. La liberó y salió un chorro de sangre a la vez que Grendel bloqueaba una patada de Vaanes, le retorcía la pierna y lo giraba en el aire para tumbarlo de espaldas. Pero Vaanes aterrizó apoyándose en los talones de los pies y gruñó cuando los extremos astillados de sus costillas rozaron unos con otros.

Grendel se rio.

—Siempre supe que ibas a traer problemas. Ya es suficientemente malo tener que luchar con un cabrón mestizo, pero ¿con un renegado? Eres un astartes demasiado estúpido para saber por quién quieres luchar.

—Yo sé por quién quiero luchar —le respondió Vaanes saltando en el aire y lanzando el puño hacia la garganta de Grendel.

El guerrero de hierro se apartó, pero Uriel observó asombrado cómo el cuerpo de Vaanes pareció combarse alrededor de Grendel mientras dirigía el puño hacia la sien del guerrero de hierro. Cada gramo del odio y el autodesprecio de Vaanes estaba acumulado en ese golpe, y Uriel pudo ver cómo el cráneo de Grendel se hacía pedazos y la sangre salía de su boca y su nariz cuando su cabeza se vio proyectada hacia un lado con un crujido letal.

El guerrero de hierro se derrumbó con un sonoro golpe metálico contra la piedra. Vaanes cayó sobre el cuerpo, sin aliento y con su cara gris bañada en sudor. Uriel recuperó su bólter y apuntó a Ardaric Vaanes.

—¿Por qué? —le preguntó Uriel.

Vaanes levantó la vista, con la cara torturada y desprovista de su máscara de arrogancia.

—No se puede luchar contra lo que uno es —susurró Vaanes, y Uriel supo que no había dicho esas palabras en respuesta a su pregunta.

—Lo que te preguntó Grendel… —prosiguió Uriel—. No le respondiste… ¿Para quién luchas?

Vaanes sonrió débilmente.

—No para Honsou.

—Eso no es suficiente —dijo Uriel cuando el campo de batalla se fue quedando en silencio.

—¿No? Bien. Lucho por mí mismo —contestó Vaanes—. Supongo que por eso no era un buen astartes. Nunca la sentí de verdad, ¿sabes? Esa hermandad que hace falta para ser parte de algo más grande que tú mismo. Incluso rodeado por mis hermanos de batalla me sentía solo.

—¿Qué te ocurrió, Vaanes? Podías haber sido uno de los grandes.

—No te lo voy a decir nunca —aseguró—. Así hacemos las cosas en la Guardia del Cuervo.

—Tú no sabes nada de la Guardia del Cuervo —le escupió Aethon Shaan, apareciendo al lado de Uriel. Los seis guerreros de Shaan que habían sobrevivido rodearon a Vaanes como aves carroñeras alrededor de un cadáver reciente.

—Mátame —le pidió Vaanes—. Es lo que prometiste.

Una estruendosa detonación llegó desde el interior de la tumba del capitán Ventanus y una nube de humo salió por la fachada derrumbada. El ruido resonó en toda la caverna, y Uriel se volvió para mirar a Vaanes.

—No —le dijo—. Esto no se ha acabado todavía.



VEINTIUNO

Los trozos ennegrecidos de piedra quemada cayeron del gablete destrozado del pórtico oriental. El humo negro flotaba sobre los peldaños de mármol mientras Uriel pasaba entre dos columnas gigantescas que eran lo único que quedaba de la fachada de la tumba.

El Salvador de Calth era venerado en centenares de capillas y templos repartidos por todo el planeta, pero aquél era el lugar de descanso del capitán Ventanus en persona. El simbolismo de lo que Honsou trataba de hacer no se le escapó a Uriel.

Había que detener a Honsou. Sin embargo, Uriel disponía de muy pocos guerreros para ello. Aunque no había caído ninguno de los miembros de su propia escuadra, tan sólo cinco guerreros de Pasanius habían sobrevivido al enfrentamiento contra los Bailarines de las Espadas.

Por suerte, el propio Pasanius era uno de los supervivientes, aunque la placa pectoral de su armadura era poco más que unos trozos fundidos que dejaban caer gotas de ceramita. La causa de eso había sido el impacto directo de un disparo de rifle de fusión. Que Pasanius siguiera con vida era todo un exponente de la legendaria resistencia del sargento.

—Hará falta algo más que ese juguete para hacerme caer —fue lo que le dijo Pasanius al apotecario Selenus cuando éste trató de curarle la herida—. Dejadme. Ya habéis oído al capitán. Esto todavía no se ha acabado.

La inquisidora Suzaku se había quedado sola, ya que todos los guerreros asignados a su protección habían muerto a manos de los Bailarines de las Espadas. Sangraba profusamente de una herida que tenía en el costado, y su piel oscura mostraba un tono ceniciento debido a la pérdida de sangre pero, a pesar de ello, se mantenía en pie. Uriel se sintió impresionado por la determinación que mostraba.

Seis astartes de la Guardia del Cuervo seguían al capitán Shaan, y Revys Kyre escoltaba a Ardaric Vaanes. Uriel esperaba que Shaan matara de inmediato a Vaanes, pero el capitán de la Guardia del Cuervo lo sorprendió.

—No soy yo quien debe decidir su destino —le explicó—. El Señor de las Sombras es quien debe determinar cuál es el fin de los cuervos caídos.

—¿Y qué pasa si intenta algo? —le preguntó Pasanius.

Shaan hizo salir las garras de sus guanteletes.

—En ese caso, yo mismo lo decapitaré.

—Es suficiente. A mí me vale —admitió Pasanius.

Uriel encabezó la marcha del grupo hacia el interior de la tumba, que estaba lleno de nubes de polvo. Los rayos de bioluminiscencia se filtraban a través de las fisuras de las paredes del edificio y hacían brillar las motas que flotaban en el aire. La luz suave procedente de la cúpula agrietada lo cubría todo con un brillo azul pálido.

El interior de la tumba estaba construido como si fuera una cámara de asambleas, con cada una de aquellas bancadas llenas de caídos en combate. Unos cables de cobre las conectaban a lo que evidentemente eran cargas de demolición.

El espacio abierto situado en el centro de aquel mausoleo estaba cuajado de cascotes y de losas rotas. Un sarcófago, antaño enorme, yacía destrozado formando una pila de escombros. Unas cuatro decenas de Guerreros de Hierro rodeaban aquellos restos, igual que estatuas desafiantes o autómatas de metal, con los bólters colgando de una mano y apuntando al suelo. La odiosa criatura clonada a partir de su esencia genética se encontraba de pie delante de la pila de escombros, con los puños apretados. Uriel sintió una mezcla de odio y de sobrecogimiento.

—Que nadie dispare —ordenó Uriel en voz baja. Sintió que la agresividad natural de sus guerreros cobraba vida en cuanto vieron a los Guerreros de Hierro, pero los traidores los superaban en una proporción de dos a uno. Sus enemigos no hicieron movimiento agresivo alguno, y a Uriel le pareció bien que aquello fuera así de momento—. Que nadie abra fuego a menos que yo lo ordene. Eso también va por vosotros, Shaan.

Shaan asintió, aunque Uriel compartía su disgusto hacia aquel modo de actuar. Le parecía antinatural vera unos astartes traidores delante de ellos y no dispararles con el bólter o atacarlos con la espada. Sin embargo, aquel momento había tardado mucho en llegar como para que acabara sin alguna clase de juicio final.

Encima de la pila de escombros estaba un guerrero de hierro sentado en cuclillas. Uriel notó que el corazón se le aceleraba al verlo.

Honsou.

Uriel caminó entre los círculos de tumbas y se detuvo en el borde del espacio central. Honsou se dio la vuelta para mirarlo, y Uriel vio en ese momento las partes de una armadura de color azul intenso a sus pies. Eran unas placas de ceramita antiguas con rebordes dorados. Su ira aumentó más todavía al darse cuenta de quién era la tumba sobre la que estaba acuclillado. El guerrero de hierro levantó la mirada e hizo un rápido recuento de sus enemigos y luego sonrió, levantando una de las comisuras de su boca con un gesto sarcástico.

—Veo que me traes a Vaanes de vuelta. Creí que ya lo habrías matado.

Ese último comentario iba dirigido a Aethon Shaan, quien miró a Honsou con un odio más que evidente. La Guardia del Cuervo albergaba una animadversión más profunda contra los Guerreros de Hierro que la mayoría de los demás capítulos, ya que entre los primeros relatos del Imperio se encontraba la traición que sufrió su primarca Corax a manos de Perturabo.

Shaan no malgastó palabras respondiendo a Honsou, pero el comandante de los Guerreros de Hierro no había acabado con él todavía.

—Vaanes ya te traicionó una vez, y también me traicionó a mí. La inconstancia corre por sus venas. ¿Qué te hace creer que no te traicionará otra vez?

—Que no tendrá la oportunidad de hacerlo —le replicó Shaan.

—Eso ya lo veremos —le contestó Honsou con una risotada. Se volvió de nuevo hacia Uriel—. Bueno, Ventris, he esperado mucho tiempo para verte otra vez.

—Tenía la esperanza de haberte matado en ese mundo demoníaco.

Honsou se echó a reír de nuevo y se dio unos cuantos golpecitos con los dedos en un lado de la cabeza, donde un implante biónico de aspecto bastante primitivo cubría toda una masa de tejido cicatrizado.

—Otros guerreros mucho mejores que tú lo han intentado, aunque eres el único que ha estado cerca de conseguirlo.

—¿Y todo esto es para devolverme el favor?

—En absoluto, aunque si te mueres será gratificante —le contestó Honsou, mientras se ponía en pie sobre los restos del sarcófago destrozado.

Bajó hasta el suelo sosteniendo algo en la mano, algo que había robado del lugar del descanso eterno del cuerpo de Ventanus, aunque Uriel no consiguió ver de qué se trataba. Un momento después oyó que Pasanius soltaba un jadeo de asombro, y se dio cuenta de que el brazo plateado de Honsou no era un implante biónico cualquiera, sino el horrible brazo de metal viviente que le habían arrancado a su amigo en las cavernas de los mortuarios bestiales.

Honsou se percató de que reconocían su extremidad y alzó el brazo.

—No llegué a darte las gracias por esto. Me ha salvado la vida en unas cuantas ocasiones.

—Otra razón para matarte —le replicó Pasanius.

—¿Ese es el brazo? ¿El contaminado por el metal viviente necrontyr? —le preguntó Suzaku.

—¿Eso es lo que es? —le preguntó a su vez Honsou en un tono de voz más propio de una reunión de amigos—. Siempre me pregunté cómo funcionaría. Ni siquiera Cycerin fue capaz de averiguarlo, y era todo un sacerdote de Marte.

—¿A qué has venido? —le exigió Uriel, quien tuvo que esforzarse por mantener la calma al recordar toda la destrucción que Honsou había provocado—. ¿Por qué has elegido este lugar?

—¿Quieres saber la verdad? Un demonio me envió a destruirlo, aunque he de admitir que no tengo ni idea del motivo. No es que haya nada útil por aquí, sólo unos pocos huesos, algunas placas rotas de armadura… y esto.

Honsou mostró el objeto que había sacado de la tumba de Ventanus. Se trataba de una daga de hoja larga con una empuñadura dorada. La hoja era de sección triangular y la habían tallado a partir de una piedra de aspecto extraño, parecida al pedernal, pero con un brillo curioso en el filo.

—Es una pieza bastante bonita —comentó Honsou mientras le daba vueltas al arma—. La empuñadura es hermosa, aunque la hoja parece sacada de las manos de uno de esos salvajes que habitan en las cuevas. Es curioso, ¿verdad?

—Es fascinante. Vas a pagar por todas las vidas que se han perdido por tu culpa —lo amenazó Pasanius con voz sibilante.

Uriel le puso una mano en el hombro a su sargento. Tenían los números en contra, así que necesitaba que los guerreros de Honsou bajaran un poco más la guardia antes de realizar cualquier acción hostil.

—¿Por qué Tarsis Ultra? —le preguntó.

Honsou pareció confuso por un momento, como si no conociera aquel nombre.

—Ah, el planeta en el que utilicé aquel virus. El que crearon los adeptos de vuestro Mechanicum, por cierto. Una obra maestra. Por lo que tengo entendido, hizo un trabajo concienzudo. Necesitaba llamar tu atención, ¿sabes? Después de todo, ¿qué sentido tiene sembrar la destrucción si la persona que quieres que sufra no sabe por qué sufre?

—Honsou, eres un monstruo —le dijo Uriel con un gruñido al tiempo que desenvainaba la espada de Idaeus con una lentitud deliberada—. Disfrutaré matándote.

Honsou soltó una carcajada y señaló con un gesto a los Guerreros de Hierro que tenía desplegados a su alrededor.

—¿Por qué siempre crees que vamos a enfrentarnos en un duelo? Te supero en número y en armamento, y cada centímetro cuadrado de esta tumba está sembrado de explosivos.

—Eres un cobarde —lo insultó Uriel con la esperanza de que Honsou actuara de un modo imprudente, pero éste se limitó a señalar con un gesto al guerrero que tenía al lado, aquel al que Vaanes llamaba «el ingénito».

—¿Por qué tendría que luchar yo contigo si dispongo de un paladín que lo haga por mí?

El ingénito se quitó el casco y Uriel notó una sensación de repugnancia al ver el rostro muerto. Su piel era una máscara correosa y rígida, pero no había posibilidad alguna de confundir la estructura ósea que se ocultaba debajo y que le daba forma al rostro. Tampoco cabía duda alguna de a quién le debía aquellos ojos de color gris tormenta en los que ardía una mirada de odio y de una necesidad llena de desesperación.

Dio un paso adelante e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Tú cara es distinta —le dijo.

Uriel vio cómo su boca sin labios se movía en la máscara de piel muerta, y sintió que le subía una oleada de bilis a la garganta.

—Gracias a tu disparo.

—¿Te dolió?

—Sí —le confirmó Uriel.

—Bien —contestó la criatura—. He vivido con dolor desde que me vomitaron de aquella cueva. Mi vida no es más que un conjunto de recuerdos dispersos unidos al azar, y mi cuerpo es algo monstruoso que no está ni vivo ni muerto.

Petronius Nero desenvainó su espada.

—Dejadme matarlo, capitán. De paladín a paladín.

Uriel hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Esta vez no, Petronius. Este combate debo librarlo yo solo.

Honsou puso en la mano del ingénito el puñal que había robado de la tumba.

—Toma, usa esto. Me parece apropiado que muera con el cuchillo de un héroe en el corazón.

El ingénito bajó la mirada al arma y asintió.

—Nunca quise esto. Debería haber muerto, y eso hubiera sido un acto de misericordia, pero tú le infundiste vida a mi forma rota, y sólo por eso te mataré.

Uriel notó la angustia que rezumaban sus palabras, el dolor torturado de un monstruo que se disponía a matar a su creador.

—No tienes por qué hacerlo —le dijo.

—Sí, sí tengo que hacerlo —le replicó el ingénito, caminando ya hacia él—. Acabaré con tu vida, y luego con la mía.

—Una vez fuiste un crío —le dijo Uriel, y el ingénito se detuvo en seco —. Lo sé porque yo tengo parte de tus recuerdos. Lo mismo que tú viste los míos, yo he visto los tuyos. Te vi. Eras un cadete que se entrenaba para ser comisario. Los Guerreros de Hierro te secuestraron y te convirtieron en un monstruo, pero eso no es lo que tú eres. Deformaron tu aspecto exterior, pero no pueden cambiar lo que eres en tu fuero interno. No importa lo

mucho que hayan intentado o lo mucho que te hayan llenado la cabeza con sus pensamientos malignos.

—¿Has visto mi vida?

—SÍ, una parte de ella.

El ingénito miró fijamente a Uriel, como si estuviera decidiendo si le había mentido.

—No importa lo que digas —los interrumpió Honsou—. No importa lo que fuera. Ahora es una criatura de la disformidad.

El ingénito le dio la vuelta a la daga y la empuñó con la hoja hacia abajo al tiempo que se encorvaba un poco para adoptar una postura de combate.

—Vamos, padre. Ven a morir conmigo.

La zona del palacio se había convertido en un baño de sangre. Los desesperados soldados de los Nacidos de la Sangre luchaban por sus vidas mientras los guerreros de la Segunda Compañía los masacraban con toda la eficiencia brutal por la que eran famosos los Ultramarines. Las escuadras tácticas avanzaban en formaciones escalonadas y disparaban andanadas incesantes mientras lo hacían. Las escuadras de asalto se lanzaban a la carga contra las brechas abiertas en las líneas enemigas para ampliarlas y aislar a los Nacidos de la Sangre en bolsas de resistencia con las que se podía acabar de una en una.

Scipio Vorolanus dirigió a Coltanis, Helicas y Nivian a través de aquella batalla rugiente sin dejar de disparar la pistola bólter con ráfagas precisas para no malgastar munición. Había tomado una pistola nueva del armero de la Spatha, y se sentía bien con ella en las manos. Helicas se había hecho con un bólter pesado, y en cuanto el avance se veía detenido, descargaba una andanada segadora de proyectiles contra las filas enemigas. Nivian conservó la baqueteada pistola de Scipio y siguió disparando con la mano que le quedaba, y Coltanis ya había conseguido nuevas células de energía para su rifle de plasma.

Las explosiones sacudieron los contingentes de los Nacidos de la Sangre y de los Ultramarines, ya que los soldados enemigos que se

encontraban al otro lado de las murallas y de la puerta luchaban con ferocidad en su intento de acudir en ayuda de su reina. Scipio no temía que lograran pasar, puesto que Praxor Manorian siempre gustaba de demostrar su valía a todo el mundo. Si había una escuadra capaz de defender la puerta, ésa era la de los Portadores de Escudos.

El aerodeslizador de la Reina Corsaria intentaba retirarse hacia palacio, pero en su desesperación por salvarla, los Nacidos de la Sangre del interior de las murallas la habían dejado inmovilizada. Al quedar atrapado por la masa de gente, el aerodeslizador tan sólo pudo disparar contra los Ultramarines por encima de la cabeza de los propios soldados, pero ambos bandos estaban tan entremezclados que acabó acertando a algunos de los suyos.

Los astartes traidores se abrieron paso a golpes a través de los Nacidos de la Sangre para tomar posiciones alrededor de Kaarja Salombar. Scipio vio con claridad su melena de cabello azul a través de los destellos de las bocachas de las armas y de las explosiones. Ver tan cerca al objetivo de su misión le resultó irresistible, y dirigió con mayor vigor a los supervivientes de la escuadra hacia ella.

El sargento captó un destello rojo por delante de él. Ver al capitán Sicarius hizo que el corazón se le hinchara de orgullo. El capitán de la Segunda Compañía era una fuerza imparable, un guerrero sublime más allá de todo parangón cuya espada parecía encontrar el punto más débil de cada armadura, el punto más vulnerable de cada defensa. Cada mandoble de su espada, Tempestad, y cada disparo de su pistola de plasma provocaban la muerte de varios soldados enemigos.

Luchaba con un salvajismo que muchos encontraban inquietante en un capitán de los Ultramarines, pero cuanto más observaba Scipio la esgrima de Sicarius, más se daba cuenta de la precisión que había en cada una de las estocadas. Los Leones de Macragge luchaban al lado de su capitán, y era una unidad de combate sin rival entre los héroes del Capítulo. Daceus protegía el costado derecho del capitán, mientras que Prabian hacía lo

mismo en el izquierdo. Vandius enarbolaba bien en alto el estandarte de la compañía, y sus azules, verdes y dorados ondeaban con orgullo bajo el viento.

Sicarius se detuvo a recargar la pistola y fue entonces cuando vio que Scipio y sus guerreros se acercaban.

—Sargento Vorolanus. ¡Por los cuatro vientos, me alegro de verte! —le gritó Sicarius a la vez que le estrechaba la mano—. Has logrado una gran victoria, Scipio. ¡Una gran victoria para la Segunda!

—Gracias, mi señor.

—Has sufrido pérdidas, pero por el Emperador que estoy orgulloso de ti. ¡De todos vosotros!

—Los Relámpagos nunca fallan, mi señor —le contestó Scipio lleno de orgullo.

—No, no lo hacen —admitió Sicarius—. Y ahora, Scipio, nos has proporcionado una ocasión magnífica, pero esta batalla todavía no se ha acabado. ¿Estás conmigo?

—Siempre mi señor —le aseguro Scipio y los guerreros de su escuadra confirmaron ese sentimiento.

—Entonces, ¡seguidme! —gritó Sicarius un momento antes de lanzarse de nuevo a la refriega.

Luchar al lado del capitán Sicarius era un gran honor, ya que era el guerrero que había salvado Risco Negro, quien había derrotado a los incursores del Abismo Halamar y había liberado el sector Zeist de la insidiosa dominación de los tau. Era, desde todo punto de vista, un auténtico héroe, y Scipio se sintió culpable por haber dudado de sus decisiones.

Su avance fue imparable, pero cuando los últimos soldados de los Nacidos de la Sangre cayeron ante su ferocidad inmisericorde, los Leones de Macragge vieron ante ellos que iban a enfrentarse a unos oponentes mucho más difíciles que unos simples mortales.

Delante de ellos, a unos veinte metros, estaba Kaarja Salombar, de pie sobre su aerodeslizador. Sostenía por encima de la cabeza una pistola estampada en oro y un largo sable curvado. Una horda de astartes traidores,

treinta berserkers de los Cosechadores de Cráneos y de los Garras de Lorek, se interponían entre ella y los Ultramarines.

Salombar vio a Sicarius y sonrió con verdadero placer. Lo apuntó con la espada y el desafío evidente que representaba aquel gesto fue inconfundible.

—Ahora tengo que matar a una reina —murmuró Sicarius.

El ingénito se lanzó de un salto contra Uriel con una rapidez que éste hubiera creído impensable en un guerrero equipado con servoarmadura. La hoja del de la daga cruzó el aire en un tajo dirigido contra su garganta. Uriel se echó a un lado y alzó la espada para bloquear el golpe de revés que le siguió. El rostro del ingénito era una máscara sin expresión, y Uriel alargó una mano para arrancársela mientras retrocedía.

El conjunto de pieles cosidas que formaban la máscara era repugnante, pero lo que había debajo era incluso peor. La superficie de la musculatura, aquella carne cruda y húmeda, brillaba levemente. Miró a Uriel con unos ojos que rezumaban locura, dolor y toda una vida de sufrimiento. Abrió la boca de par en par en un gesto semejante al de un animal atrapado. Por mucho que Uriel quisiera bajar la espada y razonar con el ingénito, sabía que no existía modo alguno de llegar a su intelecto. Lo ocurrido en Salinas le había demostrado la imposibilidad de salvar a las criaturas tocadas por la disformidad.

El ingénito lo atacó de nuevo con otro tajo de la daga y le abrió un surco en la superficie de la armadura. Uriel oyó el sonido de los bólters de los Ultramarines al ser llevados a los hombros y el de los proyectiles al entrar en las recámaras.

—¡No! ¡Esto es entre él y yo!

Los Guerreros de Hierro contemplaron el duelo con los bólters todavía apuntando hacía el suelo en un gesto displicente. Sabían que disponían de la superioridad numérica y despreciaban al simple hatajo de oponentes que tenían frente a ellos. También habían visto al ingénito en acción, y sabían que aquel enfrentamiento sólo podía terminar de un modo.

Uriel lanzó un largo mandoble contra el costado del ingénito, pero su contrincante giró hacia la izquierda y se metió bajo su guardia para lanzarle una cuchillada contra la ingle. Uriel se echó hacia un lado y la hoja chirrió al arañarle el muslo. El capitán aprovechó la postura y lanzó un codazo hacía abajo. El golpe le dio de lleno al ingénito en la cara y le hizo saltar un chorro de sangre de la mejilla. Cayó al suelo, pero se levantó de un salto antes de que Uriel lograra acertarle con un pisotón.

Era un enfrentamiento entre un guerrero armado con una espada y otro armado con una daga, y la ventaja solía estar del lado de que tenía la hoja más larga. Sin embargo, esa ventaja no servía de nada ante la velocidad con la que se movía el ingénito. Uriel creyó una y otra vez que había lanzado la estocada letal y definitiva, pero en cada una de esas ocasiones, su oponente logró esquivar el mandoble.

—Deja de jugar con él. Mátalo —le ordenó Honsou.

El ingénito asintió y se acercó a Uriel con la daga por delante.

Uriel alzó la espada, pero el ingénito se le echó encima antes de que le diera tiempo de alzar la guardia y le arrancó el arma de la mano para luego propinarle un golpe en la mejilla con la empuñadura de la daga. El ultramarine trastabilló y oyó una conmoción a su espalda. Se estrelló contra el suelo y rodó sobre sí mismo, pero antes de que pudiera moverse más, el ingénito se sentó encima de él y sostuvo la daga gris en alto.

—Ahora se acabará el dolor —le dijo con la voz ahogada por la emoción.

Dos disparos de bólter rasgaron el silencio sepulcral de la tumba, y un par de explosiones atravesaron el pecho del ingénito. Unos cráteres sangrientos tan grandes como para que cupiera la mano de un astartes le desgarraron el cuerpo, y Uriel vio a Pasanius empuñando un bólter humeante al otro lado de los agujeros de salida. El ingénito se estremeció, pero no cayó. La daga se le escapó de la mano y cayó con un repiqueteo en el suelo de piedra, al lado de Uriel.

De las heridas surgieron sangre y una luz amarillenta y repugnante. Mientras Uriel miraba aquellas horribles heridas, empezaron a formarse

nuevas costillas y órganos palpitantes, y luego las arterias, las venas y los músculos que crecieron a continuación lo cubrieron todo.

—¿Ves el dolor en el que estoy inmerso? El recuerdo de cada herida permanece en mi interior —le dijo el ingénito.

Uriel empuñó la daga al mismo tiempo que el ingénito le rodeaba la garganta con las manos.

—¡Samuquan! —jadeó Uriel—. Samuquan. ¡Así te llamabas!

El ingénito aflojó un momento las manos y abrió los ojos de par en par con una mirada de horror cuando un aluvión de recuerdos quedó liberado en un único instante tumultuoso. Luego se llevó las manos a la cara y un gemido ahogado surgió de su garganta. Sin embargo, Uriel vio que, en vez de liberarlo, aquello no había hecho sino enfurecerlo más. En sus ojos captó que se había dado cuenta de lo que era y de en lo que se había convertido.

—Lo siento —musitó Uriel y le clavó la daga en el pecho.

Empujó el arma hacia sus entrañas a través de la carne recompuesta tras las heridas provocadas por el bólter, y lo hizo con todas sus fuerzas. Uriel sintió una odiosa sensación de consumación que fluyó del arma cuando impactó, la desagradable impresión de que se cortaba un hilo que unía el mundo material con cualesquiera que fueran las dimensiones que existían al otro lado. El ingénito aulló y se desplomó de espaldas dejando el arma en la mano de Uriel.

La criatura logró ponerse en pie antes de desplomarse de rodillas mientras se agarraba la cabeza y aullaba. Uriel sintió su dolor como una tremenda punzada en la cabeza, y supo en ese instante de conexión que el ingénito estaba reviviendo todos y cada uno de los actos degradantes sufridos y cometidos desde su captura. El joven que fue vio en ese instante el monstruo en el que se había convertido, y su mente ya frágil se derrumbó bajo el peso de la vergüenza y del horror. La luz que salía supurante de su cuerpo se desvaneció y la regeneración de su cuerpo se interrumpió por completo.

El chico que había sido Samuquan miró a Uriel.

—Gracias —le dijo.

Se derrumbó sobre un costado, encogió las piernas y pegó los brazos al cuerpo hasta adoptar una postura fetal. Cerró los ojos y un suave estertor escapó de su boca. Uriel miró asombrado a la daga. No sabía cómo había cortado el hilo vital del ingénito ni cómo había llegado el capitán Ventanus a hacerse con un arma como aquella.

Oyó el chasquido de los bólters de los Guerreros de Hierro al amartillarse y rodó hacia un lado un momento antes de que cuarenta armas dispararan una descarga rugiente. La muerte del ingénito había roto la tregua antinatural e incómoda que existía entre los Ultramarines y los Guerreros de Hierro, y lo hizo con el rugido de los bólters.

La tumba se llenó del eco resonante de los disparos cuando los Guerreros de Hierro y las fuerzas imperiales abrieron fuego. Uriel se puso en pie a trompicones para intentar regresar con sus astartes mientras los proyectiles abrían agujeros a su alrededor. Se echó bruscamente hacia la derecha y se mantuvo agachado para esquivar el torrente de disparos. Luego, se lanzó de cabeza para llegar rodando a la cobertura que ofrecía un sarcófago agrietado, una de cuyas esquinas estalló en una lluvia de esquirlas.

Se arriesgó a echar un vistazo por encima del borde y se dio cuenta de que los Guerreros de Hierro se estaban desplegando para rodearlos.

—¡Shaan! —gritó al tiempo que señalaba las fuerzas de flanqueo.

—¡Lo veo! —le contestó el capitán de la Guardia del Cuervo un momento antes de dirigir a sus guerreros hacia las líneas de los sarcófagos.

Pasanius llegó corriendo y se puso a cubierto a su lado con el lanzallamas en ristre.

—Gracias —le dijo Uriel mientras metía un cargador en la pistola bólter.

—Alguien tiene que cuidarte cada vez que haces alguna locura.

Pasanius se asomó un poco por el borde del sarcófago y lanzó un chorro de promethium en llamas contra los Guerreros de Hierro. Tres de los enemigos empezaron a arder, pero sólo uno cayó, los otros atravesaron las llamas sin sufrir daño alguno.

Los guerreros de las escuadras de Uriel y de Pasanius respondieron a los disparos enemigos como pudieron desde sus posiciones, pero aquella situación táctica era preocupante. La tremenda potencia de fuego de sus oponentes mantenía a la mayoría de los Ultramarines escondidos e inmovilizados mientras el resto de los astartes traidores avanzaban para flanquearlos. Sus enemigos no arriesgaban nada con aquella táctica, y no les proporcionaban a los Ultramarines ninguna oportunidad de lanzarse a una carga heroica o de enfrentarse a ellos cuerpo a cuerpo.

—¡Venid y luchad como guerreros! —les gritó Pasanius, pero Uriel sabía que Honsou no caería en esa provocación.

Se asomó un poco para localizarlo en mitad de aquella tormenta de disparos, y lo hizo finalmente. Estaba a unos veinte metros a su derecha, a cubierto detrás de un sarcófago. Tenía siete guerreros con él, y no había modo alguno de llegar hasta allí con vida.

La frustración que Uriel sentía le parecía insoportable. ¡Haber llegado tan lejos, y que todo acabara en una derrota tan innoble! Unos cuantos miembros más de la escuadra de Pasanius cayeron acribillados por el fuego enemigo cuando intentaron responder a los disparos. Brutus Cyprian soltó un gruñido de dolor cuando un proyectil le voló la rodilla, y el Anciano Peleus cayó al recibir un disparo que le arrancó un trozo de hombrera. Selenus se dirigió a rastras hacia ellos, pero Peleus le indicó con un gesto que no hacía falta. El círculo de guerreros que resistían se encogía a medida que los astartes traidores los cercaban.

La inquisidora Suzaku avanzó a rastras entre el humo y el polvo hacia él. Tenía un costado empapado en sangre y un corte en la frente le sangraba.

—Si su Codex tiene algún plan para salir de esta, me encantaría oírlo —le dijo.

—La verdad es que no se me ocurre nada —admitió Uriel mientras efectuaba un disparo apresurado contra Honsou.

Disparó con demasiada rapidez y poca puntería, así que no acertó ni de lejos. El proyectil rebotó en la hombrera del guerrero que estaba a la izquierda de Honsou.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Pasanius.

Uriel no supo qué decirle, pero en ese preciso instante, la Guardia del Cuervo lanzó su último ataque. Los gritos de dolor resonaron por las paredes de la tumba cuando los astartes de Shaan cargaron contra las escuadras de flanqueo de los Guerreros de Hierro. Sin embargo, a pesar de lo devastador de los ataques, los Guerreros de Hierro no eran unos novatos, y las escuadras de reserva acribillaron a los guerreros de armadura negra antes de que tuvieran tiempo de escapar.

Uriel vio que Revys Kyre caía con la placa pectoral atravesada por tres disparos de bólter y que se desplomaba en el interior de un sarcófago. Aethon Shaan cayó cuando otro disparo de bólter le destrozó la cadera, pero incluso con aquella herida tan grave consiguió ponerse a cubierto. La sangre de color carmesí salpicó las paredes talladas del sarcófago y fluyó sobre las imágenes de los Ultramarines que se enfrentaban a enemigos innombrables antes de encharcarse en el suelo agrietado.

Fue un intento muy noble de romper el ataque enemigo, pero ante aquel número de oponentes estaba destinado al fracaso desde el principio. Uriel se devanó los sesos en busca de un modo de cambiar el signo de la batalla, pero no se le ocurrió nada.

El humo provocado por los disparos inundaba la tumba. Era una neblina acre que se iluminaba de forma intermitente por los chorros de fuego de los disparos de ambos bandos. Unas motas de luz relucientes flotaban en ese humo, y Uriel notó una sensación eléctrica en la parte posterior de su garganta, semejante a la que se sentía un momento antes de un relámpago. Se apartó del sarcófago cuando los relieves manchados de sangre de los Ultramarines empezaron a brillar con la misma bioluminiscencia de la cueva exterior.

Alargó una mano para tocar el sarcófago y notó que empezaba a calentarse. Una niebla espectral surgió de las grietas de la piedra como si alguien hubiera lanzado una granada de gas en su interior.

—Pero ¿qué…? —exclamó Pasanius al verlo también.

—¿Qué es esto? ¿Brujería? —dijo Uriel entre dientes.

—No lo creo. ¡Mira! —exclamó Pasanius.

Uriel se asomó un poco por el borde de su cobertura y se dio cuenta de que esa neblina estaba llenando el edificio y que en todos y cada uno de los sarcófagos palpitaba la misma luz. Las volutas de niebla salían de las tumbas como vapor y flotaban en el aire formando tentáculos etéreos.

Un disparo rugiente se impuso al sonido de los bólters, y un guerrero de hierro desapareció en una explosión llameante de ceramita y carne. La detonación sonó con más fuerza que un disparo de bólter, con el eco de un arma mucho más poderosa. Sonó otro estampido semejante, al que le siguió otro más, y otros dos guerreros de hierro quedaron desintegrados en sendas explosiones.

Una docena de siluetas se movieron en la zona superior del edificio, medio ocultas por la niebla, pero tenían la forma y la anchura de hombros inconfundible de los astartes. Lo primero que pensó Uriel fue que se trataba de ultramarines de refuerzo, pero se dio cuenta de que esos marines apenas visibles llevaban unas armaduras de color negro con las placas cubiertas por imágenes de huesos y cráneos. El brillo azulado de la cúpula hacía difícil que se pudiera estar seguro, pero Uriel hubiera jurado que en los pies de aquellos guerreros brillaba un fuego etéreo mientras se acercaban a la batalla.

Abrieron fuego de nuevo y de los cañones de sus armas salieron unos cometas centelleantes que dejaron un brillo luminoso en el aire a su paso. Cada uno de los disparos acabó con otro guerrero de hierro, y el corazón le dio un salto en el pecho a Uriel al darse cuenta de que la batalla se encontraba en un punto de inflexión. El resultado de la misma estaba en el filo de un cuchillo. Lo único que hacía falta era darle un empujón para que cayera del lado que ellos querían.

—¡Ha llegado el momento! —gritó—. ¡Por el Emperador y por Roboute Guilliman!

Uriel saltó por encima del sarcófago reluciente y activó su espada centelleante mientras cargaba contra los aturdidos Guerreros de Hierro. Petronius Nero, el Anciano Peleus y Livius Hadrianus lo siguieron Pasanius encabezó la carga de los supervivientes de su escuadra. La inquisidora Suzaku, demasiado herida para participar, los apoyó disparando desde

detrás del sarcófago mientras el capitán Shaan y tres guardias del cuervo desaparecían entre la niebla.

Uriel corrió hacia el último lugar donde había visto a Honsou, y perdió de vista a sus camaradas en su impaciencia por enfrentarse a su enemigo más odiado. Cruzó la niebla a ciegas hasta que chocó con un guerrero de hierro, provocando un clamor de armaduras. Uriel fue el primero en reaccionar y le propinó un mandoble que abrió a su enemigo del hombro a la cadera. El guerrero de hierro cayó, y al hacerlo, Uriel se fijó en el surco que tenía abierto en la hombrera derecha. Era uno de los guardaespaldas de Honsou, y cuando la niebla se disipó por un momento, vio al señor de los Guerreros de Hierro delante de él.

Sus miradas se cruzaron. Honsou le dedicó otra de sus irritantes sonrisas.

Sin embargo, antes de que Uriel pudiera hacer nada, una silueta se separó con un movimiento fluido de las sombras que había a la espalda de Honsou y saltó sobre el guerrero de hierro.

En el momento que el atacante saltó, Uriel supo quién era.

Ardaric Vaanes se estrelló contra Honsou y lo derribó al suelo.

El guardia del cuervo renegado se puso en pie de inmediato. Era más veloz y ágil sin su armadura, pero también tremendamente vulnerable al mortífero poder de Honsou. Este se puso en pie al tiempo que Vaanes le lanzaba un golpe con el canto de la mano contra la cara. Honsou bajó la cabeza y la giró hacia un lado. El golpe de Vaanes se estrelló contra la masa de metal que cubría ese lado de la cabeza. Honsou se giró, se agachó un poco más le propinó un tremendo puñetazo en el estómago.

Vaanes contrajo los músculos del estómago lo suficiente como para proteger los órganos internos, pero a pesar de ello salió despedido hacia atrás por la enorme fuerza del golpe. Honsou continuó el ataque con una patada brutal en el muslo que provocó que Vaanes cayera de rodillas sumido en el dolor.

—¿Qué te creías, Vaanes? —le rugió Honsou antes de propinarle un puñetazo en la espina dorsal—. ¿Qué podías darme la espalda?

Vaanes consiguió ponerse en pie y alejarse trastabillando, pero Honsou le siguió dando patadas en las costillas y puñetazos en la cabeza. La furia del guerrero de hierro era monstruosa, y Uriel se sintió tentado de dejar que Vaanes corriera la suerte que se merecía, pero no era así como actuaban los Ultramarines.

Vaanes le había salvado la vida cuando luchaba contra Grendel, y aunque le esperara la muerte a manos de sus antiguos hermanos de batalla, era una muerte mejor que aquella.

—¡Yo te creé! —rugió Honsou—. Debí matarte cuando te encontré tratando de esconderte ese agujero de mierda que tú llamabas «santuario». Grendel quería hacerlo, y debería haberle dejado.

Uriel aterrizó en el suelo al lado de Honsou.

—Grendel ha muerto.

Dirigió un mandoble contra el cuello de Honsou, pero el guerrero de hierro era más rápido de lo que Uriel se imaginaba. Alzó el brazo plateado que le había arrebatado a Pasanius y la hoja centelleante de la espada de Uriel se clavó en su superficie reflectante. Abrió un buen corte, pero nada más. Honsou contestó a la mirada furibunda de Uriel con una de diversión maligna:

—¿Así que Grendel esta muerto? Eso me ahorra la tarea de tener que matarlo yo.

Honsou dio un tirón del brazo y le arrancó la espada de las manos para luego darle un terrible puñetazo en la cara. A Uriel le pareció que le había golpeado un dreadnought, y trastabilló. Honsou se desclavó la espada del brazo, y la superficie de la extremidad se onduló como si fuera mercurio hasta cubrir de nuevo el tajo que le había abierto el arma. Luego, el guerrero de hierro lanzó la espada.

—Siempre con los duelos. Ya te dije que yo no lucho así —le insistió Honsou.

—No, tú prefieres que otros luchen por ti. Que otros mueran por ti —le dijo Uriel con la boca llena de dientes rotos y de sangre.

—Es el mejor modo de seguir con vida —replicó Honsou antes de darle un puñetazo en la parte más débil de la armadura de la zona del estómago.

La placa se agrietó, pero la antigua armadura del hermano Amadon resistió —. Deberías intentarlo la próxima vez, sólo que no va a haber próxima vez para ti.

Un brazo grueso y musculoso rodeó la garganta de Honsou, y éste se vio arrastrado hacia atrás. Uriel reconoció el tatuaje del cuervo que se veía en el músculo deltoide del atacante. Honsou agarró el brazo y lo separó sin dificultad alguna para lanzar al ya maltrecho guerrero por encima de él. Tiró al guardia del cuervo al suelo sin soltarle el brazo y le puso un pie en el pecho.

—Aquí es donde nos separamos, Vaanes. Veamos si ahora eres capaz de seguir volando.

Honsou le arrancó el brazo del hombro con una facilidad horrible. La sangre salió a chorros del hombro formando un arco carmesí que cruzó los restos de la tumba de Ventanus. Vaanes rugió de dolor, pero Honsou le impidió seguir haciéndolo cuando le propinó un patadón en el pecho. El escudo osificado que protegía los órganos internos de Vaanes se resquebrajó, y unas largas dagas de hueso fragmentado se le clavaron en el corazón y en los pulmones.

Uriel se lanzó contra Honsou, pero el guerrero de hierro había estado esperando ese movimiento, así que agarró a Uriel y aprovechó el impulso del ataque para girar y hacerlo estrellarse contra un sarcófago. El ultramarine sintió que algo en su cuerpo se rompía, y se mordió los labios para no gritar de dolor.

Honsou se puso sobre él mientras les llegaba el eco de otra andanada de las armas de los misteriosos atacantes, que acabó con otro grupo de guerreros de hierro. Una explosión sacudió la tumba que estaba al lado de Uriel y Honsou se encogió levemente cuando una tormenta de esquirlas de piedra los acribilló a ambos. Una figura enorme equipada con una armadura de color negro azulado emergió del humo. Era un gigante que empuñaba un bólter dorado y llevaba una capa ondeante de color esmeralda a la espalda.

Disparó una sola vez, y Honsou alzó un brazo para protegerse al tiempo que salía despedido hacia atrás por la fuerza del impacto. Se estrelló contra el suelo, sobre el que se deslizó hasta quedar tumbado de lado. La sangre le

salió a borbotones del tremendo agujero que el disparo le había abierto en el pecho. Uriel intentó ponerse en pie, pero el dolor era demasiado intenso. La figura gigantesca se inclinó sobre él, y Uriel sintió el calor de su cercanía, como si las llamas que empezaban a aparecer lentamente sobre las placas de su armadura se estuvieran escapando del infierno que ardía en el interior de su cuerpo.

Uriel miró el visor del casco de aquel gigante y vio que una luz azul brillaba allí dentro y que le hablaba de un heroísmo antiguo y de nobles hazañas más allá de lo que el propio Uriel podría llegar a comprender. Aquel guerrero no se parecía a los otros que habían acudido en su ayuda, ya que su armadura todavía mostraba trazas del Capítulo al que había pertenecido, con unos rebordes dorados, un águila de color pálido en una hombrera y un símbolo omega desgastado y apenas visible. En el centro del símbolo se veía la insignia de capitán, pero era vieja, antigua incluso. Se trataba de una clase de insignia que no se utilizaba desde hacía diez mil años.

—Sois vos, ¿verdad? Quiero decir…

La figura se inclinó un poco más y un susurro fantasmal cruzó el aire entre ellos, quizás una palabra o un nombre. Uriel no lo supo con claridad. Ni siquiera estuvo seguro de si se había dicho en voz alta o si simplemente había aparecido en su mente. Fuera lo que fuese, para él no tenía ninguna clase de significado, pero cuando aquel astartes le puso en la mano la daga con la que había matado al ingénito, Uriel se dio cuenta de lo que le había dicho.

—Ahora lo entiendo —dijo.

Ya sabía la verdadera razón por la que M’kar había enviado a Honsou a aquel lugar.

La figura espectral asintió y Uriel notó la embriagadora sensación del deber cumplido, y de una carga y una responsabilidad traspasadas, como si hubiera estado esperando aquello desde el momento de su muerte.

Uriel se incorporó sobre un costado y torció el gesto en una mueca de dolor al notar cómo los huesos rotos protestaban. Pasanius y los dos miembros supervivientes de su escuadra se acercaron hacia él mientras el

apotecario Selenus se ocupaba de la terrible herida que Livius Hadrianus había sufrido en el estómago. Brutus Cyprian se mantenía vigilante al lado de su amigo con una mano sobre su propia rodilla destrozada, y Peleus lo ayudaba a mantenerse en pie. Petronius Nero había recostado a la inquisidora Suzaku contra un sarcófago y procuraba atender sus heridas lo mejor que sabía. La piel de la inquisidora mostraba un color más ceniciento aún. Suzaku miró a su alrededor como si fuera incapaz de creerse lo que acababa de ver.

Aethon Shaan bajó cojeando al suelo, y Uriel hizo un gesto de asentimiento en dirección al capitán de la Guardia del Cuervo, tanto para darle las gracias como para expresar el alivio que sentía. Registró con la mirada la zona superior de las tumbas en busca de alguna señal de sus aliados espectrales. No vio rastro alguno de ellos, aunque tampoco esperaba encontrarlo. Se habían desvanecido con la misma rapidez con la que habían surgido y tan sólo habían dejado tras ellos los cuerpos destrozados de los Guerreros de Hierro de Honsou. Eso fue más que suficiente para Uriel.

Se dio la vuelta hacia el guerrero gigantesco, y no se sintió sorprendido al ver que también él había desaparecido. Lo que había dicho se había quedado grabado de forma indeleble en la mente de Uriel. Era algo imposible de olvidar y estaba cargado de los ecos de épocas antiguas. Bajó la mirada hacia la daga de pedernal que tenía en la mano y supo lo que tenía que hacer.

Pasanius lo ayudó a levantarse y le señaló con un gesto el otro extremo del lugar.

—Sólo queda una cosa por hacer —le dijo.

Uriel asintió y se dio la vuelta para enfrentarse a Honsou. El herrero forjador de los Guerreros de Hierro se había puesto en pie, con la placa pectoral agrietada y ennegrecida y la piel cubierta de cicatrices provocadas por el disparo que lo había derribado.

Alzó la mirada hacia los guerreros que tenía delante y sonrió torciendo el gesto.

—Tienes tan mal aspecto como yo me siento —le dijo a Uriel.

—Vas a morir aquí —le dijo Pasanius.

—Quizás —admitió Honsou—. Pero si crees que voy a dejar que me matéis vosotros, piénsatelo mejor.

—Todos tus guerreros han muerto. No tienes escapatoria. Se acabó —le dijo Uriel.

—Es posible —replicó Honsou al tiempo que sostenía en alto el botón de activación de las cargas de demolición que había por todo el edificio—. Pero ¿quién ha dicho nada de escapar?

El mundo se iluminó con un fogonazo y un estallido.



Veintidós

Scipio se lanzó de cabeza contra los astartes traidores, y le abrió la placa pectoral a un berserker aullante a la vez que le volaba a otro la cabeza con un disparo de la pistola. Coltanis disparó un rayo de plasma cegador y Helicas descargó una andanada de proyectiles de bólter pesado antes de colgarse el arma al hombro y empuñar su cuchillo de combate. Nivian luchó al lado de Scipio procurando mantener su costado vulnerable hacia el sargento.

Los guerreros de la Segunda Compañía se estrellaron contra el enemigo con la furia helada que reservaban para los traidores. Esos guerreros representaban lo peor en lo que se habían convertido los astartes desde los días oscuros de la Gran Traición. Eran todavía peor que los traidores que habían caído en la oscuridad, ya que estos guerreros sabían el coste que les supondría entregarse al Caos, pero lo hacían de todas maneras.

No se merecían misericordia alguna, y no recibirían ninguna de manos de los Ultramarines.

El capitán Sicarius encabezó la carga y se abrió paso a espadazos a través de la muchedumbre de guerreros fanatizados vestidos con servoarmadura. La hoja de su arma era un tajo carmesí que cosechaba almas con cada mandoble. Tan sólo los berserkers se interpusieron en su camino, demasiado cegados por la furia y el frenesí como para saber lo que les convenía. Los Garras de Lorek y los pocos Nacidos de la Sangre que no habían reaccionado con la rapidez suficiente como para huir de la carga de los Ultramarines se echaron a un lado para dejar pasar a Sicarius, ya que sabían que debían apartarse de él. Era un guerrero al que la Reina Corsaria había marcado para morir.

La reina se bajó de un salto del aerodeslizador un momento antes de que una andanada de misiles se estrellara contra un lado del vehículo. Los tres primeros estallaron contra la pantalla de energía, que se apagó con el chillido propio de una sobrecarga. Los demás proyectiles atravesaron la delgada cubierta del vehículo y lo destrozaron. Los restos cayeron al suelo adoquinado convertidos en una masa de metal retorcido, con la sección de proa apuntando hacia el cielo, como si fuera la última parte en hundirse de un barco.

Kaarja Salombar giró con agilidad en mitad del salto y disparó la pistola mientras efectuaba aquella grácil pirueta. Dos ultramarines cayeron con un cráter en el punto donde antes tenían el rostro. La pistola de Salombar parecía un diseño antiguo, pero disparaba unos rayos letales de energía verde. Aterrizó en el suelo, delante de Sicarius, y éste vio que era una mujer delgada pero de curvas exquisitas. El cabello azul le flotaba a la espalda como la cola de un cometa, y su rostro en forma de corazón era felino y hermoso.

Una horda de guerreros con uniformes de confección heterogénea y de vivos colores corrió para ponerse al lado de su reina. Cada uno de ellos iba armado con un sable en una mano y una combinación de pistola y de daga en la otra.

Eran individuos grandes y ágiles, modificados genéticamente para poseer más fuerza y con implantes para hacerlos más resistentes. Tenían toda la piel cubierta por tatuajes serpenteantes. Scipio captó la perturbación en el aire que los rodeaba provocada por los campos de energía que los protegían.

—He esperado esto mucho tiempo —le dijo Sicarius antes de lanzarse a la carga contra ella.

La Reina Corsaria recibió la carga espada contra espada, y Scipio se dio cuenta de inmediato que era mucho más veloz que él. La punta del sable se deslizó por encima del filo de su propia espada y se hundió en el hueco que había entre la placa pectoral y una hombrera de la armadura de Sicarius. La reina giró para esquivar la estocada de respuesta y luego se agachó por debajo de un mandoble dirigido a cortarle la cabeza. Atacarla era igual que intentar atrapar el humo, ya que sus movimientos eran tan inhumanamente veloces que ni siquiera los reflejos de un astartes eran capaces de hacerles frente.

Se movió dando pequeños saltos alrededor de Sicarius, y aunque el capitán era un espadachín soberbio, ella le hizo parecer torpe y descoordinado, como el recluta más inexperto que acabara de llegar a Macragge. Scipio apartó la mirada del duelo cuando uno de los guerreros de la Reina Corsaria lo atacó.

Desvió el mandoble del sable, giró para esquivar el golpe de daga que le siguió y le disparó en plena cara. Sin embargo, en el punto de impacto se produjo un fuerte destello, y su objetivo quedó ileso. La repentina sorpresa de Scipio casi le costó la vida, ya que la daga se clavó en la sección más dañada y debilitada de su armadura y le llegó hasta el costado. Se apartó de golpe antes de que la pistola que llevaba incorporada aquella arma tuviera tiempo de disparar, y el proyectil salió desviado. Scipio golpeó con su propia arma el rostro del guerrero, que era una masa de cicatrices cubiertas por tatuajes y por aros metálicos. A pesar del escudo de energía, el poderoso impacto le hizo retroceder trastabillando, y Scipio empuñó la pistola con las dos manos para disparar todo un cargador contra su oponente.

En la superficie del escudo relucieron unas tremendas descargas de energía con cada disparo, pero finalmente toda la protección cedió y los demás proyectiles de Scipio atravesaron al corsario y le dejaron el torso convertido en un guiñapo sanguinolento. Vio alrededor de él a más corsarios y astartes traidores, que se lanzaban contra ellos aullando unos feroces gritos de guerra, pero los Ultramarines siguieron avanzando. La pasión era muy útil, pero no podían hacer frente a aquella precisión disciplinada e inflexible.

Nívian se mantuvo apartado del cuerpo a cuerpo, ya que sabía que no podría sobrevivir con un solo brazo y sin espada. Coltanis siguió disparando ráfagas cortas con el rifle de fusión, que ya estaba casi sin carga, y Helicas se limitó a golpear ferozmente a sus enemigos con su bólter pesado. Scipio jamás se había sentido tan orgulloso de sus guerreros, aunque lamentaba profundamente que hubieran sobrevivido tan pocos para ver la victoria, ya al alcance.

Recargó la pistola y miró hacia donde los Leones de Macragge luchaban alrededor de su capitán. Prabian abatía a sus oponentes sin apenas esfuerzo, con estocadas precisas y sin emoción alguna. Daceus luchaba con su eterno denuedo para no fallar en el cumplimiento de su deber, mientras que Malcian mantenía a raya la enorme superioridad numérica de los corsarios con ráfagas controladas de su lanzallamas.

Vandius no dejaba de disparar con la pistola mientras seguía enarbolando el estandarte de la Segunda Compañía. Scípio vio el golpe que lo derribaría un momento antes de que se produjera. La Reina Corsaria saltó por encima de la cabeza de Sicarius y le disparó en plena espalda, haciéndole caer de rodillas. Salombar aterrizó al lado de Vandius, y antes de que el portaestandarte tuviera tiempo de darse la vuelta para enfrentarse a aquel nuevo enemigo, le atravesó el hombro de parte a parte.

Luego le propinó una tremenda patada en el pecho y saltó para enfrentarse de nuevo a Sicarius, quien ya se había puesto en pie impelido por la rabia. Scipio vio cómo volvían a lanzarse el uno contra el otro. Vandius se tambaleó debido al feroz ataque de la Reina Corsaria, y Scipio contempló horrorizado cómo el brazo que sostenía el mástil se desprendía del cuerpo.

—¡No! —aulló Vandius.

Scipio comprendió de inmediato que la angustia que sentía su camarada no era por la terrible herida que había sufrido, sino por el estandarte.

Al sargento le pareció que el mástil de ébano y la tela ondulante caían con una lentitud insoportable, y Scipio echó a correr antes incluso de ser consciente de que lo estaba haciendo. Un corsario intentó interponerse en su camino, pero lo apartó de un golpe y evitó un espadazo cuando se tiró al suelo en dirección al estandarte. Cerró los dedos alrededor del mástil y rodó sobre sí para alzarlo cuando la tela ya estaba a pocos milímetros de tocar el suelo. Tres corsarios corrieron hacia él al darse cuenta del trofeo que tenía en la mano, pero Scipio ya estaba de pie y apuntó con la pistola al que estaba más cerca. Uno de los proyectiles le reventó el cráneo al corsario, pero la pistola se encasquilló antes de que pudiera disparar de nuevo.

Un abrasador rayo de plasma vaporizó el torso del segundo corsario y un brutal golpe con un bólter pesado, blandido como si fuera una enorme maza, derribó al último. Nivían apareció antes de que el corsario caído tuviera tiempo de levantarse y le plantó un pie en el pecho para luego dispararle tres veces a la cabeza.

—Bien hecho —le felicitó Coltanis mientras Helicas y Nivian rodeaban a su sargento para formar una guardia de honor improvisada.

Scipio enarboló en alto el estandarte, sobrecogido ante el honor que suponía portar en combate una reliquia tan sagrada. Semejante responsabilidad implicaba un deber, y Scipio sintió que una oleada de resolución lo recorría.

—¡Adelante, hermanos! —gritó antes de agachar la cabeza y comenzar a avanzar al trote hacia donde Sicarius y los Leones de Macragge se enfrentaban a los guerreros escogidos de la Reina Corsaria.

Vieron que Daceus había caído y que tenía una espada de hoja corta clavada en mitad del pecho, y una terrible herida de láser en el muslo. El apotecario Venatio se estaba esforzando por salvarlo mientras Malcian se enfrentaba con las manos desnudas a tres corsarios. Entre los tres lo derribaron, y en el suelo le clavaron una y otra vez las dagas de energía. Pero, a pesar de ello, Malcian siguió luchando.

Prabian combatía al lado de Sicarius y mantenía a raya a los corsarios con mandobles letales, tajos amplios y estocadas repentinas. Ninguno se atrevía a acercarse mucho a su espada, ya que llevaba una muerte segura en sus filos. Sicarius luchaba con una desesperación y una furia cada vez mayores contra la Reina Corsaria, tenía la armadura cubierta de manchas de sangre.

Scipio y sus guerreros se estrellaron contra los corsarios que estaban apuñalando a Malcian y los mataron en un vendaval de disparos y de mandobles. Cada vez llegaban más y más Ultramarines a aquel combate, enfervorizados por la visión del estandarte recién alzado y casi poseídos por un paroxismo al ser conscientes de lo cerca que había estado de caer en manos enemigas. Muchos guerreros Ultramarines habían entregado gustosos sus vidas a lo largo de los siglos con tal de proteger aquel símbolo que significaba todo lo que implicaba pertenecer a la Segunda Compañía, y no había mayor honor en combate que luchar bajo aquella enseña azul y dorada.

Scipio corrió hacia Sicarius y la Reina Corsaria cuando ésta se disponía a darle el golpe de gracia. La espada del capitán desvió la primera y la segunda estocada, pero le resultó imposible hacerlo con la tercera. La espada se Salombar se clavó en el pecho de Sicarius, y el capitán de la

Segunda Compañía lanzó un grito agónico cuando la hoja le partió en dos el corazón primario. La espada se le cayó de la mano, pero Sicarius vio acercarse a Scipio mientras Salombar le obligaba a retroceder por la fuerza del golpe, y la agarró por las cinchas de su armadura en un abrazo mortífero.

—¡Ahora, Scipio! —le gritó Sicarius mientras la mantenía inmovilizada.

Scipio alzó en alto el estandarte para luego bajar el extremo puntiagudo de la base hacía la espalda de Salombar, justo entre los omóplatos. El campo de energía que la había protegido de las espadas y de los proyectiles no podía salvarla de un arma tocada por la mano de Marneus Calgar y bendecida por el propio Emperador. Scipio atravesó el cuerpo de Kaarja Salombar con el mástil, y la punta dorada salió entre sus pechos con un chorro de sangre.

Sicarius se la acercó y le propinó un cabezazo en la cara con el casco al tiempo que Scipio sacaba el mástil de su cuerpo. La Reina Corsaria se desplomó sobre Sicarius, quien recuperó la espada y se puso en pie sobre su enemiga vencida. La aferró por la cabellera azul y ella alzó la cara para mirarlo con gesto desafiante incluso a las puertas de la muerte.

La Reina Corsaria le escupió a los pies y la espada bajó con un tajo de verdugo que la decapitó de un solo golpe.

—¡Así perecen todos los enemigos de la Segunda! —gritó Sicarius, y la oleada de pánico que causó su muerte se extendió como las ondas provocadas por una piedra lanzada a un estanque tranquilo. Sicarius alzó la cabeza cercenada y le hizo un gesto de asentimiento a Scipio—. ¡Conmigo, sargento Vorolanus! ¡Deprisa!

Sicarius corrió a grandes zancadas y se subió a los restos del aerodeslizador derribado de la Reina Corsaria. Las planchas doradas de su casco ya se estaban fundiendo, y unas llamas púrpuras rugían en las chasqueantes células de energía y tambores de munición. Scipio lo siguió por la rampa formada por los restos del vehículo mientras los ensangrentados Leones de Macragge formaban un cordón protector alrededor del destrozado aerodeslizador, aunque había muy pocos enemigos

de los que proteger a sus superiores. La muerte de su reina había hecho huir a los corsarios y los astartes traidores que todavía luchaban estaban siendo aislados y destruidos por las escuadras de asalto recién llegadas.

En Corinto quedaban miles de soldados de los Nacidos de la Sangre, pero Sicarius parecía dispuesto a enfrentarse a todos ellos él solo mientras subía hasta la proa del aerodeslizador. Scipio se puso detrás de él, y el intenso calor provocado por las llamas que tenían debajo hacía ondear el estandarte de un modo glorioso.

Sicarius, con la silueta recortada por las llamas y el estandarte que tenía a su espalda, alzó bien alta la cabeza cortada de Salombar para que todas la vieran. La cabellera azul enmarcaba el sangriento trofeo, inconfundible para todos aquellos que lo veían, y el efecto fue palpable: una oleada de incredulidad se extendió entre las filas de los supervivientes de los Nacidos de la Sangre.

—¡Vuestra reina ha muerto! —aulló Sicarius al tiempo que alzaba su espada centelleante por encima de la cabeza—. Estáis en un mundo de los Ultramarines, y aquí es donde moriréis todos. ¡Yo, Sicarius de Talassar, os lo juro sobre la cabeza de vuestra reina muerta!

Sicarius bajó la mirada hacia el sargento Daceus.

—Contacta con el gobernador Gallow. Dile que lo necesito ahora mismo.

Daceus asintió y pocos segundos después, una serie de rugientes explosiones sacudieron las afueras de Corinto y provocaron unas enormes nubes de fuego y de humo que sólo podían proceder de la artillería imperial. Scipio contempló cómo aquellas explosiones se iban adentrando en la ciudad. El martilleo incesante de los múltiples impactos de artillería hacía temblar el suelo. Los restos del aerodeslizador crujieron y las vibraciones amenazaron con hacerlos caer de su plataforma improvisada.

—Será mejor que nos bajemos, sargento Vorolanus —le dijo Sicarius—. No querremos estropear el recuerdo de un momento tan glorioso cayéndonos al suelo, ¿no crees?

Scipio asintió y comenzó a bajar con cuidado hacia el suelo.

—Mi señor, no lo entiendo —le dijo al capitán—. ¿Las fuerzas del gobernador Gallow están aquí?

—Por supuesto. No creerías que iba a lanzarme al ataque yo sólo, ¿verdad?

—Pero ¿cómo es posible? Os envié la señal para ejecutar el ataque hace menos de una hora.

—Antes de que tú, Fennion y Manorian partierais, ya tenía la sospecha de que encontraría a la Reina Corsaria en Corinto. Hace una semana le ordené a Saul Gallow que desplegara sus fuerzas desde Herapolis y que avanzara hacia Corinto. Lo único que tenía que hacer era esperar a que me lo confirmaras.

Scipio se quedó asombrado ante la audacia de semejante maniobra.

—Pero ¿qué habría ocurrido si os hubierais equivocado? —le preguntó, aunque sabía el riesgo que corría al poner en duda los actos de su capitán—. ¿Qué habría ocurrido si hubiera estado en Actium, o en Nova Ala o incluso en Montiacum?

Sicarius dio un paso para acercarse a Scipio, y éste notó la ira que bullía en el interior de su capitán.

—Esa cuestión es irrelevante, sargento —le replicó Sicarius al mismo tiempo que le arrebataba el estandarte—. No me equivocaba, y he logrado una gran victoria para la Segunda Compañía y para los Ultramarines. Eso es lo único que importa. ¿Entendido?

La expresión del rostro de Scipio se endureció.

—Sí. Ha sido una gran victoria, capitán.

Todo era oscuridad. No. No era una oscuridad absoluta. Unas parpadeantes runas rojas de advertencia y una luz verde y algo neblinosa flotaban en el límite de su capacidad de visión. Uriel parpadeó para quitarse la sangre y el polvo que le cubrían los ojos. La oscuridad se fue concretando en una serie de siluetas con forma de bloque y en peñascos de bordes irregulares y relieves estriados que estaban apilados a su alrededor, encima y debajo de él.

Un rostro de piel suave lo estaba mirando. Esa cara no mostraba defecto alguno, y sus ojos tenían una mirada sin expresión alguna. Tardó un momento en darse cuenta de que ese rostro estaba tallado en mármol, y que sus rasgos inmóviles contemplaban a Uriel y a su sufrimiento de un modo impasible. Giró el cuello mientras su ojo biónico se ajustaba a la penumbra y amplificaba el brillo bioluminiscente de la caverna para iluminar de forma gradual su entorno.

Tenía encima una losa de mármol, con los bordes partidos. Estaba rodeado por trozos de roca azul, sin duda los restos de la cúpula. Uriel flexionó las extremidades, y se sintió aliviado al notar que podía mover los brazos y las piernas. Al menos tenía intacta la espina dorsal.

Recordó que estaba mirando a los ojos de Honsou cuando éste activó las cargas de demolición, pero a partir de ahí, nada más, aparte de un destello cegador y una catarata de vigas y losas.

Le llegaba un haz de luz y se retorció bajo las toneladas de escombros hasta conseguir librar poco a poco los brazos y flexionar las piernas para conseguir un mayor agarre en el suelo. Empujó la losa que lo mantenía aprisionado contra el suelo. Flexionó los músculos y empujó con todas sus fuerzas. Sintió cómo la losa se rozaba con otras al moverse. Los escombros crujieron y chirriaron a su alrededor, así que Uriel procuró moverse con lentitud por temor a que le cayeran más escombros.

La losa se fue moviendo poco a poco hasta que logró liberar las piernas, y se retorció para poder quedarse sentado. Tenía la armadura terriblemente dañada, pero había resistido bajo la tremenda presión que había amenazado con matarlo.

—Estoy en deuda con vos, hermano Amadon —musitó para darle las gracias al espíritu del guerrero que había llevado su armadura.

Si no hubiese sido por su protección, en esos momentos sería una pasta roja aplastada contra el suelo. Vio que a su lado estaba la daga de pedernal, y la metió en la vaina de su cuchillo de combate. Aunque ese cuchillo era de un mayor tamaño, la daga encajó a la perfección.

El polvo siguió cayendo desde el techo y oyó los chasquidos y los crujidos de las piedras a medida que se asentaban. Se preguntó cuánto

tiempo habría pasado bajo el derrumbe, y cuántos supervivientes habría. ¿Sería el único que habría sobrevivido, o estarían los demás intentando en esos momentos subir desesperadamente a la superficie?

Uriel se puso lentamente en pie y se adentró en un hueco entre los escombros formado por dos enormes paneles de piedra cubiertos de grabados que habían acabado apoyados el uno sobre el otro. Le llegó una leve corriente de aire y caminó inclinado hacia su origen. Vio que otro rayo de luz cruzaba el aire cargado de polvo. Llegó hasta la luz y alzó la mirada: una chimenea retorcida de roca llevaba hasta una abertura.

—¿Hay alguien más con vida? —gritó.

No le llegó respuesta alguna, pero los cascotes crujieron ante el grito y le cayó una nueva lluvia de piedras.

Comprobó con cuidado cada uno de los asideros y empezó a subir lentamente por aquella chimenea de roca para llegar a la superficie. Tardó treinta minutos, pero al final consiguió sacar un codo por encima del borde. Una mano metálica apareció delante de su cara, y se quedó helado al pensar que Honsou lo había esperado en la superficie para rematarlo.

—No creí que eso pudiera matarte —le dijo Pasanius mientras lo agarraba por el borde de la hombrera para tirar de él y sacarlo—. Les dije que eras demasiado testarudo para morir ahí abajo.

—Pasanius… —jadeó Uriel antes de abrazar con expresión de alivio a su viejo amigo—. Estás vivo.

—Por supuesto que estoy vivo —le contestó Pasanius, como si pensar en cualquier otra posibilidad fuese una tontería—. ¿Qué? ¿Qué te crees, que lo único que hace falta para matarme es tirarme todo un edificio encima de la cabeza? ¿Por quién me tomas?

Uriel asintió antes de escupir un salivazo lleno de polvo.

—Claro. ¿En qué estaría pensando?

—Casi te habíamos dado por perdido, pero les dije a todos que eras demasiado cabezón para permitir que ese cabrón acabara contigo de ese modo.

—¿A todos? ¿Es que hay más supervivientes?

—Por supuesto que hay más —respondió Pasanius meneando la cabeza —. Has sido el último en salir.

—Gracias sean dadas al Emperador —exclamó Uriel, y soltó un suspiro de alivio.

—Venga, salgamos de estas ruinas antes de que el destino decida que se le ha acabado su misericordia.

Bajaron del montón de escombros compuesto por losas de mármol roto, de cristales y de trozos de acero, que era todo lo que quedaba del antaño magnífico edificio. Parecía inconcebible que un conjunto como aquel, que se había mantenido en pie durante diez mil años, pudiera ser destruido, pero las pruebas irrefutables estaban delante de Uriel.

Sólo cuando llegó al suelo de la propia caverna empezó a sentirse a salvo. Sus camaradas formaban un pequeño grupo. Selenus estaba atendiendo a Brutus Cyprian y a Livius Hadrianus. Peleus parecía sorprendentemente ileso. Petronius Nero caminaba en pequeños círculos con una espada rota en la mano, y Uriel lo dejó tranquilo para que lamentase la pérdida de un arma tan magnífica. El capitán Shaan estaba sentado un poco aparte, de rodillas, al lado de un cuerpo destrozado cuya identidad era muy evidente por las heridas que había sufrido.

La inquisidora Suzaku estaba tumbada de espaldas al lado de Cyprian. Tanto su torso como sus extremidades estaban inmovilizados con unas tablillas hechas con vainas de espadas y culatas rotas de armas. Su rostro mostraba una palidez fantasmal, y tenía las mejillas hundidas, lo mismo que los ojos en las cuencas oculares.

—¿Cómo están? —preguntó Uriel.

Selenus alzó la vista.

—Hadrianus necesitará una intervención quirúrgica a gran escala si quiere sobrevivir, y lo más probable es que Cyprian pierda esa pierna.

—¿Qué hay de Suzaku?

—Probablemente morirá antes de que consigamos llegar a una instalación médica.

—Puede que te sorprenda. Es más dura de lo que parece.

—Será mejor que lo sea. Creo que no le queda ningún hueso sin romper en el cuerpo.

Uriel se volvió hacia Pasanius y le hizo la pregunta que había estado temiendo hacer:

—¿Se sabe algo de Honsou?

Pasanius apartó la mirada y negó con la cabeza.

—No. Hemos explorado todas las ruinas con un auspex biosensible y con otro capaz de captar residuos caloríficos, pero no hemos encontrado nada.

—Puede que haya muerto.

Pasanius volvió a hacer un gesto negativo con la cabeza.

—Lo conoces demasiado bien…

—Supongo que sí —admitió Uriel.

—De todas maneras, le he echado un vistazo a la Garganta del Dragón. La máquina tuneladora en la que llegaron los Guerreros de Hierro ya no está. Alguien se adentró de nuevo en la roca con ella, y no ha sido ninguno de nosotros.

Uriel asintió.

—Prepáralo todo para ponernos en marcha. Tenemos que acabar con esto de una vez por todas.

—¿Con la guerra en Calth?

—No, con la guerra en Ultramar.

Uriel hizo caso omiso de la mirada de extrañeza que le dirigió Pasanius y se acercó a Aethon Shaan. El capitán de la Guardia del Cuervo estaba de rodillas al lado del cadáver de Ardaric Vaanes. El cuerpo del renegado casi estaba hecho pedazos, cubierto de sangre y aplastado por su asesino, y por las fuerzas colosales que se habían desencadenado durante el derrumbamiento de la tumba. Sin embargo, a pesar de los desgarros, las roturas y las laceraciones, había algo en su rostro de rasgos aquilinos que Uriel jamás había visto antes.

Paz.

—Siento la pérdida de sus guerreros —le dijo Uriel a Shaan poniéndole una mano en el hombro.

Shaan asintió, pero no le contestó, y Uriel notó la confusión que le azotaba en el interior.

—Odiaba a Ardaric Vaanes —dijo al cabo, sin levantar la mirada—. Todos los días soñaba con llevarlo de vuelta para que se enfrentara al castigo por sus crímenes, pero ahora que ha muerto no siento nada. Siento… tristeza. ¿Por qué me siento triste ante la muerte de un traidor?

Uriel se arrodilló al lado del cadáver y puso los dedos en el cuervo tatuado cubierto de sangre que Vaanes tenía en el hombro.

—Porque no creo que al final muriera siendo un traidor. Creo que fue un astartes de nuevo.

—¿Es eso posible?

—Eso creo —le contestó Uriel sin apartar la vista del rostro del individuo junto al que había combatido una vez en un mundo demoníaco—. Eso espero.

—El Señor de las Sombras querrá saber qué ha ocurrido aquí. No sé qué le voy a decir cuando vuelva a la Torre del Cuervo.

—Dígale que Vaanes entregó su vida en la lucha eterna contra los Poderes Siniestros.

—Creo que eso haré —le respondió Shaan al tiempo que levantaba la mirada para ver cómo se acercaba el apotecario Selenus.

Los escalpelos móviles y los sellos de vacío de su reductor ya estaban preparados para recibir en su interior el recurso más valioso de los marines espaciales. Shaan asintió, puso una mano en el pecho de Vaanes y recitó las palabras que los apotecarios pronunciaban sobre los cuerpos de los caídos desde hacía siglos.

—Al que esté muerto, retiradle El Legado del Capítulo.

El ejército de los Nacidos de la Sangre de Espandor no sobrevivió mucho tiempo a la muerte de su Reina Corsaria. Sin un liderazgo firme y carentes de la influencia del Tres Veces Nacido, las diferentes facciones del ejército empezaron a luchar entre ellas. Ninguna estaba dispuesta a aceptar el mando de las otras, y al estar Corinto y Herapolis en manos imperiales, los

Nacidos de la Sangre se quedaron aislados y sin posibilidad alguna de reabastecerse. Bajo el liderazgo del capitán Sicanius, la mayoría de esas facciones fueron rodeadas y destruidas por efectivos de la Segunda Compañía. Tras el baño de sangre de Corinto, aquellas acciones fueron, según el estándar de los Adeptus Astartes, unas simples escaramuzas.

Tras nueve días, la amenaza de los Nacidos de la Sangre en Espandor quedó eliminada, las fuerzas auxiliares de Saul Gallow se encargaron de eliminar las últimas bolsas de resistencia.

Los Ultramarines se reagruparon y volvieron en las Thunderhawks a bordo del *Venganza de Valin*, que seguía en órbita. El crucero de ataque había sufrido numerosos daños, pero al igual que los marines espaciales que transportaba, permanecía invicto y orgulloso.

Una vez a bordo, Scipio Vorolanus descansó con el resto de los supervivientes de su escuadra y comenzó el proceso de evaluar a los novicios con la idea de reemplazar las pérdidas. A Nivian le implantaron un brazo biónico y a Coltanis la única señal que le quedó fue una cicatriz que le bajaba desde la frente hasta la mejilla. Helicas había salido prácticamente ileso de la batalla, y hasta Laenus había sobrevivido.

Lo encontraron apenas con vida entre los restos del cañón antiaéreo, al lado del cadáver destrozado de Bradua. Tenía el cuerpo roto, pero el ánimo intacto. Estaba muy malherido, pero los apotecarios y los tecnomarines se entregaron a la tarea de recomponerlo a base de implantes orgánicos y de reemplazos biónicos. Scipio no creía que le importara mucho su nuevo aspecto.

El *Venganza de Valin* salió de órbita y se dirigió a la mayor velocidad posible hacia el punto de salto del sistema.

Scipio le preguntó a Iulius Fennion hacía dónde se dirigían, y no se sintió sorprendido cuando su amigo le aclaró el planeta al que Sicarius llevaba a la Segunda Compañía.

—Talassar. Vamos a Talassar.

Una luz pálida iluminaba la cámara del núcleo de disformidad. Era una luz lúgubre que absorbía todo el color de aquello que tocaba. El aire tenía un amargo regusto, aunque M’kar ya no necesitaba respirar. En los bordes de las vigas se estaban formando costras de hielo, aunque M’kar ya no necesitaba calor alguno. Las oleadas de energía de disformidad en estado puro que inundaban la *Indomable* lo llenaban de poder y fortalecían sus extremidades. Los lúmenes del techo parpadeaban y zumbaban a medida que el suministro de energía fluctuaba. Un mortal se había atrevido a acercarse para informarlo de que todos los sistemas estaban fallando a lo largo y ancho de la *Indomable*, y había dicho de un modo quejumbroso que la fortaleza estelar no tardaría en ser indefendible.

M’kar lo había destripado por atreverse a acercarse a él sin realizar antes las nueve reverencias sagradas a los Poderes Eternos, y le había devorado el alma. El miedo que eso suscitó fue un breve momento de placer, pero la vitalidad pura de las diferentes guerras que se estaban librando por todo Ultramar era el bocado más delicioso.

M’kar caminaba por la estancia flexionando la musculatura híbrida de la carne de la que se había apoderado. En algún punto de las profundidades de su interior seguía luchando el alma de Altarion, pero la identidad del anterior ocupante del dreadnought se ahogaba en un mar de almas devoradas.

La furia del señor demoníaco crecía con cada paso que daba. Había logrado escapar de la prisión que el señor de los Ultramarines hacía creado específicamente para él, pero su confinamiento no había disminuido. Desde que sus hermanos y él fueron expulsados del planeta azul, los mundos de Ultramar habían sido un anatema para él, y caminar sobre su superficie era igual que caminar sobre cristales rotos. El señor de los Ultramarines casi estaba a su alcance, pero el aire de Talassar era un veneno para M’kar y la luz de su sol la radiación más mortífera mientras el vidente mascota de Calgar siguiera con vida y energizara las salvaguardas de Castra Tanagra.

Su ejército demoníaco atacaba de un modo incesante las paredes llameantes de la fortaleza sagrada del planeta y desangraba las salvaguardas con la fuerza de sus propias muertes. Miles quedaban condenados al olvido con cada día que pasaba, con sus cuerpos convertidos en nada merced a las llamas invocadas por el hechicero de Calgar. Sus muertes eran al servicio de su señor infernal, y cada chispa de existencia era entregada voluntariamente.

Quizás era cierto que la *Indomable* se estaba deshaciendo en pedazos, pero a M'kar le importaban muy poco las armas de los mortales. El mestizo soñaba con ver todo Ultramar envuelto en llamas, pero lo único que quería M'kar era acabar con Calgar. Ultramar no representaba ya más que los restos gastados de un imperio que había brillado hacía un eón en pleno desafío a Terra, un imperio insignificante en sí mismo, pero que suponía una vieja herida que M'kar no podía evitar que lo siguiera molestando.

Las mareas de la disformidad resonaban en M'kar a través de la rasgadura abierta en el corazón de la fortaleza estelar. Sentía el fuego de las almas de los Nacidos de la Sangre a través de la inmensidad del espacio que separaba al demonio de sus seguidores. En el mundo desierto del triple sistema, las poderosas máquinas demoníacas se enfrentaban a los tanques y a la infantería de los Ultramarines. El fuego de las almas de los muertos encontraba el camino que las llevaba hasta él, y captó el regusto de su creciente desesperación a medida que sus enemigos iban prevaleciendo en el combate. En el mundo bosque, los fuegos de los Nacidos de la Sangre ya no ardían, ya que los antiguos enemigos de su señor los habían exterminado.

Sin embargo, era en Calth donde se sentía la mayor confluencia de hilos de la vida. Eran muchas las que se habían apagado allí, algo muy corriente en un conflicto de aquella escala, pero muchas de ellas eran las líneas brillantes de aquellos marcados por el destino. M'kar se estremeció cuando recordó los últimos días de su última batalla en Calth, el momento en que su antiguo señor cayó muerto a manos de Ventanus, quien acabó empuñando la misma arma que estaba destinada a matarlo a él que la propia víctima llevó a Calth.

Los mundos de Ultramar eran una anatema para él, pero M'kar odiaba especialmente Calth. Aquel mundo había humillado a su legión. Se había resistido a la llegada de la Palabra, se había enfrentado a los verdaderos poderes de la galaxia y los había derrotado. El padre de los Ultramarines había librado una guerra desfavorable con Ventanus a su lado y había expulsado a los hijos de la tormenta de Calth. M'kar jamás volvería a poner el pie en ese planeta, ya que era el mundo donde descansaba para siempre su némesis.

Una vez que muriera Calgar, M'kar sabía que tendría que matar a Honsou, ya que había atisbado el poder que acechaba en el corazón del mestizo, el potencial que podría desencadenar si llegaba a atraer la atención de un señor demoníaco.

Una repentina oleada de poder recorrió la disformidad, y la siguió de inmediato una vacuidad helada. M'kar dejó de caminar y extendió sus sentidos hacia el exterior para descender a través de las capas etéreas del planeta que flotaba a sus pies y así presenciar la batalla que se estaba librando en su nombre.

Castra Tanagra estaba envuelta en llamas, igual que desde hacía semanas. El fuego era de tal pureza que quemaba simplemente con mirarlo y repelía a los demonios además de destruir sus formas y sus almas. No había defensores en las murallas, pero eso no importaba. Mientras ardiera ese fuego, nada producto de la disformidad podría entrar.

M'kar se acercó todo lo que pudo a la fortaleza y sintió la desesperación y el miedo que albergaba. Ese sentimiento de perdición pesaba sobre los corazones de los defensores como un sudario asfixiante, pero bajo éste ardía una luz esplendorosa de emociones más radiantes: esperanza, coraje y nobleza de espíritu. Aunque M'kar ya no pudo acercarse más, divisó la luz que ardía con más fuerza en el corazón de la fortaleza, y su alegría no conoció límites cuando esa luz lanzó un último centelleo cegador antes de apagarse como el ascua moribunda de una hoguera.

Y cuando se apagó, el fuego que rodeaba a la fortaleza se desvaneció.



VEINTITRÉS

Marneus Calgar se arrodilló al lado de Varro Tigurius y contempló cómo su rostro perdía todo color. El bibliotecario jefe se había mantenido al borde de la muerte durante tres semanas, pero al parecer, esa lucha invisible se había acabado. Agemman lo miró con expresión interrogante y meneó la cabeza.

—Mi señor —le dijo el primer capitán señalando con un gesto de la barbilla las troneras abiertas en las murallas del torreón—. El fuego de las murallas. Se está apagando.

—Lo sé —respondió Calgar mientras aferraba la mano de Varro. Estaba fría y tenía un color grisáceo, arrugada y marchita, como la mano de un anciano—. No es lo único que se apaga.

—Los demonios atacaran de nuevo. Tenemos que subir a las murallas —lo apremió Agemman—. Hay que ocupar las troneras. Si éste es el final, deberíamos enfrentarnos a él cara a cara.

—Hazlo. Iré enseguida.

Agemman asintió.

—Era un buen hombre —dijo al cabo de un momento.

—Todavía no ha muerto, Severus —le indicó Calgar.

—Por supuesto —le respondió Agemman antes de hacer una reverencia y marcharse.

Calgar se había llevado a Varro Tigurius de la brecha en las murallas con los demonios casi encima. En su ansia por matar a ambos, se habían lanzado a través del fuego, pero éste los había consumido de forma instantánea. El fuego había ardido durante tres semanas, y habían aprovechado ese tiempo para reforzar las defensas, descansar y practicar rutinas de respuesta rápida para las fuerzas de reserva. Varro había permanecido en aquel estado cercano a la muerte durante todo ese tiempo, sin moverse y con el pulso cada vez más débil a medida que se acercaba más y más a la muerte.

—Tienes que vivir, Varro. No podemos hacer esto sin ti —le dijo Calgar.

Mantuvo apretada la mano del bibliotecario mientras deseaba que viviera y que él pudiera entregarle parte de su propia fuerza. Calgar se quedó con Tigurius durante varios minutos, hasta que notó la presencia de

numerosas personas a su espalda. Apartó la mirada del bibliotecario y parpadeó para impedir que le salieran las lágrimas que amenazaban con desbordarle los ojos. Vio que se trataba de unos cien de los ciudadanos que habían encontrado en Castra Tanagra.

—Maskia Volliant, prefecto de Tarentum. ¿Qué queréis?

—¿Vivirá? —le preguntó Volliant—. Lord Tigurius, ¿vivirá?

Calgar suspiró y se puso en pie.

—No lo sé, maese Volliant. Se aleja de nosotros, y no hay nada que yo pueda hacer.

—¿Qué podemos hacer nosotros?

Calgar negó con la cabeza.

—Nada, a menos que poseáis un extenso conocimiento de la fisiología de un astartes y un gran poder psíquico.

—No puedo decir que tengamos nada de eso, pero podemos proporcionarle calor y acompañarlo para que no muera solo.

La sencilla sinceridad de las palabras de Volliant emocionaron a Calgar, y vio ese mismo deseo de ayudar en los rostros de todos los que le rodeaban. Esa era la nobleza de espíritu que hacía grande a la humanidad, la fuerza de la solidaridad que hacía de Ultramar un ejemplo brillante en todo el universo.

—Estoy seguro que él lo agradecería. Sé que lo hará.

—Por lo que yo sé, hace mucho tiempo que ya estaríamos muertos si no fuese por él —contestó Volliant mientras la muchedumbre rodeaba la camilla sobre la que estaba tendido el bibliotecario.

Calgar se echó a un lado para permitirles que se acomodaran alrededor. Sabía que Tigurius aprobaría aquel gesto espontáneo de gratitud.

—Adiós, Varro —susurró antes de dar media vuelta y dirigirse hacia las murallas del torreón, donde Agemman y treinta guerreros de la Primera Compañía lo esperaban. Tal como le había dicho Agemman, el fuego con el que Varro había mantenido a raya a los demonios se había desvanecido, y el enemigo estaba agolpándose alrededor del borde de la fisura chasqueante que formaba el relámpago situado en el extremo del valle.

Un viento frío sacudió la fortaleza y los primeros rayos del amanecer surgieron por encima de las montañas.

—El último amanecer —comentó Calgar—. Me recuerda la estrofa final del último canto del Lamento por la Primera. «Ensalzado sea el sol que nos trae el amanecer de nuestro destino final».

—Pues es una idea deprimente —le contestó Agemman—. La última arenga de Saul Invictus antes de que los tiránidos acaben con ellos.

—Lo siento, sólo pensaba en voz alta.

—Espero que no sea ése el discurso que tenéis preparado para levantarnos la moral.

—Ya no me quedan discursos que dar, Severus.

Agemman asintió.

—Bien. No soy muy aficionado a los discursos antes de las batallas.

Se quedaron callados mientras contemplaban cómo llegaba el nuevo amanecer y pintaba las montañas con unos intensos colores dorados y púrpuras. Calgar pensó que era un espectáculo hermoso, y que a Tigurius le hubiera encantado plasmar esa escena en una acuarela.

—¿A qué están esperando? —se preguntó Agemman agarrándose al borde de la muralla—. ¿Por qué no nos atacan?

Calgar se había preguntado lo mismo, pero la respuesta llegó un momento después.

El desgarrón brillante que rompía el cielo de repente se extendió y se retorció como si algo monstruoso estuviera esforzándose por pasar desde el otro lado. Un rugido de admiración recorrió la horda demoníaca y Calgar sintió que una mano helada le atenazaba el corazón cuando vio que una forma gigantesca, mitad máquina, mitad monstruo, se abrió paso para llegar a la superficie de Talassar.

El señor demoníaco M’kar, enormemente hinchado y unido a numerosas partes mecánicas, se alzó por encima de sus horda demoníaca convertido en una poderosa fusión de demonio y de dreadnought. El núcleo de su forma era inconfundible: los restos fundidos de un sarcófago de granito tallado a partir de la roca de Castra Magna. Calgar vio horrorizado qué cuerpo era el que el Tres Veces Nacido había utilizado como anfitrión.

—Hermano Altarion… Perdóname —susurró.

Aunque el amanecer ya casi se había extendido, el cielo se oscureció en esos momentos y el viento frío propio de lo más profundo de la noche sopló contra las murallas, llevando consigo el hedor a carne quemada. M’kar rugió, y la horda se lanzó a la carga contra la fortaleza. Avanzaron sin ninguna clase de orden aparente. Era una masa aullante de bestias escamosas con espadas, de engendros de múltiples extremidades que chillaban presa de un hambre insaciable y de mastines de cuerpos despellejados que corrían con grandes saltos. Unas criaturas pálidas con ojos muertos y cuerpos relucientes cubiertos por armaduras de cuero laqueado se arrastraban por el suelo en mitad de la horda, a la que acompañaban unas bestias aladas y chillonas formadas a partir de la oscuridad más absoluta.

Todo el valle estaba lleno de demonios. Era una horda que salía a raudales de la fisura y a la que alimentaban las viles energías que se derramaban en el mundo procedentes de ese plano. Era un ejército como al que nunca se habían enfrentado antes.

Era una marea de demonios capaz de anegar mundos enteros. Calgar le estrechó la mano a Severus.

—Coraje y honor, hermano.

—Coraje y honor, mi señor —le contestó Agemman.

Disponer de nuevo de un cuerpo, aunque fuera aquella engorrosa mezcla de máquina y de forma demoníaca, era algo sublime. El aire y la luz de aquel sol le resultaban dolorosos, pero no era nada comparable al gozo de la existencia en el plano material. Disfrutar de la sensación de arrancar carnes, beber sangre y del sufrimiento de los mortales era un premio tan valioso que merecía la pena pagar cualquier precio.

La fortaleza santuario estaba completamente expuesta, la brecha en sus murallas se había ensanchado a lo largo de aquellas semanas de combate y

sus escasos defensores se podían dar por muertos. Las salvaguardas que antes constituían un entramado de protección inviolable ya eran poco más que un recuerdo. Los demonios rodearon el lugar formando una masa rugiente y aullante de fauces y órganos asesinos.

Los disparos efectuados a lo largo de las murallas abatieron a los primeros demonios que subieron, pero no importó cuántos quedaban destruidos; decenas más trepaban por los cuerpos en desintegración. M'kar fue el objetivo de una docena de disparos, pero el aura maligna que le precedía los desvió y cubrió a los defensores.

El miedo y la desesperación salieron a raudales de la fortaleza, y M'kar disfrutó de aquellas sensaciones. Los civiles abandonaron sus posiciones y huyeron a la carrera llevados por el pánico hacia los portillos ocultos en las murallas. Los guerreros de armadura azul se mantuvieron en sus puestos y continuaron disparando, pero al final, hasta ellos se vieron obligados a retroceder ante semejante superioridad numérica.

M'kar les dejó marcharse. Eran irrelevantes. Sentía el fuego del alma de su némesis en el interior de la fortaleza, y absorbió un gran chorro de energía del pozo de poder que albergaba la *Indomable*. Sus brazos eran masas centelleantes de luz, de metal y de carne, un flujo constante. Simplemente con pensarlo transformó uno de los brazos en una garra de metal brillante con el filo serrado. El otro se convirtió en un inmenso martillo de asedio, una parodia repelente del arma que su huésped dreadnought había llevado antaño.

Era apropiado que fuese esa arma la que acabase con Calgar.

Los demonios se lanzaron hacia el torreón, ya que nada les impedía ahora alcanzar las presas que albergaba en su interior. Los astartes desplegados en las almenas del torreón dispararon de forma incesante una andanada tras otra y lanzaron granadas que estallaron en mitad de la horda de demonios. Todo el torreón pareció quedar envuelto en llamas cuando los defensores abrieron fuego desde centenares de troneras y aspilleras abiertas para la ocasión.

Decenas de demonios cayeron con los cuerpos engendrados por la disformidad destrozados y disueltos. Algunos de los disparos incluso

impactaron contra él, pero eran picaduras de insecto en un titán. Las armas más potentes lo tomaron como objetivo de los cañones láser o de los lanzamisiles, pero M’kar continuó imperturbable.

Gracias al poder que recibía de la fisura disforme que había a bordo de la *Indomable* era prácticamente indestructible.

Los demonios alados se lanzaron contra el tejado del torreón y atacaron con las garras a los astartes desplegados allí chillando de placer como aves de presa lanzadas a la caza. La parte superior del torreón quedó oscurecida por una densa masa de monstruos alados. Aquella penumbra apenas quedaba rota por el resplandor de algún disparo.

La gran puerta del torreón estaba forjada en acero y adamantium. La remataba un arco que tenía grabadas escenas de antiguas batallas. M’kar la derribó de un solo golpe junto con parte de la pared de piedra que la rodeaba. La puerta estalló convertida en una lluvia de fragmentos letales de metal, y secciones enteras de los muros del torreón se desplomaron con ella. El señor demoníaco se abrió paso hasta el interior de la fortificación y nuevas andanadas le acribillaron el cuerpo. Algunos de los disparos llegaron a dolerle, pero las heridas se cerraron prácticamente al momento siguiente de abrirse.

El interior del enorme torreón era un espacio muy amplio lleno de paredes anguladas y de pequeños reductos, todo ello construido recientemente y con un orden y un rigor que sólo podía ser obra de los descendientes de Guilliman. Los aterrorizados mortales y los astartes de armaduras azules se apiñaban detrás de aquellas barreras. M’kar se echó a reír ante aquel intento patético de detener su matanza.

—¡No puedes esconderte de mí, Calgar! —rugió.

Una docena de mortales se desplomaron muertos ante los sonidos horripilantes que surgieron de su garganta artificial. Los demonios se abalanzaron contra las barricadas y despedazaron a los defensores con garras amarillentas y colmillos babeantes. Varios grupos de astartes contraatacaron y les consiguieron algo de tiempo a los mortales para que se reagruparan, pero eran los últimos movimientos desesperados de una bestia moribunda.

M’kar atravesó de un golpe una gran barricada de bloques de piedra y lanzó por los aires a mortales y astartes por igual. Diez de los lacayos del Emperador se lanzaron a por él. Cada uno de ellos iba armado con una alabarda de mango dorado y hoja larga y ancha. Lo rodearon y lo atacaron igual que unos salvajes que cazaran una bestia de las llanuras. M’kar volvió a reír ante lo absurdo de aquel desafío.

El brazo rematado por una garra arrancó del suelo a tres de ellos y los partió por la mitad de un solo golpe al tiempo que el martillo le destrozaba el pecho a otro de un golpe. Los demás guerreros no huyeron, pero M’kar no quería que huyeran. El brazo de la garra se retorció para tomar una nueva forma, la de un gigantesco cañón rotatorio. Del arma surgió una llamarada negra de dos metros de largo, y los disparos despedazaron a los Ultramarines y convirtieron en pulpa la carne que contenían sus armaduras acribilladas. Aquellos guerreros no tendrían descendencia genética.

Uno de los guerreros escapó de aquella andanada mortífera, y M’kar dio un paso hacia él para golpearlo con el martillo. El cuerpo salió despedido hacia el otro extremo de la sala, y se partió en varios pedazos al estrellarse.

Una tormenta de disparos le acribilló el cuerpo, pero no les hizo caso. M’kar rugió y lanzó una descarga de energía de disformidad que explotó en todo su alrededor y desintegró a los mortales que estaban más cerca de él.

Los gritos de locura y de pánico resonaron por todo el cuerpo de M’kar y le transmitieron nueva energía por todo el sufrimiento que estaba causando. Su horda demoníaca se dispersó por toda la torre derribando las barricadas que se habían levantado de forma apresurada en las escaleras y llevando la matanza al corazón de la fortaleza. M’kar sintió el sabroso flujo de vida que se interrumpía asesinato tras asesinato.

Nada podía igualar su poder, y otra docena de astartes murieron antes de que ningún adversario de cierto mérito se atreviese a enfrentarse a él. Dos guerreros rodeados por unas auras centelleantes salieron de unas amplias escaleras situadas en la parte posterior de una estancia. Una estaba bañada por el resplandor rojo de la furia y de la determinación, mientras que la otra relucía con un aura blanca y dorada. La hueste de guerreros que los acompañaban mostraba una brillante luz plateada.

—Calgar —siseó el demonio con placer—. Soy el Tres Veces Nacido, y la profecía de Moriana dice que morirás en mis manos en esta batalla.

—Eso no va a ocurrir —le replicó el guerrero de aura rojiza—. Soy Severus Agemman, demonio, primer capitán de los Ultramarines, y ya no llegarás más lejos.

La sangre se le heló a Marneus Calgar al ver al Tres Veces Nacido, ya que sabía que todas las muertes que había provocado a lo largo y ancho de Ultramar eran culpa suya. Saber que si hubiera sido lo bastante fuerte como para destruir aquel demonio a bordo de la *Indomable* habría impedido todas aquellas matanzas sería una culpa que llevaría consigo el resto de su vida.

En ese preciso momento, no le pareció que ese periodo de penitencia fuera a ser muy largo.

Llevaba la Armadura de Anticucho y los Guanteletes de Ultramar, así que nadie estaba mejor equipado que él para destruir a M'kar, pero a pesar de ello, dudó. El demonio había logrado resistirle con anterioridad, y en esa ocasión tenía el apoyo de la Inquisición. Sin ese apoyo, ¿qué posibilidades tenía?

Calgar dejó a un lado aquellas ideas derrotistas y se dirigió junto a Agemman hacia el demonio con las armas empuñadas. El interior del torreón apestaba a carne quemada, un hedor repugnante que recordaba sin querer los mundos cadáver y las regiones infernales del espacio donde los devoradores de carroña medraban.

Sacudió con furia la cabeza para librarse de la maligna influencia del demonio y se obligó a concentrarse en lo que se perdería si él fallaba. Siglos de progreso, los ideales que la humanidad defendía frente a la barbarie y la última posibilidad de salvar el sueño que casi había muerto diez mil años antes.

—Lucha bien, Severus.

—Es el único modo de hacerlo que conozco, Marneus.

—Pues entonces acabemos con esto.

Se lanzaron a la carga contra el Tres Veces Nacido con la guardia de honor situada en los flancos y chocaron contra la horda demoníaca sabiendo que la última esperanza de Ultramar estaba en el filo de sus espadas.

Severus Agemman era un guerrero casi sin igual en las filas de los Ultramarines y se abrió un camino entre sus enemigos con una fuerza y una habilidad que serían la envidia de cualquier guerrero de leyenda. Su espada cortaba en dos la carne demoníaca y su pistola rugía con la furia de su causa. Las garras enemigas arañaron la superficie de su armadura, pero él se movía con una agilidad y una velocidad propias de un guerrero vestido tan sólo con unos ropajes ligeros. No había otro guerrero que Calgar hubiera querido tener a su lado.

Los demonios rodearon al señor del Capítulo e intentaron atravesar con sus garras las enormes placas de armadura que le protegían. Los Guanteletes de Ultramar pulverizaban a todo aquel enemigo que se le ponía al alcance, y cada puñetazo tenía la misma potencia que el martillo de un dios iracundo mientras se abría un camino salpicado de icor hacia el señor demoníaco.

M'kar estaba tan ansioso como él por librar aquel combate y aplastó a sus propias tropas en su impaciencia por llegar hasta Calgar. Su masa se hinchó y se expandió con un aura oscura de energías mortíferas. Una luz negra rodeó su forma monstruosa y las partes mecánicas del hermano Altarion desaparecieron por el aumento de su carne antinatural.

Un brazo rematado por una garra intentó atraparle, pero Calgar lo esquivo agachándose, toda una hazaña para alguien que llevaba una armadura de exterminador, y a continuación le propinó a M'kar un puñetazo con el guantelete derecho. Mientras que otros demonios se habrían deshecho ante semejante impacto, el Tres Veces nacido ni se inmutó. Calgar le lanzó otro tremendo puñetazo, con el mismo escaso efecto, y tuvo que retroceder cuando M'kar lo atacó de nuevo con la garra vorpal, que le atravesó la hombrera y la musculatura de fibras que había debajo hasta llegar a su propia carne.

Calgar apretó los dientes para soportar mejor el dolor abrasador que le produjo la herida y a continuación lanzó una serie de tremendos puñetazos contra la cintura del señor demoníaco.

M'kar lanzó una risotada y la onda expansiva de una energía invisible golpeó el cuerpo de Calgar y lo derribó con una fuerza irresistible. Del

cráneo del demonio surgieron un par de cuernos, y entre las puntas cubiertas de hierro saltó un relámpago. Luego abrió las fauces de par en par y el fuego de unos soles destruidos brilló detrás de sus colmillos, grandes como dagas. Calgar supo que Ultramar estaba perdido si moría allí.

Su guardia de honor se apresuró a proteger a su señor caído. M'kar levantó a uno del suelo y su cuerpo desapareció en mitad de una explosión abrasadora. Otro cruzó la mirada con el señor demoníaco y su armadura cayó al suelo cuando el cuerpo que albergaba se convirtió en polvo en un instante. Otros tres murieron bajo los golpes del martillo de asedio, aplastados y desmembrados.

Agemman apareció a su lado y le ayudó a ponerse en pie.

—El torreón está perdido. Las plantas superiores ya están tomadas —le dijo.

Calgar asintió y flexionó los puños.

—Entonces vamos a llevarnos por delante a todos los cabrones que podamos antes de caer.

—Justo lo que yo pensaba —contestó Agemman.

Los Ultramarines entraron en tromba en la zona inferior del torreón sin dejar de disparar para impedir que los demonios servidores llegaran al resto de las dependencias. Aunque la mayor parte de la población de Castra Tanagra había decidido luchar, había cientos de niños y de ancianos que no podían empuñar las armas. Los Ultramarines los protegerían todo el tiempo que pudieran, aunque fuese a costa de sus propias vidas.

M'kar se lanzó a través de los guerreros de la Primera Compañía y acabó con la vida de unos cuantos con zarpazos de su garra demoníaca o con golpes brutales del martillo. Era un monstruo que sólo lograrían detener entre ambos, y tanto Agemman como Calgar se prepararon para el combate de su vida.

Agemman fue el primero en caer.

La armadura del primer capitán quedó destrozada por el terrible golpe que lo derribó contra el suelo como si un meteorito hubiera impactado contra él. La cabeza le quedó colgando de los hombros y los ojos se le llenaron de sangre. Agemman intentó ponerse en pie de nuevo, pero tenía el

cuerpo roto por demasiados sitios, y no le quedaban fuerzas. Cruzó la mirada con Calgar, y el señor del Capítulo vio la angustia que sentía por haberle fallado.

—Perdonadme, mi señor —musitó Agemman antes de quedarse tumbado de espaldas.

Calgar se lanzó contra el demonio embargado por la pena y a la vez rabioso. Los Guanteletes de Ultramar se convirtieron en borrones de ceramita azul que golpearon el cuerpo del demonio como pistones atronadores de una poderosa máquina. Con cada golpe salía un chorro de luz del cuerpo del demonio, y Calgar supo que era la última y única oportunidad que tendría de derrotarlo.

El señor demoníaco agarró a Calgar y lo levantó del suelo. La sensación del contacto con sus garras fue igual que si le echaran ácido en las venas. La Armadura de Antilochus empezó a quemarse bajo su corrupción. Su superficie quedó cubierta de marcas quemadas, y se convirtió en cenizas allá donde el demonio lo tenía agarrado. Calgar sintió la furia de la armadura antigua y forcejeó para liberarse.

M’kar lo tenía agarrado con firmeza y el destello mortífero de su propósito asesino brilló en sus ojos junto con el sentimiento de una venganza triunfante. Calgar vio la muerte que lo esperaba en aquellos ojos infames, la muerte de todo lo que le resultaba querido y el final del último gran bastión de los mejores ángeles de la humanidad. El demonio le arrebataba la fuerza a cada segundo que pasaba, y aunque sabía que sería inútil, echó un brazo atrás para asestar un último golpe.

En ese preciso instante, el mundo quedó arrasado por un fuego purificador que se extendió por todo el patio de armas y la estancia. Llenó el torreón con su furia mientras avanzaba como un maremoto y aullaba como una bestia enloquecida. Allá donde tocaba a los Ultramarines les proporcionaba fuerza, y donde entraba en contacto con los demonios los consumía por completo. Las bestias de escamas rojas armadas con espadas negras desaparecieron convertidas en ventiscas de cenizas. Las criaturas sakarins con vientres blancos intentaron trepar por los muros para escapar de su contacto, pero nada llegado de la disformidad sobrevivió. La tormenta

de fuego destruyó todos y cada uno de los demonios que había en el torreón.

M’kar aulló lleno de rabia cuando el cuerpo le quedó cubierto de llamas. Cualquier indicio de color desapareció de su forma, pero ningún fuego, por poderoso que fuera, podía acabar con un señor demoníaco tan conectado con la disformidad. Aflojó un poco su presa sobre Calgar, y éste le propinó un puñetazo en las fauces llenas de colmillos con toda la fuerza que pudo reunir.

El señor demoníaco gritó de dolor y lo soltó para dar la vuelta y escapar de la agonía de las llamas. Atravesó las paredes del torreón y cruzó la brecha. La horda demoníaca se reunió a su alrededor cuando M’kar empezó a absorber su poder para recuperarse él mismo.

Calgar se desplomó en el suelo de la estancia mientras el fuego se apagaba, incapaz de creerse lo que acababa de ocurrir. Se dio la vuelta para descubrir qué lo había salvado, y el corazón le dio un salto de alegría al ver una imagen tan magnífica.

Varro Tigurius estaba de pie en el otro extremo de la estancia, con las mejillas hundidas en su rostro enjuto y la palidez de un cadáver, pero todavía vivo. Una docena de ciudadanos lo mantenían en pie, y entre todos soportaban el peso de su cuerpo y de sus brazos, ya que el bibliotecario jefe se tambaleaba un poco.

Maskia Volliant, el prefecto de Tarentus, sostenía en alto el báculo de Tigurius, aunque casi le resultaba demasiado pesado. Calgar jamás se había sentido tan orgulloso de su gente como en aquel momento.

—He logrado cortar la conexión entre el señor demoníaco y la *Indomable* —le explicó Tigurius—. Ya no podrá seguir absorbiendo poder de esa fisura de la disformidad.

—Por el Emperador, Varro, nunca dejas de maravillarme.

—Me han ayudado —le respondió Tigurius con modestia mientras paseaba la mirada entre los valientes ciudadanos que lo mantenían en pie—. El Tres Veces Nacido no tardará en poder renovar esa conexión. No disponéis de mucho tiempo.

—Entiendo. Quédate aquí y haz lo que puedas para mantener interrumpida esa conexión.

—Así lo haré, mi señor —le contestó Tigurius con una voz que era poco más que un susurro ronco—. Coraje y honor.

—Lo mismo te deseo, amigo mío —respondió Calgar antes de arrodillarse al lado del cuerpo de Severus Agemman.

El primer capitán seguía vivo, pero estaba claro que ya no volvería a combatir ese día. Los supervivientes de la Primera Compañía se agruparon alrededor de su capitán caído, y Calgar notó la determinación de hierro que albergaba su furia controlada. Eran en total cuarenta y nueve guerreros, la mayoría con alguna herida grave. Con aquel destacamento de guerreros se podrían conquistar mundos enteros, se podrían aplastar rebeliones, se podrían ganar batallas. Era una fuerza de guerreros que sólo se podía utilizar de un modo.

—Ya habéis oído lo que ha dicho Varro —empezó diciendo Calgar—. El demonio es vulnerable ahora mismo, y tenemos una oportunidad de acabar con esto. El destino de Ultramar está en nuestras manos, aquí y ahora. Sois los mejores y los más valientes del Capítulo, y aunque es posible que muramos entre estas montañas, lo haremos al servicio de algo más grande que la sangre, más grande que la tierra. Luchamos por lo que sabemos que es correcto. Yo encabezaré ese combate, ¡y lo único que os pido es que luchéis como los héroes que sois!

Los Ultramarines rugieron su aprobación y Calgar se volvió hacia el hueco abierto en el torreón.

Aunque la resistencia de su cuerpo ya estaba al límite, el orgullo que sentía por sus guerreros y por la gente a la que defendían era un pozo inacabable de vigor. La Primera Compañía formó a su alrededor, y salieron al patio de armas para luego atravesar la brecha, y cada mortal capaz de disparar un rifle o de empuñar una espada se sintió atraído hacia él como las láminas de hierro a un imán.

Aquella oscuridad antinatural todavía se cernía sobre el valle, pero en lo más alto del cielo se veía brillar una luz entre las nubes, y Calgar disfrutó del simbolismo de aquella visión.

Delante de ellos, la horda demoníaca se arremolinó delante de la fisura de luz abierta en el cielo. La silueta ennegrecida de M’kar se alzaba amenazante por encima de todos ellos. Calgar apretó el paso mientras abría y cerraba los puños, y agachaba un poco los hombros. A su alrededor, todos los guerreros, tanto mortales como astartes, siguieron su ritmo mientras se lanzaban a la batalla por Castra Tanagra.

—¡Por Ultramar! ¡A la carga! —gritó Calgar.



VEINTICUATRO

Los Ultramarines se estrellaron contra la horda de demonios y penetraron en la masa de bestias cubiertas de escamas y de piel rugosa convertidas en una masa imparable de furia blindada. Un grito inarticulado de rabia y determinación les impulsó a seguir, y sus espadas, bólters y puños provocaron una tremenda matanza de demonios. Puesto que la conexión de M'kar con la fortaleza estelar había quedado interrumpida, no quedaba reserva de poder alguna para regenerarlos.

Los puños de Calgar golpearon a diestro y siniestro de un modo incesante, y matando a un demonio con cada puñetazo. Una marea de monstruos se lanzó contra él para atacarlo con garras, espadas y extremidades afiladas. La sangre comenzó a correrle por las placas de la armadura, pero el dolor provocado por las heridas era apagado casi como sí las estuviera sufriendo el cuerpo de otra persona.

La delgada lanza de defensores penetró en el cuerpo formado por los demonios, pero al igual que las células infecciosas que invaden un cuerpo, esos mismos defensores se vieron rodeados con rapidez y atacados por todas partes. La masa aullante de monstruosidades demoníacas cayó sobre los últimos defensores de Castra Tanagra y los abatió como harían las llamas con los restos de un glaciar.

Calgar se abrió paso a través de los demonios en dirección a M'kar. Su forma mostraba una superficie absolutamente negra, sin sombra o rasgo alguno visible. Lo único que proporcionaba una pista sobre su silueta y sus proporciones eran los hornos ardientes que eran sus ojos y su boca. El aire temblaba a su alrededor debido al calor provocado por el esfuerzo del plano material por expulsar aquella presencia antinatural de su seno. M'kar no pertenecía a aquella dimensión, y aquélla era la última oportunidad que tendría Calgar de cumplir su promesa de destruir al Tres Veces Nacido.

El demonio y el señor del Capítulo se enfrentaron con un tremendo choque que estremeció la nieve de los picos más altos y cuya onda expansiva recorrió la superficie del continente. Los puños de Calgar machacaron al señor demoníaco, y las garras de éste le arrancaron trozos de la armadura y le laceraron el cuerpo con tajos de carnicero.

Alrededor de ambos, el sonido de los gritos y de los disparos resonaba en el aire frío de la mañana. La luz del cielo se hizo más brillante y Calgar sintió un viento cálido le llegaba desde las montañas. Notó el olor a metal quemado, y una poderosa descarga eléctrica dejó el aire lleno de estática. No podía permitirse la distracción de mirar a su alrededor y averiguar el origen de esa sensación. Tenía concentrada toda su atención en la lucha desesperada por sobrevivir que estaba librando.

M'kar y él intercambiaron varios golpes y se fueron matando poco a poco el uno al otro con la determinación inquebrantable que sólo el verdadero odio puede provocar. Calgar sabía que cada vez estaba más débil, que perdía reflejos y que su fuerza disminuía con cada ataque que detenía, con cada golpe que fallaba. Vio la sensación triunfante en los ojos del señor demoníaco, quien abrió la boca en un gesto anticipatorio del momento en el que devoraría su alma.

—Ya no te queda vida apenas —le susurró el demonio.

Calgar no contestó. Ya no tenía energía para hablar. Alzó un puño para detener un zarpazo que el demonio le lanzó de arriba abajo, pero supo de inmediato que ya era demasiado lento. Las garras le impactaron en el pecho y le arrancaron la placa pectoral, dejando al descubierto la carne. Un golpe del brazo martillo del demonio lanzó a Calgar contra el suelo. El señor del Capítulo rodó sobre sí mismo, y el dolor agónico de las costillas rotas amenazó con sumirlo en la inconsciencia.

El cielo era una bóveda luminosa de color púrpura, dorado y rojo. Esos mismos colores quedaron resaltados cuando algo atravesó la capa de nubes formando una estela llameante de un resplandor increíblemente luminoso. Parpadeó al ver aquello, incapaz de procesar mentalmente lo que estaba viendo. Era demasiado asombroso, demasiado increíble y demasiado magnífico para ser real.

¡Pero era real!

Era real, y la cosa más maravillosa que pudiera imaginar.

Eran dos cruceros de ataque Ultramarines que bajaban por el cielo como dos cometas envueltos en llamas.

Las enormes naves dejaban atrás un rastro de fuego y de trozos de metal fundido mientras seguían su recorrido por la atmósfera inferior. Los escudos y los cascos de ambas naves chillaban en señal de protesta al verse expuestos a unas fuerzas a las que tenían que resistirse a pesar de no haber sido diseñados para ellos y que amenazaban con destrozarlos. Era la maniobra aérea más gloriosamente insensata y audaz que jamás hubiera visto.

De los hangares de lanzamiento de ambos cruceros salieron escuadrillas de cañoneras Thunderhawks, y por un hermoso momento, el combate en el valle cesó. El rostro de Calgar se iluminó al sentir una esperanza renovada, pues reconoció las formas angulosas y cuadrangulares de aquellas poderosas naves.

Eran el *Venganza de Valin*, de la Segunda Compañía, y el Vae Victus, de la Cuarta.

El aire caliente con regusto metálico entró rugiendo en el compartimento de tropas de la Thunderhawk cuando la rampa de asalto se abrió. Uriel se agarró al pasamanos mientras se acercaba al borde exterior. Allá abajo, el anillo de guerreros Ultramarines luchaba contra la horda demoníaca. Tenían que aprovechar aquella oportunidad para acabar con la guerra de una vez por todas.

Vio la horrible fisura en la atmósfera de aquel planeta y la enorme silueta del Tres Veces Nacido de pie delante de ella. Marneus Calgar se encontraba a merced del señor demoníaco. Y entonces recordó las palabras que Varro Tigunius había pronunciado cuando Uriel regresó a Macragge.

«El Centinela de la Torre luchará junto a nosotros cuando el Tres Veces Nacido esté encarnado de nuevo».

Leodegarius, de los Caballeros Grises, lo había llamado el Centinela de la Torre, un guerrero que podía trastocar todo un modo de vida, para bien o para mal. Uriel no había sabido lo que quería decir hasta ese mismo momento. Si utilizaba el conocimiento que poseía con un fin maligno, destruiría todo lo que le resultaba más querido. Lo que el fantasma del capitán Ventanus le había revelado a Uriel era un arma muy poderosa que podía salvar todo lo que amaba de la destrucción más absoluta.

—¿Preparado? —le preguntó el capitán Shaan tras colocarse a su lado en la fila.

Al igual que Uriel, Shaan llevaba un voluminoso retrorreactor incorporado a la espalda. Detrás de ellos se encontraban Pasanius y Learchus, que también estaban equipados con retrorreactores, aunque ellos parecían estar menos contentos con la idea de aquel salto. El resto del compartimento de tropas de la Thunderhawk lo llenaban los Guardianes y los Llameantes. Los Espadas de Calth también estaban presentes, curados y listos para el combate durante el veloz viaje después de la derrota que los Nacidos de la Sangre habían sufrido en Calth.

—Preparado —le confirmó Uriel, y saltó de la panza de la Thunderhawk.

Tras la destrucción de la tumba de Ventanus, Uriel y sus compañeros regresaron a la Garganta de los Cuatro Valles, donde se esperaban que todavía se estuviera librando una feroz batalla. Para sorpresa de todos ellos, la habían encontrado prácticamente igual que como la habían dejado. Tras la destrucción de la Basílica Negra, los Nacidos de la Sangre se habían parapetado tras la muralla de su fortaleza improvisada y se habían mantenido agazapados. Sólo más tarde fue evidente que sin Honsou, los soldados de los Nacidos de la Sangre carecían por completo de cualquier clase de liderazgo.

Los defensores imperiales todavía estaban decidiendo si debían aprovecharse o no del estado letárgico del enemigo cuando alguien tomó la decisión por ellos. Learchus, procedente de la superficie, había organizado una columna heterogénea de vehículos blindados y había reagrupado a varias unidades de las fuerzas auxiliares, e hizo que todo aquel destacamento cruzara la Puerta de Guilliman para atacar la retaguardia del ejército de los Nacidos de la Sangre.

Atrapados entre el martillo de Learchus y el yunque de los defensores de la garganta, los Nacidos de la Sangre estaban condenados. Lo que había empezado siendo una batalla acabó convirtiéndose en una matanza cuando los soldados de los Nacidos de la Sangre fueron aplastados sin misericordia alguna. Las fuerzas imperiales victoriosas salieron a la superficie de Calth y

recapturaron Ciudad Alta, lo que dispersó a todas las fuerzas de los Nacidos de la Sangre.

El magos Locard recuperó a su vez el control de las defensas orbitales y purgó sus sistemas del código corrupto, por lo que volvieron a estar en manos imperiales. Luego, con una precisión metódica, apuntó las formidables baterías geoestacionarias y los silos de misiles hacia la flota enemiga anclada en órbita alta y destruyó una docena de naves en menos de una hora.

Por último, encabezada por el Vae Victus, la flota imperial se había reagrupado en Ultima Seis Ocho para entrar de nuevo en combate, y tras una batalla que había durado seis horas, sólo una nave enemiga consiguió escapar de aquella carnicería estelar. Apenas estuvo ganada la batalla por Calth, Uriel embarcó a su compañía y se dirigió hacia Talassar. En ruta hacia el planeta se encontró con el *Venganza de Valin*.

El capitán Sicarius le comunicó la gran victoria que había conseguido en Espandor junto con la noticia del sufrido triunfo logrado en Quintarn, donde la Quinta y la Sexta habían conseguido derrotar a los Nacidos de la Sangre. Las barcazas de combate Octavius y Severian ya se estaban acercando a Talassar, y todo el mundo se dio cuenta de la coincidencia de aquella sincronización.

Mientras Uriel y los guerreros de la Segunda y de la Cuarta descendían desde los cielos sobre Talassar, las dos barcazas de combate ya estaban machacando las defensas de la *Indomable*.

Si aquélla iba a ser la batalla que debía salvar a Ultramar, la ganaría todo el Capítulo.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Uriel se había desplegado en combate desde una Thunderhawk en vuelo, pero adoptó con rapidez la posición de descenso óptima: la cabeza hacia abajo, los brazos pegados al cuerpo y las piernas hacia atrás. El valle subió a toda velocidad para reunirse con él. Era un enorme conjunto de retales grises y marrones, y el azul de los supervivientes de la Primera Compañía destacaba en el centro. A su alrededor caían guerreros con armadura, las fuerzas combinadas de la Segunda y de la Cuarta. Era un espectáculo capaz de elevar la moral de

cualquier soldado imperial, y Uriel no recordó que se hubiera producido nunca el despliegue de ese modo de dos compañías en mitad de un combate.

Vio la capa roja ondeante de Sicarius a su derecha, y aunque jamás habían compartido una amistad, Uriel reconoció la grandeza de su camarada. Oír el relato de su increíble victoria en Corinto le había servido para recordar el guerrero tan temible que era Cato Sicarius.

Volvió a concentrarse en el suelo y ajustó el descenso con un leve giro de los hombros.

Llegar al punto de aterrizaje deseado no era tarea fácil, sobre todo si el salto se producía desde una altura tan elevada y desde una nave tan veloz. Uriel desvió la trayectoria para dirigirse hacia el señor del Capítulo y luego giró el cuerpo para poner las piernas por delante.

Era el descenso de combate más peligroso que jamás había intentado, y el agudo zumbido de advertencia que sonaba en el interior del casco lo avisó de que estaba tardando demasiado en encender el retrorreactor. También la runa de advertencia lo avisó con un parpadeo un momento antes de que activara los cohetes y el rápido descenso se viera interrumpido casi en seco con una erupción de chorros de fuego.

Uriel aterrizó en la superficie de Talassar con un crujido atronador de piedras rotas. El humo envolvió el aterrizaje y la roca a sus pies se vitrificó debido al intenso calor. Empuñó de inmediato la espada, casi al mismo tiempo que unas criaturas monstruosas con cabezas en forma de cuña y rematadas por unos cuernos semejantes a los de los carneros se lanzaban a por él. El sonido de varios impactos también atronadores le indicó que los guerreros de la Segunda y de la Cuarta ya se habían unido a la lucha, y la batalla de Talassar cambió rápidamente de cariz.

Uriel se abrió paso a mandobles a través de los demonios cornudos, ayudado por los rugientes disparos del lanzallamas de Pasanius y las ráfagas precisas y letales del bólter de Learchus. La escuadra de mando de Uriel luchó con un nuevo propósito y cohesión al haberse forjado como unidad de combate en las batallas de Calth.

Cualquier enemigo normal se habría desmoralizado y habría huido ante un ataque tan repentino y feroz, pero los demonios no eran enemigos normales. Siguieron luchando con tanta fiereza y vigor como hasta entonces, impertérritos ante la brusca aparición de casi doscientos astartes en mitad de sus filas y de dos naves de combate estelares que estaban tan cerca que parecía que casi podían tocar con la mano.

Uriel vio que el Tres Veces Nacido se inclinaba sobre el señor del Capítulo, y se apresuró a saltar para defenderlo. Alzó la espada y desvió un golpe que sin duda hubiera destripado a Marneus Calgar. El señor demoníaco volvió su mirada abrasadora hacia Uriel, y éste sintió el terrible poder de su antigua maldad. Había albergado una rabia que duraba ya diez mil años, sostenida por el odio que sentía hacia los mundos y los guerreros de los Ultramarines.

Comprendía cuál era el núcleo de esa maldad, ya que conocía la historia del Capítulo tan bien como cualquier otro guerrero ultramarine. Sabía que la legión de los Portadores de la Palabra había atacado Calth de forma cobarde en los días de la Gran Traición de Horus, y también conocía las batallas que habían librado Roboute Guilliman y el capitán Ventanus para salvar al planeta después de que envenenaran su sol para siempre.

Lo que no contaban las leyendas, lo que nadie del Capítulo había sabido hasta entonces, era lo que había sido de uno de los apóstoles oscuros más poderosos de los Portadores de la Palabra, una figura temible llamada Maloq Kartho. Aunque no quedaba rastro alguno del cuerpo de ese guerrero en el aspecto del Tres Veces Nacido, Uriel se dio cuenta con claridad del modo con el que los malignos dioses de Maloq Kartho lo habían recompensado por sus odiosos actos en Calth.

Ese había sido el último regalo del capitán Ventanus: el verdadero nombre de M’kar.

El demonio que antaño fue Maloq Kartho soltó un aullido ansioso de almas y levantó de golpe a Marneus Calgar con una garra. El señor del Capítulo forcejeó para liberarse, pero fue incapaz de impedir que lo acercara a sus relucientes colmillos. Uriel se dio cuenta de que el Tres Veces Nacido había abandonado toda idea de lograr una gran victoria, y que

se contentaba con asesinar al guerrero que representaba a sus enemigos más odiados y que habían hecho fracasar sus planes más ambiciosos.

Uriel empuñó con rapidez la daga que llevaba en la vaina del costado.

—¡Te llamo Maloq Kartho! —gritó—. ¡Tu verdadero nombre mortal!

El señor demoníaco echó la cabeza hacia atrás en un gesto de dolor cuando un paroxismo de rabia le sacudió todo el cuerpo, desde la punta de sus cuernos ennegrecidos hasta las patas rematadas por pezuñas. Uriel notó que la empuñadura de la daga se volvía tibia, como si reconociera un objetivo para la malicia mortífera que albergaba su hoja, encadenada allí por herreros desconocidos milenios atrás. Un estremecimiento de terror puro recorrió a M'kar cuando al mirar de nuevo a Uriel vio la daga centelleante que empuñaba. Abrió los ojos de par en par la reconocerla.

—¡La esquirla de Erebus! —gritó.

Por mucho que Uriel deseara clavársela al señor demoníaco por todo el sufrimiento y las muertes que había causado, sabía que no era ésa la misión que le tenía reservado el destino.

Él era el Centinela de la Torre, no el Señor de la Torre.

Uriel lanzó la daga con la empuñadura por delante hacia Marneus Calgar.

El Señor del Capítulo la atrapó con habilidad. El arma parecía absurdamente pequeña en su mano, pero aunque los Guanteletes de Ultramar eran capaces de causar una gran destrucción, también eran capaces de realizar movimientos de gran destreza. Lord Calgar estaba a menos de un metro de la cara del Señor demoníaco. Se lanzó hacia delante y le clavó la daga en mitad de la garganta.

El efecto fue instantáneo e incandescente.

Un fuego cegador surgió de la herida letal que había sufrido el señor demoníaco. Fue un chorro de energía de disformidad que se descargó en el aire como una mancha de luz corrupta. M'kar soltó a lord Calgar, que se desplomó en el suelo, ante el demonio moribundo. Uriel se acercó corriendo al señor del Capítulo, y con la ayuda de Pasanius, lo arrastró lejos de M'kar.

—¿Qué era esa daga? —le preguntó jadeante Marneus Calgar.

—No lo sé. Estaba en la tumba del capitán Ventanus —le contestó Uriel.

—¿Ventanus? ¿Del Capítulo perdido?

—El mismo —le confirmó Uriel.

La batalla en el valle se interrumpió mientras el señor demoníaco se enfrentaba a su propia disolución luchando con sus últimas fuerzas para resistirse a la daga antigua. Sin embargo, no tenía nada que hacer frente a la obra de unos creadores desconocidos y a la revelación de su verdadero nombre. Todos sus intentos por mantener su existencia fueron inútiles.

A su alrededor, la horda demoníaca aulló poseída por una rabia insensata a medida que M'kar absorbía sus energías en un esfuerzo por contrarrestar su propia disolución. Los demonios se fueron desintegrando uno por uno a medida que su asidero al mundo material se rompía y eran lanzados de regreso a la disformidad. A los pocos momentos, el valle se quedó vacío, a excepción de los defensores de Castra Tanagra.

La forma de M'kar se fue encogiendo y su perfil se fue haciendo más borroso, cada fragmento de su existencia se iba destruyendo. Aquello era una muerte definitiva, el olvido absoluto y el terror de la nada. Y el señor demoníaco lo sabía. El cuerpo de M'kar estalló con un último alarido de terror transformado en una onda expansiva de fragmentos de luz.

En ese mismo instante, la fisura abierta en el tejido del mundo material desapareció con un trueno. La oscuridad que cubría las cimas y los valles cubiertos de nieve de Talassar se desvaneció, y el sol brilló sobre un mundo liberado de toda presencia demoníaca. Un viento purificador llegó soplando desde las, montañas orientales, llevando consigo la promesa de un día nuevo, de esperanza y de la dulce belleza de la vida. Jamás brilló el sol con tanta fuerza, ni el viento fue tan renovador. Ningún día sería tan memorable como aquel.

—¿Se acabó? —preguntó Pasanius mientras miraba la piedra achicharrada donde el demonio se había desvanecido.

—Sí, se acabó —le respondió Uriel con el corazón más alegre de lo que lo había sentido desde hacía mucho tiempo.

Las barcazas de batalla Octavius y Severian completaron la victoria de Talassar al destruir la *Indomable* con una serie de feroces descargas de sus cañones. Los torpedos lanzados por las naves de varias flotas de los Ultramarines destrozaron la corrupta fortaleza estelar, que quedó desgarrada por las numerosas explosiones provocadas por los escapes de plasma. Las naves de menor tamaño sumaron la potencia de fuego de sus baterías para arrasar la antaño poderosa estructura y transformar aquel milagro de la ingeniería en una masa retorcida de metal fundido.

El núcleo de disformidad de la fortaleza se colapsó y sus reactores entraron en fase crítica cuando sus sistemas, ya al borde del derrumbe estructural, acabaron fallando. La fortaleza estelar cayó desde la órbita y fue bajando más y más en espiral hasta que la fuerza de gravedad de Talassar la atrapó y la arrastró a su final definitivo.

La *Indomable* atravesó la atmósfera del planeta transformada en la estrella más brillante del firmamento, dejando a su paso una estela de trozos de metal fundido y de oxígeno incendiado. Todo rastro de su corrupción quedó quemado mientras se desplomaba hacia la superficie cada vez a mayor velocidad y con un brillo más radiante, hasta que el cielo de Talassar quedó iluminado por su fulgor moribundo.

Los vencedores del asedio de Castra Tanagra contemplaron en silencio la caída, mudos ante un espectáculo como aquel.

Los restos de la *Indomable* cayeron en el océano de Talassar y provocaron una columna de agua de varios kilómetros de altura. El impacto creó un tsunami gigantesco, pero era tal la inmensidad del océano de Talassar, que para cuando llegó a los acantilados de Glaudor era poco más que una marejada.

Mientras Uriel contemplaba cómo la *Indomable* se desvanecía al otro lado del horizonte, le vinieron a la memoria unas palabras pronunciadas por alguien imposiblemente lejano e inimaginablemente viejo.

«Su destino está entretejido en el tapiz de la muerte de un gran héroe, de la caída de una estrella y de la aparición de un mal que se creía muerto

mucho tiempo atrás».

Sabía que ese recuerdo no era suyo, y Uriel reconoció con un estremecimiento su conexión con el ingénito, el chico llamado Samuquan. Jamás sabría dónde se habían pronunciado esas palabras, pero cuando sintió a su lado la sombra fantasmal del guerrero de armadura negra, supo qué muerte se había predicho.

La de Ardaric Vaanes.

Se tardaron otros seis meses en eliminar por completo la corrupción de los Nacidos de la Sangre de todo Ultramar, ya que los últimos restos de los ejércitos invasores siguieron luchando a pesar de que su señor infernal ya no existía. Uriel dirigió los asaltos en Quintarn junto a Galenus, de la Quinta Compañía, y luchó al lado de Sicarius en numerosos ataques contra los enclaves donde los corsarios se habían hecho fuertes. Muchos fueron los combates que tuvieron que librarse para limpiar todas las trazas de la infección de los Nacidos de la Sangre, y sólo cuando Marneus Calgar en persona dirigió el último asalto en Tarentus, contra un cónclave de adoradores del Caos de los Nacidos de la Sangre, junto a Varro Tigurius y Severus Agemman, se dio por vencida la invasión.

Había sido el ataque más devastador que había sufrido Ultramar desde la invasión de la flota tiránida Behemoth, y muchos eran los nombres que habría que tallar en oro en las losas de mármol del Templo de la Corrección. En total, el Capítulo había perdido a trescientos cuarenta y siete Ultramarines, que habían caído en combate contra los diferentes ejércitos del Tres Veces Nacido.

Su recuerdo sería honrado en una ceremonia celebrada seis meses después del día de la derrota de M’kar en Talassar.

Todos los guerreros declarados aptos para el combate por los apotecarios se reunieron bajo la sombra del gran primarca. Seiscientos astartes se congregaron ante la forma reluciente de Roboute Guilliman, entronizado en su sepulcro dorado y mantenido en estasis suspendido para toda la eternidad. Las puertas doradas del templo habían quedado cerradas

para los miles de peregrinos que esperaban al otro lado, ya que aquélla era una ceremonia reservada para los miembros del Capítulo. Era un asunto privado, aunque algunas personas ajenas al Capítulo tuvieron el honor de asistir.

La inquisidora Suzaku era uno de los pocos mortales presentes. La miembro del sagrado ordos había sobrevivido a las tremendas lesiones que había sufrido en las profundidades de Calth. Todavía no se había recuperado de las graves heridas que le habían infligido los Bailarines de las Espadas y los Guerreros de Hierro de Honsou, pero había aceptado con agradecimiento la oportunidad de recordar a los muertos. El magos Locard y el comandante Trejo de los skitarii estaban a su lado, ya que aquellos sirvientes del Adeptus Mechanicum compartían el honor por su participación en la defensa de Calth. Ambos lucían unas medallas doradas con una «U» grabada para recordarles siempre su amistad con los Ultramarines.

El capitán Aethon Shaan de la Guardia del Cuervo estaba al lado de Uriel, simbolizando así su lugar al lado de la Cuarta Compañía de los Ultramarines. Habían colocado una serie de banderas negras, cada una representando a un hijo muerto de Corax, junto a las filas de Ultramarines en formación. A esos guerreros se les había concedido un lugar de honor en la formación de batalla por su servicio a Ultramar.

Marneus Calgar estaba de pie sobre un pedestal de mármol negro situado bajo el padre de todos los Ultramarines. Los mejores maestros armeros del Capítulo le habían restaurado la armadura para que tuviera su anterior aspecto magnifico. El señor del Capítulo era una figura solemne, que mostraba una mayor humildad que antes, pero también un mayor ánimo por el coraje y el honor que habían mostrado los guerreros y los ciudadanos en la defensa de sus hogares.

Los exterminadores de armadura dorada lo flanqueaban y una guardia de honor sostenía las antorchas que iluminaban el interior del Templo de la Corrección con un resplandor cálido que hacía que la inmensidad del recinto fuera menor, más íntima y más personal.

Lord Calgar alzó la voz para que todos pudieran oírle.

—Serán puros de corazón y físicamente fuertes, libres de cualquier duda y de las limitaciones del orgullo. Serán como estrellas brillantes en el Firmamento del campo de batalla. Serán ángeles de muerte bajo cuyas brillantes alas se producirá la rápida aniquilación de los enemigos de la humanidad. Así será durante miles de veces a lo largo de miles de años, hasta el fin de la eternidad y la extinción de la carne mortal.

Uriel sintió que el corazón se le henchía de orgullo al oír las palabras de Roboute Guilliman, unas palabras que habían sido los cimientos de los Adeptus Astartes desde los primeros días del Imperio.

—Hermanos, hemos logrado una gran victoria, y hoy nos reunimos aquí para honrar a los muertos, para recordar los sacrificios que hicieron y para asegurarnos de que su legado no se olvida. Ha sido una lucha larga y dolorosa, en la que se ha derramado mucha sangre en la defensa de nuestro modo de vida. Somos únicos en Ultramar. Somos una hermandad de guerreros y de mortales, unidos por lazos más fuertes que el adamantium. Pero Ultramar es algo más que la fuerza de sus armas. La fuerza de Ultramar es la humanidad, y la fuerza de la humanidad es Ultramar. Si una se separa de la otra, perderemos todo lo que nos hace fuertes.

»Trescientos cuarenta y siete Ultramarines han perdido la vida en esta guerra, pero esta victoria es la suya, porque, ¿cuál es el terror mayor en la muerte? Morir sin terminar nuestra tarea. La alegría de la vida es saber que la hemos cumplido.

Calgar le hizo un gesto de asentimiento a cada uno de los capitanes de compañía, y Uriel se agachó para recoger un bulto envuelto en un paño que tenía a los pies. Luego los capitanes se separaron de sus compañías para dirigirse hacia las relucientes paredes negras del templo mientras el señor del Capítulo hablaba de nuevo.

—El guerrero que actúa de forma honorable no puede fallar. Su deber es el honor —dijo lord Calgar mientras Uriel desenvolvía el bulto, que contenía un martillo, un cincel y numerosas hojas de oro—. Incluso su muerte es una recompensa y no puede ser un fallo, ya que ha llegado a través del deber. Recordamos a los muertos, pero somos Adeptus Astartes, y no desperdiciamos las lágrimas. No hemos nacido para ver cómo se apaga

el mundo, ya que nuestras vidas no se miden por el paso de los años, sino por nuestros logros.

Marneus Calgar inclinó la cabeza mientras cada capitán se arrodillaba al lado de un trozo en blanco de las losas de mármol y comenzaba a grabar los nombres de los muertos.